TESIS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
2022
94

Marta Cristina Oria De Rueda Molins

Los valores de la nueva milicia en la épica cronística del Siglo de Oro

http://zaguan.unizar.es/collection/Tesis

Director/es
Montaner Frutos, Alberto

ISSN 2254-7606

Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

© Universidad de Zaragoza
Servicio de Publicaciones

ISSN 2254-7606

Universidad Zaragoza
1542

Tesis Doctoral

LOS VALORES DE LA NUEVA MILICIA EN LA ÉPICA CRONÍSTICA DEL SIGLO DE ORO

Autor

Marta Cristina Oria De Rueda Molins

Director/es

Montaner Frutos, Alberto

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
Escuela de Doctorado

Programa de Doctorado en Literaturas Hispánicas

2022

Repositorio de la Universidad de Zaragoza – Zaguan http://zaguan.unizar.es

Universidad Zaragoza
1542

TESIS DOCTORAL

Los valores de la nueva milicia en la épica cronística del Siglo de Oro

Autor

MARTA CRISTINA ORIA DE RUEDA MOLINS

Director

Alberto Montaner Frutos

Filosofía y Letras / Literatura Española

2022

Repositorio de la Universidad de Zaragoza – Zaguan http://zaguan.unizar.es

A mis padres,
que me han dado la Vida.

A mis alumnos,
sentido último de estas líneas.

ÍNDICE

Abstract 9

Resumen 11

Prólogo 13

Introducción 17

Capítulo 1

CONTEXTO HISTÓRICO SOCIAL: LA EVOLUCIÓN DE LA MILICIA ESPAÑOLA DEL MEDIEVO A LA EDAD MODERNA

1. Contexto histórico-social del Quinientos español 32

1.1. Un problema interno: la guerra contra los moriscos 36

1.2. Las guerras exteriores o la necesidad de dominar el arte de la navegación 41

1.3. Descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo 46

1.4. Del *annus horribilis* a «la más alta ocasión que vieron los siglos» 58

2. La Revolución Militar: la transición de la caballería pesada al cuerpo de infantería 65

2.1. El soldado del Viejo Mundo: el hombre moderno de los Tercios 72

2.2. Las huestes conquistadoras del Nuevo Mundo 85

3. Providencialismo y misión en la Monarquía española: la especificidad del ejército español 94

Capítulo 2

***DE RE MILITARI* EN LA TRATADÍSTICA MILITAR ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO**

1. La tratadística militar de los siglos XVI y XVII en la Península Ibérica 100

2. El soldado ideal del Humanismo militar 112

2.1. El *ethos* del soldado español: el morfotipo del "soldado gentilhombre" 119

2.2. El soldado católico de fin de siglo 134

3. *Servatis servandis*: los oficiales militares del siglo XVI 136

4. Peones y caballeros: la influencia de la pólvora en el Humanismo militar 145

Capítulo 3

LA POESÍA "ÉPICO-CRONÍSTICA" EN "LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS"

1. ¿Armas o letras? El paradigma del «soldado-escritor» 150
2. El poeta épico-cronístico ante la historia reciente 161
2.1. Un «poeta-soldado» en el Nuevo Mundo: Alonso de Ercilla 170
2.2. Los poetas eruditos: Jerónimo Corte-Real y Juan Rufo 173
2.3. Al servicio del marquesado: Gabriel Lobo Lasso de la Vega y Pedro de Oña ...175
2.4. Un criollo en la corte: Antonio Saavedra de Guzmán 180
3. Destinatarios y lectores en la República de las Letras 184
3.1. Una revisión de los inventarios nobiliarios (1550-1662) 188
3.2. Los dedicatarios de la poesía épico-cronística 195
4. El género épico en el contexto de la nueva milicia 199
5. La especificidad de la épica cronística 209

Capítulo 4

LA GUERRA DE CONQUISTA EN *LA ARAUCANA* Y *ARAUCO DOMADO*: UN CONFLICTO INTERMINABLE

1. El "Flandes indiano": la indómita naturaleza de Chile.....217
2. Una república "maquiavélica": la instruida milicia araucana 221
2.1. La astucia de un capitán araucano: Lautaro y los ardides de guerra.....227
2.2. Tucapel y Rengo: un duelo ilegítimo entre mapuches 229
2.3. El cazador cazado: Pran 230
3. La devastadora injusticia de Valdivia: la rebelión del pueblo mapuche 232
4. Catorce caballeros contra el estado araucano.....235
5. Don García Hurtado de Mendoza: de mozo acelerado a héroe épico 239
5.1. El asedio del fuerte de Penco.....240
5.2. Marchando sobre el Bío Bío 249
6. Una contienda sin victoria: La Batalla de Millarapue 252

Capítulo 5

LA CONQUISTA PROVIDENCIALISTA DE MÉXICO: DOS POEMAS ÉPICOS CORTESIANOS FINISECULARES

1. *La Mexicana* y *El Peregrino indiano*: dos epopeyas cortesianas 257
2. Un caudillo contrarreformista en la épica: Hernán Cortés 260
3. De *militibus Christi*: la soldadesca española en la Nueva España 268
4. Caciques "ingeniosos" y soldados "diestros": los guerreros idealizados del imperio azteca 275
5. Los asedios en la Nueva España 279
6. El cerco de Otumba o la retirada fallida de los españoles 288
7. La contienda campal de Centla: Una batalla "peligrosa" 293
8. Las escaramuzas en la marcha hacia Tenochtitlán 297
   8.1. La emboscada tlaxcalteca a la milicia cortesiana 298
   8.2. Taxguaya: una *virgo bellatrix* mexicana 299
9. El triunfo final de Cortés en México: la batalla de bergantines sobre Tenochtitlán 303

Capítulo 6

"TIR*AR* CON PÓLVORA DEL REY": LA GUERRA DEFENSIVA EN *LA AUSTRÍADA*

1. El antiheroísmo épico del levantamiento morisco en Las Alpujarras 308
2. Traidores y traicionados: la milicia rebelde morisca 313
   2.1. Un morisco experto en la milicia: Aben Abo 319
   2.2. La conversión *in extremis* del Habaquí 322
3. Soldados bisoños y tercios de veteranos: codicia y vicios al servicio de la Corona 323
   3.1. La tropas españolas al servicio del marqués de Mondéjar 332
   3.2. El auxilio de don Juan de Austria 335
4. Escaramuzas y emboscadas: la persecución infructuosa de los moriscos por la sierra 337
5. El duelo entre caballeros de don Diego de Leiva e Ismenio de Escandería 341
6. El poder de la artillería en los asedios modernos: Las Albuñuelas y Galera 347
7. La cristiandad contra el Islam: una guerra justa extrapeninsular 351

Capítulo 7

LA BATALLA DE LEPANTO Y LA PIRATERÍA ULTRAMARINA: LOS ENFRENTAMIENTOS NAVALES EN LA POESÍA HEROICA

1. Galeras y galeones: la táctica naval en el siglo XVI 357
2. Los nuevos héroes épicos: los oficiales-estrategas de La Armada 368
2.1. Dos generales en aguas mediterráneas: Don Juan de Austria frente a Alí Bajá 372
2.2. La persecución total: Don Beltrán de la Cuesta contra el hereje inglés 382
3. La Batalla de Lepanto en la poesía épica 387
3.1. Una prolepsis estratégica: la guerra en Chipre 390
3.2. Los gentileshombres de las galeras cristianas 401
3.3. Un enemigo ejercitado en la milicia: los turcos 414
3.4. La Batalla de Lepanto y el abordaje en alta mar: un combate cuerpo a cuerpo .418
4. El combate en aguas oceánicas: la táctica moderna del «combate en línea» 423

Conclusiones.....429

Anexos.....434
Apéndice A: Fases de la Batalla de Lepanto 434
Apéndice B: Retrato de Carlos V.....439
Apéndice C: Carta de Andrea Doria 441
Apéndice D: Soldado español.....442
Apéndice E: Formas de escuadrón.....443
Apéndice F: Retratos de Carlos V 447
Apéndice G: Grabados de los autores épicos.....449
Apéndice H: *Fechtbuch* 454
Apéndice I: *Libro de esgrima* 456
Apéndice J: *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y aniguo estado* 460
Apéndice K: *Libro de armamento del emperador Maximiliano I* 465
Apéndice L: *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques* 468
Apéndice M: *Lienzo de Tlaxcala* 485
Apéndice N: Mapa de México-Tenochtitlán.....495

Apéndice O: Mapas de la ciudad de Famagusta 497
Apéndice P: Grabados *Felicissima Victoria* 499

Bibliografía 507

ADVERTENCIAS

El formato de citación de los poemas épicos mencionados sigue la estructura formulada por Alberto Montaner Frutos en su *Prontuario de Bibliografía*, de modo que se remite al número de canto (en cifras romanas mayúsculas), seguido del número de la octava (en cifras romanas en versalitas), y los números de versos dentro de la octava (en cifras arábigas).

ABREVIATURAS

Para facilitar la identificación del origen de las citas y agilizar la lectura, se han utilizado las siguientes abreviaturas para designar los poemas épicos:

- *AR*: *La Araucana*
- *FV*: *Felicissima Victoria de Lepanto*
- *AU*: *Austríada*
- *AD*: *Arauco Domado*
- *MX: Mexicana*
- *PI*: *Peregrino Indiano*
- *OF*: *Orlando furioso*
- *GG*: *Guerra de Granada*

Del mismo modo, para facilitar la lectura de las citas seleccionadas de los poemas épicos se han escogido, las ediciones modernizadas para la acentuación, las grafías y la puntuación, con la excepción de la *Felicissima Victoria de Lepanto*, que no ha sido editada recientemente y que he modernizado.

ABSTRACT

The objective of this Doctoral dissertation is to study the representation of soldiers and military art in six chronistic-epic poems of the 16th century: *La Araucana* (1569, 1578, 1589), of Alonso de Ercilla; *Felicissima Vitoria* (1578), of Jerónimo Corte-Real; *La Austríada* (1582), of Juan Rufo, *La Mexicana* (1594), of Gabriel Lobo Lasso de la Vega; *Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña; and *El Peregrino indiano* (1599), of Antonio de Saavedra Guzmán. Military Revolution and the soldier's deeds of the Spanish Monarchy gave rise to the creation of new new ways of representing the war in literary works, finding a proper place in the epic genre. These new ways are the result of the creation of a permanent, meritocratic and hierarchical militia, morally based on the fusion of the ideals inherited from medieval knights and the technical military treatises of Roman Antiquity. The new scientific conception of war, consequence of the expansion of the gunpowder, configurates modern infantry and its officers, characterized by the union of the cardinal virtues and a profound knowledge of the operative strategy.

The subgenre of the chronistic epic, composed from a mixture from the Lucanian and Virgilian poems, emerged as the most attractive genre to reflect the deeds of 16th century soldiers and their captains, according to military humanism. Two subjects prevail in this subgenre: the conquest of America, represented in the Araucanian war and the conquest of México, and the fight against Islam, incarnated in the moors and the Otoman Empire. The subgenre of the chronistic epic is characterized by the narration of recent events in the aristothelic sublime style and in major art verse, *ottava reale*. The chronic, mostly the recent chronic, the event relationships, and the memorials, are the genres in prose with those the chronistic epic is corresponded in different grades according to the events that it includes.

The praise of the heros of these epic-chronistic poems, as well as the degree of the heroism of these fighters, soldiers and officials, is represented by the poets according to the values advocated by militia theoricians. The eulogy of the Spanish soldiers requires a dignified enemy and the poets, conscious of it, present them idealized, well as honorable warriors well as strategic leaders. Finally, the Catholic committement of the Spanish Monarchy influenced the army, awarding them with a transcendental sense of faith which

permeated and determined not only the actual war morality, but also its representation in heroic poetry.

Keywords: chronistic epic, heroic poetry, Arauco, Lepanto, Mexico, Early Modern Military Revolution, soldier, militia, art of warfare, conquest.

RESUMEN

El propósito de esta tesis es estudiar la representación de los soldados de la nueva milicia y el arte militar en seis poemas épico-cronísticos del siglo XVI: *La Araucana* (1569, 1578, 1589), de Alonso de Ercilla; *Felicissima Vitoria* (1578), de Jerónimo Corte-Real; *La Austríada* (1582), de Juan Rufo, *La Mexicana* (1594), de Gabriel Lobo Lasso de la Vega; *Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña; y *El Peregrino indiano* (1599), de Antonio de Saavedra Guzmán, en virtud del pensamiento militar recogido en la tratadística militar coetánea. La revolución militar y las gestas realizadas por la Monarquía Hispánica en el Quinientos provocaron la búsqueda de formas narrativas que se adaptaran a las nuevas manifestaciones bélicas, resultado de la creación de una milicia permanente, meritocrática y jerarquizada, asentada moralmente en la fusión de los ideales heredados de la caballería medieval y los tratados militares de la Antigüedad romana. La nueva concepción científica de la guerra, derivada fundamentalmente de la expansión de la artillería, provocó la configuración de un grupo de oficiales de infantería caracterizados por la práctica de unas virtudes cardinales militarizadas y la adquisición de conocimientos artilleros, ingenieros, y estratégico-operativos.

La poesía épico cronística, inspirada en la poética virgiliana y lucaniana, resultó ser el subgénero más adecuado para reflejar, según el nuevo humanismo militar, las gestas realizadas por los soldados españoles del siglo XVI, en una doble vertiente temática: la conquista del Nuevo Mundo (centrada en la invasión de Arauco y México), y la lucha contra el Islam (encarnada en la figura rebelde de los moriscos y el imperio otomano). Referido a las narraciones de la historia del presente, el subgénero épico cronístico se caracteriza por la narración de sucesos coetáneos o actuales en estilo sublime y en verso de arte mayor, octavas reales, cuya correspondencia en prosa se encontraba fundamentalmente en el género de la crónica reciente, las relaciones de sucesos, y los memoriales.

El encomio de estos hombres de armas, soldados y oficiales, elevados a la categoría de héroes épicos, así como su grado de heroísmo en las batallas, es reforzado por la idealización de los enemigos como soldados diestros en el arte militar bajo el liderazgo de un estratega. Los poetas, en concordancia con los valores sociales de una monarquía

confesional, también promulgados por los tratadistas militares de los siglos XVI y XVII, no se conformaron con justificar la moralidad de las empresas militares, sino que las revistieron trascendentalmente al enraizarlas en la fe.

Palabras clave: épica cronística, heroísmo, Arauco, Lepanto, México, Revolución Militar de la Edad Moderna, soldado, milicia, arte de la guerra, conquista.

PRÓLOGO

En el presente trabajo se ha propuesto el estudio de la representación literaria de los soldados de la nueva milicia del Quinientos a partir de su presencia y protagonismo en seis poemas épico-cronísticos del siglo XVI: *La Araucana* (1569, 1578, 1589), de Alonso de Ercilla; *Felicissima Vitoria* (1578), de Jerónimo Corte-Real; *La Austríada* (1582), de Juan Rufo, *La Mexicana* (1594), de Gabriel Lobo Lasso de la Vega; *Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña; y *El Peregrino indiano* (1599), de Antonio de Saavedra Guzmán, a partir del pensamiento militar recogido en la tratadística militar coetánea.

Los estudios de la épica áurea, actualmente en boga en los estudios hispánicos, cuentan con diferentes apoyos gracias a los cuales se descubre el vasto mundo literario épico. En concreto, la elaboración de esta tesis doctoral se encuentra enmarcada dentro de los Proyectos de I+D+i FFI2015-64050-P: *Magia, Épica e Historiografía Hispánicas: Relaciones literarias y nomológicas* del Programa Estatal de Investigación (MCIU/FEDER) y PGC2018-095757-B-I00: *Magia, Épica e Historiografía Hispánicas: Relaciones Literarias y Nomológicas II*, del Programa Estatal de Generación de Conocimiento (MCIU/AEI/FEDER, UE), cuyo investigador principal es el profesor Alberto Montaner Frutos, director de esta tesis. Este proyecto de investigación se ha llevado a cabo, además, gracias a una ayuda de cuatro años para la contratación laboral de Personal Investigador en Formación (F.P.I. 2016) otorgada por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

El contrato predoctoral me ha permitido realizar diversas actividades intelectuales desde el 1 de mayo de 2017 hasta el 30 de septiembre de 2021[1], como contratada predoctoral en el Departamento de Lingüística General e Hispánica en la Universidad de Zaragoza. Junto a la ayuda para la contratación, esta tesis doctoral no podría haberse llevado a cabo sin la realización de dos estancias de investigación en la Université Paris

[1] El contrato inicial fue prorrogado cinco meses como consecuencia de la extraordinaria situación vivida a causa de la epidemia mundial del Covid-19.

Sorbonne [2], y en la Universidad de Navarra[3]. Cada una de ellas ha sido muy provechosa y enriquecedora para mi formación académica e intelectual y para la consecución de esta tesis, ya que me ha permitido contar con la ayuda de los tutores y sus respectivos grupos de investigación. Igualmente, la experiencia en el extranjero ha sido extremadamente interesante puesto que me ha permitido conocer el funcionamiento de un sistema universitario diferente, así como la consulta de fondos bibliográficos pertinentes para mi investigación.

Deseo expresar mi gratitud a las personas que durante estos años de estudio me han acompañado en la ardua tarea que supone realizar una tesis doctoral.

En primer lugar, un agradecimiento caluroso a mi director y tutor, el Dr. Alberto Montaner Frutos, por su orientación, confianza, sugerencias, correcciones y paciencia durante este período de estudio y formación. Sin él, y el grupo de investigación que dirige, la poesía épica continuaría oculta bajo su aparente inconmensurabilidad. Gracias por descubrirme la belleza de la poesía y la épica. A usted, mi más afectuoso agradecimiento.

En segundo lugar, quiero dar la las gracias al profesorado y personal de administración del Departamento de Lingüística General e Hispánica de la Universidad de Zaragoza, por su acogida, ayuda y disponibilidad desde el inicio de mis estudios. Ha sido un honor trabajar en este departamento y servir a los alumnos en esta etapa universitaria. Igualmente, quiero expresar mi gratitud a todos los compañeros de despacho con los que estos años he tenido la oportunidad de trabajar. La solitaria tarea de la investigación se ha vuelto amena gracias a su presencia.

También quiero agradecer la labor de mis tutores en las estancias breves que he realizado a lo largo de estos años: la Dra. Mercedes Blanco y el Dr. Javier de Navascués. Sus comentarios, sugerencias, interés y aportaciones me han sido de gran ayuda para el

[2] La estancia en París fue realizada del bajo la tutoría de la Dra. Mercedes Blanco en la Université Paris Sorbonne entre los días 17 de septiembre de 2018 y el 16 de diciembre de 2018 participando de las actividades del grupo de investigación CLEA (Civilisations et littératures d'Espagne et d'Amérique du Moyen Âge aux Lumières) y de su vertiente aurisecular LEMH (Littérature de l'Éspagne et du monde hispanique au Siècle d'Or).

[3] La estancia en la Universidad de Navarra fue realizada bajo la tutela del Dr. Javier de Navascués, director del Departamento de Filología entre el 5 de septiembre de 2020 y el 5 de diciembre de 2020, y participando de las actividades organizadas por el Grupo GRISO (Grupo de Investigación Siglo de Oro) de dicha universidad.

correcto enfoque y desarrollo de la tesis aquí expuesta. De igual modo, quiero agradecer la ayuda e intervenciones de los miembros de los grupos de investigación en las conferencias y seminarios en los que he participado, especialmente al Dr. Carlos Mata Induráin y a la Dra. Mariela Insúa, ambos de la Universidad de Navarra.

Sin la labor de investigación realizada en numerosas bibliotecas, este trabajo no habría tenido lugar. Un sincero agradecimiento a la plantilla de bibliotecarios de la Biblioteca de Humanidades «María Moliner» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, de la Biblioteca de la Academia General Militar de Zaragoza, de la Biblioteca Nacional de España, de la Bibliothèque Nationale de France, de la Bibliothéque de Sorbonne Université y de la Biblioteca de la Universidad de Navarra, que siempre me han conseguido los fondos necesarios para la consecución de este trabajo.

Merecen aquí una mención especial los oficiales de las Fuerzas Armadas que durante estos años han respondido a mis dudas y preguntas sobre historia militar, estrategia y táctica, recomendándome pacientemente lecturas especializadas sobre dicha materia, sin las cuales, no habría logrado comprender el funcionamiento del ejército del siglo XVI.

Del mismo modo, quiero dar las gracias a todos los alumnos que durante estos años me han sido encomendados en las clases prácticas que he tenido el privilegio de poder impartir en la Universidad de Zaragoza. Su deseo de conocimiento, preguntas y participación en clase me han motivado para estudiar con mayor profundidad las materias, y poner rostro a los textos trabajados.

Un reconocimiento especial a los miembros del tribunal que han aceptado formar parte del mismo con el esfuerzo y compromiso que supone, así como a los suplentes, por su disponibilidad. Gracias.

La última, mi familia. A ella mi más profundo agradecimiento. A mis padres, que adivinaron mi amor por la Literatura antes que yo misma y me animaron a entregarme a ella. Vosotros me descubristeis «la Belleza que salvará al mundo». A mis hermanos, Galo, encarnación viva del Misterio infinito; Carmen, sonrisa perenne; y Alfonso, compañero

siempre de nuestras aficiones compartidas. Gracias por vuestra presencia y ánimos a lo largo de estos años de silencioso trabajo.

Después de tantos años entrometiéndome en la vida de estos soldados épicos del pasado, no puedo evitar sentirme en deuda con ellos. Al final, la entrega imperfecta de sus vidas en pos de un Bien mayor les salvó del olvido entrando en la Historia. En su humanidad siempre se confronta la nuestra, como en toda la poesía. Gracias.

INTRODUCCIÓN

En el canto duodécimo de la *Odisea*, justo en la mitad de su aventura, Ulises sufre una de las mayores tentaciones experimentadas en su viaje por el Mediterráneo: el canto de las sirenas. Las voces de unas mujeres dulcísimas lo atraen desde el mar para narrarle los sucesos que han acaecido en la guerra de Troya y que Ulises ha vivido en sus propias carnes. Pese a las precauciones tomadas y el conocimiento del peligro que entraña sucumbir a esas tiernas voces, desea escucharlas:

> Quien la escucha [la canción] contento se va conociendo mil cosas:
> los trabajos sabemos que allá por la Tróade y sus campos
> de los dioses impuso el poder a troyanos y argivos
> y aun aquello que ocurre doquier en la tierra fecunda.
> Tal decían exhalando dulcísima voz y en mi pecho
> yo anhelaba escucharlas (*Odisea*, XII, vv. 188-193).

¿Qué motivos inducen a Ulises a querer escuchar aquello que ya conoce? El deseo de Odiseo no es otro que saber si su historia personal ha entrado a formar parte de la Historia universal, si sus hazañas en la guerra de Troya forman parte de la tradición y de los cantares épicos que las narran. Desea saber si ha logrado esquivar el olvido y, a diferencia de su ser individual, su fama será inmortal; si su nombre ha entrado en los anales de la historia junto al de los grandes héroes; si puede proclamar con orgullo: «Soy Ulises Laertiada, famoso entre todas las gentes / por mis muchos ardides; mi gloria ha subido hasta el cielo» (*Odisea*, IX, vv. 119-120).

Desde la Antigüedad, las naciones se han servido de la exaltación de unos héroes, además de para el disfrute de las gentes, para legitimar, entre otras cosas, un poder establecido. Las características de dichos héroes son variables dependiendo del momento histórico, pero una serie de valores comunes subyacen a todos ellos, como el valor, la fortaleza, la virtud… Ni siquiera nuestra cultura contemporánea es ajena a la necesidad de héroes. La recaudación en taquilla de cada estreno de una saga de superhéroes lo certifica. En tiempos de paz, más allá del entretenimiento que aportan estas superproducciones, se añoran los valores que encarnan estos subproductos culturales que se abrieron paso tras la I Guerra Mundial en América, y que se han extendido por todo el mundo promulgando un pseudoheroísmo idealista basado en su posesión de

superpoderes[4]. Son personajes alejados del héroe clásico, excepcional por su carácter y su actitud vital, que se constituía a los ojos de los lectores como el arquetipo de lo que el hombre podía ser gracias a su esfuerzo frente a las adversidades.

Como en los tiempos de la fundación de los grandes imperios, donde la epopeya circulaba oralmente recogiendo los nombres y hazañas de los héroes de los pueblos, en el siglo XVI, un cúmulo de factores y circunstancias propiciaron que España se alzara en Europa como un vastísimo imperio en donde no se ponía el sol. Se trataba de un imperio equiparable al de Alejandro Magno o César Augusto, poblado de hombres brillantes, con una gran formación teológica y humanística, capaces de captar la belleza y hacerla epifanía en las diferentes artes liberales. Fueron estos hombres, estudiosos de las letras, los que volvieron la mirada al piadoso hombre que había luchado en Troya y naufragado en Cartago seduciendo a la hermosa Dido, para luego abandonarla a su suerte en favor del cumplimiento de una misión mayor otorgada por los dioses, la fundación de Roma. Una mirada que se posó en los textos grecolatinos y que quedó absorbida por su belleza, profundidad y crueldad. Las traducciones de los relatos de Homero y Virgilio se multiplicaron en las universidades y las hazañas heroicas de los hombres de aquel pasado glorioso y magnificado, revivieron en la mente de muchos hombres cuya vida era un vaivén entre la espada y la pluma: los soldados del Renacimiento. Las gestas realizadas por estos hombres de armas renacentistas dieron lugar a nuevas epopeyas en las que sus nombres, la igual que los de los héroes de la Antigüedad, fueron elevados a los cielos y preservados del olvido.

La variedad de rasgos sociales, económicos y morales de los hombres alistados hace difícil establecer una identidad modélica de este soldado quinientista que formó parte de los tercios, célula del ejército moderno, y que se enfrentó a adversidades varias y desdichas durante más de cien años en favor de una monarquía y una religión. El estudio de la figura del soldado quinientista español ha suscitado entre los historiadores cuestiones complejas y en ocasiones contradictorias. La diversidad de opiniones es consecuencia del estudio desigual, así como de las fuentes, los textos y las perspectivas

[4] Se trata sin duda de un falso heroísmo, pues como bien aclara Tom Morris en *Los superhéroes y la filosofía*: «Quien está siendo ciertamente heroico en sus acciones, debe ser porque tiene mucho que perder si las cosas se tuercen, algo que resulta imposible para quien posee los poderes característicos y distintivos de los superhéroes» (2010: 34).

de las que se han aproximado a un sujeto tan variable. Hombres sin uniformar, bajo el caudillaje de una bandera y prestos a las órdenes transmitidas por los golpes sordos de un tambor. Aquellos aventureros, pero temerosos; hidalgos o villanos; mercenarios, pero leales; letrados o analfabetos … conformaban, pese a su heterogeneidad, una masa más o menos disciplinada que logró dominar un imperio, dotándolo de esplendor bajo la dirección de la Casa de Austria.

Al mortal contemporáneo, escéptico y descreído de los mitos y deidades que han formado parte de la cotidianeidad grecolatina y de la tradición hasta bien entrado el siglo XVII, le cuesta comprender las motivaciones profundas de las historias de estos soldados, que escapan del anonimato y la fugacidad del tiempo gracias a los testimonios que se han conservado, derivados de la cultura militar surgida a raíz de la Revolución Militar de finales del siglo XV. Un abismo socio-cultural y temporal nos separa de esos individuos del quinientos que, motivados por factores más o menos nobles, se enrolaban en un primigenio ejército nacional con altas expectativas de ascenso económico y social, y pocos resultados palpables. Resulta difícil, pese a las innumerables páginas que se han escrito, imaginar en su integridad al soldado español que durante el siglo XVI participó de las campañas militares en las que se involucró la Corona Española. Crónicas, autobiografías, cartas, relaciones, *romanzos*, poemas épicos… La transformación de la sociedad a causa de la Revolución Militar alcanzó todos los géneros de las letras y los letrados la abordaron desde los más variados puntos de vista.

La barrera infranqueable de la temporalidad puede ser derribada como las murallas de Jericó con un sonido musical, el de las palabras. Palabras escritas en aquellos tiempos de grandiosidad y opulencia imperial obtenida con el sacrificio de tantos otros y a la que siguió un crepúsculo decadente y oscuro. Las generaciones que viven tiempos difíciles son conscientes de ello, en su carne se hace patente el tópico latino *vita militia est*, cuyo final cierto es imposible de prever. Pero más allá de la lucha externa, la vida era entendida desde la Antigüedad como una lucha innata al hombre:

> Ca como dize Iob a los siete capítulos que la vida del hombre es una batalla o guerra sobre la tierra […] tengamos tres enemigos spirituales: el mundo, el diablo y la carne. Los catholicos christianos que dessean alcançar la corona de la gloria del cielo conviene que fielmente peleen aqui en el suelo contra nuestro principal adversario el diablo […] al qual devemos resistir con el exercicio de las virtudes y con la lumbre de la fe (Fray Jaime de Alcalá, *Cavalleria Christiana*, ff. 8v-9r).

La incertidumbre, la violencia armada, los bruscos cambios sociales y la crisis a causa de la amenaza de una potencia extranjera[5], los tiempos difíciles: eso es la guerra. La forma de guerrear ha evolucionado desde la Edad Media hasta nuestros días, distando mucho de ser concebida como una sucesión de batallas con el objetivo final de la victoria.

Como Ulises, los españoles del quinientos son conscientes del momento de relevancia histórica que les ha tocado vivir y de la gloria que pueden alcanzar. Las posibilidades de realizar hazañas memorables parecen presentarse por doquier. El *Mare Nostrum* por el que Ulises había vagado durante años hasta su regreso a los brazos de Penélope se cree conquistado y a la vez es escenario recurrente de batallas a causa de los asaltos de enemigos turcos y berberiscos. El descubrimiento de América ha ensanchado los horizontes de la Tierra y de las mentalidades europeas, esbozando en las imaginaciones posibles hazañas heroicas en un Nuevo Mundo totalmente desconocido y al que, para llegar, había que jugarse la vida previamente en un largo y azaroso viaje de varios meses a merced de inclemencias meteorológicas y enfermedades[6]. Los registros conservados de las embarcaciones entre 1500 y 1550 revelan la identidad de los grupos de personas (hidalgos y religiosos fundamentalmente) que se atrevieron a cruzar el océano. En la Península, la nostalgia de un pasado glorioso y efervescente se apodera de los caballeros del quinientos que añoran los tiempos de las cruzadas y la lucha incansable contra el moro, en un último intento de resucitar la anacrónica caballería, todavía agonizante en forma de la "caballería de papel" de la que habla Rico (2016). La misión providencialista de la evangelización, nacionalizada por los Reyes Católicos y mantenida por Carlos V con apoyo del papado, continuará latente en los corazones de los católicos pese a las divisiones internas de la iglesia.

Los historiadores han estudiado en profundidad este Siglo de Oro español en todas sus manifestaciones artísticas y sociales, incluida la guerra. Sin embargo, los estudios realizados se han llevado a cabo parcialmente y «sólo en los últimos años ha comenzado a estudiarse la institución militar como tal, es decir, la práctica de la guerra en toda su

[5] El término *extranjero* debe entenderse aquí como lo ajeno a la colectividad o comunidad a la que se pertenece.

[6] Ejemplo ilustrado de ello es la carta de Bernardo de Balbuena (original) enviada por Pedro Altamirano: «[…]y quien perdió en la mar, por benirle a serbir a estas partes, su muger y sus hijos, criados, libros y hazienda, y todo el contento y bien que tenía en la vida, y la propia tube, en dos biajes, muy a punto de perderla, sin sacar de la mar más de el buen deseo de serbir a Vuestra Magestad (que este no me a faltado ni puede faltar por ningún sucççeso) (Carta 30 de abril de 1592 en Montaner, Navarro, 2021: 749-752).

complejidad, integrando en un único entramado los aspectos políticos, jurídicos y estratégicos, y añadiendo a ellos otros aspectos igualmente significativos, como el económico, el sociológico y el simbólico» (Campillo, 2008: 25). Un nuevo enfoque histórico-militar ha surgido en los últimos años entre los historiadores provocando un nuevo acercamiento al estudio de las gestas militares del período. Ejemplo de ello es la reciente publicación *Vencer o morir: Una historia militar de la conquista de México*, de Antonio Espino López (2021).

No se trata aquí de ahondar históricamente en los protagonistas de estas hazañas, de sobra conocidos y expuestos por los especialistas en dicha materia, sino de abordar un campo hasta ahora solo parcialmente estudiado y que en esta tesis se consolida como objetivo principal: la representación literaria del soldado quinientista en la poesía épico-cronística del siglo XVI, «rastreando siempre la influencia del pensamiento militar del momento» (Espino López, 2001: 17). Se hunden aquí las raíces de la investigación multidisciplinar que se expone y que es objeto de esta tesis cuyo objetivo es el estudio de la representación de la guerra en la poesía épico cronística hispánica quinientista, fruto de una mentalidad compartida acerca de la misma entre soldados, escritores y lectores. Siguiendo los postulados aristotélicos sobre la función de la poesía, que «no es narrar lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, y lo posible conforme a lo verosímil y necesario» (*Poética*, 1451a36), nos hemos propuesto la elaboración de una prosopografía del soldado tipo del siglo XVI que aparece esbozada en los poemas épico cronísticos y que difiere de la que proponen otros géneros historiográficos como las crónicas, autobiografías, memoriales y relaciones de sucesos. Seis poemas épicos cultos representativos de la épica cronística española permiten el análisis de la representación literaria de los soldados que participaron en las guerras más notables del siglo XVI: *La Araucana* (1569, 1574, 1589) de Alonso de Ercilla, *La Felicísima victoria* (1578) de Jerónimo Corte Real, *La Austríada* (1582) de Juan Rufo, *La Mexicana* (1588) de Gabriel Lasso de la Vega, el *Arauco domado* (1596) de Pedro de Oña y *El Peregrino indiano* (1599) de Antonio de Saavedra Guzmán.

De todas las clasificaciones que se han realizado recientemente de los subgéneros de la poesía épica culta, se parte en este trabajo de la taxonomía esbozada por el profesor Alberto Montaner. La poesía épico-cronística puede ser definida como aquella poesía que recoge hechos o sucesos que pueden ser considerados heroicos en la historia reciente de

una nación. Los poemas seleccionados abarcan los últimos treinta años del siglo XVI y la distancia temporal que se da entre los sucesos y su representación literaria oscila entre los tres años (la batalla de Lepanto y su representación por Ercilla en la *Segunda Parte de la Araucana*) y los setenta y ocho años (la batalla de Tenochtitlán y su narración literaria por Antonio de Saavedra Guzmán). Durante la segunda mitad del siglo XVI, si bien en España únicamente fueron publicados dos poemas (*La Araucana* y *La Austríada*), lo cierto es que la poesía épica tuvo una gran fecundidad[7] que se vio reflejada en la difusión editorial de las obras. La alabanza que desde la Antigüedad hacían las epopeyas a la gloria de *arma virumque* se concretan en sujetos existentes que, a través de su servicio a la Corona española, en muchas ocasiones, no solo han sido conocidos directamente por los poetas, sino que se espera de ellos un papel de mecenazgo o de favor. Como han estudiado María José Vega y Lara Vilá (2010), y menciona, Aude Plaganard (2019), los paratextos que acompañan a los poemas, y fundamentalmente los prólogos son la fuente primera para hacer esta aseveración. Todos los poemas aquí mencionados están dirigidos al rey Felipe II, al que invocan su favor y, en algunos casos, se alude a los personajes más notables que luego aparecen en la obra representados.

La perspectiva desde la que nos aproximamos a las obras y su estudio parte irremediablemente del pensamiento militar[8] expuesto en la tratadística coetánea, abordada desde la historia de la literatura, la historia de las mentalidades, y el análisis histórico-filosófico. El estudio que se realiza de la representación del arte militar en estas obras literarias abarca la totalidad de sus elementos. En el lenguaje corriente se suelen confundir las voces "arte militar" y "arte de la guerra" aunque ambas especificaciones no puedan contemplarse de ninguna manera como sinónimas. Almirante señala que el adjetivo *militar* abarca una realidad mayor que la *guerra*, al designar con él, en toda su extensión a: «la base eterna en que apoyan los pueblos previsores su existencia social, su independencia y su gloria» (1869: 539-650). El arte militar es entendido como un estado, es decir, la guerra preparada prevista y estudiada en tiempo de paz, mientras que la guerra es un evento concreto que se desencadena en un momento determinado y que consiste en

[7] Tal y como revelan los estudios de Frank Pierce (1968), en el siglo XVI y XVII se publicaron más de ciento sesenta poemas épicos de distinto género, lo que supone una cifra muy elevada.

[8] Pinto Cebrián distingue entre "mentalidad militar" y "pensamiento militar": «la mentalidad militar surge en el profesional de la milicia como resultante de la formación recibida, del ejercicio de la carrera de las armas y del entorno que le rodea, y evoluciona bajo el peso de la influencia de los acontecimientos bélicos, políticos y sociales» (2013:189), mientras que el pensamiento militar abarca las ideas políticas, económicas, sociales y religiosas, además de otras, que posee el militar profesional.

«el choque material de las fuerzas destructoras de que disponen dos poderes sociales, que se hallan en oposición de intereses» (Villamartín, 1989: 2). En esta tesis doctoral hablaremos por tanto de arte militar, más que del de la guerra.

Antoin-Henri Jomini (1840, ed. 1991: 41) establece seis partes en el arte de la guerra en su *Compendio del arte de la guerra o Nuevo cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime, y de la política militar* (edición original francesa de 1838): la política de guerra (que incluye la filosofía o parte moral de la guerra); la estrategia o arte de dirigir las masas sobre el escenario de la guerra; la gran táctica de las batallas y de los combates; la logística o aplicación práctica del arte de mover los ejércitos (lo que en el Renacimiento se concreta en tres movimientos de las tropas: marchar, acampar y combatir); el arte del ingeniero (la utilización de las innovaciones en material de guerra); y la táctica de detalle (en contiendas pequeñas, escaramuzas). Además de dichas partes del arte de la guerra, el arte militar abarca otros aspectos, como la instrucción o los valores subyacentes a las tropas, o el espíritu militar. Uno de los elementos más relevantes para nuestro estudio es la estrategia.

En 1958 Jean Guitton impartía una conferencia sobre la relación entre la estrategia y la lógica: *El arte de pensar y la dirección de la guerra*, en la que, siguiendo a De Gaulle, sostenía la existencia de estrechos vínculos entre filosofía y estrategia: «au fond des victoires d'Alexandre, on retrouve toujours Aristote» (Charles de Gaulle, 1936 en Guitton, 1958, ed. 2019: 20). Guitton, como tantos otros, está convencido de que los principios de la guerra que rigen a los contingentes se asientan en una filosofía, en una concepción unitaria de la existencia, un pensamiento metafísico que configura la estrategia porque «es evidente que las guerras y las revoluciones derivan en última instancia de lo que los beligerantes o los rebeldes opinen sobre el significado último del hombre, de la vida, de la muerte, del Más Allá, de Dios» (*ibid*., p. 30), o lo que es lo mismo, si «la metafísica es la forma más elevada de pensamiento, la estrategia es la forma más alta de acción» (*ibid*., p. 198). Por lo tanto, un pueblo con profundas creencias religiosas no se enfrentará al enemigo de la misma manera que otro descreído, o, como lo expresa acertadamente Antonio Campillo en su estudio sobre la guerra y el estado en el Renacimiento: «La forma que los hombres tienen de matar depende de la forma que tienen de vivir, y conocer la una nos ayuda a conocer la otra. Hablar de la guerra es, pues,

hablar de la sociedad que la practica» (2008: 23). Es éste el caso de una España de profundas creencias católicas y con un pensamiento teológico.

Este desarrollo privilegiado de la reflexión teológica dentro de la confesión católica y, fundamentalmente, su papel en la caracterización de la sociedad española del siglo XVI y XVII influyó en el pensamiento y la mentalidad militares renacentistas. Además, como la historia ha demostrado: «La guerra ha sido casi siempre una guerra sagrada, al servicio de una religión, una teología, una mística o una ideología» (Guitton, 1958 ed. 2019: 235). De hecho, Frank Pierce destacaba, acerca de la poesía épico-religiosa hispánica, que las dos cualidades generales que han probado su originalidad son la estética y la finalidad político-religiosa derivada del espíritu de la Contrarreforma: «Pointing out its Spanish qualities, both aesthetic and politico-religious, as an expression of the age of the Baroque literary manner and of the strong spirit of the Spanish Counter- Reformation and of the Spanish Imperialism» (1941: 174).

Son estas ideas, que podemos calificar de "personales", en tanto que no adquiridas en el ejercicio de su profesión, las que Guitton (1958 ed. 2019: 35) considera esenciales a la hora de entender la guerra como fenómeno llevado a cabo por un conjunto de hombres en una situación determinada. Si bien en Europa el pensamiento militar moderno se desarrolló fructíferamente sobre todo en Alemania y Francia a partir de la Revolución Francesa de la mano de Carl von Clausewitz, Antoine-Henri Jomini o Basil Liddlell Hart en los siglos XIX y XX, para España el momento de desarrollo bélico e innovación armamentística, táctica y estratégica fueron los siglos XVI y XVII, y desde entonces, a excepción de Francisco Villamartín, escasos nombres sobresalen en el panorama internacional de los tratados militares. Como los historiadores han señalado, el problema de la nación española siempre ha sido el mismo: «España nunca desarrolló un sistema económico capaz de sostener eficazmente tales proyectos en el tiempo y el resultado fue una continua alternancia entre proyectos grandiosos y estrecheces cotidianas» (Calvo Albero, 2016: 444).

La indiferencia que los estudiosos de la literatura han mostrado hacia este género épico, al que Cacho Casal llegó a calificar de "olvidado" (2012: 5), está quedando superada tras la corriente de nuevos estudios y ediciones críticas que se están realizando de los poemas épicos de esta época. ¿Qué factores han suscitado este renovado interés

por la poesía épica culta? En primer lugar, su característica de ser un terreno explorado parcial y desigualmente. Pero más allá de la novedad, de la contemplación extensa de las vivencias de los primeros hombres de la modernidad a través de sus hazañas heroicas, la poesía épica cronística hispánica nos permite atisbar el misterio ontológico del hombre. Evitando caer en el idealismo o el ternurismo, la poesía épica cronística hispánica se ve fuertemente marcada por la espiritualidad de la sociedad española: «espiritualidad y gestión de la escasez son pues los elementos claves no ya del modelo militar español, sino del propio carácter nacional» (Calvo Albero, 2016: 445). Y, en consecuencia, su lectura recuerda al hombre su conexión con el Misterio insondable, su necesidad de religiosidad y de sentido último de la vida. Charles Péguy, filósofo francés del siglo XIX, distinguía los órdenes de la realización del misterio, de la mística, en el hombre: «être grand dans l'ordre de la chair, c'est être un héros, être grand dans l'ordre de l'esprit, c'est être un génie, être grand dans l'ordre de la charité, c'est être un saint […] La mystique peut se trouver dans chaque ordre» (*apud*. Riquier, 2017: 151). La poesía épica cronística aurisecular aúna en sus personajes los tres órdenes del misterio. Los soldados son presentados como ejemplos en el orden de la "carne", pues sus hazañas corporales en las batallas son notables; son ejemplos en el orden del espíritu, pues la genialidad de los caudillos será el factor que haga posible la conquista del Nuevo Mundo y la victoria sobre los musulmanes; y, final e indudablemente, dada su condición católica, la finalidad de su vida es alcanzar la santidad, hacia la que, indirectamente, quedan encauzados, aunque indirectamente, todos sus esfuerzos.

En segundo lugar, los sucesos recogidos por los poemas épicos aquí estudiados: la conquista y colonización de América del Sur han sido objeto de polémica[9] a lo largo de los dos últimos siglos. Las acciones llevadas a cabo por los españoles en Hispanoamérica han sido muy criticadas por el pensamiento postmoderno, y reflejo de ello es el actual rechazo extendido a la celebración del día de la Hispanidad por el continente americano. Desde que Julián Juderías y Loyot difundiera en 1914 el concepto de "leyenda negra"

[9] A la par que esta tesis doctoral cobra forma, en California han sido vandalizadas las esculturas de Fray Junípero Serra, franciscano misionero español, y Miguel de Cervantes, en el Golden Gate Park de San Francisco (sucesos ocurridos entre el 21 y 22 de junio de 2020, como recogen numerosas fuentes informativas). En el mismo estado, unos días antes, los demócratas (mayoría legislativa en el senado) han ordenado la retirada de la marmórea escultura "La última petición de Colón a Isabel" que presidía el Capitolio de California, alegando la ofensa que supone a los indígenas. Del mismo modo, actualmente, numerosas obras están viendo la luz en los últimos años con la finalidad de contrarrestar dichas opiniones. Pueden leerse al respecto obras como la de Roca Barea (2016); Sánchez Jiménez (2016); Rodríguez Pérez, Sánchez Jiménez (2016); Vélez, (2018, 2019).

aplicado al periodo histórico español de los siglos XVI y XVII, el estudio de dichos siglos sufre las interferencias de la misma, desde el mismo período en que se difunde:

> En una palabra, entendemos por leyenda negra la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas; enemiga del progreso y de las innovaciones; o, en otros términos, la leyenda que habiendo empezado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la Reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces, y más especialmente en momentos críticos de nuestra vida nacional (1914, ed. 1997: 23).

En respuesta a esta corriente revisionista del pasado que triunfó en el siglo XX, han surgido numerosas voces que tratan las gestas bélicas desde el punto de vista militar, sobrevalorándolo, según Espino López, en cierta manera y constituyendo «algo así como el sustrato bélico-heroico de la nación» (2021: 13). Los textos que hablan de las hazañas españolas en dichas tierras están siendo revisados a la luz de esta nueva corriente de pensamiento cuya finalidad primordial es la comprensión de la representación literaria de dichos acontecimientos bélicos sin la finalidad de exaltarlos ni despreciarlos. Para lograrlo, la presente tesis doctoral aborda la cuestión en siete apartados en los que se realiza un estudio de la vida militar española del siglo XVI y su representación en la poesía épico-cronística.

El primer capítulo está compuesto por un análisis histórico-religioso, social y militar de la España del Quinientos, con una función claramente introductoria, en el que se resume la evolución que sufrieron las tropas reales desde la Baja Edad Media hasta su consolidación estructurada y orgánica en los tercios extrapeninsulares y el escenario en que se desenvolvían, bien en el Viejo, bien en el Nuevo Mundo, así como los factores más relevantes a tener en cuenta para comprender la ética guerrera que se configuró en aquella época. La estrecha relación de la corona española con el papado, la visión providencialista de la monarquía hispánica heredada de los Reyes Católicos y la lucha interna contra los moriscos (en ocasiones auspiciados por el imperio otomano) compusieron una peculiar sociedad española cuya milicia permanente rápidamente adoptó los avances de la Revolución Militar, conformándose ante los ojos de los enemigos como la tropa más osada de Europa, según autores como Marcos de Isaba y Erasmo de Rotterdam. Las guerras interiores y exteriores, navales y terrestres, europeas o transatlánticas, se vieron afectadas por la configuración de dos tipos claramente diferenciados de soldadesca, que dieron lugar a dos representaciones de las formas de

guerrear en la literatura. Por un lado, el soldado español veterano de los tercios, instruido en la nueva forma científica de guerrear y sometido a una férrea disciplina y jerarquía marcial; por otro lado, los "empresarios armados" del Nuevo Mundo, cuyas expediciones costeaba un caudillo al que servían y cuyo origen social desconocemos mayormente, a causa de las escasas anotaciones en los Registros de Indias. Tras una extensa lucha contra los moriscos y los turcos a lo largo del siglo XVI, dos eventos marcaron (en desigual proporción) la victoria de la cristiandad sobre el Islam: la Guerra de las Alpujarras y la Batalla de Lepanto.

Bajo el título "La 'épica cronística' en la República de las Letras", el segundo capítulo propone una comparativa entre los autores de los tratados militares, como perfecto paradigma del "soldado-escritor" de la República de las Letras y los poetas épico-cronísticos, así como las estrategias de legitimación empleadas en sus poemas. A la par que se construía un nuevo paradigma de autor, se configuró también un nuevo paradigma de lector guerrero. Una revisión comparativa de la presencia de la poesía épica y los tratados militares en los inventarios de las bibliotecas nobiliarias conservados de finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII, permite afirmar el interés creciente del subgénero épico-cronístico (paralela al experimentado hacia la tratadística militar) de los nobles guerreros y humanistas del Siglo de Oro. Junto a dicha revisión, el estudio de los dedicatarios de los poemas épicos seleccionados para esta tesis y su coincidencia con los de los tratadistas de la época nos permiten configurar el amplio panorama de lectores de estos poemas épico-cronísticos con una doble finalidad laudatoria y doctrinal. Concluyendo esta sección, se propone una aproximación a la definición del subgénero "épico-cronístico" a partir de la teoría épica quinientista y la relación de estas obras con los géneros propiamente historiográficos, como la crónica.

En el tercer capítulo, "*De Re Militari* en la tratadística militar española del Siglo de Oro", se aborda un estudio de los tratados militares publicados en España a partir del cual se extraen los valores del humanismo militar imperante en el la literatura del siglo XVI, mediante el cual se presentaba un morfotipo definido: el " soldado gentilhombre", cuya ética era fruto de la síntesis de la herencia de ciertos valores guerreros medievales y la adquisición de unos nuevos postulados humanistas de base neoplatónica. A continuación, se procede a la formulación de las características físicas del soldado ideal del quinientos y su prosopografía y etopeya que conforman el retrato del soldado tipo ideal del período

asentado en el neoplatonismo que, hacia mediados del siglo XVI, influido por el espíritu de la Contrarreforma, dieron lugar a la figura del "soldado católico". Si de los soldados se esperaba fundamentalmente una disciplina ejecutada en la obediencia, en el caso de los capitanes y oficiales dirigentes, la disciplina se concretaba en una capacidad de mando y autoridad que debía hacerse obedecer. En el apartado "*Servatis servandis*: los oficiales militares del siglo XVI" se ofrece un perfil del "capitán ideal" que debía acaudillar a los soldados en el ejército, tanto en los períodos de paz, como en los de guerra. Finalmente, paralela a la nueva estructura castrense, la incorporación de la pólvora (en forma tanto de artillería gruesa como ligera) a las tropas españolas modificó sustancialmente las tácticas en el campo de batalla, favoreciendo el cuerpo de infantería sobre la caballería, aspecto fuertemente debatido en la tratadística contemporánea.

En el cuarto capítulo, intitulado "La guerra de conquista en *La Araucana* y *Arauco domado*: un conflicto interminable", se propone un estudio del conflicto entre las huestes españolas y los araucanos en los poemas de temática chilena. La representación idealizada de los araucanos desde el primer canto de la epopeya como gentileshombres ejercitados en el arte de la milicia y organizados políticamente en una república comparada a la veneciana sentará las bases de la configuración de los adversarios en las restantes obras. Dos vicios aquejarán a la milicia hispánica representada por Alonso de Ercilla y que se perfilarán en el resto de los poemas épicos: la codicia, y la crueldad de algunos soldados con los enemigos vencidos. El absoluto silencio ercillano sobre las acciones políticas de don García Hurtado de Mendoza, IV marqués del Cañete, provocaron la publicación del *Arauco domado* siete años después de la aparición de la Tercera Parte de *La Araucana*. Para Pedro de Oña, la primaria finalidad laudatoria del gobernador condiciona la elección de tres contiendas bélicas en las que participó el marqués: la batalla de Penco, la marcha a través del río Bío Bío, y la batalla en la cuesta de Andalicán. En ellas, García Hurtado de Mendoza aparece representado como un capitán general de gran formación ingeniera y militar en la conducción de una hueste indiana indisciplinada, codiciosa y con rasgos inconfundibles de cobardía, como en el episodio final del asedio de Penco, en el que, faltos de munición, el capitán no encuentra un soldado valeroso que se acerque hasta los navíos para buscar más (*AD*, VI). La representación de las tropas al servicio del marqués contrasta fuertemente con la descripción de los escogidos (proféticamente) soldados para sofocar la rebelión de Quito.

El quinto capítulo, "La conquista providencialista de México: dos poemas cortesianos", profundiza en la visión providencialista y religiosa de la conquista de Méjico en dos poemas finiseculares: *La Mexicana*, de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, y *El Peregrino indiano*, de Antonio de Saavedra Guzmán. La composición postridentina de ambos poemas condiciona la representación de los soldados y sus caudillos como verdaderos defensores de la religión cristiana (*miles Christi*). Ambas epopeyas, con notables diferencias en la narración de los sucesos militares escogidos, presentan el conflicto como una empresa santa cuya misión militar trasciende la dimensión terrenal, al encontrar su sentido último en la salvación de las almas: las de los indígenas, a través de la evangelización; las de los soldados, al ofrecer sus vidas como mártires de la fe. Frente a la colectividad lassiana heredera de Ercilla, Saavedra Guzmán presenta un retrato, tanto de los indios, como de los soldados, idealizado en el arte militar, frente al que encontramos en las crónicas de Indias. Dos asedios configuran en los poemas épicos las actuaciones bélicas de los conquistadores en Nueva España: el de Potonchán (ofensivo) y el de Tenochtitlán (defensivo) a partir de los cuales se observan las estrategias militares empleadas por la soldadesca española para combatir y resistir al enemigo.

El capítulo sexto, "*Tirar con pólvora del rey*: la guerra defensiva en *La Austríada*" estudia la descripción del único conflicto interno narrado en la poesía épica del siglo XVI: la guerra de Las Alpujarras. El clima antiheroico de la contienda, impropio de las guerras narradas en los poemas épicos, se observa desde la descripción del arriscado teatro de operaciones en el que resulta imposible dar una batalla ordenada. La rebelión nocturna de los moriscos bajo la comandancia del traidor Fernando de Valor y la infidelidad de los rebeldes del Albaicín al levantamiento acordado resultan características impropias de una guerra justa en la que adquirir honra y fama. La batalla de guerrillas, consecuencia de la rebelión, adquiere un tono que contrasta con las representaciones épicas del resto de los poemas seleccionados.

Finalmente, el séptimo capítulo, "La batalla de Lepanto y la piratería ultramarina: enfrentamientos navales en la poesía épica del Siglo de Oro", aborda una representación comparativa de la batalla naval de Lepanto en tres poemas épicos (*La Araucana*, *La Felicissima Victoria* y *La Austríada*) y el enfrentamiento entre galeones españoles e ingleses a partir de un estudio de las tácticas navales descritas en los escasos tratados

sobre la marina militar que se publicaron a principios del siglo XVII y que permiten ensalzar la capacidad estratégica y de mando del personaje denominado por Michael Murrin como "Officer Hero" (1994: 191). La figura de los generales, encarnada en los personajes de don Juan de Austria y Alí Pachá (generales de los ejércitos cristiano y otomano, respectivamente) en la batalla de Lepanto, y don Beltrán de Castro y Richard Hawkins en el conflicto oceánico, revela la nueva concepción de la guerra moderna en la que las decisiones de los generales (estrategas) resultan decisivas para el desenlace del combate. La inclusión de dos poetas (Corte Real y Rufo), a través de la narración de un tercero, del asedio de Famagusta previo al encuentro de las galeras cristianas y otomanas en el golfo, responde por tanto a una función retórica expositiva de las capacidades estratégico-tácticas de los generales turcos. La extraordinaria capacidad táctica mostrada por los enemigos permite al autor aumentar la gloria, tanto de los soldados españoles, como de su comandante, don Juan de Austria. La contienda producida entre galeras, en la que la representación épica de la batalla se centra en los combates cuerpo a cuerpo de los soldados de la Santa Liga contra los otomanos, contrasta fuertemente con el conflicto artillero entre galeones representado por Pedro de Oña, en el que las embarcaciones, anticipándose a la táctica naval del siglo XVII, combaten en formación lineal.

La lectura múltiple de estos seis poemas a la luz de la tratadística militar de la época permite, no sólo la recreación ideológica de las batallas y escaramuzas seleccionadas por los autores, sino la elaboración de un perfil heroico de los soldados, oficiales, generales, y que participaron en las guerras en que se empeñó la corona española en el siglo XVI y que, mediante sus hazañas, aspiraban a alcanzar la gloria. El objetivo principal de la tesis, la descripción de los valores de la nueva milicia en la épica cronística queda desgranado, en los diferentes apartados de los capítulos 4-7 a partir del análisis realizado de los soldados, hombres de armas, oficiales y caudillos de sus acciones en los conflictos expuestos.

«¡Vamos, Mañara, levántate! Sabes perfectamente que me perteneces, ¿Acaso no me has dado lo mejor de ti mismo, la poesía de tu juventud?»
Oscar V. Milosz, *Miguel Mañara*.

1. CONTEXTO HISTÓRICO SOCIAL: LA EVOLUCIÓN DE LA MILICIA ESPAÑOLA DEL MEDIEVO A LA EDAD MODERNA

1. CONTEXTO HISTÓRICO SOCIAL DEL QUINIENTOS ESPAÑOL

El diplomático italiano Fulvio Testi calificaba, en el siglo XVII, la centuria anterior como «il secolo de' soldati» (*Lettere*, p. 204). La escasez de períodos de paz en toda Europa entre las grandes potencias, así como las guerras internas en los propios países, convirtieron el mapa occidental en un cambiante teatro de operaciones por largos períodos temporales en los que, la condición social de los hombres que lo protagonizaban, evolucionó paulatinamente fruto de La Corona española no era ajena a todos estos cambios, pero su peculiaridad como Imperio y los intereses económicos y religiosos que marcaron los reinados de los últimos monarcas de la Edad Media, hicieron del soldado moderno español un paradigma de características muy singulares debido a la etapa de transición en la que se configuró[10]. Los ideales caballerescos, todavía vigentes en la sociedad se fundieron con el nuevo prototipo de hombre experimentado en la batalla y cualificado en una incipiente ciencia militar. Sin embargo, para comprender los factores que permitieron la conformación de una milicia considerada como un ejército permanente, jerarquizado en torno a una figura real, y con una misión concreta divinizada, como será la milicia española del Quinientos, hay que remontarse a la creación de los cuerpos de las "Guardias Reales" por los Reyes Católicos.

Con el objetivo de investigar sobre la repercusión que la creación de esta milicia permanente tuvo, no sólo en la sociedad española del siglo XVI, sino también su reflejo en la literatura, es necesario describir brevemente —sin que sea el propósito final de este trabajo— las circunstancias históricas, políticas, económicas, sociales, culturales y religiosas que conformaron la Monarquía Hispánica del siglo XVI. No se trata de hacer un estudio histórico exhaustivo, pero sí de remarcar los acontecimientos más relevantes que posteriormente, en la segunda mitad de siglo, serían configurados por los poetas épicos como las hazañas más gloriosas llevadas a cabo por un conjunto de hombres al

[10] Andújar Castillo (1999: 86) acuña el término "ejércitos de transición" para denominar a los ejércitos que se configuraron entre los siglos XVI y XVVIII y que se caracterizaron por la subsistencia de elementos feudales del medievo con la incorporación de otros ligados a la profesionalización de los soldados modernos. Por ello prefiere hablar, siguiendo la terminología propuesta de Gunnar Arteus, de un ejército "semiprofesional".

servicio de la Corona influenciados por un nuevo código ético surgido del sincretismo de los valores caballerescos y la actualización de los valores de las legiones romanas. Para ello es necesario observar brevemente el germen de las milicias en la Edad Media, la "Revolución militar"[11] (Michael Roberts, 1955 en Martínez Ruiz, 2016: 10) y su adopción en los territorios españoles a lo largo del siglo XVI. Cuatro factores propiciaron un cambio radical en la concepción del ejército moderno en Europa en la primera mitad del siglo XVI y que de manera general han sido aceptados por los historiadores: la revolución táctica que supuso la sustitución de la lanza por la pica y la flecha y el mosquete; el aumento del tamaño de los ejércitos europeos; la aparición de estrategias más complejas y la repercusión de la guerra en la sociedad.

La situación en la Península a finales del siglo XV parecía inmejorable desde la perspectiva político-religiosa. El matrimonio de Fernando II de Aragón con Isabel I de Castilla en 1469, promovido y bendecido por el papa Pío VI, había construido una alianza que favorecería la consecución total de la Reconquista gracias a la unión de fuerzas y el establecimiento de un objetivo común: la unidad. Ya Dante en el siglo XIV había condensado en unos versos de su *Divina Commedia* las dos potencias que regían el mundo occidental en la Edad Media y que se extenderían también a la Edad Moderna:

> Soleva Roma, che 'l buon mondo feo,
> due soli aver, che l'una e l'altra strada
> facean vedere, e del mondo e di Deo.
>
> L'un l'altro ha spento; ed è giunta la spada
> col pasturale, e l'un con l'altro insieme
> per viva forza mal convien che vada;
>
> però che, giunti, l'un l'altro non teme:
> se non mi credi, pon mente a la spiga,
> ch'ogn'erba si conosce per lo seme (*Commedia*, Purg., XVI vv. 106-112).

Dante resumía los dos soles que iluminaban el mundo medieval de manera magistral: el imperio (poder civil) y el papado (poder religioso) llevando al hombre al culmen de su existencia en la vida terrenal y sobrenatural. Dos poderes que, como describía el poeta, habían de ir unidos, pero afanados cada uno en lo concerniente a su ámbito. Sin embargo, esta distinción de poderes no acabó de realizarse en la práctica hasta

[11] Para una revisión de los debates en la historiografía acerca del término "Revolución militar" introducido por Michael Roberts, así como la cronología comprendida, véase Martínez Ruiz (2016: 10-19).

finales de la Edad Moderna. En España, la división de poderes se fusionaba en la creación del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en 1478 por los Reyes Católicos con la Iglesia católica. La expulsión de los judíos de la Península, la conquista de Granada y el descubrimiento de América, en el mismo año, 1492, bautizado posteriormente como *annus mirabilis*, marcaba el final de una Edad Media caracterizada por largos períodos de luchas interiores, contra los herejes (los moros) en favor de la Reconquista, y exteriores, con las Cruzadas organizadas para la recuperación de los lugares de Tierra Santa, a la vez que anticipaba el progreso de una nación que se convertiría en primera potencia mundial. La conquista del reino de Granada había supuesto la victoria oficial de la Monarquía Hispánica contra el hereje en el interior de la Península y el inicio de una nueva etapa de paz que se creía perdurable en la Península. Nacía así una nación moderna en la que la sociedad se encontraba «si no "militarizada", muy influenciada por el fenómeno militar, omnipresente en su etapa histórica más inmediata» (O'Donnell y Duque de Estrada, 2012: 9).

En 1496, el ventajoso y pactado matrimonio de Juana I de Castilla y I de Aragón, "La Loca", hija de Isabel y Fernando, con Felipe I de Castilla "El Hermoso", hijo de Maximiliano I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, introdujo en España la Casa de Austria. Fruto de esta relación, nacerá Carlos, quien se convertirá en rey de España y, más tarde, emperador, siendo apodado coetáneamente "el César", por la vasta extensión de su reinado y del poder acumulado en su persona durante la primera mitad del siglo XVI. A partir de su matrimonio con Isabel de Portugal (1526), España se convierte en este siglo, seguida de Francia, Inglaterra y Austria, en la gran potencia mundial, apodada posteriormente como "El Siglo de Oro" español, y cuya época de mayor esplendor se inició durante el reinado de Carlos V culminando en el de su hijo Felipe II. Tal y como ha sido considerado por los historiadores, el Siglo de Oro de la historia de España «se desarrolla desde el inicio del reinado de los Reyes Católicos (1474-1516), con el punto culminante de la unificación española, la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo, hasta el momento de esplendor de la España finisecular bajo Felipe II (1556-1598)» (Infantes, 1999: 5 en Delgado, 2021: 43).

Factores económicos, sociales, políticos, culturales y también militares contribuyeron al esplendor de la España del Quinientos frente al resto de naciones

europeas. Los enfrentamientos constantes con las otras potencias obligaron a la Monarquía Hispánica a adoptar nuevas tácticas militares y buscar aliados en el panorama internacional.

Una de las primeras victorias decisivas en las que se puso de relieve la eficacia del nuevo cuerpo de infantería fue en la batalla de Pavía, pues en ella «lo más granado de la nobleza francesa no pudo resistir las descargas de los soldados de la infantería española» (Martínez Ruiz, 2016: 46). Francisco I, rey de Francia se disputaba el ducado de Milán con Carlos V y, tras cruzar los Pirineos, se apoderó de la ciudad asediando Pavía, defendida por Antonio Leiva. El 23 de febrero de 1524 siguiendo la estrategia de la "encamisada"[12], el Marqués de Pescara lideró las tropas españolas irrumpiendo en el campamento francés y desbaratando la caballería francesa con el apoyo de la infantería de Antonio Leiva. En esa misma jornada es herido el monarca francés y hecho prisionero, siendo liberado por el Tratado de Madrid, que incumplirá al aliarse a la Liga Clementina formada por Francisco Sforza, duque de Milán, Enrique VIII y algunos venecianos, genoveses y florentinos. Cuando Francia apresa al Papa, Andrea Doria, uno de los marinos genoveses más relevantes del panorama internacional, mostrará su descontento y se aliará con el bando español. Aún habrá una tercera guerra entre Francia y España a causa de la alianza del francés, al que se había concedido el título de "Cristianísimo", con el imperio otomano. Esta alianza establecida con los Doria, una de las cuatro familias más importantes y poderosas de Génova, fue el comienzo de la estrecha relación que mantuvieron el Imperio y la República de Génova durante todo el siglo XVI aportando recursos monetarios, materiales y humanos a cambio de ventajas fiscales que le permitieron a la Monarquía Hispánica librar las guerras en las que se hallaba inmersa.

Es este período de magnificencia el que debemos conocer para entender la abundante proliferación de productos culturales, tanto escritos (históricos, cronísticos y épicos) como textuales, en los que se recogían las gestas y hazañas de todos los que participaron en él.

[12] «Es cierta estrategema de los que de noche han de acometer a sus enemigos y tomarlos de rebato; que sobre las armas se ponen las camisas, porque con la escuridad de la noche no se confundan con los contrarios» (*Aut*. III, p. 646).

1.1. Un problema interno: la guerra contra los moriscos

La relativa paz que reinaba en los dominios de la Monarquía Hispánica a finales del siglo XV pronto se vio afectada por las agrupaciones de moriscos en determinados barrios de las ciudades, como el Albaicín, a causa del inconformismo con la pragmática de conversión forzosa de 1502 que los obligaba a abandonar sus costumbres y lengua, el cual culminaría en la sublevación de las Alpujarras en 1569. La ordenanza del 5 de octubre de 1495 recogía la necesidad de que hubiese gente armada en cada ciudad o villa: «de aquí en adelante tenga cada uno dellos en su casa e en su poder armas convenibles ofensivas y defensivas […] que todos los que viven e moran en las ciudades y villas francas exentas, los más principales e más ricos dellos hayan de tener e tengan unas corazas de azero» (*apud* Quatrefages, 1996: 352), excepto los moros: «que estas dichas ordenanzas no comprendan ni se entiendan a los moros del reino de Granada» (*ibid*., p. 353), quienes incumplieron la orden, al menos por parte de grupos moriscos, como reveló la sublevación.

La cuestión morisca era un problema social y religioso que no podía ignorarse. Impregnaba la sociedad española tan hondamente que hasta santa Teresa de Jesús confesaría años más tarde en el *Libro de la vida* (1565) su intento frustrado por ir a tierra de moros para morir mártir siendo niña: «Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen» (XV, 5). Si la situación era intranquila en todo el territorio ibérico a causa de esta presencia morisca, la situación de tensión y descontento en una zona consolidada como "frontera"[13] entre las dos comunidades, provocó la promulgación de una serie de una serie de ordenanzas entre 1495 y 1503,

[13] El concepto de "frontera" ha suscitado numerosas definiciones, pero en este trabajo se van a seguir los postulados de Álvaro Félix Bolaños, resumidos por Rosa López Chávez (2016: 15), quien ofrece tres definiciones relevantes para el concepto del "espacio de frontera": espacio abierto penetrado por la colonización europea; la *Western city* (que es, fundada por los españoles en América) como un espacio encerrado dentro de la frontera cuya existencia garantiza el éxito de la conquista; y el *colonial status quo* como un estado social de pacificación considerado deseable por el colonizador. Así pues, el concepto de "frontera" atiende a la doble dimensión espacio-temporal en el que se encuentran convivientes dos civilizaciones diferentes y que no hace referencia tanto a su marginalidad como al dinamismo constante al que se ve sometida a causa de las decisiones políticas. Hay que entender el término de "frontera" como Calvo, como «zonas donde conviven, de forma pacífica o no, grupos humanos, en estos casos, diferentes en esencia, asimétricos» (2019: 292). Las diferencias étnicas, sociales, religiosas y políticas de la zona fronteriza son la causa de los conflictos armados que en ella se producen. Esta situación que se convirtió en una cuestión permanente dio lugar al surgimiento de un "espíritu de frontera" que, como recoge Alberto Montaner, «implica una hostilidad no radical contra el *otro* e incluso permite una relación relativamente buena con el presunto enemigo» (2005-2006: 107).

enfiladas a la prevención de las posibles revueltas, que acabarían por afianzar la formación de un ejército armado permanente que hiciera frente, en caso de necesidad, al enemigo de la Corona. Este contingente, cuya dirección y organización serían cosa del rey» (Martínez Ruiz, 2005: 24), constituye la raíz de la milicia moderna. Se trataba todavía de un ejército medieval, cuyo grueso recaía sobre la caballería pesada, pero en el que la influencia de las transformaciones de los ejércitos italianos y suizos, vanguardia de la milicia moderna, ya se presentía.

De todas las guerras en las que se vio envuelta la Monarquía Hispánica en el siglo XVI, la guerra interna contra los moriscos fue la más problemática estratégicamente, debido al terreno abrupto en que se produjo la revuelta y las posteriores batallas que hicieron de la guerra de las Alpujarras, un conflicto singular de difícil solución por sus peculiares características. El conflicto de los moriscos era un problema de gran alcance para el rey, «no sólo un intento de secesión dentro del territorio español y una rebeldía, sino el enlace con la lucha mediterránea y el imperio turco y los ataques de la piratería que permanentemente conspiraba contra España» (Alcázar Molina, 1996: 21). Si «a principios del siglo XVI lo más acuciante es la cuestión conversa; a fines de siglo, lo que agobia a la Monarquía Católica es el problema morisco. […] El morisco alarmaba por sus contactos con los turcos y con los corsarios berberiscos, así como por su fecundidad» (Fernández Álvarez, 1983: 196-197). La presencia de moriscos aferrados a sus costumbres y tradiciones en la Península Ibérica, después de tres siglos de presión de los católicos para su sometimiento y conversión, fue la causa del odio religioso y cultural. El morisco, según las creencias de sus detractores, «lo había conservado todo; había rechazado la civilización occidental, y éste era su delito principal» (Braudel, 1976a: 192).

Desde la expulsión de los moros del reino de Granada, la situación en el sur de España había sido de relativa paz. Sin embargo, altercados y rebeliones eran una constante en ese territorio marcado por su carácter fronterizo hacia finales del siglo XIV. Para Anguita, la causa de los desórdenes en las Alpujarras hay que buscarla más en los abusos de las tropas reales que en algún tipo de factor religioso (2012: 110). Sea como fuere, la presencia de tropas y los requerimientos de libertades de culto, vestimentas por parte de los moriscos… eran fuente constante de enfrentamientos entre el poder y la sociedad, convirtiendo el terreno en una zona de inestabilidad permanente. Debido a la promulgación de diferentes pragmáticas, los moriscos tuvieron que abandonar al menos

públicamente sus costumbres. Así lo describe Hurtado de Mendoza: «El rey les mandó dejar el habla morisca, y con ella el comercio y comunicación entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros a quienes criaban con esperanzas de hijos, y el hábito morisco en que tenían empleado gran caudal; obligáronlos a vestir castellano con mucha costa; que las mujeres trajesen los rostros descubiertos…» (*Guerra de Granada*, p. 108). La rebelión era inevitable, dadas las costumbres moriscas y las ordenanzas que restringían cada vez más la exhibición pública de sus costumbres y tradiciones (como la pragmática de 1567), de modo que «lo cierto es que los moriscos de Granada seguían viviendo conforme a sus ancestrales costumbres, y lo que era más peligroso, haciéndolo más como musulmanes que como cristianos, pese a que, a partir de los decretos de 1502, ya la religión musulmana había quedado fuera de la ley» (Fernández, 2002: 120). La negativa a abandonar su modo de vida (como puede observarse en numerosas fuentes, tanto históricas como gráficas, véase la figura 1) fue una fuente constante de enfrentamiento y rebelión de los moriscos.



Figura 1: Indumentaria de los moriscos granadinos, según *Das Trachtenbuch des Christoph Weiditz, von seinen Reisen nach Spanien 1529 und den Niederlanden 1531/3*, Biblioteca Nacional de España. 12/1050822, f. 106.

Todo ello produjo un descontento y un aumento de los moriscos que huyeron al monte y se alzaron como bandoleros (*monfíes*), facilitando a los corsarios berberiscos sus incursiones en la costa granadina. La rebelión de los moriscos la víspera de Navidad de 1568 fue el detonante de la rebelión. Hernando de Válor y Córdoba, primer caudillo de la rebelión y descendiente de los omeyas, adoptó el nombre de Muḥammad ibn ‘Umayya, castellanizado como Aben Humeya. Escogido como reyezuelo, nombró a Faraz Aben Farax (en árabe Farağ ibn Farağ), perteneciente a la célebre familia granadina de los Abencerrajes, como su lugarteniente, quien acudió en su nombre al Albaicín a intentar que los moriscos de la capital se sumasen a la rebelión, lo que consiguió, ya que ésta se extendió por muchas otras localidades. El éxito de la rebelión se debió primariamente a la sensación de opresión y vejación que experimentaban los moriscos granadinos y que denunciaba el notable morisco Francisco Núñez Muley, en el memorial que en 1668 ante la Real Chancillería de Granada. Los desacuerdos entre los generales cristianos y el carácter favorable del terreno lo que hicieron fue permitir el desarrollo y la prolongación de la guerra, pero no explican su éxito inicial (Fernández, 2002: 128).

Un año más tarde, en 1569, el dominio morisco se había extendido ocupando Las Alpujarras, y otras localidades vecinas, y el rey, viendo el rumbo que toma la guerra envía a su hermano (hijo ilegítimo de Carlos I) don Juan de Austria como Capitán General para sofocar la sublevación, superando las divergencias entre el marqués de Mondéjar y el de Vélez. Es la primera vez que don Juan participa de la política militar de España y, a diferencia de su hermano Felipe II, parece un hombre enérgico, valiente, y resolutivo en los conflictos, por lo que será ensalzado por los cronistas y poetas de la época. Más tarde participaría en la batalla de Lepanto y en la guerra de los Países Bajos. La guerra de las Alpujarras fue la primera ocasión en la que quedó patente la necesidad de un cuerpo de infantería a pie que hiciera frente al enemigo, debido a las zonas agrestes y montañosas en la que se desenvolvió, inaccesible para los caballos. El combate cuerpo a cuerpo era decisivo, más allá de las formaciones estratégicas, y la crueldad de las batallas, descrita expresiva y exhaustivamente por los cronistas y poetas épicos, era patente:

> La guerra fue dura, incluso extremadamente cruel. En los primeros momentos los moriscos granadinos, al enseñorearse de gran parte de la sierra, torturaron y mataron sin piedad a los cristianos que apresaron; se pudo hablar de “mártires” cristianos de las Alpujarras. A su vez, las tropas del Rey, sobre todo en la etapa final, llevaron la guerra a sangre y fuego, buscando a los moriscos rebeldes en los más apartados rincones de la sierra y en ocasiones pegando fuego a las cuevas convertidas en sus madrigueras. Al principio hubo una

> tendencia a negociar y a tratar con moderación a los rebeldes; fue la postura del marqués de Mondéjar. Pero, en conjunto, el ejército del Rey siguió pautas de rigor emanadas de la propia corte. (Fernández, 2002: 131)

Años antes, en la guerra de Granada, Andrea Navagero exaltaba la oportunidad de realizar hazañas heroicas que esta guerra proporcionaba a los soldados, en una carta a su amigo Juan Pablo Ramusio:

> La guerra de Granada fue notable; no había entonces tanta artillería como después se ha inventado, y se conocían mejor los hombres valerosos que ahora pueden conocerse; todos los días se andaba a las manos y se hacía alguna hazaña; toda la nobleza de España acudió a la guerra, y todos deseaban señalarse y ganar fama, de suerte que en esta guerra se formaron los hombres animosos y los buenos capitanes de España; en ella, un hermano mayor del Gran Capitán adquirió grandísima fama y honra… (*apud* Avalle-Arce, 1976: 218).

Las palabras de Navagero en los primeros años del siglo XVI son testimonio de la permanencia de los ideales caballerescos en la mente de los soldados. Para Navagero, la posibilidad de realizar hazañas está ligada al uso de la espada en el combate, como los guerreros de la Edad Media, dado que todavía, como él mismo afirma, no había tanta artillería. Aun cuando el conflicto quedó apaciguado y resuelto, los soldados debían permanecer alerta ante los posibles nuevos levantamientos, pues la lucha había sido muy costosa para la Corona y era más sencillo apaciguar un incipiente levantamiento que enfrentarse a una revuelta organizada y ejecutada:

> Es cosa que nosotros por esto y lo demás que se dirá debíamos de estar muy advertidos, poniendo nuestra esperanza en Dios, diestros y vigilantes con las armas en la mano, para oprimir y castigar tantos enemigos como España tiene y no que por descuido nos pongan en confusión y detrimento, como acaeció el año de mil quinientos sesenta y nueve y setenta con los moros alzados en el reino de Granada y Alpujarras; la sangre que costó aquella guerra y el gasto grande que se hizo (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 66).

La lucha contra los moriscos, agrupados en guerrillas que se refugiaban fácilmente en las Alpujarras, huyendo de las tropas reales, se consolidó como una guerra de desgaste en la que el bando enemigo, no sólo contaba con la ventaja de una difícil identificación fuera de los momentos propiamente de combate, sino que contaba además con la ayuda del turco que arribaba en las costas españolas y atacando las ciudades cristianas y apoyando a los moriscos en su rebelión.

1.2. Las guerras exteriores o la necesidad de dominar el arte de la navegación

En la política exterior, España seguía inmersa en varios frentes. A partir de mediados del siglo XIV (Bennet, Bradbury, DeVries, 2007: 62), el imperio otomano se consolidó como una potencia europea suponiendo un riesgo para la cristiandad y era necesaria una respuesta militar. Anteriormente, el papa Pío II había enviado una epístola al Gran Turco durante su papado (1458-1464) en la que le exponía las consecuencias que las guerras hasta entonces sostenidas habían provocado en los pueblos: «mucha sangre se ha derramado, muchas çibdades se han destruido, muchas casas sagradas a nos han sido quemadas, muchas vírgenes forçadas et muchas dueñas desonradas, muchos campos et heredades se han destruido, et muchos feos pecados como se han representado a la boluntad se han cometido» (*Epístola al Gran Turco*, p. 42) y le exhortaba a una conversión al cristianismo: «Ca assí como los romanos con su emperador fueron fechos cristianos, assí los turcos en uno contigo se baptizarán et tu reino será sobre todos los reinos que son en el mundo, et edat alguna non callará el tu nombre: las letras latinas, las griegas et las bárbaras te loarán» (*ibid.*, p.54). Un siglo antes de que se hiciera realidad la amenaza, el Papa había advertido al Turco de los efectos que supondría para la cristiandad una invasión de su territorio por el otomano: «Ca unirse han todos los cristianos si en algún tiempo oyeren que te allegas a entrar en los términos de la cristiandat» (*ibid.*, p. 44).

Solimán I "El Magnífico", sultán del imperio otomano desde 1520 hasta 1566, se disponía a quebrantar el poder cristiano. Su almirante, Hayreddin Barbarroja, anteriormente uno de los corsarios berberiscos más temidos, había conquistado Argel y sus ataques a Venecia e incluso Roma habían causado profundos estragos en el mundo occidental, peligrando así la pacificación de estos territorios y causando una gran preocupación por la protección de la costa. Además de los aliados berberiscos, Solimán I contaba con unas unidades de infantería de alto nivel de entrenamiento denominadas *yeniçeri* o jenízaros, creadas a principios del siglo XIV, que en las batallas marítimas abordaban los navíos enemigos convirtiendo las batallas en un cuerpo a cuerpo, como sucederá en Lepanto. La fama de los jenízaros era conocida y temida por los soldados españoles, como recoge Isaba:

> La más principal de la casa otomana es la de ciertos soldados, hijos de cristianos, que el Turco tiene llamados jenízaros […] Y ya que están en semejante edad, por ciertas personas que los tienen a cargo, se escogen los que han de servir en la guerra, reconociéndolos por miembros y facciones de las personas, procurando que la estatura de ellos sea antes mediana que grande, de brazos y piernas doblados, altos de pecho, cortos de pescuezo […] De suerte que ha salido tan valerosa infantería jenízara y ha hecho en ella tal impresión la obediencia militar… (*Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 74).

Sin embargo, las tropas jenízaras infundían el miedo en el enemigo, no tanto por su fuerza, como por la disciplina de sus tropas, escogida por Isaba como ejemplo que podía ser imitado por los soldados españoles gracias a cualidades como la presteza en la obediencia y la escasez de duelos entre ellos (falta grave y regular en las tropas españolas):

> Los jenízaros, soldados del Turco, los cuales –como he dicho antes de ahora– son la principal fuerza de aquel imperio, no siendo más de veinte mil y con toda diligencia y verdad he procurado saber el proceder y vivir de ellos, en el ser y forma militar y bien entendidas tienen algunas cosas, que aunque por nuestra parte se imiten y sigan no se perderá nada en ello. […]
>
> Tienen otra cosa buena los jenízaros que el duelo tan usado y honrado entre nosotros, allí no tiene entrada, ni es conocido y es de manera que, aunque estén todos veinte mil juntos o separados por tercios o compañías, dejemos como se ha dicho el respeto que tienen a todo género de oficio y soldado de más paga, pero entre soldados comunes, si por alguna cosa muy velada riñas y pendencias, si tal caso se les ofrece, se despojan de las armas con que se pueden herir y a puños rematan su querella, sin que corra peligro de ninguno (*Cuerpo enfermo de la milicia*, pp. 143- 144).

Esta situación de tensión entre españoles y otomanos se agravó para la Monarquía Hispánica en 1534, con la toma de Túnez, porque suponía «una amenaza contra los reinos de Sicilia y Nápoles, a merced de una acción conjunta del poderío otomano desde sus bases del Mediterráneo oriental y occidental» (Fernández Álvarez, 1996: 505) y más aún en 1544, con la conformación de una triple alianza entre Solimán, Barbarroja y Francisco I de Francia. Cuatro años más tarde, Carlos V escribía unas instrucciones en relación a Solimán el Magnífico y la imposibilidad de hacerle frente, debido a la falta de recursos materiales. Finalmente, la respuesta militar de la Cristiandad se plasmaría en una alianza supranacional en 1571, mediante la denominada Santa Liga, una coalición militar integrada por la Monarquía Hispánica, los Estados Pontificios, las Repúblicas de Venecia y Génova, y el Ducado de Saboya, y que culminaría con el vencimiento de la flota turca en la batalla de Lepanto ese mismo año.

Los constantes ataques a los navíos cristianos se debían fundamentalmente a dos factores. En primer lugar, por los contratos de la *societas maris* para el asiento de galeras vinculantes entre particulares genoveses y el rey de España, que fueron la clave para el desarrollo económico y estratégico-militar. En segundo lugar, por las rutas de navegación basadas en la técnica del cabotaje (Figura 2).

La navegación que se realizaba era, pese a la inmensidad del Mediterráneo, costera, y sólo en raras ocasiones se perdía de vista la costa: «En enormes extensiones, el mar estaba tan vacío como el Sahara. Sólo se animaba a lo largo de sus costas. En esta época, navegar equivale, sobre poco más o menos, a seguir la costa, como en los albores de la marinería» (Braudel, 1976a: 133-134). Esta forma de navegar tenía sus ventajas:

> El puerto próximo es un refugio contra el corsario que nos persigue. En un caso extremo, se puede hacer encallar el navío en la costa y la tripulación escapar por tierra. […] Esta navegación de cabotaje permite, además, sacar el mejor producto del flete. Multiplica la ocasión de comerciar, de aprovecharse de las diferencias de precios. […] La travesía, que podría durar algunas semanas o algunos meses, era, de puerto en puerto, una larga sucesión de ventas, compras y trueques, entrelazados en un complicado circuito (Braudel 1976a: 138).

Además de este navegar cercano a la costa, siguiendo las rutas marítimas conocidas y seguras, el Mediterráneo estaba una buena temporada sin navegación, a causa de los inconvenientes y dificultades que añadía el invierno. Desde finales de septiembre hasta febrero, el *Mare Nostrum* se volvía intransitable a causa de las tormentas y el mal tiempo, de ahí que, aunque a partir de 1450 «la navegación logra salvar el obstáculo del invierno […] Frecuentes naufragios recuerdan cada año la furia del invierno. Hasta el punto de que Venecia ratifica en 1569 las prohibiciones de antaño, aunque atenuadas, puesto que ya no imponían la veda de las rutas marítimas, sino entre el 15 de noviembre y el 20 de enero» (Braudel, 1976a: 328). España disfrutaba de un emplazamiento privilegiado entre el Atlántico y el Mediterráneo, que le obligó a desarrollar la ciencia náutica.



Figura 2. Recreación del trayecto realizado por la nave de don Juan de Austria según *La Austríada* y la *Relación de la guerra de Chipre y sucesso de la batalla naval de Lepanto*.

Partiendo de la imagen descrita del arte de la navegación por el conocido mar, al estudioso contemporáneo le invaden inexorablemente varias preguntas: ¿Qué le hizo a don Juan de Austria perseguir por mar las embarcaciones turcas para declararles la guerra? ¿Cómo fue posible la colonización del Nuevo Mundo, donde el simple hecho de embarcarse conllevaba peligros de gran envergadura? El apoyo del Papado a la Corona española en las guerras en las que participó y en el proceso de descubrimiento y colonización fue decisivo para que la ambiciosa empresa pudiera realizarse exitosamente. Las relaciones de la corona con el papado fueron continuas a lo largo de todo el siglo XVI, pues ambos se necesitaban recíprocamente:

> El papado a fines del siglo XVI necesitaba enormemente a Felipe [II] para llevar a cabo la Reforma católica y para combatir a los mahometanos. […] Felipe, a su vez, necesitaba la ayuda del papado, pues sin cierto apoyo de éste, conseguido como fuera, no podía gobernar sin obstáculos sus propios dominios, ni ejecutar su política exterior. El papa podía influir en otros gobernantes católicos y cambiar a su favor la opinión pública de las tierras católicas, incluso las que pertenecían a Felipe. Era también un factor importante en los asuntos seculares de Italia y de gran ayuda en el concierto de alianzas contra los turcos. Sin embargo, lo más decisivo era que el papa, al cumplir con viejos concordatos y hacer nuevas concesiones, le permitía a Felipe recaudar de fuentes eclesiásticas una considerable suma de dinero, que según un cálculo realizado minuciosamente en Roma en 1565 llegaba a cerca de dos millones de ducados anuales (Pierson, 1984: 158).

La cuestión monetaria no era baladí en la España renacentista, sino que estaba íntimamente ligada a la Revolución Militar y la transformación de los valores que habían definido el modo de guerrear en la Edad Media. La extracción de metal y la producción de armas de fuego generaron una industria armamentística que evolucionó conforme lo

hacían las propias armas de fuego, afectando a la estrategia del campo de batalla: «Las armas de fuego acaban con la hegemonía militar de la nobleza feudal, no sólo porque sean tácticamente superiores a la caballería pesada en el campo de batalla y en las guerras de asedio, sino también porque ningún particular cuenta con el poder económico y político suficiente para sufragar los enormes costes de las armas y de las municiones» (Campillo, 2008: 179). Junto a los soldados de las tropas españolas, inevitablemente, la hacienda del estado español se va a consolidar en parte como la gran protagonista del Siglo de Oro. La economía, «*nervus belli*» (Brandi, 1993: 165), fue el factor más influyente y decisivo en la creación y mantenimiento de esta milicia permanente.

A la necesidad de estar prevenido interiormente (gastos defensivos interiores) ante las posibles rebeliones moriscas, se sumaban los gastos defensivos exteriores (guerras de Italia, Flandes y, en parte, del Nuevo Mundo) que eran financiadas por la Corona. Carlos V justificaba el gasto de la Corona en las guerras en su testamento en 1554, a partir de la visión providencialista del Monarquía Hispánica:

> Pues que las dichas deudas provienen de lo que avemos sido y somos forçado gastar por el bien público, defensión y conservaçión de la Cristiandad y de nuestros reynos. Y porque puede ser que por razón de los grandes gastos y costas que avemos tenido por las dichas guerras, que no avemos podido escusar, por ventura los sobredichos bienes muebles, frutos y rentas [...] (*Testamento de Carlos V*, pp. 9-10).

La prolongación de las guerras hacía que el oro recaudado siempre pareciera insuficiente. Junto a los préstamos de la banca genovesa, las remesas que llegaban de América han sido considerados como sustanciales para las victorias del ejército español de este siglo. El oro y plata que se había encontrado en el Caribe, y del que habla Bernal Díaz en su crónica (cap. XVI), se agotaba: «pese a la impresión causada en los castellanos, las entradas de metales preciosos habían sido muy reducidas» (Yun, 2004: 114), y no sería hasta 1543 cuando las importaciones llegadas de las Indias tuvieran un cambio significativo en la hacienda española, con el descubrimiento de los yacimientos de plata del norte de México y los Andes (Wayne, 1952: 57; Eliott, 2006: 154). Diferentes estudios han analizado la cuestión económica en las Indias y su influencia en la Corona española:

> Los estudios disponibles, desde Hamilton a Chaunu y Morineau, o los más recientes de Attman (1986), Barret (1990) o Paske (1998), han mostrado la existencia de dos ciclos

> claros: el primero hasta mediados del siglo XVI, caracterizado por la llegada de remesas de oro; el segundo, desde 1560 en adelante, en que aumenta de manera notable la cantidad de metales preciosos traídos de América, y especialmente la de plata […] Según Barret, entre 1492 y 1600 se produjeron en América unas 17.000 toneladas de plata y 280 de oro, lo que supuso el 74 y 39 por 100 del total mundial entre esas fechas (Yun, 2004: 129, siguiendo a Barret, 1990: 25).

En 1554, «la contribución americana significaba tan sólo un 11% de los ingresos totales de la Corona. Las cosas cambiaron bastante con Felipe II, pero incluso cuando la plata de las Indias fluía a Sevilla en enormes cantidades, apenas alcanzaba el 25% del total de los ingresos del monarca» (Eliott, 2007: 45). A esto se añadía el problema del regreso de los navíos por el océano Atlántico cargados de oro y que eran ambicionados por los piratas y corsarios ingleses y franceses, fundamentalmente. Los continuos ataques y la insostenibilidad de la situación habían obligado a Carlos V en 1521 a crear un cuerpo de patrulla marítima formado por oficiales y gente de guerra cuya función sería escoltar a las flotas españolas a su regreso, la "Armada Real de la guardia de carrera de las Indias" (Lorenzo, Murga y Ferreira, 1864: 46; San Martín de Artiñano, 2015: 27). El término "armada" se consolida en este siglo como el vocablo que designa «el conjunto de fuerzas marítimas de una potencia. En lo antiguo lo mismo que escuadra» (Almirante, 1869: 62). Desde la *Invencible* de Felipe II (1588), la voz armada, añade Almirante, indica la fuerza naval de cada país, frente al término "flota" que, desde *Las Partidas* alfonsinas, había designado el conjunto de barcos que se juntaban para pelear ocasionalmente (Sanmartín Artiñano, 2015: 122). Esta armada provisional constaba de unos buques dotados de artillería y varias compañías de infantería, consolidándose de manera permanente en 1526 y bautizada como permanente "tercio de la infantería de la armada y flotas" (Lorenzo, Murga y Ferreira, 1864: 499). Sin embargo, si el oro fue uno de los aspectos cruciales de la conquista, más importante fue el de la religión.

1.3. Descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo

El descubrimiento del Nuevo Mundo en una expedición financiada por la Corona española reavivó los conflictos con el reino de Portugal. Los portugueses tenían derecho a explotar las tierras que distaran diez millas de Cabo Verde, según la bula promulgada por Calixto III en 1456, que les reservaba la navegación *usque ad Indos* (ed. Tomassetti *et alii*, 1857-1872: V, 112). El 4 de mayo de 1493, el papa Alejandro VI expide la bula *Inter caetera* «que concede a los Reyes católicos y a sus "herederos los reyes de Castilla

perpetuamente" la soberanía plenaria sobre las tierras y habitantes descubiertos y por descubrir más allá de una línea divisoria situada a cien leguas de las islas Azores y del Cabo Verde»; (Tomassetti *et alii* 1857-1872: V, 361-364). El 7 de junio de 1494 se alcanzaba la paz entre ambos reinos con la firma del Tratado de Tordesillas, que modificaba la línea divisoria:

> Que se haga y asigne en el dicho por el mar Océano una raya o línea derecha de polo a polo, del polo Antártico, que es de norte a sur, la cual raya o línea e señal se haya de dar e dé derecha, como dicho es, a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde para la parte de poniente, por grados o por otra manera, como mejor y más presto se pueda dar, de manera que no será más (*Tratado de Tordesillas*, ed. Davenport, 1917: 57-61).

Entre 1492 y 1515 fueron descubiertas las Antillas en un conjunto de "viajes menores" dirigidos por Alonso de Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe. Las remesas de oro y metales que llegaban pronto requirieron de administración y el 14 de enero de 1503 los Reyes Católicos fundan la Casa de la Contratación para regular el tráfico de mercancías:

> Primeramente hordenamos y mandamos que en la ciudad de Sevilla se faga una casa de contratacion para que en ella se recojan y esten el tiempo que fueren necesario todas las mercaderías et mantenimientos et todos los otros aparejos que fueren menester para probeher todas las cosas necesarias para la contratación de las Yndias et para las otras yslas et partes que nos mandaremos et para enbiar alla todo lo que dello convenga enbiar et para en que se reciban todas las mercaderias et todas las cosas que dellas se embiaren a estos nuestros reygnos et para que alli se vendan dello todo lo que se oviere de vender et contratar a otras partes donde fuere necesario la cual dicha casa mandamos que sea fecha de manera que aya en ella disposición para todo lo susodicho (*Real Provisión de los Reyes Católicos ordenando establecer en la ciudad de Sevilla una Casa de Contratación y promulgando las Ordenanzas por las que ha de regirse* en *Recopilación de las leyes indias*, IX, I).

A partir de 1552, la Corona regulará no sólo las mercancías, sino el flujo de pasajeros a las Indias, quienes, antes de obtener el permiso, «debían presentar informaciones previas hechas en sus tierras diciendo quiénes eran y qué no eran» (Martínez, 1983: 33), cambiando la situación a lo largo de todo el Quinientos.

La colonización del continente americano supuso un antes y un después en la conquista. El punto de inflexión en la conquista del Nuevo Mundo fue, sin duda, el desembarco de Cortés en México, momento en que se toma conciencia de la magnitud de las tierras descubiertas y de las consecuencias de ello en la península (Figura 3). Hacia 1517, tras la incursión de Juan de Grijalba en tierras mexicanas, Hernán Cortés sometería

desde Tenochtitlán, a todos los territorios mexicanos hasta ser nombrado Gobernador de la Nueva España en 1522. Desde entonces, ostentaría el cargo hasta 1529, momento en que Carlos V lo llamará de regreso a España, de donde ya no se moverá. La llegada de los españoles al continente reveló los dos grandes imperios dominantes en el mismo: el azteca, asentado en la cuenca de México, y el inca, en la región andina, ambos organizados territorial, socioeconómica y militarmente.



Figura 3. Mapa del Caribe y tierras desde México a España (1596), Archivo General de Indias. MP-AMERICA_GENERALES,2.

Hasta entonces, las Antillas habían sido consideradas «una especie de Mediterráneo americano donde las más antiguas formas de ocupación heredadas de la medievalidad […] quedando luego como espacio de primera importancia para el contacto, el intercambio y el trasiego de bienes, personas e ideas entre las colonias y el mundo europeo» (Pérez, 1998: 339). Sin embargo, el descubrimiento del continente había supuesto algo más para los europeos: «al descubrir América, Europa se había descubierto a sí misma. La conquista militar, espiritual e intelectual del Nuevo Mundo la hizo consciente de su propio poder y de su propio alcance» (Eliott, 2011: 69). Pese al avanzado estado de ambas civilizaciones, las diferencias sustanciales entre las batallas en territorio europeo e indio se pueden sintetizar en un término: la desigualdad. Desigualdad numérica, en cuanto al número de contingentes de ambos bandos; científica, en lo relacionado a la

estrategia y táctica militar; tecnológica, a causa del uso de la pólvora y la artillería por las tropas españolas; y física, en cuanto a la fuerza natural de los hombres que formaban dichos contingentes. De todas ellas, la desigualdad tecnológica fue la más relevante para el éxito de la conquista, pero no tanto a causa de la artillería, como de las espadas: «Las armas de fuego podían ser lentas y pesadas, y la pólvora fácilmente afectada por el clima húmedo, pero el fino y cortante acero de las espadas de Toledo daba a los españoles una poderosa ventaja en la lucha cuerpo a cuerpo» (Eliott, 2006: 107).

Estas desigualdades subrayaban la diferencia en la guerra entre las luchas del Nuevo Mundo y las europeas, que fue puesta de relieve por primera vez por Bernardo Vargas Machuca en su tratado *Milicia y descripción de las Indias* (1599) y que sigue sin encontrar un adjetivo que la califique en la tratadística moderna. Cuando Antoine-Henri Jomini publicó su tratado militar en el siglo XVIII, *Compendio del arte de la guerra, de las grandes invasiones y las expediciones de ultramar,* obvió la conquista española. Por un lado, el carácter homérico de las hazañas personales de los protagonistas sobresale por encima de las combinaciones estratégicas y, por otro, las grandes distancias aumentan las dificultades y los riesgos que poseen las demás guerras. Para Jomini, «la gran dificultad [de dichas guerras] consiste en las distancias» (p. 192). Sin embargo, cuando señala a las principales expediciones ultramarinas, menosprecia las hazañas de los españoles en América pues, «a pesar de la inmensa influencia, a pesar del genio de Cortés […], [estas guerras] no ofrecen el más mínimo interés como operaciones de guerra» (p. 205). Para Jomini, aquellas conquistas carecieron de "grandes batallas" ordenadas estratégicamente por unas tropas jerarquizadas; aquellas en las que los conflictos fueran considerados como meras "escaramuzas", no son dignas de ser consideradas. Sin embargo, más allá del hecho de que acontecimientos como el asedio de Penco o la batalla de Tenochtitlán puedan ser considerados o no por los historiadores como batallas propiamente dichas, lo cierto es que los soldados españoles que se vieron envueltos en estas guerras de conquista, a miles de kilómetros de España, se enfrentaron a los mismos peligros que los soldados que habían participado en las guerras europeas, si bien de diferente manera. Al otro lado del Atlántico, desde finales del siglo XV, las conquistas y colonizaciones se sucedían lentamente. El mismo Julián Juderías calificaba esta empresa de "caballeresca",[14] por lo arriesgada que era, además de las fundamentales circunstancias geográficas y climáticas,

[14] Debe notarse que el adjetivo "caballeresco" empleado en esta ocasión hace referencia a lo "venturoso" que resulta la empresa que se acomete.

así como por la inferioridad numérica de los combatientes, debido a los escasos conocimientos astronómicos y las ideas terribles que circulaban del mar por el que debían navegar los barcos (1997: 80-81).

Como Jomini, e influido probablemente por las opiniones de Juderías, Montgomery niega que las empresas de conquista españolas en América puedan ser calificadas de "episodios militares", debido a la escasa presencia de soldados "pláticos", es decir, experimentados o veteranos, que en ellas participaron: «Las conquistas españolas de Méjico y Perú no fueron estrictamente episodios militares. Cortés y Pizarro, cada uno con bandas de aventureros que no sumaban 1.000 hombres, unos cuantos caballos y unas armas de fuego que no eran del último modelo, se adueñaron de los imperios que codiciaban» (Montgomery, 1969: 234). Pese a ello, es innegable que dichas empresas conquistadoras, fundamentalmente, la expedición encabezada por Hernán Cortés fueron, hasta la caída de Tenochtitlán, «un hecho fundamentalmente bélico» (Batista González, 1986: 67), producido mediante la estrategia de "presión indirecta", un método empleado por un grupo cuando éste «no dispone (o no está en condiciones de emplear) medios potentes; carece de libertad de acción para la fuerza, pero puede estimular conflictos que, a largo plazo, resulten insoportables para el sistema político así agredido» (Baquer, 1986: 69). El emplazamiento de Tenochtitlán «a dos mil doscientos metros de altitud, en una isla cerca de la orilla de un gran lago, a más de trescientos kilómetros del mar hacia el oeste y a casi doscientos hacia el este» (Thomas, 1994: 27), hacía que la ciudad pareciese inexpugnable.

El imperio de México había resistido a las invasiones de otros pueblos gracias a una civilización avanzada (respecto a los pueblos de su entorno) en torno a la figura de un emperador, que en 1518, a la llegada de Cortés, era Moctezuma II, y la alianza con Texcoco y Tacuba. Se trataba de una sociedad predominantemente militar y en la que el *calpulli* mantenía la paz mediante alianzas económicas. De igual modo, las formas de población, y sus enfrentamientos continuos con los españoles, dificultaron la rápida conquista prevista:

> Otro rasgo común distintivo de estos territorios residía en sus formas de población. En América, si bien los imperios azteca e inca poseían algunas ciudades amuralladas, carecían de ellas los pueblos menos civilizados del norte y sur. Esta carencia, naturalmente, facilitó

> la conquista inicial, porque los indígenas no poseían bases defendibles a las que replegarse, pero complicó la consolidación. […] Hay innumerables casos de soldados coloniales avanzando con tambores batientes y banderas al viento para destruir un "poblado" indio, para encontrar que éste había desaparecido. Los indios habían asimilado perfectamente la lógica de la superioridad occidental en los enfrentamientos a pie firme, y tras sus costosas derrotas tenían extraordinario cuidado en evitar las batallas campales (para irritación de los europeos) porque en ellas siempre eran derrotados. […] Los europeos sólo aprendieron poco a poco que el único modo de derrotar a los indios era adoptar su misma táctica guerrillera (Parker, 2002: 161).

De igual modo, el desconocimiento de la geografía y topografía del terreno dificultó los desplazamientos de las tropas hacia el interior del continente: «En su viaje inicial, de la costa al altiplano, Hernán Cortés y sus soldados, en tierra desconocida y mal informados, por razones militares siguieron un itinerario zigzagueante[15], con varias derivaciones hacia el norte» (Martínez, 1983: 22). Hernán Cortés fue el primero que vio con claridad las posibilidades de un imperio colonial como medio de aumentar el prestigio y el poder de su príncipe. «Era característico del genio de Cortés, no sólo que hubiese comprendido que la colonización era fundamental para el imperio, sino también que hubiese situado la caída de Moctezuma en una panorámica más amplia, relacionándola con el otro gran acontecimiento de aquel año tan denso de 1519: la elección de Carlos de Gante para el trono imperial» (Eliott, 2011: 107). Y fue el mismo Cortés el responsable de que México se convirtiera en una posesión de la corona y en el primer virreinato español: el de Nueva España.

Finalmente, la conquista de Perú llevada a cabo por Pizarro culminó en 1531 en Cajamarca, al apresar y ejecutar al inca Atahualpa. Dos años más tarde, ocuparía Cuzco, capital de los incas, y en 1535 la establecería en Lima. Más allá de los dos grandes

[15] Hugh Thomas establece las diferentes regiones que atravesaron los españoles hasta Tenochtitlán así como las características orográficas: «La distancia entre Cempoallan y México-Tenochtitlan, a vuelo de pájaro, es de cuatrocientos kilómetros. El camino varía mucho. La primera etapa es plana, caliente, tropical, húmeda y fértil; y en el siglo XVI, con abundancia de bosques, si ben salpicada de cuidados campos de maíz. Más allá de Jalapa el terreno asciende de repente a mil ochocientos metros y el clima se vuelve templado en una región coronada por dos montañas, Nauhcampatepetl (actualmente conocida por Cofre de Perote), más de cuatro mil metros de altitud, y Citlatepetl (ahora monte Orizaba), de más de cinco mil cuatrocientos metros de altitud. La siguiente etapa cubre una desolada llanura, en esa época dominada por un lago salino y una tercera montaña, Matlalcueye (actualmente, Malinche), que se eleva a unos cuatro mil quinientos metros. Entre esa llanura y la ciudad de Tenochtitlan se encuentra otra cordillera, de cuyas montañas los volcanes Popocatepetl, de casi cinco mil cuatrocientos metros de altitud, e Iztaccihuatl de poco más de cinco mil metros, se vislumbraban a muchos kilómetros de distancia. El paso entre ambos volcanes se eleva a poco menos de cuatro mil metros y el terreno desciende hacia el gran lago de Tenochtitlan, a una altitud de dos mil doscientos metros. Cortés, por supuesto, no conocía el camino, mas contaba con guías mexicanos y algunos cempoaltecas. Se ha dicho que los primeros llevaron premeditadamente a los españoles por las rutas más difíciles» (1994: 266-267).

imperios americanos, las hazañas de los españoles alcanzaron notable fama con la conquista del reino de Chile, apodado el "Flandes indiano", por las similitudes que ambas guerras presentaban: dureza, prolongación en el tiempo, gran coste económico e irresolución (Baraibar, 2013: 174):

> Los españoles que por tierra han descubierto y poblado este Reino de Chile, han tenido bien en qué ejercitar su valor, hallando en él un Flandes indiano, una sangrienta guerra, una valiente oposición y osada resistencia en los naturales desta tierra, que desde el año de 1545 hasta este de 1674 han sustentado la guerra contra el poder español, contra tantos Gobernadores valerosos y ejercitados capitanes de Flandes, por espacio de ciento y veinte y nueve años (Diego de Rosales, *Historia*, pp. 18-19).

En 1535 Almagro, tras la conquista de Perú intentó imponer su mano en Chile, pero fracasó. Cuatro años más tarde, Pedro de Valdivia se lanza a la misma empresa, con la esperanza de obtener un éxito similar al de Cortés, que se tornó inalcanzable por las diferencias notables entre una y otra empresa:

> La efectiva conquista de Chile parecía malograrse cada día en una guerra de agotamiento -sobre todo por su larga duración- con los habitantes del Arauco, empeñados en una resistencia tenaz al dominio de los nuevos invasores. A la escasez de beneficios tangibles y a corto plazo, habría que añadir el mantenimiento de una frontera bélica, costosa y difícil de traspasar […] A pesar de ello, Chile fue uno de los últimos refugios de esta primera generación; para muchos, la oportunidad única de alcanzar el ya viejo y caduco anhelo señorial, o un saneado negocio (Pérez, 1998: 385).

La evocación de Flandes que hace Rosales no es casual. Su equiparación de Chile con la sangrienta y larga batalla en los Países Bajos, que España no logró manejar, se convierte en una metáfora del conflicto araucano: «"Flandes indiano" evoques both historical and symbolic connections that would end up conflating the European and American discourses on warfare and questioning the discourse of colonial difference that had been constructed by some early conquistadores» (Martínez, 2016: 125). ¿Qué hizo de Arauco una fortaleza indomable que dotaría de fama a las tropas españolas?

De todas las regiones de América que conquistaron los españoles, en Chile es donde se revelan más verdaderas estas palabras: «El primer enemigo a vencer fue la propia naturaleza del Nuevo Mundo» (Mallaína, 2012: 64). Sin embargo, en las primeras noticias que se tienen de los enfrentamientos entre araucanos y españoles, contenidas en la *Primera parte de la Araucana* (1569) de Alonso de Ercilla, no se hace referencia explícita a la topografía araucana, pues Ercilla únicamente sitúa el asiento de la provincia de Chile

y describe directamente los modos de guerrear de sus habitantes. En cambio, los cronistas posteriores no pueden evitar exaltarla por su dureza y especificidad. González de Nájera, en su *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile* (1614), comienza su narración, como tantos otros cronistas, describiendo el territorio chileno y haciendo alusión a la capacidad bélica del mismo y resaltando la resistencia que había opuesto el pueblo araucano a los conquistadores:

> Por manera que, no habiendo cosa en que poder fiar por sus personas negocio tan peligroso como era el rebelarse y tomar las armas contra enemigos tan superiores, para estar ciertos que podrían salir con su intento, cierto es que ninguna cosa les quedaba que les pudiese alentar a resolverse a ponerlo por obra, sino solamente el seguro refugio y amparo que les ofrecía la gran fortaleza de su tierra, por ser poblada no solo de innumerables montes, sierras, valles y otras quebradas fragosísimas, pero de muchos y muy grandes ríos, ciénagas, pantanos, tales que cada cosa destas por sí sola se defiende; y es menester irla ganando, como dicen, palmo a palmo, cuando no tuviera gente que se opusiera a defenderla (*ibid*., pp. 302-303).

El accidentado relieve del terreno y la remotidad del territorio araucano fueron los dos factores, según González de Nájera, que acrecentaron el valor de los soldados e hicieron posible el enaltecimiento de las hazañas de los españoles que participaron en la larga y agotadora conquista de Chile, «considerando que, además de estar en parte tan remota aquellas provincias, hay dellas mucha menos noticia en nuestra España de la que se tiene del valor de sus naturales, por lo mucho que los engrandeció don Alonso de Ercilla en su *Araucana*» (*ibid*., pp. 137-138), que parecía defenderse sola «entre tan grandes y tan diversas provincias como son las que españoles han sujetado a su rey, solo la de Chile, contada entre las menores, ha ya tantos años que por sí sola se defiende, sin tener sus naturales rey ni caudillo a quien obedezcan, ni socorro ni otro favor de gente forastera» (*ibid*., p.135). Más allá del favorecimiento del terreno a la acción defensiva, lo cierto es que su particularidad supuso un cambio en la forma de guerrear: «Gracias a la adopción de procedimientos indígenas, la frontera colonial de Chile se fue afianzando gradualmente y la guerra se convirtió allí en "nada sino una caza de hombres" (en frase de un jesuita de la época), en la que los colonos cazaban a los recalcitrantes indios con mastines y cuchillos"» (Parker, 2002: 162).

Eran estos últimos animales, los perros, un instrumento más de guerra para el español contra el indio. Vargas Machuca retoma la denuncia de Las Casas y los incluye

en su tratado militar explicando cómo se servían los españoles para arrojárselos a los indios:

> La ayuda tan importante de los perros, en defensa de nuestros Españoles, en aquellas partes en sus jornadas; pues tanto provecho han hecho, de que ay larga experiencia, como se ha visto en la pacificacion de Costarrica, Veragua, Santa Marta, Mussos, Guali, Antiochia, que es donde mas se ha usado dellos, por aver sido los Indios muy belicosos, y traydores; particularmente en Musso, donde usaron tanta yerva de veinte y quatro horas, y el comer carne humana, con que acabaron muchos de los nuestros; y muchos mas fueran, sino fuera por el mucho temor que cobraron a los perros, que al tiempo que los entraron en la tierra, estavan para dexarla a los nuestros, como otras vezes ya havia sucedido despoblarla (*Milicia y descripción de las indias*, II, ff. 50v-51r).

De manera que el indio temía más al perro que a la artillería del español: «Mucho teme el Indio el caballo, y el arcabuz, pero mas teme el perro, que en oyendo el ladrido no para Indio» (*Milicia y descripción de las indias*, II, f. 51 r). El *Manuscrito del Aperreamiento* otorga una «lúgubre imagen del México de los años posteriores a la conquista» (Boornazian Diel, 2012: 115) en el que se observan diferentes acontecimientos en los que los conquistadores maltratan a los indígenas como se puede observar en la figura 4, la figura central del manuscrito en la que se lanzan perros a los indios.



Figura 4: *Manuscrito del Aperreamiento*, Bibliothèque Nationale de France, Mexicain374.

De ahí, entre otras cuestiones, que la conquista del Nuevo Mundo no estuviera exenta de polémicas, a causa del trato que los españoles otorgaron a los indios. Desde el

primer momento la Iglesia Católica, pese a los problemas internos en los que se hallaba sumida a causa de la Reforma protestante mostró su apoyo a la empresa colonizadora. El Nuevo Mundo era un continente que, desde la perspectiva eclesiástica, no conocía a Dios y al que era preciso evangelizar. El 3 de mayo de 1493 se publicaba la bula *Inter caetera* (ed. Tomassetti *et alii*, vol. 5, pp. 361-364), y el 4 de mayo, una segunda bula, otorgada por Alejandro VI, *Eximia devotionis* (Davenport, 1917: 64), reafirmaba los privilegios que poseían los Reyes Católicos respecto al Nuevo Mundo. El 26 de septiembre de ese año, una tercera bula del mismo pontífice, *Dudum siquidem* (Davenport, 1917: 79), ampliaba la concesión de la exploración de terrenos, y el 25 de julio, una cuarta, *Piis fidelium*, concedía al fraile franciscano fray Fernando Boil facultades espirituales para evangelizar el Nuevo Mundo. La verdadera evangelización comenzaría con la llegada de los franciscanos en 1502. Ocho años más tarde, la aparición de los dominicos en suelo americano revolucionaría la evangelización tal y como se había producido hasta entonces, al proponer una metodología diferente a la franciscana. En 1537, Pablo III firmaba la bula *Sublimis Deus*, en la que reconocía la dignidad humana de los indios y la necesidad que había de evangelizarlos: «[…] prestando atención a los mismos indios que como verdaderos hombres que son, no sólo son capaces de recibir la fe cristiana, sino que según se nos ha informado corren con prontitud hacia la misma» (*Sublimis Deus*, ed. Camacho, 2017: I, 57). Quince años más tarde, en 1552, otro fraile dominico, Bartolomé de las Casas, publicaba *Brevísima relación de la destruición de las Indias*, en cuyo prólogo se dirigía al monarca como confiado de Dios, pidiéndole que pusiese fin a la tiranía con la que se está sometiendo a los indígenas:

> Considerando, pues, yo (muy poderoso señor) los males y daños, perdición y jacturas (de los cuales nunca otros iguales ni semejantes se imaginaron poderse por hombres hacer) de aquellos tantos y tan grandes y tales reinos, y por mejor decir de aquel vastísimo y nuevo mundo de las Indias, concedidos y encomendados por Dios y por su Iglesia a los reyes de Castilla, para que se los rigiesen y gobernasen, convirtiesen y prosperasen, temporal y espiritualmente, como hombre que por cincuenta años y más de experiencia, siendo en aquellas tierras presente, los he visto cometer; que constándole a Vuestra Alteza algunas particulares hazañas dellos, no podría contenerse de suplicar a su Majestad con instancia importuna que no conceda ni permita las que los tiranos inventaron, prosiguieron y han cometido que llaman conquistas, en las cuales (si se permitiesen) han de tornarse a hacer, pues de sí mismas (hechas contra aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden) son inicuas, tiránicas, y por toda ley natural, divina y humana condenadas, detestadas y malditas (p. 68).

La apelación de Bartolomé de las Casas al poder divino como intercesor para su causa de defensa de los indígenas ante el monarca está justificada doblemente. En primer

lugar, se trata del tópico *Deus creator omnium*; por lo que todo lo creado es bueno, por ser obra de Dios, y por lo tanto debe ser conservado. Esta afirmación, obvia en la España del siglo XVI, no debe pasar inadvertida. En la Península, teólogos y juristas de las dos corrientes teológicas, escolástica y erasmista respectivamente, Francisco de Vitoria (teológica) y Luis Vives (escolástica) y Alfonso Valdés (erasmista), debatían sobre la legitimidad de la guerra justa y la conquista. En segundo lugar, Las Casas apelaba al monarca como ejemplo vivo de príncipe / rey cristiano. La defensa que hacía Las Casas de los indios se enraizaba en la dignidad humana de éstos y, por lo tanto, su bondad como criaturas divinas:

> Todas estas universas e infinitas gentes a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas y fidelísimas a sus señores naturales e a los cristianos a quien sirven, más humildes, más pacientes, más pacíficas e quietas, sin rencillas ni bullicios, no rijosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complisión e que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad, que ni hijos de príncipes e señores entre nosotros, criados en regalos e delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores.
>
> Son también gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales; e por esto no son soberbias, no ambiciosas, no codiciosas. Su comida es tal, que la de los sanctos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre (*Brevisima relación*, pp. 71-72).

Al igual que Las Casas, otros como el franciscano Motolinia (fray Toribio de Benavente), enaltecieron las virtudes de los indios de los que decía: «son pacientes, sufridos sobre manera, mansos como ovejas. Nunca me acuerdo de haberlos visto guardar injuria; humildes, a todos obedientes, ya de necesidad, ya de voluntad, no saben sino servir y trabajar» (*Historia de los indios de Nueva España*, p. 188). Las declaraciones del fraile contrastan con el vicio por excelencia de los españoles y que ha provocado ríos de tinta entre los cronistas y poetas: la codicia. Las Casas describe las dos formas de conquista que siguieron los españoles y su codicia de oro:

> Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en estirpar y raer de la haz de la tierra a aquellas miserandas naciones. La una, por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres), oprimiéndoles con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen o se resuelven o subalternan como a géneros, todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas. La

> causa porque han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días, y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas, conviene a saber, por la insaciable cudicia y ambición que han tenido (*Brevísima relación de la Destruición de las Indias*, p. 74).

La codicia de los soldados es criticada también por García de Palacio señalando las consecuencias que trajo sobre los españoles:

> Y no les vino tampoco mejor a los soldados españoles, que quando Hernando Cortes, tuvo preso a Moteçuma, (Señor de México) les forçaron los Indios Mexicanos, a salirse, y dexar la ciudad y los que cargaron de Oro, Plata, y cosas presiosas, y mostraron su cobdicia lo pagaron con las vidas. Y cierto entiendo que querer referir los campos y exercitos, que siendo vencedores, han sido vencidos, por averse occupado en saquear, y robar, y contar de los que han ignominiosamente perdido las vidas, seria proceder en infinito, mas para remedio deste mal, y orden de lo que se debe hazer (*Diálogos militares*, I, f. 47r).

De igual modo fray Toribio Motolonía menciona la codicia de los españoles como causa de los males que acaecieron en el Nuevo Mundo llamándolas «diez plagas trabajosas» (*Historia de los indios de Nueva España*, p. 116) y estableciendo así una comparación con las diez plagas de Egipto permitidas por Dios hacia los naturales de la tierra y los españoles:

> Si alguno preguntase qué ha sido la causa de tantos males, yo diría que la codicia, que por poner en el cofre unas barras de oro para no sé quién, que tales bienes yo digo que no los gozará el tercero heredero, como cada día vemos que entre las manos se pierden y se deshacen como humo o como bienes de trasgo, ya más tardar duran hasta la muerte, y entonces, por cubrir le desventurado cuerpo con desordenadas y vanas pompas y trajes de gran locura, queda la desventurada ánima, pobre, fea y desnuda. ¡O, cuántos y cuántos por esta negra codicia desordenada del otro de esta tierra están quemándose en el infierno! Y plega a Dios que pare en esto; aunque yo sé y veo cada día que hay algunos españoles que quieren ser más pobres en esta tierra, que con minas y sudor de indios tener mucho oro; y por esto hay muchos que han dejado las minas (*Historia de los indios de Nueva España*, pp. 132-133).

De las diez plagas que propone, cinco están relacionadas con la explotación de las tierras de manera económica, bien mediante el oro, bien mediante tributos; tres de ellas a la guerra; una a las enfermedades pandémicas que sufrieron en el Nuevo Mundo y que mermaron la población, como la viruela; y una relacionada a la edificación de la gran ciudad de Méjico. La codicia es, sin duda, uno de los mayores vicios de la nueva milicia hispánica del siglo XVI, tanto en el Nuevo Mundo, como en el Viejo que aparecerá reflejado en los poemas épico-cronísticos que nos ocupan. Prueba de ello son fundamentalmente los saqueos de las ciudades, así como las escapadas de algunos

hombres en busca del oro. Hacia la década de 1540-1550 la conquista del Nuevo Mundo, y con ella, el tiempo de las grandes hazañas bélicas, era un hecho consumado.

1.4. Del *annus horribilis* a «la más alta ocasión que vieron los siglos»

La segunda mitad del siglo XVI, bajo el gobierno de Felipe II mayormente, fue una continuación del gobierno y acción de Carlos V, aunque con un rey más participativo en lo referente a la política española frente a la actuación de Carlos V, quien estuvo en España de manera continuada únicamente entre 1522 y 1529.

A diferencia de Carlos V, Felipe II[16] no mostró interés por participar activamente en las guerras que tenía abiertas. La dimensión defensiva de su reinado recayó en su hermanastro, don Juan de Austria, quien se convirtió en un referente militar tras su intervención en la Guerra de las Alpujarras y su almirantazgo en la batalla de Lepanto. Don Juan había recibido instrucción como soldado (Montgomery, 1969: 261) y su capacidad estratégico-táctica se vería reflejada en los dos grandes conflictos aparentemente irresolubles que asolaban la Corona española en la segunda mitad del siglo XVI: La Guerra de Granada, en la que la dirección de don Juan resultó decisiva para el éxito del conflicto y la guerra contra el imperio turco (cuya participación tuvo un valor más simbólico) que alcanzaría su máxima tensión en la batalla de Lepanto.

El año 1568, bautizado como *annus horribilis*, queda marcado en la biografía de Felipe II. La muerte de su hijo Carlos, la sublevación de los moriscos de Granada y el comienzo de la rebelión en Flandes (la Guerra de los Ochenta Años) marcaron el inicio de una decadencia que se prolongaría hasta el reinado de Felipe III. La sublevación de los Países Bajos inició una guerra que duraría ochenta años aproximadamente, pese a las innumerables treguas, y que, junto a los numerosos enfrentamientos contra la armada turca, agotaría las reservas de la hacienda española abocando finalmente al estado español a la quiebra: «la rebelión de los Países Bajos absorbió tanto la atención y los recursos de Felipe que, después de que se declaró en quiebra en 1575 a causa de la imposibilidad de mantener dos guerras al mismo tiempo» (Pierson, 1984: 164). Los continuos ataques del

[16] Para profundizar en el reinado de Felipe II véase: Braudel, (1980); Fernández Álvarez, (2010); Parker, (2012); Thomas, (2016); Martínez Ruiz, (2020).

Imperio otomano a las costas venecianas y españolas desembocaron en el ataque conjunto de la Cristiandad bajo la Liga Santa al ejército turco, temido en occidente por su ferocidad, crueldad y disciplina:

> Florecia en las armas el imperio de los Otomanos, espantoso a todos los principes por la grandeza de sus exercitos y gloria de la disciplina militar, y por la abundancia maravillosa de sus tesoros, con que avia por largo curso de años estendido los terminos de su potencia por todo aquel espacio que ai de tierras entre el Euxino y archipielago, Mediterraneo y Egito con los senos de Arabia y Persia, quando confederados contra el la iglesia Romana, y los Venecianos con el rey Filipo de España, le quebrantaron en una sangrienta y memorable batalla todos los braços de su poder, y rompieron los intentos con que aspirava al dominio de la tierra toda (*Relación de la guerra de Cipre, y sucesso de la batalla Naval de Lepanto*, f. 13r).

La magnitud de la batalla basta para destacar la dimensión del conflicto en el siglo XVI y justifican sin duda la plasmación de la misma en los escritos y otras artes plásticas (figura 5). El número de soldados embarcados desde España rondaba los 9.000 respecto de los 21.000 hombres alistados de los dominios de España, aunque las cifras varían entre los historiadores. El grupo de españoles constaba aproximadamente entre 9.000 y 10.000 soldados de infantería —8.160 (Fernández; Fernandez Fernández de Retana, 1996: 88); 9.700 (Parker, 1986: 180) — y estaban organizados en los tercios de Lope de Figueroa, Pedro de Padilla, Diego Enríquez y Miguel de Moncada. El cronista Herrera da cuenta extensamente de los nombres de soldados alistados en las galeras:

> Avia pues en la armada mas de ocho mil soldados Españoles, repartidos desta suerte. En las catorze galeras de España ocho compañias del tercio de Granada del maestro de campo don Lope de Figueroa, que avia sido preso en la rota de los Gelues con don Alvaro de Sande, y despues se señalo en la guerra que el Duque de Alba hizo a los rebeldes de Flandres. Venia tambien allí la compañia de Rafael Espuche, que era del tercio de don Miguel de Moncada, seria el numero desta gente, de mas de mil y dozientos infantes, y eran capitanes de algunas Cristoval de Espeleta, don Pedro Baçan, don Martin de Ayala, y don Manuel Ponce de león sobrino de don Lope, y Pompeyo Especiano cavallero Milanes, hijo de Batista Especiano, el qual traya dozientos mosqueteros. Y otras seis compañias del dicho tercio, que serian casi ochocientos soldados iban en cinco de Napoles con los capitanes Iuan de Çuñiga, don Sancho de Reinoso, Iuan Fernandes de Cordova, y don Iuan de Cordova Lemos sobrino del Marques de Santa Cruz. Y en ocho galeras de Napoles, señaladas y desembaraçadas para ello, se avian de embarcar en Taranto, seis compañias del tercio de Napoles del maestro de campo don Pedro de Padilla comendador de Santiago, que serian mas de mil y cien infantes. Y de las tres eran capitanes Ruy Franco de Buitron, Gonçalo de Barahona, y don Garcia de Toledo. Y las otras quatro compañias del dicho tercio iban en otras quatro de Napoles, que serian mas de seiscientos ombres, y los capitanes don Iuan de Velasco, don Pedro Manuel, y don Fernando Enriques, hijo de don Fernando de Ribera duque de Alcala. Y en otras quatro de Napoles estavan casi setecientos infantes, que eran quatro compañias del tercio de don Miguel de Moncada cavallero Valenciano del abito de Santiago, de cuyo valor se hazia mucha estima. Venian por capitanes de las dos,

Geronimo de la Quadra, y don Enrique Centellas. En las de Sicilia se hallaban nueve compañias del tercio de Sicilia, cuyo maestro de campo era don Diego Enriques ermano de don Enrique Enriques, en estas se contavan mil y trezientos infantes» (*Relación de la guerra de Chipre…*, ff. 52v-54r).



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Figura 5. La batalla de Lepanto según *Il stupendo et memorabile fatto d'arme seguito á di sette d'ottobre* 1571 *apresso il golfo di Lepanto fra l'armata Cristiana, et Turchesca*, grabado de Antonio Lafreri [=Antoine Lafréri] (Roma, 1571), cuya leyenda, al pie, contiene una relación de los capitanes que participaron en la batalla. Bibliothèque Nationale de France, Estampes et photographie, Reserve AA-5.

Los cuatro tercios, señala Parker, habían sido compuestos de soldados veteranos que «habían estado sirviendo en la guerra contra los moriscos de Granada y estaban sin excepción tan agotados y en tan pobre condición que las compañías tuvieron que ser reclutadas de nuevo casi enteramente[17]» (1986: 180).

[17] Algunos de los capitanes que participaron en la batalla eran: Adrián Aguaviva, Alonso de Contreras, Álvaro de Acosta, Martín de Benavides, Melchor de morales, Francisco de Ayala, Diego de Vargas, Juan de Silva, Peralta, Diego Melgarejo, Diego Osorio, Diego de Urbina, Rodrigo de Mora, Cristóbal de Ezpeleta, Pedro Bazán, Luis de Palma, Manuel Enríquez, Martín de Ayala, Juan de Licea, Rafael Puig, Juan Díaz, Juan de Zúñiga, Sancho de Reinoso, Carrión, Juan Fernández de Córdoba, Juan de Córdoba Lemos, Rui Francisco de Buitrón, Gonzalo de Barahona, García de Toledo, Antonio de Barrientos, Bocanegra, el marqués de Espejo… (Fernández y Fernández de Retana, 1996: 88).

El 7 de octubre la armada española daba alcance a la otomana en las proximidades del golfo de Lepanto en aguas mediterráneas, y siguiendo las órdenes de don Juan de Austria, estallaba la batalla. La armada otomana había divisado la vanguardia al alba y, por los testimonios conservado, se creían en una posición inferior a ella, así que se prepara para declarar la guerra, con la siguiente disposición (figura 6):

> Con un dispositivo similar al previsto por los cristianos: un cuerno derecho (el dispositivo turco era, teóricamente, no una línea recta, sino una media luna) al mando de Mehemet Siroco, con 54 galeras y 2 galeotas; un cuerpo de batalla, mandado por Alí-Pachá, con 87 galeras y 8 galeotas; un cuerno izquierdo, mandado por Uluch-Alí, con 61 galeras y 32 galeotas, y una reserva mandada por Murat Dragut, con 8 galeras y 21 fustas (Carrero Blanco, 1968: 25).



Figura 6. Fernando Bertelli, Die Seeschlacht von Lepanto, Venedig 1572, Museo Vaticano.

La disposición de ambas armadas en cruz y media luna respectivamente (como se ha interpretado posteriormente otorgándole un sentido simbólico) ha sido estudiada y

comentada en infinidad de ocasiones, más allá del ámbito estratégico militar, por su carácter simbólico entre la cruz, símbolo de la cristiandad, y la media luna, emblema del imperio otomano. De la mano del mismo don Juan de Austria se conserva un mapa que refleja la estrategia que se debía seguir en el orden de batalla de la armada cristiana (figura 7).

A los peligros habituales de la batalla se añadían los del mar para los que se requería una milicia especializada en sufrir las propias de los combates marítimos. En 1612 Francisco Núñez de Velasco reflexionaba sobre las ventajas de dominar, además de la tierra, el mar como soldado: «siempre fue de grandísima estimación e importancia [la milicia] naval, porque el que es señor del mar tiene mucha mano» (*Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, XI, p. 367). El siglo XVI fue un momento de innovación técnica naval, así como estratégica. Si bien las galeras eran el tipo de embarcación que se venían usando en el Mediterráneo como buques de guerra desde la Antigüedad, debido a la capacidad de albergar remeros en su casco alargado, sufren una transformación al abrirse troneras para piezas de artillería en los laterales facilitando la incorporación y uso de la artillería gruesa a partir de 1500 (Parker, 2002: 122; Campillo, 2008: 132).

El hecho de que las embarcaciones que se enfrentaron en la batalla de Lepanto fueran galeras, en su mayoría, determinó el carácter heterogéneo de la lucha, que queda admirablemente plasmado en el grabado de Adrien Collaert reproducido como figura 8, donde se aprecia el abordaje de los barcos precedido de la embestida del espolón, denominado también "combate a la galana" (Teixidó Martínez, 2001: 165), y la lucha cuerpo a cuerpo de los soldados. Era esta una estrategia posible gracias a la acción de los remeros, unos 150 (Teixidó Martínez, 2001: 165), que facilitaban la maniobra de aproximación y aferramiento al barco enemigo cuando el viento no era favorable.



Figura 7. Plano del orden de batalla de las armadas en la batalla de Lepanto, Archivo General de Simancas. Simancas. MPD,10,81.



Figura 8. Batalla de Lepanto, Detalle del grabado de Adriaen Collaert, a partir de un dibujo de Joannes Stradanus [= Jan van der Straet] estampado por Philips Galle en Anveres en 1590, Bibliothèque Nationale de France, Estampes et photographie, Reserve FOL-QB-201 (8).

La batalla de Lepanto se resolvería en unas horas[18] con un claro vencedor, la armada cristiana, pero no fue, como lo han demostrado las numerosas crónicas y relaciones, una batalla más. La victoria de Lepanto supuso un punto de inflexión en los enfrentamientos de la Cristiandad[19], representada en la Liga Santa, contra el Imperio Otomano, que era derrotado por primera vez de manera significativa a los ojos de Occidente:

> De lo qual se puede colegir, aver hallado los hombres fama y gloria a medida del desseo, en esta batalla y felicissimo sucesso, que el serenissimo príncipe don Juan de Austria uvo en el mar Corinthiaco, contra toda la flor de Asia y Africa, en perpetua infamia de Selin poderosissimo monarca, y capital enemigo de la religion Christiana, donde ni le puso dudoso el peligro, ni la dificultad cerro al puerta a los pensamientos deste valeroso príncipe. Que el mar sera testigo no aver visto en su seno tanto numero de galeras de tanta grandeza juntamente y poder, ni victoria tan alta y señalada, contra enemigo de tanta resistencia y pujança (*Relación de la guerra de Cipre*, f. 6v).

El 9 de octubre de 1571, Andrea Doria escribía a Felipe II informando de la victoria liderada por don Juan de Austria: «Ha sido Dios servido de dar a V. M. por mano del señor don Juan contra los enemigos de su santa fee la mayor victoria que aya tenido jamas ningun Principe Christiano, y es tanto mayor quanto que ha sido con muy poco daño del

[18] La disposición de las naves en la batalla de Lepanto (que reproducirían fielmente historiadores y poetas épicos), así como las fases de la misma, pueden observarse en el apéndice A.
[19] La estrecha relación entre la religión y el devenir de la batalla, tanto individual como colectivamente, se puede apreciar en el "retrato" que le entregó Carlos V a don Juan de Austria para que lo portara en la batalla. Véase en el apéndice B.

armada de V. M. y de la liga» (*Carta de Juan Andrea Doria a Felipe II*, 9 de octubre de 1571, AGS, EST,LEG,1401,103)[20]. De igual modo la rememoraba Cervantes, años más tarde, como «la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros» (Rico *et al*., 2015: 673). La relevancia de la batalla no se debió únicamente a la magnitud de la misma, en cuanto al número de embarcaciones, soldados y naciones que se vieron envueltos en la ella, sino por su carácter mixto, es decir, naval y terrestre, de choque-abordaje en el que combatientes y embarcaciones eran igualmente relevantes para decidir el resultado final.

La batalla naval de Lepanto fue la última batalla naval en la que la Monarquía Hispánica empleó las galeras como embarcaciones de guerra. Pese a las numerosas bajas y a la persistencia del problema otomano, España continuaba viviendo un momento glorioso al verse convertida en el *Imperium mundi*. La idea de una monarquía universal, tal y como la había concebido Carlos V seguía vigente pese a la separación del Imperio Sacro-Germánico, y el Papado seguía siendo un factor esencial para el funcionamiento de la sociedad española. Tras la batalla de Lepanto, dos hechos decisivos marcaran la política exterior española en la década de 1580 hasta la muerte del monarca en 1598: la anexión de Portugal y el intento de invasión de Inglaterra.

2. La Revolución Militar en España: la transición de la caballería pesada a la infantería

La composición de un ejército moderno español, que durante el siglo XVI se convirtió en la mayor amenaza de Occidente, destacando en Europa por su valor, fue el resultado de un largo proceso de evolución de la caballería medieval a una milicia, predominantemente de infantería, cuyas fases son difíciles de identificar (Puddu, 1982: 16) y que no culminaría con éxito hasta el siglo XVIII. Desde el auge de la caballería en la Edad Media, situado por Maurice Keen y (1986) y Josef Fleckenstein (2006) entre 1100 y 1510 (esto es, entre la Primera Cruzada la Reforma protestante, aproximadamente), hasta la conformación de este ejército permanente, una serie de ordenanzas promulgadas entre el siglo XV y XVI conformaron y dotaron de organicidad a este cuerpo de hombres que, paulatinamente, abandonaron los caballos para pelear a pie, formando el cuerpo de

[20] Véase una reproducción del original en el apéndice C.

infantería. A finales de 1500, el ejército español estaba plenamente constituido como una tropa real permanente regularizada[21], y cincuenta años más tarde, hacia 1550, la caballería concebida según los parámetros medievales había desaparecido, aunque no sus ideales caballerescos, cultivados por una nostálgica aristocracia que intentaba justificar su preeminencia social (Desfilia, 2005: 35). Surgida en Francia, pero extendida a toda Europa, la caballería se conformó como un *ethos*, un código de valores en sí mismo «que acogía a grupos de guerreros identificados, por una parte, por su habilidad en la guerra como jinetes y por otra por una combinación de orgullo de linaje y posición social en servicios tradicionales» (Keen, 1986: 65). Una fusión de elementos guerreros, aristocráticos y cristianos (*ibid*., p. 32).

Al igual que hiciera Keen (1986: 14), para conocer en profundidad el pensamiento caballeresco, es necesario revisar, además de los documentos legislativos, las fuentes literarias que se conservan, aunque su contenido pertenezca al campo de la ficción. Dos obras son fundamentales en la Península Ibérica para comprender el código caballeresco que se desarrolló entre la aristocracia. En primer lugar, el poema *La Orden de la Caballería*, anónimo del siglo XII en el que se recoge el simbolismo tanto de la orden de la caballería, como de las armas que porta el caballero[22], y que sirvió de fuente directa al *Libro de la Orden de Caballería* de Ramón Llull. En él se explica la elección del caballo como animal para la lucha por su nobleza, y la relación etimológica del término "caballero" (que sigue los postulados vegecianos): «el caballo es la bestia más noble y la que mejor conviene para servir al hombre, por eso se eligió al caballo de entre todas las bestias, siéndole entregado al hombre elegido de entre mil hombres, y por eso, aquel hombre recibió el nombre de caballero» (*Libro Orden de la Caballería*, I, p. 69). De igual modo se concreta la finalidad de la caballería ligada, desde sus orígenes, a la defensa de

[21] Una de las pruebas de ello es que, a partir de la década de 1560, el ejército desarrolló numerosas pragmáticas sobre la indumentaria de los soldados. Ejemplo de ellos son las pragmáticas de Madrid de 1564, 1587, 1590 y 1598 entre otras en las que se trataba de cortar la vanidad de los soldados o el lucimiento (Toro Buiza, 1978: 16), que actuaba siempre en detrimento de la funcionalidad y eficacia de las armas en la lucha, al imposibilitar o dificultar el libre movimiento de las articulaciones. Para apreciar un ejemplo de las vestimentas de los soldados de la primera mitad del siglo XVI véase el apéndice D.

[22] El simbolismo de las armas perduró en la mentalidad colectiva hasta bien entrado el siglo XVI. Pedro Cátedra, estudiando el torneo medieval, señala que no es hasta mediados del siglo XVI cuando se «puede constatar una pérdida de la significación simbólico-caballeresca del torneo en beneficio de lo deportivo, espectacular y teatral» (2005: 160). Si bien se trata de una actividad de entretenimiento de los nobles, no deja de revelar un gusto aristocrático todavía anclado en el pasado caballeresco, por lo que es probable que, todavía en la imaginación colectiva de la nobleza (en cuanto a estamento), los hombres que sirven al rey con las armas sueñen con los tiempos gloriosos de la caballería.

la fe: «Dios de la Gloria ha elegido a los caballeros para que, por la fuerza de las armas, venzan y sojuzguen a los infieles que día a día se afanan en destruir la Santa Iglesia» (*Libro Orden de la Caballería*, II, p. 72). El caballero medieval debía poseer una fe firme de la que se derivaba la práctica de las virtudes teologales: «caballero sin fe no puede tener buenas costumbres» (*Libro de la orden de caballería*, VI, p. 95).

El grupo de caballeros, como parte del estamento de los defensores, constituía un subgrupo regido por su propio código caballeresco, su *ordo militum*, al que se accedía mediante un rito y que lo convertía en «el mayor et más onrado estado» (Juan Manuel, *Libro del cavallero et del* escudero, XVIII, p. 13). El hecho de que la caballería fuera considerada casi como un sacramento: «se moja mucho a los sacramentos» (Libro del cavallero et del escudero, XVIII, p. 13), como señala Don Juan Manuel, dotó de simbolismo toda la ceremonia, así como las armas que portaba el caballero. En resumen, las armas del caballero poseen un simbolismo que recuerdan a las cuatro virtudes con las que debe revestirse cualquier caballero:

> Así como las armas que el hombre viste para defenderse muestran cordura, eso mismo muestra el mango de la espada, que en cuanto el hombre la empuña, en su poder está alzarla o bajarla, herir con ella o dejarla. Y así como las armas que el hombre pone ante sí (cubriéndose con ellas), muestran la fortaleza, que hace al hombre estar firme en los peligros, así en "la manzana" –el pomo- está toda la fortaleza de la espada, pues en ella se sufre el mango, el arriaz y el hierro. Y como las armaduras que el hombre ciñe son medianeras entre las que lo visten y las que hieren, según lo es la mesura entre lo que se hace más o menos de lo debido, así está el arriaz – el gavilán- entre el mango y el hierro. Y así como las armas que el hombre tiene dispuestas para herir allí donde conviene, muestran justicia, que encierra derecho e igualdad, eso muestra el hierro –la hoja- de la espada, que es derecho y agudo y taja igualmente ambas partes» (Gárate Córdoba, 1997: 275).

El hecho de que las armas fueran un oficio distintivo estamental, el de los "defensores" (Campillo, 2008: 27), convertía la guerra en un fenómeno permanente en la sociedad, compuesto por agrupaciones de personas al servicio de la defensa de unos nobles y cuyos enfrentamientos consistían en la sucesión de batallas puntuales con un ganador temporal. Jurídicamente, la organización militar de la España medieval se asentaba en las bases establecidas por Alfonso X en la *Segunda Partida*. En ella se establecía qué se entiende por caballería y su correlación con la milicia:

> Caballería fue llamada, antiguamente, la compaña de los nobles hombres que fueron puestos para defender las tierras. E por esto le pusieron nombre en latín, *militia*, que

> quiere tanto decir como campañas de hombre duros, e fuertes, e escogidos para sufrir trabajo, e mal, trabajando, e lazrando, por pro de todos comunalmente. E por esto hubo este nombre de cuento de mil, pues antiguamente mil hombres escogían uno para hacer caballero. Mas en España llaman caballería, no por razón que andan cabalgando en caballos, mas porque bien que así como los que andan a caballo van más honradamente que en otra bestia, otrosí, los que son escogidos para caballeros son más honrados que todos los otros defensores. De donde, así como el nombre de la caballería fue tomada de compaña de hombres escogidos para defender, otrosí fue tomado el nombre de caballero de caballería (*Partidas*, II, XXXI. 1).

Originalmente el significado de *milites* era sencillamente el de 'soldado', y como señalan Flori (2001: 16), y Fleckenstein (2006: XIII), se desconoce el momento en que pasó a significar 'caballero'. Sabemos gracias al estratega Flavio Vegecio Renato que la palabra *miles* se utilizó en la Antigüedad como equivalente de "caballero" en su acepción de hombre de armas, o lo que es lo mismo, soldado. Así lo recoge san Isidoro: «*Miles dictus, quia mille erant ante in numero uno, vel quia unus est ex mille electus. Romulus autem primus ex populo milites sumpsit et appellavit. Liber vero primus militiae ordinem docuit. Miles aut orinarius dicitur, aut extraordinarius. Ordinarius est, qui per ordinem militat, nec adhuc aliquem consecutus est gradum honoris. Est enim fregarius, id est humilis militiae. Extraordinarius vero, qui ob virtutem promovetur ex ordine*»[1] (*Etimologías*, IX, III. 3) Lo que no se sabe con seguridad es el momento en que *miles* dejó de significar sólo eso para empezar a significar también "caballero" en su acepción feudal. A este respecto, señala Fleckenstein que es difícil «asegurar que ese cambio de significado se había producido en la Península Ibérica antes del año 1000» (2006: XIII). Keen (1986: 45-46) distingue tres usos del término *miles*: en primer lugar, en un sentido militar que indicaba el guerrero montado a caballo y que se diferenciaba de los *milites*, soldados de a pie. En segundo lugar, *milites* podía hacer referencia exclusivamente a la clase estamental guerrera. Finalmente, en el siglo XI, el término *miles*, podía hacer referencia a la posición social de los hombres con recursos moderados. A principios del siglo XII el término se utilizó para designar la caballería menor y la nobleza, cohesionándolos en un único grupo de manera que «la misma palabra *miles* iba asociándose cada vez más a ideas más honorables» (1986: 46).

Desde Alfonso X el término de "caballería" se recupera como sinónimo de "milicia", aunque se desconoce cómo se llegó a esta equiparación[23]. Lo más interesante

[23] Los investigadores han intentado esbozar el círculo que se estableció entre el término *milites*-caballero y *milites*-guerrero a pie, pero no han logrado una respuesta satisfactoria. Tampoco hay respuesta clara al pensar en el fracaso del término *eques* para designar a los hombres que iban a caballo a la batalla. Sea como

de la *Partida Segunda* alfonsina, que nunca llegó a entrar en vigor, es su carácter no legislativo. La obra, como otros tratados publicados en el medievo sobre la caballería, se constituye como un código deontológico, enciclopédico y filosófico de la milicia, el mando, y la guerra, en el que «se sistematizan las bases tradicionales del pensamiento militar cristiano, en su sentido más humanista y amplio» (Gárate Córdoba, 1997: 319) y que, posteriormente, influirá en el ejército permanente incipiente de los siglos XVI y XVII. Es este pensamiento militar subyacente en el que se articulan los principios morales y artísticos de la caballería que establecen, junto con la tratadística anterior, las bases de la mentalidad caballeresca que heredaran los *milites* del Quinientos[24].

Las guerras señoriales de la Edad Media se fundamentaban sobre todo en la lucha de poderes limitados. Se trataba de una guerra feudal, compuesta por breves encuentros entre pequeños ejércitos de caballeros que «difícilmente podían inspirar doctrinas o teorías militares» (Teixidó Martínez, 2001: 104). La distinción entre peones y caballeros era tanto táctica como social y, a diferencia de los caballeros, enfrentados unos contra otros en campo abierto, a caballo y con armadura pesada, los peones eran utilizados en «la guerra de sitio o en la defensa de ciudades y castillos» (Teixidó Martínez, 2001: 104). Uno de los elementos indispensables para la batalla en el medievo eran los castillos y la Península Ibérica estaba repleta de ellos. La mayor parte de los enfrentamientos entre señores feudales se resolvían mediante el asedio al castillo de uno de ellos y la victoria la determinaba la conquista o no de este. Junto a los asedios, los enfrentamientos que predominan en las campañas de finales del siglo XIV y XV (Keen, 1986: 292) son las escaramuzas en campaña y sin la protección de una fortaleza, lo que agravaba los riesgos que corrían los hombres de armas.

El verdadero cambio del ejército sucederá a comienzos del siglo XVI con la expansión del uso de las armas de fuego en el campo de batalla, lo que obliga a los soldados a adquirir nuevos conocimientos en el campo de las matemáticas y de la pólvora. Así describe Martín de Eguiluz (1592) el cambio que se dio en la forma de hacer la guerra:

---

fuere, el término caballero, ligado al animal como herramienta de combate en la Edad Media, designaba al hombre que iba a la batalla con dicho instrumento, pero, una vez los guerreros se apearon del animal, el término, recuperando su acepción etimológica original, continuó usándose para referirse a los defensores o soldados pertenecientes a una multitud de defensores, un ejército.

[24] La mentalidad militar de la Edad Media se encuentra desarrollada más adelante, en el capítulo dedicado al análisis de los valores del arte militar en la tratadística española.

«porque en esta Era la guerra se hace muy diferente sin tiranía, y con más fuertes armas e industrias, y cada hora se descubren más sutilezas de ingenio, y artificios de fuego» (*Dicurso y regla militar*, VIII, p. 21). La aparición de las armas de fuego supuso el fin de la guerra al estilo medieval (Jörgensen, Pavkovic, Rice, *et al.*, 2007: 70). La guerra a caballo fue sustituida paulatinamente por un cuerpo de infantería armado con las picas y el arcabuz. El paso de la caballería a la infantería a nivel europeo fue el resultado de la adaptación a la lucha contra los suizos en donde prevalecía la maniobra sobre el choque directo (Suárez, 1995: 390). El emperador Maximiliano I se percató de que la única opción de ganar a los suizos (1499) era combatir siguiendo sus reglas y, para ello, introdujo en sus ejércitos un conjunto de piqueros denominados lansquenetes. «La única diferencia entre suizos y alemanas residía en la forma en que manejaban sus picas. El lansquenete aferraba la pica muy abajo y la apuntaba hacia arriba, mientras el suizo la empuñaba más cerca del centro y golpeaba con ella ligeramente hacia abajo» (Montgomery, 1969: 217-218). Además de las innovaciones tecnológicas, las coronelías del Gran Capitán, unidades tácticas avanzadas empleadas en las guerras italianas (1494-1559), provocaron un cambio en la organización táctica del ejército que favoreció el desarrollo de estrategias más complejas en la batalla.

En España, además de los elementos mencionados por Michael Roberts, dos elementos van a provocar la creación de una "milicia semiprofesional" [25], permanente e instruida técnicamente en el arte de la guerra que se convertirá a partir de 1520 en «una máquina militar prácticamente invencible» (Puddu, 1982: 21). En primer lugar, las originales formas de hacer la guerra, desarrolladas por los cenetes en la Península a finales del siglo XV en las guerras de Granada, (inevitablemente ligadas al desigual relieve topográfico del teatro de operaciones) habían obligado a los ejércitos españoles a desarrollar nuevas estrategias beligerantes, donde el grueso de la fuerza del ejército no recayera en la caballería pesada, incapaz de acceder de manera eficaz a los lugares donde se sucedían las batallas (Donnell y Duque de Estradal, 2013: 120). Era necesaria una fuerza que permitiera contrarrestar la táctica árabe de «incursiones rápidas, hostigamiento constante» (Amate Blanco, 2006: 22). Surgió entonces la creación de una milicia

[25] Fernández y Fernández de Retana (1996) opta por utilizar el término de "ejército profesional permanente" para designar a las tropas que operaban fuera de España, los tercios, y es el que se va a emplear para designar este ejército primigenio de la España del Quinientos.

compuesta por una caballería ligera y una infantería que se estableció como fuerza de choque ante el enemigo.

En segundo lugar, la necesidad de resistir mediante una guerra defensiva a los ataques del ejército francés en el Rosellón. Para ello, crean los Reyes Católicos en 1494 la "guarda de Castilla" (Andújar Castillo, 1999: 47), un grupo numeroso de hombres nobles a caballo acompañados de peones. La diferencia respecto del primer cuerpo militar profesional formado en Castilla unos años antes, el de la "guarda real" (Quatrefages, 1996: 37), para la protección personal de los monarcas y formado por gentilhombres cercanos a la figura real, radicaba en el pago de un salario a los nobles a cambio de sus servicios. En 1496 se ve la necesidad de centralizar la administración y mantener un ejército de reserva, una milicia que permitiese tener hombres alistados y entrenados a los que acudir en caso de necesidad. Andújar Castillo sitúa un cambio visible en la composición de los ejércitos hacia 1497, cuando «los peones que estaban en el Rosellón fueron organizados en tres partes, un tercio de lanzas o picas, otro tercio de escudados y otro de ballesteros y espingarderos» (1999: 48). Pero lo más sobresaliente fue la institucionalización del cuerpo de infantería, en 1504 «con la creación de la denominada "Infantería de Ordenanza" y la adopción del sistema de combate y de armamento —picas- a la manera suiza—» (p. 48). En 1505, Fernando el Católico creó unas compañías de piqueros y arcabuceros que también contaban con hombres armados con escudo y espada. La peculiaridad de estas compañías era la mezcla de diferentes armas bajo el mando de un único oficial, los *coloneles*. Cada *coronelía* estaba compuesta por un millar de hombres repartidos en cuatro compañías de 250. Se trataba del incipiente sistema de "infantería ordinaria" que alcanzaría su máximo desarrollo en las formaciones de los conocidos y temidos tercios. La creación de un nuevo cuerpo de infantería suscitó uno de los mayores debates militares del siglo XVI, el de la superioridad de la misma sobre la caballería. El primero en abordar la cuestión fue Nicolás Maquiavelo en *El arte de la guerra* (1521), donde afirma la superioridad de la infantería frente a la caballería, al destacar la libertad de movimiento del hombre frente al caballo y la armonía entre el ser y actuar del soldado:

> En primer lugar, los caballos no pueden andar, como los hombres, por todas partes; los movimientos de la caballería en las maniobras son más tardíos que los de la infantería, pues si, avanzando, es preciso retroceder, o retirándose avanzar, o moverse estando parados, o en marcha detenerse de pronto, los caballos no lo hacen con tanta exactitud y precisión como los infantes. Una fuerza de caballería desordenada por el choque del enemigo, con dificultad vuelve a ordenarse, aunque el ataque haya sido infructuoso, y esto sucede rara

> vez a la infantería. También ocurre con frecuencia que un hombre valeroso monta un caballo cobarde, y un soldado tímido va sobre un caballo valiente. Esta disparidad de ánimo entre el hombre y el caballo contribuye al desorden. No debe admirar a nadie que un pelotón de infantería resista el empuje de la caballería (II, p. 131).

La superior eficacia de la infantería en la batalla está estrechamente ligada al empleo de las armas de fuego manuales en el campo de batalla: «La artillería sólo manifiesta su eficacia por medio del poder destructivo del fuego y la caballería únicamente en el combate individual, pero la infantería actúa en los dos terrenos» (Clausewitz, *De la guerra*, vol.1, p. 443). El predominio de la infantería se puso de manifiesto de forma decisiva en las primeras décadas del siglo XVI, cuando las formaciones de piqueros flanqueadas más tarde por arcabuceros y mosqueteros se impusieron en todos los campos de batalla de Occidente en una perfecta simbiosis entre el concepto de guerra antigua, de las falanges romanas, y los nuevos métodos de guerra modernos que incorporaban como novedad fundamental las armas portátiles de fuego (Andújar Castillo, 1999: 42). La infantería se convertía así en el pilar de esta agrupación de luchadores cuyo oficio es la guerra:

> El nervio de los ejércitos es indudablemente la infantería, y si el rey no la organiza de modo que en tiempo de paz vuelvan los soldados contentos a sus ordinarias ocupaciones, necesariamente está perdido, pues la infantería más peligrosa es la formada por gente cuyo oficio es la guerra. Ella obliga a guerrear constantemente, o exige ser pagada en todo tiempo, o expone al que la tiene a perder el reino (Maquiavelo, *El arte de la guerra*, II, p. 107).

La necesidad de organizar este ejército, junto a la especialización en el uso de las armas que supuso la generalización del empleo de la pólvora, provocó que se acentuara la diferencia de las tres principales armas del ejército: la caballería, la infantería y la artillería (vigentes hasta la actualidad), provocando una revolución táctica a la hora de la lucha.

2.1. El soldado del Viejo Mundo: el hombre de los tercios

«Dos cosas obligan al hombre a salir de su patria a ser soldado. La primera, por ser inclinado a las armas, y ganar honra en el exercicio dellas. La segunda, por ser pobre, y no se poder sustentar conforme a su persona y, puesto que el habito de soldado arma a todos, a pocos les va bien, por lo qual es mui necesario saberse governar con su sueldo» (Gallo, *Destierro de ignorancias de todo genero de soldados de infantería*, f. 2r). Si hay

algo que define a los hombres que conformaron la nueva milicia española es la soldada. Así lo canturrea el joven soldado con el que se cruza don Quijote, que le confiesa el verdadero motivo que le impulsa a ir a la guerra:

> A la guerra me lleva
> mi necesidad;
> si tuviera dineros,
> no fuera en verdad (*Don Quijote de la Mancha*, II, XXIV, p. 909).

Desde los orígenes de la nueva milicia hasta mediados del siglo XVII[26], cuando se producirá el desencanto generalizado de las esperanzas de enriquecimiento a través de la actividad militar, el dinero, o la promesa de obtenerlo mediante el pago de la "soldada", es un factor inherente a la conformación de estas tropas. El término "soldado" identificaba a un tipo muy concreto de combatiente: «el que estaba a sueldo del rey. De modo convencional, suele considerarse que se trataba de un soldado profesional, caracterizado por la posesión de fuero militar y a su servicio permanente a la corona» (Saavedra Vázquez, 2012: 373). De igual manera lo describe el experimentado capitán Martín de Eguiluzn 1592 al describir la promesa de fidelidad que hacían los españoles que se alistaban: «Todo Español, que asentare su plaza de soldado, para servir a Su Magestad en los libros y listas de su real sueldo, es su criado desde aquella hora y punto, y promete toda fidelidad y lealtad, hasta ser licenciado de su superior, y ser borrado de tal lista» (*Discurso y regla militar*, I, p. 59). La cuestión monetaria era tanto causa de armonía como de desórdenes en el ejército, no sólo a causa del reparto del botín, sino a la hora de conceder un aumento de sueldo. A finales del siglo XVI, Sancho de Londoño, quejándose de la ligereza con la que se incrementaban los salarios de los soldados (*Cuerpo enfermo*, VI, p. 94), elabora un dodecálogo de reglas por las que no se debía aumentar el sueldo de los hombres de armas, lo que nos hace sospechar que, cualquier actividad mínimamente fuera de lo ordinario de las labores propias de un soldado se convertía en un motivo de aumento de sueldo.

Dos motivos fundamentales suspenden la subida de sueldo, o la recepción de una paga extraordinaria, según Isaba: la desobediencia a las órdenes recibidas, y el sencillo

[26] Thomas Calvo sitúa el declive de la milicia hacia 1640 «cuando la potencia militar se desmoronaba, ya no era tiempo de esplendor para los héroes, ni para los reinos en quiebra» (2019: 292).

cumplimiento de su labor. Así puede observarse en la siguiente docena de reglas que indican que los soldados deben conformarse con su sueldo:

> 1. No se ha de aventajar un soldado porque de un arcabuzazo que tiró mató un enemigo, aunque lo vea todo el mundo.
> 2. Por asistir, trabajar, escaramuzar, y estar en la trinchera el tiempo que le toca o salir a alarma estando en campaña, basta su sueldo ordinario.
> 3. Por guardias extraordinarias, escoltas, centinelas perdidas y otros servicios que en tal ocasión se ofrecen, su sueldo ordinario.
> 4. Porque un soldado sin orden arremeta a una batería, reconozca y mire el sitio, puestos y fortificación del enemigo y dé clara información, no merece premio, antes castigo.
> 5. Porque un soldado salga unido en escaramuza en campaña o batería peleando como los otros, su sueldo ordinario.
> 6. Estando un campo a vista de otro y un soldado saliere fuera de la guardia sin licencia y desafiare, saliere otro de la parte contraria y alcanzare la victoria, trayéndolo preso o en campaña le dejare muerto, castigo.
> 7. Si soldados salieren sin orden y gobernándose bien rompieren alguna banda de enemigos y trajeren algunos presos de que se tome información y aviso, castigo.
> 8. Si un soldado o muchos estando situados o en trinchera sobre alguna tierra o en centinela en campaña cerca de los enemigos y sin licencia tomaren conversación y plática con ellos, ultrajándolos con palabras feas o, curiosos, preguntarles y demandarles cosas, castigo.
> 9. Por henchir cestones, abrir trincheras, trabajar en minas, plantar artillería el tiempo que le toca señalado por sus sargentos mayores, el ordinario.
> 10. Si algún soldado teniendo sitio sobre tierra dejare su lugar y sin licencia se aventure a subir por batería o muralla y trajera alguna bandera o algún preso, castigo.
> 11. Si algún soldado estanco en la trinchera en el lugar y puesto que sus oficiales están y les toca, deseoso de verse con los enemigos, aunque no sea de centinela, sin licencia quisiere ir, ver, reconocer qué hacen o cómo están y si acaso ellos le descubren y salieren a él y él haciendo su débito alcanzare la victoria, castigo.
> 12. Si algún soldado por orden de su oficial le fuere mandado vaya a reconocer un foso, batería, que se aventure a tomar algún centinela, que dé fuego a una mina o que haga guardia en ella y fuere gruñendo, murmurando, aunque ponga en ejecución lo que se le ordenó y haya la victoria, no por esto se aventaje, ni gratifique que la paga ordinaria le basta, por ir de mala gana a lo que se le mandó (*Cuerpo enfermo*, VI, p. 95).

Un siglo más tarde, Baños de Velasco y Acevedo sintetizaba los dos tipos humanos que formaban las filas de este ejército renacentista: «Dos géneros de hombres suelen ir a la guerra: uno de los que aspiran al honor a costa de sus peligros y afanes, y otro la sentina de la república, que, por valerse de la libertad y licencias donde se alojan, cometen tales insultos que hacen sean todos mal vistos por ellos. Los primeros a ordenarse para batallar y los últimos a huir» (*Política Militar de príncipes*, IX, p. 262). Los historiadores contemporáneos, a partir de un estudio más extenso de las fuentes, han concluido que son tres los motivos fundamentales por los que los hombres se alistaban en el ejército en los siglos XVII: la oportunidad de trabajo que faltaba en la vida civil; la oportunidad de un "cambo de ambiente"; y el espíritu aventurero de los que deseaban ver mundo o añadir alguna experiencia militar a su trayectoria vital (Parker, 2002: 78).

El espíritu aventurero es una cuestión fundamental en el análisis de los soldados que componían las filas de los ejércitos modernos. Covarrubias define el término "aventura": «puede ser nombre, y entonces es término de libro de caballerías, y llaman aventuras a los acaecimientos en hechos de armas» (*Tesoro*, p. 254). Por lo tanto, desde el primer momento, los hombres alistados al servicio de la Corona poseen un alma anhelante de realizar hazañas semejantes a las que se podían leer en los libros de caballerías. Este espíritu de aventura es lo que inflama los pechos de los hombres y los lleva a alistarse voluntariamente, de ahí que la voz "aventurero" designara a los voluntarios: «Equivále à voluntário, agregado voluntariamente, sin ser escogido, ni llamado. […] En la milicia es mui usado este nombre, y se llama assi el que sin sueldo, ni señalamiento de lugar se agréga y sirve el tiempo que quiere» (*Autoridades*, I, 499). Esta segunda acepción del término, ligada a la falta de soldada, es la que ha perdurado en el tiempo. De ahí que Almirante diga que se trata de una voz que antiguamente indicaba al «oficial o soldado de fortuna que no sentaba plaza, que no abrazaba o profesaba la carrera, sino que asistía, ordinariamente a su costa a una guerra. Hoy que ya no se corren aventuras, lo más que puede indicar esta palabra es algún oficial o paisano que durante una campaña esté sin destino reglamentario» (1869: 113).

Así pues, las verdaderas motivaciones de los soldados poco tienen con ver con el amor a la patria (Valladares, 1999: 165) ni a la religión, y más con el servicio a la Corona o la posibilidad de un ascenso social. Lo cierto es que el ejército español se componía de un heterogéneo grupo de hombres entre los que encontramos: «voluntarios, penados[27], contingentes nobiliarios y reclutas forzosos» (Fernández Fernández de Retana, 1996: 595). Todos los historiadores coinciden en que el éxito de la carrera de armas que emprendía un hombre se veía afectado por su linaje.

La primera acción necesaria para configurar un ejército consiste en reclutar hombres, es decir, el alistamiento. La elección de los reclutas de los tercios fue uno de los factores decisivos para lograr la cohesión de todos los miembros que lo componían a través de un proceso de selección directo. El procedimiento ordinario era a través de la "conducta", un cargo concedido por el rey que permitía el reclutamiento directo. Además

[27] Los penados eran destinados mayormente a los galeotes en las naves de guerra como remeros y allí se les ataba con cadenas a la nave pues las posibilidades de fuga después del cobro del sueldo y su deserción (Fernández y Fernández de Retana, 1996: 595).

de la conducta, el capitán recibía su instrucción y orden (Quatrefages, 1979: 24), es decir la misión militar encomendada. Los hombres que conformaban estos tercios diferían notablemente del "hombre de armas" medieval tanto sociológica como económicamente, lo que configurará un nuevo tipo de soldado. A partir del momento del reclutamiento, el soldado entraba a formar parte de una "microsociedad" con cinco obligaciones mínimas (Quatrefages, 1979: 237): alimentarse, vestirse, alojarse, equiparse profesionalmente y pagar las contribuciones. La veteranía de los soldados pláticos era la cualidad más buscada por los capitanes. A partir de 1560, se desconoce el número de soldados que formaban las filas del ejército de Felipe II «de 1566 a 1596 creó 23 tercios, además de los que halló formados» (Fernández y Fernández Retana, 1996: 596). Sin embargo, hacia finales de siglo, en 1594, la situación de la infantería española se había precipitado hacia el desorden y el declive defraudando a los oficiales que la habían servido en años anteriores logrando las hazañas más sobresalientes de dicho siglo.

A cambio de sus servicios, el soldado recibía un pago que, generalmente, era insuficiente y tardío. La carrera de las armas era dura y miserable y las dos respuestas que daban a esta realidad los soldados, y que constituyeron el mal endémico de los ejércitos modernos, eran los motines y las deserciones (Andújar Castillo, 1999: 13). ¿Qué llevaba a los soldados a alistarse a filas? Los motivos eran de lo más variados, pero sin duda, subyacía a todos ellos una mejora de las condiciones vitales. Uno de los remedios que se estipuló para satisfacer las demandas de riquezas de los soldados y evitar la deserción fue la permisión del saqueo y el botín, que se consideraron «recompensas legítimas a que tenía derecho cada soldado» (Parker, 2002: 90-91). Dos tipos de botín estaban contemplados y regulados (Quatrefages, 1979: 251): el botín proveniente de los bagajes del enemigo (adquirido tras la batalla) y el saqueo de la ciudad asaltada. El reparto del botín estaba reglamentado, herencia medieval (Powers, 1988) y se repartía equitativamente respecto de lo obtenido de los asaltantes (según su rango y posición) y los soldados de la infantería española.

Sociológicamente, los soldados provenían de diferentes estratos. Con el aumento de las guerras en las que participaba la Corona española, el número de caballeros provenientes del estamento nobiliario resultó insuficiente[28] y rápidamente los rangos de

[28] Braudel recoge el escaso porcentaje de la población nobiliaria que había en Castilla en la década de 1590, menos de un 2% (1,85% calculado suponiendo que hubiese siete millones de nobles): «Cien personas

oficiales (sobre todo el de capitán) estuvieron ocupados por segundones e hidalgos, que eran considerados como "profesionales del ejército", cuya carrera militar se caracterizaba por el ascenso meritocrático (Quatrefages, 1979: 40; Marías Martínez, 2011: 147). El tema del origen social de los soldados fue expuesto en muchos tratados renacentistas y ha sido fuertemente debatido entre los estudiosos contemporáneos en base a lo expuesto en los mismos. Londoño se refería a la «mucha nobleza y gente particular que entre la Infantería española suele aver" (*Discurso*, p. 37). La relación entre nobleza y milicia ha sido ampliamente debatida por los historiadores. Quatrefages (considerando como referente extrapolable los diez primeros años de la guerra de Flandes), afirma que la infantería española se componía de hombres de la nobleza (Quatrefages, 1979: 295); los "gentileshombres" de los que habla Raffaelle Puddu. Para Thompson, en cambio, la realidad fue muy distinta. La infantería no se reclutó entre los hombres nobles, sino que, más bien, se formuló una "plebeyización" del estado militar, mediante la que los hombres de estratos inferiores podían ascender socialmente al adquirir la nobleza mediante el ejercicio de las armas (1999: 123). Dos modelos de nobleza (mérito y linaje) coexistirán en relación a la actividad militar, produciendo dos tipose soldado: «Uno de ellos contempla un progresivo alejamiento de la profesión de las armas de una nobleza cada vez más domesticada por la ley y más civilizada por la Corte[29]. El otro se ciñe al modelo del soldado gentilhombre que ve a la milicia como la carrera noble más apetecida, por lo menos durante los primeros tres cuartos del siglo XVI» (*ibid*., p. 118). Los dos modelos de nobleza responden a un gran debate humanista del Renacimiento en el que se discutía el origen de la virtud de los hombres y su relación con el linaje y la nobleza, así como la importancia de la virtud alcanzada mediante el esfuerzo del hombre por el cultivo del bien. El debate, ligado a la honra y al ascenso meritocrático en el ejército, fue mencionado por muchos tratadistas militares del Quinientos que siempre abogaron por ascender a aquel hombre carente de nobleza, pero ejercitado en la virtud. Desde su incorporación masificada al ejército, el soldado gentilhombre atrajo la mirada de historiadores, cronistas y poetas a lo largo de todo el siglo XVI (Martínez Ruiz, 2001: 109).

componen la alta nobleza a fines del reinado de Felipe II; incluidos mujeres y niños suman 400, lo más 500. Cualquier cálculo relativo al número total de nobles en Castilla puede ser sólo aproximativo. Es probable que fuesen unos 130000, o sea, medio millón más o menos, si incluimos sus familias» (1976a: 84).

[29] Esta realidad empieza a preocupar desde el reinado de Felipe II (Gil Fernández, 1981: 58).

Según Antonio Campillo (2008: 101), para los nobles que querían servir a la Corona se establecieron dos posibles vías de participación que configuran los dos tipos de "tropas" que participaron en los conflictos del siglo XVI. Por un lado, las nobleza podía integrarse en la organización administrativa de los ejércitos a través de la ocupación de los puestos de mando, como sucederá en las tropas que lucharon en los grandes conflictos europeos, como la guerra de Flandes, y las campañas en el Mediterráneo. Por otro lado, los nobles podían convertirse en una especie de "empresarios de guerra", mediante contratos o asentamientos, recibiendo un pago por su servicio a la Corona. En este caso, los nobles, aunque también ocupaban los puestos de mando, lo hacían en calidad de caudillos o capitanes de las tropas, pues por la composición de los grupos, se prescindía de una jerarquía más establecida como sucedía en las compañías o los tercios.

La ruptura progresiva de la identificación estamental de nobleza y guerra será una de las características más definitorias de los ejércitos modernos. Aunque, a principios del siglo XVI, todavía «era la milicia consustancial con la nobleza y el destacarse en el ejército, el modo de lograrla» (Toro Buiza, 1978: 7; Martínez Ruiz, 2001: 109), los hombres de estados inferiores comprendieron que destacarse en el uso de las armas era el único camino para ascender socialmente, aunque sin el respaldo del linaje fuera una vía dificultosa. Si bien en las tropas del Quinientos hubo muchos nobles titulados que formaron parte del grueso de la infantería, en su mayoría lo constituían hombres de condición plebeya (Campillo, 2008: 63) con aspiraciones sociales.

La infantería española se consagró como uno de los cuerpos militares más temidos de la Edad Moderna gracias a su organización en los tercios [30]. El tercio apareció como unidad militar configurada en la Ordenanza de Génova de 1536 y constituía un sistema complejo administrativo-militar, y aún más, «un sistema de vida y valores propio» (Teixidó Martínez, 2001: 129). En dicha ordenanza aparece por primera vez el término (Quatrefages, 1996: 314): «La infantería española del tercio de Nápoles y Sicilia que reside en el dicho nuestro ejército, está pagada hasta en fin del mes de septiembre próximo pasado de este presente año, y la del tercio de Lombardía hasta mediado del mes de octubre de este dicho año, y los (soldados) del tercio de Málaga que quedaron en Niza, y la compañía de Jaén que sirve en el dicho nuestro ejército, hasta el 25 del dicho mes de

[30] Para profundizar en el conocimiento de la composición, estructura y función de los tercios (aunque la bibliografía es ingente) pueden consultarse dos obras fundamentales: Quatrefages (1979), (1996).

octubre» (Vallecillo, *Legislación militar de España, antigua y moderna*, XI, pp. 549-586). Se trataba de unas unidades permanentes de soldados establecidas en los dominios españoles italianos (Lombardía, Nápoles y Sicilia), altamente instruidos y disciplinados. En 1534 se constituyó el tercio de Lombardía y un año más tarde el de Sicilia y Nápoles. Los soldados se alistaban voluntariamente a cambio de la soldada, aunque algunos no cobraban sueldo (Botella Ordinas, 2000: 59).

En 1582 aparece recogido por primera vez en la tratadística militar cómo deben estar dispuestos los hombres que conforman la unidad del tercio:

> De ordinario tiene un tercio tres mil hombres treze vanderas, y en ellas ha de aver una de arcabuzeros de trezientos hombres, y las doze son de a dozientos y veynte y cinco, que todos son los dichos tres mil hombres. Ya hemos dicho, que, para estar el tercio en su perficion, ha de tener dos tercios de picas y coseletes, y uno de arcabuceros (Funes, *Arte*, f. 6v).

El número exacto de los soldados de los tercios oscilaba en algunos casos entre la docena y la quincena de compañías. Scarión de Pavía explicaba el origen de los tercios y su composición remontándose a las legiones romanas:

> Un tercio ordinariamente debe ser de quinze compañias, de dozientos soldados por cada compañía, que vienen a ser tres mil soldados a imitación de las legiones de los Romanos. En Español llamase Tercio, en Italiano y Frances lo llaman Regimento. Debe un Tercio tener dos o tres compañias de arcabuzeros, las quales compañias se tienen en mas cuenta, porque trabajan mas, a ellas les toca marchando yr de Vanguardia, y Retaguardia, tomar puestos, hazer escoltas, hazer puentes, yr a descubrir, corter la campaña, y finalmente todas las expediciones y prestezas de la guerra, y assi los soldados destas compañias deven ser de los mas moços alentados, diestros, sueltos, rezios, y suffridos a los continuos trabajos, y por estas causas no deven en la guerra hazer guardia de noche, si no de dia, y tambien se, les da a todos un ducado mas, de la paga ordinaria cada mes. Los Capitanes destas compañias de arcabuzeros devese elegir de los mas viejos del Tercio, porque son tenidos un poquito en mas cuenta, y en ausencia del Maesse de campo, al mas viejo le toca gobernar el Tercio (*Doctrina militar*, ff. 64r- 64v).

Mayormente, el tercio estaba compuesto generalmente por unas doce compañías, diez de ellas piqueros y dos arcabuceros. Cada compañía de picas contaba con 219 hombres, mientras que una de arcabuceros tenía 224. Las compañías de arcabuceros tenían a su disposición 15 hombres adicionales y las de picas, 20 hombres armados con mosquetes (Teixidó Martínez, 2001: 128; Jörgensen, *et al.*, 2007: 15). Sin embargo, lo más relevante del tercio, no era la superioridad numérica, sino la experiencia de sus soldados, es decir, que la mayor parte de ellos fueran “soldados pláticos”, en cuyo paso

por las guarniciones de Italia hubieran adquirido un nivel de instrucción suficiente para la guerra. El éxito del reclutamiento de soldados para los tercios estuvo determinado por las elecciones de los capitanes. Los mandos de alto rango elegían a sus capitanes (en teoría, según un sistema de ascenso meritocrático) y éstos, a su vez, a los soldados. Este sistema funcionó hasta el mediados del siglo XVIII, según Parker: «Los coroneles se servían de parientes o vecinos como capitanes y, al menos hasta el decenio de 1740, alistaban a sus vasallos siempre que les era posible. Parecía evidente que añadir un vínculo feudal a las obligaciones militares naturales servía para aumentar la cohesión de las unidades» (2002: 79).

Los cambios en la composición de los ejércitos y la técnica militar transformaron el espíritu militar de la Edad Media (Paret, 1992: 29). René Quatrefages (1979: 104), en su extenso etudio acerca del nacimiento, organización y composición de los tercios, atribuye a dos elementos inmateriales (y no militares propiamente) la fuerte cohesión entre los miembros del tercio que facilitaba la maniobrabilidad y capacidad táctica del mismo: por un lado, la disciplina, concretada en la obediencia al capitán; por otro lado, el honor como acción psicológica, tanto individual como colectivo, que permitía un sentimiento de individualización dentro de la colectividad del tercio y que le otorgaba una superioridad a las tropas españolas sobre las suizas, al permitir la «distribución del cuadro macizo en unidades más pequeñas y por tanto más móviles» (1979: 113). He aquí la verdadera arma de los tercios de infantería: la creación de un espíritu militar fuertemente arraigado en los soldados. El espíritu militar es uno de los elementos morales más importantes para la guerra según Clausewitz y que mana de dos fuentes: «La primera es una serie de guerras victoriosas; la segunda, el empleo frecuente del ejército al límite de sus fuerzas» (1991: 319). El espíritu militar difiere del espíritu bélico y del espíritu de las tropas. Almirante lo diferencia del espíritu bélico propio de algunas razas o naciones:

> El espíritu bélico es parte integrante del espíritu militar, pero dista mucho de constituir el todo: este último tiene por base la disciplina, aquel el valor, o más bien el temperamento individual. El espíritu bélico lo da la naturaleza: el espíritu militar es producto de la civilización, y puede crearse de una manera, por decirlo así, artificial. […] El verdadero espíritu militar de un grande Estado constituido reviste por el contrario formas tranquilas, silenciosas, constantes; es fruto del razonamiento; consecuencia de su dignidad; condición de su vida (1869: 404).

Este espíritu militar estaba asentado en la consideración que tenían los soldados de su propia infantería como «la mejor del mundo» (Contreras, *Vida,* p. 191). Este orgullo

militar del español enraizado en el triunfo de la larga Reconquista y la unión dinástica de los Reyes Católicos (Quatrefages, 1979: 283) será uno de los factores que impulsará a los soldados a la batalla. De igual manera, la confesionalidad católica del ejército español, derivada de los valores espirituales medievales, dotará al tercio de una vida espiritual en la que Dios se constituye como la fuente primaria y finalidad de todos los infantes y del ejército cuya voluntad se encauza a través de las misiones de la Corona española, siendo idealmente el temor de Dios la base del valor del soldado (*ibid*., p. 279).

En cuanto al armamento, los soldados, al igual que en la Edad Media, portaban la armadura todo el tiempo como queda recogido en los testimonios conservados. Ejemplo de ello son los versos épicos: «E si pon l'elmo (ch'avea usanza vecchia / di portar empre armata la persona)» (*Orlando Furioso*, I, LVIII, 5-6). Si bien las armas eran provistas por la Corona, el soldado era quien debía pagarlas. El arma ofensiva más empleada era la pica, de variable longitud, portada sobre el hombro y que permitía atacar en un solo tiempo al enemigo en el combate cuerpo a cuerpo sin ser herido, convirtiéndose en la «fuerza del escuadrón» (*Discurso*, p. 34). Las picas de los tercios poseían al menos 25-26 palmos de largo (unos 5,46 m) (Quatrefages, 1979: 72). En lo respectivo a las armas defensivas, el equipamiento de los soldados estaba compuesto fundamentalmente por el casco y la coraza (Jörgensen, Pavkovic, Rice, *et al.*, 2007: 14), de manera que el cuerpo quedaba cubierto de cintura hacia arriba ante las armas enemigas. El armamento individual de defensa constaba de varias piezas cuyo conjunto recibía el nombre de "coselete" (Leguina, 1912: 264) y que constituía la mejor defensa corporal para los soldados. Constaba de espaldar y peto, que cubrían el tronco y protegían de las heridas más graves, gola, brazaletes y celada (*ibid*., p. 713). Quatrefages menciona hasta siete armas defensivas para la protección individual del piquero: peto, espalderas, escarcela o faldete (especie de faldas metálicas que cubrían los muslos), brazales, guardabrazos, manoplas y celadas (1979: 72). Las armas dependían del ejercicio del soldado dentro de su compañía. Juan Bautista Gil de Velasco las enumera brevemente:

> Los soldados de infanteria suelen usar morrión, casco, gola, jaco, mangas, y guantes de malla, coselete, peto y braçalete, manoplas con sus grevas, el cavallo ligero suele obrar la celada, la coraça, y cosas a este modo: el hombre de armas lleva el yelmo con su espiga, comera, visera, gorjales, espaldares, braçales, guantes, escarcelas, con todo lo demas que les arma hasta los pies, junto con las bardas de los cavallos, y otros ornamentos suyos (*Católico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados*, f. 9v).

El peso de la armadura provocó que pronto los piqueros la redujeran «poco a poco de tan pesada carga, hasta quedar con sólo la coraza, e incluso sin nada» (Martínez de Campos, 1966: 14).

Junto a dicha arma blanca, el arcabuz y, posteriormente, el mosquete, fueron los responsables de las victorias de la infantería española. La evolución tecnológica de las armas de fuego se concretó a su vez en tres ámbitos: las armas ligeras (arcabuces, mosquetes y pistolas), la artillería (el cañón y el mortero) y los artificios explosivos. Las primeras armas de fuego portátiles aparecieron en el este de Europa hacia 1420 (Campillo, 2008: 125), pero no se difundieron hasta finales del siglo XV. El arcabuz, aparecido hacia 1450, era un arma de fuego larga que necesitaba el apoyo de una horquilla para realizar de manera estable el disparo. Todo arcabuz poseía un cañón montado sobre un fuste de madera de 4,5 a 5 palmos (95 a 105 cm), más ligero hacia la boca y reforzado hacia la cámara de fuego para evitar estallidos y retrocesos (Quatrefages, 1979: 73). El arma era lenta y poco eficaz, y se requerían numerosos pasos para efectuar el disparo, restándole eficacia frente a otras armas arrojadizas. Además, la munición, es decir, las balas, corrían por cuenta de cada soldado, que debía fundir las suyas. De ahí que, verdaderamente, el rendimiento de las primeras armas de fuego resultó menos eficaz de lo que se pensó en un principio frente a la labor de los arqueros. A finales del siglo XV, el uso de los arcabuces entre los soldados todavía había alcanzado su máxima efectividad. Un disparo de arcabuz requería varios minutos y sólo tenía precisión hasta los cien metros, por lo que un arquero bien instruido, según Parker (2002: 43), podía disponer de diez flechas por minuto y alcanzar con puntería hasta los 200 m. Hacia 1564 fue sustituido por el mosquete y se redujo el tiempo que se requería para efectuar un disparo hasta que en 1561 fue reemplazado por el mosquete, de 1,8 metros de longitud, siete kilos de peso y un alcance de 210 metros (Teixidó Martínez, 2001: 134). La integración de ambas armas ofensivas (pica y arcabuz) en la composición de los Tercios, fue el éxito del poder de esta infantería española (Quatrefages, 1979: 71).

En cuanto a la artillería, las piezas más destacadas eran las bombarda, las culebrinas, los morteros y los cañones. Las "bombardas", provenientes de Francia, y cuya descripción más antigua se encuentra en el *Chronicon Travesinum ab anno 1368 ad 1428* eran «un instrumento de hierro con ancha boca, en la que se coloca una piedra redonda ajustada al calibre de la pieza; este instrumento tiene en su parte posterior un tubo o recámara,

doblemente más largo y también más angosto que la boca; en este tubo se pone la pólvora compuesta de salitre, azufre y carbón de sauce» (Almirante, 1869: 721-724). Las culebrinas eran una variante de las primeras armas manuales de fuego:

> La pieza de artillería del primer género, que aunque tira menor bala que otras, la arroja a gran distancia: y por esso se hace para efecto de ofender de lejos al enemigo. Dividense en varias especies, segun la mayor o menor bala que arrojan: y son culebrína, media culebrína, quarto de culebrína o sacre, y octavo de culebrina o falconete. A todas estas especies de culebrínas, si tienen de largo 30. a 32. diametros de su boca, llaman legítimas, y a las que tienen menos, bastardas (*Aut.*, II, p. 695).

Finalmente, el mortero, era también «una máchina de guerra bien conocida, para disparar bombas y otros artificios de fuego. Hanse hecho de varias formas; pero el que más comunmente se usa el día de oy se reduce a un cañón de artillería, tan ancho de boca y corto de longitúd, quanto cabe la bomba que se ha de disparar» (*Aut.*, IV, p. 612)

El uso de las armas de fuego ligeras en los combates supuso un cambio radical en la forma de guerrear, sobre todo en las tácticas de la batalla campal (Campillo, 2008: 127). El combate directo de hombre a hombre, «fuente de mitificación heroica» (Valladares: 170), dio paso a una forma de atacar más impersonal y anónima. Al principio del siglo XVI, su uso estaba limitado fundamentalmente en sitios de plazas y castillos (Fernández Fernández de Retana, 1996: 596), pues, a causa de su pesadez y las dificultades en el traslado de los instrumentos, era difícil su uso en campo abierto, pero hacia 1503 las armas de fuego, conforme evolucionaban, se convirtieron en la herramienta fundamental para la victoria en el combate, favoreciendo una mayor potencia y puntería, así como una reducción en el peso que facilitara el transporte. La incorporación de la pólvora revolucionó sustancialmente la estrategia del combate.

El sistema de lucha de los tercios consistía en evitar la lucha en campo abierto formando cuadros herméticos de soldados (escuadrones) que fueran capaces de maniobrar rápidamente y recibir el choque del enemigo de manera ordenada y cerrada: «colocados los arcabuceros en primera línea y rodilla en tierra, los piqueros en las filas inmediatas y los alabarderos inmediatamente después, presentaban estas masas grandes ventajas que no podía contrarrestar la caballería» (Amate Blanco, 2006: 25). El escuadrón fue la forma más común de organizar a los soldados del ejército. También denominado "escuadra": «Escuadrón. dice más que escuadra, parte del ejército por llevar forma cuadrada» (*Tesoro*

de la lengua española). En su antigua acepción en los siglos XVI y XVII, Francisco de Valdés define escuadón como «Congregación de soldados ordenadamente puesta, por la cual se pretende dar a cada uno tal lugar que, sin impedimento de otro, pueda pelear y unir la fuerza de todos juntos, de tal manera que se consiga el principal intento y fin que es hacerlos invencibles» (*Espejo y disciplina militar*, p. 35).

Los escuadrones podían ser de diferentes formas[31]: cuadrado (el más utilizado), en rectángulo, en media luna… y para formarlos y mantenerlos en la batalla era necesaria una disciplina férrea y una instrucción de las tropas, lo que era factible gracias al sistema de reclutamiento. De esta manera, los soldados, conocidos por el capitán, conforme a sus capacidades, sabían con anterioridad al movimiento del ejército, la posición que debían ocupar en el tercio en todo momento.

La táctica de combate más empleada en las batallas en campo raso, o batallas campales, consistía en la formación de un cuadrado por la infantería en cuyo interior se reunía la caballería. El orden de ataque se configuraba en dos tiempos: «se abría la línea de infantes, que se encontraba a vanguardia, y la caballería combatía por cargas con lanza y con espada» (Teixidó Martínez, 2001: 104) y, dentro de las numerosas técnicas destaca la denominada como "caracola" que consistía en la formación de

> un bloque de seis jinetes en fondo como mínimo y hasta veinte filas, que marchaba al trote contra el enemigo y, al llegar a los 28 metros, más o menos, hacer fuego con las pistolas […] disparando las pistolas al mismo tiempo o una después de otra, si bien la más conocida consistía en que la primera fila disparaba y se retiraba a retaguardia de la formación para cargar sus armas, mientras las demás filas repetían la misma operación, existiendo una rotación permanente y una fila como mínimo siempre en condiciones de disparar (Martínez Ruiz, 2016: 47).

Prontamente, la artillería despertó las inquietudes de los tratadistas del renacimiento que exaltaron el valor de los soldados que se enfrentaban a este novedoso monstruo: «Verdad es, y no sé qué sea la causa, pues jamás hubo más valientes, y animosos soldados que ahora, ni que más hechos, y hazañas valerosas acometiesen contra el furor infernal de la artillería de poco acá usada, y hallada, para ruina, y menoscabo del valor y fortaleza humana» (Escalante, *Diálogo del arte militar*, II, p. 106). En el siglo

[31] Véase el apéndice E.

XVII, Álava Viamont, en su obra *El Perfecto Capitán*, destacaba el origen y desarrollo de la artillería como fruto del desarrollo de las matemáticas:

> ¿Qué monstruo jamás se ha visto que tanta admiración haya causado al mundo, como el uso de la Artillería? ¿los efectos extraños que hace? ¿la poca resistencia que en todo halla?; ¿el artificio admirable con que está fabricada?; ¿la furia y poder con que todo lo deshace y desbarata?; ¿los pocos reparos que consiente?; ¿los muchos reinos que ha allanado?; ¿los grandes poderes que ha abatido?; ¿las fuerzas inexpugnables que ha puesto por el suelo? ¿De dónde, pues, salió este prodigio y espanto común, sino de la Geometría? (p. 60).

Los tercios españoles fueron temidos y respetados por las tropas extranjeras hasta mediados del siglo XVII, gozando asimismo de prestigio y reputación entre los soldados extranjeros. Erasmo de Rotterdam alababa la excelencia de la milicia española: «Los españoles no admiten rival en la gloria militar» (*Elogio de la locura*, p. 88). Aunque Marcos de Isaba atribuye a finales del siglo XVI (1594) el desprestigio del ejército a la falta de autoridad y disciplina y la corrupción interna, lo que verdaderamente desprestigió a las tropas hispánicas, anteriormente, gloriosa infantería, fueron las derrotas en las batallas, así como el fracaso de la guerra de Flandes.

2.2. Las huestes conquistadoras del Nuevo Mundo

Frente a las ideas aventureras que estas expediciones pueden suscitar en la imaginación del lector contemporáneo, los viajes a las Indias fueron complejos e irregulares. En los primeros años, apenas se encontraban voluntarios que quisieran partir hacia lo desconocido, por eso, con la aprobación de los Reyes Católicos, en Medina en 1596 «para evitar más gastos a los reyes, el almirante Cristóbal Colón le propuso que concedieran perdón de delitos, y aun de muertes no aleves, a quienes quisieran ir a servir por uno o dos años, según sus culpas, a la isla Española» (Martínez, 1983: 31). Los primeros grupos de pasajeros que cruzaron el Atlántico se componían *grosso modo*:

> De frailes o clérigos que viajaban para cumplir sus tareas religiosas; de soldados o colonizadores; de funcionarios que, a veces acompañados de sus familias, iban a tomar posesión, volvían de sus puestos o debían realizar inspecciones; de comerciantes y sus agentes, de hombres en busca de fortuna, de "caballeros de industria", de aventureros, y los menos, de simples viajeros a los que movía la curiosidad de ver el mundo (Martínez, 1983: 13).

Junto a estos tipos, en los viajes al Nuevo Mundo proliferó también el personaje al que se le condonaba una deuda a cambio de sus servicios. El viaje al Nuevo Mundo se transformó rápidamente una vía de escape de la justicia para criminales, y en 1518 la Corona publicó unas disposiciones reales (*Recopilación de las leyes de indias*, IV, I.2) que decretaban la necesidad de la obtención de una licencia para efectuar el viaje.

En 1583, y desde Méjico, García de Palacio exponía un retrato del hombre de armas del Nuevo Mundo, conocedor, a través de la experiencia, del arte de la guera:

> Aunque parezca a v.m. que las Indias estan distantes de la pulicia de la guerra que en Europa se ha usado, y usa es cierto que ay en ellas Capitanes y Soldados de tanta sufficiencia que no ahora, mas en los tiempos de aquellos famosos, Gonçalo Hernandez de Cordova, Antonio de Leyva, Juan de Urbina, y otros, fueron eliminados por su ingenio, arte, y valentía […] porque en las Indias ya se sabe todo lo necessario al Arte militar, assi las partes, subjeto, y sciencia que deven tener los officiales de la guerra, como la ordinata de los esquadrones, y su buena administracion, municiones, e instrumentos, su uso y otras muchas curiosidades necessarias en la Milicia (*Diálogos militares*, I, f. 8v).

Los conquistadores diferían por tanto del soldado del Viejo Mundo. No se trataba de hombres enviados por la Corona española, ni sometidos a un entrenamiento militar, sino más bien de un grupo heterogéneo de soldados más o menos experimentados que forman parte de una misión colectiva, pero a la que se suman por intereses individuales, lo que afectará al desarrollo de la colonización (Góngora, 1962: 9; Eliott, 1980: 61; Elliott, 2006: 53; Pérez-Mallaína, 2012: 50; Restall, 2013: 22; Velázquez, 2018: 34). Entre los hombres que cruzaron el océano, hubo, entre toda esta heterogeneidad, muchos soldados veteranos de las batallas en Italia[32], sin embargo, el origen socio-profesional de los hombres que cruzaron el Atlántico todavía no ha sido precisado con claridad, sobre todo en lo respectivo al estatus de hidalguía. En los *Catálogos de pasajeros a Indias* que se conservan entre los años 1509 y 1559 (Bermúdez Plata, 1940; 1942; 1946), apenas aparece debajo de algún nombre el oficio que desempeñaban o el término "hidalguía". De ahí que salvo que a la llegada a las Indias se conserve algún documento relacionado con

[32] Amate Blanco (2006: 57) expone una relación de nombres extraída de fuentes historiográficas en la que da nombres de soldados veteranos como Rodrigo Segura, Lorenzo Buiza, Gonzalo Suárez Rendón, Jiménez de Quesada, Pedro de Valdivia, Pedro de Mendoza, Francisco de Carvajal o Pedro Sarmiento de Gamboa, que participaron en las empresas de conquista y contaban con experiencia militar previa. Igualmente, Pérez-Mallaína se aventura a afirmar que «entre los primeros [conquistadores] se encontraban veteranos de las guerras de Granada o de Italia» (2012: 62), pero salvo algunos nombres concretos que aparecen en las relaciones de sucesos, la precisión del porcentaje exacto de soldados veteranos o bisoños que participaron en la Conquista, no se puede precisar con exactitud.

el pasajero, sea casi imposible determinar su función social. A pesar del desconocimiento exacto de su nivel social, Restall ha propuesto un esbozo bastante acertado del "conquistador-tipo" que se encuentra descrito en las narraciones colonizadoras:

> Este tipo sería un joven que no llegaba a los treinta años, semianalfabeto, originario del suroeste de España, formado en un negocio o profesión concreta, que buscaba su oportunidad a través de las redes de patronazgo basadas en los vínculos familiares y locales. Provisto también de las armas que se pudiese permitir, y ya con cierta experiencia de exploración y conquista en las Américas, estaría dispuesto a invertir lo que tenía y a poner en juego su vida -si fuese absolutamente necesario- con tal de convertirse en miembro de la primera compañía que conquistase un lugar rico y bien poblado (2013: 82).

Los historiadores han buscado una denominación apropiada para estas tropas de hombres que se aventuraban a la conquista. Al ser hombres al servicio del rey de Castilla, pero cuya paga no dependía de la Corona tampoco pueden ser calificados de "mercenarios". Pérez-Mallaína revisa la significación del término *mercenario*, subrayando la temporalidad contractual entre los mercenarios y el señor al que sirven para negar que los conquistadores puedan ser admitidos en dicha categoría: «mientras los mercenarios luchaban para conseguir un fin concreto determinado por quien los había contratado, que era también el encargado de pagarles, los conquistadores habían fijado ellos mismos sus objetivos, y ellos mismos, también, debían procurarse su salario» (2012: 50). Asimismo, optaba por el término de "hueste conquistadora", alegando su consolidación convencional entre los historiadores y el hecho de que remarcara el arcaizante modelo medieval de batalla:

> Los que de verdad se pretende señalar es que América no fue conquistada por el ejército del rey, ni mucho menos por un ejército de tipo nacional […] Los aztecas, mayas o incas fueron vencidos y asimilados al Imperio español por pequeños grupos de combatientes financiados, compuestos y dirigidos por particulares, los cuales actuaban en nombre de los reyes de Castilla, pero que, estrictamente, tampoco tenían las principales características de una hueste medieval […] Llamaremos a estos grupos "las huestes conquistadoras", pero ellos a sí mismos solían llamarse "compañeros" (2012: 50).

Restall, basándose en el aspecto más económico, y de reclutamiento, calificaba a estos hombres como «empresarios armados» (2013: 22), más que una "compaña" o "banda", términos propuestos anteriormente por Góngora (1962: 10) para designar a la porción de gente armada que acometía una empresa, y que, por tanto, podía aplicarse a los conquistadores. El vínculo que se establecía entre los conquistadores era más

económico que militar y los documentos que dan fe de ello son las actas de reparto, pues en función de lo aportado, se otorgaban los beneficios obtenidos en la conquista.

A diferencia de las tropas que luchaban en el Viejo Mundo, el número de hombres alistados para la conquista era muy reducido y contrastaba con la grandeza del espacio al que se enfrentaron. Pérez-Mallaína sitúa entre uno y dos millares los soldados que participaban en cada una de las expediciones de conquista que se organizaban, pero en ocasiones, apenas superaban el medio millar, como en el caso de Cortés, lo que magnificaba la ya de por sí hazañosa actividad:

> Éramos quinientos y ocho, sin maestres y pilotos y marineros, que serían ciento; y diez y seis caballos y yeguas: las yeguas todas eran de juego y de carrera; e once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantín que traía a cargo un Ginés Nortes; y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros, que ansí se llamaban en aquel tiempo; y tiros de bronce, y cuatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas. Y esto desta cuenta de los ballesteros no se me acuerda muy bien. […] Y puso por capitán de artillería a un Francisco de Orozco, que había sido soldado en Italia (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, XXVI, pp. 96-97).

El carácter empresarial de la conquista es indiscutible y responde, según Elliott a dos factores: las aspiraciones individuales del conquistador y la disposición de la sociedad de la que procedían para apreciar su desproporcionada empresa (1980: 64). Así pues, es en sus características más personales donde reside la clave del éxito de la Conquista. Generalmente, las expediciones al Nuevo Mundo se trataban con el proceder de empresas privadas que contaban con un apoyo de la Corona, más que monetario, diplomático: «por lo general, el único apoyo regio que un conquistador llevaba consigo en su viaje a lo desconocido era un trozo de papel; el documento más importante de este tipo era una licencia para invadir y conquistar territorios, de manera que su portador se convertía en "adelantado"» (Restall, 2013: 22). Son las "capitulaciones" o "instrucciones" de conquista en las que «se le condecía licencia para descubrir o conquistar un determinado territorio de las Indias» (Pérez-Mallaína, 2012: 53). Los motivos que impulsaban a los españoles a viajar a las Indias eran de índole muy diversa, generalmente socioeconómicos (Rodríguez Hernández, 2012: 205; Sagrado Baeza, 2014: 28), pero una cosa era cierta: el imaginario colectivo había sido insuflado de aventuras caballerescas que se habían grabado en la mente de los conquistadores gracias a la lectura de romances y de novelas de caballería.

«En las guerras del Viejo Mundo se peleaba por Dios y por el rey, por el honor personal y por unas recompensas materiales» (Espino López, 2000: 297), aunque el orden de intereses más bien era el opuesto. La grandeza y gloria que otorgaban las grandes batallas campales en Flandes o contra el Imperio otomano no tenían nada que ver con los asaltos y emboscadas constantes que sufrían los españoles en América. Aquellas batallas eran estimadas y otorgaban honra a los que en ellas participaban. Testimonio de ello son las palabras del veterano capitán Bernardino Barroso:

> A mil hombres les he oído decir que si una vez salían de la guerra de Flandes, que por ninguna cosa habían de volver a ella, y dicho muchas y más veces de esta agua no beberé y es la jura de Pelaya, que apenas están fuera cuando mueren por volver a ella, y los que no vuelven es porque no pueden y éstos la alaban y acreditan por la mejor y más estimada y agradecida y premiada como lo hace su Majestad con los que van de aquí con licencia y servicios tales como vos podéis llevar habiéndoos librado (*Teórica, práctica y exemplos*, p. 79)

El alistamiento de los hombres se realizaba mediante un asiento entre ellos y el capitán y siempre era de carácter voluntario, sin que pudiese imponerse, ni siquiera a los vecinos de las zonas ya conquistadas, el servicio militar (García Gallo, 1956: 472). La dificultad de enviar soldados a las Indias en grandes cantidades hizo que las tropas españolas reclutaran entre los criollos a hombres que les favorecieran en la lucha, bien con la fuerza física, bien mediante un servicio económico, pero hasta finales del siglo XVII, establece García Gallo de Diego, las tropas estaban compuestas por peninsulares predominantemente (1956: 496). El "asiento", entendido como «tratado o ajuste de paces. Contrato u obligación que se hace para proveer de dinero, víveres, o géneros de algún ejército» (Almirante, 1869: 109), establecía los términos de la empresa que se iba a llevar a cabo, el sufragio de determinados costes, como la manutención, y su duración indefinida. Se trataba de un documento de carácter público: «el aventurero que se une a un capitán reconoce la autoridad de éste, se obliga a obedecerle y se somete, si aquél la tiene, a su jurisdicción» (García Gallo de Diego, 1956: 475) y que luego se traducía mayormente en la concesión de tierras o encomiendas en pago de los servicios prestados o la condonación de una deuda. De ahí que la cuestión del caudillismo sea un aspecto fundamental en la conquista y la formación de las tropas en el Nuevo Mundo: «Los conflictos, los descontentos, las acusaciones, son el clima corriente de la conquista. Su salida depende, en cada caso, de la personalidad del caudillo, de su autoridad y su capacidad para ceder o imponerse, según la oportunidad […] El llamado "individualismo"

de los caudillos es fundamentalmente el instinto político de un jefe de bandas» (Góngora, 1962: 67).

A diferencia de las tropas españolas en Europa, jerarquizadas y dirigidas por generales y comandantes, los grupos conquistadores «estaban dirigidos por capitanes, la única graduación existente, y que variaba en número» (Restall, 2013: 84). La presencia de un capitán o caudillo era fundamental, no sólo en el aspecto militar, sino social. Teixidó Martínez (2001: 137) habla de "conductores militares" para denominar a los sujetos que reclutaban y pagaban a los ejércitos que ellos mismos conducían. Sin embargo, el factor determinante de éstos es que proceden de la aristocracia y se encargan de las cuestiones diplomáticas, sociales y logísticas de su ejército. El mismo autor señala que, los soldados que pelearon en el Viejo Mundo, pueden agruparse en diferentes grupos: «el aristócrata-soldado de profesión, los capitanes de hueste, los eminentemente organizadores, los ingenieros militares y los propios reyes en combate» (*ibid*., p. 137).

El carácter empresarial de la conquista determinó fuertemente la elección de los caudillos. El ejemplo más ilustrativo de caudillismo en el Nuevo Mundo puede observarse en la figura de Hernán Cortés, al que Garín destaca como «el primer viajero a América que tomó conciencia de su papel político, es decir, histórico» (1990: 323) y que se convierte en prototipo de conquistador, hombre perteneciente a la baja nobleza, con cierto genio militar, capacidad de liderazgo y organización, y espíritu emprendedor (Pérez-Mallaína, 2012: 58). La elección de los capitanes, a diferencia de los ejércitos regulares, no era hecha por el rey, sino por la tropa. El caudillaje militar de Cortés, se basaba en la teoría adquirida por el conocimiento de los principios del arte militar, fue fruto de la experiencia acumulada. En las crónicas y poemas la hazaña cortesiana es equiparada a las grandes gestas de la Antigüedad. Si bien «Hernán Cortés debió improvisar en un principio su sapiencia militar, pero, con el tiempo esta se hizo sólida» (Espino López, 2021: 106). Su experiencia en el combate se militaba a varias escaramuzas en Santo Domingo y Cuba bajo el mando de Velázquez (Thomas 1994: 169), de ahí que los historiadores afirmen con certeza que sus nociones militares eran básicas (Espino López, 2021: 84). Es destacable, en este sentido, la narración en contra del caudillo que hace de él Bernal Díaz del Castillo cuando es elegido general:

> Pues como ya fue elegido Hernando Cortés por general, de la manera que dicho tengo, comenzó a buscar todo género de armas, ansí escopetas, pólvora y ballestas, y todos cuantos pertrechos de armas pudo haber y buscar de rescate, y también otras pertenecientes a aquel viaje. Y demás desto, se comenzó de pulir y ataviar su persona mucho más que de antes, y se puso su penacho de plumas, con su medalla y una cadena de oro, y como un bravoso y esforzado capitán. (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, XX, pp. 78-79).

Lo segundo que hace Cortés, según el orden que expone Díaz del Castillo, es ataviarse de manera que parezca un "esforzado capitán", es decir, un soldado plático conocedor de las virtudes y cualidades que de él se esperaban. Las crónicas y relaciones describen sus actos como si se tratara de un instruido capitán de la milicia. Ejemplo de ello es la promulgación de las Ordenanzas militares y civiles ordenadas por Cortés en Tlascala, cuando partía para cercar México, el 22 de diciembre de 1520. Allí Cortés justifica la conquista en términos de evangelización, pues «en los apartar de tanto error e idolatría, y en los reducir al conocimiento de nuestra santa fe católica, Nuestro Señor será muy servido, y además de adquirir gloria para nuestras ánimas con ser causa que de aquí adelante no se pierdan ni condenen tantos, acá en lo temporal sería Dios siempre en nuestra ayuda y socorro» (ed. García Icazbalceta, 1980: 446). Además, expone el comportamiento que espera de sus soldados, como si de un compendio de la tratadística moral militar de la época se tratara. Se prohíben las blasfemias, el juego, las peleas internas, el saqueo, el hurto, y las burlas a los capitanes, y se ordena que cada capitán tenga acaudillada a su gente y dispuesta al toque del tambor para luchar ordenadamente (pp. 446-451).

¿Qué ventajas permitieron el éxito militar de los conquistadores? Los historiadores remarcan como factor fundamental la superioridad armamentística de los españoles (Pérez-Mallaína, 2012: 67) (Figura 9, 10 y 11) y su uso tanto de la artillería gruesa como ligera; pero también la superioridad arquitectónica desarrollada en las fortificaciones, estratégicas y tácticas, y las ventajas psicológicas y religiosas, que no deben relegarse a un segundo plano, pues aunque subyacentes a los propósitos primeros de los conquistadores, constituían, como posteriormente se explicará, un fuerte componente en la conquista.

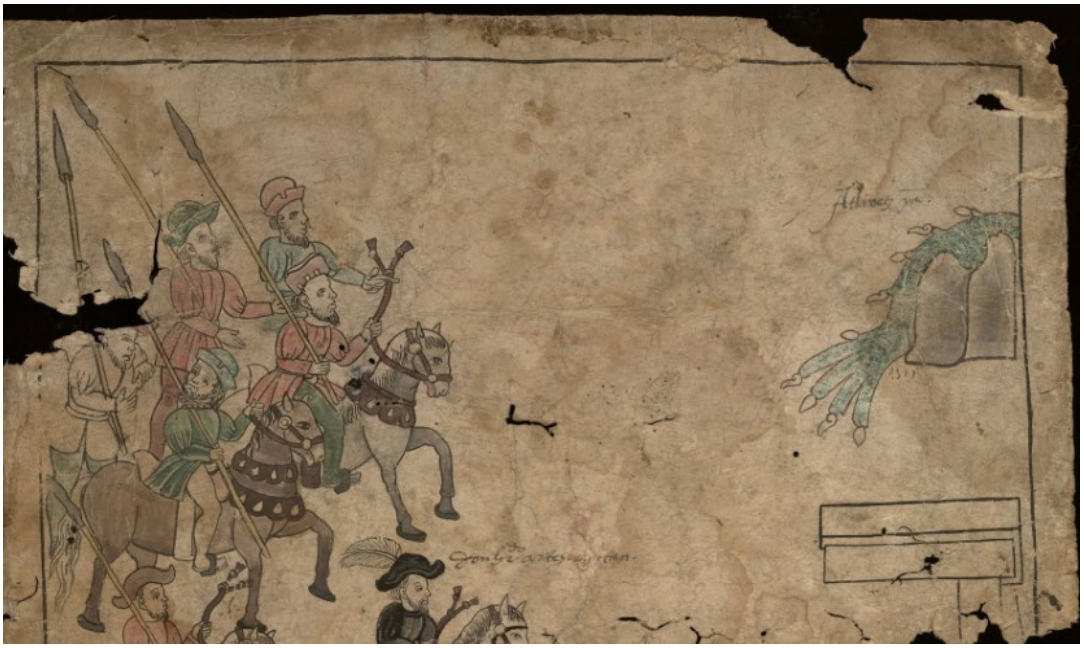


Figura 9. Armas de la conquista en la batalla terrestre según el *Lienzo de Tlaxcala*, copia de 1773 conservada en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México.

Sin embargo, recientemente, Restall ha discutido la efectividad real de las armas de fuego ligeras, como el arcabuz:

> Esta arma de cañón largo necesitaba pólvora seca, erraba el disparo a menudo y se tardaba en recargar más tiempo del que necesitaba un arquero azteca, maya o inca para lanzar docenas de flechas. Una vez más, las ilustraciones de época posterior nos confunden, pues nos suelen mostrar a los conquistadores con mosquete, un arma de fuego con llave de mecha más útil, pero que no se inventó hasta la década de 1550. La mayor virtud del arcabuz en las guerras de conquista fue su impacto psicológico, un arma de exhibición que podía desplegarse de manera selectiva para impresionar y aterrorizar al enemigo (Restall y Fernández Armeto, 2013:87).

Junto al uso de las armas de fuego, destacan las armas blancas que llevaban los conquistadores y que en las batallas campales resultaban de mayor efectividad en el encuentro cuerpo a cuerpo. Entre ellas, las más utilizadas eran las lanzas y las espadas. Se conservan diferentes testimonios gráficos que así lo atestiguan, como el Lienzo de Tlaxcala (figuras 10 y 11), en el que pueden observarse las lanzas que portaban tanto los hombres que iban a pie, como los que pertenecían al cuerpo de la caballería. En cuanto a las armas más empleadas por los mexicas, eran fundamentalmente el arco y la flecha, la honda, la lanza de madera con cabeza de piedra. «Dichas armas, aunadas al garrote y al

macuauhuitl, una espada de doble filo de obsidiana negra y mango de roble, eran las que habían dado sus victorias a los ejércitos» (Thomas, 1994: 33).

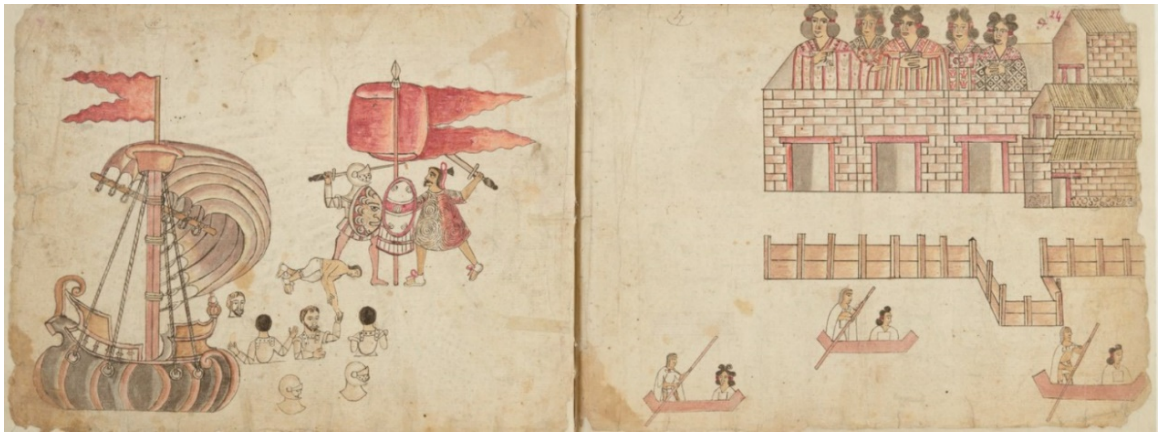


Figura 10. Llegada a Tenochtitlán en diferentes navíos, *Lienzo de Tlaxcala*, , copia de 1773 conservada en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México.

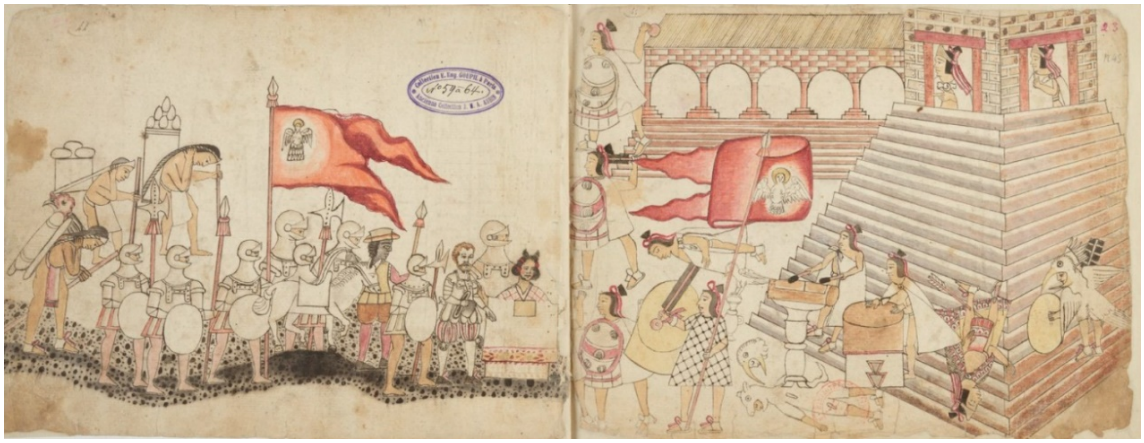


Figura 11. *Códice Azcatitlán*, Bibliothèque Nationale de France, Département des Manuscrits, Mexicain 59-64.

La forma de guerrear en el Nuevo Mundo fue el resultado de una mezcla inevitable de los conocimientos previos que algunos soldados veteranos poseían y las innovaciones tácticas surgidas de los enfrentamientos sostenidos con los indios.

3. Providencialismo y misión en la Monarquía española: la especificidad del ejército español

Un factor espiritual dotaba de especificidad a las tropas españolas: la religión católica. La llegada de Carlos I a España supuso la continuidad del pensamiento[33] de los Reyes Católicos, si bien, en tiempos convulsos para la Iglesia católica. Con la culminación de la Reforma, se producía la escisión interna de la Iglesia Católica, y después de la Paz de Augsburgo (1555), firmada por Fernando I de Austria y los príncipes protestantes que formaban la Liga de Esmalcalda, llegó el momento de la Contrarreforma. Este nuevo espíritu impregnó toda la sociedad española, alcanzando, incluso, las líneas de infantería.

En la segunda carta que le escribe Hernán Cortés a Carlos V le dice que «se puede intitular de nuevo emperador de ella [de las Indias], y con título y no menos mérito que el de Alemaña» (*Segunda relación*, p. 161). Coronado Carlos V emperador por el papa en 1528, parecía constituirse, dado su poder, como la máxima autoridad política en Europa,. Siguiendo los postulados alfonsinos y dantescos en *De Monarchia*, y sabiéndose heredero del pensamiento político-religioso de los Reyes Católicos, Carlos V gobernaba sus territorios como la forma más perfecta de autoridad: el imperio. Desde los tiempos de Roma, el emperador se situaba como la máxima autoridad militar: «Imperatorum autem nomen apud Romanos eorum tantum prius guit apud quos summa rei militaris consisteret, et ideo imperatores dicti ab imperando exercitui: sed dum diu duces titulis imperatoriis fungerentur, senatus censuit ut Augusti Caesaris hoc tantum nomen esset, eoque is distingueretur a ceteris Gentium regibus; quod et sequentes Caesares hactenus usurpaverunt» (*Etimologías*, V, III. 14).

[33] Entiéndase en su doble acepción: perteneciente a la religión cristiana y universal. A este respecto es interesante el estudio de la relación entre religión e identidad nacional de las religiones monoteístas en la Edad Media realizado por Rémi Brague en el que concluye que, si bien «las tres religiones mantienen un vínculo con lo político todas ellas, pero sólo se concreta en dos. El cristianismo formó la Cristiandad. El islam (religión) se convirtió en el Islam (civilización)» (2011: 57). Esta estrecha unión entre religión y estado perdurará en el Renacimiento y se verá formulada claramente en el género épico mediante la alabanza del poder político. De ahí que Lara Vilà, concluya que el género épico es «donde la historia y la religión confluyen en la alabanza del poder: de ambos cobra el poder político su carácter sagrado y finalista» (2007: 56). Igualmente, esta unión político-religiosa permitirá a los poetas épicos explotar el carácter sagrado de las guerras entre el moriscos y turcos y cristianos.

Carlos V, además de rey, había sido nombrado emperador, y siguiendo los postulados alfonsinos, su figura era entendida como un «vicario de Dios» (*Partidas*, I, II. 3) y su misión providencialista derivaba del entendimiento del imperio como el poder mayor existente en la tierra[34], «gran dignidad, noble e honrada, sobre todas las otras que los hombres pueden haber en este mundo temporalmente» (*Partidas*, II, I. 1). La idea imperial de Carlos V poseía dos vertientes ligadas entre sí: la de la *monarquía universal*, entendida como hegemonía política de Carlos V, impulsado y promovido por Gattinara con la finalidad no sólo de conservar los reinos heredados sino «adquirir más, aspirando a la monarquía de orbe entero» (Menéndez Pidal, 1940: 28); y la de la *universitas christiana*, propuesta por el doctor Mota, que concebía el imperio cristiano como el «cumplimiento de un alto deber moral de armonía entre los príncipes católicos» (Menéndez Pidal,1940: 28). Esta visión providencialista del Imperio renacía desde finales de la Edad Media culminando a mediados del siglo XVI a causa de la Reforma «y de la evidencia de las amenazas protestante y turca» (Castillo Cáceres, 1993: 135) y la posterior Contrarreforma en el seno de la Iglesia Católica.

La vida personal y política de Carlos V parece anticipar la máxima promulgada años más tarde por Baruch Spinoza: *sub specie aeternitatis*. Los actos del monarca son siempre estudiados desde el plano de la eternidad. Mientras se celebraba la segunda etapa del Concilio de Trento, en España fallecía Carlos V depositando en su testamento instrucciones sobre la persecución que se debía continuar haciendo a los herejes:

> Primeramente, puesto que, luego como entendí lo de las personas que en algunas partes destos reynos se havían preso y pensaban prender por luteranos, scriví a la Princesa mi hija, lo que me pareció para'l castigo y remedio dello […] para que tan grande daño se desarraygue y castigue con la demostración y brevedad que la calidad del caso requiere […] todavía por lo que devo al servicio de nuestro Señor, ensanchamiento de su Fee y conservación de su yglesia y Religión Christiana, en cuya defensión he padescido tantos y tan grandes trabajos y menoscabo de mi salud, como es notorio, y por lo mucho que desseo quel Rey, mi hijo, como tan cathólico haga lo mismo, y como lo confío de su virtud y christiandad, le ruego y encargo, con toda la instancia y vehemencia que puedo y devo, y mando como padre, que tanto le quiere y ama, por la obediencia que me debe, tenga desto grandíssimo y especial cuydado como de cosa más principal y en que tanto le va, para que los ereges sean pugnidos y castigados con toda demostración y rigor, conforme a sus culpas (*Testamento*, p. 97).

[34] Todas las expresiones artísticas de la época refuerzan esta idea imperial. Véase el apéndice F.

Si bien Carlos V es presentado, conforme al imaginario colectivo, según el paradigma del perfecto capitán (Espino López, 2008: 20), aunando en su persona las virtudes requeridas que ya se habían dado anteriormente en los Reyes Católicos (Núñez de Velasco, *Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, II, p. 135), lo cierto es que, aunque bajo su gobierno España participó en numerosas batallas, su persona, según Brandi, no destacó en el aspecto militar:

> Carlos V no era, ciertamente, un diplomático ni un estratega. Noble y caballero por su alcurnia y su educación, valiente y amante de las armas, le faltaba desde muy joven la convivencia con los núcleos militares que hubieran podido imprimir en él soltura en el mando. Menos aún bastaba su formación geográfica y militar para iniciar y dirigir operaciones, por más que procuraba familiarizarse con las ideas políticas y sus formas y se instruía en el manejo de los mapas. Su interés por la artillería puede que fuera herencia de su abuelo Maximiliano. También apreciaba claramente la importancia de las tropas de refuerzo, sobre todo después de lo sucedido en Provenza. Por esta causa prefería la guerra naval, con barcos de aprovisionamiento (Brandi, 1943, ed. 1993: 309).

El monarca nunca dejó de apoyar la causa católica. La invocación del monarca en sus últimas palabras de lucha a favor de la Iglesia católica hallaría respuesta en su hijo Felipe II. En ambos monarcas, el principio providencialista de su misión y persona estaba fuertemente enraizado y ambos se convierten en ejemplo perfecto de príncipe cristiano, como aparece en numerosas ocasiones en la tratadística militar, destacando el retrato que hace de él Núñez de Velasco:

> La idea que tengo fabricada en mi fantasía es sacada al modelo de uno de los mejores capitanes y más heroicos y de más altos merecimientos que ha habido en el mundo, ni que conoció la milicia, aunque tenga la antigüedad que le atribuyó mi ahijado, puesto que me atemoriza darle nombre de capitán, pues viviendo le tuvo de monarca […] Carlos Quinto, de gloriosa memoria, rey y señor nuestro, cuyas insignes victorias, hazañas incomparables alcanzadas mediante su prudencia, magnanimidad y ánimo intrépido, ejercitando en todas suertes de combatir, lo manifiesta, de modo que la fama de sus heroicos vencimientos e inenarrables hechos militares han dado sujeto a los más adelgazados ingenios y curiosas plumas para escribir sus alabanzas (*Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, VI, p. 207).

Como ya hiciera Carlos V en su testamento, Felipe II, además de expresar sus deseos político-religiosos, destina ciertas palabras en su testamento a las virtudes que su hijo debía ejercitar, incluido el cuidado de la fe, para ser un buen monarca:

> Por lo que debo a Dios, nuestro Señor, y por el gran amor paternal que tengo al príncipe don Phelipe, mi muy charo y muy amado hijo, y desseando mucho el aumento de sus virtudes y salvación de su alma, más que el cresçimiento de los señoríos y bienes

> temporales, muy afectuosamente le encargo y mando, que, como muy Cathólico Prínçipe y temeroso de los mandamientos de Dios, tenga gran cuydado de las cosas de su honra y servicio y sea muy obediente a la Sancta Madre Iglesia de Roma, y especial y particularmente le encargo que favorezca, y mande siempre favoresçer el Sancto Ofiçio de la Inquisición contra la herética pravedad y apostasía, por las muchas ofensas de Dios nuestro Señor que por él se quitan, y en estos tiempos peligrosos y llenos de tantos errores en la Fe conviene aún tener mas cuydado y advertencia que en los passados (*Testamento*, pp. 31-32).

Ambos monarcas se creyeron intermediarios de la voluntad divina, «de ahí una obligación precisa: la defensa de la fe, aun a costa de los bienes terrenos» (Fernández Álvarez, 1996: 519). Esta misión providencialista estará respaldada por el influjo del pensamiento contrarreformista en España y la llamada *philosophia Christi*, en la que se concibe la humanidad como un cuerpo espiritual cuya cabeza es Cristo. En 1503, Erasmo de Rotterdam había publicado el *Enchiridion* o *Manual del caballero cristiano*, y en 1516 alumbró la *Institutio Princips Christiani*, dedicada a Carlos V, en donde exponía un modelo cristiano para la educación del príncipe, doctrina que se aplicó a la educación política de Felipe II. La Monarquía, por tanto no era sólo un sistema de gobierno, sino que además era espejo del poder celestial «nam et superbia celsitudinem imitatur» (san Agustín, *Las Confesiones*, VI, p. 122). Este carácter mesiánico del Rey Católico encarnado en la figura de Carlos V y su magno imperio fue lo que hizo que ciertos pensadores de corte erasmista hubieran concebido factible «una triple maravilla: un césar, Carlos V, regulador de un imperio mundial, guiado por la estrella de la paz cristiana, que a todos los aunara en el mismo redil, e inspirado en una idea cristiana, definida e irradiada por Erasmo, que alumbrara las conciencias interiores, bajo el signo grandioso de la renovada Iglesia de Cristo» (Castro, 1981: 28). Por lo tanto, en el Quinientos, la historia de España va a continuar ligada inevitablemente a la Iglesia católica: su existencia y su razón de ser se fundamentaba en la religión católica. «Conservar la Monarquía era conservar la religión» (Martín Polín, 2002: 48). Consecuencia de esta visión providencialista e imperialista es la que la sociedad, y en concreto, los soldados, tenían de sí mismos como pueblo escogido:

> Y pues en esta edad ha hecho Dios nuestro señor tanta merced a los reinos de España y a la gente nacida en ella, en cargar sobre sus brazos y hombros su santa fe católica, justo es que por nuestra parte hagamos lo que de obligación debemos y creamos cierto que nos tiene señalados para defensores suyos y castigo de sus enemigos, que tales son aquellos que son fuera de la obediencia del Sumo Pontífice Romano, vicario y cabeza de su santa Iglesia (Isaba, *Cuerpo enfermo*, p. 232).

Los españoles del siglo XVI se sentían como la nación elegida por Dios para proteger la fe y preservar la ortodoxia: «La misión era considerada superior a la realizada por los romanos […] conduciendo a una forma de vida civilizada y cristiana (ambas cosas eran consideradas sinónimas) a todas aquellas gentes ignorantes» (Eliott, 2007: 29). De igual modo lo expresaba Álava y Viamont en su tratado *El Perfecto Capitán* en 1589: «La monarquía de España, que es la que sustenta la carga del orbe que está para caer y la que ha de resistir sola a los enemigos de Dios y de su Religión» (p. 42). La defensa de la religión cristiana era, para la Monarquía Hispánica, una cuestión de justicia, por los bienes que la providencia le había otorgado en los últimos siglos: «De manera que rey y nación, vista y mirada con tan malos ojos de tantos y, en esta edad, tan defensora de la Iglesia, es menester que vivan con mucha vigilancia y cuidado y para esto, pues que en España nuestro Señor nos hace tan grandísimas y señaladas mercedes […]» (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 217). La confesionalidad católica se erigía como el fundamento de la milicia española. El ideal religioso del monarca era descrito en los doctrinales militares de la época: «Carlo, el qual, por las grandes guerras que hizo en defension y acrecentamiento de la sancta fe de Iesu Christo y de su sancta yglesia Romana, merecio el Magno y el titulo de Christianissmo» (Scarion de Pavia, *Doctrina militar*, ff. 4r-4v). Esta presencia latente de la religiosidad cristiana marcó el siglo XVI español, pues ciertos logros, como la conquista del Nuevo Mundo, señala Eliott, sólo son comprensibles «dentro del contexto de las preocupaciones espirituales de la cristiandad de finales del siglo XV y principios del XVI, en particular en la península Ibérica» (2006: 117).

La concepción misional del estado se reveló consustancial en la formación y fin del ejército en la Península Ibérica: «El carácter de instrumento divino que tenía la Monarquía hispana implicaba una concepción beligerante de las relaciones internacionales, fruto de la incompatibilidad entre los enemigos de la Iglesia Católica» (Castillo Cáceres, 1993: 138). Frente a la Revolución Militar que se había dado en toda Europa, el ejército español tenía una peculiaridad que se derivaba del fin providencialista y metafísico que la configuraba: el servicio a Dios. La dimensión religiosa del hombre era lo que dotaba de sentido y confesionalidad a todo el ejército español:

> Religioso-confesionales porque sólo en el seno de una Iglesia, la católica, cobraba sentido su dimensión temporal, y universales, porque su fin último no era otro que ser instrumento

> de un plan providencial que alcanzaba a todo el orbe, la salvación de los hombres. Su fin era entonces metafísico, no físico o temporal, no por tanto político. Sólo así podía corresponder a una comunidad que antes que política era religiosa, cualidad que hacía de sus miembros «católicos antes que ciudadanos», *homo religiosus* frente a *homo civis* (Martín Polín, 2002: 40).

En la mayoría de los ejércitos cristianos modernos, el servicio al rey implicaba un servicio a Dios: «auténtico eje vertebrador de un código ideológico fuertemente sacralizado, en la que la obediencia y la disciplina requeridas en el seno de las instituciones militares siempre se entendían en relación al ser supremo, a Dios» (Andújar Castillo, 1999: 137). Bernardino de Escalante manifestaba claramente dónde debían enraizarse los valores y acciones de los soldados españoles que aspiraban alcanzar la gloria en la lucha: «para que el soldado, que aspira a esta gloria, pueda con buenos medios alcanzarla, conviene que se funde su valerosa determinación en la defensa de la religión Cristiana, y del honor de su Príncipe, y salud de la patria, y que desde luego entienda el arte que quiere profesar, y a lo que está obligado para conseguirla» (*Diálogos del arte militar*, III, p. 140). De ahí que Salazar mencione el número de religiosos que acompañaban a las tropas españolas: «Lo que resulta excepcional del ejército hispano respecto a otros es el elevado número de capellanes en el mismo, cosa que tampoco es sorprendente dado que los soldados se alistaban en defensa de la religión antes que de otra patria, algo que ya no debe extrañarnos expuesta la percepción del mundo castellana» (*Tratado de Re militari*, p. 89).

Esta visión divina y providencialista mitificó la milicia española como la más perfecta de todas, no a causa de los soldados y las cualidades que poseían, sino por su sentido teológico que dignificaba la conciencia cristina (Gárate Córdoba, 1997: 317) y los favores que la fortuna (providencia) le concedía.

2. DE *RE MILITARI* EN LA TRATADÍSTICA MILITAR ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO

1. LA TRATADÍSTICA MILITAR DE LOS SIGLOS XVI Y XVII EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

La omnipresencia de la guerra en la sociedad española del siglo XVI invadió las letras produciendo una nueva imagen cultural de la milicia y del soldado en base a tres contribuciones: ideológicas, culturales y retóricas (Verrier, 2000: 32). Fréderique Verrier ha denominado este proceso cultural (acaecido a finales del siglo XV y principios del XVI) en donde se da «l'application des valeurs humanistes au contexte militaire, un processus d'acculturation entre la *res militaris* et la *forma mentis* humaniste» (1997: 32) como "Humanismo militar". A finales del siglo XVI, los valores caballerescos acuñados en un contexto militar medieval enraizado en el honor y la fidelidad, resultaban obsoletos y marginados a los ilegítimos duelos [35] (1997: 32). El "humanismo militar", en su intento de prolongar los valores caballerescos que durante siglos habían sido un eficaz *instrumentum regni* (Puddu, 1982: 49), sirvió de enlace entre la Antigüedad y el universo caballeresco (Del Río Nogueras, 2010: 187) convirtiéndose, a través de las plumas de los soldados e intelectuales, en un vehículo de transmisión de estos nuevos valores nacidos a causa de la transformación científica de la guerra. A diferencia de la Edad Media, cuando la función guerrera estaba asociada al noble linaje heredado, este humanismo promovía una concepción de la milicia voluntarista y democrática «selon laquelle en tout homme il y a virtuellement un soldat. La vocation guerrière de l'homme n'est pas inscrite dans ses origines, mais dans son histoire : l'homme ne naît pas soldat, il le devient» (1997: 151). Cultura y guerra se reconcilian, añade Verrier, gracias a este humanismo militar en el que se propone una distracción estética de la guerra y los soldados (1997: 242).

[35] El desarrollo de la moralidad de los combates condenó tajantemente la práctica del duelo por considerar la batalla ilícita al ser consecuencia de una ofensa al orgullo o a la soberbia (pecado capital) (Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, I, p. 46). De ahí que, por ejemplo, la Iglesia Católica prohibiera dar sepultura a quienes muriesen de esta forma, como explica Jiménez de Urrea: «Testimonio y certeza de esto es que la Iglesia Católica manda que no se entierre en sagrado el cuerpo del que muriese en tales combates, sino en el campo, entre los huesos de los brutos animales, a quienes, con tanta ignorancia, se quiso asemejar. Así que el buen caballero debe buscar el verdadero premio y triunfo siguiendo la gentileza de la caballería y la honra militar, que es ser virtuoso y obediente a las leyes, y de esta manera será adornado de mayor gloria y alto triunfo que aquel suntuoso que alcanzaron los antiguos en sus vanas glorias e impertinencias» (I, p. 46).

Desde la Antigüedad, los grandes imperios de occidente, poseedores de ejércitos con necesidades de organización y mantenimiento, se habían ocupado de teorizar sobre el arte militar. Con la institución de la caballería en la Alta Edad Media como entidad defensiva oficial, los tratados de arte militar redujeron el aspecto técnico centrándose en el componente moral[36]. La principal táctica medieval consistía frecuentemente en el ataque de la caballería «mediante sucesivas ondas de jinetes alineados, y en el choque violento con la línea de jinetes enemigos» (Campillo, 2008: 29), recayendo el éxito de la misma en dos factores: la preparación técnica (que no era otra que las cualidades del caballero y su adiestramiento individualizado) y la condición moral de los combatientes (2008: 31). Durante tres siglos los tratados militares dedicados a la institución y regulación de la caballería medieval más que tratados técnicos, fueron tratados de moralidad, entre los que destacan el *Libro de la cavallería,* (anónimo), el *Llibre de l'orde de cavallería* (1275) de Ramón Llull, el *Libro del cavallero et del escudero* (1326) de don Juan Manuel, *Doctrinal de los caballeros* (hacia 1444) de Alonso de Cartagena, *De perfectione militaris triumphi* (1459) de Alfonso de Palencia, y el *Manual del caballero cristiano* (1503) de Erasmo de Rotterdam.

La publicación de tratados militares modernos resucitó con la publicación *Dell'arte della Guerra* de Maquiavelo en 1521, que llegaría a la Península mediante la traducción y adaptación realizada por Diego Salazar quince años más tarde en su obra *Tratado de re militari* (1536). Es fácil percibir la distancia entre los tratados medievales y los renacentistas. *Dell'arte della Guerra* supuso una transformación en la concepción del arte militar debido, entre otros muchos factores, a la gran difusión que tuvo a lo largo del siglo XVI, entre las que se contabilizan 21 ediciones y traducciones al francés, alemán, inglés y latín (Paret, 1992: 38). Maquiavelo volvía la mirada a la sociedad romana y la configuración de su ejército, para proponer una actualización del soldado y de su código ético. «¿En qué cosas querríais imitar a los antiguos?» (*El arte de la guerra*, p. 101), pregunta al comienzo uno de sus personajes. «En honrar y premiar la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militares…» (p. 101), contestaba Fabrizio en el mismo diálogo. La aparición de la obra maquiaveliana supuso la desaparición simbólico-religiosa del caballero, las armas y la batalla. Desde ese momento, los libros de guerra analizaron sistemáticamente todos los aspectos relacionados con la misma:

[36] Lo que explica que algunos de ellos hayan sido escritos por clérigos, como Ramón Llull.

«logística, táctica, formación de escuadrones, asedio y defensa de plazas, es decir, poliorcética, las características ideales –tanto físicas como morales– de oficiales y soldados...» (Espino López, 2001: 25). Focalizando la atención más allá de la figura del soldado, las obras militares se centraron «en el análisis de la composición y naturaleza misma del ejército modélico» (Sáenz Herero, 2012: 62). Desde entonces, y hasta finales del siglo XVII, serán centenares los tratados militares que se publiquen en español sobre diferentes aspectos del *re militari* que se consolida como un tema de interés propio. La percepción de los soldados como hombres armados con unas herramientas poseedoras de una eficacia técnica y táctica obligarán al tratadista a desarrollar los métodos más efectivos para su mejor uso en un posible confrontamiento formulando un conjunto de principios militares.

Los principios del Arte Militar son, según Rojo, «ciertas verdades o ideas fundamentales que arrancan de la Filosofía de la Guerra, y que la Historia comprueba reiteradamente, que vienen rigiendo de manera permanente e invariable las acciones victoriosas en la lucha entre los pueblos» (1988: 67), y responden, asimismo, a tres condiciones: arrancan de la Filosofía de la Guerra, se hallan en las mejores obras de los Grandes Capitanes y se revelan en las victorias de los hechos históricos (p. 67). Hay tres principios que subyacen a toda teoría y doctrina militar: la voluntad de vencer, la acción de conjunto y el efecto sorpresa, y de ellos derivan el resto de principios (p. 76). La voluntad de vencer es para Rojo el regulador de la acción moral y es independiente del resto de factores que afectan al desarrollo de la guerra; la acción de conjunto recuerda que la guerra no es únicamente la lucha de dos fuerzas morales; y el principio de la sorpresa se manifiesta en su doble vertiente: sorprender y no ser sorprendido. Cada uno de los principios fundamentales admite diversas modalidades de realización (p. 78) según las circunstancias concretas. El primer conjunto de principios militares es el de Vegecio y, su desarrollo y adecuación en la tratadística renacentista es lo que permite identificar a los grandes capitanes de las obras épicas que nos conciernen.

Un ejemplo representativo de esta nueva visión práctica de la batalla fueron los primeros manuscritos gráficos instructivos en el manejo del arte de la espada en el combate cuerpo a cuerpo. A medida que la táctica y la artillería se desarrollaban, «la pasión por la esgrima se desató entre la nobleza europea» (Valladares, 1999: 179) como vestigio de la decadente aristocracia todavía perteneciente a las tropas reales. En 1467

Hans Talhoffer publicaba en Alemania el primer tratado o manual de combate ilustrado, *Fechtbuch*[37] *del maestro de esgrima* desarrollando las posiciones de ataque y defensa en el combate cuerpo a cuerpo con diferentes armas y armaduras, tanto a pie como a caballo, y que influiría en otras obras del siglo XVI, como el *Libro de esgrima*[38] (aproximadamente de 1512), también escrito en Alemania.

Pese a la influencia y divulgación que tuvo la obra de Maquiavelo, más que un tratado de militar, se trataba de una obra de marcado carácter político en donde intentaba definir la óptima organización política de las sociedades (la República) y su asentamiento en el cultivo de la virtud (la actividad virtuosa por excelencia desde la Antigüedad: el ejercicio militar). Para Maquiavelo, tanto en los *Discorsi* como en el *Arte de la guerra*, el término *virtú* es entendido de dos maneras: en su acepción aristotélica moral como hábito para alcanzar el bien, y en su acepción cívica mediante la que se construye la polis, «la disposición para hacer lo necesario por el bien de la patria» (Botella, 2000: 37). La obra es por tanto intitulada como "arte" militar porque, contraponiéndose a la moral caballeresca del medievo (asentada en el valor y la fortaleza individual de los caballeros), la guerra moderna poseía, dado su carácter técnico, un carácter científico-técnico que requería un aprendizaje:

> Al modo de hacer la guerra llaman arte, porque consiste en acciones que enseña la diciplina militar con especulacion y consulta, por quien son encaminadas las ejecuciones. Es pericia ciencia con experiencia para gobernarse en la guerra, cierta especie de prudencia del que obra en ella, para vencer los enemigos encaminada, y al bien comun y civil. Desto consta su institución, como las leyes miran á él, la milicia á la defensa y honor de aquel en cuyo nombre se hace. Nace de las enseñanzas ajenas, letura de historias, tratados políticos y de guerra, relaciones de sus hechos, y principalmente de la experiencia (Cabrera Córdoba, *Historia de Felipe II, Rey de España*, p. 2).

La nueva jerarquización del ejército, fruto de la Revolución militar, dividió a los hombres de armas en dos subgrupos: los soldados, cuyo ejercicio era la guerra, y los capitanes (u hombres de mando) de quienes se esperaba un elevado conocimiento del arte

[37] Las imágenes seleccionadas al respecto para ilustrar el arte del manejo de la espada en el siglo XV pueden observarse en el apéndice H. En el tratado aparece una descripción minuciosa en imágenes del empleo de varias armas ofensivas, además de la espada, como las mazas y las lanzas, tanto a pie como a caballo. De igual manera aparece reflejado el uso de armas defensivas como los escudos.

[38] Las imágenes pertenecientes a esta obra pueden observarse en el apéndice I. El autor escogió representar a los soldados enfrentados tanto armados enteramente a la manera antigua y combatiendo con las espadas, como en escenas entresacadas de posibles entrenamientos (en las que los caballeros aparecen sin armadura) posiblemente con la finalidad de mostrar las zonas en las que se debe herir a los soldados para producir las lesiones de mayor gravedad.

militar (Verrier, 1997: 151). A partir de mediados del siglo XVI, un nuevo género de obras inundará las imprentas de toda Europa con una finalidad eminentemente didáctica que satisfaga esta necesidad: los tratados militares. La jerarquización meritocrática de la milicia, la especialización técnica fruto de la extensión del uso de la artillería y la necesidad de una organización estructural y moral de las nuevas masas de infantería configuraron un nuevo arte militar que era posible adquirir y mejorar, mediante las dos vías de conocimiento: la teórica (lectura de obras relacionadas con la materia) y la práctica (experiencia guerrera):

> La lectura no lo es todo, es necesaria la experiencia: Pues que cuando sienta el rumor de las armas, la confusión de todos, el estruendo de la escaramuza y artillería, el vocerío y gritos en muchas partes y que a todas con prudencia maravillosa y presteza increíble haya de acudir a dar remedio: cierto el tal aunque haya leído las reglas de Vegecio, y oraciones de Tucídices, es imposible en tan arrebatada presteza sepa ni entienda en tal ocasión lo que toca a su oficio, como lo entenderá el experto, resoluto, experimentado ministro (Barroso, *Teórica, práctica y exemplos*, p. 245).

En España, la tratadística militar alcanzó su esplendor a lo largo de los siglos XVI y XVII con la publicación de hasta 236 títulos según Espino López de los cuales «quince se publican entre 1510-1550, otros cincuenta y siete de 1551-1600, noventa y dos más de 1601-1650 y, por último, setenta y dos de 1651-1700» (2001: 403), o dicho de otro modo, «en el Quinientos se editan setenta y dos títulos (30,5%) y en el Seiscientos ciento sesenta y cuatro (69,5%)» (2001: 403). Sólo en España y en Flandes entre los años 1567 y 1621 se publicaron cerca de sesenta tratados militares (Vilà, 2014: 131). El análisis de los tratados militares españoles ha sido estudiado generalmente[39] desde una perspectiva histórico-militar y con el objetivo primordial de establecer una clasificación de dichos tratados en función de su enfoque teórico-práctico. Solo Raffaele Puddu (1982) ha ofrecido una nueva lectura de éstos en clave sociológica y cultural interesante para el estudio de la representación literaria de la guerra y del soldado.

Siguiendo los presupuestos establecidos por Vicenzo Giuffrè (1974) al clasificar los tratados de la Antigüedad, existen dos perspectivas desde las que abordar el estudio de la materia referida a la *re militari*: el *ars militaris*, centrado en el elemento estratégico-

[39] Para profundizar en la clasificación de la tratadística militar renacentista véase Antonio Espino López (2001), Ester Merino Peral (2002) y Ricardo González Castrillo (2002).

táctico, y el *ius militaris*, cuyo objeto de estudio recae en el comportamiento de los soldados.

> El *ars militaris*, es decir, la técnica militar, consta de todos aquellos elementos que son precisos para que la acción militar tenga éxito y alcance un cumplimiento satisfactorio, y por tanto aglutina el estudio y la instrucción de la estratégica y de la táctica, la precia en el manejo de las armas, el reclutamiento de los soldados, la ingeniería militar, el entrenamiento físico y psíquico de los soldados, la higiene y la construcción de los campamentos militares […] El *ius militare* consiste en primera instancia en la correcta ejecución de las órdenes impartidas para cumplir la acción militar, pero también supone la asunción por parte de todos los integrantes del ejército de un código de comportamiento en la esfera militar que regula las relaciones entre los distintos miembros y jerarquías militares, las infracciones y patrones de conducta no permitidos en esa esfera y los méritos y premios que recompensan la actitud correcta en el ejercicio del deber militar (Giuffrè, 1974 en Paniagua Aguilar, 2006: 64).

Estas dos perspectivas completamente diferenciadas en la Antigüedad se van a entremezclar en los tratados modernos españoles confluyendo generalmente en la descripción de modelos militares perfectos a nivel tanto estratégico-técnico como moral, pues la reforma física del arte de la guerra llevaba aparejada una reforma moral de la sociedad y de los guerreros (Campillo, 2008).

No se trata de proponer aquí un estudio histórico-bibliográfico completo de todas las obras que se publicaron entre 1500 y 1700 en castellano sobre los variados aspectos inherentes a la *re militari* —cifradas en 236 títulos entre 1510 y 1700 (Espino López, 2006: 14)— pero sí de dar cuenta de los títulos más relevantes y difundidos que conformaron de manera teórica la nueva milicia. Entre los tratados más significativos del siglo XVI que otorgaban al lector una visión global de la milicia desde sus orígenes y fundamentos hasta los cuerpos que la conforman es preciso mencionar obras como *Diálogos del Arte Militar* (1535), de Bernardino de Escalante; *Tratado de Re Militari* (1536) de Diego de Salazar; *Instrucción y Regimiento de Guerra* (1537), de Diego Montes; *Diálogos de la vida del soldado* (1552), de Diego Núñez de Alba; *Diálogo del soldado* (1555), de Francisco de Mexía; *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566), de Jiménez de Urrea; *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado* (1568), de Sancho de Londoño; *Nuevo tratado y compendio de Re Militari* (1569), de Luis Gutiérrez de la Vega; *Caballería cristiana* (1570), de Jaime de Alcalá; *Diálogos militares* (1583), de García de Palacio; *Diálogos del arte militar* (1583) de Bernardino de Escalante; *Espejo y disciplina militar* (1589), de Francisco de Valdés, y

Discurso y regla militar (1595), de Martín de Eguiluz; *Avisos para soldados* (1597) de Francisco Antonio; *Doctrina militar* (1598) de Scarión de Pavía y *Sumario de la milicia antigua y moderna* (1607) de Cristóbal de Rojas.

Junto a estos tratados descriptivos, sobresale por la novedad de su enfoque: el *Cuerpo enfermo de la milicia* (1594), compuesto por Marcos de Isaba. Su objetivo, como expresa el autor en el prólogo al lector, no es otro sino denunciar los vicios de la soldadesca patria para corregirlos: «ver enmienda en esta milicia, y decir lo que de ella entiendo, pues tantos años me he criado en ella, y como fuera de provecho, un golpe de esta infantería, para aumentar el servicio de nuestro Rey, reformándola de lo que no fuere bueno y allegándola a lo mejor y con suficientes razones diré en no ser gasto de la hacienda sino de sustentarla» (p. 49). El objetivo de la tratadística militar no era describir la realidad de las milicias, sino realizar una propuesta acerca de cómo debería ser en realidad (Espino López, 2001: 414). En los prólogos, los soldados pláticos apenas hacen referencia a la situación real de la infantería española[40], sino que recogen toda una preceptiva, enumerada en forma de reglas o avisos, para que los lectores reconozcan el modelo ideal de funcionamiento de la milicia.

Si bien a lo largo del siglo XVII tratados de carácter globalizante continuaron apareciendo: *Teórica, práctica y exemplos* (1628) de Bernardino Barroso; *Política militar* (1638) de Francisco Manuel de Melo; *Destierro de ignorancias de todo género de soldados de infantería* (1639) de Antonio Gallo; *Discurso militar. Propónense algunos inconvenientes de la Milicia de estos tiempos, y su reparo* (1653) del Marqués de Aytona, y *Política Militar de Príncipes* (1680), de Juan Baños de Velasco y Acevedo, la mayoría de ellos fueron compuestos en la segunda mitad del siglo XVI, momento en que la Revolución militar había culminado y se requerían de manera imperiosa unas directrices que regularan y conformaran los nuevos ejércitos derivados directamente de la Corona española, a cuyo servicio estaban mayoritariamente, a muchos kilómetros de distancia.

Además de los tratados generalistas, se compusieron obras de carácter puramente doctrinal, centradas en un determinado grado de la jerarquía militar, con las miras puestas

[40] Las únicas quejas del declive moral y técnico que acarrea la milicia española en el siglo XVI son las pronunciadas por Jiménez de Urrea en el prólogo a *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566) y la de Sancho de Londoño en *Cuerpo enfermo de la milicia española* (1568).

en detallar su correcto desempeño, como el *Arte Militar en que se declara el oficio de Sargento Mayor* (1582), de Juan de Funes; *El perfecto capitán* (1589), de Diego de Álava y Viamont, o la *Theórica y práctica de guerra* (1595), de Bernardino de Mendoza. Del mismo modo, a pesar de la desaparición de la caballería pesada, la proliferación de la caballería ligera y la invención del estribo hizo necesaria una instrucción a los jinetes, de ahí la multiplicación de tratados de la gineta, sirviendo de ejemplo aquí el de Francisco de Céspedes y Velasco, *Tratado de la gineta provechoso y breve* (1609) en donde se expone la forma de montar a caballo con estribos y frenos, las posturas de las manos y pies y las diferentes marchas de galope. La misma evolución sufrirían los libros dedicados a la técnica artillera, cuya complejidad aumentó notoriamente[41].

Espino López (2001: 411) propone una clasificación de la tratadística de militar de los siglos XVI y XVII a partir de su temática. Las disciplinas más técnicas, ya sea la artillería o la fortificación, son las menos numerosas constituyendo aproximadamente un 10% y un 9,3% respectivamente frente a la publicación de los tratados técnicos armamentísticos (14, 8%), y fundamentalmente los de esgrima, que gozaron de gran éxito. La aparente contradicción entre el desarrollo de la artillería de fuego y su plasmación teórica en los tratados militares y el éxito de los libros de esgrima queda resuelta por la ideología caballeresca todavía vigente en el siglo XVI en la cual el soldado adquiere honor en la batalla mediante la lucha cuerpo a cuerpo y que aparecerá descrita magistralmente en los poemas épicos.

Si los tratados técnicos abundaron hacia finales del siglo XVI, fueron menos los relativos a la legislación militar. Espino López recoge únicamente once títulos, equivalentes al 4,6%, a los que añade los tratados sobre los duelos, que apenas alcanzan la docena de títulos (4,2%). En cambio, sobre la jurisdicción eclesiástica militar y vida religiosa del soldado se han recogido al menos diecinueve títulos (8%), y sobre pensamientos político-militares menciona seis títulos (2,5%), sin contar los textos dedicados a la educación de aristócratas y príncipes que son otro corpus extensamente cultivado.

[41] Uno de los primeros libros de artillería que recogen ilustraciones de las diferentes máquinas de artillería que se conservan es el de Maximiliano. Véase en el apéndice J.

De mayor interés para este estudio resultan aquellas obras que se centraron en el *ius militaris* y que nos ayudan a configurar una ética propia del soldado quinientista, no sólo por la descripción de las virtudes y cualidades que debía poseer el buen soldado, sino por la religiosidad y *pietas* que debían caracterizarlo, elementos ambos inherentes en aquel momento a las tropas españolas, concebidas como se ha mencionado como una extensión del divino poder del rey Carlos V, y cuya misión entendida de manera sacralizada les otorgaba una peculiaridad e unicidad frente al resto de ejércitos europeos. Las obras militares dedicadas a la descripción de conductas morales y éticas de los soldados fueron muy numerosas a finales del siglo XVI y fundamentalmente a comienzos de 1600 cuando la práctica caballeresca había quedado totalmente en desuso y las desilusiones de los soldados ante las decepciones de la vida militar invadían las filas de los escuadrones. Encontramos obras como *Diálogo del soldado* (1555) de Francisco de Mexía; *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566) de Jerónimo Jiménez de Urrea; *Cavalleria Christiana* (1570) de Fray Jaime de Alcalá; *Diálogos militares* (1583) de Diego García de Palacio; *Diálogo de la vida del soldado* (1589) de Diego Núñez de Alba; *Espejo y disciplina militar* (1596) de Francisco de Valdés; *Compendio de Filosofía y destreza de las armas* (1612) de Gerónimo de Carranza; *Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia* (1614), de Francisco Núñez de Velasco; *El buen soldado católico, y sus obligaciones* (1642) de Alonso de Andrade y *Católico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados* (1650) de Juan Bautista Gil de Velasco.

Hacia la década de los años 70 el declive moral de las tropas españolas era una realidad visible dentro y fuera de España. Por eso no es casualidad que a partir de 1590 los tratados militares adquieran un mayor tono confesional (católico) mediante el que se pretende «volver a cristianizar al soldado» (Espino López, 2001: 539-540). La omisión de dichas enseñanzas religiosas en la tratadística anterior a estos años no responde tanto a una realidad ausente como a una colectividad de valores compartida tan fuertemente arraigada que era innecesario poner por escrito[42].

Un único tratado militar se ocupó de la lucha en el Nuevo Mundo, *Milicia de las Indias* (1599) de Vargas Machuca y cuya originalidad reside precisamente en la atención prestada a la forma de combatir de los indígenas y «nell'elaborazione di un'arte della

[42] Los valores de la caballería (honor y fidelidad) que perduraron hasta 1550 en el imaginario colectivo se sustentaban en valores religiosos y, por lo tanto, no era necesario especificarlos en la tratadística moderna.

guerra coloniale nata dall'integrazione tra alcuni fattori tecnici recati d'oltremare e guerriglia tribale» (Puddu, 2000: 47).

La peculiar forma de combatir y huir de los indígenas es manifestada por Vargas Machuca prestando atención a la fortaleza que poseen ante las adversidades y a dos flaquezas tácticas: el desbaratamiento en las retiradas:

> Es gente que en las guerras, y guarauras que tienen, si començan a huyr, se desbaratan con facilidad, sin esperança de remedio alguno para poderse tornar a reformar, recoger y fortalecer. Tambien es gente que si reconocen la victoria, no tiene el mundo guerreros que mejor la sigan, porque sin comer ni descansar, siguen un alcance, tres y quatro días, sustentándose solamente de una Coca que mascan. Todas sus peleas son fundadas en trayciones, sino es quando representan Guazabara, que nuestro castellano llama batalla, que confiados en la fuerça de su gente, y en la comodidad del sitio, viene a campo abierto, dexando quando entran en ella, hecha, y reconocida la huyda: y lo mismo guardan en las emboscadas y assaltos, porque si esta prevencion, no es gente que se aventura, aunque mas preciso sea el caso y ocasión (I, ff. 4r-4v).

Desde el comienzo de su obra, la originalidad del entorno y los sujetos de la guerra condicionan la nueva manera de guerrear que deben adoptar los españoles para alcanzar la victoria: «Las guerras tambien tendrán diferente modo y practica, quanto fueren diferentes las tierras, las gentes, los animos, y las armas con que pelearen a su invención» (I, f. 2r). Vargas Machuca dedica largos pasajes a la descripción de las armas que portaban los indios y que diferían de las que utilizaban los soldados en Europa, siendo la principal, la lanza (III, p. 140v):

> En las partes de Indias usaron al principio ballestas, contas, y coraças, y pocos arcabuzes, tambien rodelas: y ahora en este tiempo con la larga experiencia, reconociendo la mejor arma y mas provechosa usan escopetas, sayos de armas hechos de algodón, y rodelas; y los de acavallo lanças, y en algunas partes cotas y cueras de ante, y sobrevistas de malla. Los unos y los otros usan trompetas. Estas armas, assi de a pie como de a cavallo, los acomodan a la furia y arma del Indio, a la aspereza o llanura de la tierra, al calor, o al frío, y conforme a la invención con que pelea el Indio: assi reparten y forman su gente, y campo (como adelante se dira) procurando andar con el movimiento del Indio, porque es tan vario que de una provincia a otra, y de un valle a otro, sin intervenir diez leguas de latitud, o longitud, hallan nuevo modo de armas, a cuya causa conviene variar tambien nuestros Españoles […] Los Indios, assi antiguamente, como en nuestros tiempos, han usado y usan lanças de treynta palmos, son de Palma, tostadas las puntas, y en la dureza no se haze diferencia a un huesso. Otras usan de hierros que han ganados y rescatado a nuestros Españoles, cosa bien digna de castigo exemplar, que casi es traycion, o especie della, porque aunque se rescataran a Indios de paz, y con tanto intento, son araduzes por donde passan las manos de los enemigos, con los quales ya quitado muchas vidas a los nuestros (cosa en que se devria mirar, y poner remedio en ello, para no lo hazer, y los Governadores para lo castigar). Usan tambien unas macanas, como montantes o espadas de mano y media, son de Palmas, y jueganlas a dos manos. Usan las flechas con puntas de pedernal, y puas de Rayas, que

> son muy enconosas; y otras con puntas de Palma enervadas con yerva de veynte y quatro horas. Dar dos, y Rodelas, morriones, y coseletes de cuero de toro. Desto solo usan los de Chile. Otros Indios usan la cerbatana con saetas de yerva. Otros estolicas, y tiraderas, puas, estacones, hoyos, trampas, galgas, y puentes falsas. Usan tambien hondas, esta es arma dañosa, dan emboscadas muy a menudo: quando acometen dan grandes hozes y alaridos» (I, ff. 2v-3v).

La cualidad de las tropas como sujetos ajenos a la corona española determinará la organización jerárquica, económica y militar de las mismas en base a la figura del caudillo, máximo responsable: «Pues en esta milicia el Principe no haze el gasto, porque el Capitan o Caudillo que a su cargo tomala ocasion el haze la gente, y la sustenta y paga, y avia de todo lo necessario previniendo armas, municiones, sin que intervengan pagadores reales» (I, ff. 5v-7r). Como en los viejos tercios se tratase, el caudillo delegará en otros hombres (considerados capitanes): «En la de Indias todo esta a cargo del caudillo, aunque es verdad nombra algunos oficiales, pero es propter forma, porque el govierna, castiga y compone y media» (I, f. 7r)

¿Por qué los tratados militares dedican pocos capítulos al elemento propio de la guerra, la estrategia?

«Dar forma a un ejército para poder presentar batalla al enemigo, y esperar de vencerla: el cual es el fin para que se ordena la milicia, y se pone en ella tanto estudio» (Salazar, *Re militari*, II, p. 140). A diferencia del arte militar, subyacente en todas las sociedades (por primitivas que sean), el arte de la guerra es siempre fruto de una civilización, de una evolución de la sociedad y del hombre porque, «siendo pasional el origen de la guerra, resulta racional su conducción» (Teixidó Martínez, 2001: 11). San Isidoro había recogido la distinción entre "batalla" y "guerra", así como las cuatro fases que se dan en ella:

> Differt autem bellum, pugna et proelium. Nam bellum Universum dicitur, ut Punicum. Huius partes sunt pugnae, ut Cannensis, Thermensis. Rursus in una pugna multa sunt proelia. Aliud enim in cornibus, aliud in media, aliud in extrema acie geritur. Bellum igitu est totum, pugna unius diei, proelium pars pugnae est. Bellum antea duellum vocatum eo quod duae sint partes dimicantium, vel quod alterum faciat victorem, alterum victum […] Quattuor (autem) in bello aguntur: pugna, fuga, Victoria, pax. Pacis vocabulum videtur a pacto sumptum» (*Etimologiae*, XVIII, I).

En contraste con el arte militar, el arte de la guerra únicamente puede ser estudiado mediante el conocimiento de casos concretos sucedidos en el pasado y del que se puedan

obtener conocimientos objetivos y tangibles. La estrategia, entre los siglos XVI y XVIII, consistía fundamentalmente en situar a los ejércitos en el campo de batalla (Teixidó Martínez, 2001: 131), lo que actualmente es considerado "estrategia operativa", es decir, un pensamiento teórico-práctico a medio camino entre lo propiamente estratégico (abstracto) y lo factual (táctico) (Fernández Sánchez-Barba, 1986: 22). Del mismo modo, Geoffrey Parker aduce que los tratados apenas hablan de las batallas porque a partir de 1559 España se vio envuelta en pocas guerras que necesitasen batallas a excepción de Nueva Galicia y Chile (1986: 131) donde los enfrentamientos, más que batallas, eran encuentros entre guerrillas, como lo atestigua la obra del veterano Bernardo Vargas Machuca, primer tratado militar que estudia el arte de la guerra en el Nuevo Mundo cuya originalidad radica en su forma de "manual de guerrilla" (Miguel Martínez, 2016: 129) en el que intenta adaptar las viejas formas de pelear a las nuevas circunstancias de la guerra. La obra describe la lucha en la selva con unidades operativas pequeñas (20 o 30 hombres) bajo el mando de un "caudillo" que posee conocimientos muy variados: militares, ingenieros, medicinales… y no es sorprendente, como recalca Geoffrey Parker, que el primer manual de guerrillas haya sido escrito por un español que luchó muchos años en la prolongada guerra de Chile (1986: 131).

Los tratados militares renacentistas expondrán unos principios militares estratégicos de inspiración táctica, es decir, aquellas que su resolución recae en las batallas decisivas, cuya orientación bidireccional se concreta bien en un orden de batalla que impida el orden de batalla del adversario -éxito estratégico-, bien en romper el orden enemigo -éxito táctico- (Fernández Sánchez-Barba, 1986: 22). Uno de los elementos determinantes en el éxito de las tropas fue la "geografía militar" (Parker, 1986: 131). Geografía y naturaleza del terreno mantenían una estrecha relación con la guerra influyendo decisivamente en el combate, y de su conocimiento dependía el resultado de las batallas, siendo las más comunes el asedio y la batalla campal (Teixidó Martínez, 2001: 132).

La geografía militar también afecta a todas las operaciones militares: marchar, alojar y combatir. Vegecio había mostrado su predisposición por los lugares elevados y despejados de elementos que impidieran la visibilidad del adversario (*De re* militari, III, xiii, p. 280). A este respecto, y aunque resulta posterior al período estudiado, es interesante la aproximación de la escuela prusiana a la afectación del terreno al fenómeno

de la guerra y a las operaciones militares. Tres formas son aceptadas por Clausewitz: como obstáculo que dificulta la aproximación de las tropas, como obstáculo que impide la visibilidad, y como protección frente al fuego enemigo (*De la guerra*, p. 519). De los tipos de terrenos en los que se puede dar una batalla, lo más sencillo es guerrear en las regiones llanas y algo cultivadas que sitúan en igualdad de condiciones a los combatientes. Pero se pueden dar variaciones del terreno que desequilibran la igualdad: orográficas, siendo las zonas montañosas preferibles en las batallas defensivas (una vez se ha alcanzado la cresta militar), y los valles para las ofensivas; y ecosistemáticas, con bosques o zonas pantanosas, que afectan al acceso y visibilidad de los combatiente; y las zonas cultivadas y agrícolas, que lo facilitan (*De la guerra*, pp. 150-152).

Aunque los tratadistas revisaron los principios del arte militar promulgados por Vegecio y Frontino, sus propuestas fueron más allá de la lectura técnica al proponer un nuevo código ético militar (Paret, 1992: 47) que rigiera la vida de los soldados tanto en los períodos de guerra, como en los de paz, promulgando de este modo un estilo de vida íntegro y total para los soldados del ejército cristiano español.

2. El soldado ideal del humanismo militar quinientista

La formación militar hispánica del Renacimiento derivó fundamentalmente de la tratadística militar romana, y concretamente de la obra de Flavio Vegecio Renato, *Epitoma rei militaris*, en la que dispone a lo largo de cuatro libros cómo los romanos se han declarado vencedores de todos los pueblos y las particularidades que los han llevado a ello. Si bien la obra de Vegecio fue traducida en el Renacimiento conociendo múltiples ediciones[43], en la Edad Media también era leída y estudiada por los caballeros. Prueba de ello es la recomendación que el caballero anciano le hace al novel en la obra de don Juan Manuel cuando éste le pregunta qué es la caballería: «si vos quisiéredes saber todo esto que me preguntastes de la cavallería conplidamente, leed un libro que fyzo un sabio que dizen Vejeçio et ý vos lo fallaredes todo» (*Libro del cavallero et del escudero*, XIX, p. 14). Los factores que habían permitido a los romanos someter a Occidente (adiestramiento de las armas, disciplina del campamento y experiencia militar) (Vegecio, I, p. 133) fueron adaptados a la realidad medieval, pese a las fricciones que surgieron «con un código

[43] Espino López (2001: 414) ha contabilizado 23 ediciones latinas entre 1473 y 1644 de la obra de Vegecio que, al igual que Frontino fue reeditado una veintena entre 1487 y 1690.

caballeresco que promovía el individualismo» (Durán Barceló, 1996: 45). Ejemplo de ello es la obediencia de los soldados traducida en la lealtad del vasallo a su señor.

Los tratadistas del Quinientos se revelan como conocedores de la obra latina vegeciana, no sólo como *topos* de autoridad, sino como conocedores de unos principios que necesitan ser revisados y actualizados. Los autores son conscientes de que la nueva milicia es herencia de las temidas legiones que engrandecieron el Imperio romano y, en consecuencia, cuanto más se asemejen a éstas, más eficaces serán en la lucha. La fidelidad a la preceptiva vegeciana se verá reforzada, más allá de las instrucciones tácticas, por la preferencia que muestra el latino por los hombres mediterráneos para la composición de un ejército (*laudatio* de la raza a la que pertenece), que coincidirá con la de los tratadistas españoles redundando en una alabanza hacia sí mismos. Ejemplo de ello son las palabras de Bernardino de Escalante mencionando la idoneidad de España (junto a Italia) para producir soldados fuertes « así los soldados se han de elegir de tierras templadas, que participan de los dos extremos, como España, e Italia, que discurren por un mismo Clima, y Paralelo, a do los hombres son por la mayor parte animosos, y sueltos, y de mucha discreción y consejo, bien proporcionados y de razonable disposición» (*Diálogos del arte militar*, III, p. 139).

Vegecio describe por primera vez en su *Epitoma rei militaris* las características físicas, sociales, y geográficas a tener en cuenta en la elección de los reclutas. Para el latino, una única clase de hombres es la adecuada para la guerra: hombres procedentes de zonas templadas donde el carácter no es ni excesivamente reflexivo ni pasional. Así lo describe en su primer capítulo:

> Dicen que todos los pueblos que se encuentran próximos al sol, resecados por el excesivo calor, poseen ciertamente una mayor capacidad intelectual pero tienen menos sangre y por ello carecen de la constancia y la confianza para luchar en combate cuerpo a cuerpo, pues temen las heridas porque son conscientes de tener poca sangre. En cambio los pueblos septentrionales, alejados de los rigores del sol, son más irreflexivos pero sin embargo como poseen una gran abundancia de sangre están siempre dispuestos para el combate. Así pues los reclutas deben ser elegidos de las zonas más templadas, de modo que tengan suficiente cantidad de sangre para menospreciar las heridas y la muerte y no están faltos de inteligencia, que mantiene la disciplina en el campamento y resulta de no poca utilidad para las decisiones que se adoptan durante el combate (*Epitoma*, I, p. 136).

Escogidas las naciones más propicias, los hombres más adecuados para el ejercicio de las armas son los que han sido criados en el campo y poseen unas costumbres

sacrificadas derivadas de la supervivencia a la naturaleza: «a cielo descubierto y en el esfuerzo, resistente al sol, despreocupado de la sombra, desconocedor de los baños, ignorante de refinamientos, de ánimo sencillo, complacido con poco, de cuerpo curtido para soportar cualquier esfuerzo y para quien manejar herramientas, cavar zanjas y llevar peso a cuestas es una costumbre adquirida en el campo» (I, p. 137). Sin embargo, si bien estos son preferibles, en caso de necesidad, Vegecio afirma que no deben despreciarse los hombres de la ciudad para el ejército pues, con entrenamiento, pueden ser adiestrados en el uso de las armas aunque antes deban acostumbrarse a otras tareas como «esforzarse, a hacer maniobras, a llevar peso y a soportar el sol y el polvo, a hacer uso de poco alimento y además campestre, y a acampar unas veces al raso y otras en tiendas de campaña» (I, p. 137).

Los postulados vegecianos acerca de la naturaleza guerrera de los hombres españoles fueron reproducidos por Alfonso X[44]: «La frontera de España es de natura caliente, e las cosas que nacen en ella son más gruesas e de más fuerte complexión que las de la tierra vieja; e por esto, los peones que andan con los adalides, e con los almocadenes en hecho de guerra, ha menester que sean hechos, e acostumbrados, e guiados al aire, e a los trabajos de la tierra» (, XXXII, p. 302), y más adelante, Salazar: «yo os diré que tomaría de los de las aldeas: pues con la disciplina, y ejercicio todos se hacen buenos guerreros, y aquellos son más humildes, y más dispuestos para el trabajo como más usados a él, y de todo se hablará en su lugar» (*Re militari*, V, p. 215). De igual manera Álava y Viamont preferirá hombres «carpinteros, herreros, canteros y otros semejantes» (*El Perfecto Capitán*, p. 119) para liderar las tropas.

En el aspecto concerniente a la edad de los soldados, el inicio de la adolescencia es el más propicio para comenzar la formación de los nuevos reclutas pues permite ejercitarlos física y mentalmente desde muy temprana edad:

> Nadie ignora que se debe ceñir la leva al inicio de la pubertad, pues se asimila no sólo más rápidamente sino también mejor lo que se aprende de niño. Además la agilidad militar, el salto y la carrera deben ejercitarse antes de que el cuerpo se vuelva perezoso con la edad. La rapidez es la que mediante el entrenamiento hace potente al guerrero. Hay que seleccionar a adolescentes, como dice Salustio, pues «tan pronto como los jóvenes podían

[44] Las múltiples referencias a Vegecio en las *Partidas* demuestran que el monarca conocía la obra del tratadista romano y, refuerzan los supuestos vínculos entre el caballero medieval y el *miles* romano (Fallows, 2006: 20).

> afrontar la guerra, aprendían en los campamentos la disciplina militar con el ejercicio (*Epitoma*, IV, p. 139).

Los mismos postulados siguen Álava y Viamont (*Perfecto Capitán*, p. 118), y Salazar (*Tratado de re militari*, I, p. 116), aunque éste limita la edad de reclutamiento en los dieciocho años en aquellas naciones en las que el ejército esté ya compuesto previamente y sólo se necesiten soldados nuevos para reforzar las tropas. Marcos de Isaba por el contrario, estableció la edad mínima en 20 años (*Cuerpo enfermo*, p. 149).

Los reclutas debían ser escogidos según un criterio que contemplaba su condición física y su aspecto, predominando por encima de cualquier otra cualidad, incluso de su estatura, la de la fuerza. De los dos tipos de hombres que Vegecio dice que podemos encontrar y que podríamos calificar globalmente de atléticos y no atléticos, señala firmemente que son los del primer grupo los que deben ser llamados a filas:

> Así pues el joven que se va a encomendar a la actividad marcial debe tener los ojos despiertos, cuello erguido, pecho ancho, hombros musculosos, brazos fuertes, dedos más bien largos, de vientre discreto, mago de nalgas y con pantorrillas y pies que no estén henchidos de excesiva carne sino contraídos por la firmeza de los músculos. Cuando detectes estas características en el recluta, no eches mucho en falta su estatura, pues es más útil que los soldados sean fuertes que grandes (*Epitoma*, V, p. 143).

La misma idea desarrolló Scarión de Pavía junto a otros muchos tratadistas (García de Palacio, *Diálogos* militares, f. 27v; Álava y Viamont, *Perfecto Capitán*, I, p. 118; Berrnardino Barroso, *Teórica, práctica y exemplos*, p. 133; Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 193) al referirse a la corporeidad de los hombres más adecuados para el combate añadiendo como cualidades indispensables la fuerza y ligereza:

> Las señales para conocer los mas ideoneas para este officio son los ojos vivos, y dispiertos, la cabeça derecha, el pecho alto, las espadas anchas, los braços largos, los dedos fuertes, el vientre pequeño, los muslos gruessos, las piernas delgadas, y los pies enxutos, las quales calidades eran muy convenibles a todos los hombres que comúnmente se pudiessen hallar, porque el hombre dese talle no podría faltar de ser ligero y fuerte, que son dos calidades, que en gran manera se requieren en un buen soldado (*Doctrina militar*, ff. 68v-69r).

El reclutamiento de hombres es siempre una cuestión decisiva para la formación del ejército pues de sus cualidades para la guerra dependen en gran parte los éxitos de la

milicia[45]. En el tratado político *El príncipe* (1532), Maquiavelo dedica dos capítulos a la defensa y milicia (XII-XIV). En ellos recomienda que los hombres escogidos para combatir deben pertenecer preferiblemente a la nación por la que pelean, pues las tropas mercenarias, como afirma Maquiavelo primeramente, causan mayor problema a la hora de ser disciplinadas dado que su única relación con el príncipe es económica, y cuando ésta falta, es fácil que deserten:

> Digo, pues, que las armas con las que un príncipe defiende su estado, o son propias o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias o auxiliares son inútiles y peligrosas; y si uno tiene su estado fundado sobre las armas mercenarias, jamás estará tranquilo y seguro; porque están desunidas, son ambiciosas, indisciplinadas, desleales, gallardas entre los amigos y entre los enemigos viles, ni temerosas de Dios ni leales con los hombres; y con ellas se retrasa la derrota en la medida en que se difiere el ataque; en la paz te despojan ellas y en la guerra el enemigo. Y todo eso porque no tienen otro interés ni otro motivo que las mantenga en el campo de batalla que una triste soldada, que no basta para que quieran morir por ti. Desean ser tus soldados mientras no declares la guerra, pero en cuanto estalla, no piensan más que en dejarte huir (*El príncipe*, p. 115).

Este comportamiento, no solo causa un gasto excesivo a la patria, sino que desprestigia al resto de infantes con su conducta:

> La táctica seguida por los mercenarios ha consistido, ante todo, en destruir el prestigio de la infantería para acrecentar así el suyo. […] Además de todo esto, se las habían ingeniado para evitar, tanto a sí mismos como a sus soldados, cualquier motivo de fatiga o temor, no matándose en combate y haciendo tan sólo prisioneros a los que liberaban sin rescate. De noche no atacaban las ciudades ni los de las ciudades atacaban los campamentos; no construían alrededor de los campamentos ni empalizadas ni fosos; no luchaban en invierno. Y todo esto estaba permitido en sus ordenanzas militares e inventando por ellos, como hemos dicho, para ahorrarse fatiga y peligros; y tanto han hecho, que han llevado a Italia a la esclavitud y al oprobio (pp. 120-121).

La mayoría de los tratadistas españoles abordaron la cuestión de los ejércitos mixtos debido al carácter híbrido que poseían las tropas españolas al combatir generalmente en el Quinientos apoyadas por otros ejércitos de la cristiandad. El ejército español estaba compuesto de hombres nacionales y de extranjeros o "mercenarios". El término "mercenario" no poseía una connotación despectiva o monetaria, sino que más bien, acogía a los hombres extranjeros, «algunos incluso con cierto sentido patriótico; otros,

[45] De ahí la preferencia que muestran algunos autores a la hora de conseguir combatientes mediante el sistema de reclutamiento en vez de las levas (Aytona, *Discurso militar*, V, p. 119-121) por la ventaja que supone el poder ejercitar la elección de los hombres.

más que los anteriores, albergaban fuertes convicciones religiosas que les daban una motivación distinta de la económica» (Pierson, 1994: 138).

La necesidad de combatientes de la corona española en el siglo XVI era una cuestión prioritaria y el gasto de millones de ducados en la composición de compañías lo corroboraba. La incorporación de hombres mercenarios en las filas españolas, según Isaba (que se lamenta del pago del rey a borgoñones, italianos y alemanes entre otros), era una solución temporal a la falta de hombres y, además, un desperdicio pues, entrenados y disciplinados, regresaban a sus países donde, reputadamente por haber servido con la infantería española, eran nombrados oficiales de alguna compañía. Por eso dice Isaba: «no se tiene la fidelidad ni esperanza que de los españoles, de manera que estas naciones extranjeras se puede decir sirven por la necesidad del tiempo, porque acomodadas las cosas de guerra con los reinos a quien se hace son pagados y despedidos, lo cual no es de la nación española, sino que entonces se señala y pone en el tercio y reino que ha de servir como cosa perpetua» (*Cuerpo enfermo de la milicia*, p. 142). Anteriormente, en 1521, Maquiavelo ya le había recomendado al príncipe que no reclutara capitanes mercenarios, ya fueran buenos hombres de armas o no. En el primer caso por la anteposición de sus intereses privados a los colectivos, y en el segundo, por ser en sí misma una nefasta decisión: «Los capitanes mercenarios, o son excelentes hombres de armas o no lo son: si lo son, no puedes fiarte de ellos, pues aspirarán siempre a su propia grandeza, o bien oprimiéndote a ti que eres su señor, o bien oprimiendo a otros en contra de tus intenciones; si no lo son y carecen de cualidades, lo natural será que causen tu ruina» (*El príncipe*, p. 117).

Pese a la necesidad de hombres, siempre se preferían aquellos que se presentaban voluntarios, pues se presuponía una mejor disposición anímica para las tareas (generalmente arduas) que debían acometer y para las que el pago de la "soldada" siempre era considerado insuficiente:

> Hay en los naturales otro inconveniente que es ir violentados: Sienten adónde van, lloran lo que dejan, se angustian considerando si volverán más allá y de este modo se huyen, se amilanan, no se ejercitan, no cuidan de sus armas, caen malos y a pocos días se mueren. […] Voluntarios pueden ser si les anima el premio, si les honran en la milicia, si no les falta el estipendio, si se les socorre con víveres para alimentarse (Baños de Velasco y Acevedo, *Política Militar de Príncipes*, IX, p. 263).

Llevado a cabo el reclutamiento, los tratadistas recalcan la necesidad de que los soldados no sean únicamente adecuados para la tarea física y racialmente, sino que, además, en las compañías es vital la presencia de ciertos soldados viejos, "pláticos", o en su defecto nobles que hayan crecido con una cierta instrucción militar:

> Mas conviene y es cosa necesaria para haver vitoria, que los capitanes y alférez de la infantería que el príncipe hiziere e criare, que sean hombres que hayan seguido la guerra cinco años o más tiempo. […] Si para hazer la gente no se hallaren tantos soldados viejos como sería menester, den los oficios de capitanes y alférez a hombres nobles que sean hijosdalgo, los que conoscieren que son más ábiles (Montes, *Instrucción*, I, p. 196).

Para Maquiavelo la instrucción militar comprende tres objetos: «uno, endurecer, el cuerpo, acostumbrarlo a sufrir las fatigas, aumentar su agilidad y su destreza; otro, enseñar al soldado el manejo de las armas; y otro, instruirle para que siempre ocupe el sitio que le corresponda en el ejército» (*Del arte de la guerra*, p. 132). Los soldados pláticos estaban muy bien considerados ente los oficiales de las tropas (y especialmente en los tercios) frente al grupo de soldados bisoños que formaron parte de la infantería española cosechando una desfavorable fama, y a los que era necesario disciplinar e instruir rápidamente en el arte militar. El único tratadista que aborda la instrucción militar y el ascenso meritocrático de una manera moderna es Isaba y para ello establece varias fases dependiendo de la edad del soldado y los conocimientos y experiencia que debe adquirir:

> El soldado viniendo a la guerra no se puede admitir en ella de menos edad que veinte años: los primeros cinco aprenda a tratar sus armas, hacer sus guardias, respetar sus oficiales, obedecer las órdenes, conservar los bandos: de veinte años de edad hasta veinticinco ya lo hemos hecho soldado, en estos cinco años procediendo bien y guardando la orden en la forma de hacer los oficiales se provea por cabo de escuadra; es menester tenga esta edad, así para la autoridad de su persona, como para que conozca lo que le encomienda, considere las cosas y entienda lo que en este oficio le toca: procurar que los de su escuadra vivan bien, se precien de las armas, prestos a las armas y que sin gruñir obedezcan lo que se les ordenare y si alguno le descomidiere, hágase respetar, sin ponerle las manos: de suerte que este oficio puede servir un año y entra en la edad de veintiséis, que ofreciéndose ocasión le hacemos sargento, el cual tiempo servirá dos años y entrará en la plaza de alférez de edad de veintiocho, este oficio servirá tres, de manera que cuando será capitán tendrá treinta y dos años, donde de once de soldado y oficial tendrá conocimiento de los oficios, juicio y entendimiento para mandar, obedecer y ejecutar y para representar la autoridad de capitán, pues el tiempo que le queda de allí adelante que son hasta los cincuenta años, es edad robusta, sana, gallarda para ejecución y obediencia en lo que se le encomendare» (*Cuerpo enfermo*, p. 149).

La instrucción permitía a los soldados, además de adquirir un conocimiento del manejo de las armas y una disciplina, impregnarse del espíritu militar que les inspirabaa a realizar cosas grandes «comenzando desde luego a ensayarse para conseguirlas» (Núñez de Velasco, *Diálogos de contención entre la milicia y la* ciencia, II, p. 135). En 1628, Bernardino Barroso se lamentaba de que se levantasen tercios bisoños (*Teórica, práctica y exemplos*, p. 81), inexperimentados en el ejercicio de la guerra. Almirante al hablar del "espíritu militar", lo hace en relación al ejército y al país, siendo respecto al primero inútil toda definición, pues «toda está compendiada en la palabra Disciplina» (*Diccionario militar*, p. 405). Jomini diferencia entre la "exaltación moral" de un ejército y el "espíritu militar" afirmando que la exaltación moral es resultado de pasiones más o menos pasajeras, como las opiniones políticas o religiosas, o un gran amor a la patria, frente al espíritu militar, obra de un gobierno previsor e instructor de un ejército (*Compendio del Arte de la guerra*, p. 92).

Junto a la instrucción militar técnica, el período de formación del soldado suponía la adquisición de un código ético para convertirse en un buen soldado. Los tratadistas militares siguen el pensamiento aristotélico sobre la virtud como la elección del bien por la voluntad del hombre (*Ética, Moral a Nicómaco*, p. 137). Siguiendo la división de las dos especies de virtud que existen: la moral y la intelectual, los tratadistas concuerdan en que los solados de la milicia deben cultivar las cuatro virtudes cardinales: fortaleza, justicia, templanza y prudencia.

2.1. El *ethos* del soldado español: el morfotipo del "soldado gentilhombre"

En el octavo círculo del infierno dantesco, arden condenados en la eternidad[46] dos célebres jefes militares que obtuvieron éxito y gloria: uno antiguo (Ulises) y uno moderno (Guido de Montefeltro). Ulises, a petición de Dante, le narra los hechos de su vida y cuenta cómo arengó a sus soldados a traspasar las columnas hercúleas aludiendo a su elevada condición ontológica: «Fatti non foste a viver come bruti, / ma per seguir virtute e canoscenza» (*Inferno*, XXVI, vv. 119-120). Dos siglos más tarde, en 1486 Pico della Mirandola recordaba de nuevo la posición favorable del hombre respecto de todas las criaturas: «debemos procurar ante todo que nunca se pueda decir de nosotros que,

[46] Las razones por las que Dante ha colocado a estos célebres capitanes en el infierno no es relevante para la materia aquí dispuesta. Es interesante consultar al respecto Franco (2019).

habiendo sido puestos en tan alto lugar, no supimos reconocerlo y descendimos a una condición semejante a la de las bestias y los animales de carga» (*Discurso de la dignidad humana*, p. 101).

El humanismo renacentista recuperó los valores de la Antigüedad, entre ellos, la posibilidad de perfeccionar la naturaleza humana mediante el ejercicio de la virtud. Esta idea neoestoica en la que se propone que el hombre alcanza la perfección de sí mismo mediante el ejercicio de la virtud es fruto de las ideas humanistas del siglo XV. Pico della Mirandola había destacado el lugar privilegiado del ser humano sobre los demás seres de la naturaleza y promulgaba la necesidad de vivir acorde a ello: «debemos procurar ante todo que nunca se pueda decir de nosotros que, habiendo sido puestos en tan alto lugar, no supimos reconocerlo y descendimos a una condición semejante a la de las bestias y los animales de carga» (*Discurso de la dignidad humana*, p. 101). A la concepción escolástica del hombre como un ser "contemplativo" le sucedió el *homo fabere* exaltado por Leon Battista Alberti, o lo que Diego García expresó en 1218 como *bios theoretikós* frente a *bios praktikós* (Gil Fernández, 1981: 5). A partir de entonces, gloria y nobleza se convierten en frutos del esfuerzo humano y no dones recibidos.

Desde la Antigüedad, el ejercicio de las armas era considerado como el más adecuado para alcanzar la virtud y elevar el ánima:

> Me parece que recibir esa enseñanza es provechoso para los jóvenes en varios sentidos. Pues ya está bien de que pasen su tiempo en otro sitio, en esos que los jóvenes gustan de frecuentar en sus diversiones […] y, al mismo tiempo, este entretenimiento gimnástico es de lo más apropiado a un hombre libre, tanto como la equitación. […] Luego este aprendizaje les será una cosa útil en la batalla misma, cuando sea preciso luchar junto a otros muchos. […] Además, ese aprendizaje incita el deseo de otro nuevo y hermoso conocimiento: pues cualquiera que ha aprendido el combate de las armas deseará el estudio inmediato del combatir en formación, y, después de adquirir éste y ganar reputación en sus manejos, se lanzará al estudio total de la estrategia» (Platón, *Laques*, p. 455).

Esta idea perdurará en la memoria colectiva de los tratadistas hasta mediados del siglo XVII: «¿Dónde se ejercitan mejor las virtudes morales; dónde se descubre más la prudencia; dónde se usa más la recta justicia; dónde se ejercita la fortaleza, ¿dónde tiene lugar la templanza, sino en la guerra?» (*El perfecto Capitán*, p. 41), se preguntará retóricamente Diego de Álava y Viamont.

Raffaele Puddu (1982) denominó al soldado literario del siglo XVI como «*il soldato gentilhuommo*", al observar, a partir del estudio de su representación en las letras auriseculares, que su imagen era fruto de una mezcla del código caballeresco medieval y del antiguo código de los *bellatores* (Keen, 1986: 10) en un "sincretismo militar" (1982: 60) manifiesto en la figura de los capitanes-caballeros que aunaban valentía individual, capacidad técnica, osadía caballeresca y sabiduría en la conducción de las tropas (Andújar Castillo, 1999: 98). Los dos valores que regían el código caballeresco de los soldados medievales: *sapientia et fortitudo* (Cartagena, *Doctrinal de caballeros*, p. 75) se adecuaron a la nueva realidad de la milicia bajo una visión renovada: ciencia y fortaleza y los soldados oficiales de la milicia que, junto con los soldados rasos, apenas tenían nada que ver con el caballeresco mundo medieval, se vieron influidos por las virtudes del "gentilhombre". Siguiendo la acepción propuesta por Covarrubias, los "gentileshombres" eran «los de buen talle y bien proporcionados de miembros y facciones; y dijerónse así porque, cerca de los antiguos, los que descendían de una familia conocida se llamaban gentiles, y por la mayor parte los hombres principales y de noble casta se les echa de ver en el talle y en el semblante» (*Tesoro*, p. 969). La preeminencia física mediante la que se define la gentileza de los hombres responde por lo tanto, más que a una cuestión estética, a un recurso simbólico. Para la estética caballeresca, la preeminencia social se traducía en la preeminencia física, de manera que el valor se hacía visible en las facciones del caballero (Verrier, 1997: 159).

El requerimiento de cierta nobleza en los hombres de armas se remontaba a la Edad Media. Alfonso X estableció en la *Partida Segunda* que el primer requisito que debían poseer los caballeros (que posteriormente también se exigió a los soldados) era el "buen linaje" o "nobleza":

> E por esto sobre todas las cosas cataron que fuesen hombres de buen linaje, porque se guardasen de hacer cosa porque pudiesen caer en vergüenza. E porque estos fueron escogidos de buenos lugares, e con algo, que quiere tanto decir en lenguaje de España, como bien, por eso los llamaron hijosdalgo, que muestra tanto como hijos de bien. E en algunos otros lugares les llamaron gentiles, e tomaron este nombre de gentileza, que muestra tanto como nobleza de bondad, porque los gentiles fueron hombres nobles, e buenos, e vivieron más ordenadamente que las otras gentes. E esta gentileza habían en tres maneras; la una, por linaje; la otra, por saber; la tercera, por bondad de costumbres, e de maneras. E como quiera que estos que lo ganan por sabiduría, e por su bondad, son por derecho llamados nobles, e gentiles (*Partidas*, II, XXXI. 4).

Uno de los caminos más apropiados para alcanzar la nobleza fue el ejercicio de las armas:

> Veo munchos obscuramente nasçidos, siguiendo la miliçia, fazerse claríssimos, y por ende no puedo creer que la vida cavallerosa faga los hombres beatos. Los cavalleros son los braços del rey, de la patria defensa, ornamento de la república, espadas de la justiçia y de la fe el mayor sostentáculo. Cavallerizando veen extrañas regiones, campos diversos, y varias costumbres de gentes, qu'es la cosa más plaziente a los humanos. Si cualque cibdat expugnan, el despojo es todo suyo; de cuanto ganan por las armas pueden testar, aunque bivan los padres; han lanças del rey, acostamento de los señores, sueldo y dinero de tierra
>
> […]
>
> Óyeme un poco más d'esta vida militar vida gentil. Aun no del todo me desfazes creerla ser beata. Esta trae consigo gloria divina de fama inmortal, que los mortales más deseamos: bevir sin fin con memoria es mayor bien de los mundanos. La miliçia, dize a tu Job Eliphat, es vida sobre la tierra: esta nos da de los remotos notiçia, y los nunca vistos oír nos faze; exalta los baxos, los oscuros illustra y orna los que nasçen desguarnidos (Lucena, *De vita felici*, pp. 86- 90).

El debate acerca del linaje más conveniente de los hombres de armas se extendió hasta bien entrado el siglo XVII. El mismo Don Quijote explicó a Sancho la ascensión de linaje que alcanzaban algunos hombres de baja condición social por medio de sus obras (*Don Quijote de la Mancha*, I, XXI, p. 250). Desde la Edad Media, y fundamentalmente en la milicia moderna (Escalante, *Diálogos del arte militar*, III, pp. 140-141), la nobleza de virtud será preferible en los hombres de armas, a la nobleza de linaje, siendo la conjugación de ambas el perfecto ideal. «Rico hombre llaman en Castilla al que tiene dos noblezas, una heredada de sus mayores, y otra adquirida por su virtud y bondad» (*Católico y marcial*, f. 18r), dirá Bautista Gil de Velasco. A las tres acepciones de nobleza medieval, los renacentistas añadirán una cuarta, la teológica (gracia de Dios), inherente a todos los hombres de la milicia española (por su calidad de cristianos) (Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, II, p. 210). La verdadera nobleza será manifestar la magnanimidad, «magnanimis, ab eo quod sit magni animi et magnae virtutis. Cui contrarius est pusillanimis. Magnificus a magna faciendo vocabulum traxit» (*Etimologías*, X, p. 821), fruto de la unión de las cualidades de la nobleza (virtud y honor) con las de la riqueza conformando un entramado intelectual» (Guillén Berrendero, 2002: 85).

La elección de las cuatro virtudes cardinales que hace Alfonso X como las virtudes más necesarias para los buenos caballeros: «cordura, e fortaleza, e mesura e justicia» (*Partidas*, II, XXXI. 4), únicamente nos revelan la elección de los hombres más virtuosos

de la sociedad como caballeros. Sin embargo, a las virtudes aristotélicas que todo hombre debe cultivar, el monarca añade tres atributos que podemos considerar propiamente de los hombres de armas: «esfuerzo, honra y poderío» (*ibid*., XXXI, IV).

Palacios Rubios en su *Tratado del esfuerzo belico heroyco* aborda la cuestión del "esfuerzo" etimológicamente. Si bien la concepción de hombre de armas que propone Palacios Rubios todavía se encuentra muy lejana del infante moderno a causa del individualismo que prevalece en ella hasta el capítulo XXX en el que se produce la vinculación de la virtud al servicio de la república (Puddu, 1982: 52), su objeto es la preparación del gentilhombre para la sociedad. La ideología caballeresca que propone la adquisición perfecta de la virtud mediante la voluntad y la participación en causas nobles y justas subyace a todo el diálogo. Diferencia, a partir del "esfuerzo", la fortaleza natural inherente a la naturaleza del hombre de la fortaleza moral en su acepción "esfuerzo bélico" como virtud propiamente militar. Mientras "esfuerzo", proveniente del latín *fortitudo*, se traduce en romance como "fortaleza" —«mas no toda fortaleza es esfuerzo, ni todo hombre es esforzado» (p. 9)—, el término *fortitudo* abarca dos géneros de fortaleza en función de su naturaleza y ejercicio: la fortaleza natural y la fortaleza moral. Hay que tener en cuenta que la fortaleza natural se dividía a su vez en *robus*, reciura de miembros e inclinación del hombre al acometimiento de las tareas difíciles, «aunque en ellas se espere peligro de muerte» (p. 10), bien sea de manera actual (en un momento dado) o habitual (ejercida como virtud) y "virtud natural". Se trata, en consecuencia, de una fortaleza que se asienta en el apetito sensitivo del hombre y es denominada "virtud natural" si actúa conforme a la razón, o vicio natural, si actúa en contra. De cualquier manera, ni la una ni la otra, afirma Palacios, se pueden llamar "esfuerzo" (p. 12).

Respecto a la fortaleza moral, Palacios identifica dos subtipos: la habitual virtud cardinal, que comprende a su vez otras muchas virtudes, y la fortaleza bélica o heroica «por la qual se hacen o pueden hacer actos virtuosos en guerra o batalla de muchos, o de pocos, o de uno con otro» (p. 12) enraizada en la concepción platino-aristotélica del valor. Si bien a las dos denomina genéricamente como "esfuerzo", la fortaleza bélica es la que le interesa y desarrolla extensamente. Palacios dice que esta fortaleza (bélica) es la que puede denominarse como "esfuerzo" y se subdivide, al igual que la fortaleza natural, en las dos categorías: actual y habitual. El acto de esfuerzo puede ser, a su vez, interior (realizado por la voluntad) y exterior (los hace y obra el hombre). Cuando la voluntad

quiere y determina el fin (esfuerzo interior) concurren en él dos sentimientos: el temor y la osadía, que, cuanto mayor es el riesgo del acto a realizar, más tratan de posponerlo. Al igual que para Platón y Aristóteles, el valor es «un medio entre el miedo y la audacia» (*Ética*, p. 144); de ahí que el único valor verdaderamente virtuoso en la guerra será el que vaya acompañado de la sensatez (*Laques*, p. 471), que Palacios Rubios llama Prudencia. «El arte de las armas conduce a la virtud del valor» (*ibid*., p. 468) y éste, para Platón, no consiste únicamente en el reconocimiento de lo temible y lo reconfortante, sino el conocimiento de lo bueno y lo malo en cualquier situación (*ibid*., p. 482). Posteriormente los tratadistas del siglo XVIII y XIX hablarán del "valor" como virtud primordial para el servicio de las armas. De manera que, un hombre valiente es aquel que «resistiendo firme en su formación, combate contra los enemigos» (*Laques*, p. 468). En cuanto al esfuerzo exterior, hay seis actos exteriores posibles:

> El primero es huir al enemigo, quando conviene, con las qualidades necesarias […] El segundo dilatar la pelea con el contrario por alguna justa causa. El tercero esperar al enemigo, quando viene, para pelear con el. El quarto acometer al enemigo cuerdamente y como debe. El quinto herirle con buen tiento. El sexto sofrir los golpes y heridas y otros daños, que el enemigo le hace, con mucha constancia, firmeza y contencion hasta ver el fin, que la voluntad determino y mando. En cada uno destos seis actos concurren los dos extremos, que son temor y osadia (pp. 14-15).

De la repetición habitual de los actos esforzados se alcanza la virtud habitual, si el acto del esfuerzo se ha realizado con la intención de alcanzar la virtud (p. 122). Para que la voluntad determine el bien al que debe encaminar su esfuerzo, dice Palacios que debe contemplar los dos extremos: la osadía y el temor, derivados del *eros* del hombre, de su amor hacia sí mismo y el aprecio de su vida, encontrándose la virtud a medio camino. Entiende Palacios la osadía como el «acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza, que de si mesmo hace por sus fuerzas, o por su industria o experiencia, o de los que le han de ayudar y favorecer» (p. 33). Aunque en ocasiones la osadía puede ser calificada de temeridad, los tratadistas quinientistas se muestran a favor de ella, pues se han dado ocasiones en que la osadía de un solo hombre ha llevado a la victoria al ejército: «muchas vezes se ha visto, por el esfuerço de un solo soldado, ser vitorioso un exército; por acometer aquél, cosa que cinqüenta juntos no osaran acometer y, los otros, por vergüença seguirle, y travarse la batalla con los enemigos de tal arte que, donde pensaban ser vencedores, quedavan vencidos» (Montes, *Instrucción*, 5). De ahí que, aunque es difícil dirigir la voluntad

correctamente hacia el extremo apropiado en cada situación, Palacios dice que «mejor es declinar a la osadia, que al temor. Porque la osadia esta mas cerca del medio, y es mas semejante a el» (*Tratado del esfuerzo belico heroyco*, p. 42). En contraposición a la osadía se sitúa el temor, el miedo a sufrir un mal que se encuentra cercano (p. 38). La intención que debía tener el hombre que ejercitaba esta fortaleza moral bélica expuesta en las situaciones de peligro debía ser, o bien vencer al enemigo, o en su defecto, morir honradamente. De ahí que el premio de la virtud fuera la «fama y gloria» (p. 122). De igual modo, Montes (*Instrucción*, p. 202) y Álava y Viamont (*Perfecto Capitán*, p. 120) resaltan la preferencia por el atrevimiento o la osadía frente al temor. Erasmo de Rotterdam en su *Enchiridion* resaltaba la osadía como la cualidad fundamental de los guerreros españoles frente a los de otras provincias del mundo (p. 151).

En cuanto a la honra, Jiménez de Urrea en su *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566), la definió como el premio a la práctica de la virtud civil: «Así que el buen caballero debe buscar el verdadero premio y triunfo siguiendo la gentileza de la caballería y la honra militar, que es ser virtuoso y obediente a las leyes, y de esta manera será adornado de mayor gloria y alto triunfo» (I, p. 47). Para Jiménez de Urrea, honra y virtud son sinónimos pues, en la virtud se aloja la honra. «Me parece que las cosas del alma y de la honra son casi las mismas, quiero decir, que quien se olvida de su honra, se olvida de su alma» (II, p. 151), dirá el tratadista. Una honra propiamente militar asentada en el esfuerzo bélico, propia de los grandes hombres de armas:

> Me parece que aquí y allá, y en toda Europa, se acaba la casta de los hombres valerosos, capaces de mantener la verdadera honra militar. Y si no, decidme, ¿qué es de la ferocidad de los nervios, la robustez de los burgundios, la soberbia de los turingios, la animosidad de los cimbrios, la fortaleza de los teutones y el valor de los alanos y godos? ¿Es posible que hayan llegado a tanta blandura y vileza? Pues por estas partes poco se acuerdan de imitar, en la presunción de honra y clara fama, a un Decio, a un Escévola, a un Curcio, a un Oratio, a un Regulo, a un Lucio Emilio, a un Cid, a un Gran Capitán, a un Antonio de Leiva, a un marqués de Pescara, a un valerosísimo Hernán Cortés, quienes tuvieron en poco los trabajos, los Imperios y la vida para dar gloriosa y eterna fama a su esclarecido nombre. A ellos, pues, quiero seguir, y sus heroicas obras imitar, y dar a conocer al mundo en el campo del honor que no se ha acabado en mi tierra la casta de los hombres valientes (I, p. 54).

La tercera cualidad, el "Poderío", equivalía al "poder": «la facultad que uno da a otro para que en lugar de su persona haga alguna cosa» (*Tesoro*, p. 1368), y se concretaba en la función militar en el respeto a una cadena de mando y gobierno jerarquizada de los oficiales (desde el General) hasta el soldado raso.

Más allá de las virtudes cardinales y militares que propone el rey alfonsino, la virtud más importante que debían adquirir los soldados renacentistas, de acuerdo con la teoría romana, era la Disciplina, ligada siempre a la obediencia. «Ninguna cosa conviene tanto en la gente de guerra, como la mucha obediencia y disciplina, y buenas costumbres, que si esto falta ningún bien posee el soldado» (Eguiluz, *Discurso y regla militar*, II, VIII, p. 212). San Isidoro, anteriormente, había definido el término "disciplina" recalcando la diferencia entre ésta y el arte, y de ahí su relevancia en el ámbito militar:

> Disciplina a discendo nomen accepot: unde et scientia dici potest. Nam scire dictum a discere, quia nemo nostrum, scit, nsi qui discit. Aliter dicta disciplona, quia discitur plena. 2. Ars vero dicta est, quod artis praeceptis regulisque conistat. Alii dicunt a Graecis hoc tractum esse vocabulum ἀπό τῆς ἀρετῆς, id est a virtute, quam scientiam vocaverunt. Inter artem et disciplinam Plato et Aristoteles hanc differentiam esse voluerunt, dicentes artem esse in his quae se et aliter habere possunt. Nam quando veris disputationibus aliquid disseritur, disciplina erit: quando aliquid verisimile atque opinabile tractatur, nomen artis habebit» (*Etimologías*, I, III).

El valor otorgado a la disciplina en la segunda mitad del XVI se fomentó, según Galante Becerril, desde dos direcciones: por un lado, como elemento para el ordenamiento del ejército, el respeto por la jerarquía; por otro, en el desarrollo de estrategias y planificaciones acordes con el desarrollo del arte de la guerra como ciencia y dirigidas con ciencia (formación de escuadrones, disposición en el teatro de operaciones…) pues sólo en ejércitos ordenados se explicaba la superioridad de la infantería (2005: 35). Asimismo, la disciplina era una virtud que poseía una vertiente espiritual característica del ejército de la monarquía hispánica (Martínez Ruiz, 2016: 107). La disciplina militar se consideraba, en los ejércitos cristianos, como una virtud religiosa, sacralizada, «pues era el fundamento de un catolicismo cuyas "desobediencias" más evidentes eran el protestantismo y, en general, quien proclamase cualquier noción de libertad con conciencia» (Andújar Castillo, 1999: 137).

> Dos preceptos ha de guardar el soldado enteramente, que son la orden que se le diere, y la obediencia a sus oficiales, porque la obediencia que se tiene al capitán es provecho común, que es padre de patria, pues es amparo della, y assi se le ha de tener respeto particular […] Y en la guerra la desobediencia es crimen, que por pequeño que sea, es digno de muerte; y es cierto que quien no sabe obedecer no sabra mandar (Gallo, *Destierro de ignorancias de todo genero de soldados de infanteria*, f. 2v).

> Entenderán los soldados del capitán que el más alto precepto de la milicia es la obediencia […]; entenderán del capitán que guarden y conserven la cristiandad que en España han

> heredado, sin querer entender opiniones de gentes por acá perdidas; entenderán del capitán los soldados que vienen a ser defensores y aumentadores de la santa fe católica y que guarden los preceptos de ella como tales (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 160).

Así como la obediencia otorgaba armonía a la milicia, implicaba otras virtudes como la fidelidad, con la doble dirección en que se orientaba en el mundo caballeresco: del vasallo hacia el señor y viceversa. Los soldados juraban fidelidad al Rey al incorporarse a la milicia, traduciéndose su autoridad en los mandatos de sus superiores. Todos los tratadistas, sin excepción, mencionarán en algún momento la obediencia del soldado a su capitán. Como virtud militar por excelencia en el soldado la destacan García de Palacio (*Diálogos militares*, 29r-50r), Valdés (*Espejo y disciplina* militar, p. 48), Scarión de Pavía (*Doctrina* militar, f. 85), Francisco Antonio (*Avisos para soldados*, pp. 315-317) y Escalante (*Diálogos del arte militar*, III, pp. 146-147), mientras Alonso de Andrade ensalza su puesta en práctica en la milicia: «pues la executan puntualísimamente cada dia, y en materias tan difíciles» (*El buen soldado católico*, p. 23). La virtud de la obediencia, en ocasiones reducida a la aparente inactividad de la permanencia en el lugar asignado dentro del escuadrón, era la más importante para los soldados, pero también la más difícil al no permitírseles tomar la iniciativa en la lucha. Diego de Salazar resalta la importancia de la configuración del escuadrón para la victoria en la batalla: «Que los mismos infantes estén siempre en las mismas filas, de esta manera: que si uno ha comenzado a estar en la segunda o tercera fila: que cada día esté en aquella y no solamente en la misma fila mas en el mismo lugar y cabe los mismos compañeros: porque como tengo dicho el conservarlo es muy necesario» (*Re militari*, II, p. 144). A este respecto resultan también muy iluminadoras las palabras de don Quijote al explicar cómo la virtud de la obediencia (del soldado hacia su capitán) le impiden a éste abandonar su puesto ante un peligro inminente. Las palabras de don Quijote acerca de la obediencia del soldado a su capitán son llamativas por la exposición teórica de la guerra que encontramos en ellas:

> Mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercando en alguna fuerza y estando de posta o guarda en algún revellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir del peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad» (*Don Quijote*, I, XXXVIII, p. 489).

Precisamente una de las situaciones prácticas en las que mejor se reflejaba la obediencia del soldado era en los momentos de guardia. La realización de guardias y el estado vigilante que conlleva tras una dura jornada de batalla o entrenamiento era el momento idóneo para coger a los soldados que, cansados, se relajaban de la obediencia.

Dos virtudes militares se esperan de los soldados ligadas a la obediencia: la capacidad de guardar silencio (García de Palacio, *Diálogos militares*, f. 47v) para pasar las órdenes correctamente y la lectura correcta de las señales. Valdés critica que los soldados no pasan correctamente la palabra hasta la vanguardia quedando las órdenes sin cumplir, no por desobediencia, sino por falta de atención:

> Pero los soldados, sin ningún respecto y discreción, por mínimas causas suelen pasar la palabra, de do procede que cuando algunas veces por cosas de importancia se manda pasar la palabra por los superiores, no se pasa con la presteza que conviene por menosprecio, y las demás veces se queda en medio del escuadrón, sin que pase a la vanguardia, persuadiéndose los soldados que no viene echada con orden del superior». (*Espejo y disciplina militar* p. 55).

Si la obediencia era la virtud por excelencia del soldado, la desobediencia era la mayor falta que podía cometer. Los tratadistas quinientistas aseveran que de ningún modo debe ser premiada una conducta desobediente, ni siquiera aun cuando de ella se pueda derivar un bien:

> Tampoco debe el soldado salir sin orden a una escaramuza, hecho de armas o correría. Y si acaso un buen soldado, deseoso de ganar honra y subir, por su valor, a cargos principales de guerra pensando hacer servicio a su rey o capitán, saliese a reconocer el campo enemigo o la fortaleza que tuviesen cerrada sin orden de su capitán. o, reconociéndola como un buen soldado, fuese herido de forma que ya no pudiese servir más para la guerra, no sólo su capitán o rey no estarían obligados a recompensarle y favorecerle porque, a su parecer, le hirieron sirviendo mejor que otros, sino que merecería castigo por haber pasado los guardias y centinelas sin licencia y porque el soldado tiene obligación de no dejar sin orden a su bandera (Jiménez de Urrea, *Diálogo*, p. 121).

La desobediencia es, generalmente, atribuida a la conducta de los soldados bisoños y escasamente formados en el arte militar:

> La muchedumbre visoña en la prosperidad se embaraça para la vitoria, y en la adversidad con la falta de obediencia se confunde para la retirada lo que no sucede a los obedientes, y bien disciplinados, séanse, pocos, o muchos porque en las prosperidades, siguen, y gozan, la vitoria con bizarro brio, desahogo, y alegre desembarazo, y en las adversidades se saben retirar con tan buena orden, que mostrando su valor, y prudencia, sin recibir daño, dexan a

> su enemigo mas temeroso, que presumido de seguir el alcance, o tornarle a embestir de nuevo porque no ay fuerca a quien tema batería que le ofenda, ni muralla que le resista, como la perfecta obediencia. Ella le corta sus progresos, y embaraça sus disignios quando reconoce que procede en el exercito del afecto de amor, y que los soldados no son obedientes por opression, o miedo ignominioso, sin perfecta obediencia no ay cosa buena porque la fortaleza sin ella es temeridad, y con ella perfecto valor (Bautista Gil de Velasco, *Católico y marcial*, f. 12v).

Junto a la disciplina y la obediencia, los tratadistas desarrollaron todo un conjunto de reglas para regular el comportamiento de los soldados. Las primeras reglas generales para los soldados que se ejercitan en la milicia salen de la pluma de Salazar y hacen referencia a la disciplina y esfuerzo de los soldados y astucia de los capitanes, entre otras cosas, como las claves del buen funcionamiento de la milicia:

> Lo que al enemigo aprovecha, a vos os daña, y lo que a vos aprovecha al enemigo daña. Otra regla: aquel que será más vigilante en la guerra a observar las astucias de su enemigo, y sufrirá más el trabajo por ejercitar su gente: en menores peligros incurriría, y más esperanza terná de la victoria. Otra: no traigas jamás tus guerreros a dar la batalla si primero no estás seguro de sus corazones, y conocido que están sin temor, y que están ordenados, ni los pruebes, sino cuando veas que ellos esperan vencer. Mejor es vencer al enemigo con hambre que con el hierro. En la victoria del cual puede más la fortuna que el esfuerzo. […] Otra, la natura engendra pocos hombres fuertes, la industria, y el ejercicio hace muchos. Otra, la disciplina en la guerra puede más que el furor. Otra: cuando algunos se parten de vuestros enemigos para venir a vuestro servicio, si son fieles será siempre grande ganancia, porque las fuerzas de los adversarios más se disminuyen con los que se huyen, que con los que se matan, aunque el nombre de fugitivos es a los nuevos amigos sospechosos, y a los viejos odiosos. Otra regla, mejor es en el ordenar de la batalla reservar más ayuda tras la primera frente: que por hacer recia la avanguarda enflaquecer al resto. Otra re. difícil es de vencer el capitán que sabe conocer sus fuerzas, y la de su enemigo. Otra re. más vale virtud de los guerreros: que la muchedumbre de ellos. Otra re. más aprovecha algunas veces el sitio: que la virtud del esfuerzo. [...] Otra re. los guerreros cuando están en las estancias se conservan con el temor, y con la pena, después cuando los ponen en la guerra con la esperanza, y con el premio. […] Otra re. haced que vuestro enemigo no sepa de qué manera ordenáis vuestro ejército para la batalla, y haced cuando le ordenéis hacer que el segundo batallón pueda recibir al primero, y al tercero a entrambos los primeros. [...] Otra re. los hombres, y el hierro, y los dineros, y el pan son el nervio de la guerra, mas de estos son más necesarios los primeros, porque los hombres, y el hierro hallan los dineros, y el pan, y solos los dineros, y el pan no hallarían los hombres, y el hierro. [...] Y lo otro porque mi intención no ha sido demostraros puntualmente cómo la antigua milicia era ordenada, sin cómo en este tiempo se pudiese ordenar una milicia que tuviese más fuerza que la que ahora se usa, y así no me ha parecido razonar de las cosas antiguas, mas de lo que yo he juzgado ser necesario a tal instrucción» (*Tratado de Re Militari*, VII, pp. 260-261).

En 1568 Londoño escribe un conjunto de estatutos y ordenanzas dedicados a los soldados para que en la victoria Dios no se ofenda. Los estatutos[47] recogen desde prohibiciones basadas en el cumplimiento de los diez mandamientos, como la prohibición

[47] Para profundizar en todos los estatutos que recoge Sancho de Londoño véase el apéndice K.

de blasfemar, de jugar a juegos ilícitos, de vivir en fornicación con alguna mujer, matar mujeres o niños profanar lugares sagrados, hasta los castigos que sufrirán los soldados desobedientes «que ningún soldado pase plaza en nombre ajeno, so pena de galera por tiempo» (*Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*, p. 58)). La virtud moral más apreciada en los soldados será la castidad[48], fuente de otras muchas virtudes: «Es tambien nescessario que los soldados sean castos, y templados, que demas de ser cosa tan agradable a Dios, los vicios contrarios les estragan la virtud natural, y debilitan, enflaquescen las fuerças, y se hazen inutiles para exercitar las armas, suffrir el hambre, sed, sol, frio, polvo, y demas travajos que consigo trae, y acarrea la guerra» (García de Palacio, *Diálogos militares*, f. 46r). Concuerdan con él, entre otros, Diego de Salazar (*Re militari*, VI, p. 154), Bautista Gil de Velasco (*Católico y marcial*, f. 4v) y Álava Viamont (*Perfecto Capitán*, I, pp. 120- 124). Pero, los tratadistas militares, si bien exaltaban las virtudes que debían poseer los soldados, no estaban exentos de denunciar los vicios que aquejaban a la milicia. Hacia finales de siglo las quejas ante la situación moral de la milicia no hacían sino aumentar entre los tratadistas: «Da lástima ver cómo en la Infantería española se va perdiendo la fineza del arte militar de nuestros tiempos y decayendo, por no entender los puntos y términos de la verdadera honra de la caballería» (Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, p. 29).

De entre todos los vicios y males morales que podían afectar a los soldados, la codicia era el peor de todos por ser originario otros muchos. Nacida del descontento con el sueldo recibido, es perdición para los ejércitos (Francisco Antonio, *Avisos para soldados*, p. 49). Desde las *Partidas* de Alfonso X, la codicia de los soldados traía consecuencias tácticas nefastas para todo el ejército:

> Daños de muchas maneras vienen a los hombres por la gran codicia e, mayormente, a los que andan en guerras, pues estos, si de ella no se saben guardar, caen en muerte o en deshonra, o en perdimiento de lo que han e, a las veces, en todo. E sin el daño que les viene, fincan por esto muy deshonrados, porque lo reciben mostrándose por viles, queriendo antes ganar otras riquezas del mundo que no vencer a sus enemigos, que es la mayor honra que ser puede. E aún sin todo esto, nace de esto muy gran mal, que cuando se dejan vencer a la codicia que muchas veces la saña que deben mostrar contra sus enemigos tórnanla a sí mismos, tirándose unos a otros lo que tienen por fuerza, hiriéndose, e matándose, e codiciando ganar de cual manera quiere, ni catando derecho, ni razón. E por esto los caballeros antiguos, que fueron de nobles corazones, defendiéronlo muy ahincadamente por los grandes males que sintieron que venía por esto, en tres maneras: la una,

[48] Pues, siguiendo los postulados tomistas de la falta de la castidad se derivaban muchos de los pecados que cometían los hombres.

> desmandándose a sus mayorales en salirles de acaudillamiento; la segunda, en querer ser vencidos de sus enemigos por su culpa habiéndolos ellos ya vencidos, pues muchas veces aviene que por el desacuerdo, que ven los enemigos entre aquellos que andan robando en el campo, tornan a ellos e los vencen. E no tan solamente pierden aquello que ganaron, más aún los cuerpos e lo otro que tienen; la tercera, porque algunas veces aquellos que iban siguiendo los enemigos pierden la ganancia que podrían haber por el yerro que los otros hacen que fincan robando. E esto era cosa muy sin razón, que los buenos perdiesen por los malos; e además, porque podría acaecer que por aquel robo serían ellos perdidos, e el rey o el otro señor que allí fuese sería allí muerto o preso (*Segunda Partida*, XXVI, p. 327).

El vicio de la codicia se había visto aumentado en las tropas renacentistas por el reparto desigual de los botines de guerra (complemento importante de la soldada) entre los soldados quedando siempre empobrecidos tanto vencedores como vencidos:

> Cómo las guerras de ahora empobrecen también a los vencedores, como a los vencidos, porque si uno pierde el estado, el otro gasta el dinero, y empeña cuanto tiene: lo cual entre los antiguos no era así, porque los vencedores de la guerra enriquecían, y ahora no, y esto nace de no tener en estos tiempos cuenta de las presas como tenían los antiguos: que ahora todas se dejan a la discreción de los soldados, y de ellas gozan antes los viles que los buenos. Y este error acarrea dos grandísimos desórdenes. La una, la que ahora he dicho. Y la otra, que los soldados quedan más codiciosos de robar, y menos observadores de la orden. Y muchas veces se ha visto por la codicia de la presa perderse todo el ejército que ya era victorioso (Salazar, *Re militari*, V, p. 216).

La codicia era siempre considerada raíz de muchos otros muchos males militares (Cartagena, *Doctrinal de los caballeros*, II, p. 177), (Diego de Palacio, *Diálogos militares*, f.46v) e incluso causa de muerte deshonrosa. Es llamativo que García de Palacio ponga de ejemplo la Noche Triste en Tenochtitlán con la huida de los soldados de la capital mexicana y las muertes de aquellos que se aferraron al oro y plata que habían obtenido:

> Y no les vino tampoco mejor a los soldados españoles, que quando Hernando Cortes, tuvo preso a Moteçuma, (Señor de México) les forçaron los Indios Mexicanos, a salirse, y dexar la ciudad y los que cargaron de Oro, Plata, y cosas presiosas, y mostraron su cobdicia lo pagaron con las vidas. Y cierto entiendo que querer referir los campos y exercitos, que siendo vencedores, han sido vencidos, por averse occupado en saquear, y robar, y contar de los que han ignominiosamente perdido las vidas, seria proceder en infinito mas para remedio deste mal, y orden de lo que se debe haze (*Diálogos militares*, f. 47r).

Más allá de ser considerada como un vicio militar, la codicia se contemplaba asimismo en su dimensión pecaminosa: «No es pecado el ser soldado, pero el serlo por sola la codicia de robar, esso es pecado» (Francisco Antonio, *Avisos para* soldados, p. 26). Una

de las consecuencias más graves de la actitud codiciosa de los soldados era la rebelión de la soldadesca en forma de motines:

> El ejército grande y que consta de variedad de naciones está expuesto a sediciones y motines entre sí, que es la más peligrosa peste con que son castigados los ejércitos. Entre otros son tres los mayores principios donde se origina el motín y discordia civil en el ejército: interés, precedencia y porfía. En esta consideración, es justo que el Capitán General, previniendo estos daños, no olvidando nunca la cura, excuse la enfermedad: el interés se remedia con que en las pagas, socorros y sacos, las tales naciones no solamente sean iguales con la natural, sino aventajadas y preferidas como huéspedes, y de tal manera se proceda en la reparación de estos logros (Melo, *Política Militar*, XLIX, p. 173).

Los comportamientos impropios de los soldados siempre acarreaban castigos proporcionales a la gravedad de su conducta con la finalidad de restaurar el orden perdido. Tres conductas provocan los mayores castigos en el ejército: el robo, la revuelta, y el motín (siendo esta última la más grave):

> Y el soldado que en tal caso hiziese fuerça o roba, so color de ser soldado, meresce muerte, mas debe de ser oído de su derecho ante su capitán, o ante el general o maestres de campo del exército; mas si el delito no fuer muy grave, el capitán lo puede castigar, no en la persona, sino en despedirlo de su compañía. Y esto por tres cosas: por ladrón, o revolvedor, o rufián; o por otra sin razón que el capitán conosciere que meresce ser castigado. Mas si el delito es amotinador, es más grave y, este delito, halo de castigar el maestro del campo o el señor del exército (Montes, *Instrucción*, p. 197).

Los hombres de armas del Nuevo Mundo debían poseer las mismas cualidades que los del Viejo[49]. Hacia finales del siglo XVI, el lenguaje humanista de las virtudes cardinales se adaptó y se teologizó como consecuencia de una sociedad altamente confesional (Espino López, 2002: 57). Siguiendo los principios tomistas, la virtud en la milicia española adquirió un carácter teológico y paulatinamente, el ideal de soldado neoestoico dio paso a la configuración de un soldado confesional cuyas virtudes se enraizaban en la preceptiva agustiniana del *ordo amoris* (*De Civitatis Dei*, XV, 22). Espino López, al estudiar la milicia española, se ha preguntado si el ideal planteado por los tratadistas es un soldado cristiano o católico. Para él la diferencia radica en que el ideal militar protestante neoestoico europeo debía aprender la disciplina estoica debido a sus tácticas

[49] En ella se le pide que no vaya amancebado (*Milicia y descripción de las indias*, I, f. 11r); noble, pero con una nobleza acompañada de virtudes (I, f. 13r); rico, liberal con sus soldados para que no sea codicioso (I, f. 15r); que tenga una edad apropiada para sufrir los trabajos ordinarios: («será el tal Caudillo de treinta años hasta los cincuenta» (I, f. 16v)); que tenga fortaleza en el trabajo y calamidades (tanto interior como exterior) (I, f. 18v); que sea diligente (I, f. 20r); que sea humilde (III, f. 53r); que esté despierto en su turno de guardia (III, f. 54r), que no sea chismoso (III, f. 54v), que no consienta motín (III, f. 54v)…

avanzadas, mientras que los autores católicos debían inculcar buenas costumbres en una milicia desobediente y calamitosa que sólo parecía encauzarse gracias a la religión (2001: 357).

Santo Tomás, al hablar de las virtudes teológicas ,dice que son aquellas virtudes que, teniendo por objeto final a Dios, perfeccionan al hombre pero requieren ayuda divina:

> Hay una doble bienaventuranza o felicidad del hombre […] Una es proporcionada a la naturaleza humana, es decir, que el hombre puede llegar a ella por los principios de su naturaleza. Otra es la bienaventuranza que excede la naturaleza del hombre, a la cual no puede llegar el hombre si no es con la ayuda divina mediante una cierta participación de la divinidad […] De ahí que sea necesario que se le sobreañadan al hombre algunos principios divinos por los cuales se ordene a la bienaventuranza sobrenatural, al modo como por los principios naturales se ordena al fin connatural, aunque sea con la indispensable ayuda divina. Y estos principios se llaman virtudes teológicas, en primer lugar, porque tienen a Dios por objeto, en cuanto que por ellas nos ordenamos rectamente a Dios; segundo, porque sólo Dios nos las infunde; y el tercero, porque solamente son conocidas mediante la divina revelación, contenida en la Sagrada Escritura (*Summa Theologica*, *Prima Secundae*, 62).

En este sentido, el ejercicio de la guerra en la Monarquía Hispánica bajo el reinado de Carlos V y Felipe II puede entenderse como una virtud civil y teológica simultáneamente, pues «la virtud teológica halla su justificación en Dios, y aspira a obtener el premio de la vida eterna; de la misma manera, la virtud civil aspira a que la paguen con la honra (Espino López, 1992: 17). Así lo entiende Marcos de Isaba al proclamar el mayor premio que puede recibir un soldado español al morir desempeñando su servicio: «De suerte que el buen soldado, visto lo que viviendo bien le está aparejado, con mucho amor sufrirá todos los trabajos y miserias que se ofrecieren, teniendo acuerdo y memoria que tiene obligación de sufrirlas y pasarlas y como buen vasallo, aventurarse alegremente su vida, entendiendo que sirviendo a Su Majestad y que la pierda acá, Dios nuestro señor llevará su ánima al cielo» (*Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 234). De ahí la diferencia que se estableció entre la tropa española, repleta de hombres cristianos cuyas aspiraciones, fruto de su orientación religiosa, trascendían la mundanidad, respecto a otras. La dimensión religiosa de la milicia estableció una distinción entre los soldados gentiles y los cristianos: «Razon es que aya diferencia entre el Soldado gentil, cuya pretension eran las cosas de esta vida corruptible y perescedera, que el conoscia, y el Christiano que conosce a Dios, y espera su bienaventurança en el

siglo venidero» (García de Palacio, *Diálogos* militares, I, f. 9v), siendo éste último modelo el propuesto por los tratadistas españoles.

2.2. El soldado católico de fin de siglo

La catolicidad omnipresente de la sociedad española también influyó en los valores que regían la vida de los soldados de la milicia. La unión de virtudes seculares y cristianas señalaron al caballero el camino para la salvación (Fleckenstein, 2006: 12). La milicia se convirtió en el medio de medrar no solo socialmente, sino también interiormente: «La milicia no es otra cosa que una semejança de verdadera religión, statuida de Dios, que obliga al soldado à guardar justicia, Fee, Constancia, Paciencia, y silencio, y sobre todo Obediencia» (Escalante, *Diálogos del arte militar*, pp. 146-147). De ahí que, además de los tratados técnicos y morales de *re militari*, aparecieron en Europa un conjunto de catecismos dedicados a los soldados que se ocupaban de su formación espiritual. La visión de la vida del hombre como un soldado contra los enemigos principales: el mundo, la carne y el demonio, fomentada por la publicación erasmista del *Enchiridion o Manual del caballero cristiano* (1503) influyó fuertemente en la sociedad española proponiendo una especie de "humanismo bíblico", "humanismo cristiano". El hombre libraba una batalla contra sí mismo en lo más hondo de su naturaleza (p. 90) y las dos armas que debía portar eran la oración y la ciencia (p. 68). La teológica alegoría guerrera se extendió por todos los tratados militares que trataban la moral del soldado.

Este género de libros floreció entre los siglos XVII y XVIII a la par que se establecían las primeras capellanías fijas en las compañías (Lavenia, 2014: 33) y, aunque estaba fundamentalmente destinado a los capitanes y a los confesores de las tropas, también circulaban entre los soldados letrados. Ejemplo de ello es *Il soldato christiano, con l'instruttione de Capi dell'essercito catolico* de Antonio Possevino publicado en 1569 por primera vez. En él, Possevino establece una serie de normas necesarias para «acquistar vittoria contra Heretici, Tuchi, et altri infedeli». Este género de libros nacidos en Italia fue distribuidos entre los soldados, fundamentalmente a oficiales y confesores o capellanes militares, pero también estaba dirigido a cualquier soldado que supiese leer (Lavenia, 2014: 333). Publicada la obra en Venecia, su difusión en las tropas españolas debió ser rápida y efectiva pues un año más tarde, Francisco Antonio publicaba *Avisos para soldados* declarando que «Hasta agora no ha venido a mi noticia ningun libro que

se den reglas y documentos espirituales a los soldados, para que vivan Christianamente, sino es un breve tratado» (f. 4v).

La Contrarreforma influyó notablemente en la configuración del ideal del soldado católico desde finales del siglo XVI, momento en que la religión aparece en los tratados militares como el elemento más importante de la milicia española, ahora, católica. Los tratados que hablan específicamente de la formación del soldado católico en España aparecieron a partir de mediados del siglo XVII: *El buen soldado católico y su sus obligaciones* (1642) de Alonso de Andrade y *Católico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados* (1650) de Bautista Gil de Velasco. Scarión de Pavía, en 1598, ya había establecido la fuente de los bienes de la milicia en un Bien sobrenatural: «para alcançar las victorias, con esperança de ser aventajados en sueldo, y puestos encargos por servir bien, es menester que sean buenos Christianos, temerosos de Dios, y que guarden los mandamientos de su sancta ley, porque sin el temor de Dios no pueden hazer cosa que buena sea» (*Doctrina militar*, f. 84v) fruto de la visión providencialista de la monarquía. En 1592, Eguiluz afirmaba que el soldado debía ser un devoto cristiano de la fe católica (*Discurso y regla militar*, I, I, p. 60), pero será Francisco Antonio en sus *Avisos para soldados* (1597) quien compare a los soldados de la milicia modernista con los cruzados medievales, introduciendo una nueva cuestión para los hombres de armas de la época: la posibilidad de alcanzar la santidad mediante el ejercicio de las armas. De los soldados españoles, considerados «soldados de Cristo» (pp. 29-30), se espera un comportamiento acorde a su condición en el que no tienen lugar los vicios (pp. 57-152) y una fe firme mediante la que pedir «socorro a Dios en sus mayores aprietos y necesidades a la usança militar de los más valerosos soldados» (Gil de Velasco, *Católico y marcial*, f. 4r). Para alcanzar la santidad propuesta, el soldado deberá revestirse con las armas de Dios, además de las materiales: fe, justicia, verdad, palabra de Dios y oración (p. 243) para alcanzar la victoria en la doble lucha que sustenta, contra el enemigo material y el espiritual, para lo que necesita una disciplina espiritual (Andrade, *El buen soldado*, p. 29). Paralelamente, los males del ejército serán considerados como consecuencia de los pecados cometidos por los soldados (*Avisos para soldados*, p. 282).

Uno de los problemas de la milicia española en este siglo (y del que advierten los tratadistas) es la mezcla de soldados provenientes de otras naciones, algunos de los cuales

no siguen este ideal católico. Si bien reconocen que la presencia de herejes en las mismas filas es inevitable, aconsejan que los soldados católicos no congenien con ellos:

> Aunque es verdad, que en todos tiempos fue necessaria esta doctrina, en ningunos mas que en estos, por los muchos Hereges que militan en todas partes, debaxo de las vanderas de los Principes Christianos, entretexidos con los soldados Catolicos, los quales si no andan con sumo cuidado, y están muy firmes en la Religion Catolica, corren peligro de inficionarse con el contagio de sus pestilenciales heregias. Y por tanto debe estar muy advertido el Catolico de no comunicar con ellos, ni comer, ni bever, ni tener su amistad, y mucho menos su camarada (Andrade, *El buen soldado católico, y sus obligaciones*, II, I, p. 224).

Alonso de Andrade dotará teológicamente de significado la participación de los soldados cristianos en la batalla yendo más allá al considerarlos mártires: «Tan grande es el merito de los soldados, que compite con el de los Martires, y gana tanta gloria venciendo a los enemigos, y defendiendo la Fe de Christo, como los Martires venciendo a los tiranos con paciencia, y padeciendo acerba muerte por amor de Christo» (*El buen soldado católico*, p. 36). La idea de los soldados como mártires de la fe católica se vio reforzada tanto por la lucha interna contra los islámicos (herejes), como por las luchas exteriores que a lo largo del siglo XVI había mantenido el ejército español contra el Imperio Otomano (al que se consideraba fundamentalmente un idólatra) y contra los protestantes luteranos en Alemania y los Países Bajos (a los que se consideraba herejes).

3. *SERVATIS SERVANDIS*: LOS OFICIALES MILITARES DEL SIGLO XVI

En la composición de cualquier ejército[50] se encuentran indefectiblemente dos géneros de hombres: los que gobiernan y los que son gobernados. Al igual que el reclutamiento de los soldados, la elección de los oficiales debía hacerse minuciosamente en atención a las virtudes propias de los hombres de mando. Jean Guitton resume acertadamente dónde radica esta superioridad de los oficiales:

> En la dialéctica profunda del espíritu, *ver*, *querer* (el pensamiento, la acción) no bastan. Más allá del *ver* y del *querer* está el *valer*. Así denomino el acto por el que, una vez tomadas todas las disposiciones razonables, uno se abandona. ¿A qué? Según los estados de espíritu, se le llamará destino, suerte, fortuna o providencia, salvación, predestinación. Los estoicos hablarán de necesidad, los epicúreos de azar, los cristianos de providencia.

[50] Entiéndase aquí "ejército" como san Isidoro, muchedumbre ejercitada: «Exercitus multitudo ex uno genere, ab exerciatione bello bocata» (*Etimologías*, IX, p.764).

> El equilibrio superior del jefe militar consiste en encajar el pensamiento, la acción, la plegaria: ver, querer, valer (2019: 132).

La misma idea había formulado Puddu al reflexionar sobre el oficial ideal como «la armónica fusión de valentía individual y capacidad técnica, de osadía caballeresca y prudencia en la conducción de las tropas a su custodia» (1986: 61). Es, en conclusión, lo que la tratadística moderna de la escuela prusiana ha denominado el "genio militar", que es propio de las civilizaciones desarrolladas y coincide con el más alto grado de civilización. El "genio militar" es entendido como la posesión de los dones del intelecto y del temperamento de manera sobresaliente que permiten la ejecución de logros excepcionales a partir de la realización de actividades complejas (*De la guerra*, p. 209). El reconocimiento del "genio militar" en los hombres de armas será posible por la extraordinaria ejecución de las tres principales operaciones que ordinariamente se hacen en el ejército: caminar, acampar y combatir (Salazar, *El arte de la guerra*, III, p. 157).

Desde Vegecio, los factores para la elección de los oficiales eran: linaje y valores morales (*Epitoma*, VII, p. 146), valores que perdurarán en el Renacimiento. Ejemplo de ello es el discurso de Diego Montes, quien considera que nueve personas son suficientes para la gobernanza de todo un ejército:

> Nueve personas, me paresce a mí, que bastan para gobernar un exército por grande en la guerra. Y han de ser cavalleros y personas de mucha sangre y de linaje, porque una cosa tan alta como un exército, no se debe confiar de personas de baxas por tres razones que para ello diré. La primera, porque los capitanes del exército no se dexarían gobernar de personas baxas, sino de cavalleros y personas que ellos se tengan por muy honrados de ser gobernados de aquéllos que tienen el gobierno. La segunda razón es que los nueve cavalleros que han de tener cargo del gobierno del exército, han de ser más pláticos en la guerra que no los otros capitanes del exército o, a lo menos, tanto como los más pláticos, porque si alguna cosa ordenaren o proveyeren, no sean reprehendidos por sus capitanes de su mal consejo que hovieron en el proveer. La tercera razón, es que los soldados pláticos quieren ser gobernados de personas que sean pláticas en la guerra, y de su nación, porque pláticos con pláticos se entienden (*Instrucción*, 5, p. 201).

En los tratados militares auriseculares es fácil diferenciar los consejos dados al capitán y las virtudes exigidas a los soldados (Campillo, 2008: 87). La elección de los oficiales era fundamental en la composición del ejército porque de las cualidades militares y de mando de los capitanes dependían mayormente las victorias y fracasos en las batallas. La mala elección de los capitanes de infantería, no sólo influía en el resultado de las batallas y escaramuzas, sino en el comportamiento de sus subordinados, disminuyendo

en ocasiones la moral de la tropa en caso de observar que «hombres de poca suerte, y bisoños, sin ninguna plática, ni experiencia, por solo favor, les preceden en estos cargos que a ellos les eran debidos, que es causa de que la milicia vaya muy de caída, y de que tenga harta necesidad de ser reformada» (Escalante, *Diálogos del arte militar*, III, p. 167). A finales del siglo XVI la elección de capitanes mozos y bisoños con «tanta piedra en la cabeza y tan poco entendimiento» (*Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 134) era denunciada por Isaba como un mal endémico de la milicia española.

Desde la Edad Media, Alfonso X, al hablar de los caudillos militares distinguía cuatro cualidades que debían poseer los "adalides" y la de "almocadenes": sabiduría, esfuerzo, buen seso natural y lealtad:

> La primera, que sea sabidor de guerra, e de guiar los que con él fueren; la segunda, que sea esforzado para cometer los hechos, e esforzar los suyos; la tercera, que sea ligero, pues esta es cosa que conviene mucho al peón para poder aína alcanzar lo que a tomar hubiese, e otrosí para saber guarecer cuando fuese gran menester; la cuarta, que debe ser leal para ser amigo de su señor, e de las compañas que acaudillaren (*Partidas*, II, XXXII. 4).

Las virtudes que debían poseer los buenos capitanes eran enumeradas por diversos tratadistas:

> Lo principal que alliende de lo que he dicho, de ve tener un Capitan, es que ame a Dios, su Rey, e patria, y que con esto tenga paciencia, humildad, obediencia, clemencia, affabilidad, templança, castidad, modestia, liberalidad, justicia, experiencia. Y le convienen otras virtudes intelectuales, como nobleza sciencia de la Mathematica, Arithmetica, Cosmographia, y con ellas conoscimiento de la influencia curso, y movimiento de las estrellas, signos, planetas, y tiempos a de tener mucha noticia de cosas naturales. Deve ser leydo en historias divinas y humanas, discreto, eloquente, de agudo ingenio, y mediana edad, buena y venerable dispusicion, y bien factionado, y agradable rostro (Garcia de Palacio, *Dialogos militares*, I, ff. 27r-27v).

> El capitán debe ser platico, suficiente en la profession militar, y saber poner a la orden qualquier numero de gente, y en esquadron con sus mangas, y sacar gente en las occassiones, juntarla con razon y buena sciencia, y por tal debe ser conocido de los de la misma profression, porque el subir a ser capitán propriamente es de Alferez, o de los soldados viejos, y esperimentados escogidos de los mejores, y aun que siendo Capitan viene a ser graduado en las Armas y ser noble (pues la noble deriva de las Armas) y ser aventajado en ellas, con todo esto siendo nacido noble, y si juntamente con la nobleza, tuviere letras se puede esperar del qualquier buen sucesso por servicio de su Rey, y por la honra y reputación suya. Dos cosas es necessario que tenga en capitán en si, las quales son tan necesarias, como para el bivir humano son el comer y bever, y son estas, secretissimo, y sospechoso en todas las cosas pertenecientes al servicio Real, y de tal manera son estas dos cosas necesarias, que sin ellas impossible es, que tenga buen successo, y fin en sus hechos, y no solamente debe ser sospechoso, mas debe tener otras dos cosas principales e

> importantes, que son suffrimiento y presteza, porque destas dos cosas se produze el buen fructo de las armas, suffriendo los infortunios del tiempo, y guardándose de las fraudes del enemigo. Debe tener esperança de ser honrado, y mejorado en cargo, y de recebir merced por sus trabajos y buenos servicios (Scarion de Pavia, *Doctrina militar*, f 65r-65v).

Las cualidades expuestas por Alfonso X se adaptaron a las nuevas exigencias de la guerra moderna, siendo la más relevante para los capitanes y otros oficiales la "sabiduría". En vez de "sabiduría", el capitán debía poseer conocimientos científico-técnicos del arte de la guerra, partiendo del estudio del *quadrivium* hasta convertirse en "capitanes matemáticos" (Schmelzer, 2016: 51). El conocimiento aritmético se vuelve indispensable a medida que el cuerpo de infantería se impuso sobre el de caballería en la batalla, exigiendo una ordenación racional de los hombres y recursos disponibles en el escuadrón. El escuadrón, unidad táctica de combate, era «una congregación de soldados ordinariamente puesta por la cual se pretende dar a cada uno tal lugar que sin impedimento de otro pueda pelear y unir la fuerza de todos juntos, de tal manera que se consiga el principal intento y fin, que es hacerlos invencibles; y para este fin los primeros capitanes y maestros de guerra inventaron tantos modos de órdenes y escuadrones» (Valdés, *Espejo y disciplina* militar, p. 35).

La importancia del escuadrón y su composición es un tema recurrente en todos los tratados militares al abordar la formación de los capitanes. Los oficiales debían conocer las diferentes formas de ordenar a los hombres para la batalla en escuadrones diversos, lo que se consigue sabiendo la raíz cuadrada del número de hombres requeridos para ello (Escalante, *Diálogos*, III, p. 183) y de esta manera evitar el desorden que produce dar batalla de frente al enemigo: « El mayor desorden que hacen los que ordenan un ejército para la batalla es darle una sola frente, y obligarlo a un solo ímpetu, y una sola fortuna, y esto nace de haberse perdido el modo de los antiguos de recebir la una escuadra, o escuadrón en el otro: porque sin esta orden no se puede ayudar, ni defender a los primeros combatidores, ni suceder en su lugar en la pelea: lo cual en los Romanos era maravillosamente observado» (Salazar, Re militari, III, p. 165).

A medida que avanza el arte militar en el siglo XVI, los tratadistas se esmeraron por recoger las diferentes composiciones que podían realizarse: «de algunos usan las naciones Italiana, Esguizara, y Tudesca, como son a manera de media Luna, y en forma de Cruz, que algunos buenos ingenios aprueban, y otros en figura Oval, Cuña, y

Triangular y de otras diferentes maneras, que al presente se usan poco» (Escalante, Diálogos, III, p. 183), así como la distribución interior de la piquería, arcabucería y caballería en función del número disponible de cada una de ellas y la ocasión presentada. Ejemplo de ello son las palabras de Valdés al indicar cómo en ocasiones los arcabuceros quedan desprotegidos frente a los bereberes:

> Ya sabéis cómo de ordinario en la infantería española hay más arcabucería que piquería, en tanto grado, que vemos juntarse nueve mil infantes y apenas haber en tan gran número mil y quinientas picas, siendo todos los demás arcabuceros; de manera que, guarnecido el escuadrón y hechas cuatro mangas sobrará mucha arcabucería; donde os parece que se debe poner la tal arcabucería que sobrase, de manera que estuviese segura de la caballería enemiga; pues acontece muchas veces hacer guerra en Berbería, donde tanta caballería tienen los enemigos, y nosotros poca o ninguna, y como digo en Berbería podría ocurrir este inconveniente en otras partes (*Espejo y disciplina militar*, p. 50).

Junto al estudio de ciencias numéricas, los capitanes debían adquirir conocimientos sobre la naturaleza de los cielos (astronomía), o el curso de las aguas (náutica), que les permitiera dirigir correctamente las tropas según las circunstancias concretas de la batalla (García de Palacio, *Diálogos militares*, I, f. 38v).

García de Palacio es el primer tratadista en exponer las dos virtudes morales que deben poseer los capitanes por excelencia: Prudencia y Fortaleza «sin las quales dos no se conseguira la desseada victoria en los casos de la guerra, ni buen subsesso en los demas que se pueden ofrescer» (I, ff. 23v-24r), siendo la más relevante la Prudencia[51]. Siglos atrás, Tomás de Aquino ya se había planteado la igualdad de las virtudes atendiendo a su naturaleza de virtud en potencia y concluía que si había alguna que sobresaliese por encima del resto era la Prudencia, pues resultaba más importante en tanto que perfeccionaba la razón[52]. Además de las virtudes cardinales, el capitán debía poseer la inclinación de cosas altas, magnanimidad, fiducia, perseverancia, magnificencia, paciencia humildad, afabilidad, misericordia, templanza, castidad, nobleza (en cuanto a

[51] Es llamativo, a este respecto, que García de Palacio opte por preferir a los hombres casados (a quienes considera, en consecuencia de su estado más responsables) para los puestos de capitán (I, f. 27v), a diferencia de los soldados, a quienes se prefería solteros.

[52] Santo Tomás de Aquino dice que la pregunta sobre la superioridad de una virtud respecto de otra puede entenderse de dos maneras. Bien atendiendo a la naturaleza de la virtud, bien atendiendo al sujeto que la cultiva. En cuanto a la naturaleza de la virtud, dice: «Es claro que una virtud es mayor que otra, pues la causa es siempre superior a su efecto, y en los efectos tanto superior es uno cuanto más próximo a la causa. Ahora bien, resulta claro, por lo dicho anteriormente que al causa y raíz del bien humano es la razón. Por eso la prudencia, que perfecciona a la razón, precede en bondad a las demás virtudes morales, que perfeccionan a la facultad apetitiva de la razón. […] La prudencia es la virtud más necesaria para la vida humana. Efectivamente, vivir bien consiste en obrar bien» (*Summa Theologica*, *Prima Secundae*, 66).

virtud) y, si es posible, de linaje. Elocuencia, agudo ingenio, presteza, que sea buena persona» (I, ff. 26r-41r). Asimismo, defiende que, al igual que los soldados, el capitán debía abstenerse de caer en los vicios censurados, no tanto por un deber de conciencia, como por las consecuencias que pueden acarrear:

> Al contrario se ha visto perder muchas victorias notables, y subceder desastres en Capitanes viciosos, (porque como dize Dios,) mejor es la sabiduria (que es la Sciencia de las cosas divinas, con la pratica y uso dellas,) que las armas militares, y las vezes que ha subcedido vencer, y desbaratar cosarios, Turcos, y Moros a algunos Christianos, ha sido por quererlo y permitirlo el, assi por açote, y castigo nuestro, a causa de nuestros peccados y culpas (I, f. 29r).

De igual modo, Escalante recalca las virtudes cardinales, así como su religión cristiana (*Diálogos del arte militar*, III, p. 168), mientras Bernardino Barroso propone como ejemplo perfecto de capitán antiguo a Hernán Cortés por su humildad al dejarse aconsejar por los soldados más experimentados:

> Y porque la guerra se hace más con consejos que con fuerzas, le pido que esté a consejo de todos los soldados viejos y sabios, porque éstos suelen mover cosas importantes y las suelen guiar y encaminar […] o porque no es posible a un hombre solo considerar todas las cosas juntas, que se requieren para guiar y acabar una bien […] Y acerca de esto es grandísimo y notable ejemplo, como poco atrás empezamos a decir, del valeroso e invencible Hernán Cortés, el cual con tanta fidelidad y honra ganó y con tan poquita gente y fuerzas un tan copioso mundo, de tanta riquísimas provincias y extirpó sus reyes e idolatrías y los trujo al yugo y obediencia del emperador Carlos V y de la Iglesia Romana, y no tan solamente lo perpetuó en la Corona de Castilla, pero aún sacó el corazón propio de las entrañas de la tierra y o dio a su Señor. Con todo lo cual, y haberle procurado la envidia de arribar de tan alto puesto ganado con su virtud y valor, le visitó el Emperador en su casa y le hizo capitán general perpetuo de todo lo que había ganado y ganase en el Perú y Nueva España, con otras muchas mercedes (*Teórica, práctica y exemplos*, pp. 228- 229).

El primer perfil del capitán ideal será trazado por Álava y Viamont quien dedicaría toda una obra a la formación de *El Perfecto Capitán*. En el Libro I *De las partes que ha de tener el Perfecto Capitán y lo que ha de hacer antes de la batalla*, el autor recogía las tres partes necesarias para calificarlo de "Perfecto": fortaleza, fortuna y ciencia. A diferencia de García de Palacio, para Álava y Viamont la Fortaleza es el asiento de las virtudes del capitán. De la fortaleza moral interior, se extraen otras virtudes como la presteza, afabilidad[53], templanza, justicia, liberalidad[54], magnanimidad, lealtad, clemencia,

[53] Entendiendo que es más grato y asegura una mayor fidelidad el obedecer por amor que por simple ejercicio de la virtud.
[54] Que se traduce según Álava y Viamont en una «consideración en dar y un afecto y amor honesto a la persona a quien se da» (*El Perfecto Capitán*, p. 83).

paciencia, secretismo, humildad, nobleza, constancia y religiosidad (pp. 77-101), e incluso la práctica de ciertas obras de misericordia, como el entierro de los difuntos:

> Lo que venciendo ha de hacer es dar gracias al autor de todo su bien y felicidad; pues es él, el que volviendo por el aumento y autoridad de su Iglesia, postra y derriba el poder y soberbia de los que pretenden contrastar y abatir su Santa Fe y Religión; tratando luego de lo que importa para la salud y cura de los heridos, acariciándolos y animándolos, representándoles la parte de gloria que de la victoria le ha cabido y con premio que por haber peleado tan varonil y esforzadamente, dado de mano de su Rey, les está esperando; mandando dar sepultura a los muertos, mostrándose grato a todo su campo por la determinación con que todos los de él, al pelear, le siguieron, acompañando las palabras con algunas obras, repartiendo los despojos de los enemigos, teniendo respeto de particularizar en la parte de ellos a los que mayor muestra de esforzados dieron (*Perfecto Capitán*, II, p. 280).

Las mismas virtudes mencionaría cuatro años más tarde Scarión de Pavía en su obra añadiendo la Piedad, la Magnanimidad y la Clemencia (ff. 12r- 16r), mientras Bernardino de Mendoza (1595) hacía hincapié en la justicia como fuente de amor del soldado hacia su capitán. La virtud de dar a cada uno según le corresponde, es para Mendoza, según Martín Polín, una justicia distributiva que suscitaba en sus subordinados e iguales la virtud teologal de la caridad que, a su vez, engendraba una "disciplina moral" (2002: 47-48), perfeccionando la disciplina militar. Los mismos postulados enraizados en el *ordo amoris* propone Valdés al señalar que la obligación de los capitanes respecto a los soldados que les han sido encomendados alcanza la dimensión filial: «Estando, por el contrario, muy obligados los tales oficiales a amar y tratar como a hijos todos los soldados que están debajo de su protección y gobierno» (Valdés, *Espejo y disciplina militar*, p. 86). De igual modo, la fortaleza y la osadía de los capitanes debía asentarse para Valdés en el temor de Dios (pp. 87-88). En oposición a la virtud de la caridad, que en el sufrimiento se realiza en la virtud de la compasión (*cumpassio*), se encontraba el vicio de la crueldad:

> ¿Qué pasión es esta que roba a los hombres aquella sociedad en que fueron unidos para gozarse conformes? Ya veo es la crueldad, voz derivada de uno de dos, o "*cruor*" latino, que es la sangre, o la "crudeza", que tienen las cosas a quienes falta sazón y temperamento, trocándose lo suave de las entrañas en un corazón férreo para no compadecerse de la púrpura de tantos hombres heridos, atormentados y despedazados, aclamándose triunfo cuando la tierra nuestra madre se cubre de cadáveres por el luto de sus hijos, tantos sacados los ojos, cortadas narices, piernas brazos, para afear la obra en que Dios se deleitó tanto al fabricarla…? (Baños, *Política Militar de Príncipes*, pp. 314-315).

«Veni, vidi, vici, dixo Julio César. Vine, vi, y Dios vencio, dize nuestro catholico y christianissimo Cesar» (Mexía, *Diálogo del soldado*, f. 14r). Los capitanes de los ejércitos

cristianos, como hombres cristianos, también poseían unas obligaciones morales con Dios y con subordinados y de su cumplimiento, se creía, se obtenían los favores de la providencia. De ahí que junto a las cualidades que todo capitán debía poseer, la más elogiada era la fortuna. «Que fuesen doctos en el arte militar, que fuesen virtuosos, que fuesen hombres de autoridad, y que fuesen bien afortunados» (Valdés, *Espejo y disciplina militar*, p. 30). La Fortuna era entendida en los ejércitos de los príncipes cristianos como la "Providencia", es decir, el designio *ab aeterno* divino, que se diferencia del "hado" y del "caso"[55]. De las tres dimensiones del espíritu, según Guitton, la más importante para el capitán era la de "valer", es decir, poseer la confianza en que, habiendo actuado con la mayor diligencia en las situaciones complejas de la guerra, y conforme a la preceptiva de dicho arte, los designios divinos se inclinarían a su favor. Sin embargo, lo cierto es que una adecuada predisposición para el combate no siempre asegura el resultado esperado, pero no por ello se debe menospreciar la preparación del Capitán:

> No es falta en el Capitán ser desgraciado en las empresas que acomete y encuentros que se le ofrecen con el enemigo, si en ellos acompañó su determinación y esfuerzo de las partes que siempre han de andar en su compañía, que son las que atrás particularmente he referido; pues la ventura en los sucesos y el hallar en lo que se intenta un fin dichoso, ni el arte lo enseña, ni el largo trato de la milicia lo descubre por ser de las cosas que tienen correspondencia con los agentes superiores (Álava y Viamont, *El Perfecto Capitán*, p. 102).

Los capitanes eran, junto a los solados en la época finisecular, los responsables de los males que aquejaban a la milicia (desde los vicios a la corrupción). Los tratadistas acusaban a los capitanes extranjeros que dirigían compañías de la nación española a quienes consideraban se pagaba en exceso (Isaba, *Cuerpo enfermo*, pp. 91-92) sin gran provecho por el escaso servicio temporal que hacían a la corona española. Isaba establecía nueve requisitos imprescindibles para los buenos capitanes: cristiano, práctico, honesto y honrado, entendido, celoso del servicio de su rey, casto, mayor de treinta años, y huidizo del vicio del juego y la avaricia (pp. 131-132). De los capitanes de los ejércitos cristianos se esperaba una vida de piedad puesta en práctica tanto en los tiempos de paz como en los de guerra, convirtiéndose, mediante su ejemplo, en un espejo de virtud y padre

[55] Es interesante la reflexión que hace Díaz Jimeno al respecto diferenciando los tres conceptos: «El hado es la ejecución en el plano temporal y humano del designio providencial; incluye en sí al "caso" (casualidad o acaso), que es la confluencia de causas contingentes que producen efectos fuera del orden necesario o natural, es decir, de rara ocurrencia. La fortuna es, a su vez, una instancia particular del *caso*; en ella participan, además de las causas contingentes, la razón y la libertad del hombre, por lo cual queda circunscrita a los sucesos que afectan al hombre racional, y no a los seres inferiores» (1987: 12).

espiritual para los demás soldados (Gallo, *Destierro de ignorancias de todo genero de infanteria*, f. 24r), (Eguiluz, *Discurso y regla militar*, I, V, p. 89), (Andrade, *El buen soldado católico y sus obligaciones*, I, p.3).

Bernardino de Escalante expuso por primera vez los requisitos religiosos y las prácticas de piedad que debían fomentar los capitanes entre sus hombres de armas entre las que destacan la recepción asidua de los sacramentos de la confesión y la Eucaristía:

> Preciarse ha mucho de verdadero Cristiano en sus obras. Oirá misa todos los días que pudiere, y confesarse muy de ordinario, que con ser tan necesario a todos particularmente, obliga más a los que profesan la Milicia, por los muchos peligros, que de continuo les ofrecen. Y porque sin duda se pelea con más valor, y determinación, cuando se siente quietud en la conciencia. Además que los que la tienen, suelen ser socorridos del favor divino. […] Ha de procurar que todos los soldados generalmente sean buenos cristianos, temerosos de Dios, y de que oigan misa de ordinario, y se confiesen. Porque no hay cosa buena, ni la puede haber donde no se tiene este fundamento (*Diálogos del arte militar*, III, p. 141; p. 169).

Otro ejemplo que encontramos de una práctica de piedad es la oración matutina (maitines) que deben hacer los capitanes con sus respectivas compañías:

> La primera cosa que el capitán ha de hacer en juntando su compañía para caminar es una oración breve, significándoles el honroso y valeroso oficio que han profesado y que el valor y virtud de cada uno de allí en adelante será lo que les ha de aprovechar para tener honra y ser estimados y que él tendrá grandísima cuenta como viven y se precian y si respondieran con el servicio de Dios y Su Majestad los tendrá por muy buenos caballeros e hidalgos muy limpios, aunque en España no lo sean (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 154).

Las mismas cualidades expresadas por los tratadistas para los capitanes de los ejércitos del Viejo Mundo serán aplicadas a los caudillos del Nuevo Mundo por Vargas Machuca:

> Y quales sean las partes de que ha de ser compuesto nuestro Caudillo, quanto a lo primero, buen Christiano, noble, rico, libreal, de buena edad, fuerte, diligente, prudente, afable, determinado; otras partes que penden destas, que se pudieran reducir a ellas, quiero declararlas, porque el que siguiere o tratara desta milicia, advierta asimismo, que el Caudillo ha de ser dichoso, secreto, cauteloso, ingenioso, honesto, y el Caudillo que todas las partes referidas alcançare, sepa que es particular don de Dios, y con seguridad se podra arrojar a las conquistas, y poblazones (*Milicia y descripción*, I, f. 9v).

Una de las cualidades más novedosas que deberán poseer los caudillos del Nuevo Mundo (y consecuencia de la escasez de hombres veteranos en la guerra entre sus filas) será el "ingenio" entendido como sinónimo de "ingeniero": «Aunque el ser ingenioso

nuestro Caudillo se pudiera escusar en parte, por las pocas fabricas que en esta milicia tiene que hacer, en fortificaciones de castillos, minas, o contraminas, y otras machinas de fuego, no dexa de tener necesidad de serlo, porque siempre se ofrece en que poder cultivar el ingenio» (f. 29v).

Al igual que los capitanes, el caudillo debía ser cristiano (incluso con mayor fundamento, de acuerdo a la empresa evangelizadora) y realizar prácticas de piedad: «Es conveniente que el Caudillo haga ante todas cosas, y antes que salga a sus conquistas, las diligencias de Christiano, con sacrificios, y oraciones, y […] es necesario llevar sacerdotes consigo» (I, f. 10v).

A finales del siglo XVI, el ideal de soldado y oficial expuesto por los intelectuales de la milicia parecían no tener efecto alguno en la soldadesca española. Marcos de Isaba pronunciaba una especie de réquiem añorando los buenos tiempos de la milicia española:

> En lo antiguo, españoles han sido bienquistos de todas naciones, de noventa años a esta parte somos aborrecidos y odiados y esto lo han causado las guerras que se han ofrecido. En las cuales, donde esta nación se ha hallado las ha ejecutado con valor y ánimo y con mucha lealtad a su rey y las cosas de Dios las ha reverenciado y servido con mucha voluntad, amor y respeto y sus reyes y príncipes de aquellas victorias y despojos y de su patrimonio propio dotado y acrecentado los templos y culto divino (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 217).

El género de oficial ideal fue uno de los aspectos más importantes de los intelectuales en la milicia moderna española, según González de León (1996: 85). La figura del oficial como soldado gentilhombre y científico de la guerra permitía a los humanistas establecer un nexo entre los caballeros medievales y los nuevos hombres de armas surgidos tras la Revolución militar.

4. Peones y caballeros: la influencia de la pólvora en el Humanismo militar

«Que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, o ya de un tiro de artillería, o volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir, y acabose la obra; y según Terencio más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida [..] Que al soldado mejor le está el oler a pólvora que algalia» (Cervantes, *Don Quijote de la*

Mancha, II, XXIV, pp. 910-911). Cien años después de la publicación del primer tratado de arte militar, don Quijote resalta el incremento de valor en el hombre que requiere la batalla moderna a causa de la ofensiva artillería. Los elementos tácticos de la infantería, armas blancas y fuego producían en los soldados un doble efecto físico y moral (Villamartín, 1989: 386) y establecían los dos grandes métodos de lucha: la acción de choque directa (realizada en el combate cuerpo a cuerpo) y el abatimiento del enemigo con armas arrojadizas a cierta distancia. Si bien el fuego «ni conquista posiciones ni desaloja tropas, […] causa bajas, perturba el orden enemigo, aterroriza…» (1989: 386).

Las armas que menciona don Quijote, la artillería y las minas, son, según Rupp, «typical of wars of siege and attrition, and a substantial body of humanist moral and military thought regards such warfare as ethically suspect and non-heroic» (2014: 6). Pero, frente a la opinión quijotesca, muchas otras voces se quejaron de la privación del valor que provocaba el uso de las armas de fuego. Sobre todo, en el género épico en el que se ensalzaban las hazañas de los héroes. Baltasar Castiglione en *Il Cortiggiano* recomendaba a los hombres que se formasen en el manejo de las armas blancas, como la espada, además de saber manejar la artillería y protegerse de ella: «No haga como algunos que se les va todo el negocio en palabras y en puntos, y tocando a ellos el escoger las armas, escogen las que no corten o que no tengan punta y ármanse de pies a cabeza como si hubiesen de esperar docientos tiros de pólvora» (p. 135). Ejemplo de ello es la arenga que recoge Diego Montes del Gran Capitán hacia sus subordinados:

> Y otro día le quemaron la pólvora al Gran Capitán por engaño, ya sí no se pudo aprovechar del artillería. Y como los españoles eran pocos y vieron quemada la pólvora, no tenían esperança de vitoria; y como el Gran Capitán los viese así, mal contentos, les dixo que se esforçasen y que no tuviesen en nada el quemar de la pólvora, que los buenos y valientes hombres no peleavan con pólvora, sino con lança y espada, y que sus antepasados con la espada en la mano havían ganado los reynos de España (*Instrucción*, V, pp. 204-205).

Sin embargo, en 1521, Maquiavelo renegaba del uso de la pólvora, no tanto por cuestiones morales, como tácticas[56]:

> Verdad es que no he hecho disparar a la artillería sino una sola vez, e incluso dudé que disparase. La causa de ello consiste en importar más no recibir los proyectiles del enemigo que herir a éste con los nuestros […] No permito que mi artillería haga un segundo disparo

[56] La efectuación de un único disparo requería numerosos pasos como puede observarse en las imágenes del apéndice L. El tiempo estipulado en disparar y la escasa eficacia de las armas a principios del siglo XVI conllevaron una cierta reticencia de los tratadistas en la promoción del uso de artillería ligera.

> para impedir que lo efectúe también (163) la enemiga, y aun, si es posible, que no dispare ni una sola vez. La única manera de inutilizarla es echarse sobre ella, porque si el enemigo la abandona, cae en vuestro poder, y si la defiende, ha de retirarla, de forma que, en cualquiera de ambos casos, no puede disparar (*El arte de la guerra*, III, pp. 162-163).

Paralelamente a la realidad de la batalla, a principio de siglo, los tratadistas militares renegaron del uso de la artillería por su deficiente eficacia tanto en el campo de batalla, como en el marchar debido al polvo producido que causa confusión y dificulta la visión del movimiento de la tropa (III, p. 163). La artillería pesada era criticada por no causar apenas estragos en la infantería, bien porque no llega a los enemigos, bien por falta de puntería, bien por un error humano, bien por la desigualdad del terreno que dificulta la colocación correcta de las armas para efectuar los disparos (III, p. 163). Frente a la artillería ligera, causante de cierto daño en el bando enemigo al facilitar el «llegar cuanto antes al cuerpo a cuerpo» (III, p. 164). La diferencia de calibres balísticos y de armas, junto a la escasa formación artillera de los soldados, provocaba a principios de siglo más problemas en el ejército que ventaja táctica:

> Hay tanta diversidad de piezas en algunas plazas y almacenes, que apenas se distinguen las balas por ser de tan diferentes calibres, y hay alguna que tiene piezas desde una libra hasta cincuenta consecutivas, de que se siguen infinitos inconvenientes, porque como de tantas diferencias, y algunas no fáciles de percibir, causan gran confusión en el conocerse, y se mezclan y truecan con facilidad, con que llegada la ocasión, o se tira con bala pequeña con que no se hace tiro seguro, o se pone una mayor, con que se atraviesa o para en el hueco de la pieza, con que la hace inútil y después cuesta mucho de sacarla. También las cucharas por lo mismo, y ser tantas se truecan fácilmente, con que o se cargará con poca pólvora, y por esto no hará efecto el tiro, o se cargará con demasiada con que reventará la pieza; y habiendo tantas los artilleros se embarazan y turban, pues no todos tienen capacidad para entre muchas piezas saber la que es y toca a cada una, y habiendo tantas hay más sencillas, otras mal fundidas, otras de mal metal (Aytona, *Discurso militar. Propónense algunos inconvenientes de la Milicia de estos tiempos, y su reparo*, XX, pp. 148-149).

Y generalmente su carácter era más efectista en los enemigos que práctico:

> Mayor fue la apariencia que el daño, porque cada hombre que moría, como quedaba tan despedazado, hacía muestra de gran carnicería, y aunque el daño no dejó de ser grande, podémoslo nombrar muy pequeño en comparación de las muchas pelotas que así este día como los tres siguientes en nuestro campo se echaron, que fueron las sin perdidas dos mil y setecientas y tantas. Empero, por muchas prisa que ellos se daban en cañonearnos no dejaron por eso algunos de nuestros arcabuceros de salir a escaramuzar un rato, en que hicieron algún daño (Núñez Alba, *Diálogos de la vida del soldado*, I, p. 112).

Las tres armas del ejército, infantería, artillería y caballería, se conjugaron desde la Antigüedad para la obtención de la mayor eficacia en los combates. La cuestión sobre la

superioridad de una de las armas sobre las otras, desde Vegecio, quedaba irresoluto ante la imposibilidad de otorgar una respuesta única y paradigmática. Pese a ello, el cuerpo de infantería era considerado como la fuerza primera del ejército:

> Se debe someter a consulta qué bando tiene mejor caballería y mejor infantería teniendo siempre presente que la fuerza del ejército radica fundamentalmente en la infantería y dentro de la caballería, se debe analizar quién está mejor dotado de lanceros y de arqueros, quién tiene la caballería pertrechada con más corazas y quién dispone de mejores caballos. Por último se debe valorar incluso si los lugares en los que se va a producir el combate parecen más propicios al enemigo o a nosotros, pues si les aventajamos en caballería debemos preferir campo abierto, si es en infantería debemos elegir un terreno angosto, repleto de escollos en forma de zanjas, pantanos y árboles, y en ocasiones también un terreno montañoso (*Epitoma*, III, IX, pp. 5-6).

La ventaja de movilidad de la infantería en terrenos escabrosos frente a la caballería, así como la prontitud de obediencia de éstos (frente a los caballos, a los que en ocasiones es imposible dominar o sobre los que recaen las culpas de la demora en el ataque) concederán un mayor prestigio a la infantería. El hecho de que la fortaleza del caballero (exterior) pudiera residir en el ímpetu del animal pero no en el caballero (y viceversa), provocaba una disociación causante de confusión y caos en algunas ocasiones. De ahí que afirme Salazar que es más seguro para afrontar al enemigo un escuadrón de infantes.

> Que los caballos no puede ir por todas las partes como los infantes, y también son tardíos a obedecer cuando ocurre variar la orden, y los infantes son más prontos, para si es necesario, yendo adelante volver atrás, o volviendo atrás, tornar adelante como verse estando firmes, o andando afirmarse, que sin duda no lo pueden así hacer los caballeros: siendo por cual que ímpetu desordenados tornarse a ordenar, sino con dificultad, y aunque aquel ímpetu faltase ocurre muchas veces, de más de esto que un hombre animoso está sobre un caballo cobarde, o un hombre cobarde sobre un caballo animoso por donde conviene que esta disparidad de ánimo haga desorden, y no se maraville nadie que un escuadrón de infantes resista cualquier ímpetu de caballos (Salazar, *Re militari*, II, p. 130).

Junto a Vegecio, Maquiavelo y Salazar, todos los tratadistas concluirán que la infantería es superior a la caballería (Montes, *Instrucción*, VIII, p. 206, Eguiluz, *Discurso y regla* militar, II, V, p. 197; Isaba, *Cuerpo* enfermo, pp. 69-70; Mendoza, *Teórica y práctica de la* guerra, p. 76). Diego Montes, concordando con los anteriores, esclarece el orden en que se ha de dar la batalla: primero los caballeros y, a continuación, los soldados más pláticos:

> Es el cuerpo del exército la infantería y la fortaleza de exército es la infantería; y por eso, el día de la batalla se haze cuerpo en el esquadrón de infantería, donde fueren los soldados más pláticos en la guerra, porque en ellos está aquel día la fortaleza del exército y ellos han

> de afrontar los primeros, después está aquel día la fortaleza del exército y ellos han de afrontar los primeros, después que los cavalleros hovieren afrontado; y en ellos se espera la vitoria y, por aquella honra tan grande que se les da, son obligados a morir o vencer los tales soldados pláticos, por la vitoria que dellos se espera aquel día (Montes, *Instrucción*, 8).

El cuerpo de caballería, subdividido en caballería pesada y caballería ligera en base al armamento que portaban los caballeros, poseía una diferencia táctico-social. La caballería ligera poseía el cometido de avanzar hacia el enemigo para campear y dominar al enemigo gracias a la velocidad de los jinetes y mandar sobre él realizando acciones que requerían de mayor valor:

> La caballería de ristre a la ligera es importantísima, porque es fuerte y asegura el ejército, y hace mucha guerra al enemigo; la jineta de España para campear es perfecta, que es presta como el pensamiento, y revuelve por do quiere, y pica por todas partes, y las cuestas, cerros, sierras, y valles, todo es llano para ella, que son como gatos aquellos caballos, en un momento se hallan en todo lo que quieren; y ninguna otra caballería les dañará si no los cogiesen encerrados (Eguiluz, *Discurso y regla militar*, II, V, p. 197).

Mientras que la caballería pesada constituía la base del cuerpo de caballeros y la fortaleza de la batalla (entendiendo Montes la fortaleza superior en base al linaje y la nobleza elevada de sus componentes):

> La gente darmas y cavallos ligeros no llevan esta orden porque cada capitán trahe solamente cinqüenta de cavallo, aunque algunos hay que traen ciento. E los hombres darmas trahen dobladas armas y los cavallos doblados, e su oficio es de mayor dignidad que el cavallo ligero, porque son llamados entre los príncipes gente de guerra, quando están en su campaña el cuerpo de la cavallería; y éstos, puestos en su esquadrón el día de batalla, hazen cuerpo, porque está entre ellos la flor de la cavallería, y la fortaleza de una batalla está en ellos; y los cavallos ligeros tienen otra orden, que son más prestos para combatir, porque andan a la ligera y de contino andan a vista de enemigos; y éstos sirven mucho en la guerra porque señorean la campaña, lo que no hazen los hombres darmas, que éstos no salen sino a cosa de hecho e, si salen, salen sobre cosa pensada (*Instrucción*, pp. 198-199).

La nueva formación de los *milites*, anónima y masificada, y su configuración ideal en la tratadística militar, le siguieron nuevas formas de narrarla en las que «el relato de sus aspectos cotidianos y mecánicos se entreteje con el tradicional que narra las gestas heroicas y las cargas de caballería» (Puddu, 1984: 25). Los poetas del siglo XVI encontraron en el género épico una nueva posibilidad para la representación y alabanza de estos soldados de infantería que engrosaban las filas del ejército español y que, durante todo el Quinientos, lograron expandir las fronteras de un imperio en el que no se ponía el sol.

3. LA "ÉPICA CRONÍSTICA" EN LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS

1. ¿ARMAS O LETRAS? EL PARADIGMA DEL "SOLDADO-ESCRITOR"

La consolidación de un ejército permanente en la Península Ibérica provocó la aparición de una "cultura y técnica militar" que invadió la literatura a partir de 1500. La expresión, según Gianni, debe entenderse como un «amalgama di discussione teorica e di proposta concrete presente in una trattatistica attenta tanto alle qualità umane ed alla preparazione pratica del buen ufficiale, quanto allá formazione di esperti, militari e civili, in quelle discipline tecniche e scientifiche che la guera della prima età moderna andava richiedendo in misura crescente» (1997: 483). Para García Hernán esta cultura de la guerra, además de la información sobre la vida militar, comprende «cuestionamientos políticos y geoestratégicos trascendentes para la Monarquía» (2011: 492). El soldado que militaba en el ejército español era consciente de su protagonismo en un período excepcional de la historia proclive a la realización de hazañas, como lo atestiguan las múltiples pasajes de cronistas e historiadores de la época:

> Y quién fueron los capitanes y soldados que la conquistamos y poblamos, y otras muchas cosas que sobre las tales conquistas pasamos que son dinas de saber y no poner en olvido […] Y si hobiese de decir y traer a la memoria parte por parte los heroicos hechos que en las conquistas hecimos cada uno de los valerosos capitanes y fuertes soldados que desde el principio en ellas nos hallamos, fuera menester hacer un gran libro para declarallo como conviene y un muy afamado coronista que tuviera otra más clara elocuencia y retórica (*Historia verdadera*, p. 12)

Como el antiguo imperio romano, cuando César apuntaba en los instantes preciosos del *otium* los movimientos tácticos que le habían llevado a la victoria, los soldados del siglo XVI sentían la necesidad de grabar en un soporte más longevo que la memoria las hazañas logradas por el la Monarquía Hispánica y la escritura se constituyó como el medio idóneo para ello. El propio Valdés lo declara en el prólogo de su obra a la vez que justifica el cultivo de las letras entre los hombres de armas: «También era Julio César de vuestra profession, pero no tuvo por cosa contraria a ella, con la pluma en la mano scrivir de noche lo que con la lana hazía de día, de manera que la profession no os escusa. ¿No avéis oído dezir que las letras no embotan la lança?» (*Diálogo de la lengua*, p. 19). Las letras se abrieron paso hasta el campo de batalla y los propios soldados, que habían

recibido una educación letrada antes de su incorporación a filas (Martínez, 2016: 17), escribieron sobre los hechos militares al descubrir que eran de interés para un cierto público. Géneros relacionados con la historiografía, como las autobiografías de soldados o relaciones soldadescas, las cartas, y las crónicas[57], entre otros, inundaron el panorama ibérico circulando en diferentes formatos, y construyendo una "República de las Letras" (Martínez, 2016: 34) en la que los soldados configuraban, a través de la pluma, una ética guerrera: una manera de entender la guerra y de postular sus causas (Vega, 2010: 14, Martínez, 2016: 6), implícita y reveladora, y una identidad individual y social de los soldados representados:

> The propagation of news and poetry, of oral and printed texts on the matters of war, is one of the main pillars of an increasingly transnational soldiers' Republic of Letters. The constitution of a public around the matters of war also reinforced a sense of corporate identity and proud solidarity among soldiers who were serving far away from each other, an identity that oftentimes was at odds with the aims and methods of empire administrators (Martínez, 2016: 34).

Si bien el género autobiográfico cultivado por los soldados de los siglos XVI y XVII posee ciertas características comunes con la poesía épica: la perspectiva primo personal que concede a los personajes, el interés mundano, y el protagonismo de soldados de las tropas (Sáez, 2018: 174), hay una diferencia sustancial que Miguel Martínez recalca acertadamente al hablar de los soldados-poetas del Siglo de Oro: la construcción de una identidad social propia de los soldados profesionales en el discurso épico y memorialístico frente a la narración de la vida individual de los soldados, objeto del género autobiográfico (2014: 108; 118-119). De ahí, la disolución del autor (en el caso de Ercilla) en la masa de la tropa. De igual manera, la abismal diferencia en la difusión profusa mediante reimpresiones del género épico en el siglo XVI y XVII y la escasa

[57] Sin duda alguna el siglo XVI se consolidó como el siglo de la Historiografía, y concretamente de la crónica. A los cronistas oficiales del estado como Pedro Mexía se les sumaron otras muchas plumas que recogieron numerosos sucesos. Desde Historias generales, como *Crónica general de toda España* (1538) de Pedro Antonio de Beuter, *Crónica general de España* (1543) de Florián de Ocampo, o *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, de Pedro de Medina (1548), a Historias regionales y de sucesos particulares como *La conquista del reyno de Granada* (1513) de Luis Correa, la *Relación de la Guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto* (1572) de Fernando Herrera, *Comentarios de la guerra de los Países Bajos* (1592) de Bernardino de Mendoza o *Guerra de Granada* (1627) de Hurtado de Mendoza. Lo mismo sucederá al otro lado del Atlántico con obras como las *Cartas* (1522) de Hernán Cortés, el libro intitulado *Naufragios* (1555) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Brevíssima relación de la destruyción de las indias* (1542) de Bartolomé de las Casas, *Historia general de las Indias* (1552) de López de Gómara o *La conquista de Nueva España* (1632) de Bernal Díaz de Castillo.

circulación de las relaciones autobiográficas, ocultas hasta los siglos XIX y XX (2016: 117), revelan la preferencia de los lectores por el género noble.

Tres elementos impulsaron, según Calvo, la proliferación de los escritos autobiográficos entre los soldados, los cuales pueden extrapolarse al género épico: el pensamiento humanista que valoraba al individuo, el descubrimiento de América y del "otro" «con todas las interrogaciones que nacen entonces sobre la naturaleza humana» (2014: 24) y la estrecha relación con la religión católica. La configuración de un nuevo prototipo de "soldado plático", cuya formación bidimensional (experiencial y sapiencial) requería del conocimiento científico-tecnico para el desempeño de su función militar, favoreció la proliferación de los escritos relacionados con el mundo de las armas y la soldadesca. Antes de que Cervantes sintetizara magistralmente esta idea: «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza» (*Don Quijote*, I, XVIII, p. 215), el capitán Martín de Eguiluz en su *Discurso y regla militar* recalcaba la importancia del estudio de las letras en la formación del nuevo soldado de los tercios:

> Porque en esta Era la guerra se hace muy diferente sin tiranía, y con más fuertes armas e industrias, y cada hora se descubren más sutilezas de ingenio, y artificios de fuego. Y es muy bueno leer historias y escrituras de antiguos valerosos capitanes, para despertar y avivar el entendimiento, y acrecentar el ánimo los que siguen la Milicia. Pero no se atenga nadie, a que con solo haber leído será apto para guiar el ejercicio de la guerra, ni se fíe de ello, sino que ha de ser cursado, y haber visto ejércitos, y perdido el temor al enemigo. Si bien con el curso de la guerra; y a ningún género de gentes le asientan las letras mejor que al soldado, porque le hace fuerte y perfecto hombre. Muchos valerosos Emperadores, Reyes, y Capitanes Generales han sido letrados, y así se abrazan las letras con las armas, como la caballería con la infantería en el ejército, que la una con la otra juntas son fortísimas (II, p. 213).

Dos factores, que respondían a dos necesidades vitales para los soldados renacentistas, promovían dichos escritos: por un lado, la formación militar (concretada fundamentalmente en la tratadística militar) y, por otro, el anhelo de recompensa primariamente y de gloria[58] (reflejado sublimemente en el género épico). Es necesario diferenciar el concepto de "gloria" del de "fama". Si bien la fama era «todo aquello que de algunos se divulgan, ora sea bueno ora malo» (*Tesoro*, p. 880), la gloria implicaba una moralidad virtuosa: «*Est frequens de aliquo fama cum laude*, una fama y una voz común

[58] Para profundizar en el concepto de la "gloria" y su influencia en la guerra moderna es interesante el ensayo de C.S. Lewis, *El peso de la gloria*, Madrid, Rialp, 2017.

que hay de algunos, a quien loamos y su virtud» (*Tesoro*, p. 979). La gloria, por tanto, es propia de los héroes precisamente porque el concepto del héroe es, como indica Morris, una categoría moral (2010: 35). Para Morris el concepto del héroe equivale a lo que los filósofos llaman "concepto normativo": un modelo de lo que debería ser el hombre y a lo que se puede aspirar (2010: 40), de ahí que, como señala Lara Vilà, para muchos autores la poesía épica es de naturaleza moral (en cuanto a su imitación de los mejores en virtud) (2001: 152). El planteamiento, derivado de la interpretación de la definición aristotélica de la epopeya como la representación de un personaje σπουδαῖος, entiende este adjetivo en su acepción moral: «ἐποποιία τῇ τραγῳδίᾳ μέχρι μὲν τοῦ μετὰ μέτρου λόγῳ μίμησις εἶναι σπουδαίων ἠκολούθησεν» (1449b9-10).

Hay que tener en cuenta que la moral se ocupa de tres cosas: «La primera, de la justicia y la armonía entre los individuos. La segunda, de lo que podríamos llamar ordenar o armonizar lo que acontece en el interior de cada individuo. Y la tercera, del fin general de la vida humana como un todo: aquello para lo que el hombre ha sido creado» (Lewis, 2018: 106). Si la gloria es fruto de una vida vivida acorde a una moralidad, y la moralidad del hombre, tal y como lo expresaba Lewis, abarca la totalidad de la vida, la gloria es un ideal que rige completamente todas las decisiones tomadas por los hombres, incluidas, las militares. La búsqueda de la gloria es un elemento que, diacrónicamente, ha estado siempre presente en el ejército y que se concreta en la toma de decisiones estratégicas, fundamentalmente en las sociedades monárquicas y pseudomonárquicas donde puede constituirse como el principal propósito estratégico (Black, 2020: 11). En la Edad Media se había cuestionado la moralidad de la "gloria" como motor heroico, pero fue validada por santo Tomás de Aquino: *appetitus gloriae non est peccatum* (*De malo*, q. 9ª. 1 arg. 5-7). Junto a la búsqueda de la gloria, la adquisición de la honra se convirtió en el motor para la carrera de las armas.

En este contexto, tratadistas militares y poetas épicos eran conscientes del valor incalculable de las letras y la necesidad recíproca entre éstas y las armas para la adquisición de la honra. Los tratadistas reconocían la necesidad de un estudio letrado y científico del fenómeno de la guerra por parte de los nuevos soldados para la realización de hazañas militares y, a su vez, los soldados advertían la importancia de las letras para que sus hazañas quedaran recogidas en la memoria colectiva. Las palabras de Castiglione

lo corroboran: «por cierto que el que no siente el provecho que hay en las letras tampoco puede sentir la grandeza de la gloria por ellas conservada y solamente mide la fama con la edad de un hombre o de dos, porque no puede tener memoria de más tiempo» (*El Cortesano*, p. 181). Armas y letras se requerían recíprocamente para lograr la gloria:

> Las cuales [las letras] nos pintan y representan las cosas pasadas como si las tuviéramos presentes, y con ellas comunican los hombres sus conceptos y pensamientos, unos a otros, aunque haya entre ellos muchas leguas de ausencia, como si se hablasen y comunicasen a boca […] De modo que se puede decir que si las armas tienen estimación es por la que les dan las letras, que son la estampa y natural trasunto que las eterniza en la memoria de los hombres. Y en conclusión digo que todas las artes así liberales como mecánicas se perfeccionan y tienen ser por las letras (Núñez de Velasco, *Diálogo*, II, p. 124-125).

De ahí que, autores como Bernardino de Escalante se lamentasen en sus obras de la falta de escritores que recogieran las hazañas de los soldados valientes contemporáneos:

> Cierto que no lo sé, que aún hasta en esto tenemos poca ventura los Españoles, que seguimos la guerra, de no haber quien escriba los hechos valerosos, y los nombres de los que los hacen, con ser cosa muy importante que hubiese en los ejércitos. Cronistas de cada nación, que escribiesen los hechos de los soldados y Capitanes, que son serles esto manifiesto, muchos se atreverían a ser valientes más de lo que son, entendiendo, que de sus obras, siendo buenas, y de sus nombres había de quedar inmortal memoria, y fama (*Diálogos del arte* militar, II, p. 107).

El debate sobre las armas y las letras como medios de adquisición de la honra se extendió a lo largo del Siglo de Oro, pero para los tratadistas, ésta se alcanzaba primordialmente a través del ejercicio de las armas, como confiesa: «De manera que por esta tan limpia razón y causa se puede creer tener más alto lugar las armas, pues no hay noble o hidalgo en todo el mundo que confiese su antigüedad o limpieza venir de mercaderes, doctores, escribanos, arrendadores o de otros oficios viles, sino de un tronco o ramo antiguo, que en la milicia dio principio a su linaje» (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia*, p. 103).

La práctica escritural no fue exclusiva de capitanes o caudillos de expediciones, como Hernán Cortés, sino que se extendió entre los soldados de cualquier rango (Martínez, 2016: 29). Un estudio de la tratadística militar publicada entre 1500 y 1650, nos permite concluir que los autores españoles de dichos tratados militares presentaban una serie de características biográficas similares. Generalmente se trataba de soldados

veteranos que disponían de tiempo ocioso (bien, en plena campaña militar, bien en momentos de travesía marítima, o, mayormente en el caso de los tratadistas, nos encontramos ante soldados retirados por su avanzada edad) y que desean poner su pluma y los conocimientos adquiridos en las batallas en las que habían participado, al servicio de la formación de los nuevos soldados bisoños: «Hallándome en esta ociosidad he tomado trabajo de escribir este pequeño volumen, titulado *Milicia, Discurso y regla militar*, que contiene lo que cada uno conviene hacer y guardar en el noble ejercicio de la Infantería, desde el principio de soldado privado, hasta Capitán General» (Eguiluz, *Discurso y regla militar*, p. 55).

Un ejemplo curioso es el del marqués de Aytona, quien en su dedicatoria al rey justifica su escrito como un servicio real en el tiempo en que estuvo en prisión tras ser suspendido de su cargo por haber ordenado decapitar al proveedor general del Ejército, Antonio de la Torre por insubordinación, sin seguir los protocolos establecidos. «Como siempre he empleado el tiempo en servir a V. M. no he querido perder del todo el de tan larga, y penosa prisión; he servido en ella lo que me ha sido permitido, por no dejar de servir, y entre otros papeles que ha trabajado juzgo que ha de ser muy del servicio de V. M. lo que dice este discurso, y así me atrevo a remitirle a sus Reales manos» (*Discurso milita*, p. 94).

El producto escritural era resultado, por tanto, de visiones subjetivas de la milicia generadas a partir de su experiencia militar y formación. Ejemplo de ello es el enfoque que da Sancho de Londoño como maestre de campo en donde se muestra partidario de reforzar los puntos estratégicos para controlar el terreno en vez de repartir a los soldados abiertamente (García Hernán, 2005: 26). Se configura de este modo el perfil paradigmático del "soldado-escritor"[59] (González Castrillo, 2000: 14) cuya representación personal de la práctica de la guerra, más que una exposición objetiva de la autoridad, se consolida como un cauce para su construcción conforme a unos ideales premeditados. Miguel Martínez ha profundizado en la imagen del soldado escribiendo en el campo de batalla como fuente documental y simbólica de la autenticidad histórica del texto (2016: 29). La voz poética del soldado veterano: «authorizes the poetic or narrative

[59] González Castrillo (2000) ofrece un extenso estudio acerca del paradigma del soldado escritor, así como de los aspectos formales y textuales de los tratados militares del siglo XVI.

voice of a social subject whose discursive legitimacy relies on his military expertise and his direct contact with the spaces of war rather than on humanistic erudition, nobility, service at court, or inventive genius» (2016: 30). De esta manera, el objeto histórico se convierte «en sujeto histórico con una importancia transcendental también para el desarrollo de los hechos "reales"» (García Hernán, 2011: 499).

A diferencia de historiadores o poetas, salvo en contadas ocasiones[60], cada tratadista es artífice de una única obra en la que expone todo su conocimiento de la milicia con una intención predominantemente didáctica o doctrinal. La mayoría de las obras se presentan bajo la forma de tratados, discursos, diálogos, avisos… con una gran recurrencia en cuanto a los temas tratados. Cinco grandes temas subyacen, según Conzález Castrillo (2000: 14) en todas estas obras normativas: el ideal bélico, en donde aparece esbozado un retrato del soldado ideal (tanto físico como espiritual) y una representación también ideal de la milicia conforme a los valores morales de la época; la justificación de la guerra y su justicia; la disciplina, como virtud primordial del soldado; el desencanto de la milicia (con mayor presencia en los tratados escritos a finales del siglo XVII); y la fascinación por la Antigüedad romana como modelo perfecto a imitar para lograr el óptimo funcionamiento de la milicia. Si esta práctica literaria fue cultivada entre los soldados de los tercios, se extendió mucho más en las filas de los hombres que fueron al Nuevo Mundo: «many of the better-known chronicles and relaciones from the colonial American context were written by major and minor figures in the liminal spaces of the war of conquest in the new territories» (Martínez, 2016: 30).

Sin embargo, no todos los tratadistas fueron soldados. Entre ellos hay también hombres de Derecho (Álava y Viamont, Baños de Velasco y Acevedo) e incluso clérigos (fray Jaime de Alcalá) que desean esclarecer cuestiones relacionadas con la legitimidad y moralidad de las guerras en las que participaba la Corona española, de ahí su inclusión en este conjunto de tratados escogidos para el estudio de la configuración ideal de la milicia española. Los tratadistas justificaban su empresa retórica por su amor a la milicia, a la que generalmente habían servido extensamente, y su deseo de conservar en la

[60] Encontramos la excepción de Bernardino de Mendoza con sus *Comentarios de lo sucedido en la guerra de los Países Bajos desde 1567 hasta 1577*, además del tratado *Teórica y práctica de la guerra*, escrito tras treinta años de servicio como soldado y embajador (González Castrillo, 2000: 14).

memoria colectiva las hazañas que habían realizado (ellos mismos o sus compañeros) en las batallas en las que habían participado. Ligado a estos dos motivos, aparece un tercer motivo más mundano e inmediato: la esperanza de la obtención de una recompensa (ya sea económica —monetaria— ya sea social —un puesto elevado en la Administración—) a partir del reconocimiento de su servicio. Núñez de Velasco y Acevedo aborda directamente la generosidad de los reyes españoles en lo referente a la paga de la soldadesca frente al inconformismo de los soldados, que siempre la consideran insuficiente y lo que dicha actitud acarrea:

> MARCIAL. Pero como sería posible que los reyes puedan por poderosos que sean satisfacer a tantos, mayormente que la gente de guerra es inoportuna y de mal contento, y sería imposible satisfacer a sus deseos, que son insaciables, en especial los de nuestra nación, que naturalmente es altiva, con ser la que tiene menos ocasión de lamentarse, porque los Reyes Católicos de España siempre con su piedad y clemencia han socorrido con grandísimo cuidado a los que en su servicio han recibido heridas y notable manquedad en la guerra. Y esta caridad hereditaria y natural tiene al presente la Majestad Católica del rey don Felipe Tercero que nos gobierna remunerando convenientemente a los que traen bastantes informaciones de sus generales; y si están tan inútiles que no puedan servir en los ejércitos, los asignan plazas y pagas muertas en sus casas, o en algunos castillos, pero somos los españoles de tan mal contento que nada nos satisface y todo lo que se nos deja de dar juzgamos que se nos debe.
> ASTROGENIO. No niego esa condición española, a la cual esos buenos pensamientos hacen aventajada sobre todas las demás naciones, porque de los buenos pensamientos nace el buen ánimo, y del ánimo los hechos heroicos, y de los hechos el merecimiento, y el merecimiento pide remuneración, y así los soldados españoles piensan que todo se les debe, y cuando ven preferírseles los que dice, pierden la paciencia y desamparan el ejercicio por no ser gobernados de hombres insuficientes» (*Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, II, p. 135).

La esperanza de una retribución es la causa principal de que la mayoría de los tratados tengan como destinatario preferente al Rey[61] ante el que se excusan los tratadistas como servidores suyos, bien prácticos, bien teóricos, (Aytona, *Discurso militar*, p. 94; Mendoza, *Teórica y práctica*, p. 45; Isaba, *Cuerpo enfermo*, p. 48; Núñez de Velasco, *Diálogos*, pp. 81-82; Montes, *Instrucción*, p. 194; Alava y Viamont, *Perfecto Capitán*, p.

[61] En las dedicatorias de los textos, mayoritariamente, el destinatario es el rey de España, o en su defecto, algún noble. Véase al respecto la tabla 1 de este capítulo. Ejemplo de ello son las dedicatorias de Bernardino Barroso a don Gonzalo Córdoba; Bernardino de Escalante al cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, Núñez de Velasco, a don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma; Salazar, a la casa de Vargas y de Carvajal; Núñez de Alba, a la Duquesa de Alba, doña María de Toledo; Funes, a don Francisco Hurtado de Mendoza, marqués de Almazán; Scarión de Pavía, a don Juan de Silva, conde de Portalegre; Jerónimo de Carranza, a don Francisco de Rojas y Sandoval. Pero también hay autores que destinan su obra a entidades colectivas, como el caso de Jiménez de Urrea, a la infantería española; Alonso de Andrade, al Consejo de Estado de su Majestad; o bien, entienden su servicio como un servicio religioso y dirigen la obra a la Virgen María, como en el caso de Gil de Velasco.

27; Eguiluz, *Discurso*, pp. 51-53). Un caso excepcional es el de Marcos de Isaba, capitán de los Tercios, quien directamente lo dedicó a la "Infantería española" con la finalidad de reformarla y evitar su declive a finales del siglo XVI: «Tiene la milicia tan poca autoridad y valor en esto tiempos, que estos capitanes nuevamente venidos reciben a mucha fortuna y merced cumplida que contadores, pagadores y otros personajes de harta poca cuenta los empleen en su servicio» (Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, p. 130).

Pese a la variedad profesional de los tratadistas, como se puede observar en la tabla 1, los soldados veteranos conformaron el grueso de los autores de tratados militares publicados en España.

NOMBRE	SOLDADO VETERANO	FECHA	PUBLICACIÓN EN ESPAÑA	CARÁCTER DOCTRINAL MILITAR	DEDICATORIA REAL
Diego de Salazar	■	1536	■	■	
Diego Montes	■	1537	■	■	■
Diego Núñez de Alba	■	1552	■	■	
Francisco de Mexía		1555	■		
Jiménez de Urrea	■	1566	■	■	
Sancho de Londoño	■	1568	■	■	
Luis Gutiérrez de la Vega	■	1569	■	■	■
Fray Jaime de Alcalá		1570	■		
Juan de Funes	■	1582	■	■	
García de Palacio	■	1583		■	
Bernardino de Escalante		1583	■	■	
Diego de Álava y Viamont		1590	■	■	■
Martín de Eguiluz	■	1592	■	■	■
Marcos de Isaba	■	1594	■	■	■
Bernardino de Mendoza	■	1595		■	■
Francisco Valdés	■	1596		■	

Francisco Antonio		1597			
Scarión de Pavía		1598			
Bernardo Vargas Machuca		1599			
Cristóbal de Rojas		1607			
Gerónimo de Carrança		1612			
Francisco Núñez de Velasco		1614			
Bernardino Barroso		1628			
Francisco Manuel de Melo		1638			
Antonio Gallo		1639			
Alonso de Andrade		1642			
Juan Bautista Gil de Velasco		1650			
Marqués de Aytona, Francisco de Moncada		1653			
Juan Baños de Velasco y Acevedo		1680			

Tabla 1. Relación de autores españoles y tratados militares publicados en los siglos XVI y XVII.

De ascendencia noble, todos ellos ocuparon puestos de cierta oficialidad en la jerarquía militar (mayormente capitanías), de ahí que Elizabeth Davis (2001) al considerar las obras de estos soldados-escritores observara la construcción de una identidad militar propiamente aristocrática como consecuencia de la proyección de su propia imagen, lo que ha provocado una percepción gremial de esta escritura de soldados veteranos. María José Vega extendió estas observaciones al género épico, al afirmar que también éste podría entenderse como una práctica social, como uno más de los géneros de los veteranos que, en la segunda mitad del siglo XVI español, fueron extraordinariamente prolíficos (2010: 11). Para Vega, en la épica, como la tratadística militar y las crónicas e historias particulares, subyace una ética de la guerra, «una manera de entender la guerra y de postular sus causas» (2011: 14), un humanismo militar, que es común al expuesto por los tratadistas militares para los oficiales del ejército:

> Las virtudes del soldado en los tratados militares coinciden con las de los capitanes de la épica histórica: el valor, la prudencia, la liberalidad, el honor, la tenacidad, la civilidad, la grandeza de ánimo, la clemencia con el vencido, la conducta ejemplar en campaña, ni depredatoria, ni vengativa. Los poemas épicos procuran la erudición, la elocuencia, la historia y la comprensión de la guerra que los tratadistas reclaman para el capitán perfecto: incluyen a menudo ejemplos clásicos, arengas, descripción de lugares y campañas, relación de batallas pasadas y de vidas de grandes generales, o reflexiones sobre la justicia o la necesidad de la guerra, sobre sus fines últimos o sobre su relevancia para la historia presente (p. 13).

Esta escritura de veteranos, exigía a su vez, según Vega, una lectura igualmente gremial, corroborándose de este modo la hipótesis de que «la poesía heroica puede entenderse como un peculiar género de veteranos y como una forma singular de escritura histórica, ya que todas las evidencias de las que disponemos acomunan la lectura de la historia y de la épica y se refieren al valor del poema heroico para, de algún modo, educar para la guerra» (2010: 15). La misma visión del género épico y su tarea militar, «con la diferencia de la glorificación del combate y el esfuerzo de manera triunfalista de las tropas» (2014: 131) respecto a otros géneros, hereda Lara Vilà, al resaltar la aparición de un humanismo militar en el género épico hacia 1570 con finalidades didácticas. Mercedes Blanco, en cambio, sin rechazar el didactismo y la moralidad inherente al género noble, afirmó la construcción de una épica ibérica de signo humanístico como consecuencia, no de las enseñanzas inherentes a la misma, sino de una convicción espontánea de una solidaridad fundamental compartida entre los hombres, de manera que «la guerra en estos poemas es un escenario o un teatro que hace de los seres humanos y de los pueblos del mundo actores de la misma comedia o figura de la coreografía (2013: 29).

Sin embargo, las observaciones de María José Vega no pueden aplicarse rigurosamente a los poetas que cultivaron el subgénero épico cronístico. En primer lugar, porque ninguno de los autores aquí recogidos perteneció propiamente a la alta nochleza, aunque algunos frecuentaran los círculos cortesanos por diferentes motivos a lo largo de su vida. De condición más bien hidalga, al igual que los tratadistas militares, sus destinatarios no eran exclusivamente nobles, sino que sus poemas, se dirigían a un público más amplio de hidalgos y nobles, es decir, todos aquellos hombres que podían engrosar el cuerpo de infantería con una finalidad primeramente laudatoria y, en segundo lugar, como afirma Lara Vilá, con la esperanza de que sus enseñanzas pudieran serles útiles en su desempeño profesional. Ejemplo de ello es la declaración de Martín de Eguiluz al

señalar que en su tratado todos los soldados encontrarán instrucciones útiles para el desempeño de su actividad militar: «Hallándome en esta ociosidad he tomado trabajo de escribir este pequeño volumen, titulado *Milicia, Discurso y regla militar*, que contiene lo que cada uno conviene hacer y guardar en el noble ejercicio de la Infantería, desde el principio de soldado privado, hasta Capitán General» (p. 55).

El elogio del guerrero, elemento decisivo del género épico por las implicaciones de la victoria del héroe sobre un conjunto de dificultades (Hainsworth, 1991: 5), determinará en la poesía cronística, no sólo la estructura interna de los textos épicos, (en lo respectivo a la selección de hechos históricos que narrar), sino también la narración u omisión de cuestiones políticas, topográficas… y, en definitiva, todos aquellos factores que afectan al fenómeno de la guerra.

¿Es posible hablar de un *ethos* de los autores épico-cronísticos? ¿En qué medida se asemeja su perfil al de los tratadistas militares? ¿Qué factores provocaron la elección la *ottava rima* sobre otras formas métricas para la narración de las gestas de la soldadesca española del XVI? La aproximación a la poesía épica culta quinientista española, y fundamentalmente, en el subgénero épico-cronístico, por la relación directa o indirecta del autor con los sucesos narrados.

2. El poeta épico-cronístico ante la historia reciente

Entre el poeta y el poema existen, inevitablemente, nexos imprescindibles, como la adecuación experiencial entre oficio y escritura (Garrido, 2011: 208). No es posible, por tanto, hablar de los poemas épico-cronísticos sin hacer referencia a sus creadores ya que «entre ambas instancias hay o bien una ecuación de transparente equivalencia o bien un *décalage* confirmándose de cualquier modo un punto focal de penetración heurística. Un caso excepcional vendría a ser el de Ercilla en quien se funden, informando a *La Araucana*, la experiencia vital y el yo moral admirable» (Ibid., p. 208).

Para los poetas del Renacimiento, la poesía épica era el género más elevado (Davis, 2005: 1). La nobleza del género épico en la teoría épica quinientista es también, para Plagnard, el nexo entre la elección de la *ottava rima* y el poeta: «L'épopée, genre noble,

impliquait de la part du poète un *ethos* noble, à son tour susceptible d'ennoblir les poètes. Ces derniers n'appartenaient en effet pas directement à la haute noblesse» (2019: 58). La elección del género épico para la narración de los sucesos históricos recientes responde a la demanda de ennoblecimiento social, tanto de los poetas, como de los personajes que aparecen encomiados en ella:

> Dans leurs récits des guerres coloniales, Ercilla et Corte-Real mirent donc leur plume au service de groupes de militaires souffrant du peu de visibilité des services lointains qu'ils avaient rendus à la Couronne : des franges modestes de la noblesse, dans le cas de l'Inde, ou de l'hidalguía, dans le cas du Chili. Cette visibilité poétique nouvellement acquise servait les aspirations sociales de ces groupes militaires en même temps que celles des deux poètes (*ibid*., p. 54).

La legitimación de los poemas épico-cronísticos se establece en torno a dos variables: por un lado, la relación estrecha del subgénero con la crónica, de la que se alimenta recíprocamente. Una parte de la epopeya culta del Siglo de Oro está apegada a los acontecimientos históricos, de ahí el interés que suscitó en historiógrafos y cronistas, pero, advierte Lara Vilà, «de esta constatación no es lícito deducir el carácter verista o documentalista de un sector importante de la épica culta» (1999: 35). Más que una historia como tal, Lerner indica respecto a *La Araucana*, que el poema debe entenderse como «una compleja fusión de sucesos históricos referidos y hechos personales, narrados ambos dentro de las convenciones de un género y filtrados a través de una postura ideológica, es decir, dentro del marco de ideales políticos y principios éticos que se identificaban con el poder imperial» (Lerner, 1991: 125-140 en Lara Garrido, 1999: 48).

Respecto de la experiencia directa de los autores, Davis (2001) desarrolló la idea de Chevalier (1977: 122) de que los autores de los poemas épicos conocieron, por su condición de soldados o su proximidad a los hechos que narraban, las campañas militares imperiales, como es el caso de Alonso de Ercilla y Juan Rufo[62]. Consolidada esta poesía

[62] Davis añade el ejemplo de Cristóbal de Virués, soldado de los tercios y combatiente en la batalla de Lepanto, por su mención ecfrástica de dicha batalla en *El Monserrate* (1587) pero aquí, al no pertenecer al subgénero de poesía cronística no ha sido tenido en cuenta. La relación entre el monasterio de Santa María de Monserrat y Lepanto se remonta a: «Juan d'Àustria, arribat de Lepant, portarà a Montserrat les banderoles de la victòria, i penjarà en els cèlebres Claustres, curulls d'objects reus, la llanterna arrrebassada a la primera nau otomana — la llegendària Llàntia del Rei Moro— que inspirarà la Musa popular catalana» (Albareda, 1931: 88). La mención a la batalla es escasa (apenas ocupa dos octavas), y únicamente recalca la configuración de la Santa Liga y el papel de don Juan de Austria como representante de la cristiandad frente al tirano: «En la marina misma allí pintada / del Egeo revuelto y espumoso, / pintara aquella célebre jornada, / aquel gran vencimiento milagroso, / donde mostró la dulce paz amada / un rayo de su rostro tan

épica como un nuevo género épico, era atribuido a los soldados pláticos «who aspired to see their role as the true defenders of the monarchy recognized and rewarded against the courtly nobility and their cultural models» (Martínez, 2016: 74). Para Chevalier (1976), Davis (2001) y Vilà (2001), el éxito de la poesía épica hispánica renacentista radica en cuestiones político-religiosas derivadas del nacionalismo español del siglo XVI y su visión providencialista (1976: 111). Causas que, presentes en toda la sociedad española contemporánea, se encontraban con mayor arraigo en la institución marcial y en sus hombres, algunos de los cuales pueden adscribirse a este perfil de "soldado-escritor", sin embargo, más propio de los autores de los tratados. En su estudio de "La República de las Letras" Miguel Martínez resaltaba que particularmente, a partir de 1580, «several professional soldiers belonging to the plebeian and low hidalgo layers of peninsular societies wrote a series of epic poems in octaves, on different fronts of the empire, that recounted the military victories of Philip II's reign» (Martínez, 2016: 74). Tras la aparición de la primera parte de *La Araucana* (1569), y la publicación de otros poemas épicos en la década de los 70, la épica de la pólvora había alcanzado un notable éxito (*ibid*., p. 74) a ambos lados del océano.

Sin embargo, de los poetas seleccionados para este estudio del subgénero épico-cronístico, solo Ercilla, como él mismo declara en el paratexto de su obra, puede ser incluido en esta categoría de "soldados pláticos" inmersos en la República de las Letras: «Y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; y así, el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas» (*AR*, I, p. 71). Esta idea viene reforzada, según Plagnard (2019: 72-73), por la exaltación que hacen los autores de los paratextos de *La Araucana*[63]. De ahí que Juan Fernández de Liébana alabe «los hechos de que os cupo tanta parte» (*AR*, f. 8v), o Diego de Morillas Osorio comparase sus hazañas (literarias y armamentísticas) con las de Julio César:

hermoso / con Pedro y Diego y Marco, y la florida / gente del mundo en santa liga unida; // Donde por Pio Quinto y por Venecia, / y por Felipe, el gran don Juan, su hermano, / breve consuelo a la afligida Grecia, / y espanto del imperio del tirano, / de la infelice gente que desprecia / el nombre felicísimo cristiano, / tuvo tantos marítimos trofeos, / que pudieron cuadrar con sus deseos» (*El Monserrate*, IV, XXVIII-XXIX).

[63] Paratextos de la edición de Salamanca, 1574.

Julio César peleaba
de suerte que, aunque escribía
elegante, no llegaba
la pluma, en lo que hacía,
la espada, en lo que obraba.
En todo le parecistes,
y aunque mayor que escribistes
este vuestro libro fuera,
es poco lo que dijera
según lo mucho que hiciste (*AR*, f.cv).

Maldonado, "el Indiano" corroboraba las cualidades guerreras de Ercilla en su poema:

Solo aseguro a los que de la suerte
y dulzura del verso hayan gozado
que fueron vuestras fuerzas más temidas
de bárbaras naciones que la muerte,
como los Araucanos lo han probado
a tanta costa de su sangre y vidas (*AR*, f.CC).

E igualmente, Francisco Ramírez de Mendoza establecía una semejanza laudatoria de las virtudes de Ercilla: militares, al compararlo con Aquiles, y artísticas, con Homero:

Pues en conquista tal y tan famosa,
os señalastes tanto cavallero.
Como en la historia dulce delicada,
igualando al mejor en cada cosa,
a Achiles en valor, y en verso a Homero (*AR*, f.XXII).

En cambio, señala Plagnard, los elogios a Corte Real poseen un tono completamente diferente (tanto en el *Segundo Cerco de Dieu*, como en la *Felicissima victoria*). En ellos, más que alabar las cualidades militares, los poetas hacen referencia a la alabanza genérica de la figura del poeta-soldado garcilasiano (2019: 73-74). Lo mismo puede observarse en el resto de los paratextos que acompañan a los poemas épico cronísticos escogidos. En los paratextos de *La Austríada* se alaba el estilo heroico del poeta, al que su hermano llama «nuevo Homero» (*AU*, p. 893) frente al comportamiento heroico de don Juan de Austria. Así sucede por ejemplo en el soneto de Luis de Góngora «cantastes, Rufo, tan heroicamente / de aquel César novel la augusta historia» (*AU*, p. 896); en el soneto de Cervantes, «pues con tan raros versos celebraste / tan raro capitán, virtud tan suma» (*AU*, p. 896); o en el de Francisco de Cabero:

Tanto cortó, don Juan tu aguda espada,
y tanto sujetó tu braço osado,
que tuvo un tiempo tu felice hado
la fama por mil causas admirada;

mas, como a celebrarte era obligada,
dio el cargo a Rufo, tu fïel criado,
cuyo cantar es suave y levantado
al mundo vuelve aquella edad dorada (*AU*, p. 897).

Las mismas alabanzas retóricas se suceden en los paratextos de *La Mexicana*, donde el nieto del conquistador, el capitán Jerónimo Cortés, alaba la pluma de Lasso de la Vega (*MX*, p. 12), pese a los indicios que poseemos y de este autor como sujeto susceptible de ser incluido en el paradigma de "poetas-escritores". De los escasos datos que se poseen de él, en la *Primera parte del Manojuelo* (1601) encontramos una declaración en el romance 88 (*Arrimar quiero las coplas*) en la que afirma haber sido soldado:

[…] estudiante fui en mi tiempo,
page fui, soldado he sido,
corrido me han varias suertes,
todas de contrario signo […] (f.125r en Franco Carcedo, 1994: 5).

La etapa militar de la vida del autor debe, sin embargo, ser cuestionada. En el caso de que verdaderamente participara de la profesión soldadesca en algún breve período de su vida, a diferencia de Alonso de Ercilla, su servicio militar no coincide con los hechos narrados en su poema, y la descripción genérica y abstracta de las batallas en *La Mexicana*, junto a la exposición de los valores militares que aparecen en los tratados, más bien nos inducen a pensar que, si en algún momento se alistó en el ejército, nunca participó en ninguna batalla.

De igual modo, en el *Arauco domado* se ensalza el «tan caudaloso ingenio, y rica pluma» (*AD*, ed. Madrid, 1605, p. XVII) de Pedro de Oña y, en el *Peregrino Indiano*, se encuentra de nuevo el binomio laudatorio: virtud militar del héroe del poema / virtud estética del poeta. El ejemplo más claro es el poema de Lope de Vega:

Si él [Cortés] vence al indio, debe a vuestra mano
que no vença el olvido su memoria,
y assí fue de los dos esta vitoria,

que si es César Cortés, vos sois Lucano.
Corteses sois los dos, que al cristianismo
dais vos su frente de laurel cercada,
y él vuestra musa bellica española.
Y aún más cortés sois vos, si hacéis lo mismo
que Cortés con el corte de la espada,
siéndolo tanto con la pluma sola (*PI*, p. 70).

Plagnard ha establecido una original estrategia de afianzamiento individual de los poetas (que aplica en su estudio a Ercilla y Corte-Real) para comprender cómo se sustenta la autoridad de los poemas en torno a cuatro factores de la figura del poeta y su relación con el tema de la obra épica: la proximidad histórica a los hechos, su formación, su servicio a la corona y su sociabilidad aristocrática (2019: 58). Los tres ámbitos abarcan la formación experiencial, formativo-teórica y social de los autores. Siguiendo sus postulados en la siguiente tabla (número 2) pueden observarse de manera resumida las respectivas características de los poetas épicos (estando marcadas en gris aquellos que cumplan los requisitos escogidos).

En el caso de los poetas que han cultivado el subgénero épico-cronístico, la relación del tema de sus obras con la historia reciente es obvia, pues precisamente se ocupan de la representación de acciones de un pasado inmediato. La legitimidad de las obras épico-cronísticas, en cuanto a su temática, se ofrece mediante dos vías: la experiencial del poeta recogida testimonialmente en el poema épico (como es el caso de Ercilla), y la informativa, es decir, a través del estudio de géneros historiográficos, mayormente crónicas, que sirvan de información para la composición de los poemas del pasado reciente.

Aunque el margen temporal varía considerablemente, entre los poemas seleccionados para este estudio, el menor lapso entre las batallas narradas y su representación épica es el que encontramos en *La Araucana*, de Ercilla, que escribió *in situ* frente a la conquista de México y la entrada de Cortés en Tenochtitlán en 1519 y su recreación heroica en el *Peregrino indiano* ochenta años más tarde. Esta proximidad temporal a los acontecimientos recogidos en los poemas, al igual que los cronistas de la época, provocará que los poetas incidan en la veracidad de sus narraciones. Con la publicación en 1569 de la Primera Parte de *La Araucana*, el poeta asentaba las bases de un nuevo discurso heroico como: «historia verdadera» (*AR*, p. 71). La parafrásis antitética

de la primera octava de su poema, respecto a la orlandiana, corroboraba la intención del poeta de narrar acontecimientos verdaderos:

> No las damas, amor, no gentilezas
> de caballeros canto enamorados,
> ni las muestras, regalos y ternezas
> de amorosos afectos y cuidados;
> mas el valor, los hechos, las proezas
> de aquellos españoles esforzados,
> que a la cerviz de Arauco no domada
> pusieron duro yugo por la espada (*AR*, I, I).

		ERCILLA	CORTE-REAL	RUFO	LASSO DE LA VEGA	OÑA	SAAVEDRA DE GUZMÁN
RELACIÓN CON EL TEMA	Historia reciente	■	■	■	■	■	■
FORMACIÓN	Estudios regulares	■					
	Erudición poética		■	■	■	■	■
	Práctica artística		■		■	■	
SERVICIO A LA CORONA	Testimonio	■					
	Paje	■			■		
	Soldado	■			■		
SOCIABILIDAD ARISTÓCRATA	Poetas de la corte		■	■			■
	Aristócratas		■				■
	Soldados	■	■	■	■	■	

Tabla 2. Estrategias de legitimación de los autores poético-cronísticos.

Alonso de Ercilla era el primer poeta épico en declarar que su obra: «Es relación sin corromper sacada / de la verdad, cortada a su medida» (*AR*, I, III. 5-6). Años más tarde, Juan Rufo mencionaba en el prólogo de *La Austríada* los mismos problemas que sufrían

algunas crónicas en las que se cuestionaba la veracidad de los sucesos narrados. Ejemplo de ello son las palabras de Luis Tribaldos de Toledo en los paratextos de la *Guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza, quien justifica un retraso en la composición de la obra con la finalidad de evitar el cuestionamiento de la veracidad de su relato por los personajes que habían participado en las contiendas narradas y que pasaban a formar parte del público potencial de las mismas. Así justifica el retraso de la escritura de los sucesos don Diego al comienzo de su obra:

> Hoy que son ya pasados cerca de sesenta años, y no hay vivo ninguno de los que aquí se nombran, cesa ya el peligro de la escritura, no doliendo a nadie verse allí más o menos lucido; y aunque hay de ellos ilustrísimos descendientes, o parientes, por haber militado en esta guerra una muy gran parte de la nobleza de España, sería demasiado melindre, y aun desconfianza, celar alguna faltilla del difunto, que les toca, cando ninguna de las que se notan es mortal, ni de las que disminuyen la honra o la fama» (*Guerra de Granada*., p. 93).

Rufo, amparándose en las licencias poéticas propias del género ficticio se defendía de las dudas que podía suscitar su obra:

> En cuanto al hecho de la verdad de las cosas que trato, forçosamente havrá diferentes opiniones, como las hay en todos los casos de que muchos deponen. Lo que yo pude hacer fue en las evidencias estar en lo cierto, y en las dudas atenerme a lo verisímil, porque si esta no fuera mi intención, más espacioso campo hallara para escrivir, y más oportunidad para explicarme en otros sujetos de invención que en el de historia, y tan moderna. De dos cosas no se me podrá hazer cargo: la una, de que no tomé el consejo de Horacio, pues gasté diez años de perpetuo estudio en componer y limar este tratado; y la otra, de que antes de sacalle en público, no consulté gravíssimos tribunales, por cuyo aplauso y autoridad fui no solo conhortado, pero casi compelido a manifestarlo, como constará por lo precedente (*La Austríada*, p. 892).

El caso de Pedro de Oña y la suspensión temporal de la publicación de su obra denotan el marcado carácter cronístico de estos poemas. En abril de 1593, cinco representantes de la ciudad de Quito se querellaron contra Pedro de Oña por el tratamiento de traidores y rebeldes a Su Majestad que el autor había otorgado a los quiteños en el *Arauco domado*, al tratar del motín de las alcabalas (Dinamarca, 1952: 31), lo que provocó la retirada de los ejemplares de la obra (Medina, *Proceso de Oña*, p. 48 en Dinamarca, 1952: 32). Cinco años más tarde, cuando la obra vio la luz en la imprenta, el poeta no puede omitir la causa de la demora invirtiendo la realidad de lo acaecido y transformándolo en un motivo honorario:

> Ha días que lo tengo trabajado, y aun impresso, dilatando el sacarlo a público hasta que el marqués se fuese (como ya por daño nuestro se va de estos reinos), porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrasse (a lo menos en dañados pechos, y de poca consideración) algún género de sospecha, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato (*AD*, p. 548).

La licencia poética y la necesidad de adecuarse al *docere delectando* es también la excusa empleada por Lasso de la Vega para justificar la inclusión de ciertas ficciones en un poema de carácter histórico:

> Van en convenientes lugares algunas ficciones ingeniosas, sin las cuales pierden el ser y gusto las obras de poesía. No quiso antes usar de ellas el autor por parecerle que de esta manera guardaría mejor el rigor que pide la historia; después acá, considerando de la importancia que es (mayormente a los que escriben metro) juntar lo dulce con lo provechoso, quiso tomar la licencia que se concede al poeta para fingir; pero hizo esto con tanta prudencia y artificio que lo que es ficción parece que tiene dependencia con la materia que se trata, sin disminuir el crédito de la historia, acerca de lo cual ha sido siempre tan escrupuloso y sucinto que ni encarece con hipérboles los memorables hechos de Cortés (*Mexicana*, pp. 9-10).

Las referencias a la auteticidad de los acontecimientos representados abundan en todos los poemas épico-cronísticos, fundamentalmente en los pasajes que pueden causar cierta polémica, o bien, en aquellos tan recurrentes (como las tormentas en el mar) que se han convertido en *topos*. Ejemplo de ello es la referencia a la verdad del pasaje que emite Pedro de Oña al describir la tormenta sufrida en alta mar por el navío de don García y la intervención divina que la aplacó tras el ofrecimiento del capitán como mártir: «No es fábula ni poética figura, / ficción artificiosa ni ornamento, / sino verdad patente la que cuento» (*AD*, IV, XIV. 1-3). También Saavedra de Guzmán declarará que él, a diferencia de muchos historiadores, que han adornado la escritura de los hechos del pasado con artificios, se limita a la narración de la verdad:

> Muchos historiadores han usado
> mezclar con la verdad de su escritura
> varias ficciones, y han considerado
> bien, pues sirve de adorno a la pintura,
> pero yo solamente he procurado
> contaros la verdad desnuda y pura (*PI*, IX, CXXVII. 1-6).

Los poetas épico-cronísticos siguieron la estela ercillana[64] remarcando en las primeras octavas la selección de acontecimientos pasados en la historia como objeto de sus poemas. Así Corte Real habla de:

> Un caso famossisimo admirable:
> una victoria al mundo estraña y nueva:
> un suceso felice jamás visto
> en trances arriscados y sangrientos.
> Canto con alta voz, canto la fuerça
> el impetu furioso, osado, y fiero
> de la Christiana gente, el vencimiento
> de la armada Othomana, aqui rendida (*FV*, I, 1),

mientras que en *La Austríada*:

> Las armas de Filipe augusto canto,
> y aquel su hermano heroico y no vencido
> que en guerras alcançó renombre tanto,
> triunfando de la muerte y del olvido;
> la Santa Liga y el naval quebranto,
> el otomano orgullo entristecido,
> por la más clara y próspera victoria (I, 1. 1-4).

En lo referente a los factores de formación, servicio a la corona y sociabilidad aristocrática escogidos por Plagnard como elementos de autoridad, los más relevantes para el estudio de la representación del arte militar en la poesía épica son aquellos que atañen a las posibles relaciones de los autores con el mundo de la milicia, bien mediante su participación en filas en un posible servicio a la Corona, bien por un contacto estrecho con el mundo castrense.

2.1. Un "poeta-soldado" en el Nuevo Mundo: Alonso de Ercilla

La distancia geográfica de los hechos narrados por Alonso de Ercilla en la publicación de *La Araucana* (1569), no suscitó, a diferencia de la narración ariostesca, sospecha alguna de falsedad. Recuérdese el lamento proferido por el poeta italiano ante la incredulidad que suscitan las hazañas logradas en tierras extranjeras:

[64] La imitación del poema ercillano se extendió incluso en los aspectos formales relacionados con la publicación de las obras, incluyendo los grabados-retrato de los autores cuyos motivos de inserción responden a muy diferentes cuestiones socio-bibliográficas. Véase el apéndice G.

Chi va lontan da la sua patria, vede
cose, da quel che già credea, lontane;
che narrándole poi, non se gli crede,
e stimato bugiardo ne rimane:
che 'l sciocco vulgo non gli vuol dar fede,
se non le vede e tocca chiare e piane.
Per questo io so che l'inesperïenza
farà al mio canto dar poca credenza (*Orlando Furioso*, VII, I).

Fruto de este pensamiento ariostesco, Firbas sostiene que el heroísmo de *La Araucana* radica en la distancia espacial de los acontecimientos narrados: «El heroísmo de los hechos coetáneos, en muchos de los cuales Ercilla ha sido testigo, se sustenta en el carácter remoto del mundo representado. No es la guerra misma, sino la guerra en ese lugar apartado —y prácticamente inconexo— lo que garantiza el extrañamiento y la distancia del efecto heroico» (2006: 79). Si bien la extrañeza no es lo mismo que el heroísmo, y la hazaña lo es por sus rasgos intrínsecos, el marco lejano coadyuva a engandecerla.

Paje del rey Felipe II en sus viajes a Alemania y a Londres (Medina, *Vida,* pp. 31-36), obtuvo Ercilla en 1557 licencia para partir al Nuevo Mundo donde comenzaría la narración de su poema mientras estaba todavía en campaña contra los araucanos, continuándolo los siguientes cuatro años hasta su regreso a España (1563).

¿Qué jornadas también por mar y tierra
habéis hecho que deje de seguiros?
A Italia, a Augusta, a Flandes, a Inglaterra,
cuando el reino por rey vino a pediros;
de allí el furioso estruendo de la guerra
al Pirú me llevó por más serviros,
do con suelto furor tantas espadas
estaban contra vos desenvainadas (*AR*, XXXVII, LXVII)

Ercilla, a diferencia del resto de los poetas épico-cronísticos no poseyó un modelo historiográfico en el que inspirarse. Su poema narra los acontecimientos sucedidos a lo largo de cuatro años desde el levantamiento de los araucanos contra los españoles que culminó con la muerte de Valdivia el 25 de diciembre de 1533 en la batalla de Tucapel, hasta la muerte de Caupolicán tras el ataque a la fortaleza de Cañete en el mes de enero de 1558. Publicada en tres partes, la primera se ciñe a los eventos acaecidos con

anterioridad a la llegada del virrey García Hurtado de Mendoza y al propio autor, como él mismo declara en la obra:

> Hasta aquí lo que en suma he referido
> yo no estuve, Señor, presente a ello
> y así, de sospechoso, no he querido
> de parciales intérpretes sabello;
> de ambas las mismas partes lo he aprendido,
> y pongo justamente sólo aquello
> en que todos concuerdan y confieren
> y en lo que en general menos difieren.
>
> Pues que en autoridad de lo que digo
> vemos que hay tanta sangre derramada,
> prosiguiendo adelante, yo me obligo
> que irá la historia más autorizada;
> podré ya discurrir como testigo
> que fui presente a toda la jornada,
> sin cegarme pasión, de la cual huyo,
> ni quitar a ninguno lo que es suyo.
>
> Pisada en esta tierra no han pisado
> que no haya por mis pies sido medida;
> golpe ni cuchillada no se ha dado,
> que no diga de quién es la herida;
> de las pocas que di estoy disculpado,
> pues tanto por mirar embebecida
> truje la mente en esto y ocupada
> que se olvidaba el brazo de la espada (*AR*, XII, LXIX-LXXI)

Dos factores legitiman la autoridad histórica y literaria del relato épico de Ercilla para Plagnard (2019: 61), respaldados éstos por el propio texto: la vinculación directa y testimonial de los sucesos narrados y su labor de investigador descrita por él mismo y que le lleva a dudar de su método:

> En contar una cosa estoy dudoso
> que soy de poner dudas enemigo,
> y es un extraño caso milagroso
> que fue todo un ejército testigo;
> aunque yo soy en esto escrupuloso
> por lo que de ello arriba, Señor, digo
> no dejaré en efecto de contarlo
> pues los Indios no dejan de afirmarlo (*AR*, IX, IV).

La labor testimonial en que fundamenta Ercilla la legitimidad de su obra se aprecia cuando habla de la tormenta marítima y confiesa que únicamente puede narrar aquello

que vio, es decir: «de mi nave podré solo dar cuenta» (*AR*, XV, LXIX.1). Según Mercedes Blanco, la evolución de la labor de legitimación de la historia ercillana es apreciable a lo largo de todo el poema. Ercilla comienza su primer canto como un historiador, con una extensa *descriptio* geográfico-militar de Chile y las costumbres de sus habitantes (2013: 27). Sin embargo, el carácter histórico rápidamente queda olvidado con la invención de motivos puramente literarios como la elección del jefe indio Caupolicán mediante el astuto ardid de Colocolo. La estrecha relación de Ercilla con la guerra y la vida militar, así como con los sucesos vividos (e imaginados) que narra en el poema, es lo que dota de especificidad y orginalidad la representación de las batallas y duelos (o combates cuerpo a cuerpo) que aparecen en el poema, bien entre araucanos, bien entre españoles y araucanos. La experiencia de primera mano de Ercilla, que le facilita la invención de pasajes militares, es puesta al servicio de la credibilidad de las partes inventadas que aparecen en el poema y que lo constituyen como el modelo por excelencia del subgénero de la poesía épico-cronística.

2.2. Los poetas eruditos: Jerónimo Corte Real y Juan Rufo

Los únicos datos que se poseen de Jerónimo Corte Real reflejados en sus poemas son los recogidos por Aude Plagnard (2019: 60-61). Poeta portugués y cortesano erudito, perteneció al círculo del célebre mecenas Francisco de Sa de Meneses, a quien elogia en la obra *Segundo Cerco de Diu*. A diferencia del resto de poemas épico-cronísticos, la obra carece de paratextos prologales que añadan datos de la composición y relación del autor con los héroes representados y escogidos, así como de su proximidad, (aparentemente nula) con la milicia[65]. El poema, compuesto en dieciséis cantos e inspirado en la *Relación de la guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto* (Sevilla, 1572) de Fernando de Herrera[66], narra el enfrentamiento de la Cristiandad, organizado en la Santa Liga, contra el Imperio otomano en el golfo de Lepanto.

[65] Las descripciones de los héroes en los catálogos que hace, así como la descripción de la batalla, tanto en el asedio de Famagusta, como en la batalla de Lepanto, nos llevan a suponer que su proximidad a los conflictos militares, al igual que Juan Rufo, estuvo determinada por la lectura de relaciones y crónicas de la época.

[66] Para una comparativa exacta de los reflejoss de la crónica en el poema véase Plagnard (2019: 89).

Más datos se poseen del poeta Juan Rufo. Juan Gutiérrez fue el segundo hijo del *tintorero* Luis Rofos y María Núñez. Nacido en Córdoba hacia 1547, perteneció toda su vida al estado llano y «anduvo mal acomodado con su condición de caballero simple de contía» (Ramírez de Arellano, 1912: 7). Estudió probablemente en Salamanca y fue introducido en los círculos cortesanos al acompañar a don Juan de Austria en su expedición contra los moriscos sublevados de las Alpujarras (Blanco, 2018: 79), guerra en la que su hermano, Tomás Gutiérrez, fue uno de los capitanes al mando de una compañía (Ramírez de Arellano, 1912: 18). Ningún documento nos permite afirmar que Juan Rufo sirviera a don Juan de Austria a cambio de un pago fijo y, según Blanco, parece poco probable que ejerciera la función de «cronista oficial» (2018: 83), aunque de manera informal, estuviera a su servicio. Se encontraba el poeta en las galeras que participaron en la batalla de Lepanto y donde tendría probabilidades de conocer a Cervantes (1912: 18), que le dedicará un soneto en la edición *princeps* de *La Austríada* (1584), de la que se conocerán otras dos ediciones en 1585 y en 1586[67].

A diferencia de Ercilla, su poema está compuesto siguiendo la crónica de la *Guerra de Granada*, de Diego Hurtado de Mendoza. Sin embargo, si bien no hay constancia de que fuese soldado, Rufo mantuvo una estrecha relación con la milicia y con las batallas que narra en su poema, lo que se puede observar en las descripciones topográficas de Las Alpujarras y las narraciones originales de las escaramuzas y contiendas bélicas. La obra recoge dos sucesos bélicos diferentes, pero con una unidad en torno a la figura de don Juan de Austria y la lucha contra el Islam (encarnado bien en los moriscos, bien en la civilización del Imperio Otomano). Dividida en veinticuatro cantos, el poema narra la rebelión de Las Alpujarras hasta su aplacamiento con la intervención directa de don Juan de Austria y la ayuda de los tercios veteranos de Italia (suceso que ocupa los primeros diecinueve cantos) y, posteriormente, la batalla de Lepanto, con la intercalación de ciertas alusiones a la guerra veneciano-turca en Chipre. Frente al resto de poemas épico-cronísticos, la obra comienza con el origen de la presencia de los moriscos en la Península Ibérica y el estado de la cristiandad en el momento de la formación de la Santa Liga.

[67] Véase Zulaica (2018) para una aproximación ecdótica de *La Austríada*.

Al igual que Ercilla y muchos tratadistas militares, Juan Rufo concibe la obra como un servicio a la Corona, y así lo manifiesta en la dedicatoria a Felipe II: «Al deseo que toda mi vida he tenido de servir a Vuestra Majestad, acompañado de las heroicas virtudes que en su real persona resplandecen […] Vuestra Majestad se sirva de aceptar este servicio» (*Austríada*, p. 891), a quien vuelve a hacer referencia al acabar el poema: «Oh gran Filipe, rey y señor nuestro / pues esto con verdad de vos se canta, / la intención recebid del siervo vuestro» (*AU*, XXIV, CXIII. 1-3). El servicio se manifestará, al igual que los tratadistas, en la representación de los soldados y capitanes de acuerdo con los postulados del humanismo militar renacentista, especialmente, en la figura de don Juan de Austria, el héroe epónimo del poema.

2.3. Al servicio del marquesado: Lasso de la Vega y Pedro de Oña

Los datos que se conocen de Gabriel Lobo Lasso de la Vega sitúan su nacimiento a mediados del siglo XVI, entre 1553 y 1559, y su muerte, hacia 1615. De condición hidalga, no se tiene constancia de que viajara a América en ningún momento de su vida (Reynolds, 1978:27). Nombrado paje de cámara (Amor y Vázquez, 1970: XV) sirvió de criado a Felipe III (Weiner, 2005: 96) sirviendo en Italia, Francia y probablemente en los Países Bajos con periódicos viajes a Italia hasta 1573. Weiner recoge que hacia 1600 formó parte de la guardia del monarca, los continos, nombramiento que seguramente sería otorgado como un reconocimiento por sus años de servicio a la Corona de España.

Lasso de la Vega publicó dos poemas en torno a la figura de Hernán Cortés: la *Primera parte de Cortés valeroso* (1588) compuesto por un total de 1.115 octavas distribuidas en doce cantos en las que se narraba la partida de Cortés desde Cuba hasta su camino hacia Tenochtitlán; y la *Mexicana* (1594), compuesta por 1.682 octavas distribuidas en veinticinco cantos en las que se amplía la acción hasta la retirada de Cortés a los campos de Otumba tras la Noche Triste. Ambos poemas están inspirados en la *Historia de la conquista de Méjico* (1552) de Francisco López de Gómara (como él mismo declara en la *Primera parte de Cortés valeroso*) y la elección de la temática y el protagonismo único del caudillo Hernán Cortés no es casual en modo alguno. Ya en la primera octava del poema declara el canto encomiástico del conquistador de México como el héroe del poema:

> Canto las armas y el varón famoso
> que, por disposición del justo Cielo,
> salió de Iberia, y con valor glorioso
> arribó del Antípoda en el suelo.
> Aquél que por el mar tempestüoso
> y varias tierras, con odioso celo
> fue, y con furor dañado, perseguido
> de los monstruos del reino del olvido (*MX*, I, 1).

Lo mismo se recoge en el prólogo del licenciado Jerónimo Ramírez:

> No sin admiración y gusto tuyo, leerás los discursos, peligros, tormentos y victorias inmortales de Hernando Cortés, gloria de nuestra nación española, puestas en dulce estilo por Gabriel Lasso de la Vega, el cual no ha querido perder el tiempo celebrando fabulosas aventuras de caballeros incógnitos, como muchos lo han hecho; antes tendiendo las velas de su ingenio por la profundidad del mar Océano, dejó atrás las columnas de Hércules y las cosas vulgares de nuestro polo, por darnos clara noticia de las que hay en el otro mundo, que tan ocultas han sido, así a cosmógrafos como a poetas, porque solos tres (si no me engaño) han ilustrado con sus versos las cosas de la India Occidental, entre los cuales ocupa muy buen lugar nuestro poeta Gabriel Lasso de la Vega (*Mexicana*, p. 10)

Al igual que en el *Cortés valeroso*, donde el poeta declara que uno de los motivos principales que le han llevado a escribir la obra es la refutación de aquellos que intentan reducir el mérito de la conquista de México, en *La Mexicana*, el autor añade una *Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España*, escrita por Jerónimo Ramírez en la que exalta a los indios como enemigos belicosos dignos de enfrentarse a las huestes españolas:

> […] En esta apología, en la cual defiendo el ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, la heroica virtud y esfuerzo de don Fernando Cortés, por ser tan conocida, no solamente de nuestros españoles, mas de todas las naciones del mundo, que parece trabajo impertinente y superfluo querer yo ahora poner en disputa lo que la fama publica por tan cierto y verdadero. Pero, porque hay algunos tan envidiosos de la gloria ajena que se atreven a decir en algunas conversaciones que los indios de la Nueva España no eran belicosos, sino cobardes, simples, ignorantes, sin ingenio ni habilidad ni modo de vivir, me pareció sería bien responder a éstos que, quitando el ánimo y fortaleza a los indios, y casi el ser humano, disminuyen el mérito que Cortés ganó en vencerlos, porque no se estima más el vencedor de lo que el vencido es estimado (*MX*, p. 201).

Escaso de dinero en la década de los 70, Lasso de la Vega consigue el mecenazgo de los marqueses del Valle de Oaxaca, una de las familias más nobles de España y descendientes de Hernán Cortés[68]. Argumenta Weiner que el propósito de Lobo era que

[68] Los descendientes de Hernán Cortés eran su hijo, don Martín (1532-1589), y sus nietos: don Fernando (1560-1602), don Jerónimo (1562-1601) y don Pedro (1565-1629).

«España se defendiera contra todos los enemigos suyos» (Weiner, 2005: 94). Sin embargo, la realidad es mucho menos romántica. Lo cierto es que los Cortés querían recuperar el marquesado y Lasso necesitaba apoyo económico. En 1600, se sabe que don Fernando, el tercer marqués del Valle, le entregó cien ducados a Lobo (Weiner, 2005: 105) en pago por sus servicios. La aprobación del rey por mano de Juan Vázquez data de 1591 (*MX*, p. 6) y, sin embargo, la obra no vio la luz hasta 1594. ¿A qué se debió la demora de la publicación? Un documento del 5 de octubre de 1591 dice: «declaro que me deve el señor marqués del valle el ssalario que me tiene señalado desde el treze de agosto de ochenta e nueve en adelante a raçón de çien ducados por año por axente en sus negocios e dello están corridos dos años y medio y más de lo que va corriendo del dicho salario para en quenta de lo qual tengo recibidos cinquenta ducados» (Weiner, 2005: 112). *La Mexicana*, al igual que el *Cortés valeroso*, son poemas realizados en favor de sus mecenas y dedicados a ellos (en concreto, *La Mexicana*, al nieto de Cortés), lo que se observa constantemente a lo largo de todo el poema:

> Y tú, venturosísimo Fernando,
> nieto del valeroso y nuevo Alcides,
> ahora estés las fieras fatigando,
> con que loablemente el ocio impides,
> ora en la paz serena ejercitando
> a Marte, do tu raro esfuerzo mides,
> recibe el pobre don por mí ofrecido
> no de vil premio más de amor movido (*MX*, I, IV).

La obra acaba con la promesa de una segunda parte:

> El golpe con que el hado la amenaza [la ciudad de Tlaxcala],
> por más que el nuevo rey la fortifica,
> diré, insigne marqués, en la otra parte,
> que ya me falta en ésta ingenio y arte (*MX*, XXV, LVI. 5-8).

Cobradas las deudas, Lobo Lasso de la Vega publicaría en 1601 dos obras más sobre Hernán Cortés: *Elogios en loor de los tres famosos varones don Jaime, rey de Aragón, don Hernando Cortés, marqués del Valle y don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz* y un *Romancero*.

De los tres poemas épicos del siglo XVI dedicados expresamente a la figura de Cortés, el de Terrazas no se publicó ni llegó a terminarse; el de Lobo Lasso quedó a medio

camino con los españoles expulsados de Tenochtitlán y el de Saavedra Guzmán promete una segunda parte que tampoco llegaría a escribirse. Al igual que Lobo Lasso, Pedro de Oña compuso su poema dirigido a un noble dedicatario: don García Hurtado de Mendoza, IV Marqués del Cañete.

Nacido en 1570, casi una década después de los sucesos narrados en *La Araucana* en la ciudad de los Infantes de Engol, Chile (Dinamarca, 1952: 15), recibió una beca de estudio para el Colegio Real de San Felipe y San Marcos por voluntad del virrey del Perú, y en 1592 se inscribe en la facultad de Teología de la Universidad de Lima (Ginesin, 2014: 11), lo que hace poco probable su participación en la expedición a Quito en esa época. En 1596 se atestigua la presencia de Oña como corregidor de Jaén (Gianesin, 2014: 11). Se casará con Ana Catalina Farfán en 1605, enviudando y contrayendo segundas nupcias con Beatriz de Rojas en 1613. Parece que posteriormente fue corregidor en otras provincias hasta su muerte hacia 1636.

De la relación de Pedro de Oña con el ámbito militar no consta ninguna vinculación directa. Su padre, Gregorio de Oña, fue capitán y murió en una emboscada en el camino de los Infantes a la Imperial con los hombres que lo acompañaban (1952: 19). Pedro de Oña lo menciona en la revista que don García Hurtado de Mendoza hace de su gente en Penco: «y tú, mi padre caro: mas perdona / que no he de dar motivo con loarte» (*AD*, IX, LXXIX. 1-2).

La finalidad principal del poema, a diferencia de Ercilla, es el retrato épico de don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y Virrey del Perú, —«A vuestro ser consagro mi escritura» (*AD*, I, VIII. 1)— en respuesta al tratamiento que el noble había recibido en el famoso poema ercillano:

> Como por suceder yo (si así lo puedo dezir) a los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercilla y Çuñiga, y escrevir la misma materia que él, cosa que en mí (si aspirasse a más que a traer a la memoria lo que él dexó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) parecería tan grande locura como embidia el no confessarlo. […] Mas todas estas dificultades atropelló el solo desseo de hacer algún servicio a la tierra donde nací (¡Tanto como esto puede el amor de la patria!), celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que sirviendo en ella a su rey dieron a costa de sus vidas, plumas y lenguas a la fama; y el principal entre estos el marqués don García Hurtado de Mendoça, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, es todo el sujeto de este libro (*AD*, pp. 548-549).

La compensación resulta excesiva (Avalle-Arce, 2000: 76) en este nuevo poema en el que García Hurtado aparece como la encarnación de un capitán general inteligente en la ejecución de los tres elementos de la milicia: marchar, acampar y combatir. La elección de un único protagonista produce una *variatio* del tópico virgiliano *arma virumque cano*:

> Canto el valor, las armas, el gobierno,
> discanto aviso, maña, fortaleza,
> entono el pecho, el ánimo y nobleza
> del extremado en todo joven tierno (*AD*, I, I. 1-4).

De la elección única de un protagonista se deriva también la elección del comienzo de su poema con el envío de García Hurtado de Mendoza desde Lima a Chile para ayudar a controlar la rebelión araucana, a diferencia de la obra de Ercilla, que conocía perfectamente y que confiesa como fuente de su poema:

> ¿Quién a cantar de Arauco se atreviera
> después de la riquísima *Araucana*?
> […]
>
> Pues este ha sido casi todo el punto
> de donde le tomé para cantaros,
> doliéndome que en cánticos tan raros,
> faltase tan subido contrapunto;
> mas bien será que cesse lo que apunto
> y que de vuestros hechos más que claros
> a resonar comience alguna parte,
> que para lo demás ninguno es parte (*AD*, XX. 1-2; XXI).

Junto a dicha fuente literaria, el poeta menciona una fuente puramente historiográfica: la *Crónica de Chile* de Mariño de Lobera:

> No cuento por menudo todo el caso [de la captura de los gobernadores],
> aunque lo principal aquí va escrito,
> porque pararme a todo es infinito,
> teniendo senda larga y tiempo escasso;
> fuera de que, si en esto voy de passo,
> es porque en lo que me resta me remito
> a lo que agora escribe el de Lovera,
> en general historia verdadera (*AD*, III, L).

Otra de las fuentes identificadas por la crítica para la narración del episodio de piratería es la *Relación de lo sucedido desde diez y site de mayo de mil y quinientos y noventa y quatro años: que don García Hurtado de Mendoça… tuvo aviso de haver desembocado por el Estrecho y entrado en esta mar del Sur Richarte de Aquines… hasta dos de Julio… que don Beltrán de Castro y de la Cueva, que… la desbarató, venció y rindió y de las prevenciones de mar y tierra que para ello se hicieron* (Incunable de Pedro de Balaguer de Salcedo, Lima, 1594 en Medina y Gianesin p. 489).

Fernández recalca que la composición del *Arauco domado* «ayuda a entender mejor el proceso seguido por la poesía colonial precisamente desde esa estrecha relación con el poder que ese poema tuvo desde origen. Sin duda, fue escrito por encargo del virrey, interesado además en que se publicara cuanto antes, probablemente porque pensaba utilizarlo como probanza de méritos en España» (Fernández, 2010: 73). De ahí, probablemente, la inclusión de la figura de don Beltrán de Castro y el enfrentamiento contra el pirata inglés y la estructura del poema en dos columnas narrativas, separadas por un espacio temporal de 30 años. Según Avalle-Arce (2000: 77) la elección de los pasajes que puede considerarse como una concepción bifocal (juventud-capitán; madurez-virrey) de la vida del virrey.

> Es fuerça grande, que se quede
> la comneçada historia en esta parte,
> pues ya me va faltando ingenio y arte,
> y nadie puede más de lo que puede;
> mas si el benigno cielo me concede
> del todo que me falta alguna parte,
> yo sacaré tras esta la segunda,
> con pie más lento y mano más fecunda (*AD*, XIX, CXIII).

Del mismo modo que muchos poetas épicos, la promesa incumplida de una segunda parte cierra la inconclusa narración épica.

2.4. Un criollo en la corte: Antonio Saavedra de Guzmán

Al igual que Corte Real, los escasos datos que poseemos de la vida de Antonio Saavedra de Guzmán, primer poeta criollo que publicó en España un poema épico, son los que él mismo confiesa en su única obra, *El Peregrino Indiano* (1599). Nacido hacia

mediados del siglo XVI, era bisnieto del primer conde de Castelar, D. Juan Arias de Saavedra (García Icazbalceta, 1880: 9) y, por tanto, formaba parte de la primera generación de mexicanos descendientes de los conquistadores españoles:

> Y no solo, Señor, os han servido
> en toda aquella tierra mis passados,
> que en vuestra antigua España es muy sabido
> que han hecho lo que a vos son obligados,
> condes de Castellar, fueron y han sido,
> por línea recta hasta mí, engendrados
> del gran infante don Manuel, por madre
> y de reyna Loba, por su padre (*PI*, XV, VII).

El poema, dividido en veinte cantos, narra la expedición de Hernán Cortés y la conquista de México, un tema nada novedoso para el momento finisecular en que apareció en la imprenta madrileña de Pedro Madrigal[69]. Dedicado al conquistador extremeño, la obra, como él mismo confiesa, fue escrita en los sesenta días de travesía de su viaje a España: «Pareciéndome tan justo que no quedassen sin memoria los valerosos hechos de Hernando Cortés, Marqués del Valle, y los demás que ganaron la Nueva España y que siendo yo nacido en ella lo fuera tambien aventurarme, lo he hecho a escribir esta historia, y aunque he gastado mas de siete años en recopilarla, la escrivi y acabe en setenta días de navegación con balanças de nao, y no poca fortuna» (*PI*, p. 63). El estudio de que presume de los acontecimientos, (nada menos que siete años) es puesto de manifiesto en el conocimiento del autor de los listados de capitanes, ardides de guerra y la mención a la carta enviada por Cortés (la primera) al rey. Los conocimientos militares del poeta provienen de la lectura de relaciones y crónicas, como la de López de Gómara pero, con la sustancial diferencia del conocimiento de los accidentes topográficos del teatro de operaciones descrito, lo que facilita la verosimilitud del texto notablemente en comparación con el poema de Lasso de la Vega.

Para Herrera Lara (2013), el canto épico de este novohispano debe enmarcarse en las numerosas protestas formuladas por los criollos tras la publicación de las "Leyes Nuevas" de 1542 que restringían los derechos de los encomenderos, y que desembocaron

[69] Se trataba del mismo impresor que había publicado numerosos poemas épicos: la traducción de la *Jerusalem libertada* (1587), *Cortés valeroso* (1588), la *Mexicana* (1594), *La Araucana* (1589), y la edición conjunta de *La Araucana* (1590).

en fuertes represiones (como la acaecida en México en 1549). El canto XV de *El Peregrino Indiano* ofrece la lectura política de la obra en su apelación directa al rey Felipe III: «Y el quejarnos a vos no es defendido, / que en justicia y en ley es permitido» (*PI*, XV, XII. 7-8), al que suplica su intervención:

> Vays algo de lo dicho remediando,
> que es grande la miseria en que nos vemos,
> y a los más beneméritos premiando,
> que se dé a los demás también queremos
> que no es tan poco justo limitarlo
> a quien qualquier virrey quisiere darlo (*PI*, XV. 3-8).

A finales del siglo XVI los criollos supervivientes suplicaban a Felipe III constantemente un reconocimiento individual que les permitiese obtener beneficios personales (2013: XV) tras haber sido despojados de sus favores. La tardía respuesta de la Corona[70] provocó un "resquemor criollo" (2013: XXIV) finisecular causado por la frustración y la injusticia sociopolítica que favoreció la resurrección literaria de las figuras de los conquistadores, entre ellos Hernán Cortés, de manera mitificada. Resurge entonces la figura del conquistador y la relación de los "hechos verdaderos" de los conquistadores como motivo de reivindicación social ante el injusto trato recibido por sus descendientes. De ahí la insistencia tópica en la veracidad de la narración: «Solo ofrezco un manjar de verdad sazonado en el mayor punto que puede imaginarse, tanto que me ha hecho tratar algunas cosas sin mas jugo en la historia que hazerla verdadera, en las que no lo pareciera si se escusaran» (*PI*, p. 63). Saavedra de Guzmán, como tantos otros criollos, reclama a la Corona favores a cambio del servicio de sus antepasados ayudando a los conquistadores:

> También han mis abuelos gobernado,
> amparando aquel reyno en paz segura,
> fueron de los primeros que han poblado
> la tierra, que áun estaba en apretura,
> y el premio que de todo esto he sacado,
> mirad, Señor, do llega mi entura,
> que estoy arrinconado, viendo el fruto
> que a otros da mi sangre por tributo.
>
> Ay, como yo, otros muchachos olvidados,

[70] Las peticiones de los novohispanos, como argumenta Herrera Lara, no surgieron de manera espontánea entre los criollos, sino que se vieron alentadas por los ordenamientos reales, como el de Felipe II de marzo de 1596 al virrey Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, en el que se solicitaba una relación de aquellas personas que servían a la Corona con la finalidad de otorgarles premios y honras (2013: XV).

hijos y nietos, todos descendientes
de los conquistadores desdichados,
capitanes y alférezes valientes,
los más destos están arrinconados,
en lugares humildes diferentes,
sin tener en la tierra más que al cielo,
de quien sólo esperando están consuelo (*PI*, XV, VIII-IX).

Junto a esta petición formal, el poeta intensifica su reclamo social al mencionar el parentesco que le une al héroe, su matrimonio con una de las nietas del caudillo:

Mas no permita el cielo ni lo quiera,
que os oculte, Señor, lo que yo entiendo,
desde la primera causa a la postrera,
de las que aquí os pudiere yr refiriendo.
Sabe Dios que no quiero, aunque pudiera,
mostrar mucha passión, y viola huyendo,
porque aunque desta causa, el más paciente,
soy quien menos lo estima, llora y siente.

Y digo bien, que soy quien más padece
pues de mi sucessión me han despojado,
y el que menos lo siente, porque crece
más que el mío, el dolor del pueblo amado:
y pues Fortuna la ocasión me ofrece
para dezir, sabed que soy casado
con nieta del segundo, sin segundo,
que ganó Cortés el Nuevo Mundo (*PI*, XV, IV-V).

Los poemas épico-cronísticos alcanzaron diferente grado de difusión en las imprentas a finales del siglo XVI y hasta mediados del XVII abarcando a su vez un amplio lectorado predominantemente masculino y militar que encontró en las narraciones de las hazañas de los soldados de principios del quinientos un reflejo nostálgico de los tiempos gloriosos de la milicia española.

3. Destinatarios y lectores en la República de las Letras

> Y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano. —Todos estos tres libros —dijo el cura— son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España (Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, I, VII, p. 94).

El famoso escrutinio cervantino, realizado por el cura en la biblioteca de Don Quijote, ha revelado para la crítica contemporánea una serie de informaciones sustanciales para un fragmento del amplio espectro del lectorado de la poesía épica. Partiendo de la consideración de Dadson, el inventario del hidalgo manchego es la configuración prototípica de una biblioteca anacrónica, perteneciente más bien a los gustos de los hidalgos de la década de 1580 (Vilà, 2011: 138), que a los de un hombre familiarizado con las armas en el siglo XVII. Los dos estilos de narración (prosa y verso) se corresponden con dos formatos editoriales (libros grandes, *in folio*; libros pequeños, en octavas) y dos gustos narrativos de los "hechos de armas" en la representación de la guerra propias del siglo XVI: «la ficción verosímil (sentimental o caballeresca) y la épica» (2011: 134), siendo ésta última la más elogiada y resistente a la censura cervantina. Sin embargo, esta distinción factual de la literatura ficticia (generalmente *in folio*) y la literatura verosímil, era superada por el carácter doctrinal de ambas en el momento en que la narración de hechos bélicos, tanto en prosa como en verso, pues permite su lectura en los siglos XVI y XVII «como historia, porque cumple con la verdad y porque de ella pueden extraerse conocimientos provechosos» (2011: 136). De ahí que tratadistas militares como fray Jaime de Alcalá, en el prólogo de su obra, acepten como fuente de conocimiento militar la lectura de novelas de caballerías además de recomendar otros géneros:

> Visto que algunas personas ocupan su tiempo en leer historias de romana cavalleria, y de algunas ficciones y sueños como Amadis y otras semejantes no por esso condenado los cavalleros y personas que con la lança en la mano son obligados y su linaje y virtud los convida y fuerça para morir por la justicia para informarse en el arte de su milicia lean a Vegecio y para avisarse en la batalla los excelentes ardides de los Romanos y Troyanos (Fray Jaime de Alcalá, *Cavalleria Christiana*, ff. 6v-7r).

De igual modo, Jiménez de Urrea proclamaba cómo la lectura de hechos de armas (de cualquier género) le había impulsado a escoger su carrera militar: «En verdad, yo

estudié poco porque salí más inclinado a las armas que a las letras, y por ello, no aprendí sino romances viejos y caballerías que, ciertamente, me alentaron a seguir cosas heroicas. Holgábame de leer las escaramuzas y guerras de Granada: aquel ardor y fortaleza de corazón del buen Rey Católico…» (Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, I, p. 55). Los registros permiten descubrir que los conquistadores se contagiaron de esta mística heroica de las gestas caballerescas[71] insuflando en ellos la posibilidad de acometer hazañas similares a los grandes capitanes de los tercios carolinos en el Nuevo Mundo (Amazonas, el Dorado…). Por ello, la primera generación de conquistadores tiene «un modelo ideal, caballeresco y medieval […] forjado en la experiencia histórica de la Reconquista de Granada y en las recientes guerras de Granada» (Carmona Fernández, 2006: 437).

¿Cómo identificar al público de la poesía épica cronística? ¿Quiénes eran verdaderamente los lectores de estos tratados de armas? ¿Es posible establecer una relación entre el público de los tratados militares y el de este subgénero épico que permita afirmar una lectura de clase o gremial?

Siguiendo las premisas establecidas por Leonard (1959) y Chevalier (1976), entre los libros que cruzaban al Nuevo Mundo era posible encontrar entre 1575 y 1600 «con perfecta regularidad ejemplares de los *Amadises* y textos de *Orlando furioso*. *La Diana* aparece con frecuencia entre 1575 y 1578, *La Araucana* en forma más irregular entre 1580 y 1599» (1976: 49), María José Vega (2010) aproximándose a las bibliotecas quinientistas, concluyó que los intereses de los lectores de los poemas épicos coincidían con las enseñanzas de los autores de tratados y diálogos: el arte de la guerra, la milicia y la formación del soldado, clasificando la poesía épica como una «lectura nobiliaria, propia de estamentos vinculados al poder y a la milicia» (2010: 17). Mercedes Blanco (2013), en cambio, disiente de la tesis de María José Vega en base a tres argumentos: su apoyo unilateral en los paratextos prologales; la uniformización excesiva de éstos en su estudio

[71] En este sentido es en el que, según Carmona Fernández, es posible encontrar una respuesta lógica al *boom* editorial de los libros de caballería en el período de la conquista y su circulación entre los conquistadores, así como su descenso, tanto en la producción como en la recepción a finales del siglo XVI (Kohut, 2002: 175). Para los descubridores del Nuevo Mundo, «de la misma manera que el caballero en su viaje ensancha el cosmos y el orden artúrico, el conquistador ocupando nuevos territorios lleva a cabo el ideal de la monarquía católica universal» (20006: 438).

y el concepto de "humanismo" del género épico que explica Vega consistente en un ideal de literatura verdadera y provechosa que debe suscitar la aspiración a la virtud (2013: 16).

Desde la Edad Media está atestiguado el fomento de la lectura de *fechos de armas* como elemento provechoso en la formación de los caballeros: «E por eso acostumbraban los caballeros, cuando comían, que las leyes en las historias de los grandes hechos de armas que los otros hicieran, e los sesos, e los esfuerzos que hubieron, para saberlos vencer, e acabar lo que querían. […] E esto es porque oyéndolas les crecerían las voluntades, e los corazones, e esforzábanse haciendo bien, e queriendo llegar a lo que los otros hicieran, o pasaran por ellos» (*Partidas*, II, XXXI. 20).

Tres son los poemas épicos que se salvan de las llamas cervantinas: dos, épico-cronísticos: *La Araucana* y *La Austríada*, y uno, religioso: *El Monserrate*. Pese a la diferencia temática de las obras, un episodio común aparece narrado en todos ellos, en el que participó el autor: la Batalla de Lepanto[72], y que puede ser una de las causas extralingüísticas que influyeron en la salvaguarda de dichas obras. Para el veterano soldado de Lepanto, no hay duda alguna por tanto, de que, como afirma Alberto Montaner, la gloria caballeresca era sencillamente un «imposible ontológico» (2005: 106). La preferencia en el reconocimiento bibliotecario por el género épico junto al contenido del discurso de las armas que hace don Quijote (I, XXXVII-XXXVIII), nos revela que, si bien al manchego «se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio» (I, I, p. 42) de tanto leer novelas de caballerías, también debía ser un ávido estudioso de los tratados militares (Castells, 2008: 43). Tras comparar la biblioteca ficticia del hidalgo, con los inventarios conservados de Alonso de Osorio[73] (1573, 1589), Lara Vilà detecta un cambio de paradigma de la figura del lector en el que se impone la voz de la nueva casta de militares surgidos de las filas de infantería de los tercios carolinos y filipinos (2011: 138-139).

[72] Al igual que Cervantes, que luchó en el tercio de Lope de Figueroa en la batalla de Lepanto, Cristóbal de Virués también participó en el conflicto naval, aunque no es posible asegurar que su relación se remonte a esta fecha, pues no se conserva ninguna hoja de méritos suya que permita establecer su posición en los tercios alistados para combatir en las galeras.

[73] Los inventarios de la biblioteca de Alonso de Osorio han sido estudiados y analizados en profundidad por Pedro Cátedra, quien rastrea en ellos, entre otros, la poesía épica (2002: 215-223).

Al igual que los poemas épico-cronísticos, dedicados a la figura del rey o a un noble[74], los tratados militares, además, estaban destinados expresamente a todo hombre de armas, pero fundamentalmente a los soldados bisoños, carentes de experiencia, y entre ellos, son mencionados, los hombres que iban a luchar al Nuevo Mundo:

> He visto que han salido de España a diferentes jornadas, grandísimo número de soldados nuevos, faltos de toda disciplina Militar, por ser necesarios, y convenir así a la conservación de tantos Reinos, y tan divisos, como nuestro Rey Católico señorea, y que en algunas ocasiones […] han hecho notable falta a su opinión y valor, por no ser prácticos de tanta ciencia y experiencia en los casos de la Milicia como convenía, y porque sin duda los más de los oficiales de la gente de guerra que se llevan a las provincias del Perú, y Nueva España, y a las Filipinas y a otras Islas de aquel mar, no han militado, ni han visto jamás campear ejércitos. Y así a los tales les podrá ser de provecho este mi cuidado (Escalante, *Diálogos del arte militar*, p. 91).

Aunque los tratados de armas estaban destinados a los militares, lo cierto es que únicamente podían tener valor para aquellos que ocuparan puestos de mando, es decir, los oficiales, a quienes se les requería un conocimiento militar bidimensional: experiencial y sapiencial, concretado éste último en la adquisición de una serie de conocimientos científico-técnicos, frente al soldado raso cuya virtud más sobresaliente debía ser la obediencia. De ahí que Espino López sostenga que «el oficial es el único que debe utilizar las letras, nunca el soldado, que debe resignarse a un papel pasivo, obedecer ciegamente a su capitán» (2001: 484). Junto a la lectura de tratados dedicados al arte propiamente militar, los tratadistas de las naciones cristianas recomendaron la lectura de libros espirituales que formasen el alma y la disciplinaran (Gutiérrez de la Vega, *Nuevo Tratado y Compendio de Re Militari*, p.74; Francisco Antonio, *Avisos para soldados*, p. 250; Andrade, *El buen soldado católico, y sus obligaciones*, I, XXX, p. 188) alejándola de los vicios y acercándola al cultivo de las virtudes cardinales y teologales. Sus avisos e instrucciones eran contemplados como un desarrollo de los diez mandamientos aplicados al mundo bélico.

Si bien los conocimientos experimentales eran imposibles de adquirir fuera del campo de batalla, el estudio teórico de la milicia es posible rastrearlo a partir de la presencia de obras militares en las bibliotecas nobiliarias.

[74] Véase la tabla 5.

3.1. Una revisión de los inventarios nobiliarios (1550-1662)

Chevalier (1976) asentó las bases desde las que abordar cualquier estudio de los lectores en la España de los siglos aurisecular en la que cerca del 80% de la población era analfabeta (1976: 18). De los grupos de personas cuyo oficio les exigía conocer las letras (agrupados en torno a cinco grandes grupos[75]), el lectorado de la épica lo conforman los siguientes grupos sociales: la aristocracia, los gentileshombres, que, siguiendo las instrucciones de Castiglione eran instruidos en los hechos de armas, los propios soldados, algunos intelectuales y humanistas letrados y clérigos e historiadores (1976: 124-126). Sin embargo, identificar en estos subgrupos a los lectores de poemas épicos y tratados militares es una cuestión harto compleja debido a la escasez de datos que se conservan y la imposibilidad de decidir la cultura popular a partir de unos inventarios *postmorten* (Díaz Borque, 2015: 36). Díaz Borque (2016: 75-90) ha realizado un estudio a partir de 27 inventarios (de los 185 que se conservan) de la época de Carlos V. Más allá del escaso número de volúmenes que hay en las bibliotecas[76], la clasificación del contenido que realiza, aunque es orientativa, no es lo suficientemente exhaustiva para determinar la presencia de obras de tratadística militar en ellos[77] aunque, por las menciones explícitas que hace, se trata de un porcentaje muy escaso. A diferencia de las bibliotecas de la primera mitad del siglo XVI, a partir de 1550 los inventarios cuentan con un mayor número de registros en cada una de ellas[78]. Tres de ellas poseen menos de 100 registros (37,5%); otras tres oscilan entre los 100 y 200 documentos, una posee cerca de 360 (37,5%) y finalmente dos grandes bibliotecas se acercan al millar de entradas (25%).

Una dificultad se añade al estudio de la tratadística militar en el Siglo de Oro español en las bibliotecas privadas por la naturaleza de las obras. De la clasificación

[75] El clero, la nobleza, los técnicos e intelectuales, los mercaderes, los comerciantes y artesanos, y los funcionarios y criados de mediana categoría.

[76] «En diez bibliotecas el número de libros oscila entre uno y 50 (30,03%); en cuatro bibliotecas, entre 51 y 100 (14, 81%); en cinco bibliotecas, entre 101 y 200 (18,51%); y en cuatro bibliotecas, entre 201 y 300 (14,81)» (Díaz Borque, 2016: 81).

[77] Divide los volúmenes encontrados en libros de historia; libros profanos (geografía y viajes, libros prácticos de diverso tipo como medicina, o derecho); libros de filosofía; libros religiosos y libros sobre la propia nobleza de diverso tipo y alcance (2016: 82-83). Es dentro de este último grupo donde se encuentran recogidos los ejemplares existentes relacionados, más que con el arte militar, con el estamento nobiliario y los discursos caballerescos.

[78] Para conocer más sobre las bibliotecas de la primera mitad del siglo XVI véase Díaz Borque, *Bibliotecas y clase social en la España de Carlos V*, Madrid, Ediciones Trea, 2016.

tripartita que hace Díaz Borque (2015: 20) de los usos del libro (distracción, oración y herramienta), los libros herramienta presentes en las bibliotecas poseen un doble origen que es difícil de identificar: los manuales de consulta (que permanecen siempre en las estanterías de la biblioteca) y los manuales que crea y gestiona el autor con cesión a segundos (lo que facilita un préstamo bibliotecario y un posible ejemplo de ello es la obra de Bernardino de Mendoza, *Teórica y práctica de la guerra* en cuya biblioteca aparecen registrados dos ejemplares[79]). De los 41 inventarios de los siglos XVI y XVII de los que se poseen todos los datos y han sido estudiados en profundidad[80], nueve pertenecen a bibliotecas nobiliarias privadas fechadas entre 1550 y 1610 en la Península Ibérica, excluyendo las atribuidas a mujeres y religiosos, a excepción de Antonio de Rojas (arzobispo de Granada) por su formación humanista y militar.

	AÑO	POSEEDOR	CLASE SOCIAL	N.º REF.	REFERENCIA	FUENTE
1	1550	Fernando de Aragón	Duque de Calabria	793	Inventario de los libros de don Fernando de Aragón, duque de Calabria, Madrid, Aribau, 1875.	IBSO
2	1556	Antonio de Rojas	Arzobispo de Granada (gentilhombre)	64	Pedro M. Cátedra García, "La biblioteca del caballero cristiano don Antonio de Rojas, ayo del príncipe don Carlos (1556)", *MNL*, vol. 98, nº2, Hispanic Issue (Mar., 1983), págs. 226-249.	IBSO
3	1573	Ruy Gómez de Silva	Príncipe de Éboli y I Duque de Pastrana	40	Dadson Trevor J., *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco libros, 1998.	IBSO
4	1573	Alonso Osorio	VII Marqués de Astorga	707	Cátedra, Pedro M., *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso Osorio marqués de Astorga*, Junta de Castilla y León, Consejería	IBSO

[79] Tal y como se puede observar más adelante en el inventario de la tratadística militar que aquí se expone.
[80] *Biblioteca Digital Siglo de Oro* [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [03 de mayo de 2020].

					de Educación y Cultura, 2002.	
5	1589	Alonso Osorio	VII Marqués de Astorga	354	Cátedra, Pedro M., *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso Osorio marqués de Astorga*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2002.	IBSO
6	1596	Gonzalo Argote de Molina	Conde de Lanzarote	166	Inoria, Pepe, "La biblioteca di Argote de Molina. Tentativo decatalogo della sezione manoscriti" en *Studi di Letteratura spagnola*, Seminario di Spagnolo della Facoltà di Magisterio dell'Università di Roma, 1967.	IBSO
7	1604	Alonso Barros	Noble	151	Dadson, Trevor J., "La biblioteca de Alonso de Barros, autor de los Proverbios morales", *Bulletin Hispanique,* 89, n°1-4 (1987), págs. 27-53.	IBSO
8	1604	Bernardino de Mendoza	Noble	79	Laspéras, Jean-Michel M., "Los libros de Bernardino de Mendoza (1540 [41] - 1604)", *Bulletin Hispanique*, 99, n°1 (1997), págs. 25-39.	IBSO
9	1610	Francisco Arias Dávila y Bobadilla	IV conde de Puñonrostro	182	Dadson, Trevor J., *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco libros, 1998.	IBSO
10	1626	Diego de Acuña y Sarmiento	Conde de Congomar	6.471	Manso Porto, Carmen, Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar (1567-1626). Erudito, mecenas y bibliófilo, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1996.	IBSO

11	1626	Ruy Gómez de Silva	III Duque de Pastrana	94	Dadson, Trevor J., Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro, Madrid, Arco libros, 1998.	IBSO
12	1662	Vicencio Juan de Lastanosa	Gentilhombre	974	Selig, Karl-Ludwig, The library of Vincencio Juan de Lastanosa Patron of Gracian, Genève, Librairie E. Droz, 1960.	IBSO
13	1662	Lorenzo Ramírez de Prado	Humanista y caballero de la Orden de Santiago	8.951	Entrambasaguas, Joaquín, La biblioteca de Ramírez de Prado, Madrid, CSIC Instituto Nicolás Antonio, 1954 (2 vols.)	IBSO

Tabla 4. Relación de inventarios nobiliarios entre 1550 y 1670[81].

En la mayoría de dichas bibliotecas encontramos un conjunto de obras de formación propiamente militar. Del total de obras recogidas en los mencionados inventarios, apenas un 1,6% de las obras pueden agruparse bajo un rótulo común de "tratadística militar" Ejemplo de ello es la biblioteca de Fernando de Aragón (1550) en donde aparece inventariado el libro de Vegecio, *De re militari* junto a otros más contemporáneos: *Esfuerço bélico*, *Ordo militandi contra turchos*. En la biblioteca de Antonio de Rojas únicamente encontramos el *Enchiridion* de Erasmo de Rotterdam y un registro intitulado *otro libro françés de la disciplina militar*. Entre los libros del I Duque de Pastrana no hay ninguna mención a los tratados militares[82]. En el registro de la biblioteca del VII marqués de Astorga de 1573, hay siete registros relacionados con los tratados militares: Diálogos de Diego Núñez de Alba; *De Re militari*, traducido por Diego Enríquez del Castillo; *Onosandro platónico, de las calidades y partes que á de tener el capitán general* (primer volumen); *Cavalleria christiana*, por fray Jaime de Alcalá, *De re minatorio*, de Vegecio; y dos libros de fortificación.

[81] *Biblioteca Digital Siglo de Oro* [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [5 de mayo de 2020].

[82] A diferencia de la biblioteca del III duque de Pastrana, fechada en 1626 en el que se encuentran cuatro libros de arte militar: *Un libro de tratado desquadrone italiano; otro libro de fortificacion; un libro de arte de las armas;* y *De re militari*, de Vegecio (Dadson, 1998 en [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [03 de mayo de 2020]).

El primer inventario en el que encontramos registro de poemas épicos junto a la presencia de tratados militares es en el de la biblioteca de Alonso Osorio, del que se poseen dos inventarios (1573 y 1589) y en cuya ampliación se encuentran dos tratados más relacionados con la artillería y la fortificación[83]. Más allá de los títulos orlandianos, en el inventario de 1589 aparece, junto a la adquisición de varios tratados militares (*Prática de artillería, Tratado de re militari hecho a manera de dialogo entre el Gran Capitán y el Duque de Nájara*), un ejemplar de la primera poesía épico-cronística: *La Austríada*, de Juan Rufo. Para Cátedra, esta biblioteca, en la que más de un tercio de los libros están relacionados con el género historiográfico, se puede observar el retrato de «una cultura politizada, atenta al imperio, y confirma la relevancia de la tendencia historiográfica del pensamiento simbólico del siglo XVI» (Vega, 2010: 19).

Es llamativa la correlativa ausencia de registros de poemas épico-cronísticos y tratados militares en la biblioteca finisecular de Gonzalo Argote de Molina (1596), mientras que en el inventario de Alonso de Barros encontramos dos volúmenes de tratadística militar: un tratado de *Re militari*, *Theorica y practica de la guerra*, de Bernardino Mendoza y *Diálogos del arte militar*, de Bernardino de Escalante[84]. Igualmente, entre los volúmenes de Bernardino de Mendoza hay cinco obras dedicadas al arte militar: *Theorica y practica de la guerra*, (dos ejemplares de su propia obra); *Otro de guerras de campañia*; *otro libro llamado Luis Collado de artillería*; y *consejos militares*, y un solo poema épico: *La Jerusalén liberada*, de Torquato Tasso.

Una de las bibliotecas más completas en tratadística militar es la de Arias Dávila y Bobadilla[85] en la que encontramos un *tratado de guerra contra turcos en italiano*, *Trataxemas militares* en italano, *Corpo enfermo de milicia*, de Marcos de Isaba; *Pratica de guerra por don Bernardino de Mendoza*; *El perfecto capitán*; *De re militare* (Vegecio); *De la arte militar* (Brancacio); *Discursos de guerra*, de Bernardino Roca; *Del arte militar*, de Diego Gracian; *Estrataxemas de cosas de guerra*; *Reglas de milicia*; *Diálogos del soldado*; *Milicia Moderna* en italiano; *Disciplina militar*, de Alfonso Adriano; y dos

[83] *Otro libro enquadernado en pergamino blnaco, que en lengua italiana tiene el título que dice: prática de artillería; otro libro grande, enquadernado en beçerro colorado, en lengua italiana, de pliego de marca mayor, que en la dicha lengua parece tiene un título que quiere decir: de la fortificación de Martín Galaso* (Cátedra, 2002 en [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [03 de mayo de 2020]).
[84] (Dadson, 1987 en IBSO [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [03 de mayo de 2020]).
[85] (Dadson, 1998 en IBSO [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [04 de mayo de 2020]).

libros titulados *Arte militar* en romance. Junto a los libros propiamente militares destaca un libro de aritmética *Arismética*, de Pedro Nunez en romance y un *Arte de navegar* también en romance. Si bien, dentro del género épico, la biblioteca posee algún ejemplar de *Orlando furioso*, sobresale la ausencia de poemas épico-cronísticos.

El porcentaje de obras propiamente de tratadística militar que encontramos en las mencionadas bibliotecas es pequeño, como puede observarse, en comparación con otros (como las religiosas) a excepción del registro del IV Conde de Puñonrostro, donde la tratadística militar se aproxima al 10% de los volúmenes (8,79%). A partir de mediados del siglo XVII la presencia de tratados militares en las bibliotecas nobiliarias será cada vez mayor junto a otras obras de género historiográfico[86].

Hasta 1626 no volvemos a encontrar en los inventarios disponibles rastro de la poesía épica. La biblioteca de Diego Acuña Sarmiento[87], conde de Gondomar posee varias ediciones de *La Araucana* (Madrid, 1578) en cuarto (Primera y Segunda parte) y en octavos: la Tercera parte (Madrid, 1610); Primera, Segunda y Tercera (Madrid, 1610). En octavos encontramos la Cuarta y Quinta parte (Salamanca, 1597) y el *Arauco domado* (Madrid, 1605). Igualmente encontramos algunos tratados militares (*Nuevo tratado y compendio de re militari*, de Luis Gutiérrez de la Vega; *De re militari*, de Paris de Puteo; *De re militari*, de Cornazano.

Dos inventarios de 1662 demuestran que el género épico seguía interesando a los nobles, el de Vicencio Juan de Lastanosa[88], que posee una edición completa de *La Araucana* (Perpiñán, 1596) y un *Orlando furioso* (Venecia, 1587); y el de Lorenzo Ramírez de Prado[89] que posee un ejemplar de *La Araucana* (Madrid, 1632), un ejemplar de *La Mexicana* (Madrid, 1594), y una única obra *De re militari*, en formato dialogado entre el Gran Capitán y Don Pedro Manrique de Lara.

[86] Ejemplo significativo de ello es el inventario de la biblioteca de Juan Vicencio de Lastanosa (Selig, 1960 en IBSO [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [03 de mayo de 2020]) en donde se registran, además de siete tratados militares, dos obras de cometnarios a guerras (*Comentario de las guerras del Duque de Alba*, *Comentario de las guerras de los Payses Baxos*).
[87](Manson Porto, 1966 en IBSO [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [04 de mayo de 2020]).
[88] (Selig, 1960 en IBSO [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [05 de mayo de 2020]).
[89] (Entambasaguas, 1954 en IBSO [en línea] < http://www.bidiso.es/ > [05 de mayo de 2020]).

Más allá del evidente cambio de intereses proclives a las cuestiones históricas recientes, este recorrido comparativo por los inventarios de las bibliotecas nobiliarias y de gentileshombres comprendidas entre 1550 y 1665 nos permite afirmar que los intereses de los lectores nobiliarios de tratados militares coincidían mayormente con los lectores de poesía épica. Como ya constató Vega (2010), nos encontramos ante un cambio de paradigma de lector: el soldado-lector a quien, por sus obligaciones profesionales, le interesa estudiar el verdadero funcionamiento de la milicia y el arte de guerrear, bien mediante la lectura de textos preceptivos, bien mediante relaciones de hechos de armas verosímiles, como puede observarse en la siguiente tabla.

BIBLIOTECA	TRATADOS MILITARES	POESÍA ÉPICA ITALIANA	POESÍA ÉPICO CRONÍSTICA HISPÁNICA
Ruy Gómez de Silva	■		
Alonso Osorio (1573)	■	■	
Alonso Osorio (1589)	■	■	■
Gonzalo Argote de Molina			
Alonso Barros	■		
Bernardino de Mendoza	■	■	
Francisco Arias Dávila y Bobadilla	■	■	
Diego de Acuña y Sarmiento	■	■	■
Ruy Gómez de Silva (1626)	■	■	■
Vicencio Juan de Lastanosa	■	■	■
Lorenzo Ramírez de Prado	■	■	■

Tabla 5. Relación de los inventarios nobiliarios y la presencia de la poesía épica.

La diferenciación de los poemas según los modelos épicos renacentistas italianos, ya sea el ariostesco, ya el tassiano, conlleva para Miguel Martínez (2011) una distinción sociológica en el lectorado, bien sea fruto de una escritura aristocrática dirigida a su propia clase social, o bien una escritura propia del grupo militar. En esta misma línea, Plagnard analiza los dedicatarios de los poemas de Ercilla (*La Araucana*) y Corte Real (*El segundo cerco de Diu* y la *Felicissima victoria de Lepanto*) señalando que estas obras funcionan como una bisagra entre estas dos clases de lectorado tan opuestas (2019: 46): la nobiliaria y la hidalga.

3.2. Los dedicatarios de la poesía épico-cronística

Alonso de Ercilla es el primer poeta en dirigirse a ambos grupos sociológicos simultáneamente. En primer lugar, el destinatario real de su poema identificaba al rey como potencial lector de su obra, aunque no nos sea posible afirmar con certeza si el monarca y su entorno leyeron en algún momento las obras que les habían sido dedicados (2019: 44). Para Dichy-Malherme, la dedicatoria al príncipe de Ercilla no es una convención literaria o cortesana, sino una continuación del servicio al rey por parte del autor (esta vez a través de la escritura, al igual que muchos tratadistas), para el que fue una constante en su vida (2012: 86). Para Plagnard, la aparición de un dedicatario real podía implicar una finalidad didáctica del género: «L'épopée pouvait, enfin, s'adresser au souverain en tant que discours épidictique visant à l'éducation du prince et à son apprentissage par l'exemple des vertus nécessaires au bon gouvernement» (2019: 45).

La función doble de la figura del rey como sujeto y lector épico permitía, a su vez, afianzar su arte militar, raíz de su imagen real (Checa Cremades, 1999: 113-255 en Plagnard, 2019: 43), y el género épico resultaba el más apropiado para ello:

> L'attitude de majesté requise du roi en faisait un lecteur idéal du poème héroïque. La grandeur du genre était définie en termes de noblesse, se prêtant ainsi à une analogie avec la hiérarchie sociale, dont le roi était le sommet. Guerrier par antonomase, le roi était aussi le détenteur d'un discours sublime, capable d'apprécier l'épopée par sa grandeur d'âme, sa noblesse d'esprit, la majesté de son port ou encore la gravité de son attitude (2019: 44).

Hay dos fragmentos del texto ercillano que amparan el lectorado hidalgo para Plagnard. En primer lugar, las referencias del prólogo de la *Primera parte* de *La Araucana*

a los soldados que participaron en la conquista (y que, como está comprobado, no formaban parte de la aristocracia):

> Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba, no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia (*AR*, I, p. 71).

En segundo lugar, las palabras de Ercilla en la *Segunda Parte* a los soldados que participaron en la conquista de Chile, todavía vivos en el momento de la publicación de la obra:

> Y mucho me admiró los que al presente
> en la primera edad yo conocía
> verlos en su vigor y años lozanos,
> y otros floridos jóvenes ya canos (*AR*, XXIII, LXXIV. 5-8).

Estos soldados veteranos de Chile, casi contemporáneos a la redacción del poema son, para Plagnard, los lectores potenciales que incitaron a Ercilla a concluir su epopeya «si l'on croit le prologue de la première partie» (2019: 46). Del mismo modo, la representación de la nobleza de segundo rango presente en los poemas de Corte Real, junto a la flor aristocrática, es motivo de posible captación del interés de soldados de segundo rango como lectores potenciales. La opinión de Plagnard, aunque acertada, está limitada por su propia naturaleza, el estudio de tres obras: *La Araucana*, *El Segundo cerco de Diu*, *Felicissima victoria de Lepanto*. Además, en el prólogo a la *Felicissima victoria*, a diferencia de Ercilla, el autor confiesa un único sujeto protagonista: «Me determiné en escribir el felicissimo sucesso desta memorable batalla en que Dios otorgó al señor Don Juan de Austria, una tan alta victoria de la sobervia y poderosa armada Othomana» (*FV*, p. 3).

Atendiendo a los paratextos de este sexteto, se puede observar que, si bien cuatro de ellos tuvieron como dedicatario principal al rey, dos de ellos (*La Mexicana*, y el *Arauco domado*) fueron dedicados a dos nobles, descendientes de los protagonistas de los poemas: el marqués del Valle (nieto de Hernán Cortés) y Hurtado de Mendoza (primogénito de García Hurtado de Mendoza). El marcado carácter epidíctico, rasgo

inherente al género épico, se concreta en el subgénero cronístico en la exaltación de las virtudes militares de los soldados del ejército, desde la figura del Capitán General, hasta el soldado raso de los tercios, convirtiéndose asimismo en reclamo para su lectura. Para Chevalier, aquí radica el éxito editorial de la poesía épica, al considerarlas en cierto modo: «epopeyas genealógicas, que celebran unos gloriosos linajes, unas familias aristocráticas famosas en la España del Siglo de Oro» (Chevalier 1976: 118). Al igual que el rey, los nobles, ya mecenas de los poemas, ya dedicatarios, se constituyen como los "sujetos épicos de los mismos", aunque no sea posible encontrar evidencias explícitas de que hayan leído dichos poemas. La tesis de Chevalier y Martínez (2011) queda reforzada por la mención que hacen dos de los autores al informarnos de la composición de la obra por un encargo recibido: Juan Rufo, del príncipe don Juan de Austria (Ramírez de Arellano, 1912: 41): «Su Alteza me mandó ocupar en escribir su vida que, con ser breve, dio larga materia en que bolassen muchas plumas mejores que la mía» (*AU*, p. 891); Lobo Lasso de la Vega, del marqués del Valle: «Luego que tomé la pluma alentado de tan alto sujeto» (*MX*, p. 11). El interés del príncipe y los marqueses por ver las hazañas de su persona y sus antecesores (respectivamente) recogidas en el noble género épico favorecen el pensamiento de esta lectura de clase aristocrática.

Este doble espectro de lectores aparece también mencionado en los paratextos del *Arauco domado* (1596). El poema de Oña surge, como él mismo confiesa, como consecuencia de la disconformidad de García Hurtado de Mendoza con el tratamiento que había recibido por parte de Ercilla en *La Araucana*, quien lo había calificado de «mozo capitán acelerado» (XXXVII, LXX, 2). Mariño de Lobera atribuye el resentimiento de Ercilla a la humillación que sufrió por parte del virrey cuando estuvo a punto de ser ejecutado don García a causa de desenvainar la espada en una ceremonia, aunque luego la pena sería conmutada, el sentenciado no la olvidó: «Le quedó [a Ercilla] muy arraigado en el corazón la memoria del aprieto en que se vio en este día, y el golpe que le dio Don García le estaba siempre dando golpes en él, de suerte que nunca mostró gusto a sus cosas, como se ve por experiencia en el libro que escribió en octava rima intitulado *La Araucana*, donde pasa tan de corrido por las hazañas de don García, que apenas se repara en algunas dellas, con haber sido todas de las más memorables y dignas de larga historia que han hecho famosos capitanes en nuestro sigo» (*Crónica del reino de Chile*, p. 396).

En el prólogo al lector, Oña, al igual que Ercilla, pretende celebrar las obras de los soldados veteranos de la conquista araucana: «las obras de aquellos que sirviendo en ella [en la tierra colonial] a su rey dieron a costa de sus vidas, plumas y lenguas a la fama» (*AD*, pp. 548-549), pero destacando una figura aristocrática por encima de las demás, todavía viva en el momento del alumbramiento de la obra: «y el principal entre estos el marqués don García Hurtado de Mendoça, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, es todo el sujeto de este libro» (*ibid*., p. 549). La queja proferida por el autor ante el tratamiento que Ercilla le otorga en su poema al virrey nos indica el interés del aristócrata por contrarrestarla, de lo que se deriva que, bien por él mismo, bien en su entorno, el poema épico ercillano había sido leído. La inserción en los últimos cantos del poema a partir de la narración onírica de uno de los episodios no contemporáneos a la conquista araucana: la batalla contra el inglés Richard Hawkins de don Beltrán de Castro y de la Cueva (cuñado del anterior), del que confiesa el poeta la intención de «escrebir las hazañas y felicidades» (*ibid*., p. 549) nos induce a pensar que el espectro de nobles consumidores de esta poesía épica de temática histórica reciente era bastante amplio también en el Nuevo Mundo.

La elección de la conquista de México en la década de los 90 como temática épica proyecta un cambio en el dedicatario que puede observarse a partir de la elección de un único protagonista en la obra. A diferencia de Pedro de Oña en el prólogo de Jerónimo Ramírez a *La Mexicana*, la figura de Hernán Cortés, sobresale como único protagonista de la obra: «No sin admiración y gusto tuyo, leerás los discursos, peligros, tormentos y victorias inmortales de Hernando Cortés, gloria de nuestra nación española, puestas en dulce estilo por Gabriel Lasso de la Vega» (*MX*, p.10).

En una paráfrasis similar a la de Lobo Lasso de la Vega, Saavedra de Guzmán establece a Hernando Cortés, marqués del Valle de Oaxaca, como único protagonista de *El peregrino indiano*: «Pareciéndome tan justo que no quedassen sin memoria los valerosos hechos de Hernando Cortés, Marqués del Valle, y los demás que ganaron la Nueva España, y que, siendo yo nacido en ella, lo fuera también aventurarme, lo he hecho a escrivir esta historia» (*PI*, p. 63). Lasso de la Vega corrobora el lectorado de la clase nobiliaria al intercalar en su poema referencias al conquistador a partir de la relación familiar de su meccenas con éste: «vuestro abuelo» (*MX*, VI, XIII. 6; XXII, XIX). Si bien

las referencias al conquistador provenientes del parentesco podían responder a cuestiones políticas, tampoco es descabellado incluir al mecenas en el grupo de consumidores de la poesía épico-cronística, al menos de las obras subvencionadas.

El amplio lapso de tiempo entre los sucesos narrados y la publicación de la obra (aproximadamente setenta), y la inclusión de la obra en el inventario de Lorenzo Prado demuestra que el interés suscitado por la obra era más propio de los humanistas que de los soldados lectores.

En conclusión, la presencia simultánea de tratados militares y poemas épico-cronísticos en las bibliotecas revisadas nos permite reafirmar una afinidad entre este tipo de lectores y este género épico, sin que por ello puedan excluirse otros grupos de lectores diferentes afines también a dichas obras.

4. El género épico en el contexto de la nueva milicia

La épica, definida por Horacio como la representación de «*Res gestae regumque ducumque et tristia bella*» (*Poetica*, v.73), recibe su fundamento de la misma ética heroica (García Gual, 2020: 32). Como ha demostrado recientemente Lara Vilá, la épica hispánica quinientista deriva fundamentalmente en la absorción de dos vertientes de la épica latina cultivadas respectivamente por dos poetas: Virgilio y Lucano. La poesía épica y, sobre todo, el subgénero cronístico, fue redefinido ideológicamente a partir de Virgilio siendo «adaptado al cristianismo» (Vilà, 2001: 328). Los héroes virgilianos, como explicaba Bowra, se ofrecen como mártires de un motivo social, más que de proeza individual, por el imperio romano:

> Era a Roma a quien en última instancia pertenecía la gloria de sus hijos, y era por ella por quien hacían sus sacrificios, no solo el de su vida, sino también el de su felicidad, sus ambiciones personales y todo lo que el viejo tipo heroico tenía como bueno. Virgilio abandonó el esquema de vida en que el héroe vive y muere por su propia gloria, reemplazando un ideal personal por uno social. El antiguo concepto del honor del hombre se disolvió en un esquema de moralidad en que los deberes estaban establecidos con precisión y debían satisfacer lo que la voluntad de los dioses marcaba como correcto (2020: 31).

A diferencia de Virgilio, la guerra civil de Lucano fue asimilada «formal y narrativamente» (2001: 13) por los poetas épicos quinientistas, sobre todo en el tratamiento de la historia reciente y de la colectividad de los guerreros que participan en las batallas descritas que resultan verdaderamente impresionantes gracias a las imágenes macabras e hipérboles que emplea el poeta. Ejemplo de ello son las visiones conjuntas de cadáveres hacinados o los cuerpos desmembrados a los que alude. Uno de los pasajes más patéticos es la visión del campo de batalla al acabar la guerra de la Farsalia, en el que se describe el amontonamiento de los cadáveres:

> A pesar de todas sus pesadillas,
> después que la claridad del día descubrió el daño de Farsalia,
> ningún espectáculo del lugar le hace apartar del campo fúnebre
> sus ojos en él clavados. Contempla ríos impulsados por la sangre
> y cadáveres hacinados hasta igualar a las altas
> colonas, contempla los motones en descomposición (*Pharsalia*, IV, 785-790).

Al igual que él, poetas como Ercilla o Corte Real, no escatiman en recursos e imágenes gráficas para describir la brutalidad y violencia de la guerra en los cuerpos, como las imágenes de los cadáveres atravesados por múltiples balas: «ni llevar quince o veinte una pelota / volando por los aires hechos piezas, / ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas (*AR*, V, XXVII. 5-8), o las heridas exactas producidas por la artillería de pólvora o de hierro que emplea el enemigo. Ejemplo de ello es el caso de Barbarigo (*FV*, XIII, LVI), atravesado por una flecha que se le clava en un ojo; o el de don Juan de Cardona:

> Dale una flecha, passa la armadura:
> hiere el muslo, de sangre corre un rio:
> no se turba el varon, antes ravioso
> el puño aprieta, y presto bien se venga.
> Otra flecha sacude el gruesso petto:
> resurge atrás, y vano queda el golpe,
> mas viene tras aquella una furiosa
> pelota de arcabuz en fuego ardiendo (*FV*, XXIV).

Caravaggi ha descrito claramente la asimilación bidimensional que se produjo en la poesía épica española de 1500:

> L'epica […] ibérica si costituisce nel tardo Cinquecento sotto la spinta della fortunata espansione política e della cultura umanistica importata dall'Italia, due realtà fondomentali della cilvità ispanica rinascimentale. Motivi ariosteschi da un lato, i grandi temi nazionali dall'altro (le nuove conquiste, europee e transoceaniche, la guerra contro i Turchi, la

> Controriforma) rappresentano le duplici fondamenta del genere, su cui si elevano, con un vasto materiale di luoghi comuni, di repertori fácilmente mutuabili e di situazioni ricorrenti, i numerosi poemi di questa aristotelica, filtrata sia attraverso i commenti italiani o local, sia attraverso gli essempi concreti dei capolavari della classicità; si trata di un'azione insistente, verificabile in ogni particolare, e perfino nella técnica versificatoria abituale, in quel procedimento di trasposizione in ottave di una prima stesura in prosa, che tanta meccanicità rivela nelle squallide rime dei minori e non solo questi (1974: 135).

Los estudios de David Quint (1993), Michael Murrin (1994), y Elizabeth Davis (2001) se centraron en la identificación de la apología del imperio en el poema, así como las fracturas ideológicas y posibles contradicciones internas. David Quint formuló el paradigma "épica e imperio" a partir de la exploración de un corpus, en el que identificó las dos tradiciones genéricas de las que se deriva la imitación de los poemas épicos a partir de dos poemas de la Antigüedad: la *Eneida* y la *Farsalia*, que, a su vez, poseen dos estrategias discursivas asociadas con las categorías del *epos* y el *romanzo* (1993: 34). Recientemente, las líneas de investigación épica, representadas por James Nicolopulos (2000), Lara Vilà (2001) y María José Vega (2010), tienden al estudio y (discutible) lectura de la poesía épica como medio de propaganda del Imperio a partir de «una reescritura y una adaptación nacional de esta obra [la *Eneida*]» (Vilà, 2001: 9), mediante la recreación de los episodios más ilustres de la historia para reivindicar el prestigio, la autoridad y apropiarse de los beneficios de la consideración de la literatura heroica (Cesc Esteve, 2011: 109-121).

Desde los dos últimos decenios del siglo XVI, y fundamentalmente en la centuria del XVII, se produjo una sustitución del modelo épico de ariostesco por el tassiano (Davis, 2000: 34) imponiéndose el poema épico cristiano e histórico —con una subyacente metafísica cristiana (Kluge, 2012: 169)— sobre el novelesco; una transición facilitada por el tema bélico como elemento constitutivo del género (Vilà, 2012: 49). Sin embargo, numerosos elementos ariostescos se conservaron en la épica cronística:

> La acumulación monótona de discursos, parlamentos, retratos de guerreros y combates singulares (en lo que Rufo aprendió bastante de Ariosto: basta comparar la pelea de don Diego de Leiva y un guerrero turco, en el Canto X, con la de Ruggiero y Rodomonte en el Canto XIV del *Furioso*), según unas técnicas típicas muy limitadas, sólo es superada en determinados momentos descriptivos: la voladura del barco donde van las cautivas de Chipre destinadas al harén de Celín (Canto XIII), o los estragos causados en la batalla naval de Lepanto (Lara Garrido, 1999: 57).

La teoría épica quinientista[90] no alcanzó una conformidad acerca del género al que debían adscribirse los poemas épico históricos. Torquato Tasso, en sus *Discorsi dell'Arte Poetica* (1594) se mostraba partidario de ensalzar las gestas recientes de la historia. Tasso asentará teóricamente la posibilidad de un poema épico cronístico moderno al afirmar que es posible cantar en el género más elevado las hazañas nobles de los hombres en la historia, si bien, no de un pasado remoto ni inmediato, al ser difícil de cumplir la licencia poética en ambos casos, bien por el desconocimiento de los hechos acaecidos en un tiempo remoto, bien por la posibilidad de ser contradicho por otros sujetos coetáneos a las hazañas narradas:

> L'historia de secolo lontanissimo porta al Poeta gran comodità di fingere: perocchè essendo quelle cose in guisa sepolte nel seno dell' antichità che appena alcuna debole, e oscura memoria ce ne rimane, può il Poeta a sua voglia mutarle, e rimutarle, e senza rispetto alcuno del vero, coe a lui piaie, narrale. Ma con questo comodo viene un incomodo per avventura non picciolo, perocchè insieme coll'antichità de'tempi è necessario che s'introduca nel Poema l'antichità de'costumi, ma quella maniera di guerreggiare usata dagli antichi, q quasi tutte l'usanze loro non potriano esser lette senza fastidio della maggior parte degli uomini di questa età, e l'esperienza si prende dai libri d'Omero, i quali come che divinissimi siano, pajono nondimeno rincrescevoli [...].
>
> Portano l'istorie moderne gran comodità in questa parte, che ai costumi, ed all'usanze s'appartiene, ma tolgono quasi in tutto la licenza di fingere, la quale è necessarissima ai Poeti, e particolarmente agli Epici; perochè di troppo sfacciata audacia parrebe quel Poeta, che l'imprese di Carolo Quinto volesse descrivere altrimenti di quello, che molti che oggi vivono, l'hanno viste, e maneggiate. Non possono soffrire gli uomini d'essere ingannati in quelle cose, che o per se medesimi sanno, o per certa relazione de'Padri, e degli Avi ne sono informati. Ma l'istorie de'tempi nè molto moderni, nè molto remoti, no recano seco la spiacevolezza de'costumi bè della licenza di fingere ci privano. Tali sono, i tempi di Carlo Magno, o d'Artù, e quelli, che o di poco successero, o di poco precedettero; e quinci avviene che abbiano porto soggetto di poetare ad infiniti romanzatori. La memoria di quelle età non e si fresca che dicendosi alcuna menzogna paja imprudenza, ed i costumi no sono diversi da'nostri, e se pur sono in qualqche parte, l'uso de'nostri Poeti ce gli ha fatti domestici, e familiari molto (I, pp. 14-15).

Para el italiano, la historia reciente, y en concreto, las gestas realizadas por los soldados al servicio de Carlos V en la primera mitad del siglo XVI, por su propia naturaleza, son dignas de ser cantadas épicamente.

Mientras tanto, en España, Pinciano (1596) difería de la opinión de Tasso al afirmar que la obra de Lucano no merecía ser considerada como género poético: «Lucano en su

[90] Para un estilo comparativo de las teorías quinientistas de la épica véase Shepard (1970).

Farsalia fue historiador, y Platón, en sus *Diálogos*, poeta» (*Philosophia antigua poética*, II, p. 143). Años más tarde Cascales (1617) coincidiría con Tasso en la posibilidad de la imitación de los acontecimientos recientes siempre que se cumpliese con los principios aristotélicos:

> De donde concluimos que si la acción histórica passó de la manera que deviera pasar según el verisímil, que es acción digna del nombre de poesía; y que si a essa acción le faltaron cosas necesarias para la perfección poética, que las puede y debe el poeta suplir con el arte. Por donde se engañó el Pinciano; porque, si aquella acción que sucedió en la India tiene todas las partes que la que finge el poeta según el verisímil, consta que no es historiador en la imitación della, sino verdadero poeta. ¿Y no se sabe que el historiador y el poeta son diferentísimos en escribir una misma cosa, porque el uno la escribe narrando, y el otro, imitando? […] El historiador escrive las hazañas de Hércules con el valor y esfuerço que él las hizo, y no passa de ay; porque si passasse, faltaría a su oficio. El poeta, cantando las hazañas de Hércules, pinta en él el estremo de valentía y todos los efectos, affectos y costumbres contenidos en un hombre valiente, mirando, no a Hércules, sino a la excelencia de un hombre valeroso. ¿Veis cómo la action histórica puede venir a ser poética? (*Tablas poéticas*, V, p. 47).

Siguiendo la preceptiva aristotélica, según la cual «la función del poeta no es narrar lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, y lo posible, conforme a lo verosímil y lo necesario» (*Poética*, 1447a), los poetas épicos del siglo XVI presentaron en sus poemas un conjunto de personajes cuyas virtudes, llevadas al extremo, configuraban un ideal heroico de acuerdo a la moralidad vigente, estimando la hombría de sus héroes en su integridad y contemplando sus cualidades tanto físicas como intelectuales (Bowra, 2008: 56; Hainsworth, 1991: 5).

La épica quinientista se consagra ante los ojos del lector como una versión mejorada y exaltada de la historia le permite afirmar que la épica se convirtió en «sinónimo de representación gloriosa de la historia, ya sea reciente o pasada» (Vilà, 2007: 53). Esta visión facilitó que la poesía épica fuera considerada, a partir de una asimilación a los géneros historiográficos como un útil medio de instrucción de la élite de ciertos jóvenes de condición noble y posible labor militar; es decir, se impuso una visión de naturaleza moral sobre la poesía épica como el género que imita a los mejores en cuanto a su virtud: (2001: 152). Para los lectores áureos la buena literatura debía seguir el canon horaciano «*Aut prodesse volunt, aut delectare poetae, / aut simil et iucunda et idónea dicere vitae*» (*Epístola a los Pisones*, vv. 333-334) y el poema heroico, de acuerdo con los cánones preceptivos aristotélicos participaba de una función encomiástica y moralizadora y, en el

caso de la épica quinientista española, además trataba de «esaltare l'ansiosa e tormentata spiritualità controriformistica, diventando "un ausiliare del moralista e del guerriero", anche se poi tutti quegli stimoli e quelle buone intenzioni non bastavano a rimediare alla stanchezza e al sostanziale scettismo degli enfatici sperimentatori del genere» (Caravaggi, 1974: 223). Los poetas de la época eran conscientes de las expectativas del lectorado y, más allá de la referencia al clásico tópico, hacían hincapié en ello en los prólogos de su obra:

> Las dos partes con que la poesía llega a su perfecto punto (según nos enseñan los dos excelentes maestros della, Aristóteles y Horacio) son dulzura y utilidad, y a estas se ha de atender en cualquier cosa que en verso se escribiere; pero más particularmente y con mayor cuidado y diligencia se han de procurar en aquella principal poesía llamada épica ó heroica, que es la que une debajo de una acción forma un poema, cual es la *Eneida* de Virgilio (Virués, *El Monserrate*, p. 505).

María José Vega ha realizado una aproximación a los prólogos de las obras épicas con la finalidad de extraer la teoría de la épica hispánica a partir del material liminar que los antecede concluyendo que en ellos «subyace un discurso teórico fuerte» (2010: 3) ligado a la cultura militar que se expandía en la centuria quinientista:

> La épica, pues, de atender a la teoría implícita en los prólogos de los poemas hispánicos, es una forma de historia y una escuela de virtudes éticas, políticas y militares; permite comprender la guerra; forma a los varones jóvenes y les instruye en la historia pasada y presente; favorece la imitación de los más nobles, estrecha lazos de lealtad con el soberano y fortalece la legitimidad dinástica; promueve un vínculo entre varones y muestra un camino para el ennoblecimiento por las armas; procura, como las artes militares y los diálogos del honor, principios de conducta en la peculiar cortesanía de la guerra, esto es, los que encarnan, idealmente, los capitanes nobles de los tercios antiguos, y permite además entender las nuevas formas de guerra de la milicia indiana (2010: 25-26).

Mercedes Blanco disiente, en cambio, de que la primaria finalidad didáctico-militar de dichos poemas:

> La guerra en las obras históricas se ve de modo desencarnado, abstracto y distante, como la ve el general que ordena en un mapa real o mental los movimientos de las tropas y prevé los del enemigo. La guerra como experiencia y espectáculo del combate es algo que cae fuera de la historia como tal, aunque pueda asomar en los historiadores que son también escritores y en cierto modo poetas. Es en cambio pieza vital del poema épico desde Homero. En lo que están empeñados los poetas es en dar a ver, a oír, a sentir las acciones de los combatientes, arrastrando al lector a imaginar, y casi a alucinar la batalla. En este sentido vale cualquier batalla con tal de que haya cierto equilibrio de fuerzas entre los combatientes, y por lo tanto despliegue de esfuerzo y de coraje. Si hay en ello una función

> o utilidad, esta no es didáctica sino más bien catártica. Quien lee estos poemas no aprende en teoría cómo se combate, pero sí puede soñar que está luchando, lo que tal vez de algún modo le prepara a la experiencia límite de un combate cruento, le ayuda a asimilarlo a un deporte y un espectáculo (2013: 22).

La representación de la guerra en la poesía épica cronística se vio condicionada, inevitablemente, por la aparición de la pólvora, que produjo un cambio sustancial en la forma de pelear, configurando un nuevo discurso bautizado como la «épica de la pólvora» (*Gunpowder epic*) que, en la poesía épica española se convirtió en el discurso de una clase militar definida por su oposición a la aristocracia y sus prácticas sociales y culturales (Martínez, 2016: 76). La afirmación de Martínez debe ser interpretada cuidadosamente en el contexto del subgénero épico-cronístico hispánico. Aunque en ocasiones se hace mención a la arcabucería y mosquetería de los escuadrones, la descripción de los combates continúa teniendo un tono predominantemente individual mediante los combates cuerpo a cuerpo.

En el undécimo canto de la ariostesca obra, tras haberse enfrentado en duelo contra el rey Cimosco, Orlando arroja el arma de fuego a las profundidades marinas con la intención de desecharla de la humanidad indefinidamente. Comienza entonces la famosa desaprobación de Ariosto de la "infernal pólvora" capaz de arrebatar la gloria militar, el honor y la virtud, que los caballeros podían alcanzar en los combates, en cambio, con el manejo de la espada:

> La machina infernal, di più di cento
> passi d'acqua ove ste ascosa molt'anni,
> al sommo trata per incantamento,
> prima portata fu tra gli Alamanni;
> li quali uno et un altro esperimento
> facendone, e il demonio a' nostri danni
> assuttigliando lor via più la mente,
> ne ritrovaro l'uso finalmente.
>
> Italia e Francia e tutte l'altre bande
> del mondo han poi la crudele arte appresa.
> Alcuno il bronzo in cave forme spande,
> che liquefatto ha la fornace accesa;
> bùgia altri il ferro; e chi picciol, chi grande
> il vaso forma, che più e meno pesa:
> e qual bombarda e qual nomina scoppio,
> qual semplice cannon, qual cannon doppio ;
>
> qual sagra, qual falcon, qual colubrina

sento nomar, come al suo autor più agrada;
che'l ferro spezza, e i marmi apre e ruina,
e ovunque pasa si da dar la strada.
Rendi, miser soldato, alla fucina
pur tutte l'arme c'hai, fin alla spada;
e in spalla un scoppio o un arcobugio prendi;
che senza, io so, non toccherai stipendi.

Come trovasti, o scelerata e brutta
invenzïon, mai loco in uman core ?
Per te la militar gloria é distrutta,
per te il mestier de l'arme e senza onore;
per te é il valore e la virtù ridutta,
che spesso par del buono il rio migliore:
non più la gagliardia, non più l'ardire
per te può in campo al paragon venire.

Per te son giti et anderan sotterra
tanti signori e cavallieri tanti,
prima che sia finita questa guerra,
che 'l mondo, ma più Italia, ha messo in pianti;
che s'io v'ho detto, il detto mio non erra,
che ben fu il più crudele e il più crudele e il più di quanti
mai furo al mondo ingegni empii e maligni,
ch'imaginò sì abominosi ordigni (*Orlando Furioso*, XI, XXIII-XXVIII).

La condenación moral de las armas de fuego que hace el poeta italiano ofrece una serie de interesantes revelaciones para la comprensión de la poética de la pólvora y el subgénero de la épica cronística al asociar indirectamente el uso de la pólvora a la batalla de masas. Al pedirle al "infeliz soldado" que arroje su espada y sus antiguas armas (la lanza y el escudo[91]) y coja su arcabuz como condición para cobrar la soldada, el poeta asevera implícitamente una masificación y plebeyización de la guerra (Martínez, 2016: 57) que se contrapone a la nobleza y su legítimo arte de pelear. La tensión entre el *romanzo* y las necesidades de la nueva milicia produjo una nueva enunciación heroica que se trasladó a la poesía épica (Martínez, 2011: 177).

Los dos elementos del combate moderno (según Clausewitz, *De la guerra*, I, p. 27) se combinaron en la representación bélica: el poder destructivo de las armas y el combate cuerpo a cuerpo que aportaba el elemento patético del poema:

> The poetry of combat gains an intensity when two great warriors are matched against one other. Then we enjoy the spectacle in its isolation and are not confused as we might be by a general mellay. Part of this enjoyment is almost physical. We identify ourselves with the

[91] Consideradas las más nobles para la batalla hasta entonces (Espino López, 2021: 120).

> combatants and feel the tingling of muscles and brawn set purposefully to work […] This kind of art is common in heroic poetry, since it reflects one of the most obvious elements of battle, the sensation of physical exertion and effort (Bowra, 1966: 57-58).

Soldados de infantería, como los descritos por los cronistas coetáneos, se convierten indirectamente en los personajes de esta épica cronística repleta de pólvora y batallas en la que sorbresalen ciertos nombres de la soldadesca entre los miembros de las masas militares. Sin embargo, los verdaderos protagonistas son los capitanes o generales de las tropas acaudilladas. La infantería, caballería e incluso arcabucería, actúan generalmente como un grupo de auxiliares que, de modo colectivo, sirven a los intereses concretos del capitán. Son especialmente ilustrativas las palabras que Bernal Díaz del Castillo declara al comienzo de su monumental obra, donde expone claramente su intención: el reconocimiento de la labor de aquellos soldados y capitanes que han participado en la expedición:

> Y quién fueron los capitanes y soldados que la conquistamos y poblamos, y otras muchas cosas que sobre las tales conquistas pasamos que son dinas de saber y no poner en olvido […] Y si hobiese de decir y traer a la memoria parte por parte los heroicos hechos que en las conquistas hecimos cada uno de los valerosos capitanes y fuertes soldados que desde el principio en ellas nos hallamos, fuera menester hacer un gran libro para declarallo como conviene y un muy afamado coronista que tuviera otra más clara elocuencia y retórica (*Historia verdadera*, p. 12).

Las recientes aproximaciones que se han hecho a la poesía épica desde una perspectiva militar lo corroboran. Michael Murrin (1994) abordaba el estudio de la representación del fenómeno bélico en el género épico a partir de lo que han denominado los teóricos bélicos modernos como "estrategia operativa", es decir, la estrategia puesta en práctica, sugiriendo que estos poemas describían una nueva relación entre la poética y la guerra en fruto de las nuevas tácticas de la guerra renacentista y la cultura militar en la que la infantería cobraba mayor relevancia. En el Renacimiento, la incipiente concepción teórica de la guerra moderna no permitía una distinción clara entre estrategia y táctica. El término latino *strategia* resurgió entre los tratadistas hacia mediados del siglo XIX y, en España, la distinción clara entre estrategia y táctica se impuso en las tropas a partir de la guerra de la Independencia (Almirante, 1869: 427-448). La tripartición moderna del "arte militar" ha concedido al concepto "estrategia" numerosas definiciones con la finalidad de diferenciarla de la táctica. A pesar de que en la tratadística española de los siglos XVI y XVII el término es omitido, es conveniente anotar dos definiciones francesas del siglo

XVIII que esclarecen la elección del término "estratega" aplicada a los oficiales como héroes épicos modernos» (Almirante, 1869: 431).

Vega (2010: 14) disiente de la perspectiva de Murrin al abordar la relación entre la guerra y la épica del siglo XVI, criticando que éste únicamente había considerado los conflictos militares desde el punto de vista de la revolución artillera, omitiendo el resto de aspectos que abarcaba el arte militar. En esta tesis se propone el estudio totalizador del fenómeno bélico a partir de los postulados filosóficos del arte militar de la época.

Los autores de la poesía épico-cronística no se limitaron a cantar las recientes hazañas de un grupo de soldados españoles, sino que, a través de sus palabras y acciones verosímiles elaboraron un complejo perfil del soldado español. Esto generó un nuevo heroe épico que poseía «una virtud bélica excelsa, ser cortés, generoso y, fundamentalmente, piadoso. Esta caracterización del personaje épico corresponde, de hecho, al cruzado medieval, al guerrero de la fe cristiana» (Vilà, 2001: 186), o sea, al *miles Christi*.

«El cultivo de la poesía heroica requiere tiempos propicios» (Alvar, 1981: 10), y es innegable que el Quinientos español fue una época (sino la más) favorable para ello. Si bien es cierto que muchos de estos poemas no superaron una edición salvo contadas excepciones, la proliferación de obras pertenecientes a este género en dicha centuria ha sido puesto de manifiesto en el famoso e imprescindible estudio realizado por Frank Pierce (1968). Como indica correctamente Chevalier (1976: 106), la observación es válida para la mayoría de poemas épicos, pero hay excepciones. *La Araucana* contó con 23 ediciones entre 1569 y 1632; *La segunda parte de Orlando* de Nicolás Espinosa alcanzó cinco impresiones entre 1555 y 1579; la *Jerusalén conquistada* de Lope de Vega, cuatro; *La Austríada* de Juan Rufo, tres; al igual que *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, *La hermosura de Angélica* de Lope de Vega y la *España defendida* de Suárez de Figueroa. En las últimas décadas, los poemas épicos del Renacimiento han cautivado el interés de numerosos hispanistas que han estudiado diferentes aspectos retóricos, sociales y culturales de la poesía épica del Quinientos[92].

[92] Encontramos trabajos más recientes que abordan cuestiones generales de la poesía épica quinientista como Lara Garrido (1999); Cotta Lobato, (2000); Vilà, (2001); Davis, (2005); Vega y a Vilà (eds.), (2010);

4. La especificidad de la épica cronística

Como se ha visto, la épica que trataba del pasado inmediato, siguiendo el modelo de Lucano, aunque fuese con un trasfondo más acorde a Virgilio, suscitó problemas de adcripción genérica en la época, debido a una interpretación muy taxtativa del ya transcrito precepto aristotélico sobre la diferencia entre el ser histórico y el deber-ser poético. La cuestión es, por tanto, si es posible establecer una taxonomía precisa del género épico áureo en la que tenga cabida el subgénero épico-cronístico.

Para Lara Vilà, el corpus de la épica quinientista puede dividirse en dos grandes grupos en función de su argumento: la épica religiosa y la épica histórico-política (2005: 146), y tres subcategorías en función de su temática y verosimilitud: épica de circunstancias históricas, épica ariostesca o épica de tema religioso (2007: 54). Hasta mediados del siglo XX, la crítica literaria, basándose de modo apriorístico en la preceptiva aristotélica, consideraba estos poemas como historiografía rimada. Todavía Ramírez de Arellano (1912: 81-84) se preguntaba si *La Austríada* es una obra que posee las condiciones necesarias para ser considerada genéricamente como épica, concluyendo negativamente su crítica, basándose en dos factores: primero, su fidelidad a la historia. Para Ramírez de Arellano, el poeta representa en su obra lo que vio, no lo que debió ver y, por tanto, contradice la preceptiva aristotélica: «Rufo no copiaba esta idealidad popular, sino que pintaba la realidad desnuda no embellecida aún» (*Ibid*., p. 82), de ahí que la calificase de «crónica rimada» (*Ibid*., p. 96). En segundo lugar, lo reciente de la historia le impide al poeta que los hechos, por heroicos que sean, hayan adquirido el carácter épico, «porque el asunto no está en sazón, no ha adquirido aún la madurez que le da la tradición, no ha llegado a tomar la belleza plástica que le da su paso por la imaginación popular» (*ibid*., p. 82). A esto añade la carencia de unidad y de un héroe único (debido a la tardía aparición de don Juan de Austria en el canto V), concluyendo, en el caso de Juan Rufo, que:

> Para que hubiera resultado con arreglo a la medida de los deseos del autor, hubiera sido necesario, o que Rufo se propusiese cantar la lucha entre el catolicismo, la fe católica personificada en don Juan, contra el error de los mahometanos, turcos y moriscos, o

Martínez, (2011); Vilà (ed.), (2011); Blanco, (2013), (2014); Pintacuda (ed.), (2014); Marrero-Fente, (2017); y Plagnard, (2019).

> simplemente al héroe de Austria, y en tal caso debiera haber cantado sólo la batalla naval, que es el único hecho glorioso del ilustre príncipe. (*ibid*., p. 83)

Cicchetti disiente de esta opinión, argumentando que la no intervención de don Juan en el poema responde a criterios de verosimilitud y realismo:

> Il fatto che l'eroe entri in scena a partire dal canto V e che partecipi fisicamente alla guerra molto dopo (XV), risponde ancora all'aspirazione al realismo che informa il poema e al conseguente rispetto del dato storico. Il poeta, infatti, segue sempre il filo cronologico degli eventi; ma l'eroe (e quindi anche i suoi valori) sono constantemente esaltati e celebrati, al di sopra dei personaggi che lo affincano (Cicchetti, 2011: 19)

La carencia de un héroe único en la épica ya tenía sus antecedentes en el poema ercillano (más allá de *La Ilíada*) en donde encontramos un héroe colectivo «que no es ni el pueblo araucano ni el pueblo español, sino los dos al mismo tiempo; estas dos fuerzas luchando en el escenario de un continente recién descubierto y en una época cuyos ideales eran precisamente los de unir al hombre por encima de las fronteras convencionales» (Alegría, 1954: 39).

En suma, la cercanía temporal a los hechos narrados no puede alegarse como argumento contra el carácter épico de estas obras, cuya percepción genérica unitaria se deriva, por ejemplo, del célebre pasaje cervantino ya citado. No obstante, el designio de veracidad de los poetas épicos cronísticos obliga a plantearse su relación con la historiografía coetánea. La relación entre el género épico y el historiográfico ha sido extensamente puesta de relieve por Aude Plagnard (2019: 92-104), tras las consideraciones iniciales de Cirot, quien concibió la epopeya como un anexo de la historia: «une forme de l'historiographie […] Ella a donc sa place, au moins comme appendice, dans l'histoire de l'historiographie, d'autant qu'elle nous montre les tendances, les goûts contre lesquels avait à se défendre celui qui se proposait de faire connaître les faits sans les orner des fantaisies de son imagination» (1946 : 319). Si bien Alonso de Ercilla asentó las bases del nuevo modelo de poema épico cronístico en el siglo XVI (Avalle-Arce, 2000: 11), no lo hizo siguiendo los preceptos tassianos. La apariencia de crónica del poema ercillano se encuentra favorecido, según Plagnard, «par le sujet choisi, la colonisation des territoires américains, qui avait auparavant été rapporté surtout sous cette forme. Il s'agirait donc, pour Ercilla, de se rapprocher du format narratif adopté par les chroniqueurs» (2019: 69). Ercilla y Corte Real propusieron en sus obras una

construcción textual que otorgaba a sus poemas épicos la apariencia de crónicas, aunque sin disminuir su poeticidad (p. 68). Tres factores favorecen dicha apariencia: una cronología estrecha, una narración lineal y secuencial y el estilo de verosimilitud (pp. 92-104). El modelo propuesto por Ercilla y, posteriormente, seguido por Corte Real, continúa la pauta de las crónicas «qui présentaient déjà des dramatisations similaires, bâties à partir de séquences militaires ponctuelles, dans la continuité du format de la *relation des faits*» (p. 92). En los poemas que nos ocupan, las batallas recogidas son seleccionadas afinadamente por los autores por diversos motivos socio-militares. Sin embargo, la retórica épica difiere notablemente de la memorística, autobiográfica o crónica, no solo en su aspecto formal (versificado en octavas reales), sino en la imaginería bélica que se despliega y que se concreta en las *amplificationes* de las acciones relacionadas con las batallas *ante bellum*, *ad bellum* y *post bellum*; las *descriptio armorum*; las someras descripciones topográficas subordinadas a la *ordinatio* de las tropas (orden de combate ofensivo y defensivo y situación de ventaja o desventaja respecto al enemigo); así como las *epipólesis* (en boca de los generales o de la voz poética), mediante las cuales se ofrecen al lector los nombres de los hombres que han participado en las *aristía*; las hipotiposis de las heridas recibidas por algunos hombres; y las recreaciones bélicas bifrontales (duelos individuales, que suscitan *pathos*, y enfrentamientos colectivos de escuadrones, que provocan *ethos*), de las tropas combatientes. El carácter de los poemas épicos permite ofrecer descripciones minuciosas de escenas de batallas y dotar al poema de contemporaneidad mediante diferentes técnicas, como señala Reynolds acerca de *La Araucana*:

> El uso frecuente del tiempo presente añade un efecto realista. Los nombres y actos individuales de heroísmo de los españoles circulan en interminable sucesión entre ríos de sangre. Al final, sin embargo, las acciones valientes de los hombres forman un telón de fondo relativamente vago para las del héroe protagonista, central y dominador. *La Araucana*, de Ercilla, proporcionó, obviamente, alguna inspiración directa para las descripciones de batallas y otros elementos, pero este poema carece de una poderosa figura renacentista como Cortés. En este sentido *La Araucana* es paralela a la *Iliada* de Homero y al *Orlando furioso* de Ariosto, mientras que los poemas sobre Cortés están más emparentados con la *Eneida* de Virgilio y la *Gierusalemme liberata*, de Tasso (1978: 220).

Siguiendo la taxonomía propuesta por Alberto Montaner, [93] se entiende por poesía épica cronística aquella que narra «sucesos coetáneos o actuales (historia del presente) y corresponde a géneros en prosa como los memoriales, relaciones de sucesos y sobre todo las crónicas del pasado inmediato». Si bien entre la conquista de Nuevo México y su narración épica en el *Peregrino indiano* existe un amplio intervalo temporal, (aproximadamente ochenta años), encontramos sucesos recogidos en los poemas épicos prácticamente coetáneos. Es lo que sucede en los últimos cantos del *Arauco domado*, en los que se expone la persecución naval del corsario Richard Hawkins por don Beltrán Castro de la Cueva y que el poeta reconoce haber poetizado inmediatamente:

> El año es el presente en que esto escrivo,
> de mil, que con quinientos y noventa,
> cantando cuatro más, remata cuenta,
> a la sazón que sale el tiempo estivo (*AD*, XVIII, XXXI. 1-4).

La disparidad poética de las obras que pueden agruparse en este subgénero (y de las cuales, seis forman parte de este trabajo) dificulta la posibilidad de extraer unos principios comunes a todas ellas. Por el contrario, como afirma el profesor Montaner, es posible establecer una gradación de los poemas en función de dos criterios: la especificidad de los acontecimientos narrados en ellas y su relación con los géneros en prosa. Atendiendo a la capacidad de englobar acontecimientos históricos recientes, encontramos tres niveles de poemas épico cronísticos: desde los poemas que recogen sucesos particulares, es decir, un único episodio bélico, como el caso de la *Felicissima Victoria en el golfo de Lepanto* (1578) de Corte Real, aunque posea digresiones como el asedio de Nicosia y Famagusta, hasta poemas de sucesos más generales, como *La Carolea* (1560), de Jerónimo de Sempere o *Carlo famoso* (1566), de Luis Zapata pasando por algunos de alcance intermedio: *La Araucana* (1569) (I), (1578), (II), (1589) (III); *La Austríada* (1584); la *Mexicana* (1588); el *Arauco domado* (1596), y el *Peregrino Indiano* (1599). En cuanto a la relación de los poemas épico-cronísticos con los géneros en prosa, se puede hablar de la épica como crónica laudatoria de un héroe particular (o sobresaliente entre el resto de hombres de armas que participan de la batalla), subgénero en el que se

[93] Se trata de un documento interno de trabajo del proyecto *MEHHRLYN*, que subdivide la poesía épica áurea en: épica sacra (o sagrada, o religiosa); caballeresca, histórica (o historicista), cronística y burlesca.

sitúa la épica como crónica indiana y en el que se pueden agrupar el *Arauco domado* (aunque los cantos XVIII-XIX sigan el modelo de la crónica particular) y *La Mexicana*.

Uno de los poemas que presenta una mayor complejidad en su clasificación es el *Peregrino indiano*, de Saavedra de Guzmán. Esta obra, compuesta a finales del siglo XVI y con un intervalo temporal de casi ochenta años, es el resultado de la combinación de la crónica indiana y las reivindicaciones políticas criollas. Finalmente, siguiendo la estela del memorial o la autobiografía de soldado se puede situar *La Araucana*, aunque posee, a su vez, rasgos del modelo de la crónica de Indias; y en el ámbito de la crónica particular de sucesos *La Austríada*, que también participa de la crónica del pasado reciente.

La apariencia de crónica de este subgénero épico se encuentra reforzada por la verosimilitud de los acontecimientos narrados, en los que el aspecto maravilloso se encuentra sometido a la maravilla cristiana vigente[94]. Ejemplo de ello son las apariciones que narran los poemas mexicanos de la figura del apóstol Santiago antes de la batalla: (*MX*, XII), (*PI*, XIII, LXI-LXII). Plagnard señala dos casos moralizantes de dicha depuración ficticia: el rito militar del canto XIII de la *Felicísima Victoria* y la depurada versión rufiana, que presenta «el envío de las cautivas al sultán como un rito militar reglamentado» (2012: 136), y el incendio de la nave de cristianos apresados, bien por las *Dei imploratio*, bien por una torpeza (2012: 138). Las mismas excusas emplea Pedro de Oña en sus referencias a los araucanos y su ibunché, de cuya existencia justifica su conocimiento:

> Es este su ibunché, tenido entre ellos
> por una cosa allá como sagrada,
> con suma religión administrada,
> y la que por su Dios adoran ellos;
> helo sabido yo de muchos de ellos,
> por ser en su país mi patria amada,
> y conocer su frasis, lengua y modo
> que para darme crédito es el todo (*AD*, II, LVII),

o al que desmiente, al señalar que se trata más bien de una treta del ibunché:

[94] Para profundizar en la poesía épica y el elemento maravilloso véase Vega Ramos, (2011); Vilà (2014: 465-488).

Pero luego se ríe de él y los araucanos:
Algunos suelen confesar de plano
haver el ibunché que les responde,
pero, si les pedís el sitio dónde,
se excusan, remitiéndolo a Fulano;
y assí del uno al otro iréis en vano,
que cada cual firmíssimo lo esconde,
y en ocultallo está la desventura,
pues el oculto mal no tiene cura (*AD*, II, LX).

La finalidad de estos poemas épicos, agrupados bajo la categoría de "históricos" por Lara Vilá, ha sido señalada por la estudiosa a partir de un análisis comparativo entre la *Eneida* y las mencionadas epopeyas áureas, llegando a la conclusión de que «todos estos poemas que acuden al presente de la nación ilustran a la perfección cómo la epopeya convierte la historia en mito, en un mito que sirve a intereses claramente patrióticos y políticos. El mito del imperio hispánico, por otra parte, se construye claramente sobre la herencia de una imagen simbólica del imperio romano» (2006: 100). La elección de las batallas escogidas para la elaboración de los poemas épicos (la conquista de Nueva España, la interminable lucha en el resistente estado araucano y la batalla de Lepanto contra el imperio otomano), así como el tratamiento encomiástico que reciben, consolidan la imagen imperial de la Monarquía Hispánica.

La etopeya del héroe victorioso del encuentro naval, con la que Ercilla comienza en el canto XXIV de *La Araucana*, concluye con la mención explícita de la relación filial regia de éste, a quien le atribuye la obtención de la victoria, lo que establece su vinculación directa con la Monarquía: «Don Juan, hijo de César Carlos Quinto» (*AR*, XXIV, VIII. 8). El mismo procedimiento sigue Juan Rufo en la presentación del héroe, al introducirlo en el canto V del poema en función de su disposición ante el ministerio que su hermano Felipe II le iba a encomendar y, para el cual había sido formado desde la infancia:

Tal en fin le crïó, tal le compuso,
cual convenía al alto ministerio
de quien ceñir tenía sin abuso
la justa espada del cristiano imperio;
y assí al fraterno coraçón dispuso,
con la contemplación de aquel misterio,
a que el arduo negocio le encargasse
y de sus buenas partes lo fïasse (*AU*, V, XVI).

La presencialidad de la Corona española se extiende también a lo largo de la *Felicissima victoria*. Corte Real al ensalzar la por medio de los oficiales turcos del emperador Selim II el aumento de la dificultad en la batalla si a las tropas italianas y venecianas se unen las españolas bajo el gobierno del rey Felipe, dado que cuenta con soldados instruidos en la milicia y con el favor de la providencia, encomia indirectamente a la Monarquía Hispánica:

> Que tiene fuerte gente acostumbrada
> a grandes y notables vencimientos,
> y capitanes, en disciplina
> y regla militar asaz instruidos.
> Dizen otros, que el bueno o mal successo
> de la contraria suerte, o hado amigo
> esta en la providencia del Rey alto,
> que a do le plaze mas, alli se inclina (*FV*, I, LIII).

La imagen real del héroe será reforzada, más adelante, mediante la écfrasis del escudo del general austrino, en el que se observa, en el punto más elevado al rey Felipe II, y a su lado don Juan de Austria, a su vez «cercado de muy diestros capitanes, / de cavalleros fuertes y animosos» (*FV*, VI, LXXIX. 7-8).

En diferente disposición, pero con similar finalidad, aparecen mencionados los héroes de los poemas cronísticos indianos. En Arauco, el virrey Hurtado García de Mendoza es presentado por Pedro de Oña desde el inicio del poema como representante del soberano hispano en el nuevo mundo y ante los indígenas. Desde el primer encuentro con ellos, el virrey muestra un interés equiparable por convertir a los indígenas en cristianos y en vasallos de Felipe II:

> La cifra de ellas fue certificallos
> que solo era su blanco y su motivo
> hazer que conociesen un dios vivo
> que quiso con su sangre rescatallos,
> y que se confesasen por vassallos,
> con someter al yugo el cuello altivo
> del sacro don Felipe sin segundo,
> monarca universal de todo el mundo (*AD*, IV, XXXII).

La doble "nacionalidad", cristiana e hispánica, es recibida simultáneamente por los indios. La presencia del rey en el Nuevo Mundo reforzando el imperialismo de la

Monarquía hispánica se observará en el *ante bellum* y *post bellum*, cuando la lucha encarnizada no ha comenzado y los poetas aprovechan para recordar a los soldados y los lectores los motivos evangelizadores y políticos por los que luchan. Ejemplo de ello es la orden de arbolar la bandera real (*AD*, IV, LXII. 3) que da García de Mendoza al acabar de levantar el muro de Penco. En similar posición aparece retratado Hernán Cortés por Saavedra de Guzmán, quien lo presenta siempre como fiel y deseoso servidor de la Corona española en todas sus acciones: «A servir a su rey siempre aspirava / con ánimo y valor engrandezido, / a Carlo emperador, Señor del mundo» (*PI*, I, XVIII. 5-7).

Si bien a principios del siglo XX, la estrecha relación de los poemas agrupados bajo este epígrafe con el género cronístico provocó la subestimación del mismo por la crítica, las recientes aproximaciones histórico-militares, desde la poética de la pólvora, han permitido a los estudiosos reconocer el código ético militar subyacente en estos poemas, reflejo de los valores militares expuestos en la tratadística coetánea.

4. LA GUERRA DE CONQUISTA EN *LA ARAUCANA* Y *ARAUCO DOMADO*: UN CONFLICTO INTERMINABLE

1. EL "FLANDES INDIANO": LA INDÓMITA NATURALEZA DE CHILE

Las guerras de conquista se revelaron para los teóricos del Renacimiento como escenarios particulares y peligrosísimos para los soldados de la Corona española. Bernardino de Mendoza destacaba la importancia de considerar la totalidad de las características del reino que se acometía: «el temple, clima y distancia de su distrito» (*Teórica y práctica de la guerra*, p. 54), teniendo en cuenta, además, que «raras veces se acomete conquista que no sea teniendo alguna inteligencia con los del reino o estado, por ser peligrosísima empresa entrar guerreando en país de que no se tiene otra lengua de la que podéis tomar con la fuerza y armas, lo cual retarda en extremo el progreso de ellas» (*ibid*., p. 55). La conquista de la tierra de Arauco, bautizado posteriormente como el "Flandes indiano" (Rosales, *Historia general del Reino de Chile*), se convirtió en la última esperanza de los conquistadores que anhelaban enriquecerse y prosperar en el Nuevo Mundo mediante la adquisición de propiedades y oro. Sin embargo, el duro carácter de la naturaleza y habitantes del Arauco, así como su capacidad de resistencia, prolongaron el conflicto entre indios y españoles durante más de doscientos años.

«Habiendo los indios, gente indómita y sin razón, bárbara, faltos de todo conocimiento y de toda virtud, hecho aquel mal recaudo, acordaron levantarse no solamente aquestos, mas hicieron a todos los demás se alterasen. Y como son amigos de novedades, acordaron hacerse a una todos y hacer de nuevo la guerra» (Gerónimo de Vivar, *Crónica de los Reinos de Chile*, XXXVI, p. 49). Una revisión del adjetivo "indómito" empleado por Gerónimo de Vivar nos permite conocer la condición de los indios araucanos que resisten al conquistador en los versos ercillanos. Aunque inicialmente para Vivar el adjetivo remitía a una condición bárbara, bestial, lo cierto es que sus indios «poseen cierta superioridad moral sobre sus compatriotas del norte precisamente porque no son indómitos: se someten en cuerpo y alma a la disciplina militar, como los españoles de antaño» (Dichy-Mallarmé, 2012: 94). Anteriormente a Gerónimo de Vivar, Alonso de Ercilla había construido la imagen del pueblo araucano

como un pueblo «no sólo "indómito", sino admirable precisamente por ello» (*ibid*., p. 94). Las palabras prologales de la Primera parte de su obra lo atestiguan:

> Es cosa de admiración que no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas, que la prolija guerra y los españoles las han gastado y consumido, y en tierra, no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della. […] Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos (*AR*, I, p. 72).

La naturaleza indómita de los araucanos queda ligada a la topografía del terreno desde el primer momento de la obra ercillana. Si bien en la poesía épica del siglo de oro se encuentran escasas descripciones de la naturaleza y paisajes. E. R. Curtius ha concretado la funcionalidad estratégica de este "paisaje épico": «El suceder épico debe ilustrarse en sus puntos cruciales y culminantes con una caracterización sumaria del lugar, de la misma manera que la trama teatral requiere un decorado por primitivo que sea» (Perelmuter-Pérez, 1986: 130). De ahí que más que una *descriptio*, como bien explica Perelmuter-Pérez, lo que encontramos en los textos épicos es una *enumeratio* de elementos paisajísticos: «el paisaje está subordinado al acontecimiento bélico» (1986: 130). De ahí que, cuando Ercilla se detiene en la descripción física de un escenario, «el acento recae en el valor estratégico del lugar. Esto es, que al describir un sitio se detallan con preferencia las condiciones que explican su importancia y no sus cualidades estéticas» (*ibid*., 1986: 130-131). Del mismo modo lo entiende López Chávez al resaltar que «Ercilla's description in this art of his poetry is especially significant because it anticipates the connection between military tactics and terrain that he will mention later» (López Chávez, 2016: 152). Igualmente, Pedro de Oña establece una metafórica relación entre la llegada de García Hurtado de Mendoza a tierras araucanas y la situación revuelta de éstas:

> A la sazón que Chile belicoso
> más levantado y más sobervio estava,
> y más mostrar al mundo procurava
> la fuerça de su braço vigoroso;
> cuando más arrogante y orgulloso
> la dura tierra el bárbaro hollava,
> con muestra tan gallarda y tal denuedo
> que el ánimo español causava miedo;

> cuando la tierra estava ya de suerte
> que no daba lugar al baptizado
> adonde estar un punto asegurado
> de la espantosa imagen de la muerte;
> postrdo ya su muro y casa fuerte,
> Valdibia muerto, Penco despoblado,
> Aguirre y Villagrán sobre el gobierno (*AD*, I, III-IV. 1-7).

La naturaleza indómita de Arauco y los araucanos dominan el tono del conflicto en ambos poemas épicos, si bien, mientras Ercilla construye unos rivales dignos militarmente de los conquistadores, organizados meritocráticamente y entrenados de manera especializada en las armas, Oña, en cambio, los reduce a meros indígenas astutos a los que el héroe de su poema, García Hurtado de Mendoza, somete mediante su astucia y la disciplina militar de sus tropas. De ahí la afirmación ercillana al reconocer su inclinación en favor de los araucanos:

> Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más estendidamente de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza se han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles (*AR*, I, pp. 71-72).

El tono militar de la narración épica difiere notablemente (entre *La Araucana* y *Arauco domado*). Frente a la conquista araucana ercillana, manifestada como una empresa imposible, Oña revela la dominación de la tierra de Arauco bajo el poder del virrey:

> Ercilla fait de la conquête de l'Araucanie une entreprise impossible : les Araucans mourront plutôt que de se soumettre à l'autorité violente que les Espagnols cherchent á leur imposer. En ce sens, ils ne peuvent pas perdre. Les conquérants espagnols développent quant á eux une stratégie contradictoire qui les conduit à prétendre remporter une guerre de conquête tout en pratiquant une stratégie défensive (Plagnard, 2020 : 231-232).

De ahí que en términos militares el poema de Ercilla se manifieste como más relevante y adecuado a la investigación de los valores de la nueva milicia en la poesía épico-cronística áurea. Aunque en general, sólo unos pocos conquistadores poseían experiencia militar previa en Europa cuando se embarcaron en la empresa americana (Martínez, 2016: 129), el tratamiento que reciben de los poetas épicos no es otro que el de hombres de armas, instruidos militarmente y con una cierta disciplina que les permite enfrentarse al enemigo a las órdenes de un capitán o caudillo que dirige los ataques

(defensivos u ofensivos). Fernández López recalca el uso del código caballeresco de los indios, que les aplica Oña siguiendo el ejemplo de Ercilla. Así, al igual que don Hurtado, los indios «pronuncian discursos tan eficaces en ocasiones como los de los españoles» (2010-2011: 269). La instrucción de los soldados se aprecia en las virtudes épicas que Ercilla atribuye a los araucanos «como un modelo de legitimar el protagonismo de un pueblo bárbaro que, como tal, sólo merecería, dentro del género épico convencional, la función de aquella fuerza oponente que el héroe debe derrotar» (Guerra Cunningham, 2010: 16). La milicia araucana representa, indirectamente, los valores de una sociedad guerrera que se perfila como el enemigo perfecto para el héroe épico conquistador, al que, militarmente, se le presuponen conocimientos parecidos:

> Ercilla's narration of Chile's Indian militia, however, will go far beyond the epic conventional praise of the worthy enemy who is defeated by an even worthier hero. In the discourse of early colonial Chile, as founded by Ercilla's wildly popular poem, there is a consistent conflation of the representations of the indigenous warriors and some of the most defining self-representations of the Spanish imperial soldiery. The soldiers of the Habsburg armies in both the Old World and the New would confront in southern Chile an enemy that was disturbingly similar to themselves (Martínez, 2016: 134).

La configuración político-militar de la milicia araucana, instruida y especializada en el manejo de las armas configura la imagen de un soldado "perfecto" diseñado por Alonso de Ercilla que es aplicable, tanto a los conquistadores, como a los araucanos:

> It may appear contradictory to suggest that Alonso de Ercilia fabricates in *La Araucana* an "ideal-soldier concept" which is rooted in medieval and renaissance chivalric norms, especially when we recall his frequent harsh diatribes against his fellow conquistadors' covetousness and cruelty. Yet, a careful scrutiny of Ercilla's poem famishes abundant evidence not only that such a concept pervades the work but also that the poem applies it equaliy to both Spanish and Indian characters (Aquila, 1977: 68).

A caballo entre los anacrónicos valores medievales, en los que predominaba la gentileza por encima de la táctica, y los nuevos valores militares, propios de los ejércitos masificados e instruidos en un arte de la milicia, los soldados ercillanos se enfrentan a un enemigo tan preparado militarmente como ellos.

2. UNA REPÚBLICA "MAQUIAVÉLICA": LA INSTRUIDA MILICIA ARAUCANA

Choi (2014) ha realizado un interesante estudio de la "república maquiaveliana" esbozada por Ercilla en la organización político-militar del estado araucano basado en la fuerza y la valentía de los araucanos como nobleza predominante de la sociedad indígena. Choi (2014: 417-435) recalca que, como ya estableciera Maquiavelo en sus *Discursos* (1531), los ciclos de la república comienzan con una anarquía que evoluciona en las sociedades primitivas para guardar los propósitos de defensa, desarrollándose en ellos las personas más fuertes y valientes gradualmente. Lo cierto es que, desde el inicio del poema ercillano, el pueblo araucano se proclama como conocedor del arte militar moderno y organizado meritocráticamente. Sin embargo, añade, «this particular versión of meritocracy is, of course, inherently militaristic, and a further significant element of Ercilla's rewriting of humanist tropes is the extent to which war is, quite literally, taken to the level of an art form in these opening cantos. The bellicosity of the Araucanians is itself no argument for civilization: permanent warfare was one of the barbarian attributes of the Amerindians in sources» (Choi, 2014: 423). Si bien para Choi es discutible el grado de civilización del estado araucano (que no se deduce de su sistema de militarización), la formación guerrera de sus componentes es evidente.

La pregunta, que no le pasa desapercibida al lector épico coetáneo, es formulada por el autor que se pregunta cómo han alcanzado los indios araucanos los desarrollados conocimientos militares de otras civilizaciones siendo su región tan remota:

> Cosa es digna de ser considerada
> y no pasar por ella fácilmente
> que gente tan ignota y desviada
> de la frecuencia y trato de otra gente,
> de inavegables golfos rodeada,
> alcance lo que así difícilmente
> alcanzaron por curso de la guerra
> los más famosos hombres de la tierra (*AR*, XXV, I).

Frente a los araucanos de Oña, a los que el poeta únicamente califica de idólatras» (*AD*, II, VIII. 1), «cáfila» (*AD*, II, XII. 3), o «casta infiel supersticiosa» (*AD*, II, XXXVI. 2), las alabanzas hacia la disciplina y orden de combate de los araucanos se suceden a lo largo de toda la obra ercillana:

Dejen de encarecer los escritores
a los que el arte militar hallaron,
ni más celebren ya a los inventores
que el duro acero y el metal forjaron,
pues los últimos indios moradores
de araucano Estado así alcanzaron
el orden de la guerra y diciplina,
que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién les mostró a formar los escuadrones,
representar en orden de batalla,
levantar caballeros y bastiones
hacer defensas, fosos y muralla,
trincheas, nuevos reparos, invenciones
y cuanto en uso militar se halla,
que todo es un bastante y claro indicio
del valor desta gente y ejercicio?

Y sobre todo debe ser loado
el silencio en la guerra y obediencia,
que nunca fue secreto revelado
por dádiva, amenaza ni violencia,
como ya en lo que dellos he contado
vemos abiertamente la esperiencia,
pues por maña jamás ni por espías (*AR*, XXV, II-IV. 1-7).

Desde el primer canto de la obra, Ercilla describe la organización político militar y las prácticas guerreras del pueblo Mapuche. Poseída por dieciséis «fuertes varones» (*AR*, I, XII, 8), en la función de caciques, y cuya virtud consiste en ser «en militar estudio los mejores» (*AR*, I, XIII. 3), su gobierno recae en ellos por su valor. «Otros caciques hay, mas por valientes / son éstos en mandar los preeminentes» (*AR*, I, XIII. 7-8). Fortaleza y valor son las dos cualidades más destacadas (al igual que Álava y Viamont aplicaba a los capitanes españoles) en la elección de los jefes araucanos. El ejemplo más claro de esta nobleza araucana se observa en la elección del jefe político: Caupolicán, al que nos describe Ercilla etopéyicamente a través de sus virtudes militares cual capitán europeo:

Era este noble mozo de alto hecho,
Varón de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Áspero y riguroso, justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en casos de repente reportado (*AR*, II, XLVII).

Las obligaciones de los caciques con los hombres que conforman sus tropas son detalladas por Ercilla: cada uno de ellos poseía la obligación de adoctrinar a sus vasallos en las cuestiones de la guerra:

> Así obligación el señor tiene
> en las cosas de guerra dotrinallos
> con tal uso, cuidado y diciplina,
> que son maestros después desta dotrina (*AR*, I, XIV. 5-8).

La instrucción militar se realiza desde la infancia (de acuerdo con los postulados vegecianos), momento en que se entrena a los niños en el correr por cuestas empinadas y pedregosas, así como en el manejo de las armas haciendo una selección entre ellos en función de su fortaleza:

> y en el bélico estudio y duro oficio,
> entrando en más edad, los ejercitan.
> Si alguno de flaqueza da un indicio,
> del uso militar lo inhabilitan,
> y el que sale en las armas señalado
> conforme a su valor le dan el grado (*AR*, I, XVI. 3-8).

Elegidos por la fuerza, «mas la virtud del brazo y la excelencia, / ésta hace los hombres preferidos» (*AR*, I, XVII. 5-6), los araucanos guerreros se dedican exclusivamente a la guerra con la obligación de estar siempre preparados para pelear: «destar a punto de armas proveídos, / y a saber diestramente gobernallas / en las lícitas guerras y batallas» (*AR*, I, XVIII. 5-8). La fortaleza y el valor personal se proponen, en consecuencia, como la raíz de la nobleza de los araucanos, mayormente manifestado en la fuerza y destreza física (Corominas, 1980: 51). La descripción física de los indios refuerza la idea de *fortitudo* de los araucanos:

> Son de gestos robustos, desbarbados,
> bien formados los cuerpos y crecidos,
> espaldas grandes, pechos levantados,
> recios miembros, de niervos bien fornidos;
> ágiles, desenvueltos, alentados,
> animosos, valientes, atrevidos,
> duros en el trabajo y sufridores
> de fríos morales, hambres y calores (*AR*, I, XLVI).

La fortaleza exterior de los araucanos es aumentada por el entrenamiento especializado que aplica Ercilla a los indios y que se manifiesta en los ejercicios que realizan los indios desde la infancia:

> Cada soldado una arma solamente
> ha de aprender, y en ella ejercitarse,
> y es aquella a que más naturalmente
> en la niñez mostrarse aficionarse;
> desta sola procura diestramente
> saberse aprovechar, y no empacharse
> en jugar de la pica el que es flechero,
> ni de la maza y flechas el piquero (*AR*, I, XXII).

Las armas que poseen los araucanos, tanto ofensivas como defensivas, son descritas por el poeta en términos cristianos:

> Las armas dellos más ejercitadas
> son picas, alabardas y lanzones,
> con otras puntas largas enastadas
> de la fación y forma de punzones;
> hachas, martillo, mazas barreadas,
> dardos, sargentas, flechas y bastones,
> lazos de fuertes mimbres y bejucos,
> tiros arrojadizos y trabucos.
>
> Algunas destas armas han tomado
> de los cristianos nuevamente agora,
> […]
>
> Tienen fuertes y dobles coseletes,
> arma común a todos los soldados,
> y otros a la manera de sayetes,
> que son, aunque modernos, más usados;
> grebas, brazales, golas, capacetes
> de diversas hechuras encajados,
> hechos de piel curtida y duro cuero,
> que no basta a ofenderle el fino acero (*AR*, I, XIX-XX. 1-2; XXI).

La capacidad táctica de los indios araucanos es descrita detalladamente por Ercilla, no sólo en la perfecta composición de escuadrones,

> Hacen su campo, y muéstranse en formados
> escuadrones distintos muy enteros,
> cada hila de más de cien soldados;
> entre una pica y otra los flecheros

que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir a pica al enemigo.

[…]

Del escuadrón se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes.
Las picas por los cuentos [extremos] arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: "Si hay valiente algún cristiano,
salga luego adelante mano a mano" (*AR*, I, XXIII; XXVI),

sino en el orden con el que acometen al enemigo en la pelea:

Si el escuadrón primero que acomete
por fuerza viene a ser desbaratado,
tan presto a socorrerle otro se mete,
que casi no da tiempo a ser notado.
Si aquél se desbarata, otro arremete,
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede (*AR*, I, XXIV).

Además de la disciplina y la obediencia (que se les presupone al organizarse en escuadrones, la excelencia de los araucanos de Ercilla radica en la habilidad que poseen para la lucha, ejercitada en el manejo de las armas:

Pero la espada, lanza, el arco y flecha
tiene por mejor ciencia otros soldados,
diciendo que el agüero alegre o triste
en la fuerza y el ánimo consiste (*AR*, I, XLIV. 5-8).

Ercilla atribuye, igualmente a los araucanos conocimientos estratégicos acerca de la disposición y ventaja del terreno para el combate frente al español, al que, en caso de portar caballos, es mejor arrastrar a zonas pantanosas en donde pueden guarecerse los indios:

De pantanos procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen a veces acogerse
si viene a suceder desbaratallos;

allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos,
que el falso sitio y gran inconveniente
impide la llegada a nuestra gente (*AR*, I, XXV).

La composición de las compañías, formada por treinta o cuarenta hombres, se caracteriza por la construcción de fuertes cuando encuentran «el lugar y sitio en su provecho» (*AR*, I, XXVIII. 2). Al igual que los españoles, los araucanos de Ercilla poseen ciertas nociones de fortificación:

Cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que a los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque, guardados
del muro los de dentro, fácilmente
de mucha se defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho a trecho unos troncones
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
a caballero [en alto] del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro
para jugar [disparar] sin miedo y más seguro.

En torno desta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por defuera:
cuál es largo, cuál ancho, y cuál estrecho
[…]

También suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo [especie de caña]; yerba y flores,
porque puedan picar más sin recelo (*AR*, I, XXIX-XXXI. 1-3; XXXII. 1-4).

Las cualidades atribuidas a los indios mapuches por el poeta no son fruto del azar. Ercilla, que apenas esboza un retrato del soldado ideal cristiano en su obra ―siendo la figura de Andrea la más próxima a ello en sus enfrentamientos individuales contra Rengo (canto XV)― detalla largamente los valores de los soldados araucanos a los que, como afirma Choi (2014: 419), aplica valores político-militares propios de una república renacentista desarollada. La unión de los araucanos se realiza en torno a dos personajes clave: el jefe político, Caupolicán, y el jefe militar: Lautaro. «Ce dernier joue un rôle décisif dans l'organisation de l'armée, tant au niveau de la psychologie collective, que

par les techniques et stratégies militaires qu'il a apprises des Espagnols et peut enseigner aux Araucans. De plus, sa ruse lui permet à plusieurs reprises de prendre le pas sur les ennemis» (Plagnard, 2020 : 212).

2.1. La astucia de un capitán araucano: Lautaro y los ardides de guerra

El personaje de Lautaro en *La Araucana* es uno de los más complejos. Presentado al comienzo del poema en su calidad de indio yanacona al servicio de Valdivia, lo traiciona movido por su su amor a la patria (*AR*, III, XXXIV) uniéndose de nuevo a los araucanos y arremetiendo ofensivamente al escuadrón español e inclinando la victoria hacia el campo araucano. Ercilla se pregunta cómo ha resuelto rebelarse contra los cristianos concluyendo que sólo el valor de los indios mapuches (frente a la técnica de los soldados cristianos) puede arrebatarles el éxito en la contienda:

> ¿Y que sólo valor, y no otra cosa
> de un bárbaro mochacho haya podido
> arrebatar por fuerza a los cristianos
> una tan gran vitoria de las manos? (*AR*, III, XLII).

La acción de Lautaro en el conflicto araucano determina siempre la estrategia del campo enemigo. Desde su regreso al bando indígena, Lautaro toma la palabra e indica, a modo de estratega, cómo deben actuar los indios para vencer en campo abierto al enemigo. Para ello, señala, es preciso que le dejen pasar al enemigo para pillarlo más fácilmente: «Demos al enemigo el paso abierto, / esto asegura más nuestro partido» (*AR*, III, LXXIX. 5-6) porque, añade:

> La vitoria tenemos en las manos
> y pasos en la tierra mil seguros
> de ciénagas, lagunas y pantanos,
> espesos montes, ásperos y duros;
> mejor pelean aquí los araucanos,
> españoles mejor dentro en sus muros;
> cualquier hombre en su casa acometido
> es más sabio, más fuerte y atrevido (*AR*, III, LXXX).

El éxito de la acción estratégica de Lautaro permite que Caupolicán lo nombre su capitán y teniente (*AR*, III, LXXXIV) confiándole, no sólo las tropas y sus acciones en las btallas, sino la misma elección de hombres y sitios en los que es más ventajosos recibir

al enemigo. Martínez resume perfectamente las ocasiones en las que el indio dirige las tropas contra el enemigo en función de jefe militar:

> The first point to be made here is that the command of Lautaro, whose death at Mataquito closes this part of the poem, represents a particular kind of military heroism, one characterized by «industria», «presteza» and «astucia», moral flexibility and pragmatic adaptation to the needs of the moment, which has more than a passing resemblance to the special qualities of Machiavelli's ideal commander, or prince. He progressively reforms his forces, who are prone to the typically «barbarian» faults of impetuous attack and undisciplined flight, through numerous subtle innovations -he exchanges the primitive «atambores» for the more sophisticated «trompeta» as a means of giving out military signals, for instance (Ercilla 1998: XII.55)- as well as displaying a broader grasp of strategy. To give only a few examples familiar from the treatises mentioned previously, he acts always in total secrecy (XII.4-5); he exploits the features of the terrain (III.80, IV.93) and seasons (IX.24); and knows the strengths and weakness of the enemy as he pre-emptively captures their artillery (V.24). When he feigns precisely the sort of textbook error he has not fallen prey to in his false negotiations with Pedro de Villagra on the campaign towards Santiago -«gran necesidad de bastimento [...] por orden mala y poco regimiento» (XII.26)- his Spanish counterpart is left «maravillado del ardid astuto». His change of tactic, from the sudden, massive attack to the carefully orchestrated siege, is perhaps best exemplified in the appeal to his men as they attempt to lure the Spanish out of Santiago (2016: 420).

La cualidad estratégica de Lautaro, único araucano con dichos conocimientos intelectuales avanzados en el ámbito de la estrategia militar, induce al lector a pensar, inevitablemente, en el aprendizaje que el yanacona obtuvo de su experiencia al servicio de Valdivia antes de su traición. Los conocimientos específicos sobre el asalto a los españoles en campo abierto o la ventaja en las lagunas y aguas pantanosas, van más allá de la astucia propia a los indios guerreros del Nuevo Mundo de los poemas épico-cronísticos. La superioridad del intelectual del indio, respecto al resto de caciques y guerreros araucanos (como el caso de Tucapel y Rengo, destacados por la fuerza y el valor de sus acciones) lo configuran como un personaje único y equiparable militarmente hablando a los capitanes españoles que, pese a no aparecer nombrados expresamente por Ercilla (más allá de Valdivia y Villagrán), comandaban las tropas españolas adaptando sus conocimientos militares al desconocido terreno que conquistaban. Las numerosas intervenciones militares de Lautaro en el poema, no hacen sino dificultar el paso de los soldados cristianos por el Nuevo Mundo.

2.2. Tucapel y Rengo: un duelo ilegítimo entre mapuches

Un duelo entre araucanos, presentado siguiendo la imaginería de los torneos medievales, ameniza la lectura de la obra. La escenografía remite a los torneos y justas explícitamente al comparar Ercilla la disposición de la plaza con sus puertas «como palenque de torneo» (*AR*, XXIX, XXVI. 2). Cercada una plaza en un descubierto, y tras publicar en un pregón las condiciones y términos del combate, los araucanos se aproximan el día señalado para verlo. Los combatientes aparecen armados y adornados conforme a la ocasión:

> Las robustas personas adornadas
> de fuertes petos dobles relevados [trabajados en relieve],
> escarcelas, brazales y celadas,
> hasta el empeine de los pies armados;
> mazas cortas de hacer barreadas
> gruesos escudos de metal herrados,
> y al lado izquierdo cada cual ceñido
> un corvo y ancho alfanje guarnecido (*AR*, XXIX, XXV).

Hecho por los padrinos el oficio (*AR*, XXIX, XXVII. 1), el combate es descrito por el poeta, cual enfrentamiento cuerpo a cuerpo entre soldados sin instrucción militar, guiándose los púgiles por la fuerza de sus cuerpos en las acometidas y esquivos de los golpes:

> Dio el fuerte Rengo un golpe a Tucapelo,
> batiéndole de suerte la celada,
> que vio lleno de estrellas todo el suelo
> y la cabeza le quedó atronada;
> pero en sí vuelto, blasfemando al cielo,
> con aquella pujanza aventajada
> hirió tan presto a Rengo al desviarse
> que no tuvo lugar de repararse (*AR*, XXIX, XXXVI).

La ocasión muestra a los indios araucanos como honorables combatientes modernos, aunque, anacrónicamente, por la prohibición expresa de los duelos particulares a finales del siglo XV. «The poem's depiction of the duel between Rengo and Tucapel thus shows the Indians to be more "honorable" than the Spaniards, for whom, the narrator notes, such combats were legally prohibited, even if still sanctioned by custom» (Quint, 1993: 174). La condena del duelo queda expuesta explícitamente por el poeta, que, pese a la muestra de valentía de ambos combatientes, niega la licitud del combate entablado entre los araucanos según los principios del arte militar moderno:

Mas si es el combatir por gallardía,
o por jatancia vana o alabanza,
o por mostrar la fuerza y valentía,
o por rencor, por odio, o por venganza;
si es por declaración de la porfía
remitiendo a las armas la probanza,
es el combate injusto, es prohibido,
aunque esté en la costumbre recebido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
de Rengo y Tucapel, que peleando
por sólo presunción y orgullo vano
como fieras se están despedazando;
y con protervia y ánimo inhumano
de llegarse a la muerte trabajando,
estaban ya las dos tan cerca della
cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates, aunque usados,
por corrupción del tiempo introducidos,
son de todas las leyes condenados
y en razón militar no permitidos,
salvo en algunos casos reservados
que serán a su tiempo referidos,
materia a los soldados importante
según que lo veremos adelante (*AR*, XXX, VI-VIII).

La inclusión del pasaje responde, en definitiva, no tanto a cuestiones relacionadas con el arte militar (como puede observarse, en cambio, en el duelo narrado en *La Austríada*) como bibliográficas. La atracción del combate particular entre dos araucanos junto a su posición estratégica e interrupción del mismo en el último canto de la Segunda Parte de la obra, provoca la expectación en el lector épico coetáneo que, lejos de advertir la obvia ilicitud del mismo, anhela conocer el resultado entre dos hombres de fuerza descomunal.

2.3. El cazador cazado: Pran

Al final del canto XXX, Caupolicán propone un nuevo objetivo militar a sus guerreros: atacar por sorpresa el fuerte de Ongolmo a la hora de la siesta cogiendo desprevenidos y dormidos a los soldados españoles. Con la finalidad de entrar más fácilmente, el jefe militar contrata los servicios de un indio, Pran, que se cuele en el fuerte entremezclado con los indios yanaconas y les abra la puerta llegada la hora. La

descripción en forma de acumulación adjetival lo presenta antitéticamente al confrontar la brutalidad aparente de su aspecto que connota una simpleza intelectual con la maldad y astucia que oculta:

> […] soldado artificioso,
> siempre en la muestra, en el aspecto bruto,
> pero agudo, sutil y cauteloso,
> prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
> falso, disimulado, malicioso,
> lenguaz, ladino, prático, discreto,
> cauto, pronto, solícito y secreto (*AR*, XXX, XLIII. 2-8).

Instruido por Caupolicán, recibe el encargo de averiguar la situación del enemigo y se disfrazado «de pobre ropa y parecer vestido» y se encamina al presidio español fingiendo ser un indio extraviado y entrando al campamento como yanacona, «mozo de servicio» (*AR*, XXX, XLIV. 7). El espía araucano se encuentra con Andresillo, un yanacona a quien le expone los planes del toqui araucano para vencer a los españoles sin percatarse de que es, a su vez, engañado por éste. Pran es doblegado por Andresillo quien, mientras convence al espía araucano y a Caupolicán de que cumplirá sus propósitos, advierte a los españoles del ataque planeado por los enemigos, traicionando a su propio pueblo. De manera que, finalmente, los araucanos, que pensaban ganar por sorpresa, se encuentran emboscados por los españoles.

El uso de espías en la guerra se justificaba en la nueva milicia mediante la astucia de los capitanes quienes, en un intento de anticiparse al encuentro bélico, intentaban averiguar por todos los medios posibles la disposición, número y actuación guerrera de las tropas enemigas. El "fraude" del empleo de espías (Murrin, 1994: 144) que implica a ambos bandos en esta ocasión revela la astucia de los combatientes araucanos, independientemente del bando al que sirvan según sus intereses. «The insistence on mutual guilt produces a curious redundancy in Ercilla's narrative, as one character after another repeats and amplifies the same plan of attack» (1994: 144). El empleo de espías en la batalla es condenado por el poeta en ambos bandos:

> Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
> debajo de seguro al enemigo,
> ¿qué será aquel que al enemigo vende
> la libertad y sangre del amigo,

y el que con rostro de leal pretende
ser traidor a su patria, como digo,
poniéndole con odio y rabia tanta
el agudo cuchillo a la garganta? (*AR*, XXXI, III).

La deshonra de la batalla, entablada en igualdad de condiciones por la doble acción de los espías, es manifestada por el poeta al señalar que en el combate no hubo ningún araucano de renombre que participara en él:

[…] Que no venía
capitán ni cacique señalado,
visto que el General usado había
de fraude y trato entrellos reprobado,
diciendo ser vileza y cobardía
tomar al enemigo descuidado,
y vitoria sin gloria y alabanza
la que por bajo término se alcanza.

Así que una arrogancia generosa
los escapó del trance y muerte cruda,
que ninguno por ruego ni otra cosa
quiso en ello venir ni dar ayuda,
teniendo por hazaña vergonzosa
vencer gente sin armas y desnuda:
que el peligro en la guerra es el que honra
y el que vence sin él, vence sin honra (*AR*, XXXII, XXII-XXIII).

Para Ercilla, eliminada la peligrosidad de la batalla gracias a la acción del espía, que advierte de los planes del enemigo, la honra no tiene cabida en el combate: «Ercilla, however, will have none of this. He condemns fraud on both sides. His Indian heroes do not take part in the assault on Cañete, since they consider fraud vile and cowardly and see such a victory as being without praise or glory (*Araucana*, 3.32.21-22). We have already seen that the poet especially objects to the actions of the *yanacona*, Andresillo, for the Spaniards» (Murrin, 1994: 145).

3. La devastadora injusticia de Valdivia: la rebelión del pueblo mapuche

Un acontecimiento provoca, según Ercilla, el desencadenamiento de la rebelión mapuche: la pasividad e ineficacia en el castigo de Valdivia a los indios tras el asesinato de dos españoles. La falta de represalias contra los asesinos, y el desengaño que produce

en el indio el observar la mortalidad de los extranjeros, provocan el aumento de la osadía en los indígenas (*AR*, I, LXXII) y su deseo de librarse de la mano opresora del conquistador:

> Viéndolos a miserias sometidos
> el error inorante conocieron,
> ardiendo en viva rabia avergonzados
> por verse de mortales conquistados (*AR*, II, VII. 5-8).

La falta de aplicación de justicia por parte de Valdivia es fruto de su actitud codiciosa que, no imponiendo justicia en cuestiones menores, tampoco logra hacerlo en las más graves. Por eso, el descontento de los indios araucanos crece paralelamente a la actitud codiciosa del caudillo español:

> Crecían los intereses y malicia
> a costa del sudor y daño ajeno,
> y la hambrienta y mísera codicia,
> con libertad paciendo, iba sin freno.
> La ley, derecho, el fuero y la justica
> era lo que Valdivia había por bueno:
> remiso en graves culpas y piadoso
> y en los casos livianos riguroso (*AR*, I, LXIII).

La presencia de Valdivia y su introducción en el poema junto al miserable vicio que a todas las tropas doblega, la codicia, no es casual. La fatalidad de las tropas españolas bajo el gobierno de Valdivia está sentenciada desde el inicio de la obra ercillana. Desde que Virgilio acuñara la frase *Auri sacra fames* (*Eneida*, III, 57), el tópico repercute en toda la épica del Renacimiento como «hambre de oro y hacienda» (Davis, 1998: 162). Más allá de su presencia como tópico en toda la poesía épico-cronística áurea (1988: 163), la sed insaciable de los conquistadores se realiza concretamente en episodios significativos. Ercilla insiste en el tema, «unas veces para sugerir que la codicia puede hacer olvidar al soldado, otras, para acusar a sus correligionarios de haber introducido la sed insaciable de las riquezas en un mundo prístino y libre de tacha moral» (1988: 163). La codicia se convierte, para Ercilla en la causa primera de la sangrienta conquista (y, en consecuencia, injusta guerra):

> ¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga,
> con tanta diligencia alimentada!
> ¡Vicio común y pegajosa liga,
> del provecho y bien público enemiga,

sedienta, bestia, hidrópica, hinchada,
principio y fin de todos nuestros males!
¡oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado a los señores
contentos en el alto asiento vemos,
ni a pobrecillos bajos labradores
libres desta dolencia conocemos,
ni el deseo y ambición de ser mayores
que tenga fin y límites sabemos:
el fausto, la riqueza y el estado
hincha, pero no harta al más templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante
si era poco el estado que tenía,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al día;
esto y aun mucho más no era bastante,
y así la hambre allí lo detenía.
Codicia fue ocasión de tanta guerra
y perdición total de aquesta tierra (*AR*, III, I-III)ç.

Las denuncias sobre la codicia de los conquistadores son para Firbas, más que un *topoi*, «una contradicción inherente al género, centrada en la oposición entre la mirada aristocrática del caballero-poeta y la realidad de destrucción y saqueo de los soldados en el territorio colonial» (Firbas, 2006: 80). Sin embargo, la afirmación del literato es fruto de una visión parcial de los conquistadores, al centrarse únicamente en la figura ejemplarizante de los caudillos, a excepción de Valdivia. La codicia es en las tropas de la Monarquía Hispánica el vicio por excelencia. De ahí que atuores como Rufo retomen la descripción del pecado capital a partir de los términos empleados en *La Araucana*[95]:

AR.	*AU*.
¡Oh incurable mal! ¡Oh gran fatiga, con tanta diligencia alimentada! ¡Vicio común y pegajosa liga, voluntad sin razón desenfrenada, del provecho y bien público enemiga, sedienta bestia, hidrópica, hinchada, principio y fin de todos nuestros males! ¡oh insaciable codicia de mortales! (*AR*, I, III, I).	¡Oh infame embriaguez, gula hambrienta, odiosa ingratitud, mal incurable, inútil bestia, hidrópica, sedienta, desasosiego y ansia intolerable; miseria que de hambre se alimenta, contraria de lo justo y razonable, con falsas apariencias de riqueza, y esencia de asperísima pobreza! (*AU*, XXIV, XCX).

[95] Para una profundización en la comparativa terminológica y conceptual de la codicia en *La Araucana* y *La Austríada* véase Montaner (2018).

Pese a la firme condena que realiza el poeta del hambre de oro de los conquistadores, la codicia no es patrimonio exclusivo de los españoles en la obra ercillana, «porque después de terminadas las batallas, hay saqueo del campo enemigo independientemente de quien haya sido el ganador, y la rapiña araucana se representa en términos no menos feroces ni devastadores» (Davis, 1998: 163). Impulsada por los caudillos como medio de enriquecimiento económico y social entre los hombres de sus tropas, la codicia en *La Araucana*, siguiendo las premisas de Montaner (2018), se muestra como un vicio público que deshonra a la tropa en su conjunto, colectividad que se refuerza por la escasa individualización en la representación de los soldados cristianos. Para Ercilla la codicia no posee nacionalidades excluyentes, «si este defecto existe potencialmente en todos los hombres, en el conquistador -precisamente por serlo-la codicia se actualiza y concretiza" (Davis, 1998: 163). La descripción del saqueo realizado por los araucanos tras prender fuego a la ciudad de la Concepción lo demuestra. Tras la llegada de los indios a la Concepción, comienza el saqueo de manera que «el menos codicioso allí pretende / la casa más copiosa y bastecida» (*AR*, VII, XLVI. 5-6). Las imágenes del robo se suceden rápidamente entre paralelismos sintácticos:

> Quién sube la escalera y quién abaja,
> quién a la ropa y quién al cofre aguija,
> quién abre, quién desquicia y desencaja,
> quién no deja fardel ni baratija;
> quién contiende, quién riñe, quién baraja,
> quién alega y se mete a la partija (partición),
> por las torres, desvanes y tejados
> aparecen los bárbaros cargados (AR, VII, XLIX).

Al igual que con los españoles, la codicia se manifiesta como un vicio desmesurado entre los araucanos que, en su afán de enriquecerse, hasta se roban entre ellos: «así los araucanos codiciosos / entran, salen y vuelven presurosos» (*AR*, VII, LIII. 7-8).

4. CATORCE CABALLEROS CONTRA EL ESTADO ARAUCANO

Un pasaje de *La Araucana* permite ensalzar individualmente a catorce españoles en su combate contra el indio mapuche. Desde las primeras estrofas del canto IV del poema de Ercilla, los nombres de los soldados que se enfrentan al estado araucano son enumerados por el autor:

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,
Morán, Gonzalo Hernández, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona y otro queda
con el cual es el número acabado:
don Leonardo Manrique es el postrero,
igual en el valor siempre al primero (*AR*, IV, VIII).

La valentía de los soldados en la hazaña queda reforzada por la situación adversa en que se produce el combate. Yendo los catorce soldados al encuentro de Valdivia, son emboscados por un escuadrón numerosísimo de araucanos en la cuesta de Purén quienes, astutamente, habían previsto su paso por allí «sin orden descuidados» (*AR*, IV, XI. 3). Al bajar por un repecho al valle donde están escondidos los araucanos, éstos se descubren emplazándolos a la batalla alineándose entre sí y formando una muralla con las picas y las mazas. El combate, frente a frente, demuestra el valor de los españoles que, enderezando los caballos, dan media vuelta y los atropellan:

En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla;
pero los españoles no pararon
hasta de parte a parte atravesalla;
hombres, picas y mazas tropellaorn,
revuelve, por dar fin a la batalla,
con más valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza (*AR*, IV, XIV)

De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y huida;
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida;
otra vez arremeten apiñados
y aunque una escuadra dellos fue rompida,
volvieron a sus puestos recogidos
quedando desta vuelta mal heridos (*AR*, IV, XV).

Hasta en dos ocasiones, señala Ercilla, arremeten los españoles las cerrradas escuadras hata que, viendo que no es posible desordenar al enemigo se retiran a una casa fuerte mientras derriban a los indios que los persiguen «a diestro y siniestro» (*AR*, IV, XVI. 7). La llegada de un mensajero avisando que Valdivia ha muerto en la toma del castillo por el indio Caupolicán les infunde temor. Recoge entonces Ercilla uno de los pasajes más vergonzosos para la tropa española: el lamento de uno de los soldados de la

escasez de sus fuerzas para la lucha contra el estado araucano. Ercilla deja en el anonimato al quejumbroso soldado del que únicamente nos dice: «Aunque allí un español disfigurado, / que yo no digo aquí cuál dellos era» (*AR*, VI, XXIII. 1-2). La respuesta valerosa en favor de continuar con la lucha, en cambio, es atribuida a Gonzalo Hernández, quien, anhelante de gloria, confiesa querer asemejarse a los doce caballeros preciados de Carlomagno. Infundidos de nuevo del furor bélico, los soldados vuelven hacia el enemigo con las espadas en la mano destacándose a través de sus hazañas individuales:

> Y comienza la enumeración de hechos:
> El buen Gonzalo Hernández, presumiendo
> imitar al de Córdoba famoso,
> iba por el ejército rompiendo
> no menos diestro y fuerte que animoso;
> Peñalosa y Vergara, conociendo
> que vencer o morir era forzoso,
> hacen de sus personas arriscadas
> de esfuerzo y pruebas señaladas.
>
> El valiente soldado de Escalona
> la rigurosa espada ejercitando
> aventura y señala su persona,
> mil bárbaros valientes señalando;
> Don Leonardo Manrique no perdona
> los golpes que recibe, antes doblando
> los suyos con gran priesa y mayor ira,
> los castiga, maltrata y los retira.
>
> Otro, pues, que de Córdoba se llama,
> mozo de grande esfuerzo y valentía,
> tanta sangre araucana allí derrama
> que hizo cien viudas aquel día.
>
> […]
>
> Cortés y Pero Niño por un lado
> hacen un fiero estrago y cruda guerra;
> Morán, Gómez de Almagro y Maldonado
> siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
> el Herrero, como hombre acostumbrado
> y diestro en golpear, mata y atierra;
> pues Nereda también, que era maestro,
> hiere, derriba a diestro y siniestro (*AR*, VI, XXVIII-XXX. 1-4; XXXI).

La llegada de Lautaro sobre la cumbre de una verde loma con 4000 hombres (*AR*, IV, LI) aumenta el valor del grupo cristiano que los esperan apiñados en una muestra de disciplina y orden singular: «no de ver tanta gente temerosos, / porque aun morir con más

honor quisieran» (*AR*, IV, LI. 3-4). El enfrentamiento de los hombres cristianos a caballo contra los araucanos se desenvuelve, tras la embestida conjunta, «lanzaron los caballos los cristianos / batiendo bien de espacio el hueco suelo, /contra los descansados araucanos» (*AR*, IV, LII. 1-3), entre ofensivas típicas de duelos individuales en los que mueren algunos de los españoles, como Manrique a los pies de Lautaro (*AR*, IV, LIV) o Pero Niño, quien: «tocó la blanda arena / bañándola de sangre en larga vena» (*AR*, IV, LII. 7-8). El poeta declara el desconocimiento de la mano araucana que ha terminado con la vida del español, dudando entre Angol o Leocotón (*AR*, IV, LIII). Las escenas del combate se desmenuzan en las embestidas que causan bajos en ambos bandos:

> […] Rompen los otros doce, enderezando
> por las espesas armas al camino;
> pero Ongolmo, los pies apresurando,
> de un golpe derribó fuera de tino
> a Nereda, que en guerras era experto;
> Cortés, de muy herido, cayó muerto.
>
> Tras él al suelo fue Diego García,
> de una llaga mortal abierto el pecho;
> de otro golpe Escalona se tendía,
> que Tucapel le acierta por derecho [rectamente, sin desvío];
> los demás españoles en la vía
> (considere quien ya se vio en estrecho)
> con cuánta priesa baten las ijadas
> de los lasos [fatigados] caballos desangradas (*AR*, IV, LV. 3-8; LV).

Finalmente, una providencial tormenta permite escapar a los supervivientes del desigual encuentro bélico. En pocas ocasiones como esta presenta el poeta las hazañas de los soldados españoles tan individualizadas, no sólo por los combates cuerpo a cuerpo, sino por la descripción detallada de sus hazañas con la espada. La osadía de los españoles, que tras un momento de incertidumbre y cobardía, se renueva por las palabras exhortativas de Gonzalo Hernández, se mantiene intacta hasta el final del combate. Ni la desigualdad numérica, ni la fuerza de los araucanos (compensada por el empleo de caballos por parte de los españoles) detienen al disciplinado escuadrón en la lucha contra el enemigo indígena. El esfuerzo, cualidad indispensable en los soldados de la nueva milicia, se manifiesta claramente en las arremetidas de los combatientes cristianos que, lejos de huir (acción que hubiera sido justificada por la desventaja numérica), se enfrentan repetidamente a los indios ofendiéndoles con las armas.

5. Don García Hurtado de Mendoza: de mozo acelerado a héroe épico

La Araucana de Ercilla presenta la particularidad de ser un poema épico-cronístico carente de héroe único. Sin embargo, tras la muerte de Valdivia, la figura de García Hurtado de Mendoza aparece en el poema sobresaliendo entre el resto de hombres de la hueste conquistadora. La introducción del personaje en la obra, al igual que en el *Araudo domado*, es fruto de la petición de ayuda de las huestes españolas al virrey para que les envíe a su hijo:

> "A tu hijo, ¡oh Marqués!, te demandamos
> en quien tanta virtud y gracia cabe,
> porque con su persona confiamos
> que nuestra desventura y mal se acabe;
> de sus partes, señor, nos contentamos,
> pues que por natural cosa se sabe,
> y aun acá en el común es habla vieja,
> que nunca del león nació la oveja.
>
> Y pues hay tanta falta de guerreros,
> haciendo esta jornada don García
> se moverá el común y caballeros,
> alegres de llevar tan buena guía;
> y lo que no podrán muchos dineros
> podrá el amor y buena compañía
> o la vergüenza y miedo de enojarte
> o su propio interés en agradarte" (*AR*, XIII, XIII-XIV).

Su "bajo perfil" en el poema, y su calificación de «mozo capitán acelerado» (*AR*, XXXVII, VI. 2) responden al enfrentamiento personal del poeta con el marqués de Cañete en La Imperial (1558). El suceso aparece recogido en numerosas crónicas. Después del regreso de las tropas españolas de la expedición al canal de Chacao se celebraron unas fiestas en la ciudad, produciéndose un incidente que desembocó en el arresto del poeta por orden de don García, aunque luego la pena le sería conmutada por el destierro. Así lo narra Góngora Marmolejo en su crónica:

> Don García, estando en este tiempo en la Ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas y correr sortija, con otras maneras de regocijo, quiso un día salir de máscara disfrazado a correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenía en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y más cerca de su persona don Alonso de Arcila, el que hizo el Araucana, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba. Un otro caballero llamado don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos; don Alonso, que le vido venía a entrar entre ellos, revolvió hacia él echando mano a su espada; don Juan hizo lo mismo. Don García, que vido aquella desenvoltura, tomó una maza que

> llevaba colgando del arzón de la silla y, arremetiendo el caballo hacia don Alonso, como contra hombre que lo había revuelto, le dio un gran golpe de maza en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron a la iglesia de Nuestra Señora y se metieron dentro. Luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pie de la horca; y él se fue a su posada y mandó cerrar las puertas, dejando comisión a don Luis de Toledo que los castigase; mas en aquella hora muchas damas que en aquella ciudad había, queriendo estorbar el castigo o que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa y se lo pidieron por merced. Condescendiendo a su ruego, los mandó desterrar de todo el reino (*Historia de las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*, pp. 286-287).

La imagen ercillana de don García, con escaso protagonismo en el asedio de Penco, contrasta fuertemente con la que ofrece el poeta Pedro de Oña en su obra, en la que, configurado como héroe de la conquista araucana, la participación del caudillo en el conflicto se convierte, tanto práctica como intelectualmente, en la herramienta imprescindible para la victoria de los españoles sobre los mapuches.

5.1. El asedio del fuerte de Penco

En el mundo medieval el castillo constituía la principal fortaleza donde se podían refugiar con seguridad los guerreros. Su construcción pétrea y la elevada altura de sus muros lo convertían en una fortaleza casi inexpugnable. Sin embargo, las fortificaciones sufrieron diversos cambios en la edad moderna. Uno de los más significativos fue el cambio de prioridad: «los altos muros cedieron al concepto de profundidad» (Teixidó Martínez, 2001: 133). Lo más importante durante un asedio era, sin duda, penetrar en el castillo o ciudad mediante la destrucción de los muros exteriores. Una vez las tropas lograban penetrar en la fortaleza, el combate se tornaba en un cuerpo a cuerpo más igualado. Al clásico ariete con el que se embestían las murallas desde la antigüedad, dos tipos de armas se desarrollan durante la Edad Media mejorando las técnicas de asedio: las escalas y las minas:

> Un grupo de armas estaba destinado, principalmente, a cruzar los muros. La más sencilla era la escala para trepar. A menudo, éstas tenían que tener un tamaño considerable y por lo general estaban construidas con madera, pero también se utilizaron escalas de cuerda. […] Otra mejora consistió en situar una escala dentro de una protección para preservar a quienes trepaban por ellas. En ocasiones, las escalas eran colocadas en máquinas de asedio para elevarlas sobre el muro y también utilizadas desde las torres con ruedas, incluso desde barcos contra los muros que daban al agua (Bennet, Bradbury, DeVries *et al.*, 2007: 192).

Por ello, el sitio compuso el primer destello de conducción de operaciones, de esfuerzo intelectual de los capitanes (*De la guerra*, p. 249). La extensión otorgada a la narración del conflicto tanto en la obra de Ercilla como en la de Oña nos induce a pensar que ambos escritores conocen las posibilidades tácticas del asedio.

Tras reedificar Penco, Ercilla cuenta que un grupo de hombres levanta un fuerte diligentemente situando la artillería estratégicamente:

> Al yermo Penco herboso habían llegado,
> y un sitio que en mitad del pueblo había
> le tenían de tapión, fortificado
> que en recogido cuadro le ceñía,
> de dos fuertes bastiones abrigado,
> que cada uno dos frentes descubría,
> y a cada frente asiste una bombarda
> que con maciza bala el paso guarda (*AR*, IX, XL).

La elección del emplazamiento es atribuida a don García en el poema de Oña quien, tras dedicar nueve octavas a la construcción del fuerte, señala cómo don García escoge la zona más adecuada militarmente para ello:

> Pues no bien assentó en el suelo duro
> los pues, que ya volaron de la barca,
> cuando la tierra atentamente marca,
> buscando sitio donde alçar un muro (*AD*, IV, LV. 1-4).

La protección natural del emplazamiento es resaltada por el poeta justificando la elección del asentamiento:

> Por una parte el mar con su hondura
> la tiene defendida y amparada,
> por la otra el ser altísima y peinada
> la fortifica, guarda y assegura;
> y por la que se muestra mal segura,
> se haze un ancho fosso y albarrada
> de terraplén tupida de por dentro,
> que pueda rebatir un duro encuentro (*AD*, IV, LVII).

Mientras los hombres levantan el fuerte, don Hurtado, afirma el poeta, no se encuentra ocioso, sino que, en calidad de capitán, vigila y anima a sus hombres, e incluso, dice el poeta, se convierte en uno más, trabajando:

El vigilante apó no estava ocioso,
que agora ya los suyos animando,
agora ya con ellos trabajando,
no le vagaba punto de reposo;
y viéndole solícito y cuidoso,
se daba tanta priessa el fuerte vando
que no gozó otra vez del alborada
sin acabar la cerca y albarrada (*AD*, IV, LXI).

Al acabar de levantar el muro arbola la bandera del rey Felipe (*AD*, IV, LXII. 3) y ordena colocar seis cañones «seis pieças de campaña / en el mejor lugar de la montaña» (*AD*, IV, LXII. 6-7).

La narración de la batalla de Penco difiere notablemente en los dos poemas épicos. Mientras Oña atribuye a la intervención directa del demonio el asalto de los araucanos al fuerte (*AD*, IV, LXXXI-XCV) atribuyéndole la táctica de asalto. El combate se convierte en Oña en una lucha que trasciende la mundanidad de la conquista al enfrentar a Caupolicán, ayudado tácticamente por el demonio contra García Hurtado de Mendoza, a quien «le presta Dios auxilios eficaces / y mueve sus exércitos y hazes» (*AD*, IV, LXXXII. 7-8). El demonio plantea en Oña el ataque al fuerte al enseñar a Caupolicán que el momento idóneo ha llegado por las condiciones ventajosas con que cuentan frente al enemigo:

En tierra firme tiene un flaco fuerte,
do, con pequeña parte de cristianos
a pie, con hambre y sed está recluso,
atribulado, tímido y confuso (*AD*, IV, XCI. 5-8).

La táctica araucana no difiere del resto de asedios que aparecen en los poemas épicos. El demonio manda que se dé aviso a Caupolicán para que saque a los cristianos a campo raso donde luchar abiertamente (*AD*, IV, XCII) y éste, al alba, el momento de mayor reposo para las tropas, decide atacarlos (*AD*, V, LXII). El encuentro bélico es sometido a la presencia del capitán en el poema de Oña. Desde la llegada del indio, García Hurtado de Mendoza se asoma desde el muro y «no se turba punto ni embaraça, / mas todo lo posible se alboroça» (*AD*, IV, LXVIII. 6-7) porque tiene la oportunidad de luchar. El poeta aprovecha cualquier vicisitud para resaltar sus cualidades de capitán y su capacidad de prevención ante el ataque enemigo: «previene con fervor, industria y maña / aquello que no estarlo parecía» (*AD*, V, LXIX. 1-2) y coloca las seis pizas de artillería frente al

enemigo «que fueron casi todo el instrumento para que se cantasse el vencimiento» (*AD*, V, LXIX. 7-8). Su valor destaca por encima de cualquier otra cualidad en la imagen que nos ofrece Oña al dibujarlo con la visera levantada para poder observar mejor al enemigo y combatirlo:

> Y como la visera no ha calado
> para que assí mejor advierta y note
> cuál viene por su mal y por su açote
> el enemigo exército formado (*AD*, V, LXXII. 1-4).

El clímax del combate se produce con la pedrada que recibe García Hurtado de Mendoza y que, providencialmente, no lo mata:

> Una redonda piedra que, zumbando
> con más furor que el rayo impetüoso,
> su curso fugacíssimo endereça
> a la cabeça fuerte del cabeça.
>
> Allí quebró la furia desmedida
> y tanto que, con dar en la celada
> dexó de dar al blanco de la vida;
> pues con la frente el joven aturdida
> miró de abaxo el muro y albarrada,
> mas no tocó la tierra, cuando luego
> se endereçó brotando vivo fuego (*AD*, V, LXXIII. 5-8; LXXIV).

La recuperación del héroe, que nunca abandona su calidad de capitán, se señala en su actitud nada más levantars: «su gente anima, exhorta y la compone; / no hay prevención ni ardid a que perdone / […] herido con los rayos de la Gracia» (*AD*, V, LXXVI. 4-5; 8). De la artillería, rápidamente se llega al combate individual tras el asalto de los araucanos del fuerte saltando el foso con saltos desmedidos ayudados de «las picas prolongadas, / cuáles de correndillas atrasadas, / cuales del aire solo del cabello» (*AD*, V, LXXX. 2-4). Los poetas coinciden en que el primer indio en atravesar el fuerte es el mozo Gracolano, moço gallardo, fuerte y atrevido» (*AD*, V, LXXXI. 2) que se lo había prometido a Caupolicán (*AR*, XVII, XXXI-XXXII) y entra por el muro abriendo una vía. Las especificidad de la actuación bélica del indio es mayor en *La Araucana*. Ercilla lo sitúa a la vanguardia de los tres escuadrones en que se divide el campo enemigo. Los araucanos, preparados para el asalto examinan el lugar detenidamente y después arremeten:

Luego que en la montaña en lo más alto
tres gruesos escuadrones parecieron,
juntos a un mismo tiempo hicieron alto
y el sitio desde allí reconocieron;
visto el foso y el muro, el fiero asalto,
dada la seña, todos tres movieron
esgrimiendo las armas de tal suerte
que a nadie reservaban de la muerte (*AR*, XIX, IV).

El valor del indio es manifestado en su osadía al inicio de la batalla en la obra ercillana al resaltar su ataque por la zona más compleja y despojado de las armas que le "molestan":

Donde sueltas las armas empachadas
(que aprovecharse dellas no podía),
a bocados, a coces y a puñadas
ganar la plaza él solo pretendía.
Los tiros, golpes, botes y estocadas
con gran destreza y maña rebatía,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, a pie quedo
sin ellas su promesa sustentaba,
y con gran pertinacia y poco miedo
de morir más adentro procuraba;
y en el vano propósito y denuedo,
herido ya en mil partes, porfiaba,
que su loca fortuna y diestra suerte
tenían suspenso el golpe de la muerte.

Así que en la demanda necia instando
se arroja entre los hierros, y se mete
cual perro espumajoso, que rabiando,
adonde más le hieren, arremete;
y el peligro y la vida despreciando,
lo más dudoso y áspero acomete,
desbaratando en torno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo y tratado
según la temeraria confianza,
no de su pretensión desconfiado
mas con alguna menos esperanza,
a los brazos cerró con un soldado
y de las manos le sacó la lanza,
sobre la cual echándose, en un punto
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable Fortuna, ya cansada
de serle curadora de la vida,

dio paso en aquel tiempo a una pedrada
de algún gallardo brazo despedida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,
trabucándole luego de lo alto,
yendo en el aire la mitad del salto (*AR*, XIX, VIII-XII).

La valentía de Gracolano es ensalzada en *La Araucana* a partir de la vergüenza de Martín de Elvira, el español al que le es arrebatada la lanza, y con ella, la honra. De ahí que el poeta nos indique que, «con loable vergüenza, ardiendo en ira, / de recobrar su honor deliberado» (*AR*, XIX, XIX. 5-6), el soldado se lance a por ella peleando cuerpo a cuerpo con los indios que se interponen en su camino hasta recobrarla y ser celebrada la hazaña en todo el campo español. Mientras Ercilla dibuja a los indios cubiertos de cóncavos escudos (*AR*, XIX, XXX), Oña acentúa el valor de los indios mostrándolos privados de armas defensivas (*AD*, V, LXXXVI). La batalla se resuelve, a continuación, con los combates entablados cuerpo a cuerpo dedicando Oña varias octavas al enfrentamiento entre Felipe de Mendoza y Tucapelo:

El indio, con la dura maça en alto
y atrás el pie derecho, le recibe;
agarda el español que la derrive
para, salvando el cuerpo, entrar de un salto;
mas de destreza el bárbaro no falto,
al enemigo intento se apercibe,
tirando el primer golpe blandamente
a fin de segundalle fácilmente.

Aciértale: mas ved si fue tan blando,
pues dándole en el canto del escudo
y haciendo el cavallero lo que pudo,
se le llegó dos passos trompicando;
tras él entró la maça levantando
para el segundo golpe, y fue tan crudo,
que, si lugar el nuestro no le hiziera
muerto a sus pies el indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encaxado
en la albarrada el leño con tal fuerça
que, aunque a librallo el dueño de él se esfuerça,
tiene primero tiempo el baptizado
de dalle, habiendo ya con él entrado,
sin que el agudo filo se le tuerça,
por el siniestro braço una estocada
que le passó con más de media espada (*AD*, V, XCII-XCIV).

La representación de los combates individuales que se suceden no difiere del resto de representaciones épicas. Los golpes ofensivos y defensivos se suceden entre ambos combatientes mientras buscan la manera de herir de muerte al contrario obteniendo la gloria de la victoria. Un araucano destaca entre las tropas de Caupolicán, Tucapel. La caída de Tucapel del muro en la plaza, quedando a merced de las tropas españolas realza el valor del indio que continúa combatiendo. La soledad de Tucapelo y su arrojo para continuar luchando aisladamente en el interior de los muros del enemigo destacan su osadía y su furor bélico, resaltado por la desigualdad numérica y armamentística que hay entre él y sus enemigos. Sin embargo, ambas desventajas no le impiden continuar realizando proezas dentro del campo enemigo en combates individuales. El autor habla de la valentía y el arrojo de Tucapel que corría tanto que atropellaba a sus propios compaleros camino al muro del enemigo (*AR*, XIX, XXXI):

> Quisiera tener lengua y voz bastante
> para poder en suma ir relatando
> el singular esfuerzo y valentía
> que el bravo Tucapel mostró aquel día (*AR*, XIX, XXXII. 5-8).

Los dos poetas se recrean en el asalto de los araucanos al fuerte de Penco. Al igual que en los asedios modernos europeos, los fosos son cubiertos y allanados previamente, facilitando la aproximacióna a la muralla para, a continuación, escalar por la misma para entrar desde arriba en el fuerte del enemigo que, a su vez, repele con las armas, al contrario:

> En este tiempo ya por todos lados
> la plaza los contrarios expugnaban,
> que a vencer o morir determinados
> por los fuegos y tiros se lanzaban;
> y encima de los muertos hacinados;
> los vivos a tirar se levantaban,
> de donde más la cierta puntería
> al encubierto blanco descubría.
>
> Unos con ramas, tierra y con maderos
> ciegan el hondo foso presurosos;
> otros, que más presumen de ligeros,
> hacen pruebas y saltos peligrosos;
> y los que les tocaban ser postreros,
> de llegar a las manos deseosos,
> tanto el ir adelante procuraban,
> que dentro a los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
de nuestros arcabuces, de mampuesto
y de otros arrojados y caídos,
el foso se cegó y allanó presto;
por do los enemigos atrevidos
arremetieron, el temor pospuesto,
llegando por las partes más guardadas
a medir con nosotros las espadas;

y prosiguiendo en el osado intento
de nuevo empiezan un combate duro,
mas otros con mayor atrevimiento
trepaban por las picas sobre el muro,
que al bárbaro furor y movimiento
ningún alto lugar había seguro,
ni parte, por más áspera que fuese
donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
los rebaten, impelen y maltratan,
y con lanzas y tiros arrojados
los derriban abajo y desbaratan.
Mas poco los demás escarmentados,
la difícil subida no dilatan,
antes procuran luego embravecidos
ocupar el lugar de los caídos (*AR*, XIX, XXV-XXIX).

La actuación de ambos bandos, tanto en la posición defensiva como en la ofensiva, se corresponde con las enseñanzas tácticas de la tratadística militar moderna. Mientras los soldados españoles se recogen en el fuerte evitando la lucha en campo abierto (donde serían más fácil y rápidamente derrotados por la superioridad numérica del enemigo), los indios ofenden el muro con armas arrojadizas mientras buscan diferentes ingenios con los que penetrar en el fuerte para causar la confusión y el mayor número de bajas en el enemigo. La resolución del conflicto es similar en ambos poetas. Mediante una *enumeratio* de nombres, los autores señalan los principales combatientes en el asedio de Penco:

La Araucana	*Arauco domado*
Don Felipe Hurtado a la otra mano, don Francisco de Andía y Espinosa, y don Simón Pereyra, lusitano, don Alonso Pacheco y Ortigosa, contrapuestos al ímpetu araucano, hacían prueba de esfuerzo milagrosa resistiendo a gran número la entrada	El capitán de Viezma y el de Aguayo, Gabriel Gutiérrez, Ábalos y Lira, Martín de Santarén, Martín de Elvira, don Pablo de Espinosa, Vaca y Payo hazen de parte suya lo que el rayo cuando furioso Júpiter lo tira, cargando a los contrarios de manera

a pura fuerza y valerosa espada. Basco Xuárez también por otra parte, Carrillo y don Antonio de Cabrera, Arias Pardo, Riberos y Lasarte, Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera, subidos sobre el alto baluarte herían en los contrarios de manera que, aunque eran infinitos, bien seguro por toda aquella banda estaba el muro. No menos se mostraba peleando Juan de Torres, Garnica y Campofrío, don martín de Guzmán y don Hernando Pacho, Gutiérrez, Zúñiga, y Verrío, Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando, haciendo cosas que el ingenio mío, aunque libre de estorbos estuviera, contarlas por estenso no pudiera (*AR*, XIX, XLVIII-L).	que juntos en montón los echan fuera. Manrique, don Simón y Santillana, Verdugo, Luis Cherinos y Murguía, Juan de Villegas, Barrios y Mexía tienen de muertos ya la fossa llana; pues Lagos de la sangre no cristiana calientes y espumosos los hazía, y Bravo, respondiendo al apellido, defiende bravamente su partido. Embueltos de coraje en blanca espuma están los dos Guzmanes y Ahumada, y don Alonso, haciendo por la espada aun más de lo que dixo con la pluma; Osorio y Pacho han muerto grande suma, Riva Martín y Pérez de la Entrada tan bien al enemigo la defienden que a precio de la vida se la venden (*AD*, VI, XIII-XV).

La conclusión del combate con la retirada de los araucanos otorga la victoria temporal a los conquistadores. La peligrosidad de un nuevo ataque es descrita por Ercilla mediante su actividad vigilante durante quince días en los que, sin desarmarse (*AR*, XX, XXII), permanece junto al recuesto como centinela temiendo alguna emboscada mientras, como era costumbre, se rehace el fuerte (*AR*, XX, XX).

Las dos narraciones del asedio de Penco, la de Ercilla y la de Oña, otorgan al lector épico dos versiones del conflicto armado complementarias entre sí. Mientras Ercilla realza indirectamente, no sólo la valentía de los araucanos que asediaron Penco, sino la de los ciento treinta mancebos que desde el interior del fuerte resistieron el ataque araucano, Oña se sirve del conflicto para caracterizar la figura heroica de García Hurtado de Mendoza como perfecto capitán en la disposición y conducción de las tropas en el combate moderno. La prevención, prudencia, valentía y capacidad de gobierno del héroe son puestas de relieve por el autor a partir de sus acciones bélicas contra un enemigo fuerte, no sólo por su naturaleza física, sino por las fuerzas sobrenaturales que lo respaldan y que elevan el conflicto, indirectamente, a la esfera de lo religioso. La sobrenaturalidad y el providencialismo que respaldan, en consecuencia, las acciones del capitán en el poema de Oña, asemejan al héroe a los capitanes europeos en sus luchas

contra el imperio otomano, en las que, más allá de sus cualidades militares, su superioridad moral se deriva de la justicia de la causa por la que combaten.

5.2. Marchando sobre el Bío Bío

El elogio militar de García Hurtado de Mendoza es reforzado en el poema de Oña con la invención del episodio del cruce del río Bío Bío. El evento, lejos de ser casual, responde a la caracterización completa del héroe como perfecto capitán, elaborada por el autor. Habiendo demostrado anteriormente su capacidad de asentar el campamento y dirigir el combate, el tercer aspecto de la técnica militar, el marchar, se convierte para Oña en la ocasión de demostrar las aptitudes militares de García Hurtado de Mendoza. Las marchas constituían una de las operaciones tácticas más complejas de la guerra debido a las posibilidades de asalto y, en consecuencia, de desorden, que podían sufrir las tropas:

> Quienes han estudiado con profundidad la técnica militar aseguran que suelen producirse más situaciones de peligro en los desplazamientos que en el propio combate. Y es que efectivamente en la confrontación todos los soldados están armados, ven al enemigo frente a frente y vienen preparados mentalmente para luchar; en cambio durante los desplazamientos el soldado está menos armados y menos atento y se sobrecoge inesperadamente ante la violencia de un ataque o por el engaño de una emboscada. Por tanto el comandante debe poner toda su atención e interés en procurar no sufrir ataques cuando avanzan o en estar en condiciones de repelerlo con facilidad y sin recibir daños (*De re militari*, III, VI, p. 324).

El episodio épico destaca por su novedad y el aumento de la complejidad de la táctica de la marcha a la que debe enfrentarse el héroe. El poeta coloca a García en la necesidad de cruzar un río, concretamente el Bío Bío, que posee uno de los torrentes con mayor cuenca hidrográfica del estado araucano. Así queda descrito en el poema:

> El agua que las márgenes desvía,
> de latitud alcança tanta parte
> que, puesto un grueso toro a la otra parte,
> casi de de sí ninguna especie embía;
> condénase el passar por esta vía (*AD*, X, XIV. 1-5).

La operación es compleja por su propia naturaleza y por la inexistencia de cualquier puente u obra ingeniera que faciliten la travesía:

> Si no hay puentes ni vados notable es el riesgo que aquí se mira, y más si se hallan mejorados los enemigos y con ventajas en el puesto para defenderle y estorbar no se pase. Aquí es donde se examinan el valor y las militares estratagemas, por ser intento tan peligroso que si con felicidad se ha ejecutado ha sido con especial providencia del cielo y sus auxilios para emprenderse. nadie aconsejará esta resolución pudiéndose elegir otros modos, mas si es forzosa todo el saber requiere para ordenarla como es justo (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 319).

Marchando las tropas españolas tras el enemigo, «que vale más buscar que ser buscado, / y acometer que ser acometido» (*AD*, X, VIII. 3-4), se encuentran en la ribera del Bío Bío. El autor indica al lector del suspense de la narración al advertirle de la complejidad que supone pasar el río, que es cosa «difícil, temeraria y mal segura» (*AD*, X, X. 8). La proposición de cruzar el río de García es recibida con desagrado por los soldados pláticos que se oponen argumentando la peligrosidad del caso y rememorando el suceso de Valdivia.

La decisión del héroe se configura, al igual que en el resto de capitanes épicos, como la herramienta imprescindible para el éxito de la marcha. García, decidido, y con el pecho ardiendo en deseos de alcanzar al enemigo (*AD*, X, XI. 5-8), resuelve seguir con la empresa. El desconocimiento del terreno y de la profundidad del río provocan el retraso de la hazaña:

> Profundo el capitán lo considera,
> y haciendo que un rubor su rostro tiña,
> vuelve, revuelve, tienta y escudriña,
> advierte, mira y corre dentro y fuera,
> hasta que al fin, hallando la manera,
> se cierra con su campo de campiña,
> diciendo que el pasar es necessario
> para cortar los pasos del contrario (*AD*, X, xv).

Finalmente, García Hurtado de Mendoza ordena que suban río arriba las «escuadras obedientes» (*AD*, X, XVI. 7) y ejecuta un astuto ardid para despistar a los indios araucanos que esperan a las tropas del virrey al otro lado del río para atacarlas:

> Fue pues que, todo el tercio congregado,
> y habiendo descargádose el bagaje,
> da muestras de escoger aquel passaje,
> fingiendo grande máquina y recado,

para que el enemigo desvelado
solo por este puesto los ataje,
y dexe abaxo libre el precedente,
por donde todos passen francamente.

Y, para que su ardid mejor saliesse,
hizo que se ocupasse la ribera
de cargas de totora y de madera,
como que por allí pasar quisiesse (*AD*, X, XVIII-XIX. 1-4).

Tras recibir unas barcas y bateles que, preventivamente, había solicitado (*AD*, X, XXII), García atraviesa el río con tres hombres para reconocerlo. La "peligrosidad" de la situación se transforma en comicidad al reconocer la escasa profundidad del río pudiendo ser atravesado en esa zona «a pie y a nado» (*AD*, X, XXVI. 8). Los hombres de García:

Confusos, vergonçosos y corridos,
y a su temor inútil despidiendo,
atropelladamente van corriendo
derechos a los barcos a los barcos detenidos (*AD*, X, XXVII. 1-4).

El ardid de guerra entra en juego entonces. García, temiendo el asalto de los indios al cruzar el río dispone dos escuadrones en dos localizaciones de la ribera próximas entre sí entre las que los soldados se desplazan incesantemente quedando siempre la mitad a la vista del enemigo, mientras la otra mitad atraviesa el río sin ser visto:

De aquellos que al engaño arriba estaban,
en ocupando el mundo el turbio velo,
baxavan a passar con raudo buelo,
y siempre la mitad allá quedavan;
de suerte que los indios que miravan
tuvieron de contino algún señuelo,
con cuy avista y cebo detenidos,
quedaron, como dixe, desmentidos (*AD*, X, XXX).

La astucia del caudillo por el ardid, al que atribuye influjos de la gracia divina (reforzando a su vez la misión conquistadora como empresa bélico-religiosa), provoca el encomio del poeta:

Es muy de encarecer que un moço tierno,
no tanto de experiencia acompañado,
ussase un ardid tan extremado,
y en todo lo demás de tal gobierno;

no dudo que el espíritu superno
estuvo siempre en él aposentado,
pues mal pudiera tanto fuerça humana
sin assistir allí la soberana (*AD*, X, XXXI).

El episodio del cruce del Bío Bío es uno de los acontecimientos bélicos de mayor originalidad del *Arauco domado*, no sólo por el tratamiento retórico que recibe, sino por la ausencia de enfrentamientos entre las tropas del virrey y los indios araucanos a quienes, mediante la astucia del capitán, se les engaña con un ardid de guerra impidiendo la pugna que, ventajosamente, se disponían a acometer. Con la marcha de las tropas por tierras araucanas, dispuestas en escuadrones y de manera disciplinada, el retrato militar de García Hurtado de Mendoza queda completo ante el lector épico coetáneo capaz de reconocer las diferentes facetas de la técnica militar y la habilidad del capitán para desenvolverse eficazmente en cada una de ellas.

6. Una contienda sin victoria: La Batalla de Millarapué

La batalla de Millarapué fue un enfrentamiento militar producido entre el 27 y el 30 de noviembre de 1557 entre las fuerzas mapuches del toqui Caupolicán y las de la Monarquía Hispánica lideradas por García Hurtado de Mendoza, obteniendo la victoria, los segundos. La contienda es presentada por Ercilla como un enfrentamiento campal entre dos ejércitos. Un mensajero de Caupolicán se acerca a don García para comunicarle el ofrecimiento de un duelo con el toqui, que deseoso de probar su valor con él, pretende luchar individualmente con el marqués. La invitación a la lucha sirve para ensalzar el valor del araucano que, orgullosamente, le ofrece una ventaja armamentística al virrey:

Que siendo de personas informado
que eres mancebo noble, floreciente,
en la arte militar ejercitado,
capitán y cabeza desta gente,
dándote por ventaja de su grado
la eleción de las armas, francamente,
sin excepción de condición alguna,
quiere probar tu fuerza y su fortuna (*AR*, XXV, VIII).

El ofrecimiento de Caupolicán se asemeja a los duelos medievales. Propuesto en un terreno llano y combatiendo mano a mano, el araucano le revela que si es vencido se someterá a la obediencia debida a la Corona española y, en caso de proclamarse él

ganador, dejará libre a don García, pues «no quiere otro premio ni otra gloria / sino sólo el honor de la vitoria» (*AR*, XXV, X. 7-8). La actitud noble atribuida al jefe araucano no llegará a concretarse en la práctica. Aunque don García acepta el reto, éste nunca se producirá en la obra épica.

La batalla de Millarapué discurre en los parámetros expuestos por los poetas épicos. Al amanecer, como es costumbre, aparece el ejército araucano dividido en tres partes para cercar paulatinamente a los españoles:

> Cada escuadrón de gente muy fornido,
> que con gran nuestra y paso apresurado
> iba en igual orden, como cuento,
> cercando nuestro estrecho alojamiento (*AR*, XXV, XVII. 5-8).

Como siempre, la caballería de los españoles se adelanta a la infantería arrojándose por una áspera ladera y arremetiendo al escuadrón siniestro que se encaminaba acometiéndole furioso (*AR*, XXV, XVIII). Desde el comienzo de la batalla, el jefe araucano se destaca en el devenir de la contienda. Caupolicán se adelanta a su escuadrón y manda clavar las picas recibiendo a la caballería e infligiéndole mucho daño (*AR*, XXV, XIX). La embestida provoca que el combate llegue a las manos: «Todos en un instante se mezclaron, / viniendo a las espadas más estrechos» (*AR*, XXV, XXI. 5-6). A partir de entonces, los soldados se señalan individualmente gracias a una típica *enumeratio* ercillana en la que aparecen los nombres de los personajes más ilustres de la batalla:

> Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
> Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
> Cortés y Iuan Iufré con riesgo estraño
> sustentan todo el peso de su banda;
> también hacen efeto y mucho daño
> Reynoso, Peña, Córdova, Miranda,
> Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
> Martín Ruyz y Iuan López de Gamboa.
>
> Pues don Luys de Toledo peleando,
> Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo
> resisten el furor del indio bando
> con Diego Cano, Pérez y Ronquillo;
> los primos Alvarados Iuan y Hernando,
> Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo
> derriban a sus pies gallardamente,
> aunque a costa de sangre mucha gente (*AR*, XXV, XXVI-XXVII).

El movimiento táctico de los escuadrones es descrito por el poeta otorgando al lector una visión totalizadora del conflicto. Mientras los escuadrones araucanos se esfuerzan por envolver al enemigo:

> El escuadrón de en medio, viendo asida
> por el cuerno derecho la contienda,
> acelerando el tiempo y la corrida,
> acude a socorrer con furia horrenda;
> mas nuestra gente en tercios repartida
> la sale a recibir a toda rienda (*AR*, XXV, XXVIII. 1-6),

los españoles se reorganizan tras estudiar el conflicto: «nuestro escuadrón del todo descubriendo, / se detuvo algún tanto astutamente / reconociendo el sitio y nuestra gente» (*AR*, XXV, XXXIV. 6-8).

La lucha, al igual que las anteriores, da oportunidades a los soldados de lucirse en el combate individual. Al igual que en Penco, Tucapel pelea fieramente contra los esapñoles y yanaconas que le salen al encuentro. Tras encontrarse con un soldado (del que no se nos dice el nombre), Tucapel lo mata arrebatándole el estoque. A partir de entonces, armado con la espada española, Tucapel mata a Guillermo barrenándole el pecho, «y de un revés y tajo arrebatado / arrojó dos cabezas con celadas» (*AR*, XXV, XXX. 6-7). A continuación, mata de un golpe a Torbo, a Juan Ynarauna le hiere en la cabeza por la frente, y a Picol le saca las tripas, siendo detenida su masacre en ese instante por diez espadas que se abalanzan contra él hiriéndolo (*AR*, XXV, XXXI).

El tono del conflicto cambia hacia el final de la contienda en el momento en que Galbarino, en calidad de cacique araucano, habla a sus tropas despertando por igual la ira y la esperanza:

> Considerad, soldados, pues, la gloria
> que os tiene aparejada la ventura,
> y el gran premio y honor que, como digo,
> un tan breve trabajo trae consigo (*AR*, XXV, XXXIX. 5-8).

El discurso de Galbarino remite inevitablemente al de los gentileshombres europeos. La lucha del indio se convierte, transformada gracias a las palabras del jefe

araucano, en una lucha honorable por la gloria guerrera que pueden adquirir los combatientes mediante sus hazañas bélicas. La actuación desproporcionada de los españoles al final de la contienda lo realza. Narra Ercilla cómo, yendo de testigo en el escuadrón postrero y ganando tierra al enemigo que se retrae por una áspera quebrada, los cristianos lo persiguen causando bajas en el bando enemigo. La matanza desproporcionada y los estragos causados por los golpes y estocadas, actividad que compara con una caza el autor, sobrepasa los términos lícitos de la batalla otorgando a los españoles, en consecuencia, una victoria deslustrada:

> Como los nuestros hasta allí cristianos,
> que los términos lícitos pasando,
> con crueles armas y actos inhumanos,
> iban la gran vitoria deslustrando,
> que ni el rendirse, puestas ya las manos,
> la obediencia y servicio protestando,
> bastaba aquella gente desalmada
> a reprimir la furia de la espada (*AR*, XXVI, VIII).

El propio autor asegura, avergonzado, que desea omitir el pasaje:

> Así el entendimiento y pluma mía,
> aunque usada al destrozo de la guerra,
> huye del gran estrago que este día
> hubo en los defensores de su tierra (*AR*, XXVI, VIII. 1-4).

La feroz crítica del autor con la actitud de los conquistadores frente a los vencidos, a quienes pasan a cuchillo y mutilan (como en el caso de Galbarino), se contradice, sin embargo, con la teoría de la guerra expuesta en el último canto de la obra en la que el autor, más allá de seguir los postulados de Francisco de Victoria acerca de la justicia de la causa bélica, afirma la libertad que poseen los vencedores en el trato otorgado a los enemigos, abarcando cualquier castigo o penalidad a la que se les pretenda someter. ¿Dónde radica entonces el deshonor del bando español? La descripción cinegética de la persecución que dan los españoles a los araucanos, a los que matan vilmente en la huida, lo revela. Descarnizada y deshumanizada, la persecución del enemigo posee escaso valor honorable. Aunque la justicia de la causa respaldaba las matanzas y crueldades decretadas por los capitanes en la guerra ocasionalmente, éstas debían poseer la finalidad intrínseca de reducir o reprimir al enemigo de manera que, con el castigo ejecutado, fuera imposible que se levantaran de nuevo en armas. Sin embargo, el castigo empleado por los

conquistadores en la huida de los enemigos araucanos apenas posee mayor finalidad que la de infligir el mayor daño posible (por la espalda) al enemigo que huye tras la derrota en el campo de batalla, sin que la acción de los conquistadores pueda, en última instancia, encuadrarse en los parámetros del honor.

5. LA CONQUISTA PROVIDENCIALISTA DE MÉXICO: DOS POEMAS ÉPICOS CORTESIANOS FINISECULARES

1. *LA MEXICANA* Y *EL PEREGRINO INDIANO*: DOS EPOPEYAS CORTESIANAS

En la primera mitad del siglo XVII, los elogios dirigidos a Hernán Cortés por sus hazañas bélicas en la conquista de Nueva España parecían no tener fin. Expuesto como ejemplo a seguir, sus virtudes e ingenios guerreros eran alabados nostálgicamente por los tratadistas militares:

> Es grandísimo y notable ejemplo […] del valeroso e invencible Hernán Cortés, el cual con tanta fidelidad y honra ganó y con tan poquita gente y fuerzas un tan copioso mundo, de tanta riquísimas provincias y extirpó sus reyes e idolatrías y los trujo al yugo y obediencia del emperador Carlos V y de la Iglesia Romana (Barroso, *Teórica y práctica de exemplos*, p. 228)

> Fernan Cortés, con menos de mil infantes, y ochenta cavallos Españoles prendió al Emperador Motezuma, dentro de su Ciudad, y con sola la obediencia, y buena orden de sus soldados sugeto el Imperio Mexicano a su rey (Bautista Gil de Velasco, *Católico y marcial*, f. 12v).

> Me parece que aquí y allá, y en toda Europa, se acaba la casta de los hombres valerosos, capaces de mantener la verdadera honra militar. […] Pues por estas partes poco se acuerdan de imitar […] a un valerosísimo Hernán Cortés, quienes tuvieron en poco los trabajos, los Imperios y la vida para dar gloriosa y eterna fama a su esclarecido nombre. A ellos, pues, quiero seguir, y sus heroicas obras imitar, y dar a conocer al mundo en el campo del honor que no se ha acabado en mi tierra la casta de los hombres valientes (Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, I, p. 54).

Los encomios deben ser acogidos con ciertos matices. Lo cierto es que Cortés no era un soldado ni un jefe militar profesional. Carecía de instrucción bélica y nunca participó en ninguna batalla europea. Como afirma Reynolds, al mirar retrospectivamente el resultado de la conquista, este factor fue sin duda una ventaja para él en su incursión en el Nuevo Mundo (1978: 127). Cualidades diversas a las expuestas en la tratadística coetánea —impulsivo, audaz, perseverante y en el ejercicio de mando (Ascanio y Togores, 1986: 39)—, configuraron al héroe de la conquista como el caudillo idóneo. La opinión de Baquer (1986) sobre el éxito cortesiano parece acertada. Cortés, al igual que todos los grandes capitanes de la historia, debió el éxito de su caudillaje a la formación de una nueva ética más social (enraizada en la fidelidad, lealtad y el honor) que individual, asentándose en la confianza del caudillo en su propia razón como «guía para el establecimiento de las normas básicas para la convivencia» (p. 27). Su capacidad de

adaptación al nuevo teatro de operaciones, su ingenio y su capacidad de mando configuraron un novedoso código ético que le condujo a la victoria.

La figura desproporcional del conquistador y la gesta realizada al otro lado del océano propiciaron la narración de sus gestas guerreras en estilo elevado entre los siglos XVI y XVIII. Los escritores áureos apenas expresaron críticas por la falta de instrucción militar (Reynolds, 1978: 127). Seis obras de diferente tono heroico pero de carácter histórico y cronístico comprenden el ciclo cortesiano, siguiendo la taxonomía temática elaborada por Avalle Arce (2000): *Cortés valeroso* (1588), *La Mexicana* (1594), *El Peregrino* indiano (1599) de Saavedra de Guzmán, *Nuevo Mundo y Conquista* de Francisco de Terrazas (cuya fecha se desconoce), *Las Cortesiadas* (1665) de Juan Cortés Osorio, *La Hernandía* (1755) de Francisco Ruiz de León, y *México conquistado* (1798) de Juan Escóiquiz.

Dos poemas de los mencionados nos ocupan en este trabajo: *La Mexicana* y *El Peregrino indiano*. En ellos, la figura de Cortés se convierte en el foco central de la conquista acaparando prácticamente toda la atención bélica. Mientras en el caso de Lasso de la Vega, la significativa exaltación cuantitativa del caudillo provoca una clara «desproporción de Cortés respecto a los demás personajes del poema» (Amor y Vázquez, 1970: XXIV) en *El Peregrino indiano*, la superioridad el héroe germina en la superioridad moral del conquistador, detectable en el extenso empleo de epítetos épicos relacionados con ello (Reynolds, 1978: 128).

Si bien las obras abarcan diferentes períodos de la conquista, ambas composiciones coinciden en la narración de la gesta desde la salida de Cortés de Cuba, pasando por Cozumel, hasta la retirada de las desgastadas y diezmadas tropas cortesianas en el valle de Otumba tras su ocupación de Tenochtitlán y la salida de la ciudad en la conocida "Noche Triste" el 30 de junio de 1520. *La Mexicana* concluye entonces con la llegada de Cortés a las tierras de Tlaxcala la épica cortesiana. El desenlace del poema, la victoria del caudillo en la batalla de Otumba, es reforzado maravillosamente por la intervención sobrenatural del arcángel san Miguel y el arrepentimiento del héroe y de su tropa de conquistadores por su viciosa codicia desencadenante de la matanza de la Noche Triste. Saavedra De Guzmán, en cambio, ampliará la narración épica abarcando un año más de la conquista de México (cantos XVI- XVIII) finalizando la gesta gloriosamente con la

aprehensión de Cuauhtemoc, sucesor de Moctezuma, y la rendición de México Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521.

Aunque temáticamente los episodios guerreros acaecidos durante la primera etapa de la conquista coinciden entre sí, formalmente son muy diferentes a causa del tratamiento otorgado por los poetas a los conquistadores, fundamentalmente en los asedios de Pontonchán y México-Tenochtitlán. La escasa participación individual de los hombres de armas cortesianos en la obra de Lasso de la Vega se contrapone a los innumerables combates cuerpo a cuerpo referidos por el indiano en los que se señalan individualmente.

Las composiciones épicas, influidas irremediablemente por el ambiente contrarreformista que invadió la Cristiandad en la segunda mitad del siglo XVI, nos presentan un grupo de guerreros con una profunda religiosidad que envuelve la totalidad de la empresa conquistadora, fruto de su naturaleza providencialista[96]. Aunque presente dicha condición en ambos poemas, ésta se realiza formalmente diferenciada. Los combatientes, a las órdenes de Cortés, son representados como auténticos *militibus Christi*, conocedores de las pragmáticas la Dios y la Iglesia católica y ante los que responden de sus actos. La narración de la empresa conquistadora adquiere en la obra de Lasso, inevitablemente a causa de la directa intervención divina en los hombres de Cortés, el carácter «de una santa cruzada» (Reynolds, 1978: 27). Revestido el héroe con cualidades sobrehumanas, la conquista se convierte en una misión providencialista en la que los éxitos y fracasos son justificados por el héroe como fruto exclusivo de la voluntad divina a la que someterá, no solo su voluntad, sino la de los indígenas. Si en la obra de Lasso de la Vega las apariciones sobrenaturales, como la del apóstol Santiago o la Virgen María, refuerzan la visión misional de la lucha contra el indígena, en *El Peregrino indiano* la conquista de Nueva España adquiere, de acuerdo con Reynolds, características de una epopeya cristiana en la que los conquistadores se convierten en evangelizadores (1978: 28).

La nueva actitud heroica, lejos de restar dimensión épica a las hazañas conquistadoras, la refuerza. Publicadas las obras hacia finales del siglo XVI, 1591 y 1599 respectivamente, la fórmula heroica se vio impregnada del espíritu contrarreformista

[96] Las manifestaciones religiosas de la conquista pueden observarse (junto a otras imágenes de las batallas en la conquista de México) en el apéndice M.

postridentino que inundó la sociedad española. A los escritores españoles no se les hacía extraño representar las batallas contra los enemigos (ya fueran infieles, ya fueran herejes) en términos ligados a la guerra santa. Sin embargo, a su vez, una admiración profunda nacía en el hombre renacentista hacia estos hombres de armas realizadores de auténticas gestas heroicas. El resultado que permitió la conjugación de ambos factores fue, según Reynolds, la concepción de la misión bélica «como inspirado en la conciencia personal de su causa divinamente ordenada y de la superioridad que Dios le había dado» (1978: 288). Las hazañas del puñado de hombres embarcados bajo el mando cortesiano que se adentraron en el continente mexicano con la esperanza de conquistarlo se vieron magnificadas y exaltadas también desde el prisma religioso.

2. Un caudillo contrarreformista en la épica: Hernán Cortés

Winston Reynolds (1978) ha elaborado un magistral y exhaustivo retrato literario de Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro y, especialmente, en la poesía épica. Aunque diferentes, los rasgos militares atribuidos a Cortés por Lasso de la Vega y Saavedra de Guzmán en sus respectivos poemas heroicos poseen un trasfondo en común: la visión providencialista y misional de la conquista de Nueva España. «La conquista de México es presentada desde el principio con todos los atributos de una cruzada puesto que su fin primero y más importante, y así se repetirá constantemente, es el de llevar el evangelio al Nuevo Mundo y lograr la salvación de millones de almas» (Martínez, 2010: 182).

Los retratos más completos del héroe nos los ofrecen los cronistas e historiadores, y su imagen, repleta de vicios, desentona con las otorgadas por los poetas épico-cronísticos. Si bien todos coinciden en la juventud del conquistador, al que califican como "mancebo", «mozo o joven que no passa de treinta o quarenta años» (*Aut*., IV, p. 471), vicios como el juego, las mujeres, no sólo no aparecen aplicados al caudillo en los poemas (ni a ningún otro capitán) sino que tampoco se encuentran entre los soldados de su tropa:

> Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra […] Fue muy dado a mujeres, y dióse siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla bien y alegremente. Fue muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho el hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de

> Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas, por donde le llamaban rico de avenida. Vestía más pulido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase como señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. […] Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó a cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados (López de Gómara, *Historia de la conquista de Méjico*, CCLII, p. 375).

> Fue de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta, e no muy alegre; e si tuviera el rostro más largo, mejor le paresciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos, e por otra parte graves. […] En todo lo que mostraba, ansí en su persona como en pláticas e conversación, e en comer, e en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo e usanza, e no se le daba nada de traer muchas sedas ni damascos ni rasos […] Servíase muy ricamente, como gran señor, con dos maestresalas e mayordomos e muchos pajes, e todo servicio de su casa muy complido, e grandes vajillas de plata e de oro. Comía bien e bebía una buena taza de vino aguado que cabría un cuartillo, e también cenaba; e no era nada regalado ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando vía que había necesidad que se gastase hobiese menester. Era de muy afable condición con todos nuestros capitanes e compañeros, en especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez. Y era latino, e oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados e hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros e en glosas, e en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica; e rezaba por las mañanas en unas horas e oía misa con devoción. [...] Era muy porfiado, en especial en las cosas de la guerra, que por más consejo e palabras que le decíamos en cosas desconsideradas de combates e batallas […] (Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, CCIV, pp. 1008-1009; 1010).

La piedad del caudillo, su religiosidad, y su disposición para las armas, atributos referidos por los cronistas, son las tres cualidades que heredarán los poetas épicos para el esbozo de la figura heroica. La etopeya que realizan de él apenas difiere entre sí:

La Mexicana (1591)	*Peregrino indiano* (1599)
Es general de aquesta armada y gente, Cortés, que produció la Extremadura, en Medellín, mancebo floreciente, de gran reputación, ser y cordura, reportado, sagaz, diestro, valiente, de clara sangre y próspera ventura, según pregona la parlera fama que del un polo al otro se derrama. La nobleza del pecho generoso y la necesidad le acometieron,	Era Hernando Cortés de Estremadura, de nobles padres, limpia estirpe y clara, a quien con larga mano la ventura aquel invicto pecho no fue avara. El ser, valor, prudencia y la cordura, el ánimo invencible, industria rara será querer pintarlo humana pluma No fue bien por Cortés sabido, quando del Nuevo Mundo tuvo alguna lumbre, que al punto el bravo pecho fue incitando

facilitando el hecho más dudoso, feliz y honroso fin le prometieron: y por el ancho mar tempestüoso, sus arduas pretensiones se extendieron, buscando en los dudosos trances gloria con que eterniza el fuerte su memoria. A éste el domar las brutas hinchazones del Mejicano bárbaro temido, y el descubrir incógnitas naciones, debe estar por el Cielo cometido: para que las idólatras regiones (que han hasta aquí sin Dios y ley vivido) un solo Dios y ley tengan y adoren, y ser de todo el Hacedor no ignoren (*MX*, IV, XLVIII-L).	teniendo de su valor rara costumbre […]. En la isla de Cuba acaso estava el famoso Cortés entretenido, en actos virtuosos se ocupava, y era en aquella tierra obedecido. A servir a su rey siempre aspirava con ánimo y valor engrandezido, a Carlo emperador, Señor del mundo (*PI*, I, XVI-XVII. 1-4; XVIII. 1-7).

Sus cualidades, valor, prudencia, destreza con las armas, nobleza, reputación, cordura, esfuerzo… coinciden con las propuestas por los tratadistas de los capitanes de las tropas regulares que combatían en Flandes o en aguas mediterráneas en el siglo XVI. Hombre afortunado (*MX*, I, X. 3; 5), magnánimo, (II, I), piadoso y temeroso de Dios (*MX*, II, IX. 1-6; II, X-XIV; V, VIII. 1), compasivo (II, l), humilde y modesto (II, X. 7-8), clemente, (*MX*, X, IV), piadoso (II, X-XIV), los epítetos épicos acompañan al héroe resaltando la virtud requerida en la actividad que se dispone a llevar a cabo. Para Reynolds, «el relato de Lasso, tanto como el de Gómara, reflejan el ideal estudioso de las guerras europeas» (Reynolds, 1987: 129). El pasaje más esclarecedor de ello (similar al de los capitanes de *La Austríada*) es su arrojo para recorrer la tierra de Tabasco evitando los peligros a sus hombres:

> Quiere reconocer la tierra ignota
> Cortés por su persona, y enterarse
> si es cierta de su intento la derrota,
> y de sus naturales informarse:
> por poder, a la gente de su flota,
> con verdadera relación tornarse,
> y de sus compañeros belicosos,
> asegurar los ánimos dudosos (*MX*, V, XXXIII).

La carencia de instrucción militar provoca que un rasgo sobresalga en Cortés en su calidad de caudillo: su astucia, manifestada fundamentalmente en la capacidad para hacer "amigos" aliados contra Moctezuma. La actitud amigable del conquistador hacia los indios es contemplada favorablemente por Lasso de la Vega, que la ve como «astuta

maña» (*MX*, XIII. 1), y Saavedra de Guzmán que en la misma dirección afirma: «Diose tan buena maña el Estremeño, / que vino a hacer con todos amistades» (*PI*, VIII, XCII. 1-2).

A dichas cualidades, relacionadas con el ejercicio bélico, se unen ciertos rasgos contrarreformistas que se acentúan con el desarrollo de los acontecimientos. Ejemplo de ello es la preocupación por la "sangre clara" del caudillo en la propia descripción del héroe (Reynolds, 1978: 88), o la visión acentuada del providencialismo de su empresa. Desde el inicio de los poemas, tanto en el de Lasso como en el de Saavedra de Guzmán, Cortés es presentado como el elegido por Dios para la realización de una tarea divina: la evangelización de las remotas regiones americanas que hasta ese momento han practicado la idolatría por desconocimiento del verdadero Dios:

La Mexicana	*Peregrino indiano*
Que por tu mano la divina esencia quiere que su soberbia sea abatida, y del tumulto indiano la insapiencia, al camino de luz resitituida. De parte de la Suma Providencia, te revelo esperanza tan cumplida y el próspero suceso victorioso, de dignas alabanzas copïoso. […] Pues a un varón electo por el cielo para cosas tan altas (cual sabemos), de tan cristiano proceder y celo, que Dios le quiso mucho creer debemos (II, XXXVI; XXIII, VIII. 1-4).	A cuya voluntad es remitido, por causa que a su ser mejor convino, que ofreciéndose a muchos el partido, nadie sino Cortés en él avino, a quien con orden celestial y pura le fue guardado el bien de tal ventura (I, XXVIII. 2-8).

La idea providencialista de la conquista se refuerza en los poemas épico-cronísticos mediante dos injerencias milagrosas en el conflicto. En el caso de *La Mexicana*, la intervención sobrenatural directa de Dios a través del arcángel san Miguel provoca el sobrenombre que se le otorga a Cortés, quien será intitulado a partir de ese momento como «capitán de Cristo» (*MX*, II, XXXVIII. 1; I, LI. 2), o «general de Cristo» (II, LX.7; V, XXI. 1; VI, LXIX. 1; X, XXII. 5; XI, LII. 1), como lo denominan sus soldados. El conocimiento anticipado del caudillo de la voluntad divina, revelada alegórica y oníricamente en sueños en varios momentos de la conquista, fortalece el empeño del

capitán de su intención evangelizadora. Diferente metodología, pero similar finalidad encontramos en el caso de Saavedra de Guzmán. Las apariciones de la virgen y los apóstoles (Santiago) en el clímax de la batalla acentúan el carácter religioso de la contienda.

La oración inicial que pronuncia Cortés en ambos poemas nos alerta de la nueva tonalidad heroico-cristiana de las obras. Tras una breve fórmula de *laudatio* a Dios, el caudillo expone su condición de cristiano y pide ayuda para la realización de la gesta que le ha sido encomendada:

La Mexicana	*Peregrino indiano*
¡Oh autor de toda cosa, omnipotente, que desde tu sublime, eterno asiento, vea el aprieto de esta aflicta gente, y de mi pecho puro el sano intento! Si ya mi celo fervoroso, ardiente, puede a tu culto ser de algún aumento, y si esta pequeñuela humilde armada va a sembrar tu Evangelio encaminada. Y si estos navichuelos temerosos, de simulacros tuyos entrañados y ocupados de humildes religiosos, de divinos misterios inflamados, van con pechos fervientes, fructüosos, a plantarlos entre hombres, do ignorados han sido hasta aquí tu causa ampara y del furor estigio la repara (II, X-XI).	Ya véis que el sumo bien del alto cielo, aquel inmenso Padre Sacro Santo, único criador, luz y consuelo, nos dio su fe y su Evangelio santo, para que predicándolo en el suelo, quedasse a él sujeto todo quanto humano entendimiento y razón tiene, y en su divina ley esto previene Mirad el dulce yugo y suave carga que esta dichosa ley nos asegura, mirad el pesado peso que descarga la vida más cargada de amargura. No es poco el premio, no, ni se os alarga el galardón eterno y la ventura, que aun no sólo le vemos en el suelo, mas danos los tesoros de su cielo. […] La Fe del Evangelio en que vivimos, los tesoros del cielo y dones tantos, el bautismo que todos recibimos, la penitencia y mandamientos santos, publiquémoslo ansí, qual lo sentimos, demos aquestos bienes, pues son tantos, a aquella ignota gente y apartada, que de tan alto bien está privada (I, XXXV-XXXVI; XXXIX).

El adjetivo “aflicta” (*MX*) y la fórmula lexicalizada «dulce yugo y suave carga» (*PI*) remiten al lector áureo (indiscutiblemente) al pasaje bíblico: «Venid a mí todos los que estáis afligidos y agobiados, y yo os aliviaré. […] Porque mi yugo es suave y mi carga

ligera» (Mt. 11, 28-30). La concepción de la conquista como una carga se repite en varias ocasiones en Lasso renovando el carácter vocacional de la misma: «y que éste [Cortés] en duro yugo la pondría, / donde la fe de Cristo plantaría» (*MX*, I, X. 7-8). Junto al premio eterno, la salvación del alma, la finalidad de la conquista en ambos poemas no es otra que «para el Cielo / millones de almas conquistar» (*MX*, II, LIII. 1-2). La comparación de Lasso de las embarcaciones transatlánticas con «navichuelos temerosos» y los hombres de armas con «humildes religiosos» no hace sino prolongar la idea religiosa en la que se ampara su justa causa: «[…] vamos, / donde a tan justa guerra fin pongamos» (*MX*, II, LX. 7-8).

Mención especial merece la intervención que Saavedra de Guzmán pone en boca de Cortés. El autor indiano anticipa, al mencionar el bautismo, la penitencia y los mandamientos santos, el carácter contrarreformista del poema. Tras tres períodos de sesiones (1545-1547; 1551-1552; 1562-1563), el Concilio de Trento concluyó en la década de los sesenta los debates religiosos en los que (entre otras cuestiones) se trató de la eficacia de los sacramentos para la salvación del alma. La fórmula protestante *sola fide, sola gratia* fue duramente contrarrestada por la Iglesia con la tipificación concreta de la impartición de los sacramentos. En el caso de *La Mexicana*, el ejemplo más ilustrativo del espíritu contrarreformista es la confesión de Cortés a un ministro de la iglesia tras ser avisado por el arcángel de la batalla en el valle de Otumba:

> Luego, con prevenida y pronta mente,
> a los pies se arrojó de un religioso,
> y con faz vergonzosa y pecho hirviente
> sus culpas descubrió contrito, ansioso.
> El celestial ministro sabiamente
> le reprehende, y con rigor piadoso,
> y le absuelve con fácil penitencia,
> aplicando el remedio a la dolencia.
>
> Al punto le imitó la fiel compaña
> y a todos de sus culpas se limpiaron;
> con humildad y contrición extraña
> la enmienda de la vida protestaron (*MX*, XXV, XVI-XVII. 1-4).

La explicación exhaustiva de los pasos de la confesión coincide con los estipulados por el concilio trindentino[97]:

[97] Los mismos pasos para la correcta realización de la confesión aparecen en *El Monserrate*, de Cristóbal de Virués. Véase Oria de Rueda (2019).

> Docet praeterea sancta Synodus, sacramenti Poenitentiae formam, in quia praecipue ipsius vis sita est, in illis ministri verbis positam esse: Ego te absolvo, etc. Quibus quidem de Ecclesiae sanctae more preces quaedam laudabiliter adjuguntur; ad ipsius Sacramenti administrationem sunt necessariae. Sunt autem quiasi mateira hujus Sacramenti ipsius Poenitentis actus, nempe Contritio, Confessio, et Satisfactio: qui quiatennus in poenitentea ad integritatem Sacramenti, ad plenamque, et perfectam peccatorum remissionem ex Dei institutione requiruntur, hac ratione Poenitentiae partes dicuntur (*El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*, XIV, 25 de noviembre de 1551, p. 140).

La imitación de los soldados de la actitud del caudillo muestra en la figura de Cortés la imagen del capitán católico expuesto por los tratadistas militares de finales del siglo XVI y principios del XVII en los que, además de las cualidades militares tradicionales, debía poderse observar una gran caridad y temor de Dios que se traduzca en una influencia en la tropa, llegando a convertirse el capitán en una especie de padre espiritual. La imagen de Cortés postrado de rodillas y rezando tras la huida de Tenochtitlán confirma su piedad religiosa:

> El general de Cristo, el desconsuelo
> viendo y la confusión, destrozo y llanto,
> a la oración postrado se dispuso,
> de él frecuentada por costumbre y uso (*MX*, XXV, v. 5-8).

El espíritu contrarreformista de *El Peregrino indiano* se observa primordialmente en la plática religiosa de Cortés al cacique Calachumi:

> "Aquella Cruz que allí tenéis guardada,
> dios de lluvias entendéys que ha sido,
> es justa cosa aver sido adorada,
> aunque no, como es justo, se ha entendido.
> Allí la suma Magestad sagrada
> por salvarnos se ha puesto y padecido,
> y humanando su ser al mundo vino,
> para allanar el áspero camino".
>
> Y postrado de ynojos, con Fe pura,
> y verdaderas lágrimas llorando,
> sacó de Christo eterno la figura,
> y con notable afecto silloçando
> dixo: "Esta Magestad inmensa y pura,
> que con Fe viva estamos adorando,
> crió la tierra, el cielo y el profundo,
> y quanto encierra y tiene todo el mundo.
>
> Éste rige y govierna tierra y cielo,
> eterno, y *ab eterno*, trino y uno,

único criador, bien y consuelo,
tres las personas y en essencia uno.
Éste quita la mancha del rezelo
a los que su ley siguen de consuno,
y su Evangelio santo nos lo muestra,
y el fruto eterno da por clara muestra.

[…]

Todos casi postrados por el suelo,
hiriéndose en los pechos confessaron
conocerle por Dios y su consuelo,
y, en alta voz, clamando le adoraron,
y, los ojos fijados en el cielo,
por tal todos a una le afirmaron (*PI*, II, LIII-LV; LVII. 1-4).

Las palabras de Cortés, semejantes a un compendio doctrinal, encierran varios de los dogmas proclamados por la Iglesia Católica. Al afirmar la justicia de la adoración que los indios han profesado a la Cruz, Cortés declara al verdadero Dios (Jn., 10, 30); la salvación del mundo contiene el dogma de la redención (Mt., 26-28); la mención del «único criador» del mundo contiene en sí el dogma de la creación (Gn., 1, 12); la alusión al "Todopoderoso" incluye la omnipotencia de Dios (*Summa Theologica* I, XXV. 3); la evocación de las tres personas remite al dogma trinitario de Dios (Jn., 5, 7); y la naturaleza de eternidad de Dios remite a la existencia infinita de Dios (Dn. 7, 14). La obra del indiano está plagada de actitudes religiosas de los soldados en defensa de la verdadera fe cristiana: ídolos derribados (IX, XXIV; X, XXXIV; XII, VI; XII, XVI; XII, XXX), levantamiento de altares (XII, XVI) y alzamiento de la Cruz (XII, XVII).

La actitud e intervenciones dialógicas de Cortés en los poemas de Lasso de la Vega y Saavedra de Guzmán con temática cristiana trascienden las de los capitanes o generales de otras composiciones épicas (como don Juan de Austria). La conquista se convierte, no no solo en una causa justa por la que luchar, sino la finalidad en sí misma de la existencia y de la vida del caudillo. La misión de evangelizar al Nuevo Mundo es comprendida por Cortés como un encargo personal e intransferible pensado por Dios con anterioridad y, la encarnación de dichos valores ese refleja asímismo en la actitud de sus soldados[98] con los indios, que aprovechan cualquier ocasión para evangelizarlos, lo ponen de relieve (*PI*, VI, LXXI.1-4; LXXII; XII, IX).

[98] Véase el apartado dedicado a la *virgo bellatrix* de este mismo trabajo.

3. *De militibus Christi*: la soldadesca española en la Nueva España

La soldadesca que acompaña al héroe en la conquista de México recibe un tratamiento formal diferente en los dos poemas épico-cronísticos. Para Lasso de la Vega, como para Ercilla, los soldados son una colectividad uniformada y despersonalizada. De todos los nombres que aparecen en la obra únicamente destacan dos: el capitán Pedro de Alvarado y Jerónimo de Aguilar, quedando reducidos los demás a las extensas enumeraciones que se suceden antes de las batallas (*MX*, XIV, LX-LXI; XIX, XIV-XVII; XXIV, LXVII-LXX). «Este procedimiento, utilizado a veces por Ercilla, recuerda momentos de las crónicas, pero con esta salvedad: el detalle caracterizador o la observación certera, que abunda en éstas y dota de contorno individual a los personajes históricos […] la acción épica consume al individuo y de las cenizas surge el héroe» (Amor y Vázquez, 1970: XXIII). Un único personaje sobresale en el poema como ejemplo de templanza verdadera: Gerónimo de Aguilar (*MX*, IV-VII). Las caracterizaciones de los personajes conquistadores apenas mencionan, a diferencia de los gentileshombres de las galeras, las virtudes que poseeen:

> Salieron capitanes por consejo
> nombrados, Morla, Ordás, Portocarrero,
> Escalante, Salceda, Olid, Montejo,
> Avila, gran soldado y marinero,
> Velázquez, Escobar (llamado "el Viejo"
> por reportado, práctico, severo) (*MX*, IV, LVII. 1-6).

La agrupación de los conquistadores lassianos puede observarse en la conclusión del motín de Celidón. Acabada la *enumeratio* de rebeldes, habla el poeta de "los demás" como unidad orgánica justificando, mediante el épico tópico de no cansar al lector, la preterición:

> Los demás (cuyos hechos merecieron
> a la inmortalidad ser consagrados)
> no menos daño en el contrario hicieron
> que los que van aquí por mí expresados:
> a quien pido perdón si no salieron
> sus altos nombres a la estampa dados,
> que hacerlo fácilmente bien pudiera
> si cansar a los lectores no temiera (*MX*, XIX, XVIII).

Los únicos rasgos deducibles de la tropa conquistadora son los destacados por boca de Cortés y Andrés Tapia. Al inicio del poema, Tapia señala que Cortés escogió 550 hombres adiestrados en el arte militar en su salida hacia México:

> Quiso ver qué españoles llevaría,
> Cortés, a la jornada, y numerados
> vio que quinientos y cincuenta había
> juntado, en militar arte cursados,
> que con gallardo aspecto y bizarría (*MX*, IV, LV. 1-5)

Del mismo modo, la arenga de Cortés a sus hombres en el encuentro armado contra los tlaxcaltecas nos permite entreveer, despojadas las palabras de su finalidad exhortadora, la capacidad bélica de la tropa:

> Bien conocido tengo, oh mis soldados,
> dice, que las palabras no acrecientan
> virtud a los que de ella están privados,
> ni al perezoso diligencia aumentan;
> no hacen de temerosos esforzados,
> ni el miedo a los cobardes ahuyentan,
> lo que, por el contrario a los valientes
> provoca a lid sus ánimos ardientes.
>
> Cuanta audacia, virtud, fuerza, osadía
> de ánimo, por costumbre o por nobleza,
> en un pecho magnánimo se cría,
> tanta muestra en la guerra y su aspereza;
> mas en quien de su diestra desconfía
> (que a más no le levanta su bajeza)
> y en la gloria o peligros no despierta,
> será la exhortación perdida y muerta.
>
> Bien sé que es en vosotros excusada,
> y no tengo sobre esto qué deciros
> más de que está la tierra y mar tomada:
> y esto no es exhortar, sino advertiros,
> para que el gran valor de vuestra espada
> os dé lugar en que podáis guariros,
> con hierro abriendo la vereda estrecha,
> que no es sano otro medio ni aprovecha (*MX*, XIII, XXV-XXVII).

La proporcional participación del protagonista en la empresa bélica en el poema de Saavedra de Guzmán, en comparación con el de Lasso, permite al indiano la caracterización más individualizada de los hombres que lo acompañan. Al igual que en los poemas sobre Lepanto, un catálogo de nombres se despliega ante el lector:

	RASGOS DESTACADOS	OCTAVA
Francisco de Montejo	«[…] el valeroso, cavallero entre muchos cavalleros, valiente, fuerte, diestro y animoso. Adelantado entre cien mil guerreros a quien nunca el cielo riguroso, dándole siempre tan dichosa suerte, que eternizó su vida con la muerte».	LVIII
Pedro de Alvarado	«[…] invicto capitán tan valeroso, que a nuestra edad y al siglo más dorado con tu valor te hazes más dichoso. […] el rigor de tu braço y osadía».	LIX
Alonso de Ávila	«haziendo con la espada ancho camino / a costa de tanto hombre ya difunto».	LXIX
Diego de Ordaz	«[…] que al Nuevo Mundo de tan dura cerviz yugo pusiste, siendo en todo primero y no el segundo en los famosos hechos que emprendiste».	LXI
Cristóbal de Olid	«[…] veo sentado en lo más alto que la fama puede, que sus famosos hechos han ganado que en tal lugar eternizado quede».	LXII
Jorge de Alvarado	«Capitán, entre todos, excelente, tenido, obedecido y estimado por ser tan valeroso y tan prudente. La fama le levanta en aquel grado que merece guerrero tan valiente, sagaz, astuto, cuerdo en su doctrina, con muy docta y esperta diciplina».	LXIII
Francisco de Morla	«[…] valeroso capitán, muy nombrado en esta tierra, cuyo pecho constante y animoso mostró bien su valor en paz y en guerra».	LXIII
Francisco de Salceda	«valiente, astuto, cuerdo y reportado, que estás en lo postrero de la rueda, hallándote Fortuna en tal estado».	LXV
Juan de Escalante	«siendo siempre el primero en yr delante para quedar eternizado en gloria».	LXVI
Juan Velázquez de León	«[…] ¡ensangrentado de los más varoniles y altos pechos, de la sangre de bárbaros calientes!»	LXVIII
Alonso Hernández Puertocarrero	«ya te vi que eras siempre tú el primero».	LXVIII
Pedro de Escobar	«[…] que merece tan noble cavallero».	LXIX
Gonzalo de Sandoval	«para sólo un varón fue reservado / el más supremo asssiento de la Luna».	LXX

Tabla 6. Listado de soldados de renombre en *El Peregrino indiano*.

Valentía, destreza en el manejo de la espada y osadía son las virtudes que caracterizan mayormente a los soldados del poema indiano. Las virtudes propias de los

soldados europeos escasean en la *descriptio* de Saavedra. Los hombres de Cortés, al igual que su caudillo, no poseen mayormente formación militar y es su astucia y su destreza en el uso de las armas lo que les destaca en la gesta conquistadora.

Al igual que el caudillo, los soldados españoles se encuentran inmersos en una batalla por voluntad divina, es decir, son escogidos de Dios:

> Guerreros, cuyos pechos valerosos,
> siempre negaron al temor la entrada,
> del Cielo electos por los más famosos,
> para el glorioso fin de esta jornada,
> condignos de los triunfos más honrosos
> que ha alcanzado jamás heroica espada:
> tened en mucho la ocasión que os llama
> bastante a hacer perpetua vuestra fama (*MX*, II, LII).

Su carácter religioso se remarca en las promesas que los marineros profieren en la tormenta que, invadidos por el miedo, le hacen a los santos y la virgen (*PI*, I, XCIV). Al igual que los combatientes contra los moriscos, el poeta los ensalza de "mártires" de la fe cristiana: «¡O mártires tan bienaventurados!, / […] ¡O, servicios a Dios tan bien pagados, / ganados sólo con espada y lança!» (*PI*, I, LIII. 3; 5-6). La exhortación pronunciada por Cortés antes de la batalla de Potonchán (*PI*, IV, XXXV-XL) exterioriza el carácter de la tropa como *militibus Christi*:

> Y pues que militamos en la mano
> del sumo Padre eterno y verdadero
> que nos muestra el camino fácil, llano,
> sigamos con fe viva este sendero,
> que de vencer el pérfido tirano
> o morir, grangeamos lo primero,
> premio de vida eterna, y si vivimos,
> a muerte por tal Dios nos ofrecimos (*PI*, IV, XL)

La equiparación poética entre los mártires en las guerras del Imperio otomano y los del Imperio azteca se produc tras la batalla de Tenochtitlán y la sangrienta salida de la ciudad. El poeta, valiéndose del recurso onírico, confronta la gesta cortesiana con la batalla de Lepanto elevando la primera (al igual que Ercilla hiciera con la guerra del Arauco) al mismo plano épico (*PI*, XIV, XCVII-XCVIII) y reforzando la idea religiosa de la lucha contra el infiel, el hereje y el idólatra. Sin embargo, los soldados del Nuevo

Mundo apenas poseen las virtudes bélicas de las que presumen los instruidos soldados de las galeras de la Santa Liga. Más bien, su similitud radica en los vicios de la soldadesca.

Los soldados de la tropa cortesiana padecen, como los europeos, los tres vicios de la milicia: la codicia, la indisciplina y el amotinamiento. En el poema de Lasso de la Vega, las referencias al deseo de oro de los españoles están generalmente omitidas. La preocupación terrenal por los aspectos pecuniarios de la conquista estorba al poeta en su conquista evangelizadora. Las menciones al saqueo realizado por los españoles tras la conquista de Potonchán y México-Tenochtitlán son escasas en sí mismas, salvo por su condición de castigo divino. El poeta pasa por alto los regalos de oro que envió Moctezuma a Cortés ―y que aparece en *El Peregrino indiano* (VIII, V-VI. 1-6)―y que López de Gómara describe:

> Así pasaron siete y ocho días con muchas visitas de indios, y esperando al gobernador, y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decían; el cual luego vino con un presente muy gentil y rico, que era de muchas mantas y ropetas de algodón blancas y de color y labradas, como ellos usan; muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma, rica y primamente obradas; cantidad de joyas y piezas de plata y oro, y dos ruedas delgadas, una de plata, que pesaba cincuenta y dos marcos, con la figura de la luna, y otra de oro, que pesaba cien marcos, hecha como sol, y con muchos follajes y animales de relieve; obra primísima. Tienen en aquella tierra a estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan. Cada una de ellas tenía hasta diez palmos de ancho y treinta de ruedo. Podía valer este presente veinte mil ducados o poco más; el cual presente tenían para dar a Grijalva si no se fuera, según decían los indios (*Historia de la conquista de México*, p. 56).

Desde la entrada de los indios en Potonchán, su actitud codiciosa es manifestada por el autor:

> Entran en la ciudad desamparada
> con mano codiciosa saqueando;
> ven rastro de la hacienda levantada,
> que está a su pretensión desengañando (*MX*, VIII, LV. 1-4).

Lo mismo sucede a la salida de Tenochttilán, aunque posteriormente los españoles, viendo las consecuencias devastadoras que su actitud ha conllevado en la tropa, se arrepienten:

> Culpando va el Ibero miserable
> su errada vida, de imprudencias llena,
> codiciosa, imperfecta, variable,
> con que humillado ya su error condena

de haber a su Hacedor incomparable
así ofendido con ansiosa pena:
llora, gime, suspira, ruega, clama
y a la Virgen con pecho hirviente llama (*MX*, XXV, II).

La actitud pecaminosa de la codicia es condenada en la obra de Lasso de la Vega directamente por Dios, que les hace sufrir las consecuencias de la misma en Otumba. En *La Mexicana*, siguiendo las premisas de Montaner (2018), a diferencia de Ercilla, la codicia no es un asunto público e impulsado por las autoridades, aunque se realice de manera colectiva. Sí cumple con los requisitos de condición "pública" la codicia de la obra del indiano. La concupiscencia de oro y bienes es, en cambio, el motor del alistamiento de los soldados en las tropas de Cortés en la obra de Saavedra. Desde el primer canto el poeta hace hincapié en el motivo que mueve a los conquistadores a cruzar al continente:

Y aunque al principio hizo compañía
con el Governador que en Cuba estava,
con presupuesto que en demanda yría
de Quimpeche, que entonces se llamava
porque ninguno supo, ni sabía
de México, ni cómo se nombrava,
mas con codicia del rescate de oro
yvan cevados sólo del tesoro.

Primero avía Grijalva allí venido
con muchas cosas de quinquillería,
a la voz que Velázquez avía oydo
del oro y plata que de allí venía (*PI*, I, XXIII-XXIV. 1-4).

La actitud codiciosa de los soldados es diferenciada siempre de la del caudillo. En la entrada de Cortés a Cuçumil, los indios se amparan en un cerro y los españoles lo saquean todo con una «codicia insacïable» (*PI*, II, XX. 3), teniendo que devolverlo a los indios por orden de Cortés (*PI*, II, XL). Más adelante, en Tabasco, el jefe invoca a Dios para que les libre del pecado malvado y su tormento (*PI*, VI, XCII-XCIV).

Como en *La Austríada* y *La Mexicana*, las consecuencias del ansia del "goloso metal" en los hombres de Cortés son devastadoras. La codicia desencadena que los españoles, partidos en busca de minas de oro, tarden en volver más de cincuenta días sin enterarse de que el cacique Cacama había resuelto darles la guerra y estaba preparado para ello. El autor profiere entonces una severa crítica contra la codicia:

¡Quánto daña codicia, quánto ciega

a los que desta plaga son tocados!,
que ni admite razon, ni cosa aprueva
aun en los mas perfetos y acendrados.
El intelecto, el ser y juizio lleva,
con todas sus potencias arrastrados,
guiando por frondosas aperezas,
sin camino de gracia y sus grandezas!

[…]

No hemos visto jamas que la codicia
desenfrenada trayga cosa buena,
como primer especie de malicia
sin honra y bien, y de virtud agena,
falsadora de fe y de la amicia,
de mil trabajos y miserias llena,
torpe imaginación, llaga incurable,
aborrecible, mala y detestable (*PI*, XIII, I; V).

La crítica feroz contra la codicia, maldad carente de honra y de virtud desprestigia indirectamente la soldadesca a las órdenes de Cortés, aun cuando, pueda afectar a "los más perfectos".

Un segundo vicio se observa en la tropa conquistadora: la formación de un motín contra Cortés. La configuración del mismo en *La Mexicana* es un asunto complejo por su naturaleza sobrenatural. Una visita de la Furia Megera inflama los pechos de algunos soldados que, ante el acto de barrenar las naves del caudillo, se rebelan contra él. La respuesta calmada de Cortés invocando a Dios contrarrestando las fuerzas del demonio descubre su raíz milagrosa. El motín, a diferencia del que sufre en *La Austríada* el marqués de los Vélez no es fruto de la indisciplina de la soldadesca por las situaciones extremas vividas en tiempos de guerra, ni la rebelión de la tropa ante su comandante. Lasso exonera a la tropa del Nuevo Mundo del vicio de la "desobediencia" al caudillo, reflejo indirecto de la desobediencia a Dios en el cometimiento de la empresa que les ha sido revelada y confiada. Encabezada la revuelta por un soldado cuyo nombre, "Celidón", no aparece en las crónicas de Indias, la responsabilidad de la desobediencia al cabecilla es atribuida al demonio, sin que ello conlleve que no sean castigados los hombres que han sucumbido a la tentación del mal.

4. CACIQUES "INGENIOSOS" Y SOLDADOS "DIESTROS": LOS GUERREROS IDEALIZADOS DEL IMPERIO AZTECA

Las descripciones que se hacen de los indios en los poemas épico-cronísticos son idealizadas (Amor y Vázquez, 1970: XXIII). La premisa expuesta por Amor y Vázquez no puede obviarse al aproximarnos a la figura del indio en los poemas épicos. Una defensa del indígena apareció publicada junto a *La Mexicana*, *Apología en defensa del indio*, escrita por Jerónimo de Aguilar y en la que defendía la calidad militar del indígena, sus armas y su potencial defensivo frente al invasor:

> Verdad es que los indios, antes de su descubrimiento, eran guerreros y belicosos, porque unas provincias con otras traían entre sí muy sangrientas guerras, pero después que pasaron a las Indias españolas y comenzaron a entrar en campo con ellos, salieron tan esforzados y valientes, y tan ingeniosos en ardides de milicia, que se podían comparar con los más prácticos soldados de Italia, porque los indios ni en fuerzas, ni en buena proporción y firmeza de cuerpo, ni en valor de ánimo ni entendimiento, ni en discurso de razón dan la ventaja a ninguna nación del mundo. […] Pero quien supiere el valor de los tlaxcaltecas, la disciplina que guardaban en la guerra, el ánimo con que peleaban por su libertad y el número de gente que ponían en campo, las guarniciones, pertrechos y defensas que tenían, no se maravillara que tantos años se sustentasen y defendiesen de las armas y poder de los reyes de Méjico. […] Bien podría decir aquí alguno que los indios no eran tan belicosos ni tan esforzados como en esta apología defiendo, pues ciento y cincuenta mil de los más guerreros y valientes de toda la provincia fueron vencidos de tan pocos españoles, porque si fueran hombres de ánimo y valor, no fuera mucho tragárselos vivos, cuanto más vencerlos, habiendo para cada español innumerables indios. Esta objeción parece de momento considerando la poca gente nuestra y la infinita multitud de los enemigos. El que quisiere ajustar y medir esta gloriosa victoria con las fuerzas humanas entenderá que se ganó por ser flacos los indios o que los vencedores se alargaron en contar el número de los vencidos para mayor gloria suya, pero lo uno y lo otro está muy lejos de la verdad, porque ni los indios en ninguna ocasión dejaron de pelear valerosamente por la defensa de su patria ni los nuestros, para acreditarse, tenían necesidad de hacer sus hechos mayores con palabras ni encarecimientos fabulosos siendo la Fama buen testigo de todo (*MX*, pp. 202-205).

Las palabras de Aguilar ponen en sobreaviso al lector al afirmar que «hay algunas provincias señaladas / que tienen a este rey por enemigo / (de ejércitos griesísimos dotadas)» (*MX*, IV, XXXIII. 2-5), destacando entre ellos los tecoantepecos, tlaxcallanos, pánucos, chichimecas y mechoacanos. Desde el primer canto de *La Mexicana*, los indios son presentados como conocedores del arte militar:

> bulliciosa, arriscada, fiera gente
> dicha Méjico, rica populosa,
> y en ejercicio bélico estudiosa (*MX*, I, VI. 6-8).

El mismo esquema seguirá Saavedra de Guzmán con los indígenas de *El Peregrino indiano*. Las descripciones que hacen los poetas de su naturaleza física destacan su fuerza física y su predisposición natural para la batalla en el caso del *Peregrino indiano*:

La Mexicana	*Peregrino indiano*
Habítala una gente desbarbada, belicosa, feroz, sanguinolenta, hombres robustos, ágiles, membrudos, de rostros bazos y en costumbres crudos (*MX*, IV, VIII. 5-8). Son de cuerpos medianos y fornidos, de gruesos tercios y hombros apartados, de brazos cortos, tablas espaciosas, enjutas piernas, plantas presurosas (*MX*, IV, XVIII. 5-8).	Son los indios dispuestos, bien formados, corpulentos, membrudos y ligeros, y viéndose conjuntos y ayudados, son, sin duda, Señor, bravos guerreros. Sufren mucho el trabajo los soldados, y los caciques, nobles, cavalleros, grandes hombres de guerra, y por la espada nación ninguna no les gana nada (XI, XV).

Adiestrados en el arte de la milicia, los indios de Lasso de la Vega y Saavedra de Guzmán manejan un conjunto de armas primitivas variadas con las que luchan contra los españoles que van desde el arco al hacha o la lanza:

La Mexicana	*Peregrino indiano*
Cuál la vagante cuerda al arco aprieta, cuál con hacha tajante el aire hiere, cuál la rolliza maza en él sujeta, cuál da filo a la espada y la requiere, cuál la vibrante pica más perfeta y más ligero dardo busca, inquiere, polvorosos arneses aprestando, rodelas, cascos, golas alimpiando. (XIII, XLI).	Quál honda tomó con ligereza, quál la vara tostada ase furioso, quál se está armando el pecho y la cabeça, quál junta muchas piedras animoso, quál ase de un troncón ñudosa pieça, quál la rodela embraça muy ravioso, quál del arco y la flecha se previene, quál la pica o montante asido tiene (IV, XIX).
	Flechas, dardos, trabucas, piedras y vara, tan furiosos despiden, que, sin duda, el ánimo más fuerte desmayara, si no les diera el hado tanta ayuda, mas la Fortuna que con mano avara, quando más importante más se muda, les acabó las flechas que trahían, y a más andar huyendo rebolvían (V, VIII).

Sin embargo, a diferencia de los indios araucanos de Ercilla, los indios de Lasso no están especializados en el manejo de un arma exclusiva, aunque puedan sobresalir en el empleo de ella:

> Era un cacique próspero, temido,
> lugarteniente de Tabasco fiero,
> por valiente en el cargo preferido
> y en la milicia experto, gran flechero,
> que a su ruego a ayudarle había venido (*MX*, VII, LV. 1-5).

Las descripciones de los caciques, abundantes en *La Mexicana* por la relevancia que cobran a través de sus ardides de guerra y arengas a las tropas indias, recurren a mecanismos similares. Jóvenes, valientes, astutos y de buena reputación, los caciques son diestros en el uso de las armas y astutos paraembaucar al enemigo. Apenas hay diferencias sustanciales entre ellos más allá de su posición como enemigo adiestrado en el arte de la guerra contra el español. Así puede observarse en la descripción del cacique Cuetlabac y del emperador Moctezuma:

Este era Cuetlabac, joven, valiente, sagaz, experto, astuto, reportado, de grave rostro y espaciosa frente, corpulento y de miembros bien formado: de Aculhúa y su casa descendiente, de Moctezuma con razón amado (XXIII, LXV. 1-6)	Es Moctezuma rey de la más parte de aqueste nuevo mundo belicoso, hombre animoso, astuto en cualquier arte, reportado, sagaz, grave, industrioso, inclinado al rumor del fiero Marte, cursado en su ejercicio riguroso, amigo de intentar notables cosas y adquirir opinión en las dudosas. Dicen ser por antigua línea recta derivado de estirpe generosa, y de la sangre ilustre y más perfecta de Aculhúa, y su casa valerosa; de Aculli descendiente, a quien sujeta gran parte de esta turba belicosa está, su real persona respetando, con que se va de todo apoderando (IV, XXVI-XXVII).

La astucia del emperador mexicano en la emboscada de los españoles en su camino hacia Tenochtitlán es puesta de relieve por ambos poetas:

La Mexicana	*Peregrino indiano*
De suyo empantanado, cenagoso, movedizo y de tierra enaguazada, para caballos falso y peligroso, a quien una barranca prolongada atravesaba cual profundo foso (sólo a pájaros fácil su pasada), de nueve o diez estados de hondura y de cincuenta pies y más de anchura (XX, X).	Y assí, ocultamente ha prevenido cien mil hombres de guerra su estado, dando muestras de muy arrepentido de ver al rey Cacama aprisionado, porque era sus sobrino muy querido. Salióse al patio y a Cortés embía a dezirle que hablar con él quería (*PI*, XII, LIX).
Los suelos de los cuales, estacados de espesas y altas puntas penetrantes estaban, de maderos atusados, unos de otros aun no tres pies distantes; y lo alto del barranco, con labrados maderones, grosísimos, tirantes, con engañosa industria cobijado, yendo con el camino continuado (XX, XII).	

Las mismas cualidades de los caciques de Lasso atribuye Saavedra de Guzmán a los hombres pertenecientes al senado de Moctezuma. En él encontramos a Quauhtemoctzin «hombre estimado» (*PI*, VIII, LV. 5), «joven de gran valor, industria y mañas» (*PI*, VIII, LVII. 4); Tlacahuepan «viejo, sagaz, prudente y venerable, / tenido, obededezido y muy afable» (*PI*, VIII, XLIV. 7-8); Chimapalpopoca «noble cavallero» (*PI*, VIII, L. 1); Jayacatzín «viejo muy prudente»» (*PI*, VIII, LII. 1); Tabasco «que era valiente, diestro y muy fornido, / exercitado en luchas y en la guerra, / uno de los más bravos de la tierra» (*PI*, VI, L. 6-8); y un personaje singular: Ponemaro. Cacique venerable y «del bien común y de su honor zeloso» (*PI*, IV, XCVI. 3-4), su función en la lucha contra el español invasor es el del estratega. Aconsejando a Tabasco prepara la defensa de la ciudad de Potonchán para resistir el asalto:

> Que el campo en dos lugares dividido
> con suficiente gente se pertreche,
> y el capitán más fuerte y atrevido
> asista al muro en orden que aproveche,
> que viéndole el contrario apercibido,
> su fuerça y poderío sobre él eche,
> y haziendo cautelosa retirada
> les salga a la defensa la emboscada (*PI*, IV, IV).

Los retratos que esbozan ambos poetas de la figura indígena coinciden en el aspecto bélico de éstos. Predispuestos naturalemente para la batalla, con fuerza física en sus extremidades, poseen ciertos conocimientos del arte militar que se traducen en la destreza del manejo de las armas. Al igual que los capitanes y caudillos europeos, los caciques poseen además cierta reputación por sus hazañas y su "gravedad", que «significa tambien circunspecto, que tiene entereza, y causa respeto y veneración» (*Aut*., Iv, p. 77) les otorga la cualidad necesaria para enfrentarse a la astucia de los conquistadores convirtiéndose en rivales a la altura de la empresa acometida por Cortés y sus hombres.

5. Los asedios en la Nueva España

Los dos asedios que aparecen en *La Mexicana* y *El Peregrino indiano*, el de la ciudad de Potonchán (en posición ofensiva los españoles) y el primer cerco a la ciudad de México-Tenochtitlán (posición defensiva), permiten a los autores desarrollar la figura de Cortés como estratega gracias a los detalles de las narraciones (Reynolds, 1978: 129). Su funcción de comandancia se manifiesta en la prevención anticipada y preparación de las tropas al conflicto bélico.

Entre los cantos VI y VIII de *La Mexicana*, y el IV al VI de *El Peregrino indiano*, los poetas narran el asedio de Potonchán. A mitad de mañana, Cortés se acerca a Potonchán encontrando al enemigo preparado para la guerra y con el ancho del río ocupado por veinticuatro barcas «en orden puesto, / do el juvenil furor y orgullo crece, / con bravear gallardo y descompuesto» (*MX*, VI, XIX. 2-5). Después de una oferta dipomática de paz que Tabasco parece aceptar, el cacique astutamente arma a sus hombres secretamente y fortifica el campamento. La descripción de la actividad frenética del cacique por defenderse es puesta en términos de ingeniería militar resaltando la inexpugnabilidad de la ciudad:

> Recorren las murallas, fortifican
> las puertas, barbacanas, torreones,
> forman anchos bastiones, reedifican
> cubos con gruesas vigas y troncones:
> ahondan fosos, saeteras pican,
> cubren los altos muros de lanzones,
> de piedras, dardos, flechas, chuzos, varas,
> de largas picas y veloces jaras (*MX*, VI, XXVIII).

La reedificación de los "cubos", «en la fortificación es una obra redonda, que se hacía en lo antiguo para defender desde allí las cortínas de la muralla: en cuyo lugar se usan oy los baluartes» (*Aut*., II, p. 671), anticipa la estrategia táctica defensiva de los indios. Arrimados a las murallas, y protegidos de la artillería española por los troncos y las vigas, se preparan para lanzar sus instrumentos ofensivos (artillería de flechas, piedras…) desde allí. Mientras tanto, en el campo español, Cortés ordena que los doscientos hombres con los que se ha quedado en los navíos se armen y se preparen para embestir el muro desde donde flechean ya los potonchanos (*MX*, VII, III). La arremetida se realiza en dos bandas diferenciadas. Por un lado, Cortés arremete el muro de frente con cien soldados y las armas de fuego hasta colocar tres escalas con las que entrar a la ciudad. La técnica de asedio empleada sigue el modelo expuesto por los tratadistas como "por arriba" (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 353):

> Arremete Cortés con cien soldados:
> Con éstos pica el muro por un lado,
> y por otro, cien pasos de él distante,
> de bárbaros gallardos coronado,
> arremete con ímpetu Escalante.
> Dio en un chico postigo y puente alzado
> con valeroso proceder pujante;
> tres escalas en breve al muro arrima,
> puesto que en vano al Español anima.
>
> Nubes de tiros con espesa carga
> ajan de la muralla con rüido:
> cuál del rigor antípoda se adarga,
> cuál cae de piedra o dardo mal herido,
> cuál el combate deja y de él se alarga,
> cuál por la arena rueda sin sentido,
> la cerviz del soldado más enhiesta
> quedando rota, corva o descompuesta (*MX*, VII, VIII-XIX).

La concreción del indiano sobre el ataque de los españoles se observa en la disposición tripartita de las tropas cortesianas a las que esboza en perfecta disposición militar según los tratadistas del Renacimiento: vanguardia rebosante de piqueros que se enfrenten cuerpo a cuerpo con el enemigo y armas de fuego protegidas en la retaguardia o cuerpo central de la tropa:

> Yva en buena ordenança, la vanguardia
> de picas y alavardas reforçada,
> el cuerpo de batalla Cortés guarda,
> toda de coseletes esforzada.

Yva la inexpugnable retaguarda
de muchos gruessos tiros rodeada,
en todas partes muchos rodeleros,
escopetas y diestros ballesteros (*PI*, IV, XLII).

La peligrosa ocasión del asedio ofensivo le sirve a Saavedra de Guzmán para resaltar la obediencia de los soldados a Cortés (*PI*, IV, XXXI. 1-4) y las armas de los españoles:

Quál va con fuerte peto y coralina
lanças, espadas, cotas y escopetas,
picas de bien labrada y rezia enzina,
las aljavas pobladas de saetas,
quál lleva morrión de pasta fina,
de munición pobladas las maletas,
dalles, montantes, fuertes broqueletes,
y rodelas, alfanjes, fistoletes (*PI*, IV, XXXII).

La *enumeratio* final de armas de los conquistadores, "maleta"[99], dalles[100], montantes[101], broqueletes[102], rodelas, alfanjes y fistoletes[103], resume la varidad de armas ofensivas y defensivas del ataque. Una ventajosa difrerencia armamentística (figura 14 y 15), a causa de las armas de fuego, otorgaba a los conquistadores la posibilidad de combatir al (claramente) superior número de potonchanos que, además, en posición defensiva. resistían en la ciudad.

Los poetas recrean en asalto de los conquistadores en la subida por el muro (*MX*, VII, XXX. 3-4), destacando Saavedra la peligrosidad de las arrojadizas armas indígenas contra los españoles (*PI*, IV, LVIII). La apertura de un portillo, por Juan Yuste, se convierte en un nuevo motivo épico para la lucha. La capacidad de entrada de la ciudad (un solo hombre) resalta la peligrosidad de la situación y el poeta especifica los nombres de los valientes soldados que se adentran en la ciudad enemiga: tras el autor del orificio, le sigue Portocarrero de Ecija, «hombre experto / en militar estudio, y preeminente» (*MX*, VII,

[99] «Balíja o bolsa de cuero redonda y larga, en que se lleva la ropa y vestidos quando se camína, y vá assegurada con una varilla, la qual se cierra con un candado» (Aut., IV, p. 463).
[100] «Instrumento cortante, que regularmente sirve para cortar la hierba» (*ibid*., III, p. 3).
[101] «Espada ancha, y con gavilanes mui largos, que manejan los Maestros de armas con ambas manos, para separar las batallas en el juego de la Esgríma» (*ibid*., IV, p. 599).
[102] Véase "broquel": «Arma defensíva, espécie de rodéla, ò escúdo redondo, hecho de madéra, cubierto de ante encerádo, ò baldrés, con su guarnición de hierro al canto, y en medio una cazoléta de hierro, que está hueca, para que la mano pueda empuñar el asa, ò manija, que tiene por la parte interiór. Su uso es para cubrir el cuerpo, è impedir que el enemígo con quien se combáte no pueda herirle» (*Aut*., II, p. 689).
[103] Término derivado de "fistula". Aparece mencionado en la *Historia de las guerras civiles del Perú* (1598), de Pedro Gutiérrez de Santa Clara (*DHLE*) y se asemejea a un arcabuz pequeño o *pistolete* que provoca una llaga (de ahí su raíz etimológica) en el contrario.

XXXII. 5-6). La salida de los potonchanos de la ciudad, encabezada por Tabasco convierte el enfrentamiento en un duelo individual, al permitir que los 200 "escogidos" del indio, armados de picas, flechas, dardos y se mezclen con la «gente bautizada» (*MX*, VII, XLIII. 7) llegando a las manos y la espada. Del mismo modo, dos bandas de flecheros se enfrentan a los sesenta arcabuceros de la retaguardia cortesiana desbaratándola (*MX*, VII, XLV. 6), provocando el desorden (*MX*, VII, XLVI. 1) y la lucha por la supervivencia: «roto, laso, afligido, sin bandera, dividido en cien partes peleaba [el escuadrón], / a quien fuerza, y no grado, ya obligaba» (*MX*, VIII, XXVII. 6-8).



Figura 14. *Historia general de las cosas de Nueva España*, por el fray Bernardino de Sahagún: Códice Florentino, Libro XII, fol. 9r; 11v, Biblioteca Laurenciana, Florencia.

Una nueva imagen del caudillo, el hombre a caballo con armas de fugo, se configura ante el lector. Cortés, armado con un arcabuz, se lanza en medio de los indios provocando numerosas bajas en el campo enemigo:

> Un dorado cañón Cortés apaña,
> a quien de regalado plomo aplica
> una pelota de grandeza extraña,
> y al ojo la acertada mira rica:
> encara a Taibayeto, que con saña
> el coraje en los suyos multiplica,
> los ánimos briosos indignando
> y con valor lo flaco reparando.
>
> La diestra sobre el pecho dilatado,
> el valeroso capitán tenía,
> acaso puesta hacia el siniestro lado,

que el dorado bastón la sostenía.
Clávasela en el pecho el plomo helado,
abriendo del pulmón la hueca vía:
rueda del muro el bárbaro valiente,
lanzando el alma con suspiro ardiente.

Otra bala Cortés tras ésta tira
con que al gallardo Pandio rompe el pecho:
pone en Taguayo Nájara la mira,
sacando el alma de su nido estrecho;
el fuerte Martín López, lleno de ira,
de famoso adquiriendo va el derecho,
a cuyas balas muere Talbidano,
Tluxcaya, Tresso, Vulpido y Turano (*MX*, VII, XXVII-XXIX).

La detallada descripción de los disparos efectuados por Cortés no carece de importancia. El héroe, a caballo y con arcabuz, ilustra la transición que se sucedía entre la antigua caballería y la nueva milicia (dotada con armas de fuego) que se configuraba a principios del siglo XVI. La ventaja de la arcabucería se une a la de la caballeria en una imagen moderna del caudillo y que denota una especialización e instrucción en el manejo de las armas de fuego irrepetible en la poesía épico-cronística. Cortés ejemplifica con su puntería armamentística y su cualidad de caballero la máxima eficacia de la combinación de los valores anticuados de la caballería y la modernidad de las armas de fuego.

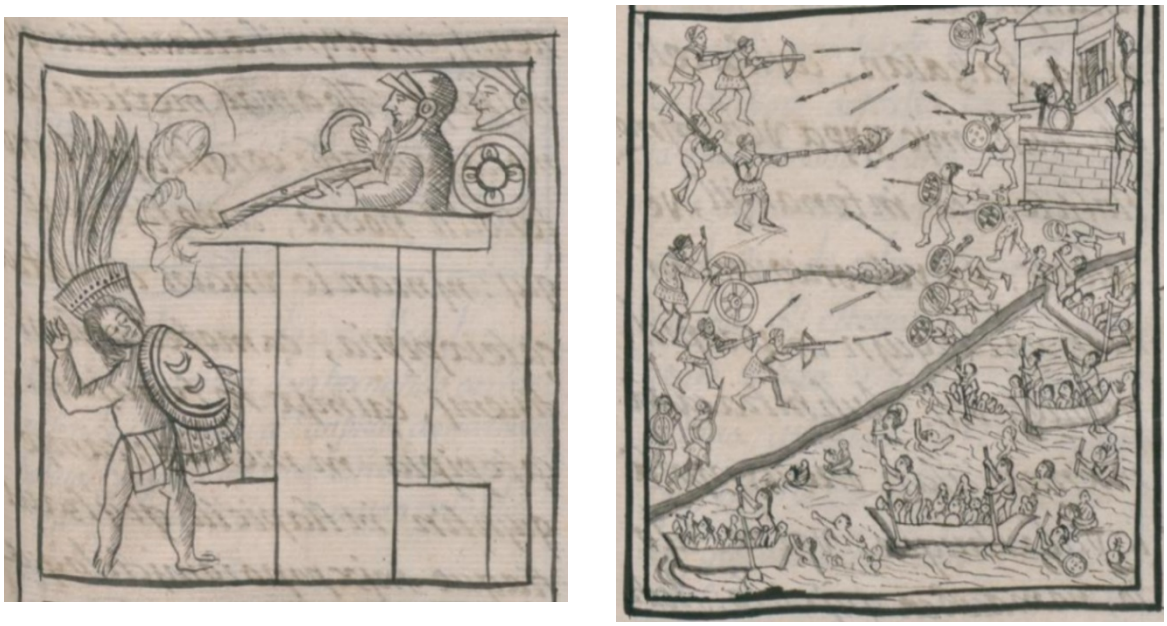


Figura 15. *Historia general de las cosas de Nueva España*, por el fray Bernardino de Sahagún: Códice Florentino, Libro XII, fol. 36r; 56r, Biblioteca Laurenciana, Florencia.

El resultado de la ofensiva con la rendición de los potonchanos provoca la patética imagen de un suicidio colectivo, contrario a los códigos de honor de la época en el que los indios se arrojan desde lo alto de las murallas cayendo despedazados entre las estacas, «que por honrosa muerte la eligieron / y otro ningún partido admitieron (*MX*, VIII, XXII).

Frente al asedio ofensivo de la ciuad de Potonchán, los poetas épicos narran el asedio sufrido por los españoles en Tenochtitlán tras su entrada en la ciudad y la prisión del cacique Moctezuma[104]. El (primer) asedio a la ciudad de México-Tenochtitlán es la batalla más importante (militarmente) librada por las tropas de Cortés. La disposición de la ciudad es descrita por ambos poetas resaltando su inexpugnabilidad por la combinación de murallas y fosos que la rodean rodeados de agua:

La Mexicana	*Peregrino indiano*
Allí una gran ciudad, puesta en un llano, como cabeza principal florece, cuyo distrito fértil, ancho, ufano, con extendidos reinos la obedece […] Tiene sesenta mil y más vecinos, gente granada, rica, belicosa, de tal grandeza por sus partes dinos. Tiene su asiento la ciudad famosa en agua, y de ella salen tres caminos de pedernal calzados, tan durable, que hacen la gran ciudad inexpugnable […] Hay una montañosa serranía, a la vista de Méjico al sudeste, de a do baja tanta agua a la campaña, que el mejicano muro en torno baña. Hácese un lago ancho y espacioso, que ocupa en redondez noventa millas, de la insigne ciudad seguro foso, guarda y amparo de otras muchas villas que en su distrito verde y espumoso se encierran, y en sus húmedas orillas tiene cincuenta pueblos suntüsoso, de edificios gallardos y costosos (*MX*, IV, IX. 1-4; X-XII).	Está todo el lugar y su edificio fundado sobre agua en buena traça, y atraviessan azequias al servicio de la ciudad, hasta la misma plaça. No ay cosa mal compuesta, ni con vicio, antes no sólo ocupa ni embaraça mas quedan tales calles y anchurosas, que son, Sacro señor, maravillosas. Fosado está el lugar con dos lagunas, que la rodean con cualquiera parte, calçadas como diques ay algunas, que les sirven de muro y balüarte. No ay rebellines ni trincheas ningunas, que descubierto está por toda parte, sólo usan de cúes, a manera de atalayas, espías o tronera. Están cuatro calçadas principales por donde se frequentan los estados, a trechos van de gruessos pedernales los pontones y passos bien calçados; son estos los caminos essenciales de los pueblos más graves y estimados: Tetzcuco, Suchimilco y Cuiuacán, Chapultepec, Tlacuba y Guatitlán (*PI*, XI, V-VII)

[104] Las rutas empleadas por los conquistadores en los asedios (primero y segundo) de México-Tenochtitlán pueden observarse en el apéndice N.

La descripción cartográfica que hace Guzmán de Saavedra es mucho más exacta (fruto de su conocimiento directo de la misma) en cuanto a la estructura defensiva de la misma. Rodeada de fosos, rebellines[105], puentes de una sola tabla y pasos controlados por los mexicas, la difícil si no imposible entrada en la ciudad mediante un asedio resalta la dificultad de la empresa que acometen los españoles al declarar la guerra a Moctezuma. Tras una rociada de objetos punzantes (*PI*, XIII, LXXIV) con una duración de cuatro horas sin momento de reposo, el caudillo se lanza al exterior en primer lugar:

> Al fin, el gran Cortés fuera se lança
> y Bernardino Vázquez, el famoso,
> con cada cien soldados escogidos,
> los más fuertes, valientes y atrevidos (*PI*, XIII, LXXV. 5-8).

El arrojo de los armados soldados es puesto de relieve a partir de su osadía y su voluntad, cual soldados de los viejos tercios, de arremeter los primeros:

> Van treynta de a cavallo muy pujantes,
> seys falconetes, veynte ballesteros,
> divididos a tropas y distantes,
> mostrando allí la diestra y braços fieros.
> Yan tan ensañados y arrogantes,
> que todos quieren ser de los primeros,
> retiraron la gente de la casa,
> que no fue en la huyda nada escasa (*PI*, XIII, LXXVI).

La salida de los conquistadores encabezada por Cortés y Alvarado con cuatrocientos hombres armados y «muy en concierto todo y ordenado, / de tiros y escopetas preparados» (*PI*, XIII, LXXXV. 2-3) provoca un punto de inflexión en el asedio al tornar el conflicto en combates individuales:

> Juegan de las espadas y montantes,
> de picas, de rodelas y puñales,
> y los que estavan de otros más distantes,
> procuran oponérseles yguales;
> estos que estar quisieron más estantes,
> que eran los más valientes indios, tales
> quedaron muertos y muy mal heridos,
> que ya andavan los nuestros más validos (*PI*, XIII, LXXXVII)

[105] «Es una obra separada y desprendida de la fortificación, con su ángulo flanqueado y dos caras; pero sin traveses, cuyo lugar es siempre delante de las cortinas, porque su fin es cubrir la cortína y los flancos de los baluartes, y defiende las medias lunas» (*Aut*., V, p. 507).



Figura 1. Mapa de Tenochtitlán, Newberry Library, Chicago, 655.51.C8 1524b.

Tras más de diez horas de combate dominado por la artillería (*PI*, XIII, LXXXIX. 3-4), un ardid elaborado por Cortés permite que los soldados puedan salir recubiertos por unos cajones[106] y resistiendo la gran pedrada. Tras varias arremetidas a los indios, con los cajones destrozados y los soldados malheridos, Cortés logra 22 caballos con los que gana cinco pontones y un gran puente para salir de la ciudad por la calle de Tacuba. Herido en un pie (*PI*, XIV, XVI), el héroe organiza la salida nocturna de la ciudad a media noche, yendo él en vanguardia «con los amigos sanos y heridos» (*PI*, XIV, XXII. 4), y Alvarado en la retaguardia. La retirada carece de heroísmo para los españoles. Dejando doscientos hombres rezagados a su fortuna, los soldados siguen a Alvarado por el puente mientras los indios acuden al puente a impedir el paso provocando la matanza de los codiciosos soldados:

> Y ya que en la segunda puente echaron
> la puente de madera fabricada,
> en estraño tropel nos assaltaron
> con gritos, flechas, dardos y pedradas;
> duró gran rato mientras que passaron,
> y como yva la gente tan cargada,
> quedavan muchos muertos y ahogados,
> de oro y ricas joyas adornados (*PI*, XIV, XXIV).

El resultado final de la batalla es catastrófico para los españoles. Sin embargo, la retirada vergonzosa en la que mueren cuatrocientos hombres es descrita por el poeta en términos providencialistas, al igual que Lasso de la Vega:

> Murieron quatrocientos y cincuenta
> españoles, con cuatro mil amigos,
> y quarenta cavallos, que, a mi cuenta,
> huvo dozientos mil y más testigos.
> Bien remató Fortuna nuestra cuetna
> con tan acerbos golpes y castigos,
> mas Dios, que mejor juzga lo passado,
> quiçá dará este caso bien vengado (*PI*, XIV, XXXIII).

La representación de los dos asedios (Potonchán y México-Tenochtitlán) en los poemas cortesianos responden a la elaboración del retrato completo del héroe militar de la campaña conquistadora. Su astucia y faceta "estratega" se manifiesta en la rápida

[106] «Cuatro ingenios a manera e torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera dellos veinte y cinco hombres; y llevaban sus ventanillas en ellos para ir los tiros» (Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, p. 455).

respuesta del caudillo a los inesperados cambios tácticos de los indios. Mientras en la batalla de Potonchán, la inesperada salida de Tabasco de la ciudad compromete al bando español (que se descompone y rompe con facilidad en una muestra repentina de su escasa instrucción y disciplina militar) y provoca la actuación moderna del caudillo con el arcabuz; en la batalla de México-Tenochtitlán la audacia de Cortés es la responsable de la salida de los españoles del cercado edificio. En cualquier caso, la figura del héroe sobresale en ambas batallas gracias a su innovación estretégico-operativa mediante la cual sorprende al aventajado enemigo. La desigualdad de condiciones en el combate, cifradas en términos topográficos y numéricos es contrarrestada por el arrojo de Cortés (en el caso de *La Mexicana*) y ciertos hombres señalados de su tropa (en el caso de *El Peregrino indiano*).

6. El cerco de Otumba o la retirada fallida de los españoles

La salida de Cortés de México-Tenochtitlán en la conocida "Noche Triste" es uno de los acontecimientos menos heroicos de los poemas cortesianos. El pasaje, así como la disposición de la tropa al marchar, es recogido por López de Gómara:

> Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que había, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieran los escuchas que cerca estaban; los cuales apellidaron luego y vino mucha gente […]. A una legua andada, en un llano salieron tantos indios a ellos, que cubrían el camop y que los cercaron a la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel día el último de su vida porque muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo a brazo y pie con pie; y aunque gentilmente se los llevaban arrastrando, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar a los españoles y oír las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba a una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendose a Dios, llamó a San Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiolos, llegó al que traía el estandarte real de México, que era capitán general, y diole dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos a caballo, y mataron infinitos de ellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran doscientos mil, según afirman, y en el campo do esta batalla fue se dice de Otumpan. No ha habido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día a Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos (*Historia de la conquista de México*, p. 213).

Justificado el terrible suceso de la Noche Triste por Lasso de la Vega como castigo divino a causa del codicioso vicio de la tropa española (*MX*, XXV, XLV), el poeta, tras una *praeteritio*, insiste en el providencialismo celestial de la fallida retirada, exonerando al caudillo de la falta de previsión en el repliegue de las tropas desde la capital:

> Fue tal la multitud de armada gente
> que se juntó en los campos otumpanos,
> el alcance siguiendo diligente,
> con pies fogosos y sangrientas manos,
> tal el hambre, fatiga y sed ardiente
> en que esaban los míseros cristianos,
> que fue aquél por el término tenido,
> por su perfecto Autor constituido (XXV, XXIII).

El episodio, escasamente narrado en quince octavas en *La Mexicana*, es protagonizado por la actitud osada de Cortés que, recorriendo el valle, causa estragos en el bando enemigo, «aquí hiere, destroza, allí derriba, / acullá descompone y desbarata» (*MX*, XXV, XXVII. 1-2). La raíz del desgraciado incidente rueda por el suelo simbólicamente, «ya el suelo ocupan las estatuas de oro / de aquel monstruo infernal desvanecido» (*MX*, XXV, XXXVI, 5-6), y el desolador panorama resultante, semejante a una matanza más que una pelea, se manifiesta en la macabra imagen de los bárbaros resbalando en la sangre de los cristianos:

> Ya el suelo ocupan con mortal lamento,
> en bautizada sangre resbalando,
> los bárbaros sin luz de ciento en ciento,
> en los muertos iberos tropezando:
> causa en el Español de más aliento,
> con que iba su fiereza ejecutando,
> provocado a venganza con gemidos
> de los que mueren de los pies batidos (XXV, XXXVII).

La situación de la tropa contrasta fuertemente con las palabras finales de agradecimiento a Dios del Cortés lassiano (contenedoras de la fórmula dogmática: *unum verum bonum trinum et unicumen*) que reconoce la inevitabilidad del caso:

> Mil gracias dando a la potencia trina
> en todo, y por tan alta y gran victoria,
> con paso largo a Tlaxcallán camina:
> do la antigua nobleza senatoria,
> su destrozo sabido y su ruïna,
> (por alta inspiración obligatoria),

con cincuenta mil hombres en campaña,
iba al socorro con presteza extraña (XXV, XLV).

La narración de Lasso de la Vega disiente formalmente con la de Saavedra de Guzmán. El indiano narra detalladamente la partida de las diezmadas huestes conquistadoras de la capital hacia el valle de Otumba. La *descriptio* tripartita de la organización de la tropa marchante con Sandoval y Quiñones encabezando la vanguardia, Alvarado y sus hermanos la retaguardia, y Cortés supervisando el conjunto de la tropa (*PI*, XV, XIX-XXI) nos anticipa las complejidad de la jornada. Dos modos, acordaban los teóricos del Renacimiento, había de retirarse tras un conflicto en función de la visibilidad que tenía el enemigo de las tropas dadas a la retirada: uno de noche, en cuyo caso era necesaria la elaboración de estratagemas y ardides de guerra que impidieran al enemigo la persecución; y otro de de día, todavía más complejo a causa del factor visual (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 349). La marcha nocturna de la tropa vencida con el campo bien compuesto y ordenado (*PI*, XV, XXI), según lo estipulado por los tratadistas (con la artillería en medio del cuerpo de combate protegiendo los bastimentos), contrasta con el resultado del asalto indígena y su desordenada embestida. La pasividad de la tropa conquistadora sorprende al lector épico. Cansados y malheridos, los hombres de Cortés se dejan maltratar «como quien ya la vida no estimava» (*PI*, XV, XXIII. 4). La falta reviste de extraordinaria gravedad, no sólo en la dimensión militar sino en la personal. La retirada interrumpida por los indios revela la falta de prevención y estrategia del caudillo, pues era responsabilidad del oficial (en este caso de Cortés) tener siempre prevista una vía libre para retirar a la tropa:

> Debe disponerse cómo sea la retirada con tanta prudencia que se vaya libre el ejército y no perezca, que el temor facilitó los pasos con la ligereza de los pies. Nada ha desanimado tanto a los soldados como saber que los mandan retirar, nada más osadías ha infundido como ver vuelve el enemigo las espaldas. Y aunque se opongan largos inconvenientes, siempre el que gobernare ha de ostentar no se halla sobresaltado de nada, y puede hacer rostro aunque pierde el sitio para volver a combatir si importare (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 349).

El poeta justifica la pasiva actitud de Cortés a causa de las heridas recibidas en la batalla previa y que, en un alarde de osadía, ha despreciado curar:

Cortés estava malo y mal herido
de una rezia pedrada en la cabeça,
y avíase la cura suspendido

por no ser aquel tiempo de pereza.
Alterado está el casco y aun sentido,
mas con él con el coraje y al fiereza,
no reparó en el daño que tenía,
aunque allí se curó, qual convenía (*PI*, XV, XXXIII).

Retirados en un torreón durante dos días, la hueste descansa y se repone de las heridas hasta que al tercer día asoman dos mil indios dispuestos para la lucha que los arremeten por diez partes:

Dozientos mil y más indios avía
contra los que, Señor, avéys oýdo,
uvo indio que sólo se oponía
a combatir contra el más valido,
Fue la primera vez que se veýa
el indio al español ser atrevido,
y algunos hombre a hombre nos cogieron
que, de rendidos, no se defendieron (*PI*, XV, XLVI)

El cansancio de los hombres les impide defenderse y la actitud de rendición total interpela al caudillo a exhortarlos. La *cohortatio* de Cortés a sus hombres está cargada de originalidad en esta ocasión. La *apellatio* carece de *didajé* alguna y el tono parenético recae en la disculpa a Dios y a la Corona por los pecados de codicia cometidos:

Oy con vuestras hazañas restauramos
la ofensa hecha a Dios injustamnete,
y la de Carlos Quinto, en quien miramos
lo que a su honor es justo y conveniente.
Oy de aquel sacrificio nos vengamos
de nuestra desdichada y triste gente,
y aunque todos a una aquí acabemos
no será más que hazer lo que devemos (XV, XXXVII).

La arenga causa el efecto deseado y los soldados combaten con la artillería provocando una gran matanza, no tanto por virtud bélica de los hombres, como por la superioridad numérica de los indios, causa, según el autor, que impedía que la munición se perdiera en el vacío mientras los indios se aproximan para entablar el combate cuerpo a cuerpo:

Hizo una gran matança nuestra gente
con el artillería y escopetas,
que como era gran número el presente,
no pierden balas, flechas ni saetas,
veníase metiendo, diligente,
con algazaras, silvos y cornetas

a nuestro campo, el campo poderoso,
de asirnos a las manos desseoso (*PI*, XV, XLVII).

El tono antiheroico de la contienda se transforma radicalmente al seleccionar Cortés a cuarenta hombres de la caballería con los que acometer al escuadrón indio y señalarse en la contienda durante las siete horas que duró el enfrentamiento, algunos de los cuales aparecen también en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*:

> […] ¡Oh, qué cosa era de ver esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos y con qué furia los perrros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de caballo, como era el campo llano, ¡cómo alanceaban a su placer entrando y saliendo, y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones! […] Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Olí y Gonzalo de Sandoval y Gonzalo Domínguez y Juan de Salamanca, cuáles andaban a una parte e a otra, y aunque bien heridos, rompiedno escuadrones (p. 487).

De ahí que Saavedra de Guzmán especifique algunos de los nombres que lucharon junto a Cortés contra el indio (*PI*, XV, XLIX-LI) arremetiendo contra el escuadrón apiñado y abriendo un gran portillo. La retahíla de antropónimos configura una unidad táctica merecedora de los mismos honores, a excepción de Cortés, héroe del abatimiento del pendón enemigo:

Cortés que en este trance riguroso
dozientos y más hombres avia muerto,
acometió sobervio y animoso
al que lo trae con yra y desconcierto;
dos lanzadas dio al indio valeroso,
de que le atravessó, y cayendo muerto,
le quitó el estandarte de la mano
y, con la suya, lo tremola ufano (*PI*, XV, LIII).

La conclusión de la batalla en ambos poemas es similar, al igual que la de los cronistas, concluyendo con un enaltecimiento de la gesta de Cortés. La diferencia radica en cambio, en la exaltación del héroe. Díaz de Castillo acusa de mentiroso en su obra a López de Gómara por olvidar a los caballeros que lucharon junto al caudillo en la btalla de Otumba:

> También estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Otumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés, que todos fuéramos vencidos, y que él solo fue el que la venció en el dar como dio el encuentro al que traía el estandarte y seña de México. Ya he dicho, y lo torno agora a decir, que a Cortés toda la honra se le debe como esforzado capitán,

> mas sobre todo hemos de dar gracias a Dios, que fue servido poner su divina misericordia con que siempre nos ayudaba y sustentaba, y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y esforzados soldados como tenía, y nosotros le dábamos esfuerzo y rompíamos los escuadrones y le sustentábamos para que, con nuestra ayuda y de nuestros capitanes, guerrease de la manera que guerreamos, como en los capítulos pasados sobre ello dicho tengo. Porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun agora los torno a nombrar, que fueron Cristóbal de Olí, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla y Luis Marín e Francisco de Lugo y Gonzalo Domínguez y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo diez e seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, e no los había, y aunque costaran a mil pesos. Y como el Gómara dice en su historia que sólo la persona de Cortés fue el que venció la de Otumba ¿por qué no declaró los heroicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? (Díaz del Castillo, *Historia*, CXXIX, p. 500).

La epicidad del combate, antiheroico inicialmente de acuerdo a los manuales de tratadística militar de la época, radica en tres factores: la inferioridad numérica de los cristianos frente al escuadrón enemigo, el lamentable estado de salud f(ísica y moral) de los soldados de Cortés, y la aceptación de la voluntad divina. Heridos y masacrados en la Noche Triste, los soldados cortesianos renuncian a seguir luchando, no ya por la empresa divina que les ha sido encomendada, sino por salvar la propia vida. Las quejas están fundamentadas en la obra de Díaz del Castillo (*Historia*, p. 486). Frente a esta situación de la tropa, la actitud sobresaliente de Cortés, capaz de sobreponerse a la situación pese a su condición de herido, es manifestación de la fortaleza interior (auténtica virtud) que predicaban los tratadistas áureos. La osadía de su arremetida con un pequeño grupo de soldados remedia la falta cometida en México-Tenochtitlán por la codicia de su tropa y, en su aceptación de la voluntad divina, se halla la actitud cristiana que guía su hazaña en la epopeya cristiana. La retirada fallida de las crónicas se convierte en los poemas épicos, hiperbólicamente, en el episodio más notable de la conquista: «jamás victoria ygual puede dezirse / ni en humanas hystorias referirse» (*PI*, XV, LXVI. 7-8).

7. La batalla campal de Centla: Una batalla "peligrosa"

Lasso de la Vega incluye en su poema una contienda entre las tropas de Cortés y las del cacique Tabasco que omite Saavedra de Guzmán. Estando Cortés en Centla deciden los dos caudillos mutuamente y en secreto dar batalla al enemigo. Tabasco, como cacique ingenioso, idea un ardid de guerra para retrasar la salida de la tropa del conquistador y juntar el mayor número de combatientes, pero éste se percata de las

intenciones y adelanta la salida. Dispuestos en tres escuadras de ochenta hombres bajo el gobierno de Ávila, Alvarado y Sandoval, «soldados valerosos, a quien con justa causa había nombrado / por expertos en trances peligroso» (X, XXV. 2-5), Cortés los envía por tres caminos diferentes con orden expresa de no alejarse más de dos leguas ni robar oro o bastimentos.

La desobediencia de Alvarado a las instrucciones dadas por Cortés desemboca en una escaramuza en la que los escuadrones aguantan las arremetidas dando muestra de gran disciplina (X, XXIX). Sin embargo, la superioridad numérica de los indios obliga a Cortés a intervenir con la artillería para obligarlos a rendirse. De nuevo, en los alrededores de Centla, se entera Cortés de que Tabasco ha juntado cinco escuadrones de ocho mil hombres cada uno y se aproxima sobre él en silencio para emboscarlo. El cronista recoge brevemente el episodio de la contienda:

> No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar a las naos todos los heridos y ropa y otros embarazados, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el Sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra que ahora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hacia Cintla, donde el día antes fue la riña, creyendo que allí hallaría los indios. También ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaron a entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y ríos hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fue con los de caballo a buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y a encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas o lado. Los de pie siguieron su camino derecho, pasando a cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabían los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban a flechar, y aun a tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacían daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podía jugar, no los podían desechar de sobre sí, porque tenían amparo en árboles y valladares, y si de industria los de Potonchán esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra. Salieron, pues, de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos ríos y allí aprovecháronse más de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban a pelear cuerpo a cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fue forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos a otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caídos y para huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió a los indios e hízoles arredrar algún tanto. […] Dijéronle lo que habían visto hacer a uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía, y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España (*Historia de la conquista de México*, pp. 43-45).

El tratamiento épico de Lasso de la emboscada fallida por ambos caudillos no tiene desperdicio. El inicio, marcado maravillosamente por la arremetida del Apóstol Santiago a caballo al escuadrón indio, en realidad, apenas influye en el resultado final de la contienda, aunque el poeta le atribuya el éxito. Incitado alegóricamente en sueños (*MX*, XI, XI-XXXVIII) por el río Tabasco que le anima a establecer amistad con los pueblos enemigos de Moctezuma, el caudillo despierta y, arrodillado, suplica al cielo que le permita acabar con la idolatría (*MX*, XI, XLI). La diferencia numérica entre los combatientes y la desventaja topográfica para la caballería de Cortés dotan al conflicto del tono heroico correspondiente.

La batalla se sucede según el orden lógico. En primer lugar, ambos caudillos arengan a sus hombres de armas y se disponen para la batalla. Mientras Cortés les exhorta a alcanzar la gloria verdadera (*MX*, XI, XLVIII. 6-8), el cacique atribuye a Moctezuma la posible gloria del combate recalcando así el verdadero enemigo de Cortés. El efecto de la arenga cortesiana es encomiado por la acción de un yanacona, Juan Tirado, quien nos dice el poeta que «fue en acometer de los primeros» (*MX*, XI, LXII. 2). Sin embargo, la valerosa acción bélica del indio, cual capitán ejemplar ante el temeroso enemigo, queda suspendida por el resultado de su embestida: «Tocóle de una punta el diestro lado [al indio que embestía], / mas no fueron de efecto sus aceros» (XI, LXII. 5-6). La desventaja topográfica del emplazamiento de la contienda, en aguas pantanosas, es atribuido por el autor a la astucia del cacique, a quien se le intuye el conocimiento de la inutilidad de la caballería en dicho terreno:

> Topáronse entre acequias y pantanos,
> donde el Indio de industria se detuvo
> para coger entre ellas los cristianos,
> loable ardid que sobre todos tuvo (*MX*, XI, LI. 1-4).

El combate, hasta entonces contenido en los límites de "peligrosidad" aceptables, se transforma. El aislamiento del cuerpo de infantería, a causa de la imposibilidad de movilizar los hombres de caballería convierten la escaramuza en una «batalla peligrosa» (*MX*, XI, LXV. 1) para los conquistadores de a pie, que quedan abandonados tras los múltiples intentos inútiles de los caballos de sacarlos de allí:

> Estaban los de a pie necesitados,
> entre arroyos y acequias peleando,

que los briosos bárbaros airados
los iban animosos apretando
y al engañoso sitio, maltratados,
donde estaban los que vuelven retirando;
mas visto por Cortés, la cuesta deja
y el revuelto andaluz aprisa aqueja (*MX*, XII, XXIII).

El empleo de la artillería compensa la desigualdad de fuerza física entre ambos bandos: «Cual cae de ardiente bala atravesado, / a cuál flecha veloz traspasa el pecho, / cuál rueda por el campo desangrado» (*MX*, XI, LVII. 1-3), a excepción de Tabasco quien, dada su categoría antagónica solo se enfrenta a aquellos hombres a quienes considera en igualdad de condiciones: los caballeros (*MX*, XII, X. 1-2).

El episodio se ve interrumpido por el patético y estereotipado combate individual entre los caudillos. Tras la tentativa de Tabasco a Cortés, éste acepta el desafío y se enfrenta al cacique montado a caballo. La desigualdad de condiciones (Cortés a caballo-Tabasco a pie) queda compensada por la excesiva *fortitudo* del indio. Después de la presentación de ambos como «diestrísimos guerreros» (*MX*, XII, XXXVIII. 1), el combate se sucede entre las arremetidas de los golpes:

Tras esto el indio, el leño blandeando,
al camino le sale en ira ardiendo.
Cortés, la roja punta enderezando
al bárbaro, sobre él va revolviendo:
al trabado andaluz espoleando,
rompe por lo difícil, pretendiendo
llegar adonde estaba el arrogante,
que era no mucho trecho de él distante.

Encuéntrale en el pecho, mas tan fuerte
halla el escudo y piel dura, escamosa,
con tal temple labrada, y de tal suerte,
que resistió a la punta rigurosa.
Rompe Cortés la lanza, pero advierte
que es el todo acabar tan ardua cosa
y con la espada en alto al indio atiende,
que en contra suya el presto paso tiende.

Salta el fuerte Cacique fervoroso
con la nudosa maza levantada,
y a Cortés tira un golpe riguroso,
con que fuera la brega rematada
si el revuelto caballo, presuroso,
no se guardara de la furia airada,
que de la presta mano gobernado,
del fresno se apartó al siniestro lado.

Con tal furor la maza al suelo vino,
del corpulento joven compelida,
que abriendo bastantísimo camino,
más de una vara en tierra fue sumida,
de suerte que al sacarla le convino
mostrar la fuerza con que fue impelida.
Entre tanto Cortés, con gran presteza,
en vano le golpea la cabeza (*MX*, XII, XXIX-XXII).

Después de varias arremetidas infructuosas, Tabasco cambia de táctica y, dejando la maza en el suelo, agarra al caballo e intenta herir a Cortés por donde puede. Cortés, entonces, consciente como los caballero sd eque una victoria en desigualdad de condiciones queda deslustrada, desciende del caballo para seguir peleando:

De herirle mil maneras Cortés tienta
mas en la piel la punta no halla entrada;
dar en tierra con él el indio intenta
con excesiva fuerza acelerada (XII, XXXIV. 1-4).

La solución de la contienda, que deja el combate cuerpo a cuerpo interrumpido, es obra de la caballería, que consigue sacar a la infantería de las aguas pantanosas. La contienda resulta innovadora en la poesía épico-cronística de temática colonial por dos motivos. En primer lugar, por la desigualdad de condiciones desfavorable para el bando cristiano en las que pelean ambos bandos (frente a los asedios de Potonchán y México-Tenochtitlán). Cercados en aguas pantanosas, la caballería queda rápidamente inutilizada para el combate. Sin embargo, se convierte en la herramienta clave para la victoria gracias a la astucia de Cortés que se retira con trece jinetes a la falda de una loma buscando la retaguardia del enemigo y embistiéndola lejos de las aguas pantanosas matando una ingente cantidad de indios. En segundo lugar, la posibilidad del poeta de desarrollar un duelo legítimo entre los dos caudillos (Cortés-Tabasco) recreándose en la forma de combatir de ambos en el que la fuerza del indio, guiada por la ira, contrasta con la lanza y la astucia de Cortés, que busca concienzudamente herir de muerte, y por tanto en el tronco, al indio.

8. Las escaramuzas en la marcha hacia Tenochtitlán

Al igual que en el resto de poemas épicos, la actividad de la marcha requiere de una táctica y disposición de las tropas adecuada a la topografía y disposición del teatro de

operaciones. El desconocimiento de los conquistadores del terreno mexicano provoca, además de la astucia de los caciques del imperio azteca, numerosas emboscadas y escaramuzas en el trayecto de los soldados hacia Tenochtitlán:

> Caminan uno y otro y otro día,
> por incultos caminos nunca usados,
> siguiendo la aspereça de la vía
> por montes, selvas, valles y collados;
> en ordenança va la compañía,
> dispuestos a la guerra y preparados,
> temiendo algunos pueblos de vezinos,
> que pudieran salir a los caminos (*PI*, IX, XIX).

Pese al orden mantenido (según Saavedra) por los soldados, las emboscadas resultan inevitables. Provocadas por los caciques y mantenidas por grupos de «expertos soldados» (*MX*, X, XXI. 2), su función poética no es otra que la de resaltar la astucia del bando enemigo en la composición de ardides de guerra.

8.1. La emboscada tlaxcalteca a la milicia cortesiana

Tras varios intentos de los tlaxcaltecas por detener la marcha de los conquistadores, Lasso de la Vega (canto XCVII) y Saavedra de Guzmán (canto IX) recogen las emboscadas que sufrieron los españoles en su camino a la capital mexicana. El asalto se produce según el patrón habitual: los españoles caminan en orden mientras los caciques se esfuerzan por asaltarlos secretamente provocando el mayor daño posible a la tropa enemiga. Refugiados en un recuesto los ofendidos se reorganizan para el ataque y, tras varios enfrentamientos cuerpo a cuerpo con los enemigos indios en los que los poetas resaltan la valentía de los soldados cristianos, la aparición sobrenatural de Santiago (*La Mexicana*) o el empleo de la artillería (*El Peregrino indiano*) determinan la victoria para el campo español.

El motivo le permite a Lasso de la Vega la exaltación de la astucia del teniente tlaxcalteca que, dividiendo sus tropas en dos, se concentra en la toma de un puentecillo obligando a los españoles a cruzarlo por las aguas pantanosas:

> Cuando Maxixca, por inculta via,
> con mil soldados diestros, escogidos,
> a la crismada gente se ofrecía,

dejando en emboscada recogidos
los gruesos escuadrones que traía,
en dos hondas quebradas compartidos,
adonde a sus contrarios atendiesen
cuando de industria allí se los trajesen.

[…]

Maxixca en este paso estrecho estaba
con ochenta valientes tlaxcallanos,
que lo que del contrario procuraba
era hacerle pasar por los pantanos,
adonde con ventaja se mostraba
y con mayor presteza en pies y manos:
caballo al Español, ni artillería,
ya de ninguna cosa le servía (*MX*, XVII, IV; L).

La conclusión maravillosa del asalto (con la presencia sobrenatural de Santiago) refuerza el carácter religioso de las tropas y la protección divina que reciben. Saavedra de Guzmán, en cambio, detalla los duelos individuales (IX, LX-LXIII) entre soldados y tlaxcaltecas y el empleo inteligente que hace el caudillo de la artillería colocada «en puesto muy capaz, que fue escogido, / el más acomodado que allí avía» (*PI*, IX, LXXXVII). El combate, librado mayormente por la infantería desmarcada de la artillería, finaliza con 20.000 bajas indias y el regreso de los tlaxcaltecas derrotados a su ciudad.

8.2. Taxguaya: una virgo bellatrix mexicana

Camino Cortés de Tenochtitlán, intercala Lasso de la Vega varios episodios amorosos, probablemente con la finalidad de amenizar la lectura dotándola de rasgos típicos del *romanzo*. En el canto XVII, las tropas de Cortés son asaltadas por Maxixca, señor de la provincia de Tlaxcallan entre las que se encuentra la figura de una mujer indígena, Taxguaya, famosa en la provincia por sus cualidades bélicas. El motivo de la mujer guerrera, *virgo bellatrix*, difundido ampliamente en el siglo XVI (Marín Pina, 1989: 91-94) se realiza inicialmente en la figura nativa en el arquetipo de la *amazona*. Taxguaya, encarnación del tópico *desrcriptia puellae*, aparece retratada como una mujer virgen guerrera, bella, joven y pura, cuya hermosura, recubierta con un velo (*MX*, XVII, XVI), e impidiendo a los españoles reconocer su naturaleza femenina. Su espíritu varonil y sus inclinaciones guerreras, al igual que las doncellas guerreras de los libros de caballerías, no se contrapone a su belleza. Anunciada por sus propios compatriotas como poseedora de habilidades excepcionales para lucha, concretamente en el manejo de la

lanza, y entrenada en la persecución de las fieras, Taxguaya acude a la emboscada para señalarse bélicamente con los españoles:

> Aquesta de Chololla había venido,
> de ver a los españoles deseosa,
> y a probar, de su brazo conocido,
> con ellos la pujanza vigorosa:
> cuyo tiro de dardo era temido
> en toda la provincia belicosa
> por dar tan cierta y tan profunda herida
> que derramaba a un tiempo sangre y vida (*MX*, XVII, XII-XIII).

Su interés por enfrentarse a los conquistadores no se basa en motivos patrióticos ni honorables. Para ella, la contienda es una oportunidad de demostrar su fortaleza (*fortitudo*) frente a un nuevo enemigo desconocido. La acción sucede rápidamente: Armada con un leño hiere a innumerables españoles y yanaconas de los que el poeta nos da el nombre indicando indirectamente sus aptitudes bélicas: Apuxclano, Axtardo, «caudillo del socorro cempoallano» (*MX*, XVII, XVII. 4); Baxbaniga, Leyva, Axtamistlo, Solís… La capacidad guerrera de la india es exaltada indirectamente a través de sus derrotados oponentes quienes, cansados de la batalla, «levantan los pesados morrïones, / y las frentes se limpian con las diestras» (*MX*, XVII, XXVIII. 1-2). Los estragos causados por la mujer indígena en la tropa española son detenidos por Sandoval al intentar sujetarla con una cuerda. La negativa comparación resultante que elabora el poeta anticipa prolépticamente el desenlace de la reyerta:

> Dos veces el varón, con lazo estrecho,
> de la virgen ciñó los miembros bellos
> no cual amante, mas con fiero pecho,
> procurando indignado deshacellos;
> mas ella, con vigor, a su despecho
> se desanuda corajosa de ellos (*MX*, XVII, XXVI. 1-6).

El encuentro supone un punto de inflexión en el episodio. La impresión causada en Alvarado por la joven, «al español admiran las facciones / del que de fuerte joven daba muestras» (*MX*, XVII, XXVIII. 3-4), provoca el cambio de la mujer indígena. Alcanzada por Cupido en la nativa se produce la transformación del tópico de la *virgo bellatrix* en su variante caballeresca: la "doncella guerrera" en busca de su amado. El tono de la lucha cambia notablemente a partir de ese momento:

> Búscale aquí y allí con queja amarga,

del honor adquirido desistiendo:
rompe, atropella, aflige, hiere, mata,
pisa, corta, magulla y desbarata (*MX*, XVIII, XLIII. 5-8).

Tras una noche en vela confesándose *vulnus amoris*, Taxguaya busca a Sandoval nuevamente en medio de la lucha. Los duelos individuales se suceden entre la nativa y los conquistadores cayendo éstos, heridos. Diestra en el ejercicio de las armas, Taxguaya pelea con las herramientas de lucha típicas de los indígenas: el palo, los pedernales, «piedra dura, y como transparente, que herida con el acero arroja chispas, y por esso usan de ella en las armas de fuego, labrada y cortada a este intento» (*Aut*., V, p. 181) y espadas cortantes:

Va Taxguaya buscando a Alvarado
No con ociosa diestra, mas dañosa,
en lo más peligroso a mil maltrata:
aquí y allí discurre corajosa
y de ofender como ofendida trata,
que sólo de su amante la presencia
podrá templar del brazo la violencia.

[…]

Estaba de enemigos rodeada
la bárbara doncella, en ira envuelta,
de palo y pedernal una ancha espada
jugando a toda parte, desenvuelta,
hiriendo aquí y allí desalentada,
cual suelto pardo diligente y suelta,
que ya los dardos despedido había
con sanguinoso efecto y lozanía (*MX*, XVIII, XXXVII-XIX).

La desproporcionada fuerza de Taxguaya impide que sea abatida y el enfrentamiento directo con Sandoval revela sus máximas cualidades guerreras elevándola a la categoría heroica e indirectamente también a éste:

A sus iras entrambos obedientes,
se embisten con furioso movimiento;
suenan las armas y el crujir de dientes,
a cada cual su injuria dando aliento;
aquí y allí se buscan impacientes,
su fin enderezando al más sangriento:
despiden las espadas mil centellas,
heridas con pujanza y muestras bellas.

Si valiente es aquél, valiente es ésta:
si esforzado el varón, la dama es fuerte;

si él alentado, la doncella es presta;
si él mostrado a matar, ella a dar muerte:
prueba digna de verse fuera aquésta
por ser tan alta, y de tan alta suerte,
y no de que en un yermo despoblado
quedase fin tan alto sepultado (*MX*, XVIII, XLVII-XLVIII).

El desenlace de la contienda no podría ser más inverosímil pese a la actitud contrarreformista del poeta. Herida Taxguaya por Sandoval, le confiesa su amor a Alvarado y rezando éste por ella, le introduce en la fe católica bautizándola antes de que muera:

"Y porque entiendas, virgen, si te quiero,
y que mi amor al tuyo corresponde,
quiero que a un Dios conozcas verdadero,
cuya grandeza tu ignorancia esconde:
por que si de este bien perecedero
no pudieres gozar, vayas adonde
en breve tiempo juntos nos veamos,
sin temor de perder lo que alcanzamos".

[…]

fue de ella el agua santa recibida,
que sus culpas lavó generalmente
en fe, esperanza y caridad encendida (*MX*, XVIII, LXIII; LXVI. 5-7).

El personaje resulta interesante por la posesión de rasgos femeninos y masculinos combinados en su figura amazónica, pero sobre todo, por el tratamiento que recibe en la emboscada organizada por Maxixca a los españoles. Irreconocible por los españoles en su condición femenina, su inigualable manejo de las armas la convierte en un adversario digno para los héroes españoles que combaten contra ella sin distinción alguna. La inclusión de la digresión caballeresca le permite al poeta señalar a los soldados cristianos en su virtud y fortaleza militar de manera individual. Encarnación de la alteridad salvaje, la presencia de Taxguaya en la tropa del indio revela asimismo la insumisión de todo el territorio mexicano (hombres y mujeres) a la conquista. Sin embargo, la final rendición de ésta al español, así como la recepción del sacramento del bautismo, que le permite morir cristianamente, manifiestan la posibilidad del éxito de la empresa conquistadora.

9. El triunfo final de Cortés en México: la batalla de bergantines sobre Tenochtitlán

A finales de 1520, un nuevo intento de conquistar la capital fue vertebrado por Hernán Cortés, en esa ocasión, mediante una estrategia de carácter mixto: terrestre y naval. La necesidad estratégica de combinar ambos combates es reseñada por Díaz de Castillo quien menciona la ineficacia de la caballería para el ataque dadas las características topográficas de la ciudad mexicana:

> Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendíamos que sin los bergantines no podríamos entrar por las cazadas para combatir a México, envió cuatro dellos a Pedro de Alvarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olí, dejó seis bergantines, y a Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, le envió dos bergantines y mandó que el bergantín más pequeño que no anduviese más en la laguna porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustén. […] Comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua los bergantines las desbarataban, y ansí teníamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas. Y cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los más soldados nos descalabraban y quedábamos heridos; y hasta que la noche nos despartía, no dejábamos la pelea y el combate. […] Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetían o daban algún alcance a los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban al agua y a unos mamparos que tenían hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras o dalles que habían hecho, muy largas, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en México. Y con aquellas lanzas y de grandes rociadas de flechas y vara que tiraban de la laguna, herían y mataban los caballos antes que se hiciese a los mexicanos daño (Díaz del Castillo, *Historia*, CLI, p. 619).

El conflicto, recogido únicamente en *El Peregrino indiano* arranca con la formación de la tropa cortesiana a la que se unen indios de diversas provincias:

> Luego, sin dilación, lo obedecieron,
> diez mil indios Chulula le ha embiado,
> de Huacachula otros diez mil vinieron,
> y Huexotzinco y todo su Senado
> con trece mil soldados acudieron.
> Otras aldeas siete mil le han dado,
> Chalco diez mil, y treynta mil, Tlaxcala,
> gente bizarra, fiera y de gran gala (XIX, VI).

En total 110.000 extranjeros «grandisímos guerreros» (*PI*, XIX, VIII. 8) son reclutados entre los indios amigos en favor de Cortés para el asalto de México-Tenochtitlán. E reclutamiento de yanaconas, que remarcan la capacidad de Cortés de encontrar aliados,

no disminuye en absoluto la gesta épica de los conquistadores. El caudillo, satisfecho con el ofrecimiento indio, vuelve la vista a su tropa y queda perturbado al observar las escasas fuerzas españolas de que dispone. El artificio poético permite al poeta destacar la prudencia y templanza del caudillo que, conmocionado, al igual que los capitanes instruidos en el arte militar, disimula:

> […] Novecientos infantes ha hallado.
> Consólase y calló como prudente,
> ciento y veynte cavallos ha contado,
> avía en todos cien arcabuceros,
> y ochenta y cuatro buenos ballesteros.
>
> Tres gruessos tiros, treze más pequeños,
> coseletes más fuertes que diamante,
> picas labradas de muy largos leños,
> diez quintales de pólvora, bastante,
> si estuvieran, Señor, en otros dueños,
> y en gente no tan brava y arrogante,
> para quien no bastaran mil quintales,
> conforme a sus desseos infernales (*PI*, XIX, IX. 4-8; X).

Una nueva disposición tripartita organizada por Cortés con las tropas capitaneadas por Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval exponen la primera estrategia cortesiana de carácter militar del poema:

> Repartió todo el campo el día siguiente
> en tres tercios iguales dividido
> a pedro de Alvarado, el excelente,
> dio el uno y entre todos le ha escogido,
> con ciento y setenta hombres de su gente,
> treinta mil indios, y a ellos ha añadido
> treinta cavallos, tiros dos, y diole
> a Tlacuba por puesto, y embióle.
>
> A Olid otra tal gente le entregava,
> y a Sandoval sin más aventajarle,
> y los puestos a entrambos señalava,
> a Olid en Culhuacán quiere assentarle,
> y a Sandoval a Yztapalapa dava,
> para que allí pudiesse visitarle,
> él se quedó con la naval armada
> por poderla tener bien aprestada (*PI*, XIX, XII-XIII).

El tono heroico de la contienda viene determinado por las peligrosas circunstancias bélicas, es decir, a naturaleza mixta del terreno y la coordinación requerida de los tres tercios para el ataque simultáneo, permitiéndoles asaltar al enemigo por varias entradas a

la vez impidiéndole la concentración de las fuerzas en un único punto. De las diferentes formas que los tratadistas describen para el asedio de las tropas enemigas, ésta es, sin duda, la que más riesgos conlleva para los atacantes:

> No se ha puesto límite al valor que tiene espaciosos márgenes de ocasiones en que dilatar su ardimiento. Pareciera que esperar al enemigo en campaña era cuanto se podía hacer, ¿quién lo duda? Pues aún hay más a qué aspirar el denuedo, que es a vencerle hallándose fortificado dentro de sus muros. Esto se llama rendir al que se vale del sitio y poder. Podría dudarse si es fortaleza o temeridad esta acción. Para fortaleza es mucho el arrojo y para temeridad muy considerados los medios. Un compuesto de las dos no puede ser, que la fortaleza es virtud y vicio la otra. Luego lo más esencial es del valor, y como se llega tanto al extremo, parece (y no es) que toca en los linderos de la temeridad (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 353).

La tensión épica se eleva con la consulta del cacique Quauhtemoctzín a su pueblo para conocer sus preferencias acerca de la guerra o la paz con los españoles (XIX, XXIII). La unanimidad del pueblo mexicano de luchar con armas al invasor refuerza el carácter violento de la batalla contrastando con la templanza del caudillo que no permite que sean ofendidos los niños y mujeres (*PI*, XIX, XXXIII). El ataque tripartio es narrado desigualmente por el autor y la superioridad estratégica y armamentística de Cortés, a causa de la artillería, es exaltada por el poeta mediante la correcta disposición de la misma en las embarcaciones: «en cada vergantín un tiro ha puesto, / seis arcabuces, veynte y tres soldados, / hombres de mar y que más saben desto (*PI*, XIX, XII. 1-3) Mientras Sandoval entra por Yztapalapa, Cortés lleva su escuadra guarnecida de bergantines por ambos lados. Un cambio meteorológico, que remite inevitablemente a la acaecida en los poemas de Corte Real y Rufo, les concede ventaja militar a los conquistadores, teniéndolo Cortés por gran milagro y respaldo divino de su acción bélica:

> En este punto, vino un Sudeste,
> para los vergantines favorable,
> tuvo por gran milagro Cortés éste,
> po ser el tiempo calma y no mudable;
> ponen todas las proas al Nordeste (*PI*, XIX, XXXVII).

El artificio sobrenatural, desarrollado extensamente en López de Gómara[107], queda en cambio reducido en el poema épico a su expresión providencialista con el objetivo de

[107] «Estando pues así, las dos armadas con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y a tiempo, que pareció milagro. Cortés entonces, alabando a Dios, dijo a los capitanes que arremetiesen juntos y a una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en México, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera

no restar valentía ni honores a la gesta cortesiana. Del mismo modo, la pérdida de la pólvora tras la ganancia de los puentes mexicanos refuerza la osadía de los combatientes cristianos (en inferioridad numérica con los mexicas) en los combates cuerpo a cuerpo:

> Ganaron dos torreones reforçados,
> que han sido bravamente defendidos,
> fueron muchos caciques degollados,
> que jamás se quisieron dar rendidos;
> luego sacó dos tiros reforçados,
> con que estuviessen más fortalecidos,
> assentáronlos bien a la calçada,
> que estaba de enemigos ocupada.
>
> Pero muy presto la desocuparon,
> y hizieran más daño aqueste día,
> sino que en lugar se descuydaron
> la pólvora, y quemóse la que avía.
> Passar la noche assí determinaron,
> que era fuerte el lugar qual convenía,
> a Sandoval pidió le socorriesse
> con la pólvora y gente que pudiesse (*PI*, XIX, XLIV-XLV).

El desenlace de la batalla manifiesta la magnitud de la misma. Muertos 16.000 hombres del bando cristiano (*PI*, XIX, LXIX), y quemada la ciudad por los españoles, el poeta establece una comparativa antitética entre Cortés y Nerón predicando la congoja del caudillo por el cruel trato que (en ocasiones de guerra necesario e irremediable) da a los conquistados y sus posesiones:

> No como el cruel Nerón quando ardía
> la desdichada Roma por su mano,
> que tanto gozo y gloria recebía
> el homicida, pérfido, inhumano;
> que el benigno Cortés mucho sentía
> la fuerça de tratar assí al tirano,
> y lo haze por sólo reduzirle,
> y de ciegos intentos disuadirle (*PI*, XIX, LXXXVIII).

La narración de la batalla permite al poeta épico desvelar la incipiente faceta estratégica de Cortés. El conocimiento previo de la ciudad y los habitantes le permiten al caudillo establecer los tres tercios que acometerán por las diferentes entradas de la ciudad al enemigo y disponer el ataque. La conquista de la laguna y la disposición de la artillería

vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo a los bergantines del primer encuentro» (*Historia*, p. 253).

en los navíos revela el aprendizaje militar de Cortés, el cual, como general de las tropas, dispone el movimiento de éstas bajo sus órdenes en todo momento. El combate individual entre éste y los indios queda entonces relegado a un segundo plano favoreciendo la incipiente imagen del caudillo como general del ejército que dominará la capital mexicana.

6. "TIRAR CON PÓLVORA DEL REY": LA GUERRA DEFENSIVA EN *LA AUSTRÍADA*

1. EL ANTIHEROÍSMO ÉPICO DEL LEVANTAMIENTO MORISCO EN LAS ALPUJARRAS

La víspera de Navidad de 1568 un grupo de moriscos del Reino de Granada se levantó en armas contra el poder establecido por la Monarquía Hispánica. Tras el fallido levantamiento, muchos de los insurgentes se refugiaron en Las Alpujarras, una región montañosa próxima la ciudad granadina, desde donde causaron numerosos estragos a los pueblos y tropas de la Corona entre 1568 y 1571. Después de varios intentos de negociación diplomática con los sublevados, el marqués de los Vélez inició la actividad bélica desde la zona este de la Alpujarra, también con escasos resultados favorables. En 1570, tras varias contiendas con los moriscos rebeldes, Felipe II destituyó al marqués de Mondéjar otorgando el cargo de Capitán General a su hermano don Juan de Austria quien, entrando en las Alpujarras, logró apaciguar la revuelta mediante la rendición de numerosos enclaves rebeldes.

El conflicto aparece representado en un poema épico-cronístico: *La Austríada* (1584), de Juan Rufo[108]. Dirigido a María Cristina, hermana del protagonista, la obra, que inicialmente está dedicada a la figura de don Juan y su victoria sobre el imperio otomano en la batalla de Lepanto (*AU*, I, I), recoge también la participación del hermano del rey filipino en La Rebelión de Las Alpujarras (cantos I- XVIII).

«Guerra será por fuerça extravagante, / mas no indigna, señor, de vuestra gloria / pues, sobre justa ser, es importante» (VI, LXXI. 1-3). Las palabras de don Luis Quijada a don Juan de Austria en los «coloquios substanciales» (VI, LXXII. 2) mantenidos fuera de los consejos generales de guerra revelan una información primordial del carácter de la contienda: su escasa naturaleza heroica. El conflicto, generado dentro de los límites del imperio y aparentemente irrefrenable, carece de las cualidades ontológicas necesarias

[108] Concluida a finales de 1578 fue aprobada para su publicación en marzo de 1582 y sale de imprenta en 1584, en las prensas de Alonso Gómez, impresor de su majestad. La segunda edición se realizó en 1580 en Toledo, bajo el sello de Juan Rodríguez y la tercera en 1585 en Alcalá de Henares (Ramírez de Arellano, 1912: 54).

para ser incluido en la categoría bélica de "guerra". Dos factores determinan el antiheroísmo épico de la Rebelión de Las Alpujarras: su naturaleza jurídicamente sediciosa y el formato belicoso del conflicto tipificado como una guerra defensiva de montaña (*De la guerra*, p. 606).

Clasificada por Tomás de Aquino como un pecado especialmente grave y distinto de los demás (*Summa Theologica*, II, II, 42, 1), la sedición se diferenciaba radicalmente de la guerra civil:

> Differt autem seditio a bello et rixa in duobus. Primo quidem, quia bellum et riza important mutuam impugnationem in actuali conflictu; seditio autem potest dici sive fiat huiusmodi impugnatio in actu sive sit praeparatio ad talem impugnationem. [...] Secundo differunt, quia bellum proprie est contra extraneos et hostes, quasi multitudinis ad multitudinem; rixa autem est inter paucos, scilicet unius ad unum vel paucorum ad paucos; seditio autem est inter multos. Itquae proprie seditio est inter partes unius multitudinis inter se dissentientes, puta cum una pars civitatis excitatur in tumultum contra aliam, *como un bando con otro*. Etiamsi alteri sint extraeni, id est, non eiusdem civitatis, vocatur proprie seditio. Sicut quando una civitas est adversus aliam vel medietas civitatis adversus aliam medietatem eiusdem civitatis (*De Relectio iure belli*, III, I, pp. 266-267).

La gravedad de la situación justificaba jurídicamente, valoradas las consecuencias sociales, la posibilidad de matar al tirano que, sin ser príncipe de la república, se hubiese coronado a sí mismo sin derecho:

> Tyrannum primo modo licet cuicmque privato homini occidere, dummodo id facere possit sine tumultu reipublicae et sine maiori detrimento ipsius reipublicae. Patet, quia respublica potest gerere bellum contra tyrannum ut defendat se ab illo. Sed iam habet bellim cum illo bello licet ciicumque privato homini occidere illum. Nec occidit illum auctoritate privata sed publica, quia bellum non est finitum. Item, licet interficere ipsum pro defensione reipublicae. Sed non potest alias defendi respublica nisi ipsum interficiendo. Ergo licet illum interficere.
> Dico ultimo quod nihilominus est periculosum quod fiat sine tumultu et sine eo quod vergeret in damnum reipublicae. Undo oportet quod, omnibus pensatis, fiat, pensato, commodo reipublicae et sine seditione et periculo reipublicae et habita spe de nece tyranni. (*ibid*., III, IV, p. 284).

La Rebelión de Las Alpujarras revela su carácter claramente sedicioso desde el comienzo de la contienda con el alzamiento del nuevo rey. Fernando de Válor, rebautizado como Aben Humeya (II, XXII) por voluntad de un grupo de rebeldes, es jurado de obediencia. El nuevo rey, presentado originalmente como víctima de la justicia del Reino de Granada y desconocedor de su fortuna como cabecilla de los rebeldes, se

acomoda rápidamente al cargo que desempeña convirtiéndose en un déspota tras vencer al marqués de Mondéjar en las postrimerías del saqueo de Válor:

> Assí de su fortuna blasfemando
> iva aquel moço por su mal altivo,
> el título de rey tiranizando,
> siendo en efeto esclavo fugitivo;
> y receloso de su mismo vando
> encubre el miedo con su semblante esquivo,
> ya pues a más andar por la montaña
> se mete con temor, congoxa y saña (*AU*, VI, IV).

El carácter antiheroico del levantamiento es reforzado morfológicamente desde los comienzos de la obra por la descripción topográfica de Las Alpujarras con una doble función estratégica: posición ventajosa defensiva y refugio de los rebeldes. Frente a las sublevaciones moriscas, las tropas más regulares del marqués de Mondéjar, el marqués de los Vélez y el duque de Sesa, organizadas en cuerpos de caballería e infantería respectivamente, poseían una gran desventaja debido a las tres condiciones que presenta la defensa metódica de las áreas montañosas:

> Hasta que no empezó a utilizarse un orden de batalla más amplio y hasta que la infantería, y con ella las armas de fuego, se convirtió en el componente dominante de un ejército, nadie cayó en la cuenta del buen uso que se podía hacer de las elevaciones del terreno y de los valles. […] El segundo aspecto, la gran resistencia que un pequeño puesto puede ofrecer en un punto casi inaccesible, reforzó la creencia en la gran eficacia de la defensa en las montañas. Parecía como si todo lo que había que hacer fuera aumentar el número de dichas posiciones con el fin de transformar un batallón en un ejército y una montaña en una cordillera.
> Es innegable que en una zona montañosa un pequeño puesto situado en una posición favorable adquiere una fuerza excepcional. […] Era muy natural suponer que una serie de posiciones fuertes darían como resultado un frente fuerte y prácticamente impenetrable. Simplemente había que evitar ser flanqueado por el enemigo (*De la guerra*, p. 608).

Dos factores otorgan reputación y eficacia a las guerras defensivas de montaña: la dificultad de desplazar columnas ordenadas de soldados y la fuerza que alcanza un pequeño puesto en una posición elevada rodeada de una ladera escarpada (*ibid*., p. 607). Ambas adversidades (para el ejército cristiano) son las que le permiten a Rufo ensalzar la valentía de los soldados en las nimias escaramuzas y emboscadas que se narran en la primera parte de la obra. La descripción del teatro de operaciones que realiza el poeta nos aproxima a la predisposición bélica del terreno en el que tiene lugar la acción:

> Son diezisiete leguas de longura
> que miran a levante y al poniente,

y extiéndense con onze por la anchura
entre Granada y aguas del tridente;
fría montaña, peñascosa y dura,
en valles honda, en cerros eminente,
dispuesta para engaños y celadas,
motines, assechanças, emboscadas.

Esta dispusición inexpugnable
del sitio y la terrible servidumbre,
cuanto más nueva más intolerable
a los que libertad tuvo en la cumbre;
y aquella obstinación abominable,
que de Dios los privava y de su lumbre,
al arma los bolvió para vengança
con más temeridad que confïança (*AU*, I, LV-LVI).

La repetición sinonímica ("celada"-"emboscada") que concluye la primera octava descriptiva revela la naturaleza de los conflictos bélicos que se narran en la primer aparte de la obra: las emboscadas, «el ardid de guerra de encubrirse alguna gente en algún bosque o parte retirada, para tomar el contrário desapercebido» (*Aut*., III, p. 392). La imposibilidad de un enfrentamiento campal entre dos ejércitos, derivada de la naturaleza del relieve impide, en consecuencia, según Jiménez de Urrea la obtención de la honra anhelada, obsequio más asequible en éstas (*Diálogo de la verdadera honra militar*, I, p. 72). El poeta lo reitera al comparar las contiendas internas del Reino de Granada con las que acometían los conquistadores o los cristianos en aguas mediterráneas contra el imperio otomano:

Mas aquí van las cosas de otra suerte,
que gente hereje a Dios, al rey traidora,
ni fama busca, ni a fineza advierte,
ni sus delictos graves sobredora;
acometen a imagen de la muerte,
sin entenderse el día ni la hora,
para causarnos daño entre sí unidos,
y para recebillo divididos (*AU*, VII, VII).

La *encomiatio* bélica del aliado medio a la rebelión recae en la figura del anciano Aladino quien, incitando a los sublevados al enfrentamiento armado, atribuye a ésta cualidades ingeniero-militares:

Y vosotros que sois sin duda alguna
exército mejor y de más gente,
y en tierra que no es menos oportuna
para lidiar aventajadamente

[…]

Y podréis, si quisiéredes partidos,
pedir aventajadas condiciones,
que al cabo es impossible ser vencidos,
adonde con murallas y bastiones,
valuartes, fosos, sitio y aspereza,
os haze fuertes la naturaleza (*AU*, I, CIII. 1-4; CIV. 3-8).

Esta traslación metafórica del relieve en construcciones de ingeniería militar que dotan de tonalidad épica al relato contrasta fuertemente con la descripción objetiva de Hurtado de Mendoza:

> Alpujarra llaman a toda la montaña sujeta a Granada, como corre de levante a poniente prolongándose entre tierra de Granda y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo más ancho, por más o menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas […] Esta montaña como era principal en la rebelión, así la escogieron por sitio en que mantener la guerra, por tener la mar donde esperaba socorro, por la dificultad de los pasos y calidad de la tierra, por la gente que entre ellos es tenida por brava (*Guerra de Granada*, I, pp. 125-126).

La *dispositio* de la batalla, a diferencia de las guerras de conquista o las batallas campales, carece de proceder heroico. Surge entonces la pregunta inevitable para el lector épico. Bernardino de Mendoza establecía tres maneras de defensa:

> Saliendo a recibir al enemigo fuera del reino o esperarle a los confines de él cubriendo las fronteras con la comodidad que podría dar la aspereza o estrechura de los caminos y dificultad los pasos de las riberas. La tercera puede ser asimismo en dos formas: guarneciendo muy en grueso de soldados y municiones una o dos fronteras, o más, cuando son plazas bien fortificadas, teniendo a la mira de ellas alojado el resto del ejército para gozar cualquiera buena ocasión; y la otra, si las fronteras son flacas villas del contorno y la campaña abierta, elegir sitio donde alojar el ejército para abrigar las fronteras y poder reforzar de gente la que se temiere que embestirá al enemigo por la demostración hecha. En el salir a buscar al enemigo se puede considerar mostrar mayor ánimo y gallardía el que acomete que el que espera […] de la parte contraria, juzgan ser resolución muy peligrosa salir a buscar al enemigo si no es teniendo (*Teórica y práctica de guerra*, p. 58).

Si, como señala Davis, Rufo remarca el carácter homérico del poema al insistir en que las batallas presentadas son eventos militares reales que pueden sustituir las que se sostenían entre los dioses y gigantes de la Antigüedad (2000: 80), ¿dónde radica el heroísmo de las acciones bélicas? La respuesta está en los propios soldados: en los ataques ofensivos concretos, es decir, en las posibilidades de una *executio* conforme al código ético del soldado independientemente de la complejidad de las circunstancias en las que se encuentren.

Las composición e instrucción de estas tropas indirectamente al servicio de la Corona (a través del pago de la soldada por unos nobles a los que sirven sin intermediarios) se diferenciarán notablemente de las compañías alistadas en las galeras mediterráneas combatientes en Lepanto, organizadas en capitanías y repletas de virtudes como la camaradería y el espíritu militar. Carentes de disciplina militar, cobardes e inobedientes, la soldadesca que combate a los moriscos rebeldes requerirá la ayuda real y veterana, concretada en la figura de los tercios viejos, para la solución del conflicto interno.

2. TRAIDORES Y TRAICIONADOS: LA MILICIA REBELDE MORISCA

El retrato que realiza Rufo de los moriscos traidores a la Corona remite indirectamente a las cualidades vegecianas de los guerreros. Rudos, ágiles, fuertes, habilidosos y entrenados en zonas rurales, los moriscos aparecen representados como hombres con una predisposición natural a la batalla que aumentan mediante diversos entrenamientos lúdicos:

> Era costumbre desta nación fiera
> en trabajos y afán exercitarse
> sin pena, porque aun desde que mamavan
> sus padres en dureza los crïavan.
>
> Al agua, al aire, al frío y al sereno
> de industria algunas vezes los ponían,
> […]
> era su descendencia brava y fuerte.
>
> Después la agilidad, la fuerça y maña.
> el ser muy alentados y ligeros
> les enseñavan, otra en la montaña,
> ora en los valles fértiles y oteros,
> en vez de lança, algún bastón o caña
> jugaban y hazíanse certeros
> de aquellas armas que la tierra cría,
> tirando no sin premio y a porfía (*AU*, I, LXXII. 4-8; LXXIII. 1-2, 8; LXXIV).

El cuerpo rebelde conformado por los moriscos traidores apenas posee rasgos propiamente militares. Movidos por la venganza (II, XXXV. 1-4), su condición de traidores revierte contra ellos mismos cuando Aben Abo se rebela contra el reyezuelo y lo mata traicionándolo y repartiéndose su hacienda y sus (cuarenta) mujeres (XIV, XI-XII).

El conflicto entre cristianos y moriscos nunca adquiere en el poema las características de una batalla campal. La rebelión se sucede entre las innumerables escaramuzas y emboscadas en las que los rebeldes, configurados como una fuerza de guerrilla, avanzan por la sierra de Las Alpujarras destrozando y masacrando las poblaciones que no se levantan apoyando su causa. Las dificultades topográficas provocan que la persecución de los marqueses de Mondéjar y los Vélez resulte casi siempre infructuosa, y el desigual y aventajado terreno para la guerra ofensiva suple la escasa doctrina militar de los sublevados (XI, LIV). Una voz anónima sobresale en lo tocante a la materia bélica al comienzo del levantamiento. Fracasado el levantamiento del Albaicín, los insurrectos, ante la caída de la noche y la peligrosidad de los desplazamientos nocturnos, se refugian en una cueva. Un morisco anónimo, que se presenta como un pastor leído en materia militar, alecciona a los soldados teóricamente acerca de la guerra:

> No es la multitud no, siempre en la guerra,
> la mejor parte ni la más segura:
> […]
> esto sélo yo bien porque en la sierra,
> aunque pastor, me di un tiempo a la letura,
> y en medio de mi rústico exercicio
> imité de los sabios el oficio.
>
> La determinación, furia y denuedo,
> la preminencia del anticiparse,
> causar al enemigo espanto y miedo
> en la primera forma de mostrarse,
> prometen de victoria el premio ledo
> a quien sabe del tiempo aprovecharse;
> y el que es acometido escapa tarde
> de falto de consejo o de covarde (II, LX. 1-2; LXI. 5-8).

La apertura de la *peroratio* establece la clave del conflicto que se da en toda la obra entre los moriscos (rústicos en la materia militar) y los soldados españoles, indisciplinados también, pero bajo las órdenes de capitanes instruidos en el arte de la milicia. La sobresaliente síntesis del pastor recoge los esenciales principios vegecianos del arte militar, haciendo especial hincapié en la primera premisa con que el tratadista comienza su obra y justifica la dominación del mundo occidental al Imperio de Roma: la disciplina de unos escasos soldados frente a la multitud desordenada. Las palabras del pastor remiten a la legión romana revelando ante los moriscos traidores la posibilidad de un triunfo, hasta entonces impensable para ellos, de su levantamiento. Determinación,

furia y denuedo, o lo que es lo mismo, valor, *furor* y esfuerzo, son las tres cualidades requeridas para el éxito en el combate que les recomienda adquirir.

Escasamente armados desde el inicio de la contienda (II, XL. 1-2), el miedo invade a los moriscos la noche del levantamiento (II, XLII. 6) convirtiéndolos desde ese momento en guerreros más temerarios que valientes. Fugitivos constantes hacia la serranía, el ejemplo más claro de comportamiento pavoroso es el de Ataisor, que finge su muerte para evitarla a manos de los cristianos (comportamiento altamente deshonroso) y escapar (XVII, XC).

Un caso más extremo de cobardía revela la idiosincrasia de los insurgentes. Tras el enfrentamiento en Dúlcar contra las tropas del marqués de Mondéjar, Aben Humeya huye hacia la sierra cerca de Tablate refugiándose en lo alto de un monte. El marqués de Fajardo lo acomete con sus hombres en una escaramuza compleja que se extiende durante toda la noche. Arrinconados por los cristianos, el anciano Aladino aconseja que los jóvenes ágiles y capacitados huyan por el escarpado terreno dejando a las mujeres, niños y ancianos a merced del enemigo. El episodio concluye con la matanza del marqués y el suicido de Aladino tras el asalto de los cristianos a la cumbre. Consciente de la imposibilidad de escapatoria e, impedido para la lucha por la edad, decide quitarse la vida despeñándose:

> Con rabioso despecho y más presteza
> de aquella que concede el ancianismo,
> se fue a precipitar desde la alteza
> más levantada al más profundo abismo;
> teniendo por esfuerço y fortaleza
> ser el hombre homicida de sí mismo,
> siendo, como es, la más vil cobardía
> de cuantas un infame pecho cría (IV, XC).

Si bien no es posible juzgar la acción bélica morisca bajo los postulados expuestos en los tratados militares coetáneos (dada la naturaleza guerrillera y sin instrucción del grupo armado) el suicidio del morisco sobresale notablemente al contradecir no sólo la moral militar de la época, sino cualquier moral humanista. El poeta lo manifiesta al afirmar que es la mayor cobardía que el hombre puede cometer y, para los soldados españoles (a quienes el suicidio se les tenía prohibido según los tratadistas) el más grave pecado (Aquino, *Prima Secundae*, XXVI. 4).

Soberbios, atrevidos, crueles, rústicos, torpes y desobedientes a la ley de la República (*AU*, II, XXXVIII. 5-8). Mediante una sencilla enumeración describe Rufo la personalidad de los hombres que se acercan a Granada para unirse al reyezuelo en la insurrección y, a través de ellos, el carácter de la contienda que nos ocupa. Dos cualidades configuran el poderío del grupo morisco: su natural *fortitudo* (I, LXXVI), y una ventaja armamentística en el combate cuerpo a cuerpo gracias al alfanje, «espécie de espada ancha y corva, que tiene corte solo por un lado, y remata en punta, y solo hiere de cuchilláda» (*Aut*., I, p. 196):

> Mas como el moro el no herir de punta
> por uso tiene, y ciñe solo un filo,
> por más que entonces a la fuerça junta
> la maña que caber puede en su estilo
> ¿qué tienen que ver tardas cuchilladas
> con prestas y mortales estocadas?
>
> Assí que en esta forma de pelea
> se les haze ventaja conocida (*AU*, VII, XCVII-XCVIII. 1-2).

Las escuetas narraciones de los combates cuerpo a cuerpo serán resaltadas plásticamente ensalzando el furor y la violencia con la que se acometen a través de los metales: «saltan espadas hechas mil pedaços / a cual le vale en lucha ser maestro, / a cual la fuerça de los fuertes braços» (VII, CI. 2-4).

Varios vicios que no son expresamente militares caracterizan a la tropa rebelde. En primer lugar, la crueldad, en contraposición a la clemencia y misericordia que los soldados debían poseer con los naturales de la zona y prisioneros de guerra.

El primer testimonio de crueldad morisca nos es referido por boca de un superviviente a la matanza que los moriscos han llevado a cabo en Béznar (III, LVIII). Sin distinción de sexo ni edad, los moriscos con arcabuces y cuchillos han asesinado a todo el pueblo provocando un «atroz martirio» (III, LVII. 1). Las metodologías de tortura empleadas son referidas patéticamente por el cristiano que, ante el marqués, exige justicia:

> Otros en fuego lento eran ardidos,
> otros con pedernales desollados,
> otros de hora infame suspendidos,

otros por entre breñas arrastrados,
otros a las mujeres cometidos
eran con alfileres lacerados;
y assí acabavan las prolixas vidas
llagados de millares de heridas (IV, XV).

La calificación de las víctimas en calidad de "mártires" (de la cristiandad) pone de relieve el trasfondo del levantamiento morisco: la religión. Los episodios de crueldad morisca (III, XVIII) e inclemencia, incluso con los muertos cristianos a los que desentierran (IV, XVIII. 5-8) revelan la furia bélica desenfrenada de los insurrectos y el poder destructivo de la rebelión queda manifiesto en la pregunta retórica que se hacen los cristianos ante el silencio enemigo previo a la batalla (VIII, LXXVIII).

En segundo lugar, la falta de disciplina y de obediencia, lo que se traduce en la confusión y desorden en las batallas provocando que la hueste se deshaga rápidamente (II, LV. 3), o bien no pase las órdenes como corresponde:

Andavan, tan validos, vanos cuentos
que davan al mentir larga licencia,
passando la palabra por momentos,
nacida de malicia o de inocencia;
al persuadirse los entendimientos
no consultavan mucho la prudencia,
antes algunos, si después oían
lo que ellos inventaron, lo creían (III, XXXII).

La mala ejecución de las prácticas guerreras de los moriscos se deriva, en gran parte, de su pésima comandancia. El acaudillamiento del nuevo reyezuelo, Fernando de Válor, rebautizado como Aben Humeya, apenas hace referencia a las prácticas guerreras. La causa de su unión a los moriscos tampoco está clara al principio de la contienda. El estallido de la Rebelión lo halló encarcelado, sentenciado públicamente y despojado de sus honores. La pregunta que resta es sencilla: ¿Qué conduce a este cristiano a unirse a los rebeldes? El poeta suspende la respuesta hasta el momento de la muerte del morisco ofreciendo dos soluciones: su conversión a la religión islámica (que finalmente queda desmentida), «o que sola ambición lo corrompiesse» (I, XIII. 1-2). Erigido como rey de los rebeldes, el traidor encarna el espíritu subyacente a los rebeldes moriscos.

Soberbio, orgulloso y blasfemo, a diferencia de los capitanes gentileshombres, encubre el miedo con el semblante esquivo, la congoja y la saña (VI, IV) ante el devenir

adverso de la contienda. Su ingenio militar es escaso y su enorgullecimiento tras vencer en Válor a las codiciosas y rotas tropas del marqués de Mondéjar no hace sino aumentarlo:

> No era ya vandolero receloso,
> cabeça de rogados valedores,
> sino tirano, rico y poderoso,
> dispuesto a pretender cosas mayores (VI, XXXVI. 3-6).

La matanza, consecuencia del saqueo, de sus hombres sobre los cristianos transforma su trato hacia ellos considerándolos desde entonces en su calidad de «capitanes valerosos» (VI, XXVI. 5). La contienda ganada al marqués supone un punto de inflexión en su "reinado". A partir de entonces, Aben Humeya se convierte en un tirano temido por sus ejércitos (VII, XIII. 7-8) a causa de «una codicia ardiente insacïable» (XII, LXVII), que le mueve a oprimir los pueblos de toda la Alpujarra obligándolos a declararse vasallos suyos y gobernándolos tiránicamente desde Válor donde castiga severamente cualquier delito (IX, XIV).

En una única ocasión el reyezuelo proporciona instrucciones que puedan asemejarse a las órdenes militares. El reyezuelo, viendo aumentadas sus fuerzas, ordena a su secretario la lectura de una instrucción. En ella configura sus huestes como un único ejército moderno dividido en compañías dirigidas por capitanes. La *dispositio* territorial de la tropa y los nombres de los moriscos elevados al rango de capitán se suceden intercalándose con los pueblos a los que deben someter (VII, XXXIII-XXXVI). Finalmente, da unas instrucciones generales sobre la actuación que espera de ellos en su cometido:

> Solícitos, astutos, atentados
> havéis de andar, y armados de cautela,
> dexando hombres a trechos señalados
> que hagan de ordinario centinela;
> en sitios tan sublimes y elevados,
> que el veloz curso con que el tiempo buela
> no pueda adelantarse a la presteza
> de vuestros contraseños y destreza (VII, XXXVII).

Su pérfida capacidad de mando, que desemboca en la permisión de atrocidades y matanzas que imprudentemente corrompen el aire y provocan la peste (XI, XCIX), será, junto a otras causas, el motor de su perdición. Los tratadistas, como Bernardino de Barroso ya advertían en sus obras a los soldados de la rapidez con que este enemigo, la

putrefacción, junto al hambre, deshacía los ejércitos en apenas cuatro días (*Teórica, práctica y exemplos*, p. 73).

La escasa doctrina militar de los moriscos, así como la de sus capitanes y cabecillas, otorga a las contiendas un carácter caótico y desordenado en el que la obtención de la honra por medio de hazañas gloriosas se convierte en una cuestión casi inalcanzable para los cristianos. La autoproclamación de Aben Abo como nuevo reyezuelo rebelde y su mínima astucia militar, así como la participación directa de don Juan en la contienda, favorecerán la disposición heroica de una única posibilidad para lograrlo: el asedio de Galera.

2.1. Un morisco experto en la milicia: Aben Abo

El personaje de Aben Abo es uno de los adversarios moriscos más complejos de la obra de Rufo. Su introducción en el poema contrasta con el devenir de los acontecimientos. Presentado como enamorado de una esclava morisca a la que ha visto bajo el poder del marqués de los Vélez, el rebelde abandona a sus compañeros para ir tras de ella, no sin antes aclarar dialógicamente el motivo de su partida. Su marcha no responde a ambiciones ni soberbias, ni se rebela contra el reyezuelo, ni huye por cobardía. Armado con metal y pólvora, «que alfanje llevo al lado, y escopeta / al hombro, y sé mandar entrambas manos» (*AU*, IX, LXXI. 3-4), sus palabras manifiestan a un hombre astuto e instruido en el manejo de las armas. Tras varias rencillas amorosas, Aben Abo, caudillo de una nueva sedición contra Aben Humeya, forma un consejo y se corona como nuevo reyezuelo de los rebeldes al que le siguen los moriscos como vasallos y otorgándole obediencia (XIV, XLVII).

Reputado y valiente, su inteligencia militar destaca desde su entrada en Andarax al prender al reyezuelo desarmando a la guardia preventivamente para evitar una revuelta (XIV, XXIX). Por primera vez el poeta otorga cualidades militares a un morisco. Alabado por sus capitanes por su prudencia (XVII, XXXV), y demostrada su capacidad de organización y reparto de las tropas (XIV, LXXII), su primera preocupación es armar a la milicia mixta (morisca y turca) que constituye, convirtiéndose de este modo épicamente en un adversario más digno para las tropas cristianas:

Armas juntava, en pressas parte havidas,
parte de mercaderes berberiscos,
y mandava que fuessen repartidas
por baxos precios entre los moriscos;
con estas prevenciones advertidas,
juntó de ellos y turcos levantiscos,
y de moros exército pujante,
que en número y poder iva delante (XIV, LXXVII).

Su astucia bélica se manifiesta en distintos pasajes de la obra. Estando en Válor, Abdalla ve llegar a los que imagina en Güejar. Su capitán Noaybe, alcaide turco, decide esperarlos en la montaña para declararles la batalla, donde son inútiles los caballos que traen (XV, LXXVIII). El caudillo sigue el consejo instruido del capitán turco. La astucia militar del nuevo rey se exterioriza paulatinamente. Del mismo modo, tras conocer las noticias de la pérdida de Galera, Aben Abo, se muestra consciente de su limitada capacidad militar (XVI, LXXXVII. 7-8), e idea un ardid de guerra para poder enfrentarse al duque de Sesa:

Del eunuco el exército florido
al católico en número excedía,
y en cuanto estar armado y bien regido,
inferïor dezir no se podía;
éralo en el andar desproveído
de cavallos y gruessa artillería,
mas escogido sitio convenible,
esta desigualdad no era terrible.

Con todo quiere que sin vïolencia
passe el duque con todos sus soldados,
sin experimentar la contingencia
del arbitrio dudoso de sus hados,
porque es aviso y militar prudencia,
de capitanes que huvo señalados,
no remitirse al juicio de fortuna,
sin que preceda de dos causas una:

o que peligro les compela urgente,
o les combiden grandes ocasiones,
lo cual todo cessava de presente
en el estado de sus pretensiones;
y assí resuelve andarse finalmente
a la cola de nuestros escuadrones,
y en oportunidad con su vanguardia
dar de improviso en nuestra retaguardia (XVI, LXXXIX-XCI).

En otra ocasión, enterado de que en la retaguardia del duque va una escolta gruesa protegiendo al cuerpo de la milicia, Dalí se ofrece a emboscarlos con mil arcabuceros por

los despeñaderos mientras Abdalla toma las cumbres, posición aventajada para el combate (XVI, XCIV).

Aunque de ningún modo es equiparable su astucia e instrucción militar a la de los capitanes otomanos, Rufo esboza la figura de un capitán (en comparación con el reyezuelo) más preparado para la guerra. Los escasos conocimientos teórico-militares del rebelde quedan expuestos claramente en la táctica de desgaste propuesta (que no es otra que la que la que llevan realizando desde el inicio de la contienda retirándose incesantemente a Las Alpujarras). Enterado de que la milicia del duque de Sesa se encuentra desabastecida en la montaña y cercado de desiertos, convoca a sus capitanes y mediante un argumento de autoridad, expone las ventajas que sacarán de seguir la estrategia propuesta:

> […] ahora entiendo
> usar de Fabio Máximo las mañas,
> que venció, entreteniendo y dilatando,
> sin riesgo suyo al africano vando (XVII, XXVIII. 5-8).

Su protagonismo en la segunda parte del levantamiento de Las Alpujarras contrasta con el desenlace de su vida. Pese al orgulloso ruego que hace a los otomanos en el que soberbiamente rehúsa morir en manos de sus enemigos, Rufo no le otorga ninguna muerte épica. Antes bien, Abdalla queda relegado al olvido hasta que el autor, contestando retóricamente al lector que acaso se interrogue por su consumación, confirma su muerte conforme a su natura de traidor:

> Preguntarme alguno por ventura
> qué fin al bravo Abdalla dio la suerte.
> Él, con pocos metido en la espesura,
> en unas cuevas se hazía fuerte,
> donde al fin de su extrema desventura
> un alcaide morisco le dio muerte,
> y el alma decendió a pagar su males
> en las eternas llamas infernales (XVIII, CXXIII).

La condición de traidores caracteriza por completo a los moriscos, no sólo en el aspecto político, sino en el religioso. Las milicias configuradas por Rufo de cristianos y rebeldes, pese a las oportunidades que el marqués de Mondéjar les concede, son inamovibles, tanto en el ejercicio de las armas, como en el de la fe, como se ve a continuación.

2.2. La conversión *in extremis* del Habaquí

Un segundo personaje destaca al final de la obra junto a Aben Abo: El Habaquí. Caracterizado por su sagacidad (IX, XLIII.8), es uno de los veinticuatro mancebos escogidos por Aben Abo para formar un consejo. Hombre de confianza de éste, estando envueltos en la Alpujarra por las tropas del duque de Arcos, es enviado ante don Juan para pedir una rendición sin condiciones declarándose, fingidamente, cristiano:

> Y assí la majestad de Dios permita
> hayas por bien la remissión que pido,
> como su ley divina traigo escripta
> dentro del alma de que soy regido;
> que, si la secta y rebelión maldita
> hasta agora parece que he seguido,
> ha sido procurando con instancia
> el negocio que hoy trato y su importancia (XVII. LXXVIII).

La denegación de la solicitud terminará el conflicto mediante las armas. Apaciguada la revuelta, Aben Abo sospechando de una posible traición lo mata. Sus últimas palabras son las que confirman el triunfo verdadero de las tropas cristianas sobre los moriscos rebeldes: «Y él acabó como fïel cristiano, / repitiendo en el último tormento / la voz del credo con devoto aliento» (XVIII, CXX. 6-8). La muerte del Habaquí en manos de sus propios hombres confesando la fe cristiana provoca dos consecuencias finales con las que se resuelve el verdadero conflicto de la obra, el religioso: la aparición del primer auténtico mártir morisco, (de ahí que el poeta atribuya congoja al campo católico al enterarse de su muerte, a la que loa elevadamente), y las disculpas de los moriscos supervivientes a la Rebelión por el temor a recibir el mismo trato de los suyos (XVIII, CXXI. 1-4). La confesión del credo o «símbolo que decimos de los Apóstoles, porque allí están los artículos de la fe, qué es lo que el cristiano es obligado a creer» (Valdés, *Diálogo de doctrina cristiana*, p. 23), y no de otras oraciones devocionales no es casualidad, ya que presupone la aceptación plena del contenido de la fe cristiana. El trasfondo religioso (más que político) de la contienda se observa en los diferentes sobrenombres que el poeta otorga a los insurgentes cargados de connotaciones religiosas, revelan su carácter sedicioso: «malvada secta» (*AU*., I, XIX. 6), «vulgo infame» (II, LVI. 1), «multitud luciferina» (II, LXIV, 6), «secta inobediente y obstinada» (III, XLIV. 3), «diabólico rebaño» (XLVII. 5), «torpe milicia» (VII, XIII, 2); «morisma pérfida» (XVI, XXXV. 3).

La rapidez con la que Rufo narra la conversión del Habaquí (apenas dos versos) contrasta con la extensa lamentación de Aben Humeya, también reconvertido a la fe cristiana en el momento de su muerte:

> Por tanto mi intención descubrir quiero
> en esta hora terrible, postrimera,
> y es que en la fe de los cristianos muero,
> en la cual hasta aquí bivido huviera,
> sin que aceptara el ceptro lisonjero,
> ni contra España en armas me pusiera,
> si el rey don Felipe los jüezes
> verdugos no me fueran tantas veces
>
> rompiéndome los fueros y homenaje
> que por derecho y ley pertenecía
> a mí que, siendo de real linaje,
> por ser cristiano no desmerecía,
> y no que se extendió el odioso ultraje
> a tal extremo con deshonra mía,
> que el puñal de la cinta me quitaron,
> y de uso de armas me inhabilitaron (XIV, XXI-XXII).

La confesión de Fernando de Válor, extensamente desarrollada, no posee otra finalidad retórica que la de justificar su traición al rey y a la cristiandad culpando a la justicia de la situación a la que se vio abocado. Pese a la diferencia retórica de ambos, la conversión del Habaquí es infinitamente más patética que la del renegado reconvertido.

3. Soldados bisoños y tercios de veteranos: codicia y vicios al servicio de la Corona

El cuerpo militar que aparece representado en *La Austríada*, dividido en fuerzas de combate según su forma de pelar (infantería, artillería y caballería), organizado en escuadrones y bajo la comandancia de un capitán, es un claro ejemplo de la milicia moderna. Los soldados de las tropas de los marqueses de Mondéjar y Vélez al servicio de la Corona en el Reino de Granada no distan de la imagen del soldado alistado en la galera real que pelea contra el imperio otomano en la segunda parte del poema de Rufo. Indisciplinados y desobedientes, las tropas de los marqueses vagan por Las Alpujarras persiguiendo a un enemigo que, por su conocimiento topográfico del terreno, siempre posee una mayor ventaja. Los vicios militares se han arraigado en el corazón de dicha milicia:

> Porque la guerra en casa y la milicia
> de gente nunca usada a tal doctrina
> havían hecho premio la avaricia,
> los hurtos y desorden disciplina:
> la inclemencia dezían ser justicia,
> astucia el retirarse más aína,
> la guerra imaginavan como trato,
> juzgando por vencer comprar barato (*AU*, VI, XCVII).

En concreto, dos vicios aparecen enunciados por el poeta presentes en la milicia española consecuencia de la indisciplina de la tropa, causa última de las desobediencias y males del ejército. En primer lugar, la codicia, puesta de relieve en los saqueos y hurtos que comete la tropa. En segundo lugar, los motines, rebeliones contra el poder establecido en la tropa y que pueden culminar en deserciones o nuevas estructuras de organización. Ambos males, endémicos en las tropas españolas de los siglos XVI y XVII según los tratadistas y, consecuencia directa del descontento de la tropa con las condiciones de la vida soldadesca, aparecen reflejados en *La Austríada*.

Montaner (2018) ha estudiado recientemente la cuestión de la codicia en la poesía épica revisando las afirmaciones de Davis comparativamente entre varios poemas épico-cronísticos (*Araucana, La Mexicana*, *La Austríada*). Para Montaner, la clasificación de la actitud codiciosa de los soldados difiere, no tanto de la naturaleza de la guerra justa que se defiende, como de la clase de codicia que se pone en práctica:

> En el caso de la conquista y la explotación subsecuente, el objeto de deseo no es el mero botín en especie, sino el dominio de los recursos naturales, de modo que el procedimiento goza, en principio, de la sanción estatal, aunque puede degenerar en excesos condenables y, en todo caso, no ofrece fundamento para una guerra justa. El caso es que esta codicia se ejerce de forma colectiva y, a menudo, impulsada por las propias autoridades como en el caso de Pedro de Valdivia. Frente a esta actitud, la rapiña ejercida a ras de tierra y al compás de los concretos episodios bélicos es una actitud individual, aunque afecte a más de una persona y no niega por sí sola la justicia de una guerra (2018: 231-232).

En consecuencia, distingue Montaner dos ámbitos de execración en la codicia en función de su plano: público o privado que afecta respectivamente al bien común o a la honra militar (2018: 232), situando la codicia de la soldadesca de Rufo en el segundo y afirmando su posición como fuerza motora en la obra.

Uno de los episodios más significativos (por la extensión que dedica el poeta) es el saqueo tras la toma de Válor. El exceso de hurtos y codicia provocan una imagen grotesca en la que las mujeres de villa son empleadas como bestias de carga:

> El clamor alto de los que morían
> y el crudo orgullo de los que mataban
> con ímpetu y rigor crecerse oían
> y unas injurias otras aumentaban;
> huyendo salen ya los que podían,
> que de hacienda o hijos no curaban;
> mas luego que las armas se acabaron,
> los hurtos a gran furia comenzaron.
>
> Viérades el goloso desatino
> desenfrenar su hambre insaciable
> tras las cendrada plata, el oro fino
> y la seda, que en parte es estimable,
> sin perdonar a paño, cera o lino,
> o a cualquiera otra alhaja miserable,
> tanto que aquel se juzga más honrado
> que sale sin aliento y más cargado.
>
> Todas las más moriscas de la villa
> llevan captivas, pero no ligadas,
> como ya se acostumbra, de traílla
> o con duras esposas apretadas;
> antes, ¡oh engaño indigno de mancilla!,
> con armas de sus dueños van cargadas,
> los cuales se las daban porque el peso
> las fuerzas les quitaba y aun el seso (*AU*, VI, XIV-XIV).

La desaforada actitud de la tropa, como indica Montaner (2018: 205), produce consecuencias nefastas en los soldados quienes, cargados con el botín, no pueden enfrentarse al enemigo, mejor preparado en esta ocasión, que le tiende una emboscada:

> Ya los que desta infame cabalgada
> escaparon, apriesa dan la seña
> en la cumbre de un monte levantada
> con encender un gran hace de leña;
> hecha dos y tres veces la humada,
> que era su conocida contraseña,
> de toda la comarca concurrieron
> los moriscos al punto que la vieron.
>
> Como se van juntando cada instante,
> les es por indirectas referido
> cuanto ha pasado, y cómo va delante
> el enemigo mal apercibido;
> con injurioso grito resonante

la fama dio por todos estallido,
y vuelan por quitar a los cristianos
las vidas y la presa de las manos.

Astutamente ciñen ambos lados
de una torcida y escabrosa senda,
por donde aquellos míseros soldados
iban a dar mal fin con su hacienda,
está entre dos altísimos collados
cierta hondura terrible y estupenda,
la cual parece que formó natura
para que fuese a tantos sepultura (*AU*, VI, XVII-XX).

La deshonra sufrida por la tropa es manifestada por el deseo retórico del poeta: «Pluguiera a Dios que lícito me fuera / en silencio pasar esta batalla» (VI, XXIII. 1-2). Las consecuencias son funestas para la compañía, la honora individual de los hombres y, especialmente, para su capitán, incapaz de mantener la disciplina en sus tropas ante el saqueo. Su comportamiento, visto el desenlace del encuentro bélico, no deja de sorprender. El caudillo, fruto de una prevención extrema, con el deseo de evitar que los rebeldes se armen con los despojos de los soldados y, al mismo tiempo, salvaguardar su honra (ligada a sus armas), destroza a golpes su arcabuz (VI, XXXI) antes de arremeter con el estoque a los moriscos y morir. Para Davis, la codicia de los soldados en *La Austríada* es inseparable del resto de actitudes viciosas de la tropa y se contrapone al verdadero heroísmo en una guerra justa:

> In *La Austriada*, no case of pillage appears in isolation from a problem of military indiscipline, expressed as disorder, fury, or abandon […] Juan Rufo's text also insists much more than *La Araucana* on the opposition between apparent riches (gold and worldly possessions, to which he refers as "falsas apariencias de riqueza"), and the true wealth (heroism, honor, duty). Both Ercilla and Rufo preserve much of the Horatian subtext, but the main thrust of Rufo's imitation seems to come from the Ercilla text, Rufo reads that "unbridled" state in a way that permits him to use it as the foundation for his own opposition of greed or unreasonable appetite versus the idea of reasoned order and military discipline (2000: 75).

Aunque, como acertadamente matiza Montaner (2018: 209), la admisibilidad de la codicia no va ligada correlativamente a la causa última de la guerra, el comportamiento de los soldados sí es censurable, tanto moralmente, como bélicamente. Es innegable que el botín, y en consecuencia, el desvalijamiento de los pueblos conquistados, estaba permitido y funcionaba como un complemento salarial de las tropas. Sin embargo, este sistema poseía sus propias reglas. Recaudado por los soldados, debía ser entregado a los superiores oficiales que lo repartían con justicia entre los soldados en función de su

actuación (más o menos señalada en la batalla) y su rango en la jerarquía militar. La diferencia entre el saqueo de Válor, desmedido y con consecuencias aciagas para la tropa, y el reparto justo de las ganancias obtenidas por el marqués de Fajardo es notable. En el segundo caso se puede observar el seguimiento de la regla en el reparto del botín tras la batalla en el monte de Frigiliana: «los ganados despojos repartía / con toda la equidad que ser podía» (*AU*, IX, v. 7-8). La considerable diferencia de comportamiento de los soldados en ambas situaciones no es suficiente para el autor que critica de nuevo la actitud codiciosa de los soldados negándose a dar el nombre de los valerosos vencedores a causa de su actitud deshonrosa:

> Assi, aunque vitoriosos los soldados
> están por los que huyen desabridos,
> puesto que también quedan lastimados
> con gran copia de muertos no vencidos,
> en cuyos monumentos levantados
> deviera haver blasones, y esculpidos
> epitafios, si en esta edad avara
> la fama más que el oro se estimara;
>
> y no que de sus nombres aun no hallo
> noticia para dalla en mis escriptos.
> ¡Oh error mundano, oh mísero vasallo
> de baxos intereses y apetitos,
> no puedo ni es razón disimulallo
> que por tan varios modos y exquisitos
> un prestado metal inquiera y precie,
> y que la propria gloria se desprecie! (VIII, CVI-CVCII).

Un tercer episodio de codicia, esta vez cometido por los hombres del marqués de los Vélez, ilustra la actitud viciosa de los soldados. Los moros, tras oponer escasa resistencia a los soldados, fingen huir dejando las riquezas en manos de los cristianos que se abalanzan sobre ella mientras su capitán les ordena, en vano, que la dejen:

> El sabio general pretende en vano
> que dexen al momento el embaraço:
> rebuelve en esto el pérfido tirano
> con toda la pujança de su braço;
> y hiere de manera en el cristiano
> que haze de sus cuerpo gran ribaço,
> y el que libra la meor contienda
> acuerda de bolver presto la rienda.
>
> Agramente Fajardo reprehende
> de la gente común la vil codicia,
> y dize ser escándalo que ofende

la heroica presumpción de la milicia;
mas da la buelta a Baça, porque entiende
que allá el tirano orgullo y la malicia
podía endereçarse fácilmente,
por tener el de Luna poca gente (XII, LVI; LX).

Aunque el episodio no concluye con las terribles consecuencias de Válor, gracias a la reagrupación y ordenamiento de la caballería e infantería, Fajardo reprime a sus hombres. La sed de oro de los soldados de *La Austríada* difiere en esencia de la de los conquistadores como ha señalado Montaner (2018: 232) e, independientemente de las circunstancias (aprobadas o no por los capitanes del ejército) es criticada por el poeta como actividad deshonrosa para la tropa, bien se convierta, a causa de la indisciplina y la desobediencia, en el origen directo de la derrota, bien por mancillar la imagen de gloria (recuérdese la doble batalla, exterior y moral que, según los tratadistas libraban los soldados de mediados del siglo XVI) del ejército vencedor. La crítica que hace Rufo del vicio afecta, como se observa en la plática de Fajardo a sus hombres, a los dos ámbitos de la milicia. Al habar de «la heroica presumpción» (*AU*, XII, LX. 4), de lo ilustre y glorioso del arte de hacer la guerra, el marqués abarca la totalidad del término en sí, incluyendo, en el caso de la milicia española de la época, no sólo el aspecto terrenal (evitar consecuencias graves del desorden producido en consecuencia), sino también del espiritual (virtudes).

Además de los episodios relacionados con la codicia, un caso de revuelta y amotinamiento sucede entre las tropas españolas. El marqués de Fajardo recorre con su tropa la Alpujarra dilatando el encuentro bélico con Aben Humeya. La escasez de vituallas, la carestía del año y la inactividad bélica provocan la rebelión de sus hombres pese a las promesas del marqués de conseguir avituallamiento:

Pero la ocïosidad y la tristeza,
la falta de no estar bien aloxado,
causó de enfermedades tal graveza
que en breve fue el exército dezmado;
no puede acá engendrar naturaleza
cuerpo tan achacoso y delicado
como es un campo junto, aunque se vea
que de él cada soldado un roble sea.

Oféndele del aire la mudança,
a vezes mudar agua más le empece;
cáusale el frío rezia destemplança,

falta de sueño y camas le entorpece;
y lo que aumenta más su mala andança
es que cualquiera mal de que adolece
se arraiga luego y buelve contagioso,
y assí cualquiera es grave y peligroso.

Y como de esto es fin y paradero
motín escandaloso y desrancharse,
era caso afrentoso y lastimero
ver cada día el campo aniquilarse;
finalmente al castigo, aunque severo,
tanto vinieron a desvergonçarse
que juntos cuatrocientos se conjuran,
y el passo en orden puestos, apressuran.

Con desesperación descomedida,
puestas las mechas en las serpentinas,
quieren aventurar honor y vida
por dexar las contiendas granadinas;
mas don Diego Fajardo se combida
a impedir vïolencias tan indignas,
y sale en escuadrón de mano armada
a hazelles que dexen la jornada (XI, LXXXVI-LXXXIX).

El amotinamiento, resultado de la indisciplina de la tropa, no llega a tener éxito por la contraofensiva del marqués que los obliga a regresar. El motín, causa de grave deshonra en los soldados, es consecuencia de la inactividad bélica y las condiciones de escasez que sufren los soldados en la Alpujarra frente al enemigo, cada vez mejor armado y aprovisionado. La imprudencia y acción de gobierno del marqués como capitán es censurada indirectamente por el poeta. Si bien éste logra apaciguar los ánimos y obligar a los conjurados a regresar con la tropa, su actitud dista notablemente de la que propone como ejemplar el autor un poco más adelante, en una situación similar, en la figura del duque de Sesa:

Pero al duque, teniendo por doquiera
los passos el contrario rodeados,
su exército passava hambre fiera,
manteniéndose solo de pescados,
tanto que si otro macedón no fuera
se le desavinieran los soldados,
mas el ser liberal, piadoso y bueno
al ánimo más libre ponía freno.

Estrechava a su casa el ordinario,
y a su persona misma del sustento
privava, con valor extraordinario,
por dallo al más desnudo o más hambriento;
estava hecho siempre tributario

dando sus bienes, con aquel aliento
que el pelicano, ufano y satisfecho,
da a los hijos la sangre de su pecho (XVII, XXXVIII-XXXIX).

Inevitablemente, las actitudes de los soldados aparecen ligadas a las de sus capitanes. Sin embargo, éstos, a diferencia de los soldados, son esbozados siempre como instruidos hombres de armas. La representación de los capitanes y soldados de las tropas combatientes en La Alpujarra difiere notablemente.

Negocio de importancia incomparable
es, a quien rige y acaudilla gente,
el ser de condición blanda y amable
sin perder el decoro que es decente (VII, LXVII. 1-4).

El poeta conoce la especial condición requerida para los caudillos de las tropas estipulado por los tratadistas y lo aplica a los oficiales a los que describe tipificadamente de acuerdo a ella. Ejemplo evidente es Íñigo Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar quien, desde el comienzo del poema, es descrito por sus virtudes militares: posee «talle y disposición de gentilhombre» (VII, LXXII. 7), siendo el sujeto más perfecto conforme al modelo establecido Juan de Austria.

La revuelta de los moriscos no sorprende al marqués de Mondéjar, Íñigo Hurtado de Mendoza, a quien «la clemencia de sus buenos hados» (II, XCI. 1) le avisa de la conjuración de los pueblos de la región de la Vega. La primera impresión que nos ofrece Rufo del marqués de Mondéjar es la de un capitán competente y afortunado para la guerra. Presintiendo la revuelta, Hurtado de Mendoza había entregado una contraseña a sus hombres para que, en caso de que estallase, contraatacaran. El marqués posee las cualidades que se esperan de un oficial de su cargo. Así, nos dice el poeta, Hurtado de Mendoza conserva la serenidad pese al aumento de la revuelta, «mas, venido el tumulto y accidente, / no quiso hazer muestra de alterarse» (II, XCII. 5-6), y determina, astutamente, no atacar el Albaicín al ver el cambio de parecer de los moriscos (II, XCIII). Su capacidad de mando se comprueba al no permitir «con dissoluta militar licencia» (II, XCVI. 2) al día siguiente del frustrado levantamiento el saqueo del Albaicín previniendo los posibles conflictos desencadenados de sus hombres. Prudente, piadoso con los moriscos no rebelados (II, XCVII), persuasivo con su palabra y buena oratoria capaz de

conmover, no sólo a sus hombres, sino a los moriscos (II, XCIX. 1-7), el marqués es elogiado como un gran capitán a lo largo de toda la contienda.

Los adjetivos con los que aparecen descritos los oficiales que acaudillan la respuesta militar a la Rebelión de Las Alpujarras no difieren de los que aplica Corte Real a los hombres de las galeras. Ejemplo de ello es Juan de Castilla: de juvenil edad, de ánimo fuerte, / de noble condición y alto lenguaje, / de persona gentil y de gran suerte (XVI, LXXXII. 1-3); Pedro de Mendoza «claro espejo / de la alta professión de la milicia» (XVIII, VIII. 4), Juan Espuche, «también soldado viejo» (XVIII, VIII). Las virtudes requeridas en los hombres de armas por los tratadistas apenas aparecen mencionadas explícitamente por el autor, siendo más bien deducibles a partir de las acciones valerosas de los soldados en los enfrentamientos, a través de las cuales destacan. Consecuencia de ello es el elogio de los cuatro hombres que suben por la arriscada montaña para pelear contra los moriscos:

> Tú, don Diego de Argote, noble argivo
> que de Argos traes insigne decendencia;
> y tú, don Pedro de Azevedo, altivo
> de coraçón y de gentil presencia;
> y tú, Cosme de Armenta, executivo
> en armas adornadas de experiencia;
> y tú, buen don Francisco de Simancas,
> que moço imitas los de sienes blancas (IV, XLVI).

La visión que posee Rufo del ejercicio del arte militar queda sintetizada en la elegía pronunciada por la viuda de Luis Quijada:

> Mas pues hizistes fin en vuestro oficio
> de soldado cristiano y cavallero,
> haziendo a Dios y a vuestro rey servicio,
> y a mi señor e hijo verdadero,
> reciba el alto cielo en sacrificio
> vuestra sangre y mi llanto lastimero (XVII, XX. 1-4).

El poeta sigue los fundamentos expuestos por los tratadistas coetáneos que concebían la milicia como un servicio a la Corona española e indirectamente, a través de esta a Dios. Calificado directamente de *miles Christi*, el soldado de las filas austrinas debía regir su vida por los preceptos doctrinales católicos y militares propuestos por el ejército y mediante los cuales obtener, a través de sus acciones, no sólo la honra, sino también la

salvación de su alma. Los soldados muertos en servicio militar son elevados, en consecuencia, a la categoría de mártires cristianos, como refleja el panegírico de la madre de Avellaneda tras la muerte de éste en un enfrentamiento armado contra los moriscos al que califica como «mártir de Dios» (XVI, LXXIX. 1). La desigual magnitud del conflicto entre las tropas españolas y los moriscos, y la lucha mediterránea contra el otomano es equiparada por el autor en el final escatológico inherente al servicio militar. De ahí que, en lo concerniente al facto religioso y trascendental de la milicia, no haya diferencias entre Quijada (XVII, XX), (XXI, CII. 3-4), e incluso el mismo don Juan, que se ofrece en calidad de mártir a Dios en la lucha contra el otomano (XXIV, VI). El príncipe ya había proclamado anteriormente su condición de soldado cristiano al recibir la misión de combatir a los moriscos al confesar el motivo de su aceptación del cargo: «no me inflama / deleite, ni ambición, ni devaneo» (VI, LXVII. 5-6) y se llama soldado de la Iglesia (VII, LXXI). Aunque la cualidad de "mártir" es siempre aplicada por el poeta a oficiales de elevado rango en el ejército, no se puede desestimar su extrapolación al resto de la soldadesca.

La confesionalidad del ejército de Rufo se manifiesta claramente en dos ocasiones: la congoja de las tropas tras el conocimiento de la muerte del Habaquí converso (XVIII, CXXI) y la oración final de acción de gracias elevada por don Juan al vencer al otomano en el golfo de Lepanto (XXIV, XCVI-XVII), imagen reforzada por la visión providencialista de la historia y de la vocación del general austrino destinado desde su infancia a someter al otomano (V, XVI).

3.1. La tropas españolas al servicio del marqués de Mondéjar

A diferencia de los oficiales mencionados, los soldados bajo el mando del marqués de Mondéjar se caracterizan por una escasa disciplina militar y la bisoñez del ejército será la causa de los innumerables fracasos y desórdenes del mismo ante el enemigo. La prontitud para responder a la llamada del noble a las armas al comienzo del conflicto revela la premisa sobre la que se asienta la disciplina militar: «Amar y obedecer es ser valiente» (III, IX. 9).

El orden mantenido en las escuadras al marchar hacia Las Alpujarras contrasta con la confusa y caótica entrada que realizan en Dúlcar los soldados y a los que comapra

el poeta con salvajes mastines (III, LXXI. 7). Nada pláticos en el arte de la milicia, los soldados se mezclan ciegamente con los moriscos rompiendo el escuadrón. La secuela del combate es una sangrienta matanza con cuatrocientos muertos castellanos y quinientos moriscos. La imagen resultante, acabada la escaramuza, se aleja notablemente de las concepciones heroicas de las batallas:

> Y havíales el miedo en tanto grado
> envilecido en el furor primero,
> que yéndose con passo apresurado
> temía cada cual ser el postrero;
> que el arduo y noble oficio de soldado,
> crisol de la fineza verdadero,
> es un saber que nace de experiencia
> una cuerda osadía con paciencia (III, LXXIX).

El bisoño escuadrón (III, LXXXI) se deshace y el marqués amenaza a sus hombres con acusarlos de desertores y sufrir, en consecuencia, el castigo asignado para ello. La intimidación con la muerte es lo único que les hace recapacitar y regresar a la batalla: «Mas ellos conociendo su delicto, / que es escalón primero de la enmienda, / […] antes, apriessa, buelven al conflito» (III, LXXVI. 1-2; 5). El episodio refleja el escaso aprecio que los soldados poseen de su propia honra[109] y de la vida militar a la que, como su actitud pone de relieve, se han visto abocados. La falta de reprimenda o castigo posterior a la batalla por parte del capitán revela la formación moderna del capitán, conocedor de las ventajas y desventajas de las reprimendas a los soldados bisoños:

> Los delitos, y faltas de los soldados, no siempre se han de castigar con todo rigor, los bisoños se castigan con reprehensiones, y con penas mas ligeras que los soldados viejos, aunque con estos tambien se ha de usar de clemencia, si la atrocidad de sus delitos no requiere exemplar castigo para refrenar las costumbres malas de los viciosos, y que los buenos se confirmen en su virtud, y se alegren de no haver cometido semejantes delitos, y que mas advertidos se rezelen y apartan dellos, para no merecer semejantes penas en daño de su reputacion y linage. Para la reformacion de las costumbres de los soldados se ha de aver el capitan como el padre con sus hijos, teniéndolos un general amor, sin mostrarse parcial mas con unos que con otros porque le aborrecerán, y causara motines entre ellos (Bautista*, Católico y marcial modelo*, f. 59r).

Merece la pena mencionar un segundo episodio acerca de la situación de la milicia a las órdenes del marqués de Mondéjar. Estando en Órgiva el marqués con su tropa, nos dice el poeta: «este la gente allí disciplinava / en la milicia no sin gran destreza, / y aquel

[109] Acerca del concepto de "honra" del soldado del siglo XVI véase Castro (1961).

presidio más fortificava» (VII, LXXIII). La disciplina de las tropas por el marqués en los momentos de *otium* de la guerra es una de las características de la milicia moderna. Así lo describe Álava y Viamont: «Todos estos oficios que para el gobierno de este ejército he señalado, conviene que se den a los soldados viejos que tengan experiencia de la milicia, porque en ninguna parte podrán estar tan bien ocupados como será empleándose en instruir a esta gente bisoña» (*El perfecto capitán*, p. 112).

La táctica de combate basada en escuadrones mantenidos durante la pelea en la posición correcta se conviritó en la clave de la victoria. La disciplina abarcaba la totalidad de la vida del soldado, desde la posición en la batalla hasta el manejo de las armas y, de su entremiento, dependía el resultado final. Son ilustradoras al respecto las palabras de Rufo que describen el resultado de la disciplina de los hombres del duque de Arcos con la espada:

> Y viose allí lo mismo que sucede
> a los diestros del juego de la esgrima,
> que usan de él, cuando el tiempo les conoce
> pacífico exercicio, y son la prima;
> mas cuando con enojo se procede,
> ni regla vale, ni compás se estima,
> todo es coraje, priessa, cuchilladas,
> reveses y mandobles y estocadas (XVIII, XXII).

Finalmente, un tercer episodio demuestra la diferencia de instrucción en el arte de la milicia entre los oficiales y los soldados. Estando el marqués de Mondéjar en apuros, se dispone a acudir en su ayuda el capitán Diego Chaves de Orellana. Una indisposición le obliga a enviar a Nacoz, su alférez, con setecientos hombres sufriendo una emboscada mientras marchan «sin cuidado alguno» (VII, LXXVI. 7). La emboscada junto a la ribera de un río revela la astucia militar. Los moriscos, escondidos en lo alto de una cuesta, descienden divididos en dos mangas hacia los cristianos envolviéndolos por completo. La pérdida total de la compañía (de doscientos hombres escapan dos con vida) es cuestionada por el poeta: Si es que se debe a no guardar las leyes de la milicia y marchar con prudencia, o si ha sido atrevimiento del alférez que, quería llegar hasta don Juan para narrarle los sucesos (VII, LXXXI).

La inexperiencia de los soldados alistados en las tropas al servicio de la Corona es, para Rufo, la causa del resultado nefasto en los encuentros bélicos entre éstos y los

moriscos. La indisciplina y las desobediencias desembocan en el desbaratamiento de los escuadrones formados para el combate con la consiguiente actuación del capitán que, dando ejemplo, arremete el primero tras exhortarlos a la batalla.

3.2. El auxilio de don Juan de Austria

La primera octava de *La Austríada* retoma el *arma virumque cano* virgiliano para identificar al héroe del poema: don Juan de Austria. El tono propagandístico, reforzado por el adjetivo "cesaraugusto" da muestras claras del imperialismo de la obra (Vilà, 2001: 639-640). Don Juan, «de Carlos el retrato bivo» (*AU*, VI, XCVI), es introducido en el poema como el verdadero héroe y defensor de la cristiandad. La descripción laudatoria del poeta (*AU*, V, XV-XLVII) nos introduce un gentilhombre cuya preeminencia y nobleza se observa a simple vista simbólicamente (Verrier, 1997: 159):

> Gallarda agilidad, claro sentido,
> hermosa proporción, beldad severa,
> ser a todos amable y apazible,
> humilde en paz, en armas invencible (*AU*, V, XV. 5-8).

Entregado en su infancia a Luis Quijada para ser educado en la defensa del imperio cristiano, desde su juventud da muestras de valentía al enfrentarse a un toro que se había escapado (V, XXIII):

> Tal en fin le crïó, tal le compuso,
> cual convenía al alto ministerio
> de quien ceñir tenía sin abuso
> la justa espada del cristiano imperio;
> y assí al fraterno coraçón dispuso,
> con la contemplación de aquel misterio,
> a que el arduo negocio le encargasse
> y de sus buenas partes lo fïasse (V, XVI).

Con su nombramiento de general por Felipe II, quien le augura que «del arte militar seréis maestro» (V, XXXV. 6), el héroe del poema entra en Granada con 25 años el domingo de Resurrección anticipándose el carácter mesiánico del héroe. Sus virtudes bélicas se manifiestan en el *topos puer senex*: «que le hazían moço y hombre y viejo / la edad, la fortaleza y el consejo» (V, XLI. 7-8).

> De quien podían ya por experiencia

las virtudes contar una por una,
que el linaje, el valor y la prudencia
pueden tener debaxo de la luna:
süave gravedad, justa clemencia,
segura discreción, gala oportuna,
y un coraçón que en sí solo se encierra
mayor que todo el orbe de la tierra (V, XLIV).

Héroe del poema, el príncipe cristiano es retratado por el autor como la figura del perfecto capitán de los tercios españoles, no sólo en los aspectos prácticos de la milicia (VI, XXXIX), sino en el fin religioso de la misma. Su comandancia en asuntos militares se observa por primera vez en el poema en la convocatoria del consejo de Granada, aunque será puesta de relieve en el conflicto contra el imperio otomano más adelante. Con prudencia militar dispone las tropas (VII, LXXXVI-XCVII), remedia los excesos (VII. 9-10), revela su buenas dotes disposición para el gobierno militar (XV, LI) y expresa su deseo de participar personalmente en la lucha contra el bando morisco (XV, XXXVIII).

La llegada de los tercios de Nápoles y Lombardía supone un cambio en la milicia y las tácticas de la misma (VIII, LXXXI-LXXXIV) al poseer una verdadera instrucción militar especializada: «por ser de gente exercitada y fina / en la armígeera escuela y disciplina» (VII, XLII. 7-8). El tercio de Nápoles bajo el mando de Pedro de Padilla, guerrero valeroso, y buen soldado (VII, XLVI), posee además una jerarquía meritocrática establecida en la que se aprecian: «valientes capitanes / y gente diestra, bien disciplinada, / alferezes, bizarros y galanes» (VII, XLVII. 2-5). Por su parte, el tercio de Lombardía presume de su capacidad armamentística, que más tarde se hará efectiva en el asalto de Galera:

Lucidos coseletes y morriones,
arcabuzes y gruessa artillería,
maestros de tiralla y municiones,
para que se arme bien la infantería,
formando al menester sus escuadrones (VII, XLVI. 2-6).

Las ventajas de la incorporación de soldados de los tercios son puestas de manifiesto rápidamente por el general austrino:

Con orden de milicia verdadera,
como soldados que han de ser esmalte,
exemplo y forma de los menos diestros,
pues el uso hazer puede maestros (VII, XCII. 5-8).

La afirmación de Ramírez de Arellano: «En *La Austríada*, don Juan de Austria no se diferencia gran cosa del marqués de Mondéjar, del duque de Arcos o del marqués de Santa Cruz» (1912: 96) debe ser matizada. Su intervención táctico-militar en el combate directo contra los moriscos, efectivamente, no deja de resultar similar a la de los capitanes de las tropas en materia de organización y disposición de las mismas. Sin embargo, a nivel estratégico, la participación de don Juan de Austria en el conflicto es determinante para la victoria sobre los rebeldes. Ante la imposibilidad de los marqueses de someter la región granadina, el rey Felipe ordena venir de Italia el tercio de Nápoles, en cuyas compañías se encuentran soldados veteranos. La presencia de los tercios viejos, adiestrados en el arte militar es posible gracias a la intervención del príncipe quien, contando con las mismas fuerzas que los marqueses, no habría obtenido resultados muy diferentes. La introducción del héroe requiere, por tanto, nuevas fuerzas militares a la altura de ejecutar las órdenes de su comandante (*officer hero*).

4. Escaramuzas y emboscadas: la persecución infructuosa de los moriscos por la sierra

Entendiendo el término "escaramuza" según el *Diccionario de Autoridades* como «cierto género de pelea entre los ginetes o soldados de acaballo, que ván picando de rodeo, unas veces acometiendo y otras huyendo con grande ligereza» (III. p. 555). Rufo describe más de una quincena de ellas describe Rufo en los cantos dedicados a la Rebelión de Las Alpujarras en *La Austríada* desde la primera ofensiva del marqués de Mondéjar en Dúlcar. Las contiendas, insignificantes en comparación con las batallas libradas por los soldados de la Monarquía Hispánica en el Mediterráneo o los Países Bajos, son representadas por Rufo con un esquema similar regido por dos factores determinantes: la indisciplina de la tropa cristiana y la constante huida de los moriscos a la sierra.

> Mas era el retirarse peleando
> continuamente en sitio aventajado,
> y assí le cuesta gente a nuestro vando
> cualquier passo de tierra que es ganado (*AU*, IV, VIII. 1-4).

Asaltadas las tropas cristianas en su marcha por la Alpujarra (V, LIX; XVII, XLIII), los inexperimentados soldados cristianos apenas poseen capacidad de reacción ante la arremetida del enemigo. La escasa capacidad táctica de las tropas cristianas es puesta de

relieve por el carácter de las escaramuzas. Si bien los soldados de la Corona siempre son emboscados por unos moriscos capaces, por el conocimiento topográfico de la sierra, de organizarse mínimamente para pelear, véase la salida de Dúlcar (III, LXXI), la contienda en Verja, (X, IX), la salida de Órgiva (XIV, LXXXI) o la escaramuza que sufre Vilches (XIV, CXVI); los asaltos de los cristianos a los moriscos poseen una cierta semejanza a los asedios, véase el monte que acomete Fajardo (IV, XXX), el asedio al monte de Frigiliana (VIII, LXXXI), o los asedios a Las Albuñuelas (canto X) y Galera (XVI). La disposición de la táctica empleada por cada bando no es fruto del azar. Mientras las emboscadas trazadas por los moriscos se asientan en el fraude o engaño (ardid de guerra), fruto del conocimiento del teatro de operaciones (figura 1), los soldados cristianos ofenden de manera semejante a los asedios, considerados por los tratadistas coetáneos como las batallas más complejas y, en consecuencia, con mayor posibilidad de ganar honra en ellas.

Una escaramuza sobresale en importancia (cuantitativamente) por encima de las demás por su semejanza con el asedio y la individualidad de las heroicidades cometidas (canto IV). Estando el marqués de los Vélez con su ejército por la banda de Murcia, acomete un monte, el monte Frigiliana. Coronado de espadas y lanzas como una fortaleza, y desde el que ruedan peñascos arrastrando todo lo que encuentran a su paso, dos hombres: Ponce de León y Juan de Villaroel, despreciando el peligro, se deciden a subir muriendo allí mismo. La muerte previa de dos soldados al intentar ascender al puesto defensivo resalta la valentía de cuatro capitanes que lo intentan más adelante. Manda entonces el marqués que se dispongan en orden para la batalla y repartida a todos lados la gente: «quedando en el exército soldados / en número y en forma conveniente» (IV, XXXVIII. 3-4) arremete de nuevo. Cuatro capitanes se señalan a través de sus acciones subiendo a la cumbre: Diego de Argote, Pedro de Acevedo, Cosme de Armenta y Francisco de Simancas (IV, XLVI).

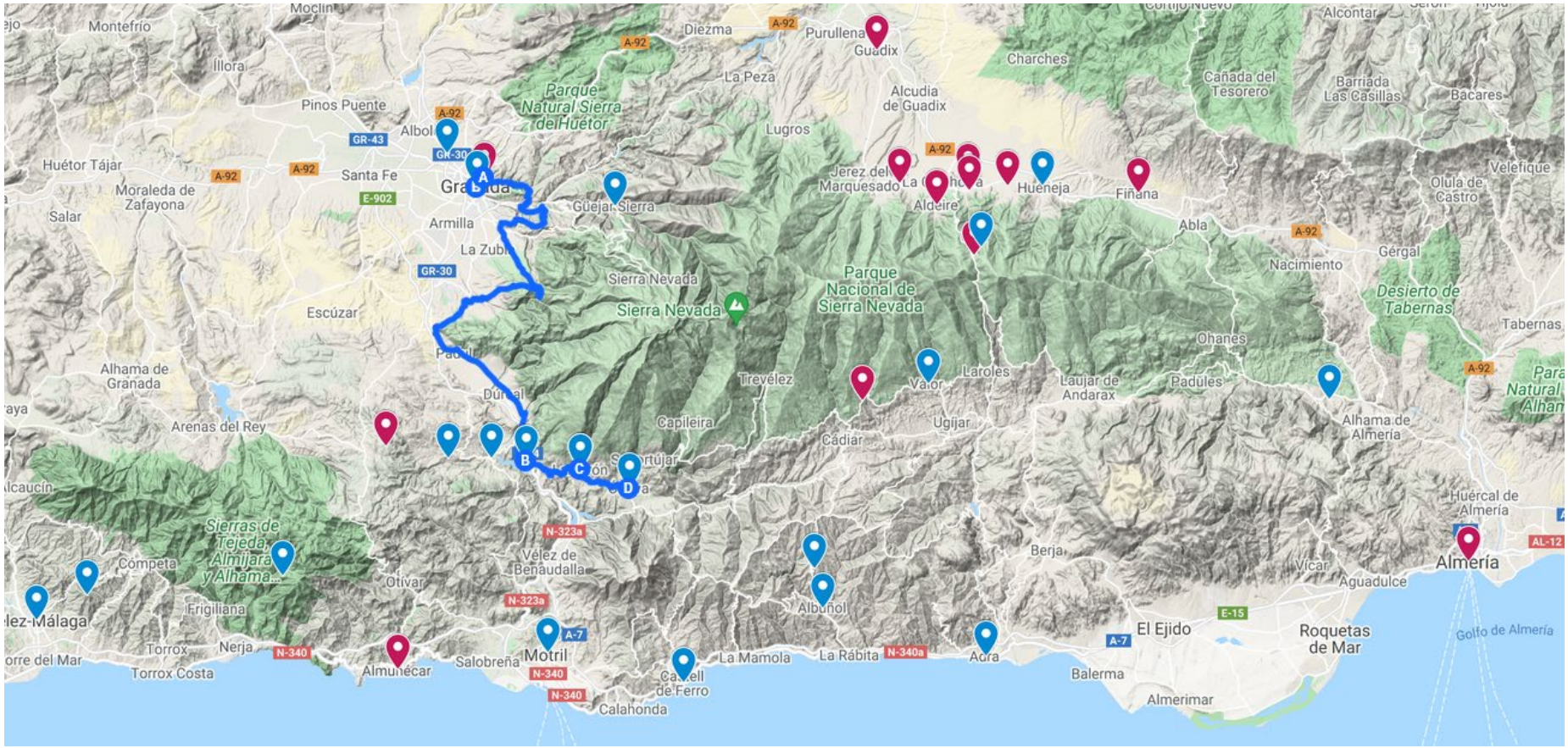


Figura 1. El Teatro de operaciones de la guerra de las Alpujarras y recorridos respectivos de las tropas cristianas según *La* Austríada. Recorrido A-E (Granada-Válor): Trayecto aproximado de las tropas del marqués de Mondéjar antes de la intervención de don Juan de Austria. Los emplazamientos en rojo son los pueblos unidos a la Rebelión frente a los azules, proveedores de soldados españoles.

La dificultad de la hazaña se concentra en la ventajosa dificultad del enemigo que hiere sin ser herido con flechas y armas de fuego:

> Difícil era y larga la subida
> y la defensa rezia la estorvava,
> de suerte que la furia descreída
> a su salvo ofendía y contrastava;
> usando de la pólvora homicida
> y de la flechería que bolava,
> herían a los nuestros de mampuesto
> con estrago y desorden manifiesto.
>
> No se adelanta allí passo de tierra
> si a buen precio de sangre no es comprado,
> porque desde las cumbres hazen guerra
> toda edad, todo sexo, todo estado;
> los altos riscos de la antigua sierra,
> sacados del lugar que havían durado
> por tantos siglos, caen desde su altura
> buscando nuevo centro en la hondura (IV, XLVIII-XLIX).

Dos elementos épicos resaltan la valentía de los cuatro capitanes en su hazaña. En primer lugar, el tópico del desprecio al empleo de las armas defensivas (IV, LIII. 1-56), en este caso mantas, «cierta defensa hecha de tablones o vigas, con que en lo antiguo se cubrian y defendian los soldados que iban a escalar o picar alguna muralla Cierta defensa hecha de tablones o vigas, con que en lo antiguo se cubrian y defendian los soldados que iban a escalar o picar alguna muralla» (*Aut*., IV, p. 486), y paveses, «escudo largo que cubre casi todo el cuerpo, y le defiende de los golpes y heridas del enemígo» (*Au*t., V, p. 169). En segundo lugar, la llegada de la noche con su consabida tregua natural (Verrier, 1997: 111) y la exigencia de mantener la posición avanzada durante la misma sin vitualla, sino «hambre, cansancio, río, angustia y pena» (*AU*, IV, LVIII. 8).

La valentía demostrada en las escaramuzas, bien mediante la ejemplaridad de los oficiales que acuden los primeros a la batalla, bien mediante los actos de virtud individuales de cada guerrero, es lo que confiere a los combatientes cristianos de Las Alpujarras su carácter heroico ante la ausencia de batallas campales en las que sobresalir demostrando la alta instrucción estratégica propia de los capitanes y generales.

5. El duelo entre caballeros de don Diego de Leiva e Ismenio de Escandería

En el canto X de *La Austríada*, la recreación de un combate cuerpo a cuerpo divide la batalla de Verja. Fracasado el asalto por sorpresa que el reyezuelo planeaba sobre las tropas del marqués de los Vélez en la plaza de la ciudad, y decretada, muy a su pesar la retirada de sus hombres, los moros huyen desbaratados entre disparos de arcabuces. Mientras los soldados españoles se preparan para el descanso, un caballero, don Diego de Leiva, persigue a caballo al turco Ismenio Escandería, «tenido por fortíssimo otomano» (X, XXXVII. 8) y uno «de solos quinze o veinte de cavallo, / que el rey traía por colaterales» (X, XXXVIII. 1-2). Rufo presenta a través de este enfrentamiento entre "caballeros" uno de los episodios más patéticos de la obra austrina: el duelo entre un gentilhombre cristiano y un oficial turco, pariente del reyezuelo y principal entre los sarracinos, otorgando a ambos combatientes similar rango social e instrucción bélica para el combate. La ocasión, propicia para la adquisición de la fama por la muestra del esfuerzo y la valentía (*Diálogo de la verdadera honra militar*, p. 58), era al mismo tiempo la máxima expresión del *ethos* caballeresco. El poeta se recrea en la descripción de un duelo con claros ecos ariostescos en el que los golpes entre los combatientes se intercalan con cierto desorden especificándose mediante una écfrasis el juego corporal de piernas y torso que permiten la recreación visual:

> Fanno or con lunghi, ora con finti e scarsi
> colpi veder che mastri son del giuoco:
> or li vedi ire altieri, or rannicchiarsi,
> ora coprirsi, ora mostrarsi un poco,
> ora crescer inanzi, ora ritrarsi,
> ribatter colpi e spesso lor dar loco,
> girarsi intorno; e donde l'uno cede,
> l'altro aver posto immantinente il piede (*Orlando furioso*, II, IX).

La ocasión sirve, como señala Cicchetti, para encomiar a don Diego de Leiva a partir de sus virtudes militares individuales: el valor y la fortaleza, demostradas en un enfrentamiento con un enemigo equivalente a él en rango y virtud militar:

> Questo [e] un fuello cavalleresco in piena regola, di cui emergono, come si vedrà, le costanti fondamentali, in modo particolare la lealtà nei confronti dell'avversario. [...] Il duello tra don Diego de Leiva e Ismenio Escandería è un elemento importantissimo

> nell'architettura del canto, assente nella *Guerra de Granada* e collocato nella parte centrale, quasi a dividere le due battaglie. Il duello, un ingrediente epico canonico, presente nei modelli di Rufo a partite dall'*Eneide* fino al *Furioso* o alla *Liberata*, deve essere scandito su momenti irrinunciabili. Tipica è, per esempio, l'apertura dello scontro con il dialogo di sfida tra i due personaggi. Nel nostro caso, Rufo non manca inoltre di tessere l'elogio del turco (XXXVII-XXXVIII), poiché la sua nobilitazione contribuisce a rendere ancora più evidente il valore del cristiano che riuscirà ad abbattere un nemico così forte; ciò è consentito dalla superiore valutazione che i turchi ottengono da Rufo rispetto ai *moriscos* (2011: 369).

El combate cuerpo a cuerpo es presentado conforme a la estructura típica de los duelos con un progresivo aumento de la brutalidad de la pelea que se concreta en la paulatina aproximación de los guerreros. Su *narratio* abarca las tres fases del mismo: causa (o provocación directa), desarrollo (coerción por la fuerza y violencia *in crescendo*) y desenlace (violencia máxima). Desde la primera provocación de don Diego de Leiva, se revela la confianza del cristiano en sus capacidades para la lucha y su deseo de perturbar al enemigo con la finalidad de que, arrebatado por una ira incontrolable, descuide sus conocimientos militares y golpee aleatoriamente. De ahí que don Diego increpe al turco en su precipitada huida a lomos del noble animal excitándolo al combate en tan señalada ocasión:

> "¡Espera, turco, espera! ¡Aguarda, aguarda!
> Un hombre solo soy, ¿quién te acovarda?
>
> Detente, que no es cosa permitida
> haver venido tú desde el oriente,
> a pensarte valer de la hüida
> cuando más te conviene ser valiente" (*AU*, X, XXXVIII. 7-8; XXXIX. 1-4).

El diálogo, cargado de una aguda ironía, anticipa al lector el favorable resultado del enfrentamiento hacia el bando cristiano. Nada deja Rufo al azar cuando señala que Ismenio comprende la seriedad de la provocación, pues «era asperto en aljamía» (X, XL. 1). La respuesta, igualmente astuta, nos desvela un enemigo que difiere de los moriscos presentados por Rufo en la batalla de Las Alpujarras. Lejos de amedrentarse y avergonzarse por su comportamiento en la escaramuza, el turco opta por atribuirse la responsabilidad de la situación derivada de sus acciones e irónicamente se atribuye a sí mismo el artificio de la estratagema que le ha permitido apartar a don Diego de su compañía con la intención de enfrentarse a él: «"Te truxe a este remoto apartamiento, /

donde de bueno a bueno en la pelea / se entienda cuál mejor de los dos sea"» (X, XLI. 6-8).

Llegados el uno junto al otro, comienza el desarrollo propiamente del combate. Rufo nos presenta a dos caballeros armados protocolariamente (tanto con escudos, como con lanzas y espadas) y dispuestos a luchar un combate honorable. La remisión a los torneos medievales es inevitable para el lector. Los púgiles, ensillados ambos en el caballo y armados de lanzas y adargas, se enfrentan entre sí furiosamente quebrando los petos y las lanzas en la primera embestida. El violento ímpetu que rige el combate queda definido desde la primera acometida. Destrozadas las armas en el primer choque frontal, ambos luchadores empuñan a continuación sus respectivas espadas. El arrojo de la primera ofensiva por parte de don Diego descargando un golpe con el brazo alzado hacia la cabeza desarmada del turco, que lo esquiva, quedando herido su caballo, le concede la primera ventaja:

> Esto dicho, lançadas se tiraron,
> firmes y recogidos en las sillas,
> las astas en los petos se quebraron,
> saltaron por el aire las astillas;
> al punto las espadas desnudaron,
> mostrando de su esfuerço maravillas;
> las adargas les sirven de rodelas,
> y a cada cual su brío pone espuelas.
>
> […]
>
> Estando pues assí la lid travada,
> un altibaxo descargó don Diego;
> el turco, la cabeça desarmada,
> atrás retira presto más que el fuego;
> mas al baxar la fiera cuchillada,
> hizo al cavallo de él un ojo ciego:
> huye con el dolor de la contienda,
> sin más obedecer mano ni rienda (X, XLIII; XLV).

El descenso del animal en la batalla supone la culminación de la primera parte del combate y la oportunidad de don Diego de demostrar su ética caballeresca. El cristiano, consciente de que la desigualdad en condiciones le resta honor al duelo, decide descender de su montura y pelear a pie con el otomano. Omite Rufo los continuos golpes que intercambian por largo período de lucha recreándose a continuación en la figura de los

guerreros cansados de la lucha e indefensos ante sí por la pérdida de las armas protectoras que portaban, destrozadas de los golpes recibidos: «Ya andavan por el suelo las adargas, / hechas pedazos del cortar furioso» (X, XLVIII. 1-2). La siguiente imagen de los soldados difiere bastante de la primera al describirlos con las piernas temblorosas y cansadas del esfuerzo realizado, pero con una fuerza interior extrema que los impulsa a seguir luchando con los brazos y que revela la auténtica fortaleza de don Diego de Leiva, la fortaleza interior, alabada por los tratadistas por encima de la física: «La fuerza del alma es mayor que la del cuerpo. Saben también que el hombre no es hombre por la fuerza corporal que tiene, sino por la razón con que la ejercita» (*Diálogo de la verdadera honra militar*, p. 73).

A partir de este momento, el desarrollo de los golpes en el duelo entre los dos caballeros sigue el modelo propuesto por los manuales de esgrima de la época y que los poetas épicos describieron con gran patetismo. Las dos tácticas, ofensiva y defensiva, se intercalan entre los combatientes en su prolongado intento de herir al enemigo. La creatividad de Rufo para ennoblecer al combatiente cristiano parece ilimitada al mostrar al otomano de hinojos intentando un nuevo ardid de guerra mientras don Diego alza los brazos para lanzarle un golpe:

> Don Diego a manteniente un golpe tira
> sobre el corvado cuerpo del pagano;
> él le repara y un revés le gira
> por baxo, con furor tan inhumano
> que consiguiera el premio de su ira,
> si la propicia suerte del cristiano
> no prefiriera allí su ligereza
> a la otomana rabia y su presteza.
>
> Saltó en el aire el diestro cavallero,
> passó el contrario alfanje sin efeto,
> mas, al baxar a su lugar primero
> y al enhestarse el falso Majometo,
> un tajo le alcançó terrible y fiero
> que le hiziera visitar a Aleto,
> si los doblezes del turbante largo
> el golpe no tomaran a su cargo (*AU*, X, LI-LII).

Finalmente, tras ser herido el turco, queda aturdido dando traspiés desconcertados, ocasión que Leiva aprovecha para cerrarle el paso y acometerle nuevamente con mayor ímpetu. La violencia de los golpes es reforzada por la comparación del movimiento de

los combatientes con los remolinos de polvo que se crean bajo sus pies ascendiendo hacia el cielo (X, LIV). Estando empatada la lucha cuerpo a cuerpo, don Diego levanta del suelo al turco para lanzarlo y él se prepara para caer de pie con las piernas abiertas y apretar los brazos para embestirlo.

Acomete el cristiano por el lado izquierdo con la espada y, sobrepasándolo da la vuelta, el turco se apoya sobre su lado derecho y don Diego, aprovecha el instante para cargar furiosamente contra él haciéndolo caer al suelo. Don Diego muestra entonces la única muestra de clemencia con Ismenio al otorgarle la oportunidad de rendirse y caer preso de los cristianos. Ismenio, en cambio, herido en su orgullo, rehúsa soberbiamente a la vida lastimera de preso de los cristianos mientras «procura de salir de aquel estrecho, / moviendo braços, piernas, cuello y pecho» (X, LVIII. 7-8) como una serpiente venenosa que se retuerce de ira y dolor al ser atrapada por un águila. La metáfora zootrópica mediante la que se deshumaniza al turco provoca la desaparición de cualquier sentimiento de compasión que hubiera podido suscitar la escena en el lector. Finalmente, don Diego lo degüella y el turco muere lanzando «un gemir rabioso con la vida» (X, LX. 8) mientras el caballero cristiano regresa vencedor y gozoso a Verja.

La muerte rabiosa de Ismenio, contrastará con la de don Luis Quijada, malherido de un balazo en la toma de Serón, quien «en haviendo hecho / las diligencias de fïel cristiano, / fue a presentarse en el jüicio estrecho» (XVII, XII. 2-5). Partiendo de la diferencia entre defunción, como final de las funciones vitales, y la muerte, como acción que conduce a ese final, es posible afirmar que «el morir depende también de nuestra voluntad y, lejos de aniquilarnos, puede revelar lo que somos y qué es nuestra libertad» (Hadjhadj, 2012: 36-37). Por eso se preguntaba san Agustín: «*Vita misera est, mors incerta est; subito obrepat; quomodo hinc exibimus?*» (*Confesiones*, VI, VI, p. 252). La muerte de don Luis Quijada revela la muerte de un cristiano, fiel a la religión y a las enseñanzas que a finales del siglo XV se difundieron sobre el *Arte de bien morir* (publicado en España entre 1479 y 1484). Ismenio, por el contrario, sucumbe a las tentaciones contra las virtudes teologales que, según el tratado (p. 55), padece el hombre en la hora final: fe, desesperación, impaciencia, vanagloria y avaricia, fundamentalmente, la segunda, la desesperación, (p. 67) como demuestra su actitud desenfrenada y su incapacidad para aceptar el resultado del combate.

Igualmente, las reacciones de los soldados a la muerte del enemigo y del compañero, respectivamente, sirven para retratar simultáneamente la compañía castellana. La muerte de Ismenio provoca un sentimiento de euforia en Diego de Leiva fruto de la superación del mayor peligro (la muerte) gracias al valor y la fortaleza interior demostrada, pues, pese al cansancio exterior, continúa la lucha sin rendirse. La alegría será compartida con los soldados de su compañía, quienes, dice el poeta: «participavan de alegría extraña» (*AU*, X, LXI. 7-8). Sin embargo, y como es de esperar, el fallecimiento de Luis Quijada suscita una gran tristeza en el campo castellano, que «lloró su fin» (XVII, XIII. 5), lo que lleva al lector a intuir el espíritu de camaradería que existía en la tropa.

La retórica del duelo entre los dos caballeros contrasta fuertemente con el enfrentamiento individual entre Huzén y Aben Abo a causa de una mujer.

> Tíranse apriessa tajos y reveses,
> mandobles y altibaxos rebolviendo,
> ya de almetes les sirven, ya de arneses
> los prestos filos que andan esgrimiendo.
> […]
>
> Assí de aquel combate vïolento
> resultava un altíssimo sonido
> de fuertes golpes, y penoso aliento
> para hazer más fuerça detenido;
> no era el herirse de esta lid a tiento
> […]
>
> Durava por los dos neutral la suerte
> hasta que declinó contra el de España,
> y el cita le alcançó con braçó fuerte
> un golpe, que en su sangre el suelo baña;
> el moro, aunque herido está de muerte,
> de esfuerço sus desdichas acompaña,
> y piensa de Huzén ser homicida,
> pues tras el bien le priva de la vida (XIV, LXII. 1-4; LXIII.1-4; LXV).

El desorden de la contienda viene determinado por el caótico empleo de las armas descrito en la enumeración que la inicia y la síntesis auditiva del combate despersonalizándolo de cualquier individualidad que nos permita identificar algún rasgo táctico o valeroso de los luchadores.

6. El poder de la artillería en los asedios modernos: Las Albuñuelas y Galera

Dos asedios ofensivos preparados estratégicamente por dos capitanes interrumpen las constantes escaramuzas de Las Alpujarras en el poema: el asedio a Las Albuñuelas (canto X) acaudillado por don Antonio de Luna «alto cavallero / ilustre en sangre, en armas escogido» (*AU*, X, LXVIII. 6-8), y el asedio a Galera (canto XVI), encabezado por don Juan de Austria.

Tras las ofensivas de los moriscos a los campos cristianos, Antonio de Luna reúne las guarniciones de Padul, Dúlcar y Tablate sumando mil hombres de infantería y doscientos de caballería y se acerca al valle de Las Albuñuelas con la intención de asediar a los moriscos rebeldes. El enclave, favorable topográficamente para el ataque de la caballería por su disposición tripartita a la entrada del valle, provoca en cambio en las tropas cristianas el desorden de la infantería (X, LXXIV. 8) consecuencia de la escasa disciplina de la tropa incapaz de guardar el orden en los pasos anchos (en contraposición de los pasos estrechos en los que, por las propias condiciones del espacio, era más fácil que permanecieran agrupados). La falta de previsión del caudillo al que ha sorprendido la luz del día marchando hacia el valle es la causante del retraso en la tentativa (X, LXX. 5-8) pues, alertados los moriscos, se refugian en las montañas. Tras el consabido saqueo e incendio de la ciudad, un grupo de rebeldes, encabezado por Arrendate los sorprende provocando la huida de un grupo de ellos. Los soldados restantes, fieles al capitán forman un pequeño escuadrón sobre el que recae la acción heroica de la infeliz escaramuza. El contraste de inferioridad numérica frente al atacante realza el valor y obediencia de la tropa restante. La disciplina militar del pequeño escuadrón queda de manifiesta antitéticamente. Frente a la inmovilidad de los soldados armados de picas y coseletes que esperan al enemigo, el poeta recala en la velocidad de disparo y carga de las armas de fuego:

> La multitud arábiga arremete,
> ellos esperan juntos y apiñados:
> cuales están con pica y coselete,
> sobre los pies derechos afirmados;
> y cuales de arcabuz y pistolete
> tiros acelerando frecuentados,

con una priessa tan incomparable,
que solo al pensamiento es imitable (X, LXXXI).

Céspedes, siguiendo los postulados del buen capitán, y dando ejemplo a sus hombres, se lanza en medio del escuadrón enemigo arremetiendo con su espada: «taja, passa, y abolla, rompe y hiende, / corta, lastima, oprime, abre, cercena» (X, LXXXIV). La actitud valerosa y desdeñosa del peligro del capitán, cualidades requeridas para el gobierno adecuado del escuadrón contrasta con la del caudillo morisco, Arrendate, que saliéndole al encuentro con cuatro turcos «robustos y afamados mosqueteros» (X, LXXXV) ordena que disparen juntamente siendo atravesado por una bala. Los últimos alientos le permiten arremeter todavía al moro (esquivo) con su fuerza natural. El empleo desproporcionado de las armas de fuego contra el capitán, que luchaba cuerpo a cuerpo, priva al enemigo obtener la gloria derivada de semejante trofeo bélico.

La participación de don Juan como general eleva la tensión épica del encuentro bélico desde el comienzo del mismo con la marcha hacia la batalla. El episodio aparece narrado en la crónica de Hurtado de Mendoza escuetamente:

> No fue parte este daño para que a los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro día, y así lo pidieron a don Juan: el cual pareciéndole no ser bien poner su gente en más riesgo con tan poco fruto, y tratádose en consejo mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Los enemigos considerando su peligro cercano y la tardanza de socorro, despacharon a Abeabó pidiéndole favor, a lo cual Abenabó cumplió con solas esperanzas, porque la diligencia del Duque en lo del Alpujarra, le traía sobre aviso, temeroso y puesto en arma. Acabadas las minas mandó don Juan que se encendiesen la una una hora antes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazos de muralla aunque con poco daño de los cercados, por estar prevenidos en el hecho; y así seguros de más ofensa se pusieron a la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlo, y otros procurando que derribando todo lo de aquella parte hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto cargando la artillería de nuestra parte se comenzó el asalto muy riguroso: porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados a dejar el muro con pérdida de muchas vidas: adonde se mostró buen caballero por su persona don Sancho de Avellaneda herido del día antes, haciendo muchas muestras de gran valor entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala todo junto murió (*Guerra de Granada*, IV, pp. 343-344)

Frente al asedio frustrado de Las Albuñuelas, Rufo se recrea en la narración del asalto a Galera, ciudad resistente a la extensa ofensiva del marqués de Vélez. El emplazamiento impenetrable, comparado repetidamente con un diamante (XVI, XX. 6; XVI, XXIII. 1) y la selección de los mejores moriscos y turcos para el combate (XVI, XX.

3-4) otorgan el carácter épico al asedio cuya novedad táctica recae en el uso ingeniero de la pólvora. Don Juan planea conquistar el castillo enemigo con «la terrible industria que viçarro / nombre de fama dio al conde Navarro[110]» (XVI, XXIII. 7-8); es decir, mediante el empleo de minas. La metodología de conquista del pueblo asediado era sencilla: bien se derribaba un muro, bien se minaba. Desde la Antigüedad, los asedios se habían tipificado estratégicamente en dos vertientes. Por un lado, el asedio "desde lo alto", es decir, a partir de la superación individual (trepando) de los muros y elementos protectores empleados por el enemigo. En segundo lugar, mediante el empleo de la fuerza bruta y la utilización de herramientas especializadas (como los arietes), que permiten abrir huecos mediante los que penetrar en el emplazamiento ofendido. Este segundo método se vio modernizado como consecuencia del empleo de la artillería mediante la inserción de minas que favorecieran la empresa: «Lo normal era excavar un túnel bajo el muro para minar sus cimientos. Hasta que la mina estuviera completa, el túnel estaba entibado, lo que sujetaba al muro. Cuando se había terminado, el entibado se quemaba y al derrumbarse, el túnel se llevaba consigo al muro» (Bennet, Bradbury, DeVries *et al.*, 2007: 192). Sin embargo, la verdadera eficacia de la artillería en los asaltos estaba comprometida, pues, en ocasiones, dice Mendoza, «acontece dar un asalto y descubrirse en él no sólo traveses, pero dar fuego alguna mina o minas con que dificulte la entrada y tener reparada la batería de suerte que, aunque haya parecido buena, no lo es» (Mendoza, *Teórica y práctica de guerra*, p. 100).

Los soldados que acompañan a don Juan poseen una formación específica geométrica y marchan haciendo «capaz fosa y circüito» (*AU*, XVI, XXIV. 8). La táctica aparece descrita con detalle:

> Y en lugar de la fría y seca tierra,
> que del espacio cóncavo sacaron,
> açufrado carbón de muerte y guerra
> en cerrados barriles aplicaron;
> un extremo de cuerda el uno encierra,
> y el otro los artífices tiraron
> hasta alguna distancia, donde fuego
> con sutil le pegaron luego (XVI, XXV).

[110] Pedro de Navarro, general durante el reinado de los Reyes Católicos por ser el inventor y perfeccionador de las minas militares (Cicchetti, 2011: 564).

Las explosiones mineras no causan el efecto esperado y gran parte del peñón queda tajado de manera imposible de trepar y otorgando mayor ventaja ofensiva al enemigo (XVI, XXXVII). Alcanza la batalla el clímax con la entrada del general austrino que, viendo la confusión y el peligro al que se enfrentan sus hombres se cuela entre los soldados intentando pelear hasta que una bala le da en el pecho sin llegar a atravesar la armadura: «No hizo el de Austria de ello sentimiento, / ni del peto miró la batería; / solo en llegarse al muro lleva intento» (XVI, XLI. 1-3). El motivo del "golpe que no hiere", consagrado como advertencia providencialista en la materia épica, revela la verdad de la contienda: «No es tan ardua la empressa de Galera / que sea digna del riesgo de tu vida» (XVI, XLIII. 1-2).

Un nuevo ardid de guerra anticipa la capacidad estratégica de don Juan que culminará en la batalla de Lepanto. Cansado de ver su ejército expuesto ordena minar de nuevo el terreno mientras encarga a Pedro de los Ríos que llegue a la batería del frente y que dilaten, «por orden mío» (XVI, XLV. 8) el combate. La obediencia del escuadrón a las órdenes de don Juan y la explosión secuenciada provocan el daño deseado:

> Mas Su Alteza, con traças advertidas,
> la una manda que se encienda luego,
> y la otra después más de una hora,
> por mayor daño de la gente mora (XVI, LXVI. 5-8).

El empleo correcto e inteligente de la artillería se configura como la herramienta de la victoria en el conflicto. La desproporción entre los combatientes (mil doscientos cristianos frente a un grupo de rebeldes moriscos) queda excusada por don Juan en una carta a su hermano Felipe en la que le informaba del devenir de la revuelta en la que «el más covarde moro es ya valiente / y el más visoño plático soldado» (XV, XLII. 5-6). La configuración retórica del combate permite el encomio dual de las hazañas realizadas por soldados particulares a través de los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, como el caso de Gaspar de Sámano y Quiñones (XVI, LII. 5-8), y del efecto de las minas. La comparación reiterativa mineralógica de la fortaleza trasciende el simbolismo inherente a su propiedad cualitativa justificando, indirectamente, la proporcionalidad (desproporcional) de la pólvora empleada para el asedio.

7. La cristiandad contra el Islam: una guerra justa extrapeninsular

La *lamentatio* anónima de un cristiano al marqués de Mondéjar tras la matanza cometida por los moriscos rebeldes en Béznar concluye con una revelación fundamental al estimar las muertes de martirios y los despojos como consecuencias «de la injusta guerra» (III, LXIII. 4). Las declaraciones, que otorgan un sentido más religioso que político a las víctimas cristianas, trascienden el carácter sedicioso de la revuelta. Tiene razón Albert Mas al afirmar, basándose en el envío de información de Aben Abo al rey de Alger cuando es designado para suceder a Aben Humeya, que el poeta abarca en su obra la totalidad del conflicto religioso entre el cristianismo y el islamismo, siendo éstos últimos el verdadero enemigo de la cristiandad, y los moriscos, su instrumento político internacional (1967: 202). El turco se había convertido en el infiel por antonomasia, el enemigo externo que favorecía la unidad de la cristiandad (Puddu, 1982: 250-253) y la lucha contra el imperio otomano por la Santa Liga bajo la comandancia de don Juan de Austria favoreció la exaltación del logro de Lepanto como obra de la Monarquía Hispánica. Y, a su vez, la estrecha relación entre la guerra de Granada y la victoria naval de Lepanto en el poema (*La Austríada*), ambas bajo el mando militar de don Juan, enfatiza asimismo el carácter español de las victorias (Vilà, 2001: 638). Los poemas épico-cronísticos que narraron la hazaña del mediterráneo lo hicieron bajo un sentimiento nacionalista en el ámbito político y de santidad en el religioso:

> Rufo […] fa leva sul sentimento nazionalistico, che si coloriva sempre più di toni misticheggianti, e s'identificava progressivamenete con ideali religiosi caraterristici della controriforma: la guerra "santa" contro l'infidele, il miscredente; così anche il massacro obbrobioso delle Alpujarras viene elevato al rango epico della battaglia di Lepanto, e i due episodi, tanto differente, giungono ad identificarsi attraverso la deformazione di una stessa propesttiva eroica. *L'Austríada* è veramente il poema nazionale della Spagna, ormai decadente, di Filippo II, poichè ne esprime gli ideali dominanti (Caravaggi, 1974: 198-199).

Más que una santa cruzada, los poemas épico-cronísticos justificaron la lucha contra el imperio otomano entendiendo la guerra defensiva como "justa" y su motivo "santo". A comienzos del canto III de *La Austríada* España clama alegóricamente a Dios que le permita expulsar al turco de su imperio:

> Estava ya la guerra declarada
> y el negocio venido en rompimiento,

la gente ruda andava alborotada,
la discreta encubría el sentimineto;
cuando España devota y angustiada
al cielo alçó la voz con triste acento,
diziendo a Dios: ¡"Oh padre pïadoso,
oye mi sentimiento doloroso.

Si domé las antárticas regiones
por ti, Dios mío, y vi otro nuevo día;
si tu ley escriví en los coraçones
de aquella gente que ídolos creía;
si por trabajos y persecuciones
prosigo esta demanda todavía;
si procuro lançar con guerra tanta
al turco inmundo de la Casa Santa,

toque el amargo son de mi gemido
tus grandes puertas de misericordia,
y responda al remedio que te pido
de los cristianos reyes la concordia;
que los mortales golpes que he sentido
y agudos filos de civil discordia
abivan y encrudelecen mis dolores
con el justo temor de otros mayores.

Nave de Pedro soy y en el mar fiero
resisto al Cierço, al Ábrego y Solano;
Pío Quinto es mi santo marinero,
y Filipe el timón lleva en la mano;
al uno el coraçón puro y sincero
es aguja y tú el norte soberano,
al otro el claro ingenio que a ti ofreece
la vista informa y braço fortalece (*AU*, III, XXXVII-XLI).

La petición de España se asienta en las premisas de la "guerra justa". En 1557, Francisco de Vitoria puso la primera piedra teológica sobre la moral del ejército. Continuando con los fundamentos tomistas, el dominico expuso las cinco razones de ser de la "guerra justa":

> Quae possit esse ratio et causa belli. 1. Causa iusti belli non est diversitas religionis. 2. Non est iusta causa belli amplificatio imperii. 3. Non est iusta causa belli gloria propria aut aliud commodum principis. 4. Una sola est causa iusti belli, scilicet iniuria accepta. 5. Non quaelibet et quantavis iniuria sufficit ad inferendum bellum. Quae quaestio magis conducit hanc disputationem barbarorum (*Relectio de iure belli*, III, p. 122).

Aunque las diferencia de religiones no se aceptaba como causa justa para la guerra, los bárbaros quedaban excluidos excepcionalmente: «Quia possessio et occupatio provinciarum illarum barorum, quos indos vocant, videntur tandem maxime iure belli

posse defendi, ideo postquam in prima relectione disputavi late de titulis quos hispani possunt praetender ad alias provincias, sie iustir sive iniustis, visum est de iure belli brevem utique disputationem habere, ut superior relectio absolutior videatur» (*Relectio de iure belli*, p. 96).

Si bien a los soldados no les correspondía juzgar la causa por la que peleaban —como indica la obra del dominico (*Relectio de iure belli*, I, p. 99) y repite (canto VI)— los poetas épico-cronísticos demostraron una gran preocupación por justificar la moralidad y legitimidad de las guerras que representaban. Ercilla, en el último canto de *La Araucana* (XXXVII), se hacía eco del debate acerca de la licitud de la guerra señalando al príncipe como único sujeto capaz de enjuiciar la justicia de la guerra emprendida:

> Digo también que obligación no tiene
> de inquirir el soldado diligente
> si es lícita la guerra y si conviene,
> o si se mueve injusta o justamente;
> que sólo al rey, que por razón le viene
> la obediencia y servicio de su gente
> como gobernador de la república,
> le toca examinar la causa pública (*AR*, XXXVII, XII).

Del mismo modo, exponía teóricamente los principios éticos de una guerra justa:

> La guerra es de derecho de las gentes
> y el orden militar y diciplina
> conserva la república y sostiene,
> y las leyes políticas mantiene.
>
> Pero será la guerra injusta luego
> que del fin de la paz se desviare,
> o cuando por venganza o furor ciego,
> o fin particular se comenzare;
> pues ha de ser, si es público el sosiego,
> pública la razón que le turbare:
> no puede un miembro solo en ningún modo
> romper la paz y unión del cuerpo todo (*AR*, XXXVII, III. 5-8; IV).

Sus conclusiones no resultan novedosas. Además de los teólogos, los tratadistas militares también habían debatido en sus numerosos escritos la licitud de la guerra

entablada por cristianos. Al respecto, Garcia de Palacio destacaba que una de las razones más justificadas era la lucha contra el infiel, los moros:

> Pero otra razon es de los Moros que biven en las tierras que fueron subjetas al Imperio Romano, y que fueron de christianos, quales son las tierras de Adrica, y muchas Provincias de Asia, y en Europa, las del Imperio de Constantinopla que ahora tienen los Turcos, porque a estos qualquiera Principe Christiano les puede hazer guerra, ansi por ser enemigos comunes, (como) porque matan, y roban los Christianos donde quiera que se pueden aprovechar dellos; porque nos tienen injustamente (y con injuria,) occupadas nuestras tierras, sin querer ni tratar de resrituyrnoslas (Garcia de Palacio, *Diálogos militares*, I, f. 17r).

Sin embargo, Ercilla va más allá en su razonamiento justificando, al igual que Francisco de Victoria, legitimidad de acciones inicialmente inmorales en función de la raíz primera: la legitimidad de la guerra emprendida:

> Entonces como un ángel sin pecado,
> puesta en la causa universal la mira,
> puede tomar las armas el soldado
> y en su enemigo esecutar la ira;
> y cuando algún respeto o fin privado
> le templa el brazo, encoge y le retira,
> demás de que en peligro pone el hecho,
> peca y ofende al público derecho.
>
> Por donde en justa guerra permitida
> puede la airada vencedora gente
> herir, prender, matar en la rendida
> y hacer al libre, esclavo y obediente:
> que el que es señor y dueño de la vida,
> lo es ya de la persona y justamente
> hará lo que quisiere del vencido,
> que todo al vencedor le es concedido (*AR*, XXXVII, VI-VII).

Sus axiomas se asientan en los mismos que había presentado anteriormente el dominico:

> Quid et quantum liceat in bello iusto. 1. In bello iusto licet omnia facere quae necessaria sunt ad bonum publicum et ad defensionem boni publici. 2. In bello iusto etiam recuperare res perditas vel pretium illarum. 3. Licet occupare ex bonis hostium impensam belli et omnia damna ab hostibus iniuste illata. 4. Potest princeps iusti belli omnia quae sunt necessaria ad habendum pacen et securitatem ex hostibus. 5. Licet vindicare iniuram ab hostibus acceptam et punire illos pro huiusmodi iniuriis (*Relectio de iure belli*, IV, p. 130).

Los principios estipulados por los tratadistas y mantenidos por Ercilla continuaban vigentes a comienzos del siglo XVII. Las palabras que dedica Núñez de Velasco a la causa lo atestiguan:

> El uso de la milicia es violencia, muerte, robos e incendios, todo lo cual si la guerra es justa, es justo y permitido, y si el capitán fuere tal que tenga este principal requisito, no se ejercitará en guerra que no lo sea. Esta justificación tuvo el emperador don Carlos en todas sus guerras, de modo que jamás vino a rompimiento con sus contendientes, sin ser provocado, y sin hacerles primero las protestas y requerimientos necesarios para justificar su causa, teniendo en esto tanta espera y sufrimiento que alguna vez se atribuyera a flojedad y remisión si después con las armas no mostrara venciendo su tardanza y detenimiento había procedido de perfecta Cristiandad, y limpia conciencia, deseando siempre que la guerra de su parte fuese defensiva, y no ofensiva, porque es cosa cierta que Dios en cuya voluntad está la victoria da ordinariamente al provocado y ofendido. Y si algunas veces (que son raras) falta ésta regla, es cuando Dios por sus secretos juicios quiere con las armas de un tirano castigar y enmendar algún rey bueno y justo, que ninguno lo es tanto que no tenga algún defecto que enmendar ante Dios (*Diálogo de contención entre la milicia y la ciencia*, VI, pp. 208-209).

Las atrocidades cometidas por los cristianos en las guerras emprendidas quedaban argumentadas gracias a la finalidad última (religiosa) de la guerra: la lucha contra el infiel, el hereje o el idólatra. Murrin explica así la mayor lista de actos crueles cometidos en ambos bandos en *La Austríada*:

> Juan Rufo has the longest list of atrocities, for in his *Austriada* he presented mostly the revolt of the Moriscos, during which both sides adopted tactics of terror and extermination. Muslims violated Spanish women in the sight of their families, cut off the hands and feet of some, burned others slowly over fires, and skinned still others with flints. Women inflicted a thousand wounds on some Christians, using their brooches. Finally, the rebels crucified two young brothers who refuse to apostasize (IV). Christians reacted with a corresponding harshness. The Moriscos who surrendered at Guájaras were killed (IV), and at Galera the Spaniards took no prisoners and were slowed at their entry only by corpses (XVI) (1994: 209).

Las referencias a la rectitud de la causa emprendida abundan a lo largo de toda la composición de Rufo: «La justa causa y sancto presupuesto / de la notable empressa de cristianos» (*AU*, XXII, CIX. 1-2); «la Iglesia santa en fe representamos, / y por Dios uno y trino peleamos» (*AU*, XXIII, XVI. 7-8). Ercilla había asentado metafóricamente la concepción de las tropas que luchan contra el imperio otomano con las murallas de la Iglesia:

> "¡Oh valerosa compañía,

muralla de la Iglesia inexpugnable,
llegada es la ocasión, éste es el día
que dejáis vuestro nombre memorable,
calad armas y remos a porfía
y la invencible fuerza y fe inviolable
mostrad contra estos pérfidos paganos
que vienen a morir a vuestras manos!

[…]

Mirad que del valor y espada vuestra
hoy el gran peso y ser del mundo pende;
y entienda cada cual que está en su diestra
toda la gloria y premio que pretende" (*AR*, XXIV, XI; XIII. 1-4).

Se trataba por tanto, de una guerra, no solo justa, sino defensiva, lo que acrecienta el carácter legítimo de la misma. Las imágenes finales en los poemas (*Araucana* y *La Austríada*) refuerzan la idea de una guerra justa por la religión cristiana. Mientras Ercilla declara la característica de los soldados como *milites Christi*:

"¿Qué peligro, ¡oh varones!, temeremos
militando debajo de tal mano [la de Dios]?
¿Y quién resistirá vuestras espadas
por la divina mano gobernadas?

Sólo os ruego que, en Christo confiando
que a la muerte de cruz por vos se ofrece,
combata cada cual por Él mostrando
que por llamarse su mílite merece" (*AR*, XXIV, XVI. 5-8; XVII. 1-4),

Rufo termina el poema con el *Te deum* laudatorio (*AU*, XXIV, XCVI-XVII) y el alzamiento del estandarte cristiano:

el ínclito don Juan Manda a su gente
que enarbole el pendón santo y bendito,
en que estava el retrato soberano
de aquel que redimió el linaje humano (*AU*, XXII, XCVII. 5-8).

La justicia de los fundamentos que amparan las guerras de la Monarquía Hispánica, se encuentra respaldada en todos los poemas épico-cronísticos por su causa última religiosa, bien amparada en el combate al infiel y al hereje, bien mediante la evangelización del indígena idólatra. La defensa firme de la misma, sin cuestionamiento alguno, no hace sino elevar el grado de las hazañas de los héroes propuestos, gracias al plano trascendental y sobrenatural al que, en su causa última, se dirigen.

7. LA BATALLA DE LEPANTO Y LA PIRATERÍA ULTRAMARINA: ENFRENTAMIENTOS NAVALES EN LA POESÍA ÉPICA

1. GALERAS Y GALEONES: LA TÁCTICA NAVAL EN EL SIGLO XVI

Como consecuencia del descubrimiento del Nuevo Mundo y la aparición del galeón en las armadas europeas, a comienzos del siglo XVI, el arte de navegar sufrió una transformación sustancial abandonándose la técnica naval de cabotaje en la que los pilotos se guiaban por los accidentes orográficos, por una "navegación del altura u oceánica". Paralelamente a estas innovaciones técnicas, el arte militar naval también se vio alterado. Al factor de peligrosidad inherente a la batalla, se añadía un escenario ingobernable e inestable en las contiendas navales: el mar[111].

Desde la Antigüedad, los tratadistas militares fueron conscientes del aumento del riesgo que esta tipología de conflicto bélico suponía y la necesidad de hombres de guerra con cualidades específicas. En el plano táctico, Vegecio dedicó los últimos capítulos del IV libro de sus *Epitoma rei militaris* (XXI-XLVI) al desarrollo de la guerra naval abordando cuestiones tanto técnicas, relacionadas con la construcción de las naves, como meteorológicas, e incluso náutico-militares. El riesgo muerte de infantes y oficiales en la batalla se veía aumentado fundamentalmente por dos factores: la imposibilidad de una retirada rápida, como en el caso de las contiendas en tierra, y el ahogamiento al caer al mar. A mayor factor de peligrosidad, mayor virtud era requerida. Aristóteles señaló la necesidad de unas cualidades en mayor extremo para los hombres de guerra marinos frente a los terrestres:

> Si el hombre de valor es inaccesible al temor, sea en la tempestad, sea en las enfermedades, no lo es tanto como lo son las gentes de mar. En tales circunstancias [de peligro], los hombres más valientes pueden desesperar de su salvación y lamentar una muerte tan poco digna, mientras que la gente de mar conserva, por lo contrario, cierta esperanza nacida de su experiencia y del hábito de su oficio. Además, debe tenerse en cuenta que el valor se muestra en los casos en que es preciso defenderse con energía y en que la muerte puede ser honrosa; pero no hay defensa posible ni es cuestión de honra cuando se muere de una enfermedad o en un naufragio (*Ética*, 1094a145).

[111] Entiéndase aquí el término mar, como los tratadistas del siglo XVI, en una amplia acepción, ya sea mar propiamente, u océano.

Los tratadistas del Quinientos continuaron la estela aristotélica. Ejemplo de ello son las palabras que dedica Alonso de Cartagena a los caballeros instruyéndoles sobre las ventajas que posee el caballero que pelea a caballo frente al marinero:

> Ardimiento muy grande hacen aquellos que aventuran sus cuerpos andando en guerra por tierra, según de suso mostramos, mas mucho es mayor de los otros que guerrean por mar. Ca en la guerra de la tierra no es el peligro sino de los enemigos tan solamente, mas en la mar es de esos mismos, y demás del agua y de los vientos. Y aún, sin esto, hay otro peligro, que si el que cae del caballo no puede más descender de hasta tierra, y si estuviere armado, no le hará mal; mas el que cae del navío, por fuerza ha de ir hasta el fondón de la mar, y cuánto más armado fuere, tanto más aína desciende y se pierde (*Doctrinal de los caballeros*, p. 145).

En un caso extremo, Francisco Melo bautizaba el mar como el mayor enemigo de las tropas navales a causa de la indomabilidad de éste a la voluntad humana: «El mayor enemigo con que suelen combatir las Armas y ejércitos que navegan, es la mar, de cuya fuerza reciben mayor daño que de ningún otro contrario: y supuesto que el resistirlo no está debajo el poder de la industria humana, cuenta es más la dificultad de hacerlo, tanto debe ser más el cuidado en que no por nuestra culpa vengamos a lidiar con fuerzas tan desiguales» (*Política Militar*, XXII, p. 137).

Las batallas navales que libró la Monarquía hispánica a lo largo del siglo XVI fueron en su mayoría defensivas (Núñez de Velasco, *Diálogo de contención entre la milicia y la ciencia*, p. 258), y las circunstancias en que se producía el conflicto determinaban la composición de la flota que no se consolidó en una armada hasta mediados del siglo XVI. Dos posibles "flotas" podían configurarse en el siglo XVI: «la primera, es flota de galeas y de naos armadas, poderosas de gente, y bien así como la gran hueste que hacen por tierra; la segunda, es armada de algunas galeas y de leños corrientes o de naos armadas en curso» (Cartagena, *Doctrinal de los caballeros*, p. 138). Los soldados profesionales que formaban parte de la infantería de la armada con sus mandos naturales eran gente de guerra, extraídos de las filas de la infantería de tierra y como tal, combatían. Testimonio de ello son las palabras con las que Bernardino de Mendoza legitima su breve capítulo sobre la batalla naval:

> Aunque no he hecho profesión de marinero, el haber sido soldado en algunas jornadas que se han ejecutado por mar y hallándome en parte donde he visto juntarse hartas armadas, aprestando diferentes suertes de navíos para combatir sin alarmarme a lo que es marinería

> por no ser mi profesión, remitiéndome, así en esto como en lo de tierra, a los que tuvieren mejor parecer y supieren más por su mucha experiencia, que yo con la que tengo de los años que seguí la guerra he significado a Vuestra Alteza en las materias de la tierra y mar lo que he juzgado ser conveniente para el tener un príncipe como Vuestra Alteza alguna noticia de la teórica y práctica de ella (*Teórica y práctica de la guerra*, p. 127).

La tipología de la embarcación y el escenario (marítimo u oceánico) determinaron la táctica empleada en el combate. Si bien el galeón[112] transformó la navegación de altura, las galeras fueron las naves que se utilizaron de manera exclusiva en el Mediterráneo (Sanmartín de Artiñano, 2015: 151). La ventaja de la galera radicaba en la capacidad para alojar remeros que, a falta de viento, impulsaran la nave con su propio esfuerzo. Sin embargo, estos hombres, en su mayoría de estratos sociales bajos, bien prisioneros de guerra, bien condenados, debían poseer una cualidad propia de los soldados para el buen funcionamiento de la nave: la disciplina. Así lo recoge Covarrubias al hablar del término:

> En la lengua antigua "galea", *Latine* trirremis, género de navío bien conocido, más para correr las costas que para engolfarse en alta mar, aunque lo hace muchas vces, y las más de necesidad, por no dar al través. Tiene cosas particulares la galera que bastan a formar un buen volumen; pero yo solo quiero ponderar lo que importa la disciplina, que la mayor parte de la chusma de los que están al remo, son hombres facinorosos, que cada uno por sí traía alborotado un pueblo, sin poderse averiguar con él, y docientos destos en una galera están tan domésticos y disciplinados, que a solo un silbo del cómitre ponen con tan gran presteza por obra lo que les manda, que parecen un pensamiento, sin discrepar uno de otro, como si todos ellos fuesen miembros de una sola persona y se gobernasen por ella (*Tesoro*, pp. 945-946).

Lo cierto es que los combates navales entablados entre galeras carecían de un complejo desarrollo táctico (Sanmartín de Artiñano, 2015: 151). Las instrucciones tácticas vegecianas, diseñadas para embarcaciones de remo y vela continuaron vigentes entre las tropas españolas hasta finales del siglo XVI, momento en que el galeón sustituyó a la galera en los conflictos oceánicos. Según Vegecio, la clave de la victoria de la batalla naval entre galeras residía en ganar el "barlovento" que, como señala Francisco Melo, «en los conflictos navales es el mayor socorro» (*Política Militar*, XXII, p. 132). Las batallas entre galeras se producían, por tanto, mediante el enfrentamiento una a una en el que se creaban plataformas de combate en las que los infantes peleaban entre sí trasladando las técnicas de la lucha terrestre a las bordas de los navíos.

[112] La galeaza o galeón: «tomaron el nombre de la galera, aunque son navíos más fuertes y menos ligeros, pero sufren los golpes del agua, por ser de alto borde» (*Tesoro*, p. 946).

La escasa estrategia operativa naval provocaba que el factor meteorológico fuera determinante en las batallas, y la capacidad táctica de los capitanes para sacar provecho del mismo en la maniobrabilidad de la nave fue una de las cualidades más requeridas. El nuevo escenario de operaciones demandaba unos conocimientos determinados en los capitanes de guerra. En la Edad Media, en la *Segunda Partida*, Alfonso X referenciaba las cualidades específicas que debían poseer los hombres que lideraban las batallas navales:

> La primera, que aquellos, que la hubieren de hacer, que sean sabidores de conocer la mar e los vientos. La segunda, que tengan navíos tantos e tales, e así guisados de hombres, e de armas, e de las otras cosas que hubieren menester, según conviene al hecho que quieren hacer. La tercera es, que no se den vagar, ni tardanza a las cosas, pues bien así como la mar no es vagarosa en sus hechos, más hácelos aína, así los que andan en ella deben ser acuciosos, e apresurados en lo que hubieren de hacer, porque cuando tiempo tuvieren, no lo pierdan, mas que lo metan en su pro. La cuarta cosa es, que sean mucho acaudillados, pues si los de la tierra lo deben ser, que pueden ir en sus pies, e en sus bestias, a cual parte les placiere, e cuando quisieren, cuanto más los de la mar, que ir, ni estar, no es en su mano como aquellos que van por pies, o por cabalgaduras. E los navíos que son de madera, e han los vientos por freno, de que no han poder de se defender cada que quisieren, ni dejarse caer de aquellas cabalgaduras en que van, ni desviarse, ni huir para guarecer, aunque sean en peligro de muerte (*Partidas*, II, XXIV. 1).

Las mismas virtudes solicitaría Baños de Velasco y Acevedo para el general de la Armada siglos más tarde:

> Si vuestra Majestad no se embarcare nombrará general. Las condiciones que en esta cabeza deben concurrir son las que se notaron para el de tierra, aunque a éste se le aumentan, según el emperador León, ser muy versado en las cosas de la mar, conocer los vientos y sus efectos por las estrellas, con principios de astrología para las mutaciones por las causas de la Luna y peligros de las tempestades.
> […]
> Esta cabeza ha de ser benigno y afable con los soldados, sabiendo que en cualquier batalla no es como el general de tierra, que después de haber dado las órdenes elige sitio para mirar lo que va sucediendo, sino que lo primero donde el enemigo pone los ojos es en la capitana contraria, procurando vencerla para desalentar a los demás (*Política militar de príncipes*, pp. 386-387).

Los teóricos de la guerra de los siglos XVI y XVII, que tantos folios habían escrito sobre la milicia española, apenas tenían palabras para las batallas navales, pues carecían de conocimientos específicos de dichas contiendas más allá de su propia experiencia, y así lo confiesan en sus tratados: «de la mar yo no me atrevería a hablar por no lo saber» (Salazar, *Tratado de Re Militari*, VII, p. 261). Por ello, los tratados de navegación que se

compusieron en los siglos XVI y XVII[113] se convirtieron en la principal fuente de conocimiento teórico de los oficiales militares.

Mayormente en este siglo, consecuencia de la novedosa forma de navegación, proliferaron tratados náuticos en donde se detalla el uso de instrumentos específicos de navegación y la lectura de cartas náuticas[114]. En 1581 el *Compendio de la Arte de Navegar* de Rodrigo Zamorano recogía los conocimientos que debían poseer los hombres que practicaran la navegación de altura:

> Toda la arte con que se navega por derrotas y alturas se divide en dos partes principales, Teórica y Práctica. La Teórica da el conocimiento de la compostura de la Esfera del mundo, en general; y en particular enseña el número, figura y movimiento de los cielos… La práctica enseña la fábrica, composición y uso de los instrumentos que en la navegación sirven, qual es el Astrolabio, ballestilla, Aguja y Relox, con el Regimiento del Sol, y de la Estrella, las reglas de la Luna, y de las Mareas, y la declaración de la Carta, con otras cosas a esto pertenecientes (*Compendio del arte de navegar*, f. 1r).

Uno de los tratados más interesantes para la aplicación práctica de la táctica naval fue *Espejo de navegantes: obra mui utilissima y compendiosa en toda la arte de marear y mui necesaria i de grand provecho en todo el curso de la navegación* (1537), de Alonso Chaves. En él, el autor, tras exponer los bastimentos necesarios que debe haber en la nao, desarrollaba las tácticas requeridas para la obtención de la victoria en la batalla. Al igual que Vegecio, Chaves reconoce la importancia de la disposición del viento a favor de barlovento, no sólo por una cuestión de velocidad, sino de visibilidad del enemigo:

> Por todas vías debe mucho procurar que su flota esté de la banda que viene el viento, porque aunque no tuviese más ventaja de quedar siempre libres de la obscuridad del humo

[113] Vicente Maroto (2000: 200-209) ha realizado una aproximación bibliográfica a los tratados de navegación que se compusieron en el Siglo de Oro en España y de los cuales muchos no llegaron a la imprenta.

[114] Aunque en este trabajo no son excesivamente relevantes, únicamente, merece la pena mencionar *La Instrucción Náutica de Diego García de Palacio* (1587) como uno de los más completos y que constituye un compendio cosmográfico y de arquitectura naval de la época, así como un glosario de términos navales muy precisos. Por otro lado, el primer libro impreso que trató de la navegación oceánica fue *Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo: en especial de las Indias. Y trata largamente del arte de marear; juntamente con la esfera en romance, con el regimiento del sol y del Norte; nuevamente hechas* (Sevilla, 1519) compuesto por Martín Fernández de Enciso. Dieciséis años más tarde, en 1535, el cosmógrafo portugués Francisco Falero publicó en Sevilla *El Tratado del Esphera y del arte de marear: con el regimiento de las alturas: con algunas reglas nuevamente escritas muy necesarias*. A partir de mediados del Quinientos creció el interés por las obras relacionadas con el arte de la navegación. Una de las obras más populares fue *El arte de navegar* (Sevilla, 1554) de Pedro de Medina que fue traducida en cinco lenguas durante el siglo XVI y reimpresa en numerosas ocasiones.

> de la artillería, porque se puedan siempre ver los unos a los otros, y por el contrario será a los contrarios y los cegará siempre, de manera que no se puedan bien ver los unos a los otros, y ellos mismos se harán la guerra por no poderse conoscer (*Espejo de navegantes*, p. 27).

Observado el orden de batalla que éste trae, es necesario disponerse de una forma favorable para ofenderlo sin que los navíos de los escuadrones se interpongan entre ellos. Por ello, al igual que en las batallas de tierra, los navíos debían colocarse ordenadamente para el combate previendo el movimiento del enemigo en función de su tamaño y fuerza: «El capitán general debe mandar juntar a una parte las naos recias y más grandes, para embestir y barloar y aferrar y romper a los contrarios, y las naos medianas y más flacas a otra parte, para desde fuera, con su artillería y moniciones para entrar y salir y para alcanzar y dar caza al contrario, si huyere, y para llegar a socorrer adonde vieren la mayor necesidad» (p. 26). Una disposición se presentaba como idónea en la formación de los escuadrones para el combate dividiéndolos, al igual que en la batalla de tierra, en tres partes: vanguardia, cuerpo y retaguardia:

> Pues estando ya todas las cosas a punto, si los contrarios ovieron fecho escuadrones de su flota, por la misma manera se deben hacer en la nuestra, poniendo todavía las naos mayores en una sola para la antiguardia o para primero aferrar y recibir los primeros encuentros, y el capitán general debe ir en el escuadrón de en medio, a fin que él vea los delanteros y lo vean los que le siguen.
> Cada uno de los escuadrones debe ir en ala, porque todos puedan ver a los contrarios y jugar de su artillería sin que los unos impidan a los otros, y no deben ir a la hila los unos tras los otros, porque entonces se seguiría grande daño, que no podrían pelear más de los delanteros, como quiera que una nao no es tan ligera como un hombre para poderse rodear ni hacer lo que quiere.
> La retaguardia deben ser las naos que dije de socorro, que han de ser la cuarta parte de la flota, y las más ligeras y veleras, y éstas no deben ir detrás de la flota, porque no verán bien lo que pasa, para dar socorro a tiempo, y por tanto deben ir siempre apartadas por el un lado o costado de la flota donde va la capitana, o por ambos lados, si fueren muchas, e si fueren todas juntas deben trabajar de ponerse de la parte que viene el viento, por las razones susodichas (p. 27).

Hasta mediados de 1500 la táctica más común empleada en el combate naval se desarrollaba en tres fases como se describe en los manuales de la época: primeramente, se debía barloar al barco enemigo con la ayuda del barlovento para, a continuación, bombardearlo con la artillería gruesa causando los mayores estragos posibles al mástil principal y al casco, y, finalmente, el abordaje por parte de los soldados:

> Habiendo ya el capitán y su gente hecho todas las diligencias y provisiones susodichas para dar o esperar la batalla, y estando todas las cosas aparejadas y puestas sus gentes en la orden susodicha, e ya que el capitán tiene determinado de embestir y aferrar a la nao contraria, y ha trabajado de arribar y ponerse de la parte donde viene el viento, si espera a la contraria o le va dando caza, debe lo primero jugar de su artillería de proa o del costado por donde entiende barloar, virando los mayores y más recios primero, y cuando están más apartados, e siendo el artillero diestro y la nao estando a punto, el primer tiro sea al mástil mayor, e si no creyere probar hacer tal tiro, porque no vaya en vano, sea a los costados de la nao o a la parte que pudiere, por manera que se debe trabajar que los primeros tiros no vayan por alto, pues entonces se causan dos males: lo uno perder el tiro y el tiempo y no poderlo tornar a cargar tan presto, lo otro que los contrarios cobran entonces mayor ánimo y osadía veyendo sus primeros y mayores tiros perdidos, y por tanto vale más esperar alguno tiro del contrario hasta ver buen tiempo para emplear los tiros suyos, que no darse mucha priesa en el principio y ser todo en vano (p. 24).

Es en esta etapa de la lucha más individualizada en la que el autor recomienda el uso de las armas de fuego y de la espada, si bien, una vez se encuentran lo suficientemente cerca las naves para no desperdiciar la munición (p. 24). Generalmente, las naves de mayor tamaño y fuerza se colocaban próximas entre sí para embestir al enemigo, mientras que las naves de menor tamaño y peso (con mayor ligereza) se desplegaban en los costados para poder perseguir al contrario que desistiera de la lucha o se desplazara en busca de un ángulo mejor en el que emplear su artillería:

> El capitán general debe mandar juntar a una parte las naos recias y más grandes, para embestir y barloar y aferrar y romper a los contrarios, y las naos medianas y más flacas a otra parte, para desde fuera, con su artillería y moniciones para entrar y salir y para alcanzar y dar caza al contrario, si huyere, y para llegar a socorrer adonde vieren la mayor necesidad (p. 26).

Esta misma táctica de lucha naval aparece descrita en *Don Quijote de la Mancha*: «Y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba a sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y, a lo que parecía, ambas venían con cadenas porque cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento, disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno» (I, XLI, p. 533). A consecuencia de ello, el resultado táctico de la lucha de dos flotas derivaba en «un conjunto de combates de barco contra barco, o de uno contra dos» (Blasco Núñez, 2012: 321).

La actuación de la nao capitana en el combate naval fue debatida entre los tratadistas. Dentro de la armada, la capitana poseía una función esencial, tanto por la

presencia del General, quien guiaba las escuadras desde allí, como por la posibilidad de auxiliar a otros navíos de menor envergadura que se vieran envueltos en un mayor peligro:

> Han querido algunos que si tiene viento favorable la capitana se detenga en embestir hasta que los demás de su armada lo hayan ejecutado y socorrer entonces donde más peligro se reconociere. Pero lo más heroico y que asegura el triunfo es abordar a la del enemigo llevando algunas naos de su satisfacción para el refuerzo, pues pelea por la conservación de todas las demás y ganada la contraria afloja el orgullo de las otras y se logra más bien el vencimiento (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 395).

En el caso de que las embarcaciones enfrentadas fuesen galeras, Bernardino de Mendoza establece como idónea disposición de los navíos una forma de media luna[115], posible gracias al empleo de remeros. De esta forma, las alas de escuadrones facilitan el envolvimiento del enemigo por ambos lados:

> El ordenar batallas de navíos de remos se hace en una frente, o en forma de media luna, estando en medio la capitana, guarneciendo los cuernos, o alas que llaman, con algunas galeras de las más reforzadas. En esta disposición caminan habiendo ganado el viento con los remos en las manos, cerrados unos navíos con otros cuanto les permite el navegar, apresurando el hacerlos según el motivo que descubre el enemigo, y cuando hay mucho número de galeras se dejan escuadras a la cola de la capitana, y de las galeras más reforzadas otras con que poderlas socorrer en caso que el enemigo las embistiese con más galeras, y por llevar, como dice, el viento en las manos por los remos no viene a ser de más momento el ganarle que para cegar el enemigo con el humo de la artillería el tiempo que dura y aprovecharse de los fuegos con más ventaja si le sirve la ocasión al embestir, cosa que hacen los navíos redondos por donde pueden y los de remo por donde quieren, y el que lo rehúsa ha de recibir forzosamente la caza, poniéndose en huida, con lo cual embiste uno con otro, y si hay desigualdad en el número, dos con uno (Mendoza, *Teórica y práctica de guerra*, p. 136).

La táctica de la disposición en forma de "media luna" alcanzó una gran difusión en el siglo XVI debido al empleo que hicieron los otomanos en la significativa batalla de Lepanto, aludida en muchos de los poemas épicos cronísticos del siglo XVI.

La aparición del galeón a principios del siglo XVI supuso una mejora tecnológica radical en el campo naval. Surgido de la evolución de las naos, «bajel grande de alto borde» (*Tesoro*, p. 1306), y carracas, «especie de navío, quasi curraca o curruca, por alguna similitud, que debieron notar en ella propria del carro, y será llevar mucha carga» (*ibid*., p. 464), se diferenciaba de dichas embarcaciones por el tamaño notablemente

[115] La formación táctica en media luna aparece ya en la *Pharsalia* de Lucano: «En el centro de la formación de media luna / se colocan las liburnas, satisfechas de alzarse con sólo dos hileras de remos» (III. 532-533).

mayor de los castillos en la proa y en la popa (Sanmartín Artiñano, 2015: 144). La superior magnitud de éstos permitía la construcción de castillos de gran altura en la popa (donde se situaba la chopa del piloto) que otorgaban una gran ventaja militar al facilitar la observación del enemigo y un mejor empleo de las armas (2015: 149). Su mayor ventaja naval militar consistía en la integración de la artillería gruesa en los dos puentes y castillos de las embarcaciones, de manera que los cañones se alineaban en las zonas superiores de proa y popa y junto a la carabela, fue el barco más utilizado en la navegación oceánica en los siglos XVI y XVII[116] (Sanmartín de Artiñano, 2015: 149).

Las ventajas tácticas del galeón sobre las galeras (maniobrabilidad y empleo de la artillería) se reconocieron a finales del siglo XVI, pese a la incorporación del navío a las armadas en las primeras décadas de dicha centuria. Además de los avances en la ingeniería marítima, el uso de la pólvora también se consagró como un factor decisivo en las batallas navales. Núñez de Velasco mencionaba las tres causas mayoritarias de las defunciones en las guerras navales: las heridas producidas por las armas (blancas o de fuego), el agua (ahogamiento), y el fuego. Junto al mar, el fuego se consolidó como el elemento más peligroso en las batallas navales pues, desencadenado, era difícil de extinguir (*Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, XI, pp. 370-371). Hacia 1500 la batalla en alta mar sufrió una transformación con la aparición de las portas en los costados de los cascos de los barcos permitiendo sacar bocas de fuego para atacar al enemigo. Sin embargo, los cañones eran los mismos que se empleaban en las batallas terrestres y las posibilidades de hacer blanco a distancias medias y largas era casi nula. Para hacer fuego sobre las embarcaciones enemigas se seleccionaba el tipo de daño que se deseaba producir y se escogía el arma más eficaz para ello: «si el daño previsto era sobre los palos, jarcia y velas se empleaba para tirar las pelotas de cadena; si la idea era hundir el barco enemigo, entonces se utilizaba la pelota rasa; para las obras muertas y los altos se disparaba con pelotas de puyas […]» (Sanmartín de Artiñano, 2015: 321).

[116] Otras características propias de la embarcación eran una elevación de la borda respecto a la línea de flotación que permite ampliar la capacidad artillera; un mayor porte; un mayor número de cubiertas; un casco arrufado que permite una popa en arco; y un aparejo de dos palos cruzado con vergas que permite el trinquete caído hacia proa, y la terminación de la proa con un bauprés con cebadera (Sanmartín de Artiñano, 2015 : 149).



Figura 20. «Acción entre un galeón y galeras». Perteneciente a la serie «Principales eventos del reinado de Ferdinando I de Medicis, Gran duque de la Toscana», el grabado, de Jacques Callot, fechado a principios del siglo XVII, National Maritim Museum, Greenwich.

El papel de la artillería en los combates navales fue cuestionado por los tratadistas del Renacimiento. Las embarcaciones que formaban parte de la Armada siempre llevaban incorporadas armas de fuego en sus trayectos, pero de manera adicional, no integrada en la embarcación y, una vez realizada la travesía, ésta se descargaba de los navíos. Generalmente, los artilleros eran profesionales instruidos en la materia, pero podían resultar insuficientes. No estando asegurado el reemplazo, la eficacia de los disparos quedaba atenuada. La integración de dicha maquinaria en los galeones modificó radicalmente las tácticas navales al prevalecer el empleo de la artillería sobre la táctica de abordaje y el combate cuerpo a cuerpo entre los infantes[117]. Aun así, pese a todas las dificultades que conllevaba el empleo de la artillería en los conflictos navales, las consecutivas ventajas bélicas fueron notables.

Dos conflictos navales aparecen representados en la poesía épico cronística coetánea: la batalla de Lepanto, cuya relevancia histórica y propagandística impulsó su narración o mención en la mayoría de los poemas épicos del siglo XVI, y el enfrentamiento en aguas oceánicas entre los piratas ingleses (liderados por Richard Hawkins) y las tropas españolas de ultramar. A diferencia de los tratados bélicos de carácter moralista y las lamentaciones de los poetas épicos italianos acerca de las "infernales" armas de fuego, la representación de la pólvora en las batallas navales épicas no suscitó en los poetas épico-cronísticos sentido de fraude o culpabilidad (Murrin, 199: 158). Dos soluciones retóricas evitan respectivamente el posible fraude moral del empleo de la artillería por los poetas épicos en las batallas navales representadas. Mientras en la batalla de Lepanto, los poetas atribuyen similares condiciones armamentísticas a los combatientes enfrentados y el empleo de la misma se limita a una decoración pictórica (*ibid*., p. 139); el enfrentamiento ultramarino contra los piratas en los últimos cantos de la obra de Pedro de Oña se caracteriza por el protagonismo evidente de las piezas de artillería integradas en los galeones y el habilidoso empleo de las mismas por los ingleses (*ibid*., p. 158).

Si bien la poesía épica había heredado numerosas técnicas retóricas para la representación de la guerra terrestre, la representación de los conflictos entre navíos no

[117] Obsérvense las diferencias en el enfrentamiento entre naves desiguales en la figura 20.

contaba con fuentes que no se limitaran a los duelos o "combates uno contra uno" que se sucedían entre los hombres de armas tras el abordaje de los barcos y que se observa en las técnicas de representación de los poemas que abordan la batalla de Lepanto (Murrin, 1994: 180). El empleo de la artillería en las batallas posteriormente poetizadas provocó simultáneamente la búsqueda de una nueva retórica que permitiera ensalzar el valor y virtudes de unos soldados que escasamente llegaban al combate directo individual y que aparece en todos los géneros de la épica:

> Acabadas de dar las órdenes, volví al galeón y me ordenó el almirante acudiese con cincuenta hombres (de quien me hizo cabo) a reforzar los puestos que estuviesen más flacos en la infantería y artillería, cargo de mucha confianza que di tan buena cuenta como consta de una muy honrada fe que entre mis papeles de servicios tengo. […] Y con tener ellos el viento en popa no embistieron, haciendo verdadera la nueva que yo traje. Nosotros forcejeamos proejando con las galeras y dando bordos con los galeones; pero en dándoles nosotros una rociada de cañonazos y mosquetería, y respondiendo con otro tanto, como tenían el viento en favor y nosotros en contra, se tenían al viento, sin querer llegar a probar la pólvora de las espadas de España, como se dice comúnmente (Duque de Estrada, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, p. 223).

Los dos elementos que conformaron las batallas navales de la Monarquía Hispánica en el siglo XVI, influyeron, no sólo en la configuración de los combates, sino en las dos imágenes categóricas de la guerra naval que encontramos en los poemas épico cronísticos de la época.

2. Los nuevos héroes épicos: los oficiales-estrategas de La Armada

Ercilla consagra el canto XXIV de la Segunda Parte de *La Araucana* (1578) a la narración de la batalla de Lepanto[118]. El contraste inicial de la *descriptio* de las tropas combatientes mediante la contraposición de una caótica *enumeratio* de gentilicios de la flota turca, que remite al virgiliano *ope barbarica, variisque armis* (Vilà, 2001: 624; Plagnard, 2020: 241), resalta frente a la organicidad de las tropas cristianas agrupadas en el estamento nobiliario de los países que conforman la Santa Liga cuyo general y nexo de unión con la cristiandad y la Monarquía Hispánica se concentra en un solo individuo: don Juan de Austria (*AR*, XXIV, IV-V). La metodología ercillana sintetizadora de la tropa

[118] Para profundizar en la profecía como recurso poético mediante el cual Alonso de Ercilla inserta en su poema batallas ulteriores a los eventos que se narran de la guerra del Arauco ha sido estudiado por Nicolopulos (2000).

sinecdóticamente a partir de los generales de las armadas y, posteriormente, de los capitanes del resto de navíos no carece de novedad (Murrin, 1994: 182).

El poeta presenta a los combatientes a través de la descripción etopéyica de sus generales configurando un nuevo héroe épico: "el héroe oficial," "the Officer Hero", (*commanding officer*) (*ibid*., 191), que se convertirá en el responsable último del heroísmo de las acciones de los soldados. La presentación etopéyica enfrentada de ambos lo pone de relieve claramente al contrastarlos en su exhortación a las tropas:

> Don Iuan en esto, airado e impaciente
> la espaciosa fortuna apresuraba
> poniendo espuelas y ánimo a su gente
> que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
> Alí Bajá, no menos diligente,
> con gran hervor los suyos esforzaba,
> trayéndoles contino a la memoria
> el gran premio y honor de la vitoria (*AR*, XXIV, LXVIII).

Este análisis propuesto por Ercilla en la figura de los generales y capitanes de las naves combatientes de Lepanto, será asumido por Corte Real y Rufo, para quienes «the whole sea fight was an affair of those princes, aristocrats, and officers who served Philip II directly or indirectly» (1994: 186). La batalla de Lepanto había brindado una ocasión inigualable de adquirir honra y fama a los capitanes de los navíos y los poetas son conscientes de ello, pero, ¿dónde radica el heroísmo de sus combatientes?

Para Murrin, la categoría heroica de estos héroes oficiales (tanto en *La Austríada* como en *Arauco domado*) se enraíza, no tanto en su valor individual o los conocimientos militares que poseen, sino en una cuestión moral: la confianza en la legitimidad de la causa que defienden (*ibid*., p. 194) y, en consecuencia, la mecánica que subyace a todo el proceso es más psicológica que virtuosa (*ibid*., p. 194). En la causa defendida por los generales radica la fuerza y la moralidad de las acciones y, en consecuencia, de las tropas a su mando. Los tres poetas mencionan ocasionalmente la escasa instrucción náutico-militar que posee don Juan de Austria. De ahí que Ercilla señale cómo don Juan solicita a Andrea Oria que se una a su armada para la batalla «por la experiencia y opinión que tiene» (*AU*, XIX, LXIV. 4) y, cómo, posteriormente, Alí Bajá lo subestima (aunque sea en su arenga a las tropas otomanas con una finalidad enardecedora) expresamente por ello:

«Sin curso, diciplina ni esperiencia» (*AR*, XXIV, XXXII. 4). De manera similar lo menciona Corte Real, pero con la intención de otorgar a la Providencia el mérito de la campaña:

> El valiente mancebo alli movido
> por divina inspiracion, mas que por arte
> de naval disciplina, aunque era de noche
> cerca del potentissimo adversario
> y aunque para buscarlo el tiempo estava
> opposito y contrario a tal intento,
> manda se haga señal que se levase
> la armada, y parte sin mas detenerse (*FV*, XII, XI).

La indirecta alusión de Rufo a la escasa disciplina naval del austrino justifica el providencialismo del conflicto con un escueto adjetivo: «con eficaz industria sobrehumana, / incitava el caudillo preeminente / a la alta empresa y ocasión presente» (*AU*, XIX. XX. 6-8). Para Murrin (1994: 195), las declaraciones del poeta que abren el último canto del poema son clave en la creación de una teoría de causalidad moral al introducir una punto de inflexión hacia el final del conflicto bélico:

> […] Tú, claro, don Juan, ejemplo has sido,
> mostrándonos cómo eres invencible,
> del derecho que lleva en las porfías
> quien defiende la causa que seguias (*AU*, XXIV, IV).

Sin embargo, y pese a las acertadas conclusiones a las que llega el literato, no son suficientes para sustentar el heroísmo de los oficiales mencionados, ya que, a diferencia de los soldados, poseen una mayor capacidad de decisión y acción (y no solo un abandono a la providencia) en los conflictos bélicos.

Según el *Prontuario Militar*, se entiende por "oficial": «hombre de honor que no precisa de la permanente vigilancia de un superior porque su propio honor y espíritu le estimulan a obrar siempre bien. Cumple con su deber, cueste lo que cueste, porque esa es la ley impuesta al caballero» (2015: 135). La función de los oficiales en el ejército se concreta en el ejercicio del mando (frente al soldado cuya primera acción es la obediencia) que se traduce «en la continua adopción de decisiones. La decisión es la expresión clara de la voluntad de un jefe y de su absoluta responsabilidad. […] El jefe puede y debe atender y valorar el asesoramiento que puedan proporcionarle sus subordinados y

auxiliares, pero en última instancia el mando se ejerce en soledad» (*ibid*., 2015: 136). Los héroes oficiales se comportan en la batalla de acuerdo a su categoría militar y, como tal, en el cumplimiento exitoso de su cometido, radica su heroísmo, como aparece reflejado en la *Felicissima victoria* y *La Austríada*.

Dos factores sociológicos propiciaron la aparición de este novedoso héroe épico moderno: «First and most important, the nature of naval battles ―whether encounters between hostile fleets or small clashes with privateers and pirates― led to such a choice. Second, in the late sixteenth century the rapprochement of epic and history experienced a trend opposite to that which Ercilla developed [en la guerra épica de Arauco], one that favored heroes over groups» (*ibid*., p. 179). Por un lado, el cambio en la tendencia poética, consecuencia del lectorado épico-cronístico que había participado en los encuentros bélicos narrados o era conocedor de los participantes de los mismos (1994: 192) y deseaba reconocerse en las obras. Por otro lado, la naturaleza única de la batalla naval en la que se enfrentaban los navíos capitaneados por oficiales de elevado rango y renombre que, además de conocimientos militares, necesitaban poseer nociones marítimas, lo que otorgaba una mayor gloria a la victoria obtenida.

Tanto en *La Austríada* como en *Arauco domado*, los oficiales encomiados a raíz de su participación en los conflictos navales eran familiares de los destinatarios de los poemas: en el caso de *La Austríada*, el autor se dirige a doña María de Austria, hermana mayor del héroe (*AU*, p. 981), mientras que don Beltrán de Castro de la Cueva era hermano de Teresa Castro, esposa del virrey Hurtado García de Mendoza. Para Mazzotti este elemento es clave en la comprensión de la nueva imagen de los "héroes oficiales" pues:

> al no ser ya posible retratarlos con fornidos brazos y tremolantes cascos, con escudo y espada destrozando cuerpos enemigos, el alto oficial del combate naval, por compensación, es a la vez una figura de importancia política por su origen noble y labor organizadora dentro del estado. […] A ello deben sumarse su pericia y clarividencia, su talento estratégico y su insondable fe, que le garantiza la ayuda divina de ser necesaria (2016: 198).

Los héroes oficiales épicos, con escaso conocimiento militar naval específico, gobernarían las tropas encomendadas influyendo a través de sus decisiones, no sólo en el resultado final del enfrentamiento bélico, sino en la actitud y disposición de los hombres

a su servicio (*ibid*., p. 183) frente al peligro aumentado de la guerra en el mar. Tanto don Juan de Austria como Beltrán de Castro, o los generales de las tropas, se enfrentan a la decisión última de toda guerra: iniciar la batalla ofensiva contra el enemigo. Caracterizados por su participación en la batalla, por tanto, mediante su gobernanza y su capacidad estratégica, más que por el uso directo de las armas en el combate contra el enemigo, la figura del "héroe oficial" se concretó en las figuras de don Juan de Austria y Alí Bajá (como comandantes enfrentados en la batalla de Lepanto) (*Araucana, Felicissima victoria* y *La Austríada*) y don Beltrán de la Cueva y Richard Hawkins (como caudillos en los enfrentamientos oceánicos) (*Arauco domado*).

Las etopéyicas presentaciones de los héroes oficiales al inicio de cada encuentro bélico, fundamentalmente en lo referente a sus virtudes militares, otorgan al relato el tono individualizado y, en ciertas ocasiones intimista, que adquiere la contienda pese a la magnitud (sobre todo en la batalla de Lepanto) de las batallas, permitiendo la aproximación al nuevo modelo de un héroe intelectual capaz de aplicar la instrucción militar recibida para las batallas terrestres en los combates navales.

2.1. Dos generales en aguas mediterráneas: Don Juan de Austria frente a Alí Bajá

En los tres poemas épico-cronísticos escogidos que narran la Batalla de Lepanto (*La Araucana*, la *Felicissima victoria*, y *La Austríada*), la victoria de la contienda es atribuida personalmente al descendiente de Carlos V, don Juan de Austria, siguiendo el postulado ercillano: «los miserables bárbaros quedaron, / habiendo fuerza a fuerza y mano a mano, / rendido el nombre de Austria al otomano» (*AR*, XXIV, xcv. 6-8) (*FV*, I, IV). La cuestión no es baladí. Don Juan, como generalísimo de la armada internacional, es el responsable último del resultado de la batalla, de ahí que la victoria, aunque obtenida por los países que configuraban la Santa Liga, sea atribuida a don Juan, «y por tanto, a España» (Vilà, 2001: 632) otorgándole al poema un sentido preeminentemente nacional (*ibid*., p. 568).

Ercilla introduce al héroe de la jornada bélica a través de una imagen (*AR*, XXIV, VII- X) en la que describe al general del conflicto naval mediante la dicotomía *puer senex*, propia del héroe épico virgiliano. Se trata de la pintura imperial del héroe "del cetro y la

espada" capaz de adaptarse doblemente a la madurez y la conciencia requeridas por el cargo que ocupa y, al mismo tiempo, conservar el ímpetu y la pasión de la juventud para la batalla (Zatti, pp. 94; 96). El general austrino se presenta como héroe del poema (en *La Araucana*, *La Austríada* y la *Felicissima victoria*) a partir de su liderazgo militar y moral en el conflicto mediterráneo en contraposición a la figura de Alí Bajá, el general de la tropa otomana.

Los diferentes cuadros que los poetas nos ofrecen del héroe coinciden en sus cualidades militares. Don Juan es descrito como un mancebo gallardo, bizarro, autoritario, «valeroso» (*AR*, XXIV, XX. 1) y de un «riquísimo y fuerte peto armado» (XXIV, VII. 5) en cuya celada, escrito en oro, se puede leer su nombre y su relación filial con la monarquía: «Don Juan, hijo de César Carlos Quinto» (XXIV, VIII. 8). Del mismo modo lo caracterizan Rufo (IX, XIII-XV), y Corte Real a partir de su doble servicio a la corona española y a la cristiandad:

> Aquel yo digo en quien valor y esfuerço,
> animo liberal y cortesia,
> entendimiento alto: altos conceptos,
> clemencia con justicia se ve junto.
> Del monarca Español Rey potentissimo
> que a la Christiana fee, es fuerte amparo
> único amado hermano, y del gran Cesar
> Carlos quinto, segundo amado hijo (*FV*, I, V).

Los rasgos militares de don Juan aparecen también desde el inicio del conflicto a través de la exhortación y cohorta a sus hombres «con ánimo y valor» (*AR*, X, 3), atribuyendo humildemente a Dios el esperado resultado victorioso (XXIV, XI-XVIII) y declarándose como milites suyos, *milites Christi* (XXIV, XVII. 3). A estas cualidades, Corte Real añadirá la magnificencia (*FV*, IX, XXX. 6), la piedad XXIV, XXVIII), y su «saber, valor, esfuerço y cortesia» (VI, VII. 4), originalmente, a través de una visión alegórica de Alí Bajá. La relevancia y complejidad del cargo que ocupa la manifiesta él mismo ante sus oficiales demostrando que conoce los peligros y la virtud en grado extraordinario, asentada en la razón, que se requiere para la sustentación de dicho cargo (*AU*, XX, XXI). Ejemplo de ello es la imagen de don Juan en vela antes de la batalla, incapaz de dormir por el deseo ardiente de fama y honra en la batalla (*AU*, XIX, LXXIII), escena típica de los capitanes y caudillos épicos a quienes la magnitud del conflicto les

impide conciliar el sueño, tornándose, retóricamente, en favor suyo. Su capacidad de prevención y organización de las tropas, así como el ánimo que su serenidad insufla a sus hombres es destacado por los poetas:

> El valiente mancebo alli mostrando
> en el severo aspecto alegres ojos,
> y en su pecho real una segura
> animosa y christiana confiança.
> En el estanterol[119] subido, alegra
> con su rostro los animos valientes:
> en poco espacio pone todo a punto
> quanto en aquel gran caso es necessario (*FV*, XII, LVII).

Del mismo modo, a mitad de la batalla, Corte Real se recrea en el mismo motivo épico del general: la impasibilidad ante el peligro a la muerte que cualquier oficial, y más un general, debía poseer:

> Dos horas ha que estan las dos galeras
> relaes en batalla peligrosa,
> aquí mas el furor que en otra parte
> mas que en otro lugar fuerças adquiren.
> El inclito don Juan, el peligroso
> cruel feroz assalto sosteniendo,
> maravilloso exemplo dando a todos,
> les haze doblar fuerças y osadia.
>
> Ni espantan las balas que rasgando
> con fulminoso estruendo van los ayres
> passando cerca del, ni le perturban
> gritos, golpes, heridas, sangre, y muertes.
> Con benevolo gesto y real presencia:
> con palabras de amor, y gran constancia:
> con fuerte coraçon y animo fuerte
> a los suyos esfuerça y los anima (*FV*, XIV, XXIII-XXIV).

El grado de heroísmo de don Juan es llevado al extremo en la imagen épica. La estructura paralelítica que introduce el caos provocado por la pólvora, culminante en una *enumeratio* ascendente (gritos-golpes-heridas-sangre-muerte) que culmina con el mayor peligro, contrasta con la serenidad del caudillo reflejada en una estructura similar mediante cuya repetición polisindética ralentiza el ritmo del combate e infunde entereza en sus tropas.

[119] Estanterol: «es un madero que está al principio de la cruxía, sobre que afirma el tendal» (García de Palacio, *Instrucción náuthica*, f. 143r).

Más allá de los epítetos épicos que se le aplican al general, un episodio rufiano nos desvela la requerida virtud de la prudencia del general. Revuelta la tropa de la Santa Liga por la presencia del demonio que ha incitado al motín y apaciguados por Sebastián Veniero cruelmente los amotinados, la soldadesca pide justicia. El dilema queda irresoluto. Don Juan no sabe cómo castigar a Veniero son ofender a los venecianos, así que, con gran prudencia, se dirige a sus hombres aplacando los ánimos alentándolos a que no se dejen influenciar por el maligno y decide posponer el castigo (*AU*, XXI, XXIX. 1-5).

La función de don Juan en la batalla épica es la de un comandante-estratega capacitado para ordenar las tropas en la mejor disposición posible para la batalla. Aconsejado por don Juan Soto, «persona de discursos y experiencia / de muchas expedición y suficiencia» (*AR*, XXIV, IX, 7-8), el personaje real de Ercilla, Rufo y Corte Real es representado como el perfecto capitán. Por un lado, el capitán activo y combatiente en el campo de batalla (*FV*, IX, IIII; XIV, XXIII-XXIX; XIV, LXXXVIII). Por otro lado, el capitán intelectual y orador en el combate que impulsa a sus hombres a la batalla y justifica la legitimidad de la causa mediante las arengas y que, en este caso, es refrendada, a su vez, divinamente, a través de las favorables intervenciones sobrenaturales que reciben los generales o caudillos en el transcurso de su empresa bélica:

> It is fitting that Don Juan turn the tide of battle by his prayer (*AU*, XXIV, VI-VII). Immediately afterward his men board the enemy flagship and kill Ali Paça. Similarly, Oña has Mendoza save his men through prayer during the storm at sea (*AD*, IV, IX-XVIII). […] They prayer of the leader carries his men safely through both natural and human tempests, and for his action the heart serves better than the mind as an analogy (1994: 196).

Dos cualidades destacan al general épico en el ámbito intelectual: la capacidad estratégica y su capacidad de mando. Los preparativos para la batalla no aparecen en Ercilla, pero sí en Rufo y Corte Real, quienes, desde los primeros cantos, narran la consolidación de la Santa Liga, la agrupación de las naves en Mesina, y el viaje a Albania, donde don Juan convoca el primer consejo para determinar si perseguir a los turcos o no ante la llegada del invierno. La formación de consejos militares era habitual en las guerras terrestres y, el hecho de que muchos de los comandantes que participaron en Lepanto carecieran de experiencia en batallas navales (Murrin, 1994: 180), como don Juan de Austria, posibilitó la formación de estos consejos cuya finalidad era valorar la situación militar antes de que el general tomara una decisión. Además, la formación de consejos

remarcaba la similitud entre las batallas terrestres y las navales, lo que era crucial para los poetas (*ibid*. p. 180). En Mesina, don Juan hablará a sus hombres pronunciando una oración judiciaria y les pedirá consejos militares (*FV*, XX, XVIII-XXVIII). Herrera recoge el suceso:

> En este espacio de tiempo que se detuvieron en mecina, uvo muchos consejos de guerra en que intervenia el general de la liga, y el del Pontifice, y de Venecia, el Comendador mayor de Castilla, Ascanio de la Cornia, Iuan de Soto secretario de don Iuan, y el de Venecia, hallandose algunas veces los principes de Parma y Urbino, y Paulo Iordan Ursino duque de Braciano […] Y alli fueron propuestas muchas y varias cosas, aunque no se podia hacer alguna resolución firme, por no estar juntas todas las fuerças de la Liga. Pero prevalecia la opinion de los que querian, que se buscasse la armada del Turco, y peleasse con ella (Herrera, *Relación de la guerra de* Chipre, ff. 50r-50v).

La capacidad de mando de don Juan se ve demostrada en su capacidad de decisión constante, pese a las dudas de los capitanes que lo siguen. Estando don Juan en Génova con 37 galeras en las que «van valientes cavalleros: / de la nobleza antigua de la España» (*FV*, VII, VI. 7-8), y habiendo recibido el estandarte de la Liga que lo confirma como defensor de la fe cristiana, recibe la bendición del cardenal Granvela para someter al infiel:

> Toma dichoso Principe la insignia,
> del verdadero Dios verbo humanado,
> toma el vino señal de la fee sancta
> de que eres defensor en esta empresa.
> El te dé vencimiento glorioso
> del impio potentissimo enemigo,
> y por tus fuertes braços sea domada
> su infernal, tyranica sobervia (*FV*, VII, VI).

El respaldo de la iglesia católica establece un precedente en la batalla: la justicia de la empresa que van a realizar. De ahí que también Rufo también repare en este momento iniciador (*AU*, XIX, V-XX) y que, a su vez, concuerda con la preparación que los tratadistas militares recomendaban a los soldados antes de la batalla y Alonso de Chaves exigía a los navegantes antes de embarcarse a marear:

> Primeramente, ante todas cosas, dos o tres días antes de la partida, habiendo de navegar en largo viaje, el capitán o maestre y toda la otra gente de la nao, se deben confesar y rescibir los Sacramentos y hacer las otras diligencias provechosas a las conciencias, y después de recojidos en la dicha nao, el capitán o maestre debe pesquisar entre ellos [si] hay algunos que se tengan odio o mala voluntad, y si reconciliarlos luego, y debe no consentir que vaya

> alguna mujer pública en la nao, porque es cosa de gran perjuicio para toda la gente, y fechas todas las dichas diligencias, deben todos hacer su devota oración, encomendándose a Dios, y el maestre debe mandar alzar las anclas y recoger el batel dentro de la nao y deferir las velas (Chaves, *Espejo para navegantes*, p. 18).

Estando dispuestas las tropas y aguardando para obedecer las instrucciones, Corte Real y Rufo se detienen en un episodio aparentemente irrelevante: la incertidumbre de don Juan de Austria y sus consejeros acerca de la prudencia de seguir al otomano por las aguas del mediterráneo ante la llegada del invierno (*FV*, VII, XIV. 5-8; VIII, L), (*AU*, XX, XVIII-XXI). La duda de don Juan aparece en la obra del cronista:

> Pero prevalecia la opinión de los que querían que se buscase la armada del turco, y pelease con ella, aunque vista la dilación y la tardanza que no llegaban la sesenta galeras venecianas, se dio mucha ocasión a los hombres, que estaban suspensos al suceso, para culpar libremente a los que rehuían aquella señalada empresa, con que tanto servían a Dios y ilustraban sus nombres en la inmortalidad de la memoria. Pero en el último acuerdo, resoluto don Juan de Austria de mostrar a todos que la voluntad del rey su hermano era favorecer la cristiandad contra la ruina que le amenazaba Selín, y que para aquel efeto no convenía palabras, sino tales obras que le diesen a entender que en la religión de Cristo había ánimos verdaderamente piadosos y que por la causa de su Dios estaban prontos a sufrir los trabajos y peligros, y que aún no estaba acabado aquel antiguo valor de los cristianos (Herrera, *Relación*, pp. 310-312).

Los oficiales experimentados conocen los peligros que entraña el mar y la guerra en invierno, y así lo declaraban:

> Porque no hay cosa más imprudente ni más peligrosa para un capitán que hacer la guerra en invierno, porque es muy más peligro para el que la hace, que para el que la espera, y la razón es esta. Toda la industria que se usa en la disciplina militar se usa para dar una batalla a vuestro enemigo, porque éste es el fin al cual tiene de ir enderezado un capitán, por que la batalla vencida, o perdida, gana o pierde toda una guerra. Quién sabe pues mejor ordenar esta batalla, sino quien tiene su ejército mejor disciplinado, porque aquel tiene más ventaja, y aquel tiene mayor esperanza de vencer. De la otra parte no hay cosa tan enemiga de la orden como los lugares ásperos no os dejan extender vuestras órdenes según vuestra disciplina, y el tiempo frío y mojado no os deja tener la gente junta, ni os consiente presentar bien ordenado a la batalla, antes de necesidad os conviene alojar (Salazar, *Re militari*, VI, p. 244)

A diferencia de Corte Real, Rufo señala la necesidad de contar con alguien con conocimientos navales. De ahí que le pida a Andrea Doria que se una a la Liga «por la experiencia y opinión que tiene» (*AU*, XIX, LXIV. 4), y «porque en naval milicia y disciplina / no se ha visto intención más bien provada» (*AU*, XIX, LXVI. 3-4). Tras un largo debate, don Juan toma la palabra y exhortándolos a la lucha los anima con una

soldados españoles en la que intenta disipar el miedo al enemigo, y aumentar el valor de los soldados, atemorizados y con las faces amarillentas (*FV*, IX, I) alabando su calidad de soldados diestros, escogidos y experimentados en la batalla, logrando mover sus ánimos (*FV*, VII, XX-XXV).

Una segunda alocución en boca del protagonista, justo al inicio de la batalla, confirma su capacidad de mando. Ante la tropa del enemigo el poeta repasa las extensas conquistas otomanas adjudicando el mérito verdadero a los cristianos, que no han sabido detenerlos a causa de su miedo y cobardía. A continuación, siguiendo el modelo de la anterior, resalta las capacidades bélicas de su tropa y los exhorta a luchar por la gloria que pueden adquirir en el ofensivo ataque que van a realizar (*FV*, IX, XIX. 1-4) y cuyo premio va más allá, pues no es otro que la redención, la salvación del alma tras el servicio prestado a Dios (*FV*, IX, X).

De nuevo la duda surgirá entre sus hombres al llegar Corfú y ver los estragos causados por los turcos. Los ánimos movidos de los cristianos retrasan la decisión de don Juan de perseguir al enemigo.

> El osado mancebo se detiene
> tres dias en consejos provechosos:
> con prudentes varones consultando
> el util proceder desta jornada.
> Fue la resolucion ultima y firme,
> que la armada Othomana, se buscase,
> y en reñida batalla, pretendiesen
> aver una famosa victoria.
>
> Marco Antonio Colona, el Barbarigo,
> y el valiente Marqués de los Baçannes
> fueron en este acuerdo, con el fuerte
> mancebo, que el renombre de Austria enxalça (*FV*, VIII, XLVIII-XLIX. 1-4).

Las divisiones en el bando cristiano quedan así puestas de relieve a través de las palabras del autor quien atribuye la renovada decisión de continuar con la empresa comenzada a tres hombres, además del caudillo, que es exculpado del retraso: «Si tanto se detuvo, no fue culpa / suya, pues claro vemos el su intento / varios impedimentos lo han causado» (*FV*, VII, XXII. 1-3). La imagen nos remite a las cualidades requeridas por Alfonso X para los buenos hombres de guerra navales (*Partidas* II, XXIV).

Una tercera vez dudará don Juan si entrar a pelear en el golfo recibiendo de nuevo el apoyo de los experimentados capitanes que anteriormente lo han apoyado (*FV*, XII, V. 5-8). Sin embargo, en esta ocasión, la resolución del caudillo es atribuida a la providencia divina reforzando el carácter cristiano y santo de la contienda:

> El valiente mancebo alli movido
> por divina inspiracion, mas que por arte
> de naval disciplina, aunque era de noche
> cerca del potentissimo adversario
> y aunque para buscarlo el tiempo estava
> opposito y contrario a tal intento,
> manda se haga señal que se levase
> la armada, y parte sin mas detenerse (*FV*, XII, XI).

Las palabras de Lara Vilá sobre la importancia del tratamiento que Rufo ha dedicado a don Juan como requisito para comprender el sentido total que se atribuye al conflicto de Lepanto (2001: 643) pueden extrapolarse a Corte Real. La vacilación de don Juan ante la misión que le ha sido encomendada se transforma en Corte Real en un motivo cristológico que remite a las tres tentaciones demoníacas bíblicas. La resolución tomada en su calidad de oficial es lo que lo convierte en el responsable último de la victoria adquirida. La relevancia de la misma queda expuesta en Corte Real al criticar que otros hombres, como Quirina, pretendan atribuirse el mérito cuando «solo al valor del Austria se deviendo» (*FV*, XII, IX. 8). La misma condición hiperbólicamente martiriológica le otorga Rufo cuando, al comienzo de la batalla, tras una invocación se ofrece a Dios en sacrificio por sus hombres (*AU*, XXIV, VI).

Una segunda imagen del general lo confirma como perfecto capitán naval. Como ya mencionaran los tratadistas (Baños de Velasco y Acevedo*, Política militar de príncipes*, pp. 386-387), don Juan, desde su posición privilegiada en la galera real de acuerdo con su condición de general, observa el transcurso de la batalla, y auxilia a los soldados allí donde fuera necesario: «El cual acá y allá siempre corría / por medio del bullicio y alboroto» (*AR*, XXIV, IX. 1-2).

> Así que brevemente habiendo puesto
> en orden las galeras y la gente,
> a la suya real se acosta presto,

donde fue saludado alegremente;
y señalando a cada cual su puesto
con el concierto y modo conveniente,
zafa la artillería, y alistada,
iba la vuelta de la turca armada (*AR*, XXIV, XXI).

El poeta lo remarca de nuevo más adelante al señalar: «la batalla guiaba el hijo dino / del gran Carlos» (*AR*, XXIV, XXIII, 2-3) y que se manifiesta en la atención y socorro del general a las compañías que se encuentran en mayor peligro en el desarrollo de la batalla:

En la alta popa, junto al estandarte,
el ínclito don Iuan resplandecía
más encendido que el airado Marte,
cercado de una ilustre compañía.
De allí provee remedio a toda parte,
acá da priesa, allá socorro envía,
asegurando a todos su persona
soberbio triunfo y la naval corona (*AR*, XXIV, LXI).

Los tres poetas configuran la imagen del general de acuerdo al código ético militar coetáneo, pero también como un "buen príncipe" poseedor de todas las cualidades requeridas[120]. Dos de ellas destacan en la *Felicissima Victoria*: la clemencia y la adulación, reflejadas en sus palabras hacia sus consejeros, a los que pide sinceridad en el consejo (*AU*, XX, XXIII), y en la intención final que menciona de hacer prisionero a Alí Bajá para perdonarle la vida y demostrar, así su condición heroica intachable:

El nieto de Filipe alaba el cielo
por el notable y próspero sucesso,
aunque en el alma siente desconsuelo
de no haver al baxá en su poder preso,
para mostralle su piadoso zelo,
honrándole en extremo, pues en esso
su condición heroica no forçara,
y su victoria eccelsa quilatara (XXIV, XXVIII).

Su capacidad de mando se traducirá también en la ordenación de la flota para la batalla que realiza personalmente en tres escuadras (*FV*, X, XI; (*FV*, VII, LXXVI. 1-2) y que es reforzada por la virtud de la fortuna, requerida en los capitanes de guerra. Tras dos

[120] Bernardino de Mendoza en su *Teórica y práctica de guerra* establece dieciséis cualidades que deben poseer los príncipes: que sea cristiano, que tenga buena memoria de las cosas pasadas, honra, verdad, codicia lícita, franqueza, justicia, clemencia, huida de la adulación, paz, nobleza, consejo, amor a los súbditos, secreto en las cosas de guerra, galardón y fortaleza (pp. 340-358).

horas de combate, estando la situación bélica en similares términos en ambos bandos, Ercilla recrea cómo don Juan se queja de su hado y éste se transforma:

> Bien dos horas y media y más había
> que duraba el combate porfiado,
> sin conocer en parte mejoría
> ni haberse la vitoria declarado,
> cuando el bravo don Iuan, que en saña ardía
> casi quejoso del suspenso hado,
> comenzó a mejorar sin duda alguna,
> declarada del todo su fortuna (*AR*, II, LXXXVII).

Del mismo modo Corte Real lo presentará ante los otomanos como «el mas felice / de quantos en la rueda fatal fueron / en gloria y bien mundano colocados (*FV*, IV, LXXXV. 1-4).

En el otro bando Alí Bajá se contrapone a la figura de don Juan. Descrito por Corte Real y Rufo a través de sus acciones en el asedio de Nicosia, Alí es dibujado por Ercilla bajo los trazos de un capitán gentilhombre, al que califica de prudente y osado, con el rostro impasible, sereno ante el combate: y «con un semblante alegre y confiado / que mostraba, fingido por defuera» (*AR*, XXIV, XVII, 5-6), ocultando el dolor que le produce la visión del enemigo. Al igual que don Juan, Alí Bajá pronuncia también una arenga[121], aunque, a diferencia de éste, sus palabras únicamente muestran la aceptación del duro hado que tiene ante sí y su crítica al enemigo subestimándolo (*AR*, XXIV, XXX-XXXIV). Corte Real y Rufo, en cambio, lo dibujan como un hombre temeroso ante la visión del caudillo austrino. Visitado por Selim en sueños, y anticipándosele su destino, Alí Bajá se despierta angustiado mortalmente ante la visión que le ha sido revelada, pero como buen capitán, logra con su pensamiento reponerse ante sus hombres disimulando la angustia (*FV*, IV, C). Para Plagnard, «la terreur que cette vision provoque chez Ali Pacha, chef militaire insigne et opposant de Don Juan d'Autriche à Lépante, sonne comme la reconnaissance préalable à la bataille de l'infériorité militaire de son armée. Par cette vision, les Turcs sont déjà mis en déroute symboliquement par la seule contemplation des triomphes passés de leurs ennemis» (2020 : 274). Como el lusitano, Rufo también

[121] Acerca de un estudio comparativo de las arengas pronunciadas por don Juan de Austria y Alí Bajá en *La Araucana*, véase Navarro Antolín (2000).

mostrará al general aterrorizado y con la piel mudada de color antes de la batalla, tras haber despreciado la tropa de la Santa Liga (*AU*, XXXIII, XXII).

La cobardía de Alí Bajá quedará demostrada en Corte Real al ser su navío el único que escapa de las tropas cristianas. La oposición entre ambos generales a partir de sus arengas y acciones revela la figura de dos capitanes instruidos en los valores de la milicia y conscientes del lugar que ocupan en el conflicto con una clara diferencia: la aceptación de la sobrenaturalidad del conflicto. Mientras don Juan, amparado en la fe católica, se ofrece incluso como mártir de la causa, Alí Bajá escapará abandonando a sus hombres al destino que se les tiene reservado como prisioneros de guerra.

2.2. La persecución total: Don Beltrán Castro de la Cueva contra el hereje inglés

En el canto XVIII del *Arauco Domado* (1596), Pedro de Oña interrumpe la narración de la conquista de Arauco para concluir los dos últimos cantos de su obra (XVIII-XIX) con un episodio coetáneo y novedoso en la materia épica: el enfrentamiento naval del marqués de Cañete y virrey del Perú en los mares del Sur frente al corsario inglés Richard Hawkins. Basándose en un incunable de Pedro de Balaguer de Salcedo, *Relación de lo sucedido desde diez y siete de mayo de mil y quinientos y noventa y quatro años: que don García Hurtado de Mendoça… tuvo aviso de a ver desembocado por el Estrecho y entrado en esta mar del Sur Richarte Aquines…: hasta dos de Julio… que don Beltrán de Castro y de la Cueva, que… le desbarató, venció y rindió y de las prevenciones de mar y tierra que para ello se hizieron.* (Gianesi, 2014: 489), Oña describe con exhaustiva precisión la táctica empleada por los navíos en el combate probablemente por la inmediatez (apenas dos años) de la narración respecto de lo acaecido (Murrin, 1994: 186). El suceso, omitido por Ercilla en *La Araucana,* es presentado proféticamente a partir de la voz de la pastora Llarea, quien a su vez interpreta el sueño alegórico de Quidora cuando, tras pronosticar la llegada del corsario Richard Hawkins a tierras americanas, el poeta le arrebata la palabra para continuar él con la narración (*AD*, XVIII, XXVIII).

El enfrentamiento contra los corsarios ingleses se erige como la primera batalla naval de la Armada del mar del Sur narrada en verso épico y protagonizada por unos

navíos que no eran galeras (Firbas, 2002: 834). No se trata de un conflicto entre imperios o naciones, sino de una guerra de piratería encabezada por piratas y ladrones: «Bella itaque dicuntur interna, externa, servilia, socialia, piratica. Nam piratica bella sunt sparsa latronum per maria mioparonibus levibus et fugacibus, non solum navibus commeatus, sed etiam ínsulas provinciasque vastantibus» (San Isidoro, *Etimoliogías*, XVIII, I).

Al igual que Ercilla, Oña revela en los paratextos de la obra la finalidad enaltecedora de la gesta de don Beltrán de la Cueva (junto a la disolución de la revuelta quiteña) que le ha llevado a la intercalación de dichos episodios recientes en la historia y que revelan la «tensión entre el testimonio y la idealización» (Firbas, 2002: 836):

> Y el divertirme del intento principal, como es tratar de las cosas de Chile, contando otras (aunque, bien mirado, sin salir de él) mucho después en Lima sucedidas, cual es la rebelión de Quito y la victoria que se alcançó del inglés Richarte Aquines, cáusalo el ser mi blanco escrebir las hazañas y felicidades del marqués de Cañete; y, como no ocupen estas el menor lugar entre aquellas, no me pude excusar de enxerirlas, so pena de huir el cuerpo a mi pretensión (*AD*, p. 549).

Después de muchos días de búsqueda del corsario desde Lima hacia el norte, el 5 de junio de 1594 don Beltrán encontró el barco de Richard Hawkins en una bahía engolfado. Comienza entonces una batalla naval de tres días de los cuales Oña recoge la primera jornada.

La presentación del pirata inglés dista considerablemente del retrato ofrecido de otros enemigos épicos. Presentado a partir de su naturaleza herética por pertenecer a una nación «que en la falsa fe que sigue yerra» (*AD*, XVIII, VIII. 6), y tildado de «apóstata» (*AD*, XVIII, XCI. 5), el corsario es definido como un enemigo del rey de España, pero también de la Cristiandad. La estructura alegórico inductiva mediante la que se nos descubre al pirata Richard Hawkins es despojada de toda suntuosidad por Llarea. La pastora reduce a los alados grifos descritos por Quidora semejantes a un «fiero dragón» (*AD*, XVIII, IX. 1) a simples «aves de rapiña» (*AD*, XVIII, X. 2) con una «sed hiposa de oro y plata» (*AD*, XVIII, IX, 3). La simbólica relación inicial del pirata inglés con el dragón que psicológicamente se concibe como «algo imposible de vencer» (Cirlot, 1992: 177) deriva en una irónica comparación con aves rapaces a las que, aunque difícil, es

posible atrapar, y la sed de oro del corsario revela desde el comienzo del canto la causa de la guerra: la codicia inglesa ilegítima del oro de las indias.

La descripción del pirata conforme a su calidad de corsario inglés es completada por Oña:

> Moço, gallardo, próspero, valiente,
> de proceder hidalgo en cuanto hazía;
> y acá, según moral filosofía,
> dexado lo que allá su ley consiente,
> afable, generoso, noble, humano,
> no crudo, riguroso, ni tirano (*AD*, XVIII, XLI. 3-8).

Su presentación se completa con su nave, *La Linda*, predispuesta siempre para la lucha, «para cualquier encuentro aparejada» (*AD*, XVIII, XLII. 5) y que personifica el carácter del pirata. Como indica Navascués, la presentación ambivalente del invasor luterano se da bajo una doble cara: «es hereje y enviado del diablo y, al mismo tiempo, soldado valiente y cortés, […] no hace sino ponderar las precauciones del virrey, quien aparece dibujado como el perfecto gobernante cristiano, capaz de dejar el lecho de enfermo para movilizar él solo a toda la ciudad de Lima en buen orden» (2018b: 142). Aunque la lucha puede ser considerada menos heroica por librarse en el seno de la cristiandad, el enemigo no puede ser considerado por ello menos peligroso (Vilà, 2014: 131). De hecho, el retrato que Oña realiza de él y sus hombres es similar al de la armada otomana en el aspecto militar. Los herejes forman una tropa de «gente plática y de hecho, / […] bien armada y guarnecida, / bastante a no temer y a ser temida» (*AD*, XVIII, XLII. 6-8).

El protagonista de la hazaña, Don Beltrán, apenas interviene en el conflicto más allá de su posición táctica en el último canto del poema. De él, únicamente se destacan dos virtudes: la valentía y el deseo de gloria que le suscita la ocasión cuando ésta se complica: «antes le nace de ello gusto y gloria, / por ser en más honor de la vitoria» (*AD*, XIX, XI. 7-8). La pronta obediencia de sus hombres antes de la batalla nos refleja asimismo, aunque indirectamente, su acertado gobierno de la tropa (al no haber disensión entre sus hombres) (*AD*, XIX, XV. 5-8).

Si bien el enfrentamiento armado directo se produjo entre el marqués de Cañete y el corsario inglés, el héroe épico de la primera parte del poema (I-XVII), García de Mendoza, no desaparece del conflicto, antes bien, como indica Navascués, es reforzado en su calidad política de virrey: «La *laudatio* del enemigo no hace sino ponderar las precauciones del Virrey, quien aparece dibujado como el perfecto gobernante cristiano» (2018b: 370). El "héroe oficial" de la guerra se desdobla en dos sujetos, García de Mendoza y Beltrán Castro quienes gobernarán las tropas coloniales en diferentes etapas de la guerra, pero con la misma finalidad: disponer la armada para la captura del pirata. Don García, enfermo en el lecho, será el encargado del aspecto estratégico del combate: preparativos militares y formación del ejército, mientras que en Beltrán Castro recae el aspecto táctico de la batalla. Ante las noticias de los estragos causados por el pirata (XVIII, XII-XV), don García, se levanta del lecho ante la gravedad de la situación (*AD*, XVIII, XXXIII. 1-4) y convoca un cónclave para decidir cómo efectuar la persecución del pirata inglés y predisponer el material necesario para perseguir y capturar al corsario, «que nunca sin consejo dava passo» (*AD*, XVIII, XXXIV. 3). La intervención directa del virrey en el conflicto aumenta su dimensión al decretar una persecución del corsario "total" empleando un gran número de efectivos tanto por tierra como por mar. Don García apercibe tres fuertes galeones y tres pataches para la empresa además de «sesenta pieças repartidas, / de bronce duro y sólido fornidas» (*AD*, XVIII, LXX. 2-3). Para ello, establece García tres capitanías dirigidas por Pulgar, Manrique y Plaça, tres hombres «del arte militar famosos» (*AD*, XVIII, XLVIII. 8) a los que entrega respectivamente tres compañías de cien soldados parten a la mar, además de un pataxe, «baxel de guerra que ordinariamente sigue a otro mayor. Sirve para descubrir y reconocer las costas» (*Aut*., V, p. 161) para que recorrieran la costa. Prevenido el mar, el virrey encarga al capitán Alonso Criado de Castillo que recorra la costa a caballo impidiendo el desembarco del pirata acompañado de otros capitanes nobles. El retrato que realiza Oña nos presenta a un hombre grave y maduro predispuesto para la batalla:

> Encima de un cavallo poderoso,
> de cinta y cabos negros, alazano,
> andava el mismo cónsul por su mano
> haciendo diligente al pereçoso,
> tan eficaz, activo y cuidadoso
> como, cuando era tiempo, grave y llano:
> virtud que en un sujeto apenas cabe
> mostrarse por igual humano y grave (*AD*, XVIII, LXIII).

La imagen del cónsul no difiere de la de cualquier capitán descrito por los tratadistas, ni de la de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto. Las virtudes, mostradas en extremo advierten al lector del conflicto naval que tendrá lugar al observar a un hombre que cumplirá las órdenes recibidas con seguridad por su virtud.

Juntados en el puerto 120 hombres, García de Mendoza da una vuelta a la marina, pasa revista mediante la fórmula del catálogo alardeando de las tropas (*AD*, XVIII, LXIV-LXVIII), y con un disparo los llama a recoger con «usança militar y disciplina» (*AD*, XVIII, CVI. 4). Las palabras del autor nos revelan que la tropa de Beltrán de Castro es, por tanto, una hueste disciplinada e instruida en la milicia. Entre los hombres reunidos, dos adquieren notable relevancia además del recién nombrado general: Alonso de Vargas en calidad de almirante: «aquel de lengua breve y manos largas» (*AD*, XVIII, LXXXIV. 8); y Miguel Ángel Felipón, «hombre experto, / magnánimo, capaz, acreditado; / en tales ocasiones tan provado» (*AD*, XVIII, LXXXVI. 4-6), como consejero. Las alusiones monetarias irrumpen la brevísima enumeración de los hombres que participan en el conflicto. Allí introduce Oña a Lorenzo de Heredia, que «se embarcó con diez soldados, / todos a costa suya sustentados» (*AD*, XVIII, LXXIII. 2-3). La alusión al dinero no es baladí. Antes de embarcarse García de Mendoza «alegra, favorece, mueve, incita [a sus hombres], / dexándolos por ellas más pagados / que a mucha fuerça y colmo de ducados» (*AD*, XVIII, CV. 6-8). La anticipación del pago de los hombres revela el carácter moderno de la tropa. La miscelánea tropa (hombres pagados de diferentes bolsillos) quedará unificada bajo un único mando y como tal funcionará en el conflicto sin que, posteriormente se hagan distinciones.

La preparación de la tropa culmina con la capacidad extraordinaria de organización de García en apenas siete días, así como el aparejo de artillería y munición agrupada:

> Las gracias al felice don García,
> después de Dios, se deven solamente,
> que estuvo desde atrás continuamente
> haciendo munición y artillería;
> y como si por clara profecía
> le fuera este futuro mal presente,
> assí con su prudencia lo previno (*AD*, XVIII, CII. 1-7).

La artillería cobra singular importancia en el conflicto. A diferencia del abordaje de las galeras, los galeones permitían entablar una batalla desde la distancia. De ahí que Oña dedique varias octavas a la enumeración de la artillería agrupada por el virrey (*AD*, XVIII, LXXI; *AD*, XVIII, CXVII) y la tipología de la armas: esmeriles, culebrinas, balas de navaja y de cadena, gurguces, lanzas, dardos, jabalinas, morriones, petos y pedreros: «pieza de artillería del tercer género, que sirve para combatir en el mar contra los navíos y galeras, y en la tierra para defender los assaltos de los enemigos, arrojando balas de piedra, o gran cantidad de balas menúdas, gastando menos cantidad de pólvora, que las piezas de los otros géneros» (*Aut*., V, p.456). Más allá de las armas materiales, una novedad sobresale en la armada del virrey y que contrasta con la mercenaria tropa: las armas espirituales de que dispone y que acompañan a los hombres a la batalla: un grupo de defensores jesuitas religiosos (*AD*, XVIII, XCIX. 1-4).

El mando desdoblado ante el conflicto con los piratas deja entrever las variadas cualidades que se requerían en los oficiales en función de las necesidades de la tropa y el momento de la batalla, encarnadas en las figuras del virrey y de Beltrán de Castro respectivamente quienes, pese a los diferentes cometidos ante la batalla, demuestran una instrucción en el arte militar. La interrupción de la narración de la batalla contra el corsario inglés bajo la promesa incumplida de una segunda parte (*AD*, XIX, CXIII) nos impide conocer las facultades tácticas del capitán que, como veremos más adelante, es sobrepasado por el inglés en la primera parte del enfrentamiento gracias a los conocimientos náuticos de este y sus aptitudes de maniobrabilidad.

3. La batalla de Lepanto en la poesía épica

La victoria de la Cristiandad bajo el gobierno de don Juan de Austria en la Batalla de Lepanto contra el Imperio otomano supuso la mayor victoria de la corona española. En 1568 Felipe II, miembro de la Santa Liga, recibe noticias del almirante Andrea Doria sobre el avance de los turcos y su cantidad ventajosa en el número de embarcaciones:

> A los II de Agosto, que fue el mismo dia que tuve el correo del Duque de Alcalá, con el qual me esrivio que el Armada del Turco havia parecido en Corfú, […] y haviendo ya buelto mi ermano de correr las yslas, y yo salí de aquí y por gran prissa que me diese en el camino, fueron tales los tiempos, que no puede llegar a Napoles antes de los XI. Adonde hallé a Don Álvaro de Vaçan, Gildandrada y Alfonso de Appiano con las galeras de su

> cargo apunto y entendi del Duque que tambien havia escrito a Don Juan de Cardona que lo estuviese para juntarnos todos y hazer lo que mas conviniese al servicio de V.M. Pareciome que pues no podíamos ser yguales al Armada enemiga, y que para reforçar un numero de galeras y andar tras ella, bastavan las de ytalia (*Carta de Juan Andrea Doria a Felipe II*, 28 de septiembre de 1568 en AGS, EST,LEG,1397,146).

En ese momento, la Monarquía Hispánica apenas contaba con navíos suficientes en sus puertos para hacer frente al enemigo, bien mediterráneo, bien atlántico. En 1570 «solo había en los puertos españoles 18 galeones de guerra» (Retortillo Atienza, 2017: 27), y tardará dos años en reunir un número competente de galeras para enfrentarse al enemigo turco. A principios de 1571 se juntan en Mesina (Sicilia) todas las embarcaciones de la Cristiandad que van a perseguir al enemigo por el Mediterráneo, preparadas para la batalla bajo el mandato de don Juan de Austria, nombrado Capitán General para la empresa. En julio, don Juan impartía una serie de instrucciones a Andrea Doria sobre la necesidad de reconocer que estén a punto las embarcaciones, pues el verano se acaba y es necesario salir a dar batalla antes de la llegada del invierno: «Dar orden que se reconozcan luego las onze naves que el proveedor Francisco de Ibarra a hecho tomar a sueldo del Rey mi señor en el puerto de esta ciudad y ver si les falta alguna cosa para poder navegar y hazerse a la vela» (*Instrucción de Juan de Austria a Juan Andrea Doria*, 30 de julio de 1571 en AGS, EST,LEG,1401,71). El número de embarcaciones dispuestas para la lucha por la Santa Liga parecía por primera vez suficiente para derrotar al Gran Turco.

«En Mesina se organiza la magna concentración de la armada de La Liga: 100 naves de la Monarquía Católica (81 galeras), las 48 venecianas, las 12 pontificias, esperando todavía más, 60 venecianas y 6 galeazas además de otras que fueron incorporándose» (Fernández Álvarez, 2002: 147). Se entendía por "nave" o "navío" el «bajel de alto borde, de mucha capacidad y fuerte para contrastar las tempestades y olas de la mar» (*Tesoro*, p. 1308), mientras que el término "galeaza" o "galeón" designa: «tomaron el nombre de la galera, aunque son navíos más fuertes y menos ligeros, pero sufren los golpes del agua, por ser de alto borde» (*Tesoro*, pp. 945-946). La estrategia, acaudillada por don Juan de Austria y sugerida por don Álvaro de Bazán, era sencilla: buscar a la armada turca y combatirla allá donde la encontrasen, que finalmente será el golfo de Lepanto: «fue decisivo el arrojo de don Juan de Austria, su auténtico caudillaje, por todos respetado, y su decisión de buscar la victoria a toda costa» (Fernández Álvarez, 2002: 150). El orden de batalla lineal cruzado perpendicularmente, con cuatro brazos ha

sido expuesto por Carrero Blanco (1968: 23-24) conforme a las crónicas y testimonios de la épica:

> —Vanguardia o grupo de descubierta, al mando de don Juan de Cardona, con 7 galeras (3 de España y 4 de Venecia).
> —Primera escuadra o ala derecha, al mando de Juan Andrea Doria, con 50 galeras (25 de Venecia, 23 de España y 2 del Papado).
> —Segunda escuadra o cuerpo de batalla, al mando de don Juan de Austria, con 62 galeras (28 de España, 27 de Venecia y 7 del Papado).
> —Tercera escuadra o ala izquierda, al mando de Agostino Barbarigo, lugarteniente del almirante veneciano Sebastiano Venier, con 53 galeras (41 de Venecia, 11 de España y 1 del Papado).
> —Escuadra de reserva, al mando de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, con 30 galeras (15 de España, 12 de Venecia y 3 del Papado).
> —Escuadra de galeazas, al mando de Francisco Duodo con 6 galeazas
> —Escuadra de naves, al mando de don Carlos de Ávalos, con 26 naves (24 de España y 2 de Venecia).

La magnitud del conflicto (económica, política, social y militar) y la disposición simbológica de las tropas, contribuyeron a la exaltación artística del conflicto. Ercilla la pone de relieve en la tercera estrofa a través de una típica acumulación bélica:

> ¿Quién bastará a contar los escuadrones
> y el número copioso de galeras,
> la multitud y mezcla de naciones,
> estandartes, enseñas y banderas;
> las defensas, pertrechos, municiones,
> las diferencias de armas y maneras,
> máquinas artificios y instrumentos,
> aparatos, divisas y ornamentos? (*AR*, XXIV, III).

En el prólogo de la Segunda Parte de *La Araucana*, publicada en 1578, Alonso de Ercilla avisa de la intercalación de dos asuntos diferentes a la conquista de Arauco contemporáneos y recientes en la historia: la batalla de San Quintín y la batalla naval de Lepanto:

> El alto principio que el Rey nuestro señor dio a sus obras con el asalto y entrada de Sanquintín, por habernos dado otro aquel mismo día los araucanos en el fuerte de la Concepción. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamás habérseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismo han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar qué gozar al enemigo; mas sólo defienden unos terrones

> secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos (*AR*, p. 464).

El alcance simbólico de la batalla y la proximidad temporal de la versificación del conflicto favorecieron la recreación bélica del episodio. Michael Murrin (1994: 127) indica dos razones para el éxito de la narración de la batalla de Lepanto en la poesía épica: en primer lugar, el intercambio de misiles al comienzo del canto XXIII de *La Austríada* en el que aumenta el énfasis del poeta. En segundo lugar, el papel decisivo de los dos comandantes que se enfrentan: don Juan de Austria y Alí Pachá. Casi todos los poemas épicos aludieron al conflicto en algún momento con diferente finalidad, siendo recogida más extensamente en la *Austriadis libri duo*, de Latino; la *Felicissima victoria*, de Corte Real, y *la Austríada*, de Juan Rufo, además del canto que dedica Ercilla en su Segunda Parte de *La Araucana* (1578) y el catálogo naval que incluye en *el Monserrate* (1588) Cristóbal Virués. Jerónimo Corte-Real es el único poeta ibérico que dedica un poema completo a la narración de la batalla de Lepanto y, a diferencia de todos los demás, que ensalzan la victoria de los españoles en Lepanto de manera simbólica, no hablará del espíritu triunfalista posterior a la batalla contra el turco (Plagnard, 1967: 193).

Los catálogos de las naves, las descripciones de los soldados y sus valerosas acciones frente a un adversario de proporcionada dimensión, nos permiten reconocer al soldado ideal del siglo XVI expuesto en los tratados militares coetáneos

3.1. Una proplepsis estratégica: la guerra en Chipre

Los dos asedios que sufrieron las tropas cristianas en la isla de Chipre, Nicosia y Famagusta (1570), aparecen intercalados mediante la técnica épica del relato diferido en los dos poemas épico-cronísticos que narran extendidamente la batalla de Lepanto: *Felicissima victoria* (X-XI) y *La Austríada* (XXI) a través de un mensajero testigo de las desgracias que cuenta ante don Juan (*FV*, X) y el marqués de Bazán (*AU*, XIII, L). A diferencia de otros pasajes interpuestos, la inserción de ambos conflictos en dichos poemas no parece responder a un deseo del autor de amenizar la lectura mediante la intercalación de otros episodios bélicos, ni de equiparar los diferentes sucesos escogidos bélicos al mismo nivel de desarrollo militar (como en el caso de la batalla de Lepanto en *La Araucana*). Al igual que Ercilla y Corte Real, Rufo retrata desde las primeras octavas

del canto XII al enemigo otomano como un adversario digno, no solo para la Monarquía hispánica, sino también como oponente estimable para don Juan de Austria: «El otro es un "general sabio y prudente", / de quien se dice haber sido dotado / de más virtud que cabe en turca gente» (*AU*, XXII, VIII, 2-4). La finalidad de enfrentar al general español contra un adversario simétrico no es otra que la de engrandecer la victoria del primero, «ya que, si los turcos estuvieran presentados como una masa indiferenciada y desorganizada, el triunfo no tendría valor alguno» (Vilà, 2001: 665).

La inclusión de los asedios de Nicosia y Famagusta, acaecidos un año antes de la batalla en el golfo, posee más bien una función ecfrástica que presagia al lector la complejidad del futuro enfrentamiento naval. Los oficiales otomanos, gracias a la alta formación militar que poseen se revelan como oficiales capaces de conquistar dos ciudades altamente fortificadas, emplazadas en posiciones ventajosas (sobre todo Famagusta, al estar protegida por el mar) y defendidas, a su vez, por soldados y oficiales instruidos en el arte de la milicia.

La conquista de la isla de Chipre, uno de los dominios venecianos de ultramar junto a la isla de Creta desde 1489, fue el primer enfrentamiento mediterráneo entre la Santa Liga y el Imperio Otomano. El 27 de junio de 1570 el ejército otomano llegó a las costas sureñas de la isla intentando desembarcar en Pafos, una de las ciudades célebres de la época (Herrera, *Relación*, p. 17), donde los venecianos los confrontaron obligándolos a navegar hasta Lárnaca, donde finalmente pudieron apearse ante la evasión del gobernador Niccolò Dandolos de confrontarlos en campo abierto. La tropa otomana liderada bajo el mando de dos generales: el ejército de tierra, dirigido por Mustafá Bajá, y la flota, encabezada por Pialí Bajá avanzó por la isla conquistándola a su paso.

Un mes más tarde del desembarco, el 25 de julio, comenzaría el asedio a la ciudad de Nicosia en el norte de la isla. Fortificada al estilo de la *trace italienne* (figura 22), la ciudad, bajo el gobierno de Dandolos resistió el bombardeo enemigo durante un mes y medio, cayendo a manos de los turcos el 9 de septiembre, momento en que éstos consiguieron traspasar las murallas al agotarse las municiones. El gobernador, muerto a manos de los turcos, fue decapitado y su cabeza se llevó hasta Famagusta donde se exhibió como trofeo. Mientras tanto, una flota cristiana de aproximadamente 200 navíos

se había congregado tardíamente en Creta bajo la dirección de Marco Colona y Giovanni Andrea Doria para auxiliar a los venecianos de Chipre, quienes, al tener noticias de la caída de Nicosia, regresaron a las costas italianas. Desde Nicosia, las tropas otomanas avanzaron por mar y tierra hasta Famagusta, donde se produjo un segundo asedio entre los meses de septiembre de 1570 y agosto de 1571 a la ciudad, cuya defensa recayó en la figura de Marco Antonio Bragadino quien, finalmente, murió a manos de los turcos tras ser torturado salvajemente.

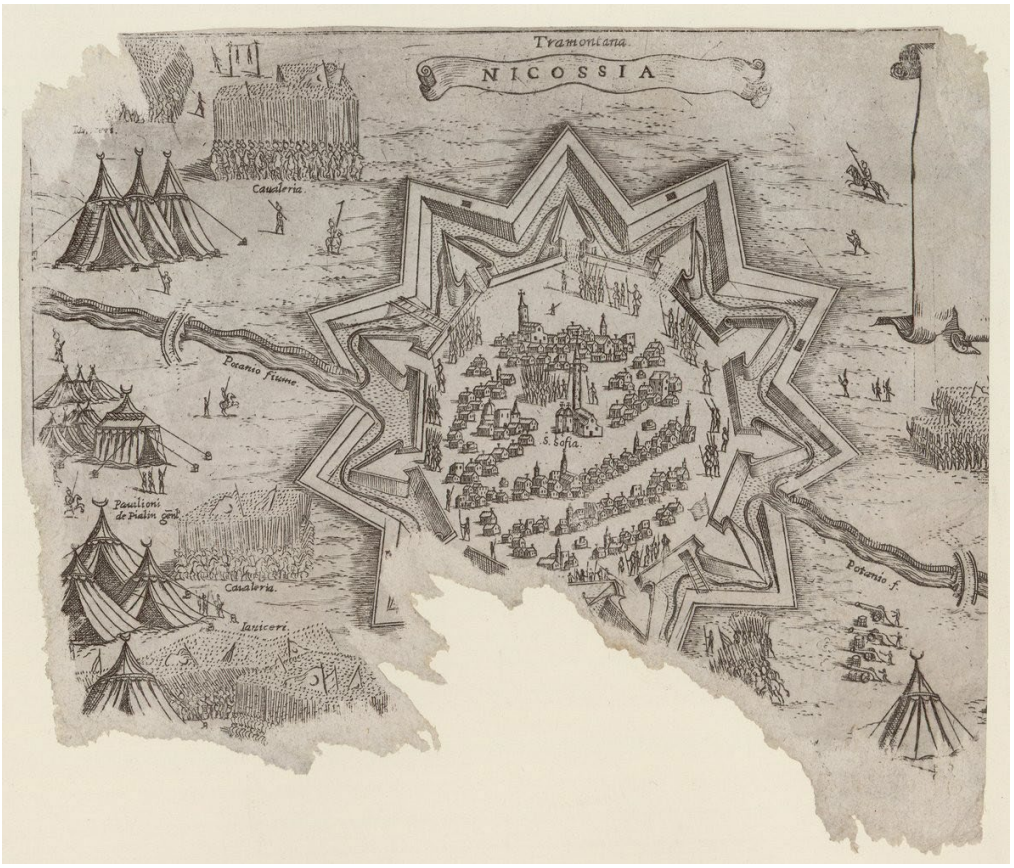


Figura 22. Mapa de la ciudad de Nicosia asediada por los otomanos en donde se puede apreciar la fortificación siguiendo la *trace italienne* (1571). Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987 (6591).

Las variantes que encontramos en el relato de los asedios acaecidos en Chipre, tanto en la obra de Corte Real como en la de Rufo, están condicionadas por el testimonio del mensajero. El tono heroico y exaltado de las hazañas de los soldados cristianos de la *Felicissima victoria*, en boca de un superviviente cristiano, contrasta fuertemente con el tono confesional de los dos en turcos encontrados en un bajel en aguas mediterráneas y

capturados por el marqués de Bazán en *La Austríada*, quienes descubren las intenciones de los generales y de Selim, así como el número de soldados con que cuenta, a cambio de salvar la vida. Sin embargo, pese a las notables diferencia de los relatos, ambos poseen la función proléptica de anticipar al lector un retrato militar del poderoso enemigo al que se enfrentará en el golfo de Lepanto la Santa Liga.

Desde el momento en que los turcos descienden a tierra, Corte Real esboza una imagen del enemigo como un sujeto instruido en la táctica militar al ser capaz de organizarse: «haciendo inexpugnables esquadrones (*FV*, II, XIX. 8)», al igual que su general. Mustafá es un general con conocimientos avanzados de estrategia y fortificación militar conforme a los principios descritos en la tratadística militar coetánea. A su llegada a las afueras de Nicosia, el general dispone el campamento otomano para el alojamiento de su tropa en forma de rueda protegiéndolo preventivamente con sesenta y seis piezas de artillería:

> El fuerte Mostafá, no perezoso,
> manda fortificar su campo en rueda
> ya van los gastadores con presteza
> trincheas levantando y bestiones.
> El basilisco horrendo ya se planta,
> y el cañon reforçado y culebrina,
> sesenta y seis las pieças son de bronce
> para batir las torres y muralla (*FV*, II, XX. 1- 7).

La disposición circular del campamento otomano conforme a la preceptiva militar revela la alta cualificación del oficial al mando: «En el arte de alojar se busca el sitio conveniente y de aires sanos, con agua, abundancia de granos, forraje y leña, y seguro para la comida y fortificación de los cuarteles. Su forma, si circular, cuadrangular, y dispuesta según el terreno. La materia son palos, fajina y terrones» (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 307). Corte Real insiste en la fortificación y preparación que realizan los otomanos antes del asedio resaltando el ventajoso emplazamiento escogido por el general y las fortificaciones que realiza para protegerlo (en caso de que los cristianos decidieran emprender una ofensiva saliendo de Nicosia) cavando hondos fosos, y formando terraplenes y bastiones, mientras los cristianos se preparan para el asedio:

> Ya junto a la ciudad su campo asienta,
> en puesto accomodado, y sitio fuerte:
> cierralo de trincheas, y hondos fossos,
> de terraplenos, de altos bestiones.
> Corren a la muralla los soldados,
> los capitanes de alta fama y nombre,
> arbolan por las torres mil vanderas:
> fortifican los mas flacos lugares (*FV*, III, LX).

La misma ventaja táctica obtendrá Mustafá en Famagusta al alojar de nuevo a la tropa en el mejor terreno próximo a la ciudad, el oeste:

> En la parte que mira hacia el poniente
> llamada de nostros los jardines
> situaron su campo guarnescido
> de muy altos y fuertes bastiones
> donde luego han plantado muchas pieças
> de terrible furor, e impetu fuerte.
> Las trincheras juntando unas a otras
> seguras, con favor de arcabuzeros (*FV*, XI, VIII).

El asentamiento del campamento poniente del enemigo era considerado, generalmente, la posición más beneficiosa para la ofensiva en las tierras calientes pues, a causa de los vientos septentrionales, eran las murallas más desgastadas y, en consecuencia, más fáciles de batir, tal y como lo desarrolla Bernardino de Mendoza:

> Alojado el ejército y reconocido la tierra, así por el general de la artillería como (por) otros cabos y soldados de experiencia, Vuestra Alteza tomará la resolución por la parte que se ha de poner la batería o baterías, considerando que de ordinario en las tierras frías las murallas que están a la parte del Norte y las hieren los vientos septentrionales son más flacas que las otras, y en las calientes las que están a Mediodía, calidad que es de advertir, y la del terraplén que tienen y groseza de él, y si es la muralla fábrica nueva por ser más fácil de batir, si hay espacio en lo que se bate de un torreón a otro, o baluarte, para hacer batería por donde puedan entrar ocho o nueve soldados por hilera, la cual estiman por buena. Si bien en los asaltos no se arremete en hilera, se tiene por gran batería la de semejante distancia (*Teórica y práctica de guerra*, p. 94).

Mientras Corte Real narra detalladamente la elaboración de un plan defensivo mediante la preparación del terreno, Rufo sintetiza en el calificativo "diestros" (*AU*, XXI, LV. 1-4) los conocimientos bélicos de los turcos artilleros.

Conforme a su condición de general, la primera acción de Mustafá, tras alojar el campamento, es aproximarse a la ciudad de Nicosia para reconocer el campo y descubrir

el lugar más propicio, la majada, para penetrar la muralla, y poder romper el muro tomando más fácilmente la ciudad cristiana (*FV*, II, XXI. 1-4). Desde los preparativos del asedio el poeta anticipa el fatal desenlace a través de la comparación zoológica del general otomano como un "lobo" al acecho del corral en el que se encuentra encerrado el ganado indefenso, los cristianos, y sin posibilidad de escapatoria (*FV*, II, XXI. 5-8).

La estructura que sigue el ataque ofensivo otomano es similar en ambos asedios y se corresponde con las fases del conflicto bélico conforme a los cánones modernos. Mientras los gobernadores italianos (en posición defensiva) cierran las ciudades altamente fortificadas y se preparan para resistir la ofensa, los generales turcos (Mostafá y Alí Bajá) organizan el campamento y la disposición de los escuadrones para el asalto. Las prevenciones que debían tomar los combatientes se ordenaban en cuatro esencias: «gente, instrumentos, víveres y dinero» (Baños de Velasco y Acevedo, *Política militar de príncipes*, p. 235). A continuación, tras varias descargas de la artillería gruesa en los puntos flacos de la muralla y la defensa, con la finalidad de abrir un paso al interior de la ciudad, los enemigos se aproximan a los muros combatiendo en duelos individuales contra los cristianos (Figura 23). Al caer la noche, tregua natural en la batalla, cada campo militar se afana en reparar los daños sufridos, bien materiales, bien humanos, y se recompone para sostener el siguiente asalto. Finalmente, tras la caída de la ciudad, los turcos matan cruelmente a los cautivos cristianos y se apoderan de la ciudad.

El primer asalto a la ciudad de Nicosia revela la artillería como el instrumento esencial para la victoria otomana. Los turcos, gente «osada y diestra» (*FV*, II, XXXI. 5-6), se abalanzan sobre la ciudad con toda la artillería que poseen furiosamente. La cantidad hiperbólica de artillería utilizada se plasma en la fusión de los proyectiles disparados por las culebrinas de ambos contingentes en un constante ir y venir: «Van del campo a las torres, dellas vienen / mil pelotas con fuerça, en fuego ardiendo» (*FV*, II, XXII. 5-6). Corte Real aprecia la puntería de los artilleros otomanos derribando una de las torres:

> Ya sueltan el monstruoso Basilisco
> cuyo bramido atruena campo y montes:
> sueltan la reforçada culebrina:
> el horrible salvage, cañon su aserte.
> Tiembla la tierra, y gime en largo espacio,
> con el trueno infernal fogoso y crudo,

las ardientes pelotas rebramando,
una torre batida echan por tierra (*FV*, II, XXXII).

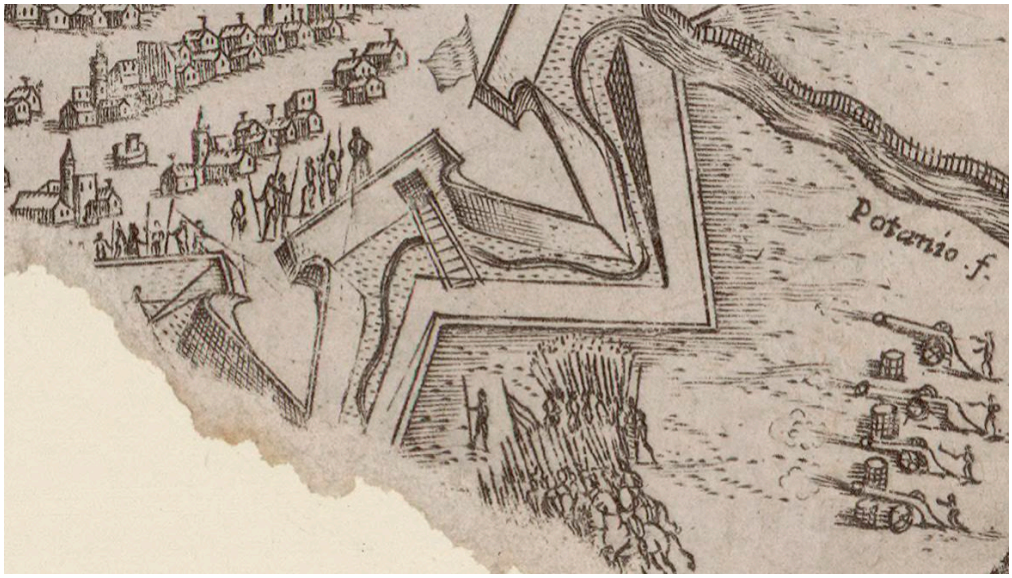


Figura 23. Detalle del plano de la ciudad de Nicosia asediada por los otomanos en donde se puede apreciar la fortificación siguiendo la *trace italienne* y la técnica de la escalada empleada por los otomanos, así como la disposición de la artillería gruesa en batería (1571). Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987 (6591).

El poeta hispano, en cambio, critica el desmesurado empleo que hacen de la pólvora unos turcos inexpertos a quienes, incluso, les revientan los cañones en sus propios escuadrones por el exceso de pólvora con que cargan las piezas:

Ya el crudo basilisco con bramido,
el cañón reforçado y culebrina
en el muro fortíssimo y luzido
imprimían señales de rüina;
bien que el peligro claro y conocido
acrecentava militar doctrina
en todos los que en ella no eran diestros,
que suelen los trabajos ser maestros.

Pieças de sesenta y seis fuegos lançando
baten apriessa la ciudad cuitada,
de cuyas altas torres contrastando
está la gente ilustre baptizada;
los turcos artilleros, reforçando
sus tiros con más carga de la usada,
hizieron rebentar gruessos cañones
a costa de sus mismos escuadrones (*AU*, XIII, XVII-XVIII).

El exceso de pólvora que causa muertos en sus propias filas es revelador. Entre las filas turcas se encuentran hombres sin mesura en el combate, bisoños y escasamente experimentados.

El asalto de los otomanos comienza ferozmente y es repelido por todos los habitantes de Nicosia, incluidas las mujeres (*AU*, XIII, xxv). Un único personaje es destacado en el asedio por Rufo entre la masa de soldados combatientes cristianos: Nicolás Dandolo. Al intentar entrar los jenízaros por la zona más débil de la ciudad, Dandolo, «insigne / general capitan» (*FV*, II, XXXIV. 2-3) y Marco Julio Romano, varón también notable (*AU*, XIII, XXVIII), acuden a la defensa con una compañía de hombres repeliéndolos con firmeza. Más adelante Nicolás aparece al igual que los generales incitando y arengando a las tropas a la batalla:

> El Dandolo animoso, incita y mueve
> los valientes soldados, a honra y fama,
> y con palabras dignas de memoria
> dobla fuerças, y animos aviva (*FV*, II, XLIV. 5-8).

Ambos soldados demuestran su valor, pues «con denodado esfuerço ambos se arrojan / donde la fiera turba mas espesa, / amontonada esta, furiosa y cruda» (*FV*, II, XXXIV. 6-8) hasta que consiguen causarles profundos estragos obligándolos a retroceder. Por primera vez aparece descrita explícitamente en el poema la cobardía de los turcos: «Dan la buelta corriendo a cual más puede» (*AU*, XIII, XXIX. 1), lo que provoca el enfado de Mustafá quien, al igual que los capitanes gentileshombres, para dar ejemplo se lanza el primero «su lugar de caudillo renunciando» (*AU*, XIII, XXXVII. 4).

Una segunda jornada bélica se desarrollará similarmente mientras la artillería otomana causa bajas en el bando cristiano: «haze notable mal, y mortal daño. / Por el fosso allanado ya se tienden / varones valentissimos sin vida» (*FV*, II, XXXVII. 4-6), hasta que, finalmente entran en la ciudad en un horrendo tropel. Las armas de fuego serán las causantes de la herida de Marco Julio (*FV*, II, XLIX) y de la muerte del héroe de la jornada, que es traspasado por una anónima bala en el corazón:

Antes que el fuerte golpe al enemigo
muestre quanto es potente, por su daño,
en el suelo se tiende traspasado
del mortifero plomo y fuego ardiente
que repentino llega, toca y rompe
el bravo coraçon que ardia en furia (*FV*, II, XLV. 4-8).

Al igual que en el asedio de Nicosia, en Famagusta[122] la artillería, que parece envolverlo todo, será determinante para la victoria otomana:

Del fuerte del peñasco, cinco pieças,
de aquel Taracenal, las torres baten:
onze pieças por otra parte atruenan
a toda la Cortina, y la maltractan.
Al Torreon del Andruci, otras violentas
onze pieças combaten, ya la torre
fuerte de sancta Napa, los horribles
y fieros bassiliscos amenazan.

La puerta de Limisso era offendida
con treynta y seis valientes tiros gruessos (*FV*, XI, XVII-XVIII.1-2)

La llegada de Alí Bajá refuerza la presencia artillera en el combate. El comandante arriba a la costa con máquinas bélicas de diferente calibre que ofenden los muros de la ciudad (*FV*, XI, XIV. 1-4): sesenta y cuatro "piezas", «cañón de artillería de bronce o de hierro» (*Aut.*, I p. 626); cuatro "basiliscos", «pieza antigua de artillería, de muy crecido calibre y mucha longitud» (*Aut*., p. 143); y cinco "baterías", «agregado de algunas piezas de artillería puestas en la forma conveniente, para batir alguna parte de la fortificación de una Plaza; ù el de mortéros para disparar bombas» (*Aut.*, I, p. 574). La contraofensiva artillera recae en Marco Juan Marmori, «diestro en la guerra, / y en las belicosas machinas usado» (*FV*, XI, XXIII. 5-6) quien apenas realiza un ingenio de mantas para esconder las minas. Siendo la cava allanada, consigue abrir portal en esa contra escarpa ganada y colocar sacos de lana con fajina engrosándolo y contraminándolo. Tras un segundo asalto, en el que consiguen destrozar quince gruesas piezas del enemigo, la pólvora comienza a escasear y dando fuego a la mina, muchos turcos mueren en pedazos (*FV*, XI, L). Tras el sexto asalto (*FV*, XI, LXVII), y después de 66 días en los que se han consumido 150.000 balas (*FV*, XI, LXIX), los cristianos pierden la esperanza y se rinden. Corte Real insiste en que su rendición es ante los hados, y no ante el enemigo: «Nosotros todos fuimos

[122] Puede observarse un plano del asalto a la ciudad de FAmagusta en el apéndice O.

constreñidos / rendirnos a los hados, y no a los turcos» (*FV*, XI, LXIX. 5-6), y es por ello que la deposición de las armas se debe a la hambruna que sufre la ciudad y no al cansancio o cobardía de los soldados cristianos (*FV*, XI, LVIII). El largo asedio del invierno y la escasez de víveres son el motivo de la rendición responsabilizando con ello al general de la ciudad quien, como explicaban los tratadistas, debía conseguir proveerse de vituallas suficientes para resistir el asalto: «E muchas tierras y castillos fuertes se han rendido por falta de vituallas, más que por combate de los enemigos, y en esto se han de mirar mucho los generales, que las fuerças que ganaren, que las hagan proveer de vituallas, porque los enemigos no las tomen por hambre, porque mejor es, ya que sucede la fortuna que una fuerça se pierda por batalla que no por hambre» (Montes, *Instrucción*, p. 22).

La victoria otomana concluye con la entrada soberbia de las tropas enemigas en la ciudad, y la matanza de todos los hombres en edad de pelear (*FV*, II, L). Un nuevo ardid de los turcos revela la deslealtad al código de guerra establecido. El trato a los enemigos formaba parte de los códigos militares del Renacimiento y en ellos se estipulaba el respeto que se debía otorgar a los vencidos en función de su calidad de prisioneros:

> El matar a los vencidos y sojuzgados, mas da testimonio de crueldad y locura, que de esfuerço ni virtud, y aun que este ayrado y encruelecido contra ellos, no por esso ha de padecer daño en la reputacion, o cosas suias, si los enemigos luego como avran sido presos no fueron muertos, porque su placer ay reposadaemente podra determinar lo que ha de usar con ellos. (Scarion de Pavia, *Doctrina militar*, f. 41v).

> Tan valerosa acción es tratar al enemigo con desprecio en la batalla, como con urbanidad en la victoria, y después de ella en esto debe poner cuidadosa diligencia el Capitán General, haciendo reconocer con cuidado los prisioneros, y entre ellos las personas de calidad notable y puestos mayores, a los cuales no debe negar todos los honores que a cada uno se deba, según el grado de su nobleza o ejercicio, acariciándolos y haciéndolos estimar de los otros; porque ciertamente los tales hombres vienen a sentir más la caída de su fortuna, por faltarles la estimación, que los bienes (Melo, *Política Militar*, XLIII, p. 164).

El episodio, estudiado en profundidad por Plagnard (2012), recibe un tratamiento diferente en Corte Real al intercalar una temática amorosa entre dos rivales, Mustafá y Pielí Bajá, atribuyendo el incendio a Bajá en venganza y descubriendo un general otomano crudelísimo (*FV*, II). Rufo, en cambio, depura de todo artificio el relato (Plagnard, 2012: 136) y ofrece dos posibles soluciones: la torpeza de un soldado «mal plático en milicia» (*AU*, XIII, C. 6), o a las oraciones de los cristianos a Dios solicitando una muerte honrosa antes que la prisión a manos de los turcos (*AU*, XIII, C-CIII).

Las versiones de Corte Real y Rufo del desenlace del asedio de Famagusta difieren notablemente, aunque el resultado último sea el mismo: la matanza de los oficiales cristianos. Mientras Corte Real narra el establecimiento de un acuerdo de paz traicionado por Mustafá (*FV*, XI, LXX), Rufo dibuja un general astuto que, mediante un ardid de guerra, convence a los cristianos para que salgan de la ciudad sin poner resistencia tras quedarse sin provisiones (*AU*, XXI, XCV), descubriéndose el engaño y siendo apresados. Alí Bajá captura a Bragadino y, burlándose de él, y de la fe cristiana lo tienta bíblicamente al preguntarle dónde está Cristo (XI, LXXXI) antes de cortarle las orejas mientras una voz profética (XI, LXXXIV) pide justicia tres veces otorgando al pasaje un carácter maravilloso. La comparación implícita de la acción del otomano con el demonio provocará que el lusitano lo denomine «barbaro ministro del infierno» (*FV*, XI, LXXXIII. 1). La valentía heroica de Barbarigo, así como su fe es resaltada al confesar que, más que estar prisionero y con la muerte aproximándose, lo que más le ha ofendido es la injuria del otomano a Dios:

> El desacato a Dios el varon noble
> más que su proprio mal alli sentia:
> alla dentro en su pecho se entristece,
> y siente gravemente aquella injuria (*FV*, XI, LXXI. 5-8)

Al igual que Corte Real, Rufo se recrea inventando un pasaje martiriológico que anticipa las muertes sagradas de los soldados que van a lucharán en Lepanto. Mediante una estremecedora sinestesia, el poeta nos presenta a Bragadino gimiendo roncamente mientras es desollado (*AU*, XXI, CVIII. 1-6) y reiterando la condición de cristiano en que muere:

> "¿Qué gloria -le dezía- turco fiero
> adquieres en mi muerte trabajosa?
> Yo moriré cristiano y cavallero,
> tú siempre bivirás vida afrentosa" (XXI, CIX).

El asedio de Nicosia, a través de las acciones de los soldados cristianos y otomanos anticipa un retrato militar de los combatientes que se batirán en Lepanto, fundamentalmente, a través de las figuras de los generales turcos quienes, diestros en arte

de la milicia, auguran a través de sus acciones una batalla sangrienta y compleja estratégicamente en la que obtener la victoria puede ser considerado como un éxito inconmensurable.

3.2. Los gentileshombres de las galeras cristianas

La ingente soldadesca que combatió en la gloriosa batalla naval es sintetizada por Ercilla en el movimiento de las galeras (Murrin, 1994: 185). El poeta apenas se detiene en dar nombres concretos de los hombres que participaron en el conflicto, más allá de los capitanes de las galeras que le permiten elaborar su discurso épico. Sus hazañas individuales, sugeridas en todo caso con una prolepsis (*AR*, XXIV, XXII) a raíz de la victoria en el conflicto, pasan desapercibidas. Únicamente una decena de capitanes destacan de la soldadesca y nos permiten extraer sus virtudes militares a raíz de sus acciones.

Los personajes escogidos por Ercilla se distinguen mayormente por su capacidad de gobierno (*commanding officer*) y su valentía. Don Luis de Requesens través de las acumulaciones pentamembres, es realzado por su capacidad de gobierno y su atención a la totalidad de la batalla (XXIV, LXII), al igual que el conde de Pliego, don Fernando, de quien nos informa que, como soldado valiente acudía a los lugares más peligrosos de la batalla (XXIV, LXIII. 2-4). La misma función destaca del marqués de Santa Cruz, que al ver a la galera de don Juan en peligro, sale al encuentro (XXIV, LX). El episodio, enriquecido en *La Austríada* por Rufo al atribuir la ofensiva a los mejores soldados de la flota otomana: «do la flor de geníçaros asiste» (XXIII, LIV. 4), encomia indirectamente a los soldados de la real y al príncipe. Sin embargo, y a pesar de la parquedad de palabras, Ercilla deja intuir el *ethos* del soldado quinientista:

> ¿Quién podrá punto por punto ir refiriendo
> las gallardas espadas que este día,
> en medio del furor se señalaron
> y el mar con turca sangre acrecentaron? (*AR*, XXIV, LXVII).

Es posible extraer algunas de las cualidades que debían poseer los soldados a partir del comportamiento de sus capitanes. De la famosa galera de Malta, Ercilla aprecia que, viendo la ofensa recibida su real, acuden a luchar para recobrarla y, en consecuencia, su

honor (*AR*, XXIV, LXXIX). Marco Antonio Colona es alabado por un «combate animosísimo, igualando / con la honrosa ambición la fortaleza» (*AR*, XXIV, LXXIX. 3-4), y Barbarigo por su ánimo, pujanza, valor y esperanza (*AR*, XXIV, LXXXIII). Junto a ellos, un episodio acapara la atención del autor más detenidamente: la muerte de Bernardino de Cárdenas por un esmerilazo (*AR*, XXIV, LXXIII-LXIV). Un último nombre, don Juan de Cardona exaltará el valor de los hombres combatientes a partir de la imagen ensangrentada de sus puños: «hasta los puños las espadas / todas en sangre bárbara bañadas» (*AR*, XXIV, LXXXII. 7-8). Valor, fortaleza y arrojo son solo algunas de las cualidades éticas que el resto de poetas ensalzarán de los soldados mediterráneos.

La visión que obtenemos de los soldados a partir de la lectura de la *Felicissima victoria* es más individualizada que la de Ercilla. El canto IV del poema nos otorga las herramientas para la caracterización del soldado ideal épico. En él, el emperador Selim lleva a Alí Bajá al templo de Marte y allí le muestra, en una ascensión climática que culmina en la figura de don Juan de Austria, los nombres de los grandes hombres de armas que han luchado en el bando cristiano. La forma del catálogo influye en la caracterización bélica de los personajes. Plagnard observa acertadamente al respecto cómo la tipología de los catálogos permiten las diferentes caracterizaciones de los soldados en la épica:

> Le catalogue change de forme selon la situation d'interlocution et le support de la description. Inséré [el catálogo del canto IV de la *Felicissima* victoria] dans une *ekphrasis*, il se prête au dialogue entre les deux personnages, l'un attirant l'attention sur les éléments successifs de l'œuvre d'art décrite, l'autre interrogeant et relançant l'exégèse. Une telle structure permet de mettre en scène les réactions des personnages face à la contemplation de héros de leur camp ou du camp adverse. Au contraire, les catalogues qui consistent seulement en un récit adoptent une forme plus linéaire, les réactions de l'interlocuteur étant limitées aux seuils du catalogue (2020: 359-360).

La inserción ecfrástica y su forma dialógica le permiten por tanto al autor detenerse en los aspectos más destacables de cada hombre de armas, a diferencia de las *epipolesis* o revista de tropas en las que los epítetos épicos se reproducen alternativamente sin aportar información específica de cada personaje.

Los soldados aparecen descritos a partir de cinco tipos criterios. Una primera *descriptio* de sus virtudes más sobresalientes nos acerca al código ético que comparten. Ejemplo de ello es Antonio de Leiva, «que prudencia, que astucia, que consejo, / que

grande animo tuvo: que fortuna» (*FV*, IV, XXXVIII. 3-4); el duque de Alba «varón constante: / fortissimo, prudente, experto, y sabio» (IV, XXXIX. 1-2); el marqués de Comares «de pecho audace, fuerte y belicoso» (IV, XLI. 2); el duque de Sesa, descendiente del Gran Capitán y al que «en altos pensamientos se semeja, / en coraçon illustre, y pecho audace» (IV, XLIV. 3-4); el conde de Feria, «valeroso / magnanimo señor, en armas fuerte» (IV, XLVII. 5-6); Luis de Avila «diestro: / señalado varón en fieros trances» (IV, XLVIII. 3-4); Luis de la Cueva «prudente capitán» (IV, XLVIII. 2); don Álvaro de Sande, «usado y muy prudente en la milicia» (IV, LIII. 7); y Garcilaso de la Vega, «de animo generoso, altivo y fuerte, / dechado de valor y cortesia» (IV, LV. 7-8).

Otros hombres de armas aparecen retratados simbólicamente por su aspecto físico, como en el caso de Diego García: «El semblante feroz, bravo y terrible, / ancho de espalda, y pecho no domado: de cuerpo giganteo, y muy robusto» (IV, XXXIV. 6-7); o Machin de Monguía:

> Aquel varón que tiene el gesto esquivo,
> de sañudo mirar y frente ayrada,
> el de barva y cabello intonso, y crespo,
> y la color morena, algo encendida (IV, LVI. 5-8).

También es común identificarlos a raíz de alguna heroicidad realizada anteriormente: Don García, «que socorrió Malta; quando estava / en el ultimo punto, y passo estrecho» (IV, LII. 5-6); o genealógicamente como don Francisco de Mendoza, hijo de Íñigo López de Mendoza, y cuyo linaje es alabado en una octava (IV, L). Tras la descripción de los hombres de armas españoles que han precedido a don Juan de Austria, el poeta inserta un grupo de soldados lusitanos en el poema a los que caracteriza de manera similar (véanse tablas 1 y 2).

FV	RASGOS DESTACADOS	OCTAVA
Gonzalo de Córdoba	«por nunca ser vencido».	XXXIV
Diego García de Paredes	«Semblante feroz bravo y terrible / ancho de espalda, y pecho no domado: / de cuerpo giganteo, y muy robusto». «fiero y valiente».	XXXIV-XXXV
Alonso de Aguilar	«que en las armas claro se muestra / roturas y señales sanguinosas». «vivo espíritu».	XXXV
Francisco Fernando de Ávalos, marqués de Pescara	«buen talle / de gesto gracioso, y ojos alegres». «allá en Pavía / con belicoso ardid, y fuerte braço / prendió al Rey Frances, fiero y valiente».	XXXVI-XXXVII
Antonio de Leiva	«que prudencia, que astucia, que consejo, / que grande animo tuvo: que fortuna».	XXXVIII
Fadrique de Toledo, II duque de Alba	«Aquel que ves armado, y la presencia / muestra del coraçon, el valor grande». «varón constante / fortissimo, prudente, experto e sabio».	XXXVIII-XXXIX
Fadrique Hernández de Velasco, «Almirante de Castilla» Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza, «Condestable de Castilla»	«Estos tres animosos caballeros altos feroces Gallos molestaron echándolos por fuerça y con gran daño de allá todo el Reino de Navarra».	XL
Don Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Comares	«De pecho audace, fuerte, y belicoso / que al gran tyrano Omicho vencio, haciendo / en sus gentes, y en el sangriento daño».	XLI
Martín Fernández de Córdoba, Conde de Alcaudete	«[…] es valeroso, ilustre capitán, famoso y claro: la gente Sarracena lo ha temido, sintiendo el hilo agudo de su espada».	XLII
Don Fernando, duque de Alba	«con dos manos asidas, prometiendo / una segura fee».	XLIII
Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa	«descendiente de aquel gran capitan, honra de España en altos pensamientos se asemeja, en coraçon illustre, y pecho audace».	XLIV
Conde de Benavente		XLV
Don Beltrán, duque de Albuquerque	«varón de pecho altivo y fama honrada».	XLVI
Conde de Feria	«valeroso / magnanimo señor, en armas fuerte».	XLVII
Pedro de Padilla Alfonso de Castilla Luis de Ávila	«diestro».	XLVIII

Luis de la Cueva	«prudente capitan».	XLVIII
Juan de la Vega, conde de Grajal	«que a Sicilia / gobernó con justicia recta y justa».	XLIX
Francisco de Mendoza, hijo de Íñigo López de Mendoza y María de Bazán	«mancebo hermoso, que las armas rotas tiene, abolladas, y sangrientas Don Drancisco su nombre, es de la sangre ilustre y tan antigua de Mendoças. Íñigo Lopez fue, Mendoça el padre, doña María la madre generosa, de Baçanes insignes derivada, Y estos dos, nascido el fuerte mozo. Si mas vida tuviera, a los antiguos famosos capitanes excediera, en prudencia, en valor, esfuerço y mañas; en virtudes heroico, y en costumbres. El mancebo orgulloso en assalto de África, nos mostro grande osadia murió como animoso peleando primero allí quitando muchas vidas».	L-LI
García de Toledo	«socorrio Malta».	LII
Álvaro de Sande	«usado y muy prudente en la milicia».	LIII
Bernardino de Mendoza Álvaro de Bazán, I marqués de Santa Cruz	«famosos capitanes los dos fueron».	LIV
Garcilaso de la Vega	«de peregrino ingenio raro al mundo / de animo generoso, altivo y fuerte».	LV
Francisco Sarmiento Luis Pérez Zamudio	«varones de alta fama».	LVI
Machín de Munguía	«varón que tiene el gesto esquivo de sañudo mirar y frente ayrada, el de barva y cabello intenso, y crespo, y la color morena, algo encendida».	LVI
Luis Quijada	«varón que muestra el rostro alegre, de severa y begnivola presencia de honrada opinión, y animo altivo un pecho de virtudes todas lleno».	LIX

Tabla 1. Catálogo de los capitanes españoles que aparecen en el canto IV de la *Felicissima Victoria*.

FV	RASGOS DESTACADOS	OCTAVA
Emanuel Filiberto de Saboya	«valiente varón, muy desseoso, / de conseguir famosos y altos hechos».	LXI
Nuño Álvarez Perera, Condestable de Lusitania	«de coraçon magnanimo invencible». «rarísimo en valor, de animo vivo, / de esfuerço y de lealtad, notable exemplo / un padre de la patria, un varon sancto»	LXV-LXVI
Don Pedro de Meneses	«hazañas hizo, estando por supremo / de la pagana gente uvo victorias / de grande admiración, quasi increibles».	LXVII
Joao de Meneses, conde de Taroca	«con celada y coraça, al uso antiguo de animoso y severo aspecto […] Este vencio con daño al gran Barraxe, pagano famosissimo y valiente, de veinte dos mil Moros de caballo era señor, y a el obedescian».	LXVIII
Vasqueanes Corte Real	«¿Ves el fiero mancebo de robustos miembros: de gesto, osado, ¿y graves ojos? ¿Aquel que la nariz tiene corvada, la barva juvenil, aun no le apunta?»	LXX
Don Duarte de Meneses	«muy diestro capitan, sabio y prudente, / de moros vencedor, y tuvo el pecho / ornado de virtud, y animo grande».	LXXII
Conde de Borba	«que Arzila / defendió con valiente, fuerte braço»	LXXIII
Conde de Redondo	«de semblante feroz, grave y severo / de cuerpo alto, de miembros bien fornidos, / de fuerte pecho, y animo invencible».	LXXIV
Juan de Meneses Duarte	«acrecientan valor y honrada fama».	LXXV
Nuño Hernandez de Ataíde	«illustre capitan, a quien los fieros / alárabes temian, y la furia / de su animoso pecho recelaban»	LXXVI
Luis de Lorero	«que a los Moros / hizo daño, y fue dellos venerado».	LXXVI
Don Rodrigo de Castro	«en Çafin capitan fue, donde tuvo / de moros, señaladas mil victorias».	LXXVII
Hernando de Noronha	«capitán de Azamor muy valeroso, / de moros desamado, por su fuerte / braçp, que muchas veces han sentido».	LXXVII
Padre de Carvallo y sus tres hijos	«son fuertes y diestros, / valientes capitanes».	LXXVIII
Manuel Mascareñas	«que a Moros / temblar y amortescer hazia sus nombre / fortissimo varón jamás vencido».	LXXX
Antonio de Silveyra Conde de Redondo	«En la guerra de Arzilla fueron ambos / valientes, valerosos capitanes».	LXXXI
Don Pedro de Meneses	«capitan con razón tenido en mucho».	LXXXIII

Tabla 2. Catálogo de los capitanes lusitanos que aparecen en el Canto IV de la *Felicissima Victoria*.

Un catálogo de nombres de oficiales se despliega antes de la batalla (octavas LXXI-LXXXII) de los que apenas se dan datos de algunos oficiales que son caracterizados épicamente. Ejemplo de ello son Pandolpho Palidoro y Julio Centurión, «los dos prudentes / y fuertes capitanes» (XII, 6-7); Barbarigo «prudente, en familia illustre» (XII, LXXIV. 2); y Miguel de Quevedo con Cristóbal de Monguia: «valientes capitanes» (XII, LXXVII. 2). Al igual que Ercilla, Corte Real alaba el valor de algunos miembros de la soldadesca como don Juan de Cardona que, haciendo la guardia con ocho galeras ve un lugar abierto en el mar por donde quieren huir quince galeras turcas y se antepone al peligro acudiendo a su encuentro (*FV*, XIV, XIX). Una metodología similar elabora Rufo en su catálogo de los oficiales al mando de las tropas a modo de *epipolesis* (veáse tabla 3). La relación de gentileshombres (*AU*, XX, VII. 1-2) bajo el gobierno militar de don Juan se extiende a lo largo de casi una veintena de octavas (*AU*, XX, CXIX-CXX) quedando interrumpida por la necesidad de retomar el relato: «En estos personajes consistía / la armada, y otros que nombrar deviera» (*AU*, XXII, CXXXIV. 1-2).

Una colección de virtudes militares concordantes y reiterativas respecto a las atribuidas en el canto IV de la *Felicissima vitoria* a los soldados más eminentes del reinado de Carlos V se extrae de ambos catálogos. Su coincidencia con las expuestas por los tratadistas del Quinientos no es tampoco casual. La mayor virtud requerida, indudablemente es el valor, seguido de la prudencia (en el caso de los capitanes), la fortaleza, el esfuerzo (interior), consejo, fortuna, sabiduría, magnanimidad y destreza en el uso de las armas. El conjunto de cualidades que el poeta enumera y cuya relación familiar establece con ciertos combatientes de la batalla de Lepanto nos anticipa la caracterización de la nueva generación de oficiales de la soldadesca:

> Ya buelan las fragatas con varones
> graves, usados siempre en la milicia
> que van poniendo en orden las esquadras
> con summa diligencia y presto curso (*FV*, XII, LXIX. 1-4).

Los soldados de Lepanto se erigen ante el espectador, en la obra del lusitano, como soldados equiparables a los grandes hombres de armas de la primera mitad del siglo XV; lo mismo que en la obra de Rufo, al ser descritos como modelos perfectos de guerreros en virtud conforme a lo señalado en los tratados coetáneos.

NOMBRE	RASGOS DESTACADOS	OCTAVA
Don Luis de Requesenes	«el justo».	CXIX
Miguel Boneli	«joven de alto brío».	CXIX
Príncipe de Parma	«infundiendo en cualquier suerte de gente / valor que incita y mueve a ganar fama».	CXX
Príncipe de Urbino	«[…] decendiente del monte herculeo que a virtud le inflama, tanto que en armas, opinión y estima de muchos, con razón, tiene la prima».	CXX
Marco Antonio Colona	«y en todo señalado cavallero».	CXXI
Sebastián Venero	«resoluto veneciano».	CXXI
Conde Surïano	«retrato natural de español fiero».	CXXI
Bernardino de Cárdenas	«lleno de fortaleza y mansedumbre».	CXXII
Miguel de Moncada	«peregrino / en ingenio y valor, de virtud hombre».	CXXII
Paulo Jordán Ursino	«ilustre Marte, / duque de los antiguos de Braciano».	CXXIII
Salazar	«singular en esfuerço y conocido / por soldado bravíssimo y temido».	CXXIII
Lope de Figueroa	«al guerrero ministerio / ministro para ser siempre escogido».	CXXIV
Conde de Pliego	«hoy muestras a las armas el oficio / a tu familia más perteneciente».	CXXV
Luis Carrillo	«como galán y de ánimo valiente, / de fuerte pecho y coraçón senzillo».	CXXV
Martín y Pedro de Padilla Mos de Lení		CXXVI
Juan de Cárdona	«sobre la armada está cicilïana / haziendo de sí muestra más que humana».	CXXVI
Héctor Espínola	«Héctor en nombre y Héctor en la guerra, / fuiste del ginovés senado electo / por la industria y valor que en ti se encierra».	CXXVII
Octavio de Gonzaga	«espejo de gala y valentía / allí viene vestido al uso hispano, / lleno de fiero orgullo y bizarría».	CXXVIII
Fernando de Saavedra	«perfeto cavallero».	CXXVIII
Frey Joaquín Spar	«del arte militar era maestro».	CXXIX
Diego Enríquez	«esfuerço y gallardía».	CXXXII
Ascanio de la Corna	«invencible, sagaz y poderoso».	CXXXIII
Gabrio Cerbellón	«en quien florece / de Milán el blasón maravilloso».	CXXXIII
Conde de Vicari		CXXXIII
Luis de Córdoba	«Eminente en persona y estatura está don Luis de Córdova mostrando en su grave ademán, talle y postura, la calidad antigua de su vando».	CXXXIV
Tiberio Brancaço	«en cosas de honor su voto solo».	CXXXIV
Diego López de Mendoza	«hermano / de aquel del infantazgo duque egregio».	CXXXV
Pedro Velázquez	«noble hispano, / de prudencia y bondad limpio colegio».	CXXXV
Juan Andrea	«con ánimo quïeto y poderoso».	CXXXVI

Francisco y Juan de Mexía Agustín de Carrillo	«Tres rayos de la guerra beticanos, tres nortes de la gala y gentileza, tres cavalleros digo en todo hermanos, honor de la milicia y la braveza: no menos vienen fuertes que loçanos, Francisco y Juan, crisoles de nobleza; don Agustín, magnánimo y senzillo».	CXXXVII
Jerónimo de Manrique	«Entre estos de valor más que ordinario / para las armas, bélico exercicio, / es de la armada general vicario».	CXXXVIII

Tabla 3. Catálogo de oficiales que participan en la batalla de Lepanto en *La Austríada*.

La composición de los soldados de los tercios es revelada por Rufo al mencionar la tropa del duque de Saboya, del que nos indica el poeta que lleva: «y con ellos dos mil aventureros, / que son gente de cabo y cavalleros» (*AU*, XX, XXX. 7-8). Alistados voluntariamente, dado su carácter de aventureros, éstos son divididos entre "gente de cabo" que ocupaban los puestos de mando, «oficial que manda a otros, o a quien se le encarga alguna función, que aunque no sea oficial, como vaya mandando la gente, se dice que vá por Cabo de ella» (*Aut*., I, p. 28), y "cavalleros" o hidalgos, «el hidalgo antiguo notoriamente noble, que tiene algún lustre mas que los otros Hidalgos, o en la antigüedad, o en los méritos, suyos o heredados» (*ibid*., II, p. 6).

Mención aparte merecen los hombres heridos y muertos en combate que el lusitano describe con minucioso detalle, como Antonio de Paredes, traspasado por dos flechas: una en el muslo y otra en la garganta (*FV*, XIII, XLIII-XLV); o Barbarigo, quien animando a los suyos mostrando valor y espíritu (XIII, LVI), es herido por una flecha en un ojo, cayendo muerto. El episodio, conocido por el cronista (Herrera, *Relación*, pp. 360-361). es ampliamente recreado por Rufo se al presentar la última batalla del soldado, el *agon*, con gran patetismo: agonizando, anima a los soldados pláticos, episodio que también recoge Rufo (*AU*, XXIII, LXXVIII). El tratamiento individualizado de los soldados cristianos en sus heridas y muertes contrasta fuertemente con el anonimato de los turcos, a los que el poeta unifica en su calidad de enemigos de la cristiandad:

> Moría de los turcos entre tanto
> gran número sin nombre conocido,
> en medio de aquel bélico quebranto,
> que fue de los del mundo el más reñido;
> cuando entre los geníçaros un llanto
> se oyó, y la causa de él fue haver periddo
> a Geníçar Agá, caudillo bravo:

dízese que le dio muerte un esclavo (*AU*, XXIII, XCIX)

Las compañías de soldados se articulan singularmente en la figura de sus capitanes y son calificadas generalmente por Corte Real, bien en función de su calidad de hombres experimentados y valerosos; bien por su estirpe noble, bien por el arma con la que pelean. Ejemplo del primero es la galera papal en la que Marco Colona y Barbarigo, «varon llustre» (V, LVIII. 3), va acompañado de Ascanio de la Cornia «con otros capitanes y hombres fuertes» (*FV*, V, LVIII. 6) y nobles cavalleros, / y capitanes, ya experimentados» (VII, LIV. 5-6). Igualmente, el tercio de don Miguel de Moncada, capitán valiente y diestro, estaba compuesto por «mas de mil y quinientos estos eran / en trances peligrosos y aprovados» (VII, XXXIV. 4-6); o el de Pompeyo Espeziano «que alli trahia dozientos, / muy diestros esforçados mosqueteros» (VII, XXXV. 3-4). Extraídos de la tropa de 3.000 alemanes el poeta resalta a los condes Alberico, Londron y Venciguerra a cuyo cargo llevan 560 coseletes perfectamente armados: «todos muestran celadas y arcabuzes, / rodelas, gruessa malla, pettos fuertes» (VII, XLVII. 7-8).

La nobleza de linaje es resaltada en la compañía del Príncipe de Parma que lleva más de medio millar de «gentiles hombres» (*FV*, V, LVI); la de Paulo Jordan Ursino, con otros quinientos «que de antigua / clara estirpe, los mas dellos descienden» (V, LVII. 4-5) o el tercio de seiscientos soldados de Miguel Moncada «cuyo valor se tiene en mucha estima» (VII, XXXVIII. 4); o los «seiscientos varones escogidos» (VII, XXXVII. 4) capitaneados por Ruy Franco de Buitrón, Don García de Toledo y Gonzalo de Barahona.

Raramente quedan inmortalizados los nombres de los soldados que componen el cuerpo de infantería. Sin embargo, un original pasaje cargado de patetismo épico recrea la muerte de un hombre, un soldado llamado Ortiz, bajo la pólvora enemiga conservándolo en la memoria. Traspasado por una bala, suplica que lo lancen a la galera turca:

Por Dios, valiente y sabio cavallero
no me seais en esto tan severo,
antes mandad que yo arrojado sea
dentro de esse baxel, fiero turquesco,
y que por sepultura le possea,
ya que entrar en él bivo no merezco;
yo moriré contento, cuando vea

que con el peso y golpe alguno empezco (*AU*, XXIII, CXI. 7-8; CXII. 1-6).

El arrojo del soldado en el último momento de su vida le permite entrar a formar parte del catálogo de héroes sobresaliendo entre la masificada soldadesca caracterizada en su conjunto por los capitanes de sus respectivas compañías. Un comportamiento heroico similar de Ponce de León, que rechaza ser curado tras recibir tres heridas, es amplificado por el poeta al hacerle hablar mientras agoniza arengando a sus hombres a la batalla y «haziendo de su esfuerço todavía / prueva, a costa y pesar de su enemigo» (*AU*, XXIII, CIV. 2-3). Del mismo modo es destacada la valentía de Juan Núñez de Palencia y Pedro Rosado, capitán y alférez respectivamente quienes caen al mar peleando contra los turcos. Mientras el capitán se arroja abrazado a un turco y allí en el mar lo mata; el alférez cae perdiendo la bandera y con la espada en la boca rema hacia la galera del enemigo para continuar ofreciendo combate (XXIV, LIX-LX).

Dos casos particulares contrastan con el código ético soldadesco extraído a partir de las alabanzas de los oficiales en el poema de Rufo y que permiten observar la virtud más elevada de la tropa cristiana, que no es otra que su propia esencia: la religión. Estando la tropa del príncipe cristiano persiguiendo al turco por el mediterráneo, va perfectamente disciplinada y ordenada:

Tan conforme, devota y bien regida,
cuanto disciplinada en la milicia,
iva la unión perfecta y escogida,
guardando religión pura y justicia (*AU*, XXI, VI. 1-4).

Esta muestra de virtud y religiosidad, provoca el enfado del demonio que envía un mensajero para corromper la virtud de los soldados. Las palabras alegóricas del personaje ponen de relieve la faceta más relevante de la tropa de la Santa Liga: su religión cristiana.

Y lo que siento más es la doctrina
que en gracia de su Dios puestos los tiene,
y que professen caridad divina
que de la fe con obras les proviene;
mi entendimiento apenas determina
si el nombre de soldados les conviene,
tanto como el de santos religiosos,
según de sus conciencias van zelosos (*AU*, XXI, IX).

La tranquilidad y la disciplina de la tropa (de lo que se deduce su naturaleza instruida en el arte militar) son rotas por un incidente sobrenatural que justificar un episodio desagradable para los cristianos: la crueldad de Sebastián Veniero, de quien se advierte que anteriormente ya era conocido por su crueldad pues «passó a cuchillo / un hijo suyo con semblante entero» (*AU*, I, XII, 5-6). Las causas son excusadas por el poeta sobrenaturalmente. La llegada de un cristiano, Mucio Cortona, en un bajel a la flota cristiana y su desobediencia a Sebastián Veniero alegando que su sumisión solo respondía al verdadero capitán, don Juan, provoca la ira de los venecianos. La respuesta de las tropas venecianas al desacato no se hace esperar y, tras un enfrentamiento con los venecianos, Mucio Cortona es herido. La dimensión de la revuelta que levantada obliga a Veniero a poner paz condenando a los desobedientes a la pena capital, la horca. El resultado es criticado por el autor por su condición desmesurada, «acudió a poner paz y puso guerra, / tanto el humano seso a vezes yerra» (*AU*, XXI, XIX. 7-8), que lleva a los cristianos a una rebelión amotinada que exige a don Juan que instaure justicia, acción que el príncipe, prudentemente, dilatará. La anécdota, más allá de exculpar la crueldad de Veniero, pone de relieve la importancia de la religión cristiana de la tropa de la Santa Liga. La incomodidad del demonio ante la excelsa virtud de las tropas cristianas le obliga a intervenir directamente para provocar la discordia, que de otro modo no hubiera surgido entre los hombres alistados. Disciplina y obediencia son por tanto los valores de la nueva milicia que se reflejan en los miembros de los tercios cristianos y que son alabados por boca del luciferino personaje, interpretándose, en consecuencia, no sólo en clave militar, sino religiosa. Comentada en numerosas ocasiones por don Juan en sus arengas (como se ha visto anteriormente) que se declara *milites Christi*, la religiosidad de los soldados radica en la misma causa por la que combaten. Rufo la intensifica mediante dos episodios: la presencia de religiosos en las galeras que imparten la absolución a los soldados (*AU*, XXII, CIV. 1-4), y el *Te deum* austrino (*AU*, XXIV, XCVI-XVII) en el que el general le agradece a Dios ―rito militar habitual y descrito por algunos tratadistas (Mendoza, *Teórica y práctica de guerra*, p. 109; Álva y Viamont, *Perfecto capitán*, p. 280)― haber sometido al otomano con que se cierra la narración de Lepanto.

Un segundo episodio revela el vicio por excelencia de las tropas españolas: la codicia. Terminada la batalla de Lepanto, los cristianos se lanzan al mar para rescatar las riquezas de las galeras otomanas perdiendo incluso la vida, una vida que tan arduamente acaban de defender:

Tanta riqueza que ningún soldado,
por sin nombre que fuesse y desvalido,
dexava de manar en oro y seda,
en perlas de gran precio y en moneda.

Y tales huvo, de esto codiciosos,
más que de la victoria satisfechos,
que en el mar se lançavan presurosos,
negando a camaradas los derechos;
y con el peso grave peligrosos,
perdieron vida y honra. ¡Oh viles pechos,
de cuyos nombres no tengo noticia,
ni la haya de quien muere por codicia! (*AU*, XXIV, LXXXVIII-LXXXIX).

El vicio de la codicia no aparece reflejado en la tratadística de los siglos XVI y XVII. La crítica de los teóricos se limita a la codicia del sueldo ajeno y a las estafas de ciertos soldados a los maestres de campo en el recuento de soldados con la finalidad de recibir doble paga. El botín, consustancial a la milicia, debía ser repartido justa y proporcionalmente entre todos los miembros del ejército combatiente. La codicia era por tanto considerada una actividad pecaminosa en el ámbito moral y vergonzosa en el ámbito público-civil afectando a la honra pública de la tropa y privada de cada hombre. La honra militar de los soldados quinientistas radica en su virtud y, en consecuencia, sólo él puede perderla o ganarla mediante sus actos: «El virtuoso es el honrado. A este honrado, nadie puede quitarle la honra si no le quita la virtud, donde mora, pues la virtud no se la puede quitar uno a otro, sino sólo uno a sí mismo, apartando de sí la virtud y abrazando vicios y maldades. Así que, sed virtuosos y seréis honrados» (Jiménez de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, p. 47).

La imagen de los soldados arrojados al agua rescatando oro, seda y perlas de las destruidas embarcaciones otomanas contrasta fuertemente con la descripción de las virtuosas tropas antes de la batalla. La denuncia del poeta de la deshonra que acarrea la incursión en dicho desenfreno se trasluce en la condena al anonimato de los hombres perecidos por él. La actitud heroica demostrada en el combate queda deslucida por la imagen ridícula de los soldados (no debe olvidarse la magnitud del conflicto y la imagen del *mare magnum* repleto de cadáveres) arrojándose al peligroso mar (con las elevadas posibilidades de ahogamiento que conlleva) en busca de retazos de algún valor. Pese a la obediencia y disciplina demostrada en la navegación y el combate, únicamente alterada

por la presencia demoníaca, la codicia también se manifiesta en los soldados de las galeras. La justicia de la causa emprendida y el santo motivo que inducen a las tropas cristianas a la guerra no presuponen el comportamiento virtuoso de la tropa que participa en ella.

La imagen épica de los soldados disiente notablemente de la de los capitanes de las galeras, semejante al tipo del gentilhombre descrito por la tratadística quinientista. Sus virtudes, llevadas al extremo, junto a la instrucción científico-militar, les permiten alcanzar la gloria en el combate, y la religión cristiana que profesan legitima la causa elevándolos a la condición de mártires en manos de los otomanos. La actuación de don Juan de Austria en el combate (*ante bellum, ad bellum et post bellum*) consolida la figura del héroe del poema no sólo como el perfecto capitán, sino como el perfecto príncipe cristiano.

3.3. Un enemigo ejercitado en la milicia: los turcos

Los turcos se convirtieron para los cristianos épicos en el enemigo perfecto ya que las luchas contra ellos eran, por su naturaleza religiosa, más trascendentales y universales (García Hernán, 2011: 475). Junto a los moriscos, los turcos representan al mayor enemigo de la Cristiandad: «Reconquête et Croisades livraient un combat identique dans lequel les Turcs étaient un fait européen et les Maures un fait espagnol. Certes, la lutte contre les Turcs revêtait un caractère plus général : elle intéressait toute la Chrétienté, désireuse de reprendre les lieux saints» (Mas, 1967 : 19). Retratados en profundidad por Albert Mas (1967), los otomanos de los poemas épicos, a diferencia de los moriscos, se configuran como hombres opuestos en virtud a los cristianos, pero igualmente capacitados en el arte militar (como queda demostrado en el asedio de Nicosia y Famagusta). Los tres poetas los dibujan diestros en el arte de la milicia y adornados con virtudes, tanto los capitanes, como los soldados a sus órdenes. De ahí la adjetivación épico militar de éstos:

> Dardagan Caracossa, en mar experto,
> y Deli Soliman, todos corsarios
> enseñados en guerra, y prevenidos
> en casos y accidentes de fortuna (*FV*, XIII, XI. 1-4).

Ejemplo de ello es también la mención a los más de cuatrocientos cincuenta turcos escogidos capitanea el yerno de Selim, de los que trescientos son arcabuceros (*FV*, XIII. x). La diferencia explícita de Corte Real entre jenízaros y espahíes armados de arcabuces (*FV*, XIII, II) revela también una especialización en el uso de las armas.

Soberbios, (*AR*, XXIV, I, 5-6), (*FV*, V, VII. 2-5), crueles, codiciosos, desmedidos, los turcos no poseen mesura en sus acciones. El emperador Selim, el primer personaje que esboza Corte Real, es presentado como la encarnación de los mayores vicios y pecados, nos dice de él que posee una naturaleza y animo cobarde que «a grandes y altos hechos no le inclinan» (*FV*, I, X. 4) y solo tiene ocupado su pensamiento «en esse torpe Bacco, y sus delicias. / Piensa en Ceres glotona, y en la inmunda / vil y carnal libidine, asquerosa» (*FV*, I, XI. 6-8). Dice el poeta de él:

> La verdad aborresce, el desengaño,
> molesto le es, pesado, y trabajoso,
> engaños y mentira, abraça, y quiere,
> quiere la adulación, con esta vive (*FV*, III, LXX. 5-8).

Lascivo y proclive a la sodomía, el emperador se desentiende del conflicto cristiano desde el inicio de la obra del lusitano antitéticamente a la figura de Felipe II, príncipe cristiano y hermano de don Juan, su representante en el conflicto. A principio de la *Felicissima Victoria*, se le reprocha a Sélim II que no quiera seguir los pasos guerreros de su padre y prefiera los placeres de los vinos (1967: 319); el orgullo, jactancia y cobardía; la astucia, el engaño y la falta de palabra.

Tres vicios afectan a la capacidad militar de los otomanos en la *Felicissima victoria*. En primer lugar, una osadía desmesurada puesta en boca de los cautivos bautizados que reman en las naves otomanas y que se horrorizan ante el arrojo de los turcos al querer enfrentarse a toda la Cristiandad (*AU*, XXII, CI). El motivo, más que desacreditar al campo otomano, ensalza las tropas cristianas. En segundo lugar, la crueldad, ejercida con los cristianos en Chipre y renovada en el conflicto de Lepanto con la crucifixión de cuatro bautizados para dar ejemplo a todos los remeros que bajo las órdenes del cómitre se nieguen a remar (*FV*, II, IV-VIII). En segundo lugar, la cobardía. Viendo perdida la batalla de Lepanto, Ochalí, capitán de una embarcación otomana, decide escapar del conflicto

aproximándose a la costa más cercana. La actitud del comandante y su tropa es comparada despectivamente con el salto de las langostas, quedando ridiculizados en extremo:

> Mas la triste canalla, viendo angosta
> la senda y ancho mar según temía,
> vuelta la proa a la vecina costa,
> en tierra con gran ímpetu embestía
> y cual se vee tal vez saltar langosta
> en multitud confusa, así a porfía
> salta la gente al mar embravecido,
> huyendo del peligro más temido (*AR*, XXIV, XCIII).

Una escena similar de cobardía dibuja Rufo al narrar cómo los turcos caídos al mar intentaban dar dinero a los vencedores para comprar su cautiverio (*AU*, XXIV, LXXXII). La actitud de los turcos choca en este caso con el código ético del soldado, dispuesto siempre a perder la vida con honra antes que vivir con ella mancillada. Los turcos, sin bien son diestros en el aspecto táctico operativo de la guerra, carecen de las virtudes que, además de la instrucción práctica, se estipulaba en la tratadística militar que debían poseer los soldados del Quinientos. Su alteridad como enemigo perfecto a la Cristiandad es completa y abarca la totalidad del conflicto al colocarlos diametralmente opuestos en el aspecto religioso y moral, pero en un mismo nivel militar. De ahí que, avanzada la pelea, Corte Real destaque cómo los turcos «la orden militar ya mal guardavan» (*FV*, XIV, XXXVII. 7), lo que permite a los soldados cristianos penetrar en su galera.

Pocos nombres sobresalen en el conflicto del bando otomano. El protagonista del conflicto en el bando enemigo es indudablemente Alí Bajá, al que Ercilla únicamente representa en su calidad de general, oponiéndolo a la figura de don Juan, frente a Corte Real y Rufo, quienes trazan un retrato más profundo del soldado otomano a partir de su participación en la batalla de Nicosia.

Astucia, engaño y falta de palabra : «Ces trois défauts, qui découlent les uns des autres, traduisent le fait que des Musulmans, par principe, sont des êtres qui ignorent les règles de l'honneur chevaleresque. La ruse ne serait pas á proprement parler un vice impardonnable car souvent elle prouve l'intelligence de ceux qui en usent» (Mas, 1967: 324). Mientras el engaño y la falta de palabra son vicios que observamos en la guerra de Chipre (asedio de Famagusta), la astucia es ejercida tanto en las ofensivas que realizan en

las costas mediterráneas, como en la batalla de Lepanto. Navegando por las costas helénicas, los turcos capturan dos galeras cristianas y, enarbolando las banderas de san Marcos en ellas, llaman a las demás naves a su encuentro para darles batalla:

> Dos Naves vienen juntas, conosciendo
> vanderas y claron ser de cristianos.
> Sin recelo caminan: mas del cauto
> sagacissimo ardid, sienten el daño:
> base con esta presa el enemigo,
> y a Catharo fortissima demanda (*FV*, V, XXXII. 1-6).

Junto al caudillo, dos personajes despuntan de la flota turca. En primer lugar, el corsario Caracosa, de quien se nos dice que es «turco experto» (*FV*, XII, XIV), y como tal elabora un ingenioso ardid de guerra para reconocer al bando cristiano disfrazándose de pescador. Corte Real le atribuye cualidades militares dignas de un general de la armada:

> Caracossa cossario famosisimo
> de la Bellona Alcayde, astuto y sabio,
> sagraz y prevenido en los ardides
> y mañas de la guerra siempre usado.
> En la navegacion cursado y diestro,
> de fuerte coraçon y animo vivo,
> se offresce al gran Baxa que le trayria
> de quan grande es l'armada nueva cierta (*FV*, XII, XIII).

El artificioso pasaje del corsario es uno de los episodios que rezuman originalidad según Albert Mas en la poesía épica a causa de la complejidad del mismo:

> L'un peut rappeler un souvenir vécu, ou tout au moins une information qui dut circuler parmi les combattants de Lépante. Il s'agit du corsaire Caracosa, gouverneur de Belona. Luchali lui confie une mission délicate qui met en lumière le rôle périlleux et important joué par les espions. On dit qu'après avoir laissé son navire dans un port peu éloigné, il changea de costume et de langue, et, vêtu comme un pauvre pêcheur grec, simula métier et langue á la perfection ; il circula lentement parmi la flotte chrétienne, et, rentré de son voyage, il fit un apport très exact de ce qu'il avait vu. […] L'autre passage est moins original, car il reflète les idées couramment répandues sur les Turcs : leur superstition. Avant la bataille, Ali-Baja consulte un devin. Rufo a souvent employé l'adjectif *luciferino* en parlant des Turcs. Les sorciers passaient pour être des disciples de Satan (1967: 203).

En segundo lugar, el capitán Ochalí. Un inteligente movimiento estratégico revela la cualificación militar de los soldados turcos. Ochalí, viendo la batalla en igualdad de condiciones decide estratégicamente prolongar el cuerno en el que se encuentra la pelea para para embestir por el costado rodeando al enemigo. El episodio, descrito en las

crónicas con sumo detalle (Herrera, *Relación*, pp. 361-362) es recreado en los dos poemas épicos que tratan el conflicto de manera extensa (*FV*, XIII, L), (*AU*, XXIII, LXX-LXXI). El ingenio militar de Ochalí es contrastado por el del genovés Andrea Doria en un duelo de galeras de igual relevancia para el devenir de la batalla.

La rivalidad de los diestros turcos es por tanto *conditio sine qua non* para la caracterización heroica del soldado épico cristiano. Los movimientos estratégicos, las astucias y las traiciones que llevan a cabo los infieles contra el enemigo, otorgan a los capitanes de la Santa Liga una oportunidad mayor de alcanzar la gloria en el combate y, en este caso de convertirse incluso, en mártires de la fe.

3.4. La batalla de Lepanto y el abordaje en alta mar: un combate cuerpo a cuerpo

La disposición de la batalla de Lepanto en la crónica de Herrera, tanto como en los poemas épicos de Ercilla y Rufo sigue el mismo esquema: el acercamiento de las dos armadas, las arengas épicas de los generales al mando, el encuentro de las naves, la posterior captura de las naves de la Orden de Malta, el tamaño de la capitana del imperio otomano, la persecución de Luchalí y la huida de los supervivientes turcos (Davis, 2000). La *amplificatio* de Corte Real abarcará, además de los episodios mencionados, la preparación de la Santa Liga y la rendición de las galeras turcas.

El orden de las galeras cristianas y turquescas se convirtió en una cuestión trascendental para la victoria del bando cristiano a nivel táctico-militar y las tres obras la describen exhaustivamente, tanto del bando cristiano (*AR*, XXIV, XXII-XXV. 1-6), (*FV*, VII, LXXVI.-LXXVIII), (*AU*, XXII, CX-CXVII) como del otomano (*AR*, XXIV, XXVI), (*FV*, XIII, IV-VI), (*AU*, XXII, CXL-CXLIII), siguiendo el modelo expuesto por Herrera:

> Ordeno tambien que se repartiesse toda la armada en tres esquadras, el cuerno diestro con cinquenta y tres galeras, o segun otros afirman con mayor numero, dio Iuan Andrea Doria […] La segunda esquadra, que se llama la batalla en que avia de yr el mesmo don Iuan de Austria, era de sesenta y quatro galeras con vanderolas azules en el carces, y la suya una flámula en el. El cuerno siniestro de toda la armada de cinquenta y tres galeras tenia por capitan y superior a Agustin Barbarigo, proveedor general de venecianos, avia de traer este cuerno las banderolas jaldes en las otras, que son aquellas cuerdas con que marean la antena, y la capitana en la pena una flámula. Y todas avian de marchar igualmente. La

> retaguardia el marques de santa Cruz, cuyo orden avian de seguir los otros capitanes del socorro […] Que el marques de santa Cruz, a cuyo cargo quedava la retaguardia y socorro, por la grande importancia que era a todos, y de quien fiava el peso de toda aquella jornada que esperavan, considerasse con mucho advertimiento en qual parte de la batalla prevalecía la armada Cristiana, y donde convenia, no dilatando el socorro, acudir en favor de los suyos con toda presteza, y con quantas galeras. Y porque en semejante caso era impossible dar instrucion determinada, y orden espresso de lo que se devia poner en obra, pues la resolucion se avia de acordar y efectuar segun la necessidad y ocasion presente, remitia el orden della a la prudencia y discrecion del dicho marques, que sabria bien conocer, si el enemigo tendria galeras de socorro, y quantas serian, para ver si estaria a su provecho envestir a la armada contraria … (Herrera, *Relación de la guerra de Chipre y sucesso de la batalla naval de Lepanto*, p. 59v-61v).

La técnica del abordaje, en cambio, es descrita de manera general por los poetas (pero de acuerdo a los principios militares expuestos en la obra de Bernardino de Mendoza) quienes hacen hincapié en la brutalidad de la embestida sufrida por la galera real. La brutalidad del impacto, comparado por el poeta luso como el choque entre dos toros salvajes (*FV*, XIII, XXIX) desemboca en un aferraje caótico (*AR*, XXIV, LXIX-LXXI) (*FV*, XIII, XXX. 1-4) que culmina con la quiebra de los espolones (*FV*, XIII, XXX) o de la palamenta (*AU*, XXIII, XXXVI).

Abordadas las galeras, el combate naval difiere escasamente del terrestre entre los hombres enfrentados individualmente en duelos ―un ejemplo de ello es la octava dedicada a Pedro de Malta por Corte Real (*FV*, XIII, XLIII)― pero con los peligros de la batalla naval añadidos, como el ahogamiento mencionado por los tratadistas, y que es puesto de relieve por Ercilla:

> Luego con igual ímpetu y denuedo
> llegan unas con otras abordarse,
> cerrándose tan juntas que a pie quedo
> pueden con las espadas golpearse.
> No bastaba la muerte a poner miedo
> ni allí se vio peligro rehusarse,
> aunque al arremeter viesen derechos
> disparar los cañones a los pechos.
>
> Así la airada gente, deseosa
> de ejecutar sus golpes, se juntaban
> y cual violenta tempestad furiosa,
> los tiros y altos brazos descargaban.
> […]
>
> Por las proas, por popas y costados
> se acometen y ofenden sin sosiego:

unos cayendo mueren ahogados,
otros a puro hierro, otros a fuego,
no faltando en los puestos desdichados
quien a los muertos sucediese luego:
que muerte ni rigor de artillería,
jamás bastó a dejar plaza vacía (*AR*, XXIV, XLVIII- XLIX, 1-4; XL).

El abordaje es descrito también con gran precisión por el cronista en sus etapas: embestida de los espolones y empleo de la artillería gruesa:

> Desta suerte vinieron a envestirse ambas derechas, como si las traxeran con una cuerda. Y fue con tanto ímpetu, que la proa de la enemiga entro por cima de la España mas de tres bancos, y se hiziron pedaços los espolones. Y jamás se ha visto que los Turcos envistiessen con tanto animo y osadia, como esta vez. […] Y atronados los ombres no se oia y el celo se arrebato de los ojos de todos con la humosa oscuridad de aquellas llamas. Los Turcos acometieron con grande loçania y ferocidad, puestos sus turbantes, disparando muchas balas de la escopeteria, y grandissimo numero de flechas con tanta gueria, que se hallo soldado atravessado peto y espaldar con una. Y todos, segun costumbre de gente barbara, davan aquellos bravos alaridos y vozes, con que suelen espantar a sus enemigos. Mas cerraron tan presto con ellos los cristianos, que disparando su artilleria, no los dexaron aprovechar de la suya, y assi se hallaron despues de muchos cañones de cruxia cargados. La batalla se avia mesclado de tal suerte, que las armadas parecían una, sin cessar un punto los arcabuzes escopetas y flechas. Que ya no se oya otra cosa que el sonido dellas, ni se via si no las asta clavadas por arboles xarcias y antenas. Porque pocas o ninguna vez una armada contra otra se junto en batalla con tanto furor y osadia (Herrera, *Relación*, ff. 83v-84v).

La novedad del combate ercillano radica en la descripción de la artillería empleada por las tropas cristianas:

¿Cuál será aquel que no temblase viendo
el fin del mundo y la total ruina,
tantas gentes a un tiempo pereciendo,
tanto cañón, bombarda y culebrina? (*AR*, XXIV, LII. 1-4).

Como efectivamente señala Murrin, la originalidad en el poema épico se debe, no tanto al empleo de la misma (que apenas es mencionado directamente por el poeta), como por los efectos visuales que causa:

> Ercilla opted for an elaborate picture, modeling a description on the passage in the *Aenid*, where Allecto, blowing a rustic horn, summons the Latins to battle (y.511-21). In the *Araucana* (Parte II, XVI. 36-38) the Spaniards decide to test their artillery, while winter weather confines them to Quiriquina Island by Concepción. […] Guns by their sound, fire, and smoke naturally fit an epic style and helped raise the narrative above the ordinary.

> What distinguished the Spanish Lepanto poets, however, was the central importance they gave to such aural and visual effects (1994: 139).

Del mismo modo, la emplea sinestésicamente Rufo magnificando la confusión de golpes de las espadas y los tiros:

> Ya todas las galeras abordadas
> aquel naval conflicto acrecentavan,
> y las feroces armas intrincadas
> en sangre de ambas parte se bañavan;
> sonava el golpear de las espadas,
> los tiros espantosos no cessavan,
> abívase el furro, la saña crece (*AU*, XXIII, XLVII. 1-7).

Sus estragos provocan que la galera se convierta en un arma arrojadiza contra los otomanos:

> Quien, faltándole tiros, luego afierra
> del pezado de remo o de la entena;
> quién trabuca al forzado y lo deshierra
> arrebatando el grillo o la cadena.
> No hay cosa de metal, de leño y tierra
> que allí para tirar no fuese buena,
> rotos bancos, postizas, batayolas,
> barriles, escotillas, portañolas (*AR*, XXIV, LIV).

Más allá de los efectos visuales, para Corte Real (*FV*, XII, XCII-XCIII) y Rufo, lo importante de la presencia de la pólvora es la confianza que otorgan al enemigo en sí mismo (*AU*, XXII, CLII) por su capacidad de herir en la distancia, anticipando muertes rápidas y carentes de la ansiada honra:

> Tal modo de lidiar no tiene duda,
> sino que es crisol de valentía
> porque lo que pervierte, turba y muda
> la atroz y detestable artillería,
> no da lugar, con su violencia cruda,
> a veces al esfuerço y gallardía;
> ni devieran los hombres racionales
> con armas ofenderse tan bestiales.
>
> Oh crüel y estupendo sacrificio,
> injuria grave de naturaleza,
> infame ardid del hombre, pues tu oficio
> le aventaja a los tigres en crüeza;
> espantable y pestífero artificio,

alferezia de la fortaleza
eres pólvora, tú, mal de los males,
hija de los abismos infernales.

Las flechas son también impropia cosa,
si no es para herir salvajes fieras,
la espada y lança, en el que morir osa,
son las armas mejores para veras,
estas, para ganar fama preciosa,
son del hombre las armas verdaderas,
pues dan lugar a usar con más (*AU*, XXIV, XVI-XVIII).

La crítica de Rufo al empleo de la artillería influye en la representación literaria del gentilhombre cristiano que se batirá individualmente con el otomano. Empleada, como Ercilla, por sus efectos pictóricos, los estragos causados por la pólvora en la flota cristiana únicamente son descritos en relación a las bajas materiales y humanas que producen en su propio bando, sin especificar los destrozos en el contrario. A diferencia de Ercilla, que suple la deshonrosa ventaja de las armas de fuego con la ventaja numérica del enemigo, Rufo descalifica su empleo en la lucha contra un enemigo tan destacado e instruido militarmente como es el otomano, a través del cual, el soldado puede adquirir honra en el combate directo. Al igual que Jiménez de Urrea, anclado en el pensamiento caballeresco, Rufo comparte la idea del engrandecimiento del hombre mediante el combate individual: «Los hombres ganaron la nobleza y eterna fama por su propio valor, engrandecía mucho el mundo aquél que ganaba batallas cuerpo a cuerpo. […] Ciertamente, no puede honrarse más a un hombre en esta vida que diciéndole que es un caballero que ha vencido a otro en duelo» (*Diálogo de la verdadera honra militar*, p. 43). El poeta acusa a los occidentales de la expansión de la artillería hacia oriente, corrompiendo la honrosa metodología del combate, y convirtiendo a los otomanos con ello en soldados modernos, «soldados los han hecho a lo moderno (*AU*, XII, XX. 7-8). La modernidad del soldado es, por tanto, en el gentilhombre de las galeras formal, más que esencial, quedando reducida al empleo de la artillería al inicio del combate, antes del abordaje, momento en que los soldados pueden destacarse en el combate batiéndose en duelos individuales con el enemigo, bien abordándolo e invadiéndolo en su embarcación, bien evitando su entrada en la propia.

4. El combate en aguas oceánicas: la táctica moderna del "combate en línea"

Doce días después del inicio de la persecución del corsario inglés, don Beltrán de Castro lo encuentra engolfado en una bahía. Sin embargo, el corsario divisa primero a los españoles y virando *La Linda* a barlovento consigue darse a la fuga (*AD*, XIX, XXV). Se desata entonces una tormenta[123], salvándose únicamente un navío del virrey, la galizabra[124], el galeón de don Beltrán y una ligera lancha. Don Beltrán intuye que el corsario, diestro en la navegación y necesitado de víveres, tras varios días sin poder atracar en ningún puerto por la constante vigilancia que astutamente ha organizado García de Mendoza en tierra, debe estar navegando junto a la costa y ordena que una ligera lancha vaya reconociendo los puertos y entrando en las caletas para que el enemigo no pueda hacer escala en ninguna (*AD*, XIX, LXVII). Peligrosamente navega para encontrarlo y enfrentarlo pegado a la costa: «A tierra va tan junto y arrimado / que raspa con las áncoras por ella, / porque el inglés ha de ir varando en ella» (*AD*, XIX, LXXI. 1-3).

Al llegar a la bahía de Tacámez los cristianos tropiezan con una lancha que lleva a bordo once luteranos y Beltrán ordena que su nave salga a recibirlos mientras su ligera embarcación es ordenada de regreso a tierra. Comienza entonces el ataque moderno llevado a cabo entre el *La Linda* y las embarcaciones españolas y se desata el duelo entre navíos mediante el juego de la artillería.

El inglés, viendo la lancha escapar, le dispara tres cañones que no llegan a darle. Oña representa de manera minuciosa la batalla, «even if he does not offer an explanation of its tactics» (Murrin, 1994: 188). Un primer intercambio de misiles desde una larga distancia pone en sobre aviso al enemigo de la disposición para la batalla: «La lancha, a remo y vela dividiendo / el aire delicado y crespas olas, / vino a llegarse a tiro de las bolas [tres globos, cañonazos]» (*AD*, XIX, LXXIX. 1-4). Hawkins, un gran navegante, establece las tácticas de la batalla a partir de unas maniobras estandarizadas:

[123] La bibliografía acerca de la "tormenta" como *deus ex machina* en los poemas épicos es ingente. Para profundizar en este caso concreto y la significación providencialista que se le atribuye véase Navascués (2018).
[124] Galizabra: «Embarcación de vela latina, que era común en los mares de Levante, de porte de unas 100 toneladas» (*DRAE*).

> He forces the enemy into an artillery duel, which he can do because he outmaneuvers the Spaniards. Though he has a slower ship, he soon gets to winward of his enemy, an action that forces the *galizabra* to give up its pursuit exposed part of its hull below the water line, the standard target for English gunners. Oña represents this style of fighting accurately, even if he does not explain its tactics (Murrin, 1994: 188).

El duelo entre las dos naves, la capitana española y *La Linda* atraviesa tres estados, según Murrin (1994: 187), tras su encuentro en la bahía. «Oña functions as a kind of reporter, and the few hours' struggle he narrates well illustrates the new style of ocean warfare» (1994: 187). En primer lugar, Hawkins se dirige hacia don Beltrán directamente que logra esquivarlo orientándose en favor del viento hasta volver a juntarse a una distancia que posibilita el cañoneo. Tras un primer intento de enfrentamiento entre ambos, el navío español sobrepasa al inglés:

> El espolón herrado y rostro encara
> en nuestra capitana fieramente,
> y con exenta y desdeñosa frente
> se viene a don Beltrán como una xara;
> el cual, con un valor y muestra rara,
> sale a frenar el passo a su corriente,
> habiéndole ganado el barlovento,
> ganancia en estos juegos de momento.
>
> El uno para el otro dexan irse,
> casi de iguales ímpetus llevados,
> y a tiro de cañón los dos llegados,
> empieça su furor a descubrirse (*AD*, XIX, LXXXII, LXXXIII. 1-4).

Al regresar buscándolo, se encuentran opuestamente, «cuando los dos baxeles frente a frente / se llegan a poner en puntería» (*AD*, XIX, LXXXV, 5-6), y comienza la batalla con el uso de la artillería. Los ingleses, «viéndose de cómoda postura» (*AD*, XIX, LXXXVII, 2), efectúan el primer disparo desde la amura, al que responden los españoles con dos culebrinas de proa. En ese instante, las naves se aproximan entre sí (la española encara con su proa el costado de estribor de la inglesa) y comienzan a dispararse entre ellas (*AD*, XIX, LXXXVIII).

> Largando de su tope la vandera;
> mas no prestó alçó la llama fiera
> cuan presto, removiendo el agua pura,
> le dieron la respuesta repentina
> por boca de una y otra culebrina.

Con esto don Beltrán se va llegando
y el animoso inglés al mismo punto,
hasta que a nuestra prora casi junto
sobre babor la suya fue doblando;
ya entonces de ambas partes levantando
un infernal estrépito y trassunto,
se començó a jugar la artillería,
con que temblar el centro parecía (*AD*, XIX, LXXXVII. 4-8; LXXXVIII).

Sin embargo, la inglesa se aleja sobrepasándola por babor; «a orça[125] va buscándola» (*AD*, XIX, XCI, 5), vadeándose sobre un costado formándose enredándose los baupreses, y formando una cruz, «pronóstico siniestro a los ingleses» (*AD*, XIX, XCI, 8) del desfavorable resultado de la batalla.

Por deshazella el pérfido se alarga,
y el abordar sin tiempo rehusando
buelve por estribor cañoneando
y a vezes extendiendo pica larga;
mas danle aquí los nuestros otra carga (*AD*, XIX, xcii. 1-5).

No pudiendo atrapar a la lancha, Hawkins la deja escapar y al virar, se encuentra con la popa de la nave principal. Los dos navíos principales se enzarzan entonces en un combate sangriento entre sí. Don Beltrán encamina su navío hacia abajo para seguir luchando con la finalidad de abordar al enemigo, pero Hawkins rehúsa, volviendo por estribor y disparando su artillería (*AD*, XIX, XCII,), cuyos efectos son descritos con plasticidad a través de los miembros desmembrados que describe Oña (*AD*, XIX, XCIII, XCIV). Los tecnicismos náuticos de la descripción del combate remiten a Ercilla (XV, LXXXI) y descubren los conocimientos militares. La lancha, temiendo zabordar, «tropezar, varar, y encallar el baxél en tierra por fuerza de tempestad, ò ignorancia del Piloto» (*Tesoro*, p. 1547) tiene que huir volviendo al mar por estribor hasta que topa con la popa de don Beltrán:

La fugitiva lancha, no pudiendo
cogella al fin por írsele metiendo
a tierra todo aquello que podía,
temiendo çabordar dexó la vía,
y el rostro al mar sanguino rebolviendo

[125] «Orça»: «Término nautico que se dice quando vá el baxel torcido a un lado, o echado sobre uno de los costados: y por semejanza se dice de las cosas que están torcidas o ladeadas» (*Aut.*, I, p.319). La misma táctica describe Rufo para caracterizar la capacidad náutica del comendador de Las Pomas (*AU*, VIII, XVI).

viró para su nave a toda priessa,
ganoso de abraçarse con la inglesa.

La cual, por estribor la buelta dada
y haviendo de un picazo atravessado
desde su bordo al nuestro un buen soldado
que quiso abalançarse a la pasada,
passó con una furia acelerada
cosida bordo a bordo y lado a lado,
hasta que echando fuera cuerpo y junta
su popa con la nuestra quedó junta (*AD*, XIX, XCV- XCVI)

A partir de esta secuencia, Oña enfatiza el uso de la artillería en su narrativa mediante imágenes grotescas de cuerpos despedazados y heridos por doquier: «ya la encendida bala descuartiza / y de los dos costados lleva el uno» (*AD*, XIX, XCIII. 5-6). Los hombres cristianos nunca llegarán a las espadas o combates individuales con los ingleses en el retrato épico. Las armas de fuego empleadas en la expedición contra Richard Hawkins son variadas. Cañones, arcabuces, culebrinas, mosquetes y versos, «especie de culebrina de mui poco calibre» (*Aut*., VI, p. 467), llenan de salitrado humo el ambiente. Los tecnicismos militares empleados por Oña nos informan de un público lector nacido en una sociedad guerrera (Navascués, 2018b: 371), y las embarcaciones, convertidas en plataformas flotantes, cambian por completo la táctica de la batalla:

> In such conflicts the sailing ship became a floating gun platform, and the tactical objective was to sink or disable the enemy by a cannonade. For such clashes, where boarding did not occur as often, captains needed only small crews. On the other hand, such encounters took longer. Lepanto was over in a few hours, but it took the Spaniards three days to capture a single ocean vessel, the *Daintie* of Richard Hawkins (Murrin, 1994: 181).

La relevancia de la artillería para el resultado del combate provoca que el poeta mencione explícitamente a los responsables de la pólvora en el bando español: Ayurre «digno capitán de artillería / por una y otra vanda discurría» (*AD*, XIX, cv. 2-3) e Ignacio de Hormero y Diego Cherinos, responsables de las municiones.

Un tercer episodio bélico sucede cuando los barcos se juntan tanto que casi se rozan y la batalla deriva en un enfrentamiento entre los castillos de popa cayendo heridos combatientes de ambos bandos. Esboza entonces el poeta un pasaje de gran patetismo protagonizado por el pirata inglés y del que, admite, existen varias versiones:

En esto hay opinions -¡cosa dura!-
y cáusalo haver sido el hecho bravo,
porque otros lo atribuyen a algún cabo
que se travó del asta por ventura;
mas la que tengo yo por más segura
es que ninguna de ellas da en el clavo,
y, pues de vista nadie fue testigo,
concédase valor al enemigo (*AD*, XIX, XCIX).

El corsario, tras quedar tan próximo a la nave cristiana, pretende con un lazo atrapar el estandarte, pero es detenido por Diego de Ávila y otros cinco hombres que, anteponiendo el honor a la vida, se lanzan a defenderlo. Recoge Oña los nombres del quinteto: Juan Manrique, Juan Velázquez, Pedro de Reinalte, Juan Enrique, Mondéjar, que muere en el trance. El lance le cuesta una herida de arcabuz en el cuello y por un pedreñal en el brazo que le arranca un buen trozo de carne. La respuesta ofensiva del pirata con la artillería resulta desmesurada rompiendo el galeón cristiano por dos partes: una, por la armura de babor, matando a un astillero que cargaba una culebrina (del que no se nos dice el nombre a causa de la escasa honra de su muerte frente a la de Mondéjar) (*AD*, XIX, CII), y otra por la toldilla de popa:

Mas él con una bala suya gruessa
que entró por la toldilla de la popa,
rompiendo cuantas astas allí topa
con ellas ambos bordos atraviessa (*AD*, XIX, CI.1-4).

Hawkins, valeroso, se liga la herida con una toalla y cargada la pieza de artillería continúa disparando al enemigo mientras a su gente de cubierta, como si fuera un capitán gentil «los mueve, los anima, los despierta» (*AD*, XIX, CVIII. 4). La imagen del pirata se opone a la de Beltrán, que hace lo mismo (*AD*, XIX, CX) haciendo que crezca la osadía en sus hombres. Estando el bando del pirata deshecho y sin recomponer, ordena Hawkins salir a recibir la ofensiva quedando suspendida la acción con una serie de prolepsis (Navascués, 2018b: 383) que adelantan un desenlace que no se narra.

La diferencia táctica entre la batalla de Lepanto y la lucha de Castro de la Cueva con el corsario inglés es abismal. Si los soldados de las galeras combaten cuerpo a cuerpo, mayormente con la espada, tras el aferraje de las galeras, los hombres de Castro de la Cueva no soltarán las armas de fuego. La artillería gruesa, adorno pictórico en los poemas de Rufo, Ercilla y Corte Real, es en cambio para Oña la herramienta fundamental

mediante la que alcanzar la victoria en el conflicto naval, una vez alineados los galeones. La complejidad de la nueva nave y la integración de la artillería en ella elevan la dificultad de maniobrabilidad en el conflicto, motivo por el que Hawkins, al inicio del combate los aventaja, frente a las embestidas de los espolones que rompen por la mitad las galeras contrarias. Los dos estilos de combate configuran dos retóricas épicas náutico militares claras e indirectamente, dos modelos de soldado: el gentilhombre de las galeras, que posee la oportunidad de ganar honra a través de un combate heroico cuerpo a cuerpo con el enemigo, y el soldado "artillero" que, con su arma de fuego debe, desde la distancia, herir al enemigo.

CONCLUSIONES

La revolución militar y las gestas realizadas por la Monarquía Hispánica en el Quinientos provocaron la búsqueda de formas narrativas que se adaptaran a las nuevas manifestaciones bélicas, resultado de la creación de una milicia permanente, meritocrática y jerarquizada, asentada moralmente en la fusión de los ideales heredados de la caballería medieval y los tratados militares de la Antigüedad romana. La nueva concepción científica de la guerra, derivada fundamentalmente de la masificación del ejército y la expansión de la artillería, provocó la configuración de un grupo de oficiales de infantería caracterizados por la práctica de unas virtudes cardinales militarizadas y la adquisición de conocimientos científico-militares.

La poesía épico-cronística, inspirada en una singular combinación de las poéticas virgiliana y lucaniana, resultó ser el subgénero más adecuado para reflejar, según el nuevo humanismo militar, las gestas realizadas por los soldados españoles del siglo XVI, en una doble vertiente temática: la conquista del Nuevo Mundo (centrada en la invasión de Arauco y México) y la lucha contra el Islam (encarnada en la figura rebelde de los moriscos y en el imperio otomano). Referido a cronológicamente a la historia del presente, el subgénero épico-cronístico se caracteriza por la narración de sucesos coetáneos o actuales en estilo sublime y en verso de arte mayor, octavas reales, cuya correspondencia en prosa se encontraba fundamentalmente en el género de la crónica reciente, las relaciones de sucesos, y los memoriales. Seis poemas compuestos en la segunda mitad del siglo XVI permiten rastrear la caracterización de la nueva milicia en la poesía: *La Araucana* (1569, 1578, 1589), de Alonso de Ercilla; la *Felicissima Vitoria* (1578), de Jerónimo Corte-Real; *La Austríada* (1582), de Juan Rufo; *La Mexicana* (1594), de Gabriel Lobo Lasso de la Vega; el *Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña, y *El Peregrino indiano* (1599), de Antonio de Saavedra Guzmán.

Los poemas épico-cronísticos abordaron la representación de la nueva milicia encarnada fundamentalmente en las figuras individuales de los capitanes y oficiales, mayormente pertenecientes a la pequeña nobleza, que acaudillaban las tropas en la batalla. Sus acciones bélicas, destacadas en los enfrentamientos individuales en los combates, frente a la masificación de los escuadrones, facilitaron a los poetas la

representación de los nuevos héroes modernos de la milicia. Un estudio comparativo entre la tratadística militar coetánea renacentista y dichas figuras nos permite afirmar la coincidencia de las cualidades de los capitanes literarios con los históricos. Al igual que en los tratados militares, a los oficiales, que eran los verdaderos destinatarios de éstos, se les requería un conocimiento militar bidimensional: experiencial y sapiencial, concretado éste último en la adquisición de una serie de conocimientos científico-técnicos, frente al soldado raso cuya virtud más sobresaliente debía ser la obediencia o disciplina. Junto a las virtudes cardinales (prudencia, fortaleza, templanza y justicia), que se actualizan adquiriendo un marcado tono militar, los oficiales de la nueva milicia se destacan en los poemas épicos por su valor individual y su esfuerzo, fundamentalmente, interior, que se concreta en la resistencia a las ofensivas constantes del enemigo en el combate, tanto en los asedios y batallas campales, como en los enfrentamientos individuales. Frente a la indisciplinada, inobediente y codiciosa tropa, los oficiales de los poemas épico-cronísticos se distinguen de la soldadesca por su capacidad de mando, tanto en las tres técnicas militares (marchar, pelear, alojar), como en las tres fases de la batalla (*ante bellum*, *ad bellum* y *post bellum*), revelando la asimilación de los principios estratégico-operativos descritos por Vegecio en la Antigüedad y asimilados por los tratadistas del Renacimiento. En la actualización y rapidez de acción de los oficiales en la respuesta concreta de cada conflicto bélico se observa, en consecuencia, la instrucción científico-técnica militar de los soldados de la nueva milicia.

Las virtudes de los capitanes, identificables en la figura de don García Hurtado de Mendoza (en la guerra de Arauco); Hernán Cortés (en la conquista de Nueva España); y don Juan de Austria (en la lucha contra el imperio otomano), poseen diferentes grados de apreciación. Mientras García Hurtado de Mendoza se consolida como el caudillo gentil por excelencia en el Nuevo Mundo, gracias a las capacidades atribuidas por Pedro de Oña (frente al héroe colectivo de *La Araucana*), la figura contrarreformista de Hernán Cortés otorga a los poemas de la conquista mexicana un carácter finisecular, convirtiendo al caudillo, y a sus soldados a través de las arengas de éste, en verdaderos evangelizadores del Nuevo Mundo. Ambos poemas refuerzan el carácter providencialista de la conquista y de la misión del caudillo y la tropa cristiana con la intervención directa de seres sobrenaturales (ya sea el arcángel san Miguel, ya sea la virgen María o el apóstol Santiago). Frente al tipificado Hernán Cortés de Lasso de la Vega, apenas dotado de

virtudes propiamente militares intelectuales, el caudillo cortesiano de Saavedra Guzmán se revela como un caudillo dotado, no sólo de la intelectualidad estratégica que se les presupone a los capitanes de la milicia moderna, sino de las cualidades oratorias y exhortativas requeridas para mover a su tropa a la realización de hazañas señaladas. La condición de soldados de Cristo proviene, en consecuencia, no tanto de las acciones directas de los soldados en pro de la evangelización del Nuevo Mundo, como de la asunción de los principios de la conquista promulgados por el caudillo y extrapolados a sus hombres.

En oposición al héroe contrarreformista, el héroe de *La Austríada*, don Juan, se presenta ante el lector épico como el perfecto *miles Christi* en calidad de general de las tropas. Respaldado por la cristiandad en su misión de combatir al infiel, el magnánimo héroe se configura como soldado de Cristo, tanto en la lucha contra el verdadero enemigo, el imperio otomano, como con su vertiente política, los moriscos.

Un caso particular en la representación épica de los valores de la nueva milicia se da en *La Araucana*. Frente a la colectividad del héroe ercillano, el poeta resalta individualmente la composición de la tropa araucana (mediante la muestra de elección de los caciques). Si los héroes españoles apenas son identificables, más allá de los actos de heroísmo individuales de los catorce caballeros que sufren la emboscada, o la ineficaz resolución de Valdivia al no enfrentar la rebelión mapuche según su condición de capitán, las tropas de los indios son perfectamente descritas política y militarmente desde el comienzo del poema, atribuyéndoseles las cualidades propias de los guerreros españoles. Un estudio de la tropa araucana, basada en el valor y la fortaleza, nos permite conocer los rasgos de la nueva milicia indirectamente a partir de la aproximación a la tropa araucana. Principalmente osados en la lucha contra el araucano en el desconocido territorio, los españoles de los poemas de Ercilla y Oña apenas poseen virtudes militares, más allá de la destreza con las armas, que los identifiquen ante el lector. La configuración de la milicia araucana por Ercilla como una tropa perfectamente instruida en el arte de la guerra contrasta con la escasa formación bélica que Oña aplica a los araucanos de su poema.

Frente a los poemas coloniales, *La Austríada* ofrece una representación peculiar de las tropas regulares al servicio de la Monarquía Hispánica. Bajo el instruido mando de la

nobleza, los hombres de armas, bisoños, indisciplinados, inobedientes y codiciosos, dificultan la tarea de combatir al hereje dentro de la demarcación territorial de la Península. Los oficiales, auxiliados por don Juan de Austria, se sirven de todos los recursos posibles para disciplinar a una tropa que, incapaz de asumir los principios de la nueva milicia, se amotina contra la autoridad real siempre que las circunstancias adversas de la guerra se encrudecen, consecuencia de la nefasta imprevisión de los capitanes ante los imprevistos que surgen en todos los conflictos armados. La intervención del héroe epónimo del poema, don Juan de Austria, provoca un cambio sustancial en la representación de la nueva milicia, no sólo por su capacidad de gobierno, sino por el auxilio de los tercios viejos de Italia que llegan a la Península. La aparición de hombres especializados en el manejo de las armas (en las tres vertientes de la milicia, artillería, infantería y caballería), facilita los asedios al enemigo en las posiciones ventajosas a las que se retraía constantemente en la sierra de Las Alpujarras, gracias al empleo correcto de la ciencia minera.

Finalmente, la batalla de Lepanto y el conflicto entre los piratas ingleses (acaudillados por Richard Hawkins) frente a las huestes del virrey García Hurtado de Mendoza (capitaneadas por don Beltrán de la Cuesta) ofrecen los dos modelos de representación de los conflictos navales de la Modernidad. Frente al abordaje y el combate individual de los gentileshombres de las galeras, que se señalan en la lucha mediante su valor personal y su arrojo en el asalto de la galera enemiga, lo que apenas distingue el combate naval de los duelos en tierra firme, las huestes del marqués de Cañete pasan desapercibidas en el fuego cruzado que se desata entre los galeones en aguas oceánicas y en el que la clave del combate reside en la maniobrabilidad de los pilotos para situar la nave en una disposición ventajosa que facilite la actividad artillera.

Un vicio se enraíza en la representación de la milicia cristiana en todos los poemas épico-cronísticos áureos que desemboca en la indisciplina y desobediencia de la tropa, con la consiguiente deshonra pública y privada de los hombres de armas: la codicia. La desmesurada ambición de los hombres de armas por enriquecerse tras la batalla provoca los saqueos y desórdenes en las huestes militares que desembocan, generalmente, en la matanza de los soldados cristianos tras los ataques repentinos del enemigo.

La nueva milicia se consolida, por tanto, como la protagonista en estos poemas épico-cronísticos en los que, más allá de la narración de los conflictos armados entre las tropas de la cristiandad y los indígenas o infieles, los oficiales del ejército se consolidan como los auténticos héroes gracias a su instrucción científico militar que se manifiesta en la correcta ejecución del gobierno y mando de las tropas, para lo cual, es necesaria la asimilación de las virtudes y cualidades propuestas por los tratadistas militares de la época.

APÉNDICE A: FASES DE LA BATALLA DE LEPANTO

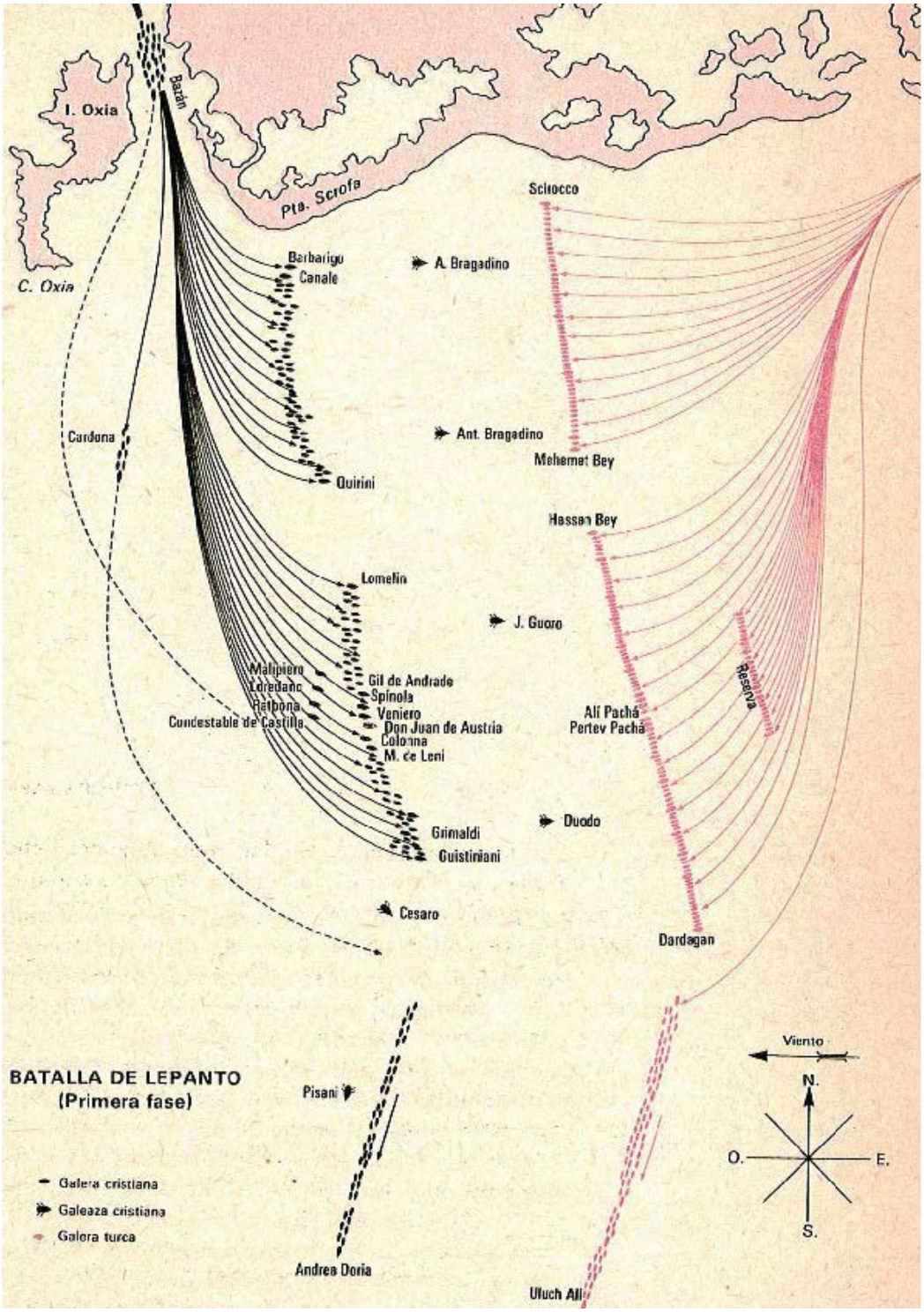


Figura 1. Primera fase de la Batalla de Lepanto esbozada por Carrero Blanco en la que se observa la disposición de las escuadras enfrentadas entre sí (Carrero Blanco, 1968: 28).

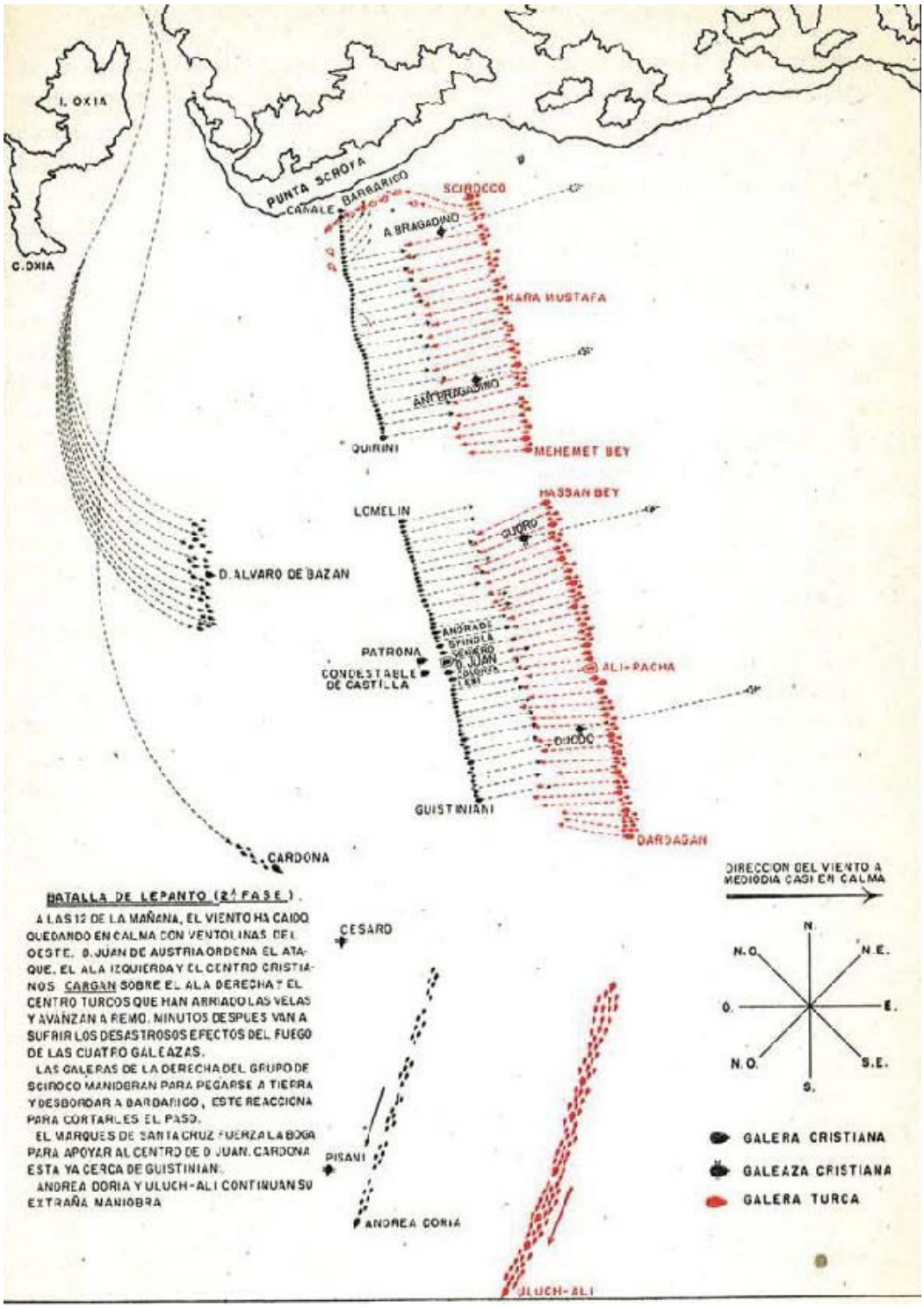


Figura 2. Segunda fase de la Batalla de Lepanto en la que se representa el momento en que comienza la lucha (Carrero Blanco, 1968: 29).

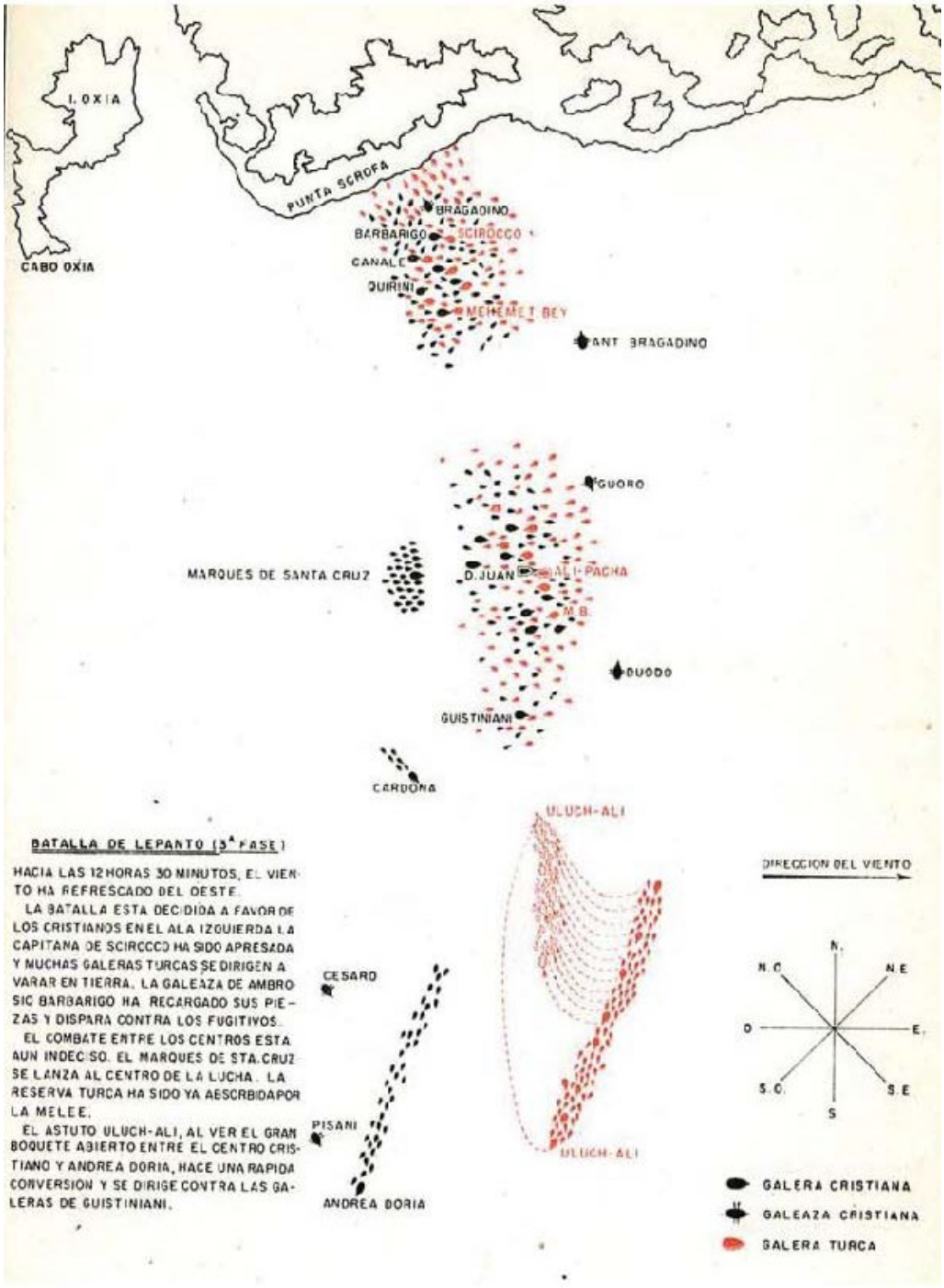


Figura 3. Tercera Fase de la Batalla de Lepanto (Carrero Blanco, 1968: 30).

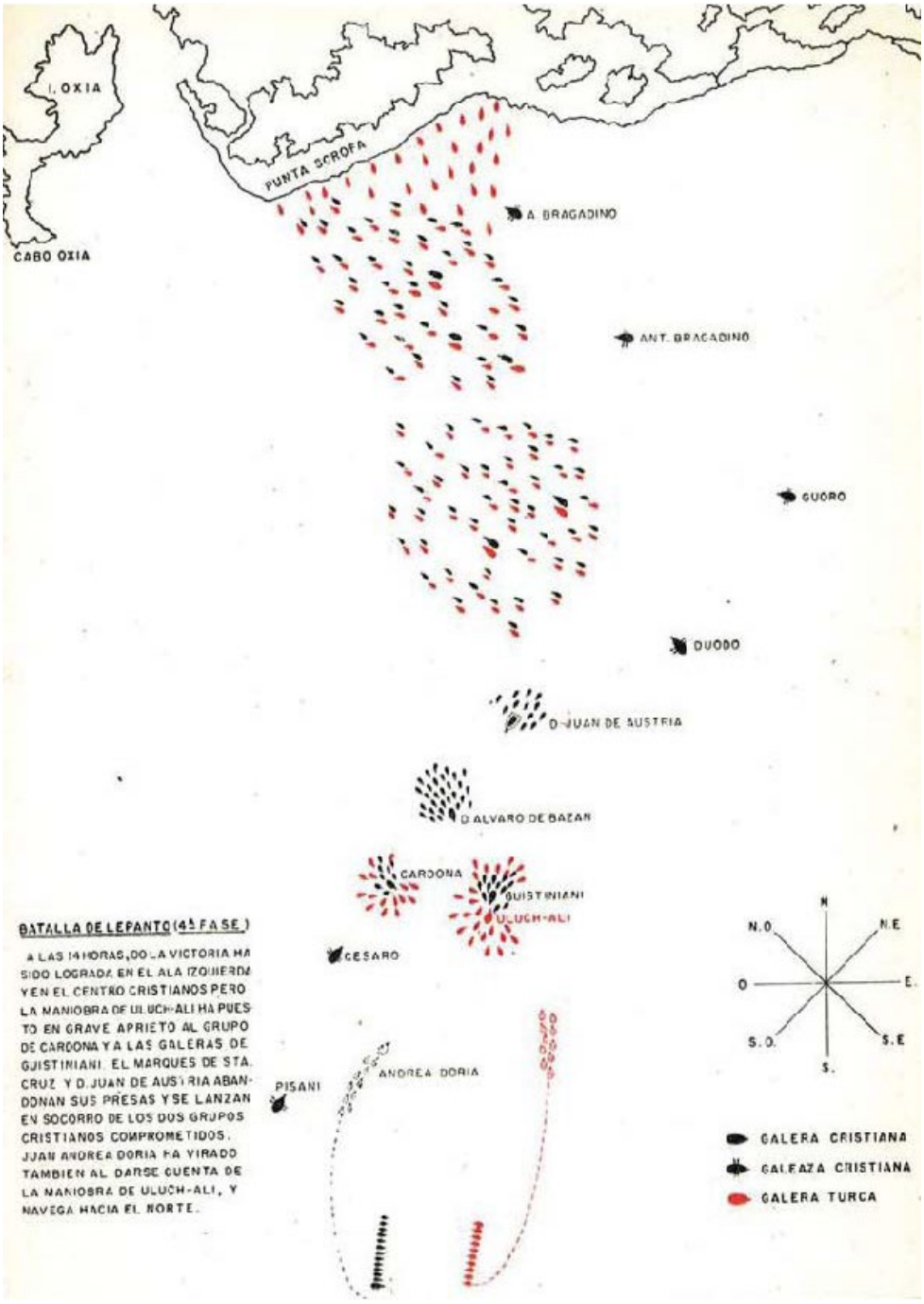


Figura 4. Cuarta fase de la Batalla de Lepanto. Dispersas las escuadras y decidida la batalla a favor de los cristianos, la escuadra de Uluch-Alí se disponía a desplazarse hacia el sur para atacarla retaguardia del bando contrario, cuando Andrea Doria le sale al paso (Carrero Blanco, 1968: 31).

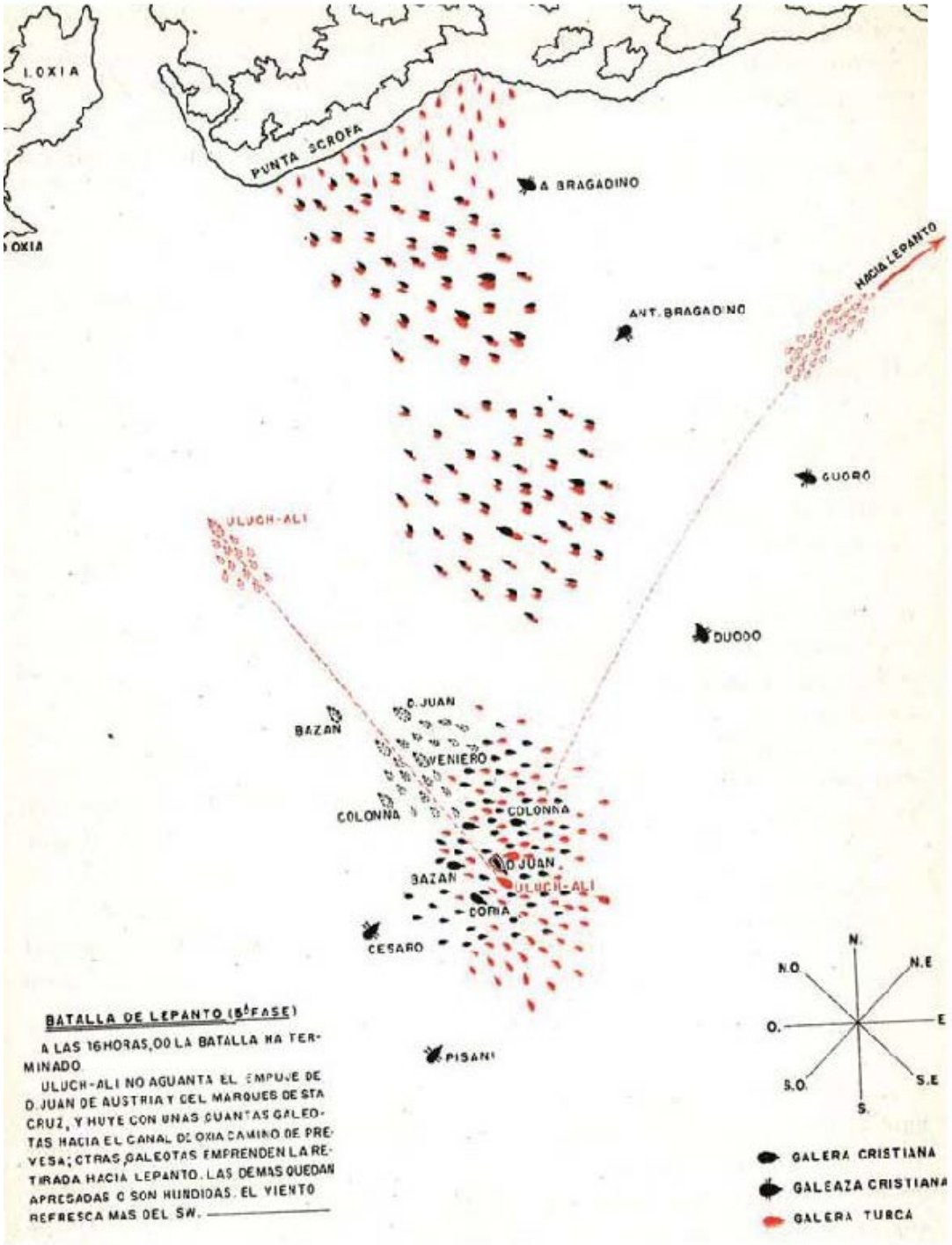


Figura 5. Quinta fase de la Batalla de Lepanto (Carrero Blanco, 1968: 32)

APÉNDICE B: RETRATO DE CARLOS V

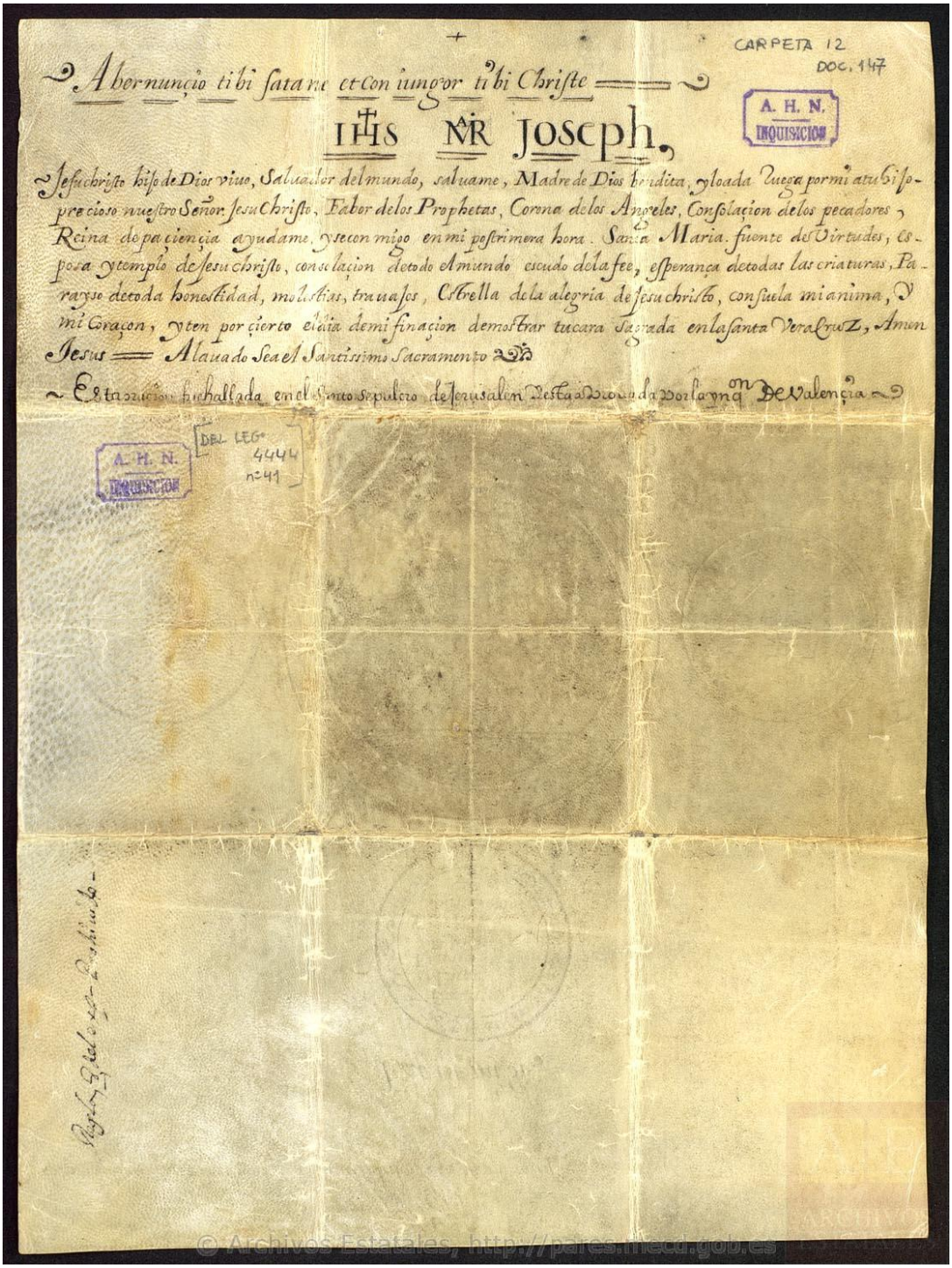
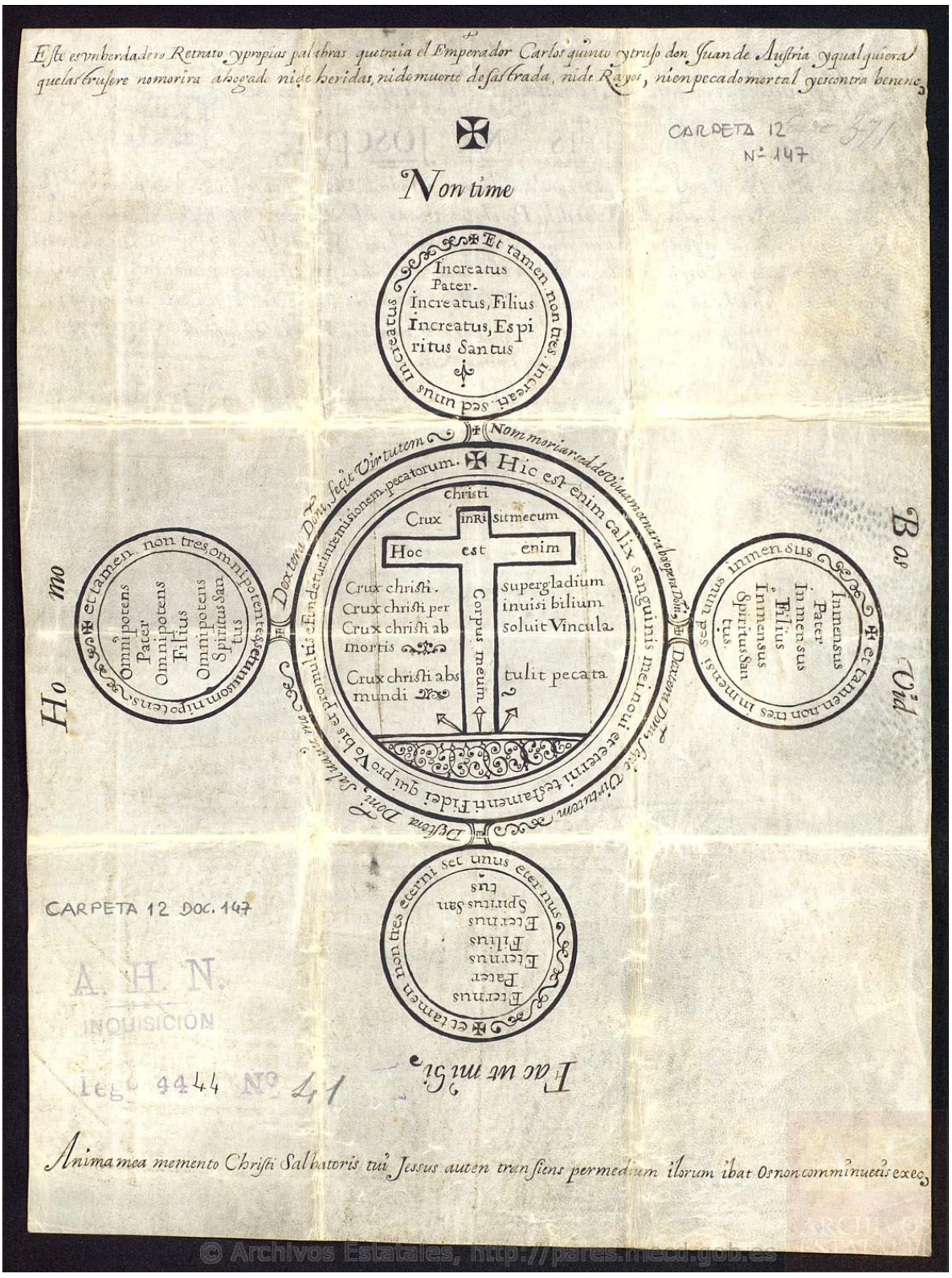


Figura 2. «Este es un verdadero Retrato y propias palabras que traia el Emperador Carlos quinto y trujo don Juan de Austria y qualquiera que las trujere nomorira ahogado nide heridas, nide muerte desastrada, nide Rayos, nien pecado mortal y es contra veneno», Archivo General de Simancas. INQUISICIÓN,MPD.147.


Este es vn berdadero Retrato y propias palabras que traia el Emperador Carlos quinto y truxo don Juan de Austria y qualquiera que las bsare no morira ahogado ni de heridas, ni de muerte desastrada, ni de Rayos, ni en pecado mortal y es contra bene
CARPETA 12 Nº 147
Non time
Et tamen non tres increat. sed unus increatus
Increatus Pater. Increatus, Filius Increatus, Espiritus Santus
Nom moriar sed do Vivam et narrabo opera Dñi
Dextera Dñi, fecit Virtutem
Hic est enim calix sanguinis mei noui et eterni testamenti fidei qui pro Vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum.
christi
Crux inRi sit mecum
Hoc est enim
Crux christi. supergladium
Crux christi per inuisi bilium
Crux christi ab soluit Vincula.
mortis
Corpus meum
Crux christi abs tulit peca ta
mundi
Dextera Dñi fecit Virtutem
Et tamen non tres omnipotens sed unus omnipotens
Omnipotens Pater
Omnipotens Filius
Omnipotens Spiritus Santus
Et tamen non tres immensus sed unus immensus
Immensus Pater
Immensus Filius
Immensus Spiritus Sanctus
Et tamen non tres eterni sed unus eternus
Eternus Pater
Eternus Filius
Eternus Spiritus Sanctus
Hac ut mihi
Anima mea memento Christi Salbatoris tui Jessus auten transiens permedium illorum ibat Os non comminuetis exeq
CARPETA 12 DOC. 147
A. H. N.
INQUISICION
Leg. 4444 Nº 47
© Archivos Estatales, http://pares.mcu.gob.es

APÉNDICE C: CARTA DE ANDREA DORIA

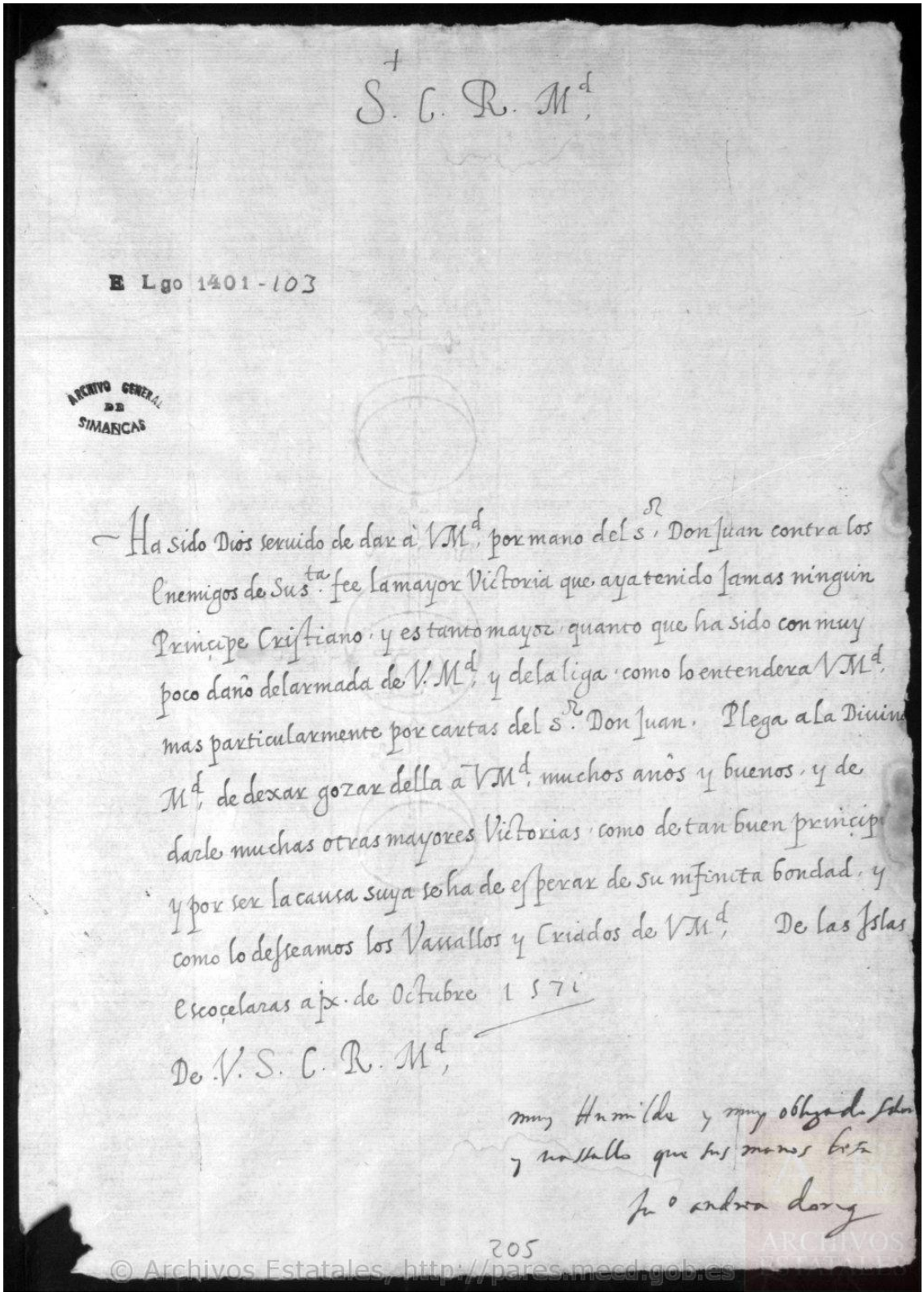


Figura 1. Carta de Andrea Doria a Felipe II, rey de España, con noticias referentes a la victoria lograda por la armada cristiana sobre la turca en Lepanto, Archivo General de Simancas. EST,LEG,1401,107.

APENDICE D: SOLDADO ESPAÑOL



Figura 1. *Soldat espagnol*, Roger de Gaignières, 1557, Bibliothéque Nationale Française, Bouchot, 1502.

APÉNDICE E: FORMAS DE ESCUADRÓN

Diego de Álava y Viamont ilustra en el *Perfecto Capitán* las diferentes formas de formar escuadrones a partir de la raíz cuadrada del número de soldados con que se cuenta para la actividad que se vaya a emprender. Entre los más utilizados encontramos.

1. Escuadrón en figura de sierra: posee dos variantes, dependiendo de la cantidad de soldados que se coloquen en la base, con mayor o menor grosor dependiendo del número de hombres.

a)

```
      p                 p                 p
    p p p             p p p             p p p
  p p p p p         p p p p p         p p p p p
p p p p p p p p   p p p p p p p p   p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
```

b)

```
      p                 p                 p
    p p p             p p p             p p p
  p p p p p         p p p p p         p p p p p
p p p p p p p p   p p p p p p p p   p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
        p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
```

2. Escuadrón en figura de cruz: es uno de los más utilizados porque permite dividir en cuatro costados el ejército y disponer fácilmente de una retaguardia, una vanguardia, y los dos flancos de los mismos cubiertos. Era habitual disponerlo con la frente hacia el enemigo de manera que el cuerpo de infantería, en el grueso de la banda horizontal, protegiendo a los arcabuceros, se ensanchara por sorpresa ante el enemigo.

Frente

p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p
p p p p p p

3. Escuadrón en forma de “u” invertida: también utilizado para atacar al enemigo pero con dos flancos laterales que, si es necesario, pueden abrirse hacia fuera o replegarse hacia el interior de la disposición.

Frente

p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p

Finalmente se especifican aquí dos tipos de escuadrones más apropiados para las marchas o el establecimiento del campamento por la protección que disponen alrededor del bagaje transportado.

4. Escuadrón que llaman “cornudo”.

p p p p p p p p p p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p *bagaje* p p p p p p p p p p p
p p p p p p p p p p p p p p p p p p p

p p p

APÉNDICE F: RETRATOS DE CARLOS V



Figura 1. *Carlos I rey de España*, Hans Weiditz, Albercht Dürer, 1519, Biblioteca Nacional de España, IH/1709/1.



Figura 2. *Retrato de Carlos I*, 1558, Biblioteca Nacional de España, IH/1709/127.

APÉNDICE G: GRABADOS DE LOS AUTORES ÉPICOS



Figura 1. Grabado utilizado en las ediciones de 1569 y 1474 de *La Araucana*.





Figura 2. Grabado de los ejemplares de la Segunda Parte de 1578, 4º.

Figura 3. *Primera y Segunda parte* de las ediciones de 1578, 4º, 8º[126].

[126] Para conocer las variaciones de los grabados del retrato de Alonso de Ercilla, véase Canseco, Luis Gómez, «El retrato de Alonso de Ercilla en *La Araucana*: variantes y función», *Lemir*, 23 (2019), pp. 255-262.



Figura 4: Retrato de Juan Rufo Gutiérrez en *La Austríada*, Madrid, Alonso Gómez, 1584.



Figura 5. Retrato xilográfico de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, *La Mexicana*, Madrid, Francisco Aldana, 1594.



Figura 6. Retrato xilográfico de Pedro de Oña en *Arauco domado*, Lima, Antonio Ricardo de Turín, 1596.



Figura 7. Retrato xilográfico de Antonio Saavedra de Guzmán, *El Peregrino indiano*, Madrid, Madrigal, 1599.

APÉNDICE H: FECHTBUCH



Figura 1. Fechtbuch, Hans Talhoffer, 1467, p. 5.



Figura 2. Fechtbuch, Hans Talhoffer, 1467, p. 82.



Figura 3. Fechtbuch, Hans Talhoffer, 1467, p. 106.



Figura 4. Fechtbuch, Hans Talhoffer, 1467, p. 203.

APÉNDICE I: *LIBRO DE ESGRIMA*

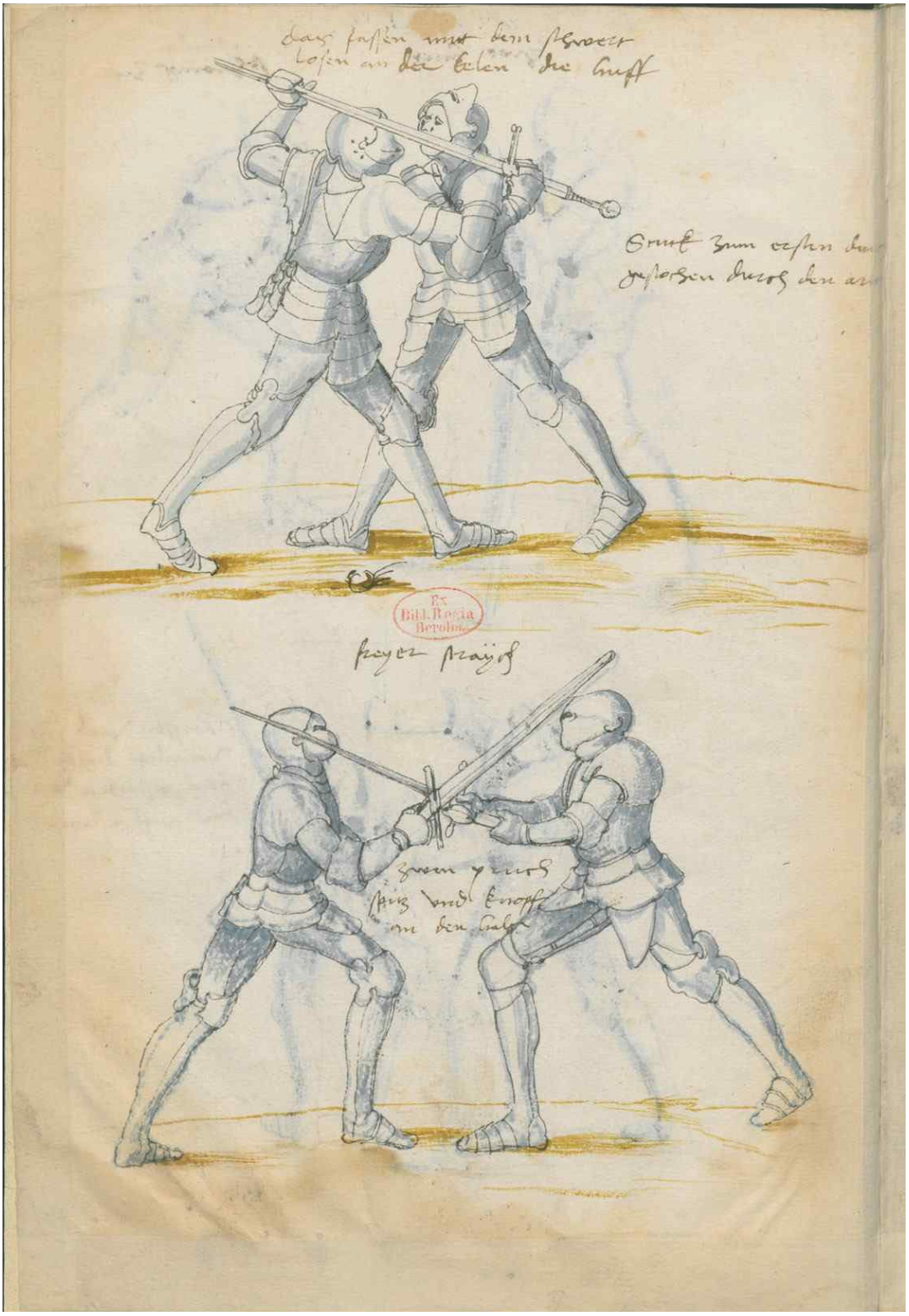


Figura 1. *Libro de esgrima*, f. 1r.

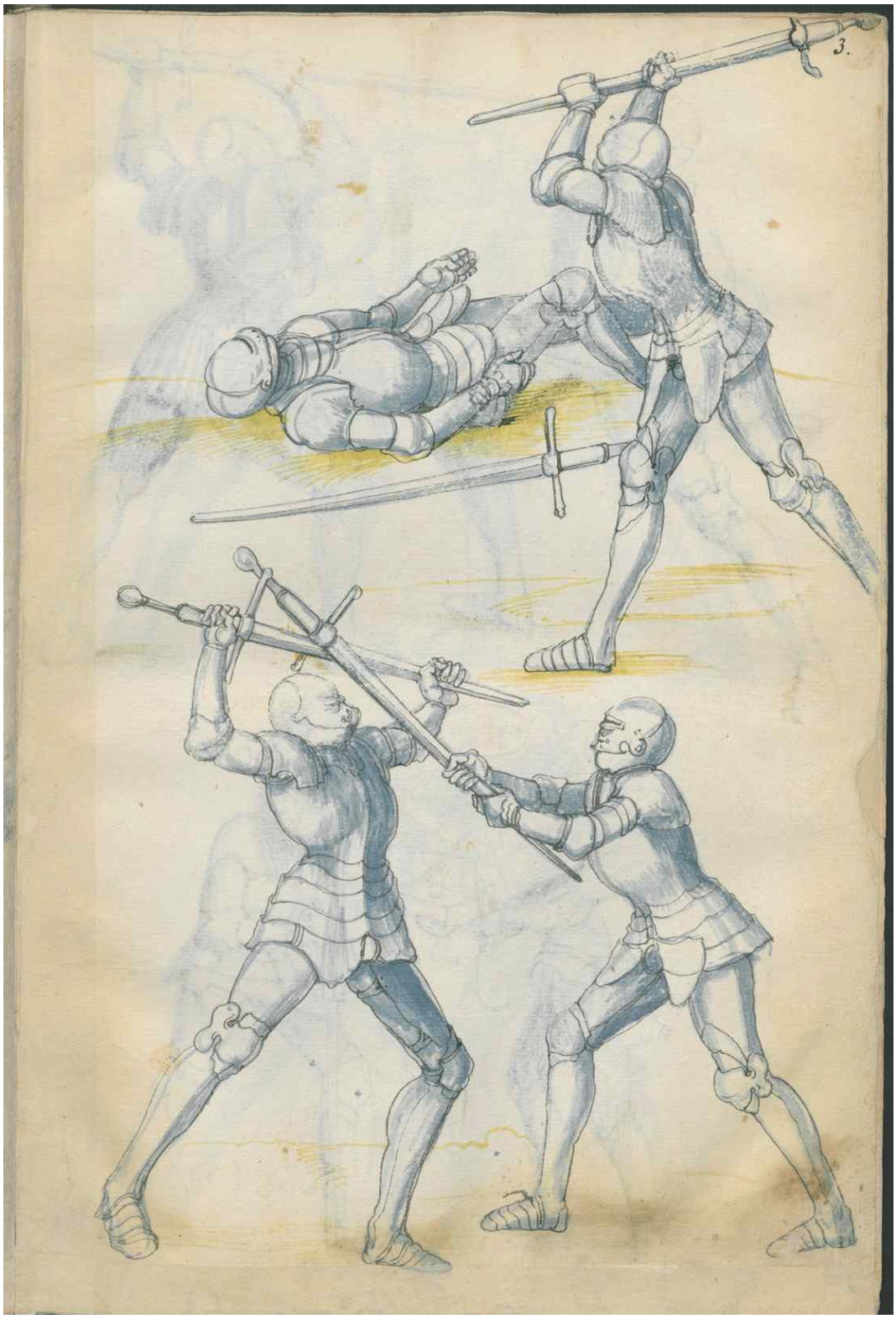


Figura 2. *Libro de esgrima*, f. 3r

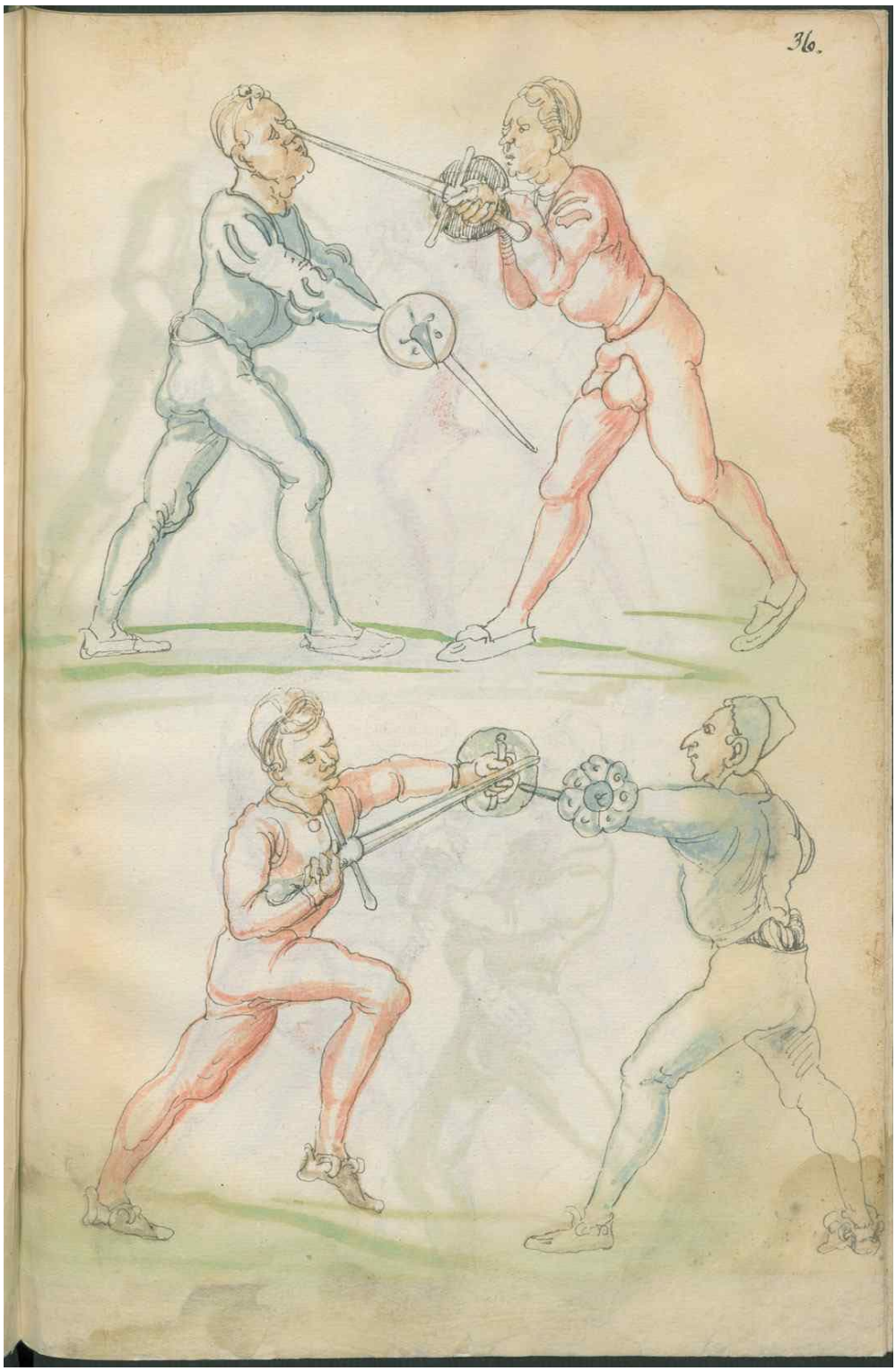


Figura 3. *Libro de esgrima*, f. 36r.

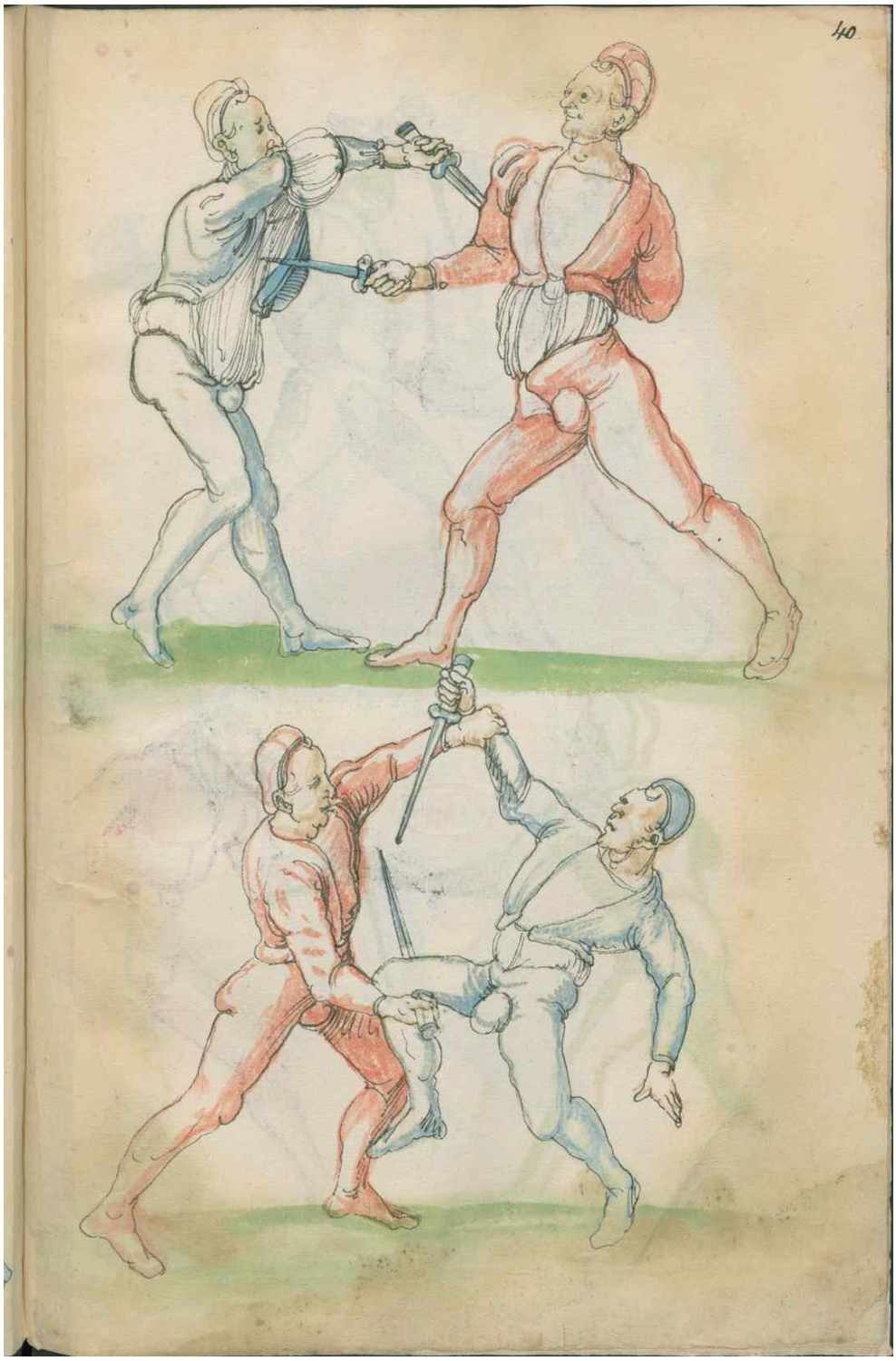


Figura 4. *Libro de esgrima*, f. 40r.

APÉNDICE J: *DISCURSO SOBRE LA FORMA DE REDUCIR LA DISCIPLINA MILITAR A MEJOR Y ANTIGUO ESTADO*

Conjunto de estatutos extraídos de Londoño, Sancho, *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*, ed. Ministerio de Defensa, Madrid, Ministerio de Defensa, 1993, pp. 56-62.

[…] Porque el blasfemar de Dios, y jurar su santo nombre en vano es grandísimo pecado, ningún soldado reniegue ni blasfeme, so pena por la primera vez (56) de treinta días de prisión. […] Que ningún soldado juegue a juegos ilícitos, que provocan a reniegos, blasfemias, y juramentos, so las penas en el precedente capítulo. […] Que ningún soldado tenga en casa mujer sospechosa so pena al que fuere oficial de perder el oficio, y al que aventajado la ventaja, y al de sueldo sencillo, de ser privado de él por tiempo preciso o voluntad. […] Porque de usar intemperadamente el vino, vienen los hombres a convertirse en fieras, y con el calor osan decir palabras bastantes a motines, y a nuevas sectas y opiniones, ningún soldado beba, de manera que se emborrache, so pena de ser castigado por infame, con bando que publique su falta. […] Que ningún soldado entre en taberna, o bodegón público a comer, ni a beber […] Porque gran parte, de la soldadesca buena consiste en que los soldados tengan camaradas, de las cuales procede poderse sustentar con el sueldo mejor que estando cada uno de por sí, y así mismo grande amistad, con otras muchas utilidades. […] Porque Dios manda no tocar a sus ungidos, que ningún soldado ponga las manos en ningún sacerdote o religioso, ni le trate mal de palabra, so pena de ser castigado conforme a la calidad del delito. […] Que ningún oficial aloje persona alguna en Iglesia, monasterio, ni hospital, ni en casa o granjas a ellos pertenecientes, so pena de ser privado del oficio. […] Que ningún solado de su propio modo entre a alojar en Iglesia, monasterio. […] Que ningún soldado toque ni tome cosa sagrada ni perteneciente a Iglesias, monasterios, y hospitales, so pena de pagar lo que tomare, o robare con las setenas, y ser castigado corporalmente, según la calidad del delito lo requiere. […] Porque la gente de guerra se entretiene para no permitir agravios, y para amparar los flacos y afligidos, que ningún soldado haga fuerza a mujer, so pena de la vida, especialmente en pueblos rendidos, o tomados por asalto, que en tales partes la fuerza es mayor, pues se debe creer, que por el miedo de muchos condescienden a la voluntad de los que las requieren. […]Que ningún

soldado mate mujer, niño, viejo, ni persona inhábil, aunque sea la furia del vencer. […] Que todos los soldados se confiesen al menos una vez en el año, al tiempo que lo tiene ordenado la santa madre Iglesia. […] Que todos los Capitanes y oficiales tengan especial cuidado, de entender si algunos soldados de sus compañías dejan de condesarse, y por qué, y su por su amonestación no se quisieren confesar, avisen a sus Maestros de Campo, para que por bando público los destierren de las compañías, y den aviso a los oficiales del sueldo, para que no los asienten en otras. […] Que ningún soldado después de recibido por el Capitán, aprobado y asentado por los oficiales del sueldo, no mude compañía sin licencia en escrito de su Capitán, vista y confirmada por el Maestro de Campo, especialmente para ir a otros tercios. […] Que ningún soldado salga a hacer noche fuera del ejército, o lugar dónde estuviere su bandera, sin llevar en escrito licencia de su Capitán, en la cual se diga dónde va, y los días que ha de estar ausente, so pena si fuere aventajado, de perder la ventaja, y si de paga sencilla el sueldo de un mes, o más, y en las mismas penas incurran los que no volvieron dentro del tiempo en las licencias. […] Que ningún soldado juegue sobre la ropa de vestir, no sobre la palabra, so pena de no ser pagado el que ganare, y de ser el que perdiere, puesto en prisión precisa, o voluntaria. […] Que ningún soldado deje de presentarse a las muestras contadas las armas, que por orden del Capitán estuviere obligado a servir, propias, enteras, y bien aderezadas, so pena que le sea entretenido el sueldo o ventaja que tuviere particular, o por razón de coselete o arcabuz, y no se le sea vuelta hasta que tengan las dichas armas y sirva con ellas. […] Que los capitanes señalen las ventajas de arcabuceros, a hombres diestros y prácticos, y asentados en los libros del sueldo, no se las pueden quitar de su propio modo, y sin causa bastante, de lo cual conste al Maestro de Campo, para que con su decreto se quite. […] Que todos los soldados al pasar las muestras tengan a los oficiales del suelo el respeto debido. […] Que ningún soldado pase plaza en nombre ajeno, so pena de galera por tiempo. […] Que si algún soldado sobre la orden y servicio de su Majestad hiriere a algún oficial, especialmente su superior, muera por ello. […] Que si algún soldado queriéndole los oficiales castigar por faltas o desórdenes, pudiéndose desviar pusiere mano a la espada y esperare, sea castigado. […] Que si algún soldado por cosas no tocantes al orden, ni al servicio de su Majestad y especialmente por juegos, pusiere mano e hiriere a algún oficial, sea castigado arbitrariamente. […] Que cualquier oficial inferior obedezca y respete al sugerir en todas las cosas tocantes al orden y servicio de su Majestad, aunque no sean sus propios Maestros de Campo. […] Que ningún soldado impida a los ministros de justicia ejercitar sus oficios

so pena de la vida […] por excusar vagabundos y muchos desórdenes e inconvenientes, que de andas en los ejércitos hombres sin sueldo se siguen y porque los espías no anden con seguridad, se debe mandar que ninguna persona ande con el ejército sin tener sueldo asentado en los libros de él. […] Que ningún soldado ni otra persona, habiendo enemigos en campaña, ande en el ejército sin cruz o banda roa cosida […] Que ningún soldado ni otra persona trate no hable con enemigo alguno especialmente en secreto, so pena de la vida. […] Que si algún soldado entendiere que otro sirve de espía o trata con los enemigos, y no lo descubriere a su superior, incurra en la misma pena principal… […] Que no haya juntas secretas ni corrillos públicos, porque en los tales se fabrican los motines. […] Que cualquier persona que hiciere o fijar carteles, o dijere palabras escandalosas, de las cuales puede causarse tumulto o motín, muera por ello sin ser oído. […] Que nadie tome ni compre vitualla alguna fuera de las plazas que para venderlas fueren señaladas. […] Por evitar diferencias entre naciones, se debe mandar que ningún soldado juegue con otro de diferente nación. […] Que ningún soldado dentro ni fuera del campo, tome ni quite cosa alguna a soldado o persona alguna, especialmente de otra nación. […] Porque serviría de poco haber asentado el campo en sitio salubre, con todas las partes que en su lugar está dicho, si después se infectase el aire con las inmundicias… […] Que las personas disputadas para sacar del campo las bestias muertas, tengan especial cuidado de sacarlas y quemarlas… […] Que ningún soldado ni otra persona ponga tienda ni haga rancho fuera del campo, ni del cuartel que por su Furriel le fuere señalado… […] Que ningún soldado por pendencia nueva desafíe a otro, so pena de la vida al provocante y destierro al provocado, si saliere pudiéndolo excusar sin nota de infamia. […] Que ningún soldado, junte cuadrilla, ni ande en ella en el ejército o presidio. […] Que si algún Capitán u oficial echare mano para castigar algún soldado, dijere muera, o matadle, piedra la compañía, o el oficio, aunque no se siga lo que él dijo. […] Cuando algún Capitán u oficial echare mano para castigar algún soldado, ninguna otra persona eche mano […] Que si alguna vez por primeros movimientos, que no son en mano de los hombres, echaren dos mano a las espadas, los presentes los separen y metan en paz sin favorecer ni ayuda a ninguno de ellos […] Que adonde quiera que se hubieren de llevar banderas a las guardias, vayan los Capitanes, oficiales y soldados con todas sus armas en orden […] Que durante el tiempo de la guardia, y estando en ella la bandera, estén los Capitanes y oficiales, y no permitan que los soldados la dejen sin su licencia, ni por cosa inexcusables […] Que ningún soldado deje la centinela, so pena de la vida, ni se aparte del lugar donde la hubieren sus oficiales puesto a hacerla,

ni se siente, so pena del castigo que le puedan dar los oficiales infraganti, que hallándole durmiendo se puede extender a la vida. […] Que todas las veces que se tocare alguna alarma, salgan las banderas, Capitanes, oficiales y soldados con grandísima diligencia a las plazas para ello señaladas. […] Que sin con grandísima presteza no se pudieren poner las armas defensivas, ni las pudieren llevar a ponérselas en el escuadrón, salgan con las ofensivas, porque podría ser invasión repentina, que requiere presto resistencia. […] Que ningún soldado ni otra persona dé alarma falsa sin orden del que se la pudiere dar. […] Que todos los soldados acudan a su bandera con gran diligencia en comenzando a recoger los tambores. […] Que ningún soldado caminando, o estando en escuadrón, salga del orden, ni deje la hilera donde los oficiales le hubieren puesto, sin necesidad inexcusable […] Que ningún soldado sin legítimo impedimento deje de llevar en orden todas las armas con que estuviere obligado a servir […] Que ningún soldado vaya con las mujeres, ni con el bagaje sin licencia en escrito, de quien se la pudiere dar […] Que todos los soldados caminando, y en los escuadrones obedezcan a cualquier oficial en cuanto a guardar orden y lugar, aunque no sean sus Capitanes, Alfereces ni Sargentos […] Que ningún soldado vaya a reconocer campo, o fortaleza ni otra cosa sin orden del que se la pudiere dar […] Que ningún soldado provoque a enemigo, ni provocando salga a singular combate, sin licencia de quien se la pudiere dar. Que ningún oficial ni soldado trate escaramuza, sin orden del que se la pudiere dar. […] Porque rindiéndose a pacto, o concierto cualquier plaza, ciudad, villa, castillo, o fuerte, está sola protección de la Majestad Real, y de su Capitán General, ningún soldado entre a saquear, ni a tomar cosa alguna sin orden, so pena de la vida, ni se llegue a sus fosos, o muros, porque no es casa de desorden. […] Que ningún soldado ni otra persona vaya a correr sin orden y licencia de quien se la puede dar. […]Que todo lo que por orden se trajere de correrías, se presente a los superiores, que hubieren dado licencia para las tales correrías, so pena a los que lo encubrieren o defraudaren… […] Que ninguna persona vaya a saco mano sin orden […] Que ningún soldado grite ni hable en el orden y escuadrón más de lo inexcusable, y que en tales lugares es lícito, so pena de ser sacado de la hilera vergonzosamente, y si fuere incorregible, privado del sueldo y desterrado como infame, por violador de la modestia. […] Porque parándose los soldados a despojar a los caídos, suelen dejar de seguir la victoria, y revolviendo los enemigos a verla, se debe mandar, que ningún soldado ni otra persona pare a despojar a los caídos, ni desvalijar el bagaje, mas siga hasta el fin la victoria, so pena de la vida […] Que todo lo que se ganare de los enemigos se reduzca a un montón, para que sea repartido por fieles

entre todos, según el cargo, y sueldo de cada uno. […] Sea verdadero, y procure entender el arte, y observar la buena disciplina militar, mejor que ninguno de sus inferiores. Con esto aunque los castigue las faltas y errores, será muy amado de ellos, y merecerá que el General le mejore de cargo, y que el Rey le haga merced. Todo lo dicho del Capitán particular y mucho más se ha de entender del General, a quien importa más que todos.

APÉNDICE K: *LIBRO DE ARMAMENTO DEL EMPERADOR MAXIMILIANO I*

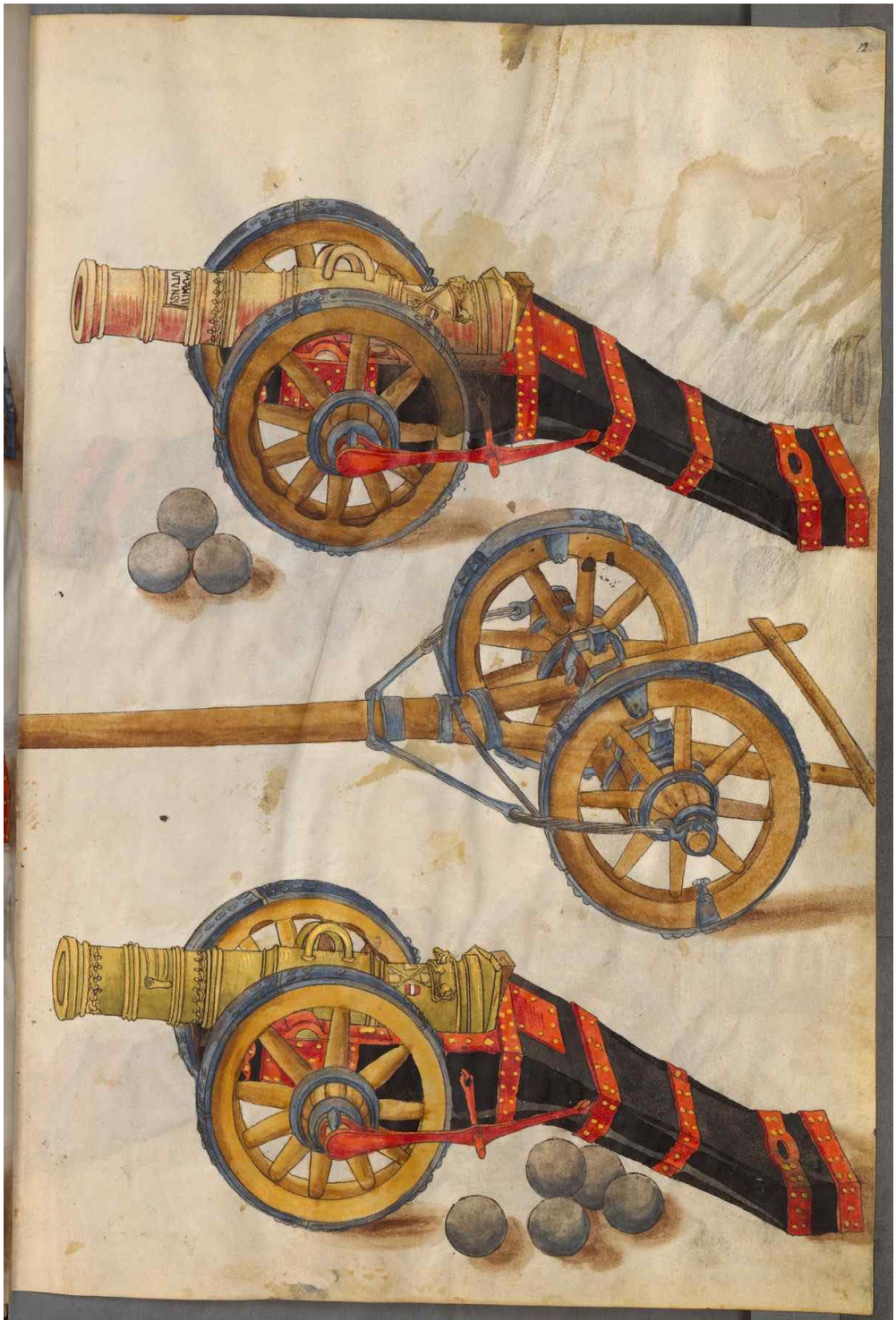


Figura 1. *Libro de armamentos del emperador Maximiliano I*, p. 12.



Figura 2. *Libro de armamentos del emperador Maximiliano I*, p. 61.

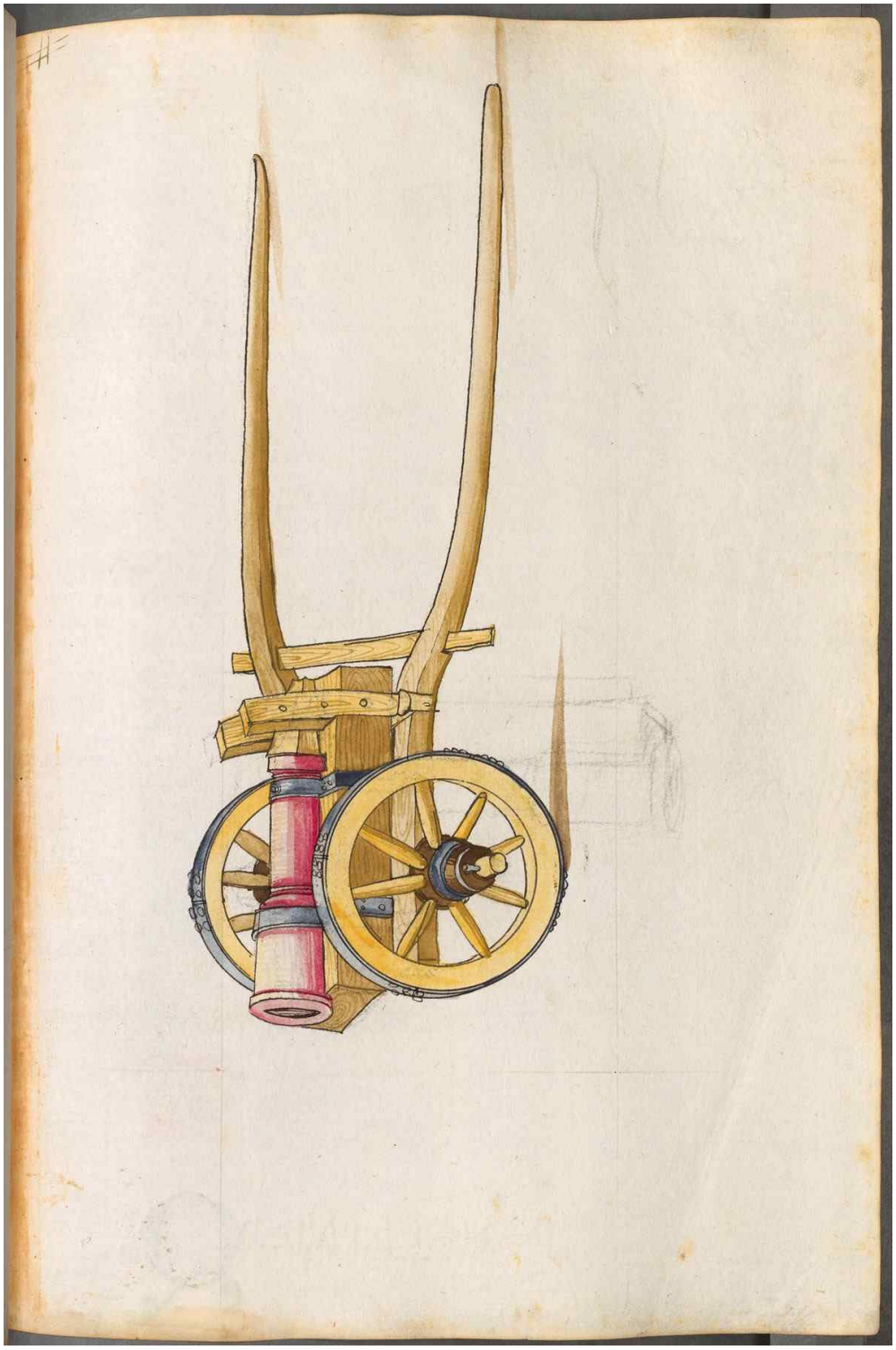


Figura 3. *Libro de armamentos del emperador Maximiliano I*, p. 192.

APENDICE L: *MANIEMENT D ' ARMES D ' ARQUEBUSES , MOUSQUETZ , ET PIQUES*



Figura 1. «Tenez bien l'Harquebuse sur l'épaule, et marchez», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 5.



Figura 2. «Prenez l'Harquebuse de dessus l'épaule», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 7.



Figura 3. «Tirez», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 13.



Figura 4. «Tournez l'Harquebuse», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 43.



Figura 5. «Chargez l'Harquebuse», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 49.



Figura 6. «Marchez avec la fourchette en la main», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 91.



Figura 7. «Mettez la mèche sur le serpentin», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 99.



Figura 8. «Tenez le Mousquet et énouiez», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 109.



Figura 9. «Portez la pique haut», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 175.



Figura 10. «Remettez ou plantez la Pique», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques* p. 177.



Figura 11. «Remettez ou plantez la Pique», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 197.



Figura 12. «Baissez ou présentez la Pique», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 201.



Figura 13. «Posez la Pique contre le pied droit, et tirez l'épée», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 223.



Figura 14. «Porter la rodelle», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 249.



Figura 15. «Apprêtez votre Rondelle pour la Pique», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 259.



Figura 16. «Présentéz vos Piques», «Présentéz vos Piques», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 265.



Figura 17. «Mettez votre épée entre la Rondelle et l'épaule gauche», *Maniement d ' armes d ' arquebuses , mousquetz , et piques*, p. 289.

APÉNDICE M: *LIENZO DE TLAXCALA*

El denominado *Lienzo de Tlaxcala* se trata de un códice colonial de mediados del siglo XVI elaborado a petición del cabildo de la ciudad en el que se muestran, a lo largo de las 48 escenas que lo componen, diferentes acontecimientos de la conquista de Méjico. Contiene leyendas en lengua náhuatl y española, y únicamente se conserva una reproducción de 1773 elaborada por Juan Manuel de Yllanes. A continuación, se presenta en este anexo una selección de los fragmentos estrechamente ligados con los acontecimientos que se narran en los poemas épicos mencionados, desde la entrada de Cortés en Tenochtitlán y la predicación del Evangelio o el Bautismo de algunos indios, hasta aquellos sucesos relacionados directamente con la actividad militar o bélica. Destaca sobre todo la presencia de las diferentes armas, tanto tlaxcaltecas como españolas, así como el uso y simbolismo de las mismas. Ejemplo de ello es la presencia de Cortés a caballo en la lucha, o la portabilidad de la espada, mientras que la artillería representada es siempre gruesa (cañones o culebrinas).

Las traducciones literales de las leyendas en lengua náuhtl de las imágenes han sido extraídas de la obra de Antonio Espino López (2021).

.



Figura 1. *Tecoacinco*. Imagen en la que se observa a Cortés y a Malinche en su función de traductora entre mexicas y españoles mientras intercambian regalos de paz.



Figura 2. *Icmonavatecque-Talxcalla* («Abrazo en Tlaxcala»). En la imagen se observa el momento en que Cortés llega a Tlaxcala. En un segundo plano, la cuz y Malinche en su función de traductora junto a fray Bartolomé de Olmedo que porta un estandarte. En la zona de los mexicas se observa un bosquejo de unas picas, mientras que Cortés porta la simbólica espada.



Figura 3. *Yemoquayatequique tlatoque* («Ya se bautizaron»). El clérigo Díaz bautiza a Xicoténcatl y a otros señores mexicas. En la zona superior aparece una imagen de la Virgen con el niño y Cortés, sentado, sostiene un crucifijo. En un tercer plano aparecen otra vez armas de guerra como las picas.

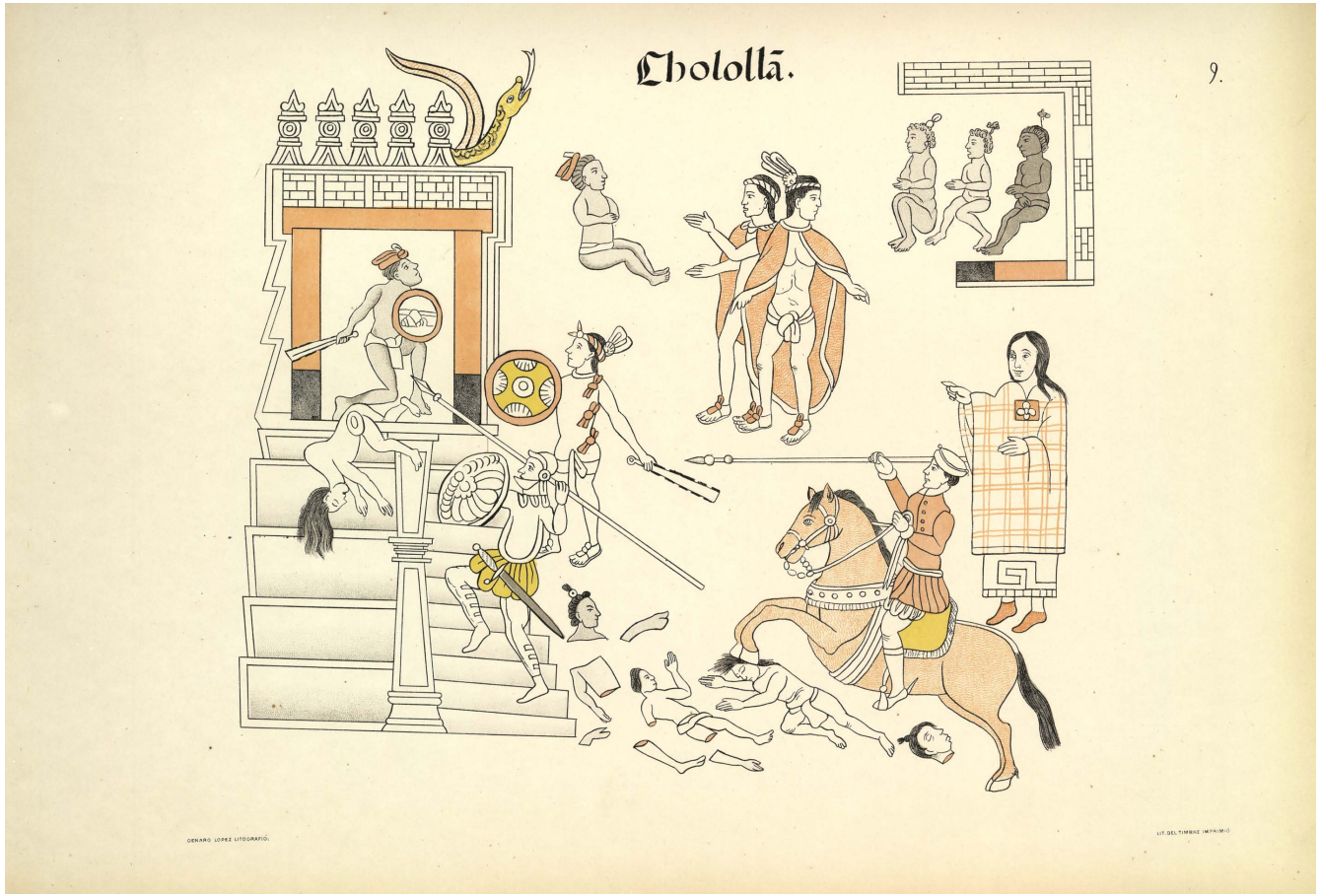


Figura 4. *Cholula*. En la imagen se hace referencia la matanza de Cholula. En ella se observa la crueldad de la misma a través de los cuerpos desmembrados, así como las armas: picas, rodelas, escudos, mazas, armaduras defensivas y caballos (en el caso de los españoles) empleadas en la lucha.



Figura 5. *Tenochtitlan*. En el lienzo se observa una escena pacífica entre méxicas (Moctezuma), y españoles (Cortés, Malinche). En la zona inferior se aprecian los víveres y regalos que les daban a los españoles con la finalidad de ganar su amistad.

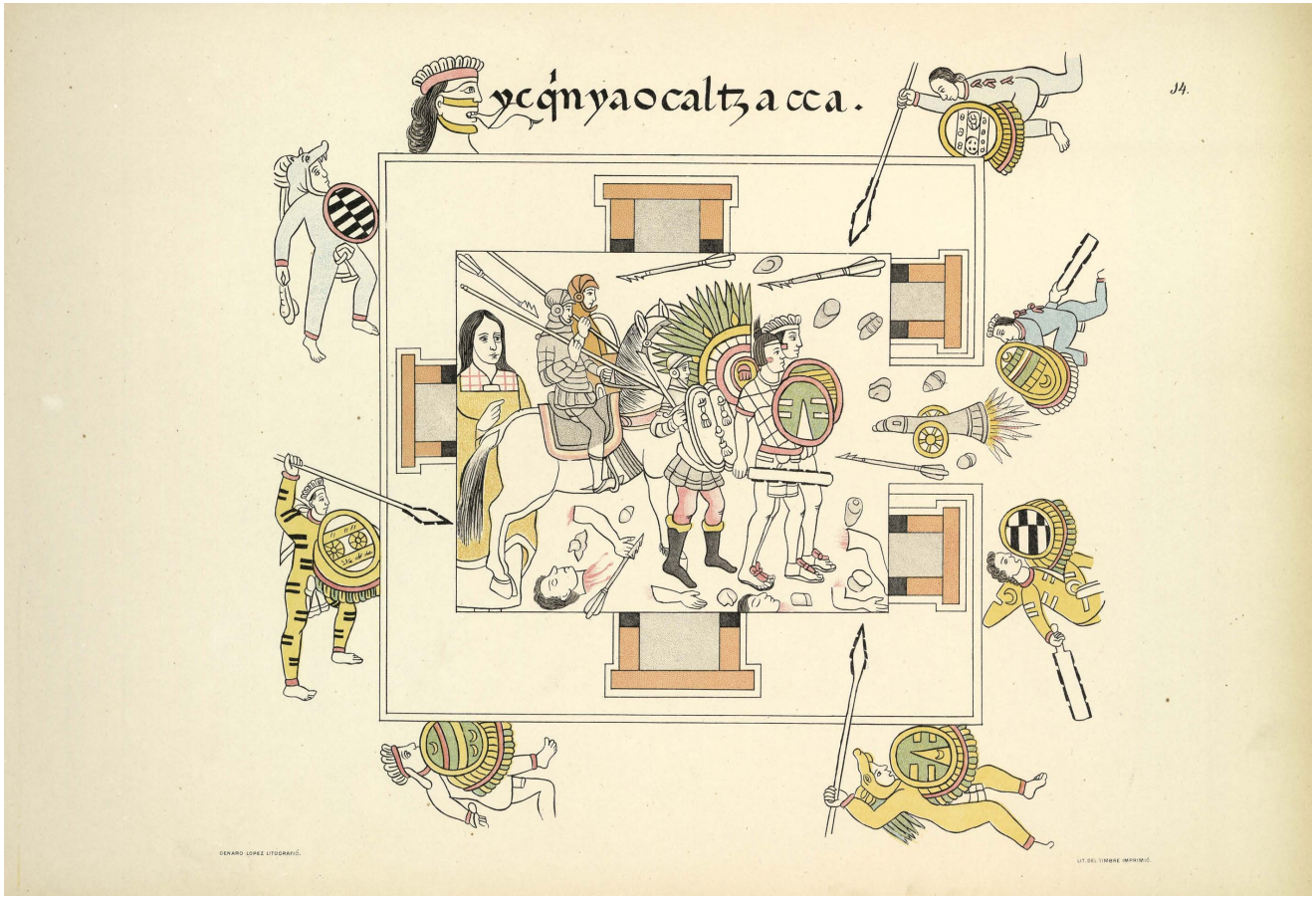


Figura 6. *Icquintaocaltzacca* («Ya los habían encerrado en la casa con guerra»). Se aprecia en el lienzo el cerco que hicieron los mexicas a los esapñoles en su cuartel en Tenochtitlán. En el centro el cuartel de los españoles, defendiéndose con artillería gruesa colocada en la entrada de los asaltantes frente a las piedras y flechas con que éstos los atacan a su vez.



Figura 7. *Yepeuhque yaoyotl ychan Motecuigoma* («Ya empezaron la guerra en la casa en que está Moctezuma»). Sitiado Cortés en su cuartel, es atacado por mexicas con flechas y piedras. En la escena se vuelven a apreciar las diferentes armas que portaba cada bando.



Figura 8. *Toltecaacalotlu ypan oncan micovac* («En la cortadura llamada Toltecaacalotli, allí son muertos»). Se representa en el lienzo la salida de Tenochtitlan de los españoles y tlaxcaltecas aliados en la Noche Triste por la calzada de Tlacopan. En ese momento es atacado Cortés por lados del camino. Aparece dibujado el ahogamiento de numerosos tlaxcaltecas y cómo un español logra cruzar a la otra orilla.

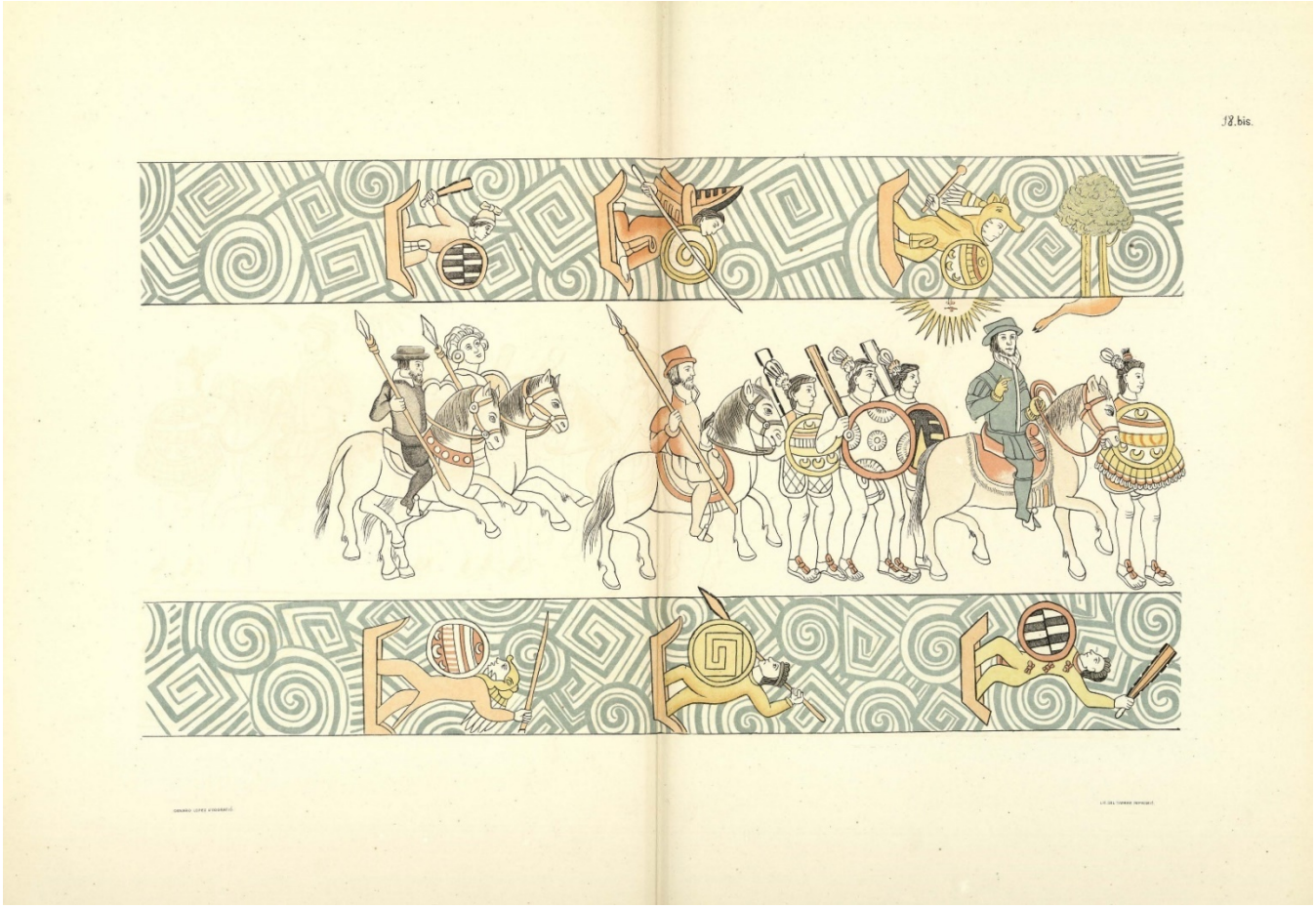


Figura 9. Mientras Cortés y un jefe tlaxcalteca a caballo huyen por la calzada de Tlacopan en Tenochtitlán, Alvarado y otros españoles son atacados por un grupo de tlaxcaltecas desde el agua.

APÉNDICE N: BATALLA POR TENOCHTITLÁN

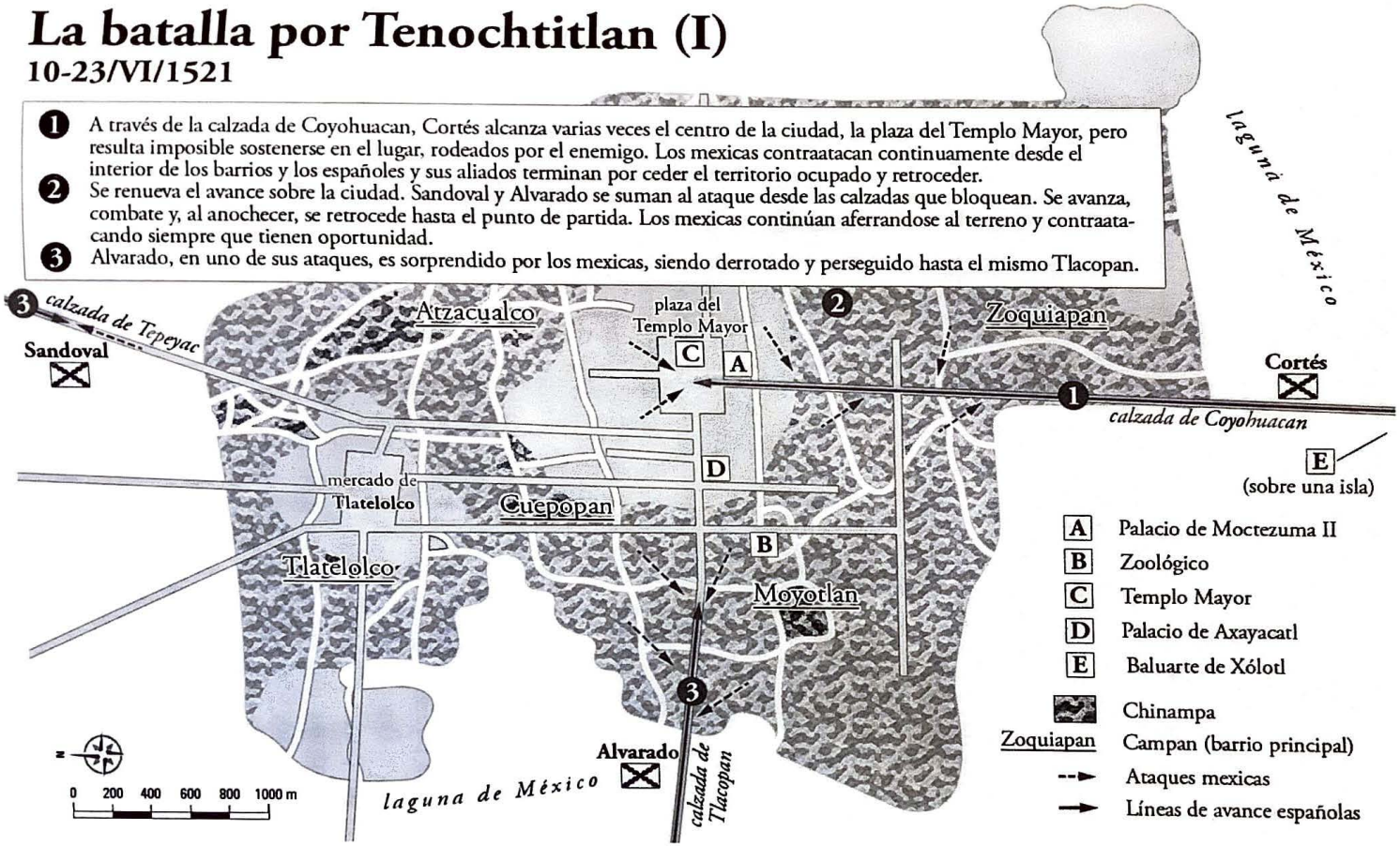


Figura 1. Reproducción de la batalla por Tenochtitlán. Fuente: Espino López (2020).

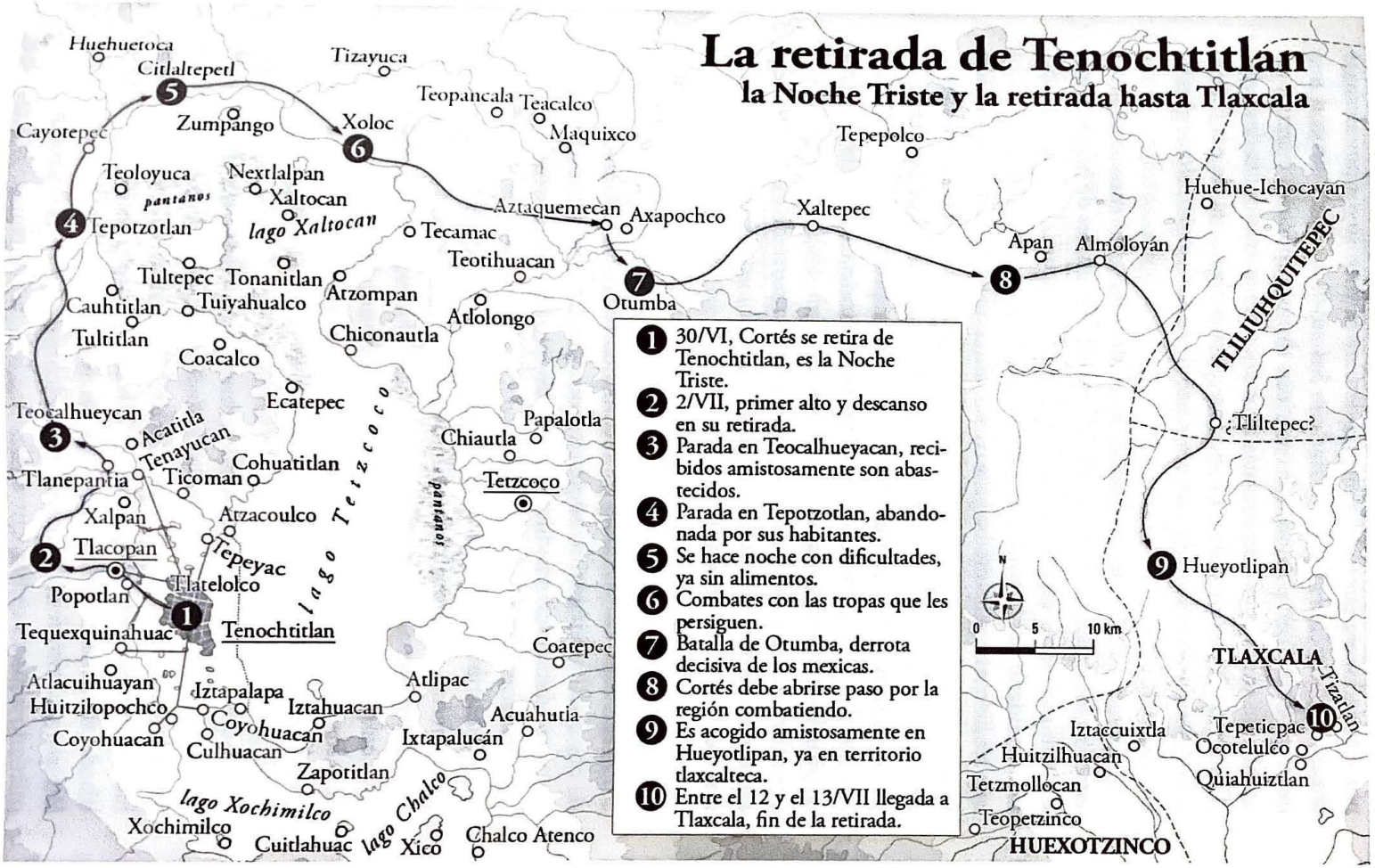


Figura 1. Reproducción de la retirada de Tenochtitlán en la Noche Triste por las tropas españolas. Fuente: Espino López (2020).

APÉNDICE O: MAPAS DE LA CIUDAD DE FAMAGUSTA



Figura 24. Famagusta, ciudad de Chipre, 1572. Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987 (6592).

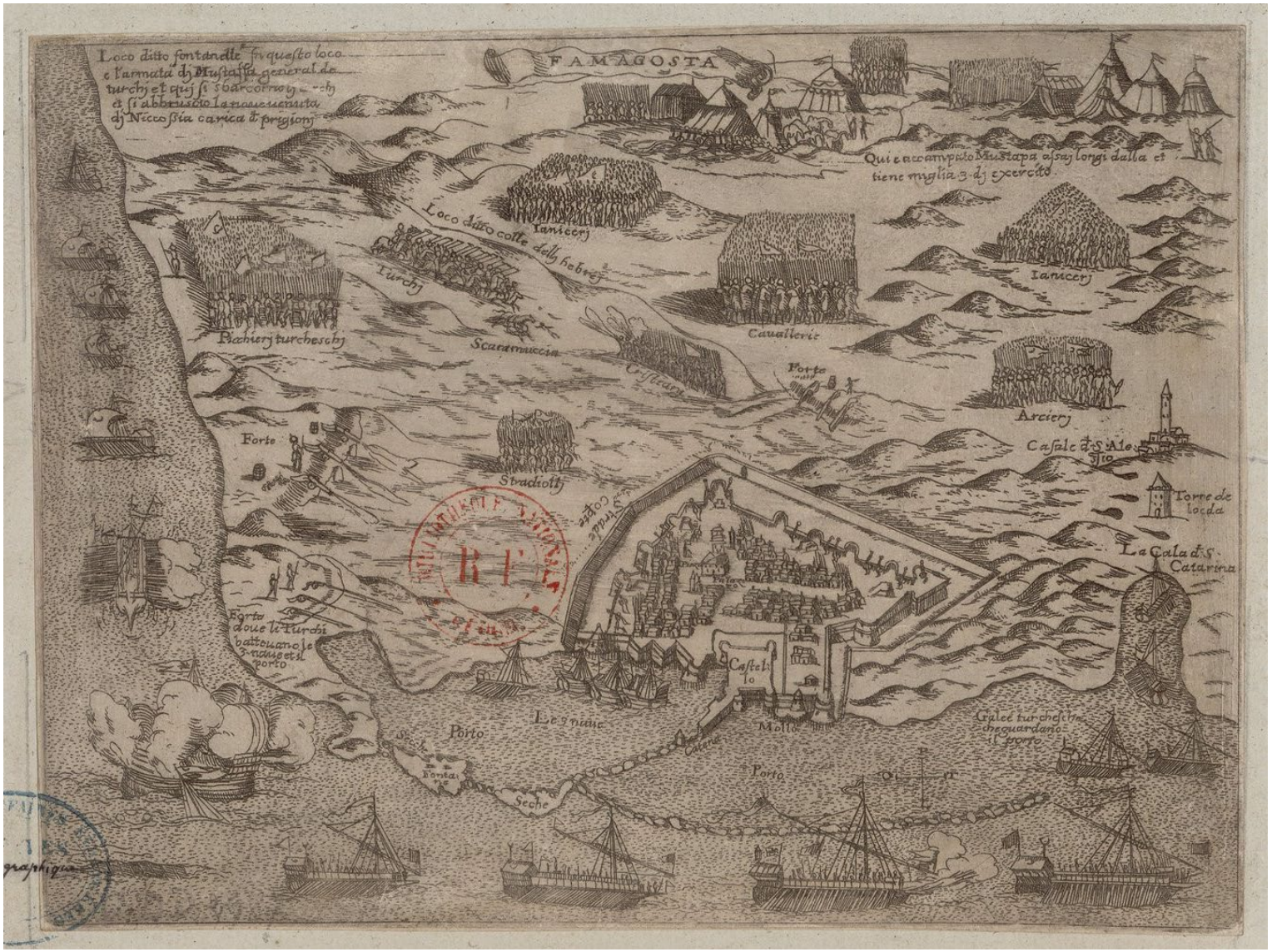


Figura 25. Grabado de la ciudad de Famagusta y la fortaleza italiana en la isla de Chipre asediados por el turco en 1571. Bibliothèque nationale de France, département Cartes et plans, GE DD-2987 (659).

APÉNDICE P: GRABADOS DE *LA FELICISSIMA VICTORIA*

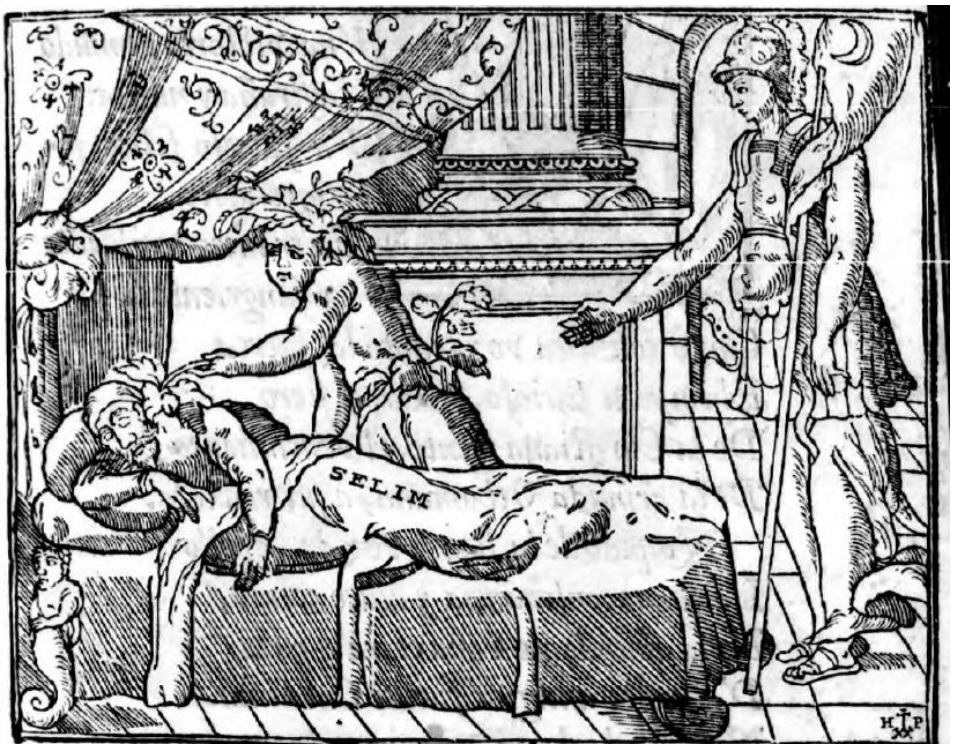


Figura 1. *Felicissima victoria* (1578), ilustración del canto I.

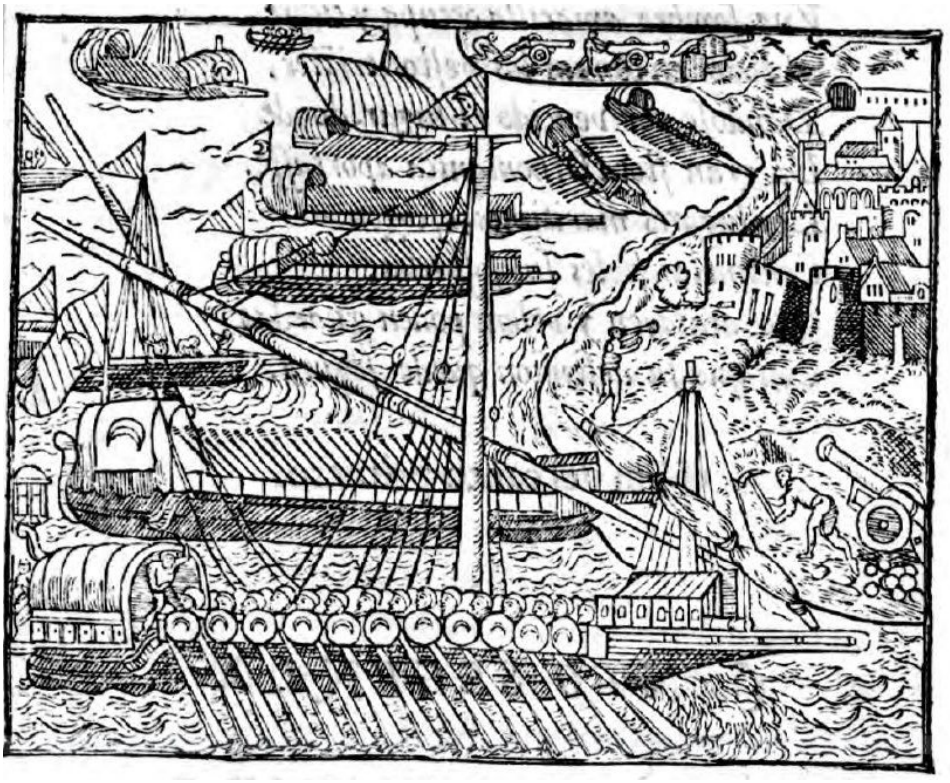


Figura 2. *Felicissima victoria*, ilustración del canto II.



Figura 3. *Felicissima victoria*, ilustración del canto III.



Figura 4. *Felicissima victoria*, ilustración del canto IV.



Figura 5. *Felicissima victoria*, ilustración del canto V.



Figura 6. *Felicissima victoria*, ilustración del canto VI.



Figura 7. *Felicissima victoria*, ilustración del canto VII.



Figura 8. *Felicissima victoria*, ilustración del canto VIII.

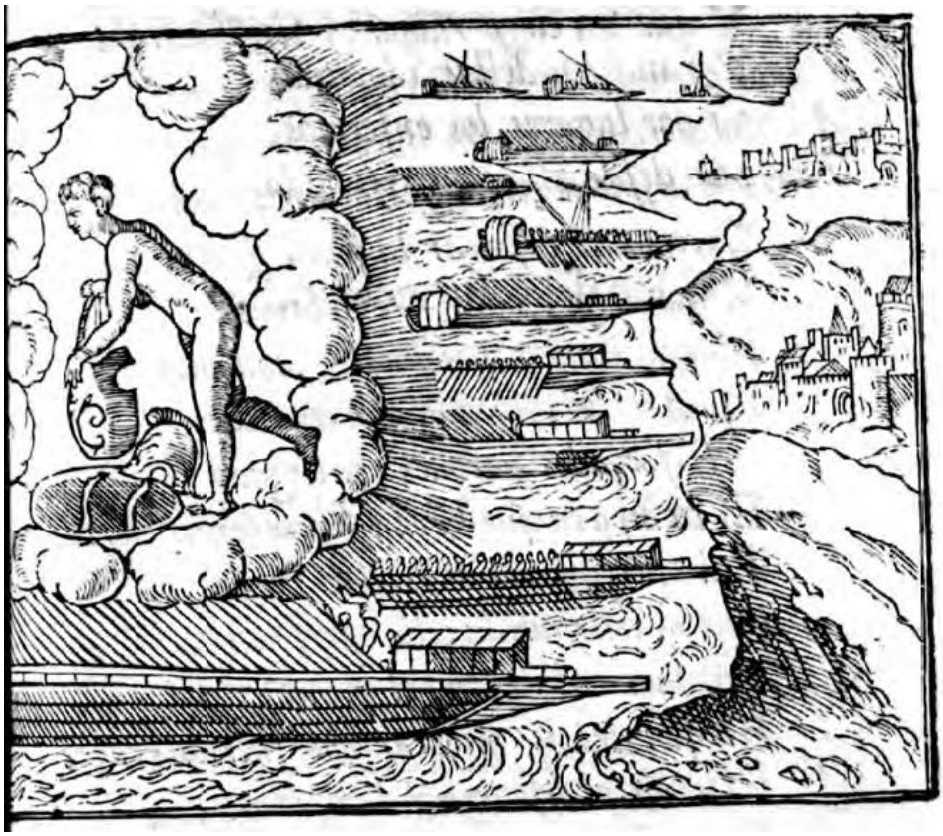


Figura 9. *Felicissima victoria*, ilustración del canto IX.

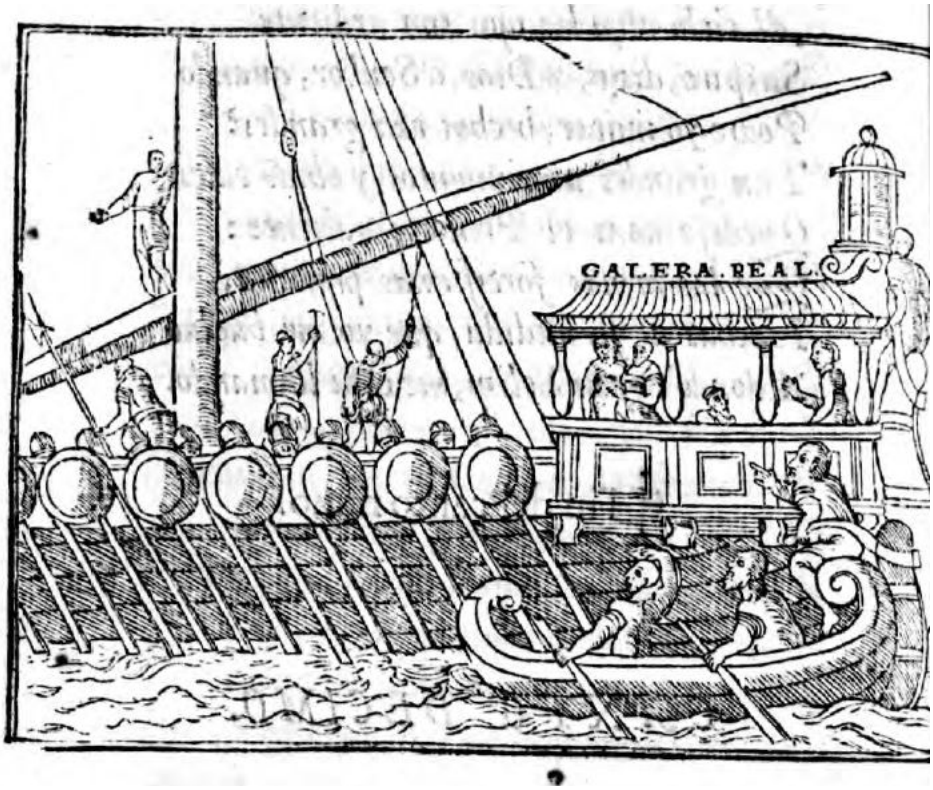


Figura 10. *Felicissima victoria*, ilustración del canto X.

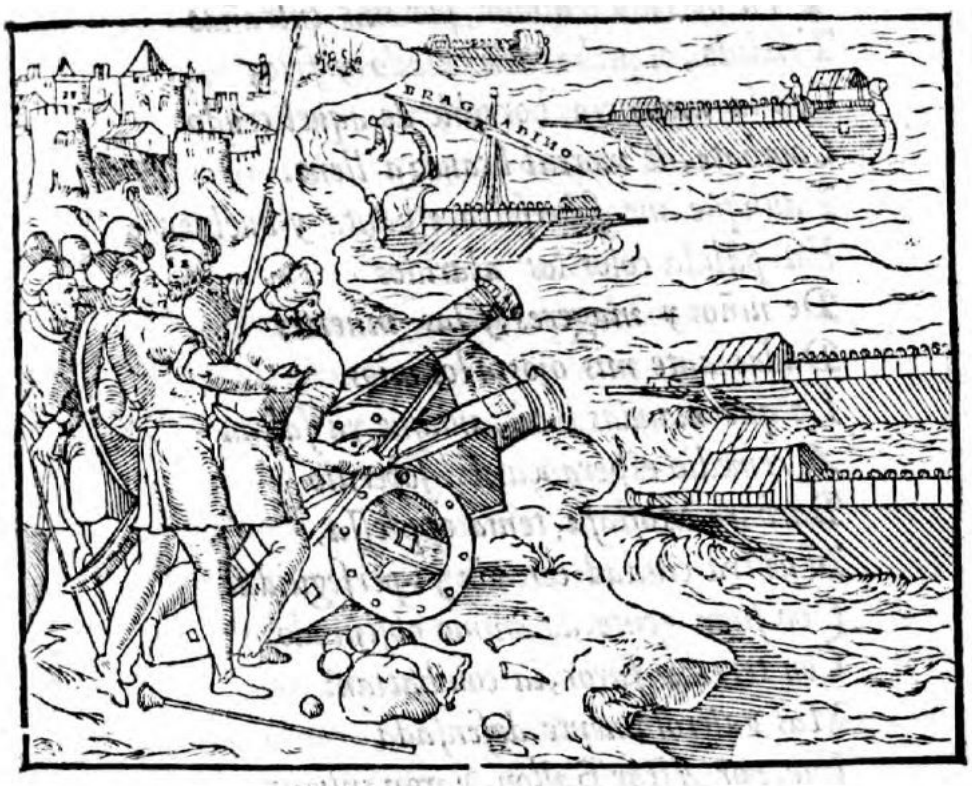


Figura 11. *Felicissima victoria*, ilustración del canto XI.

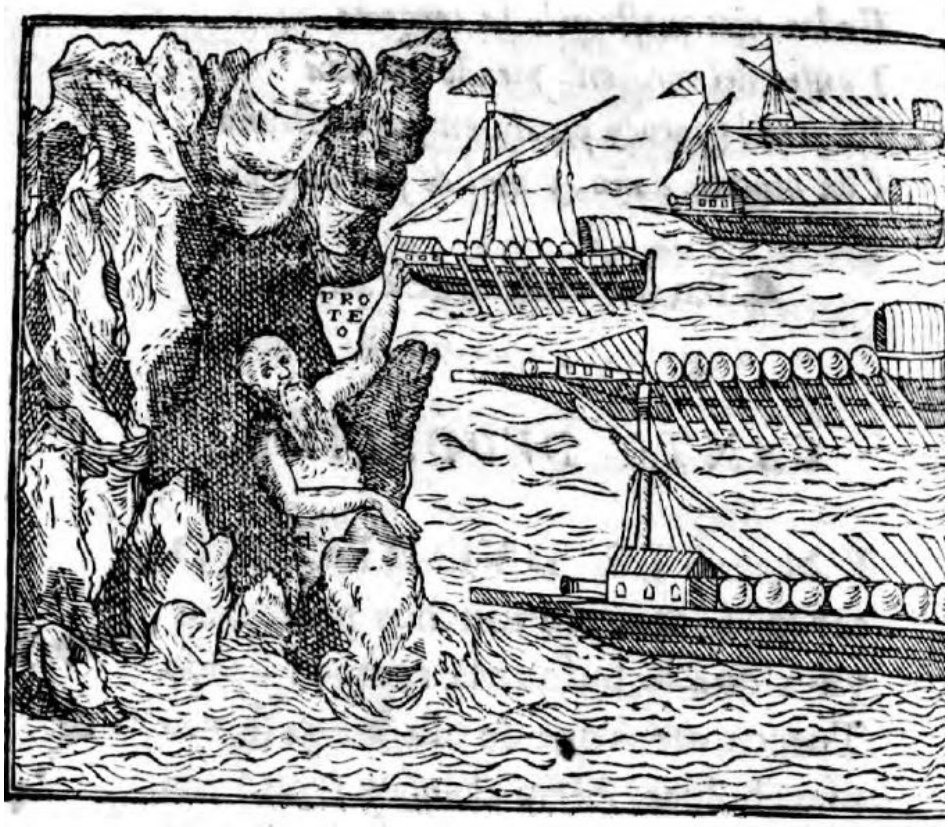


Figura 12. *Felicissima victoria*, ilustración del canto XII.

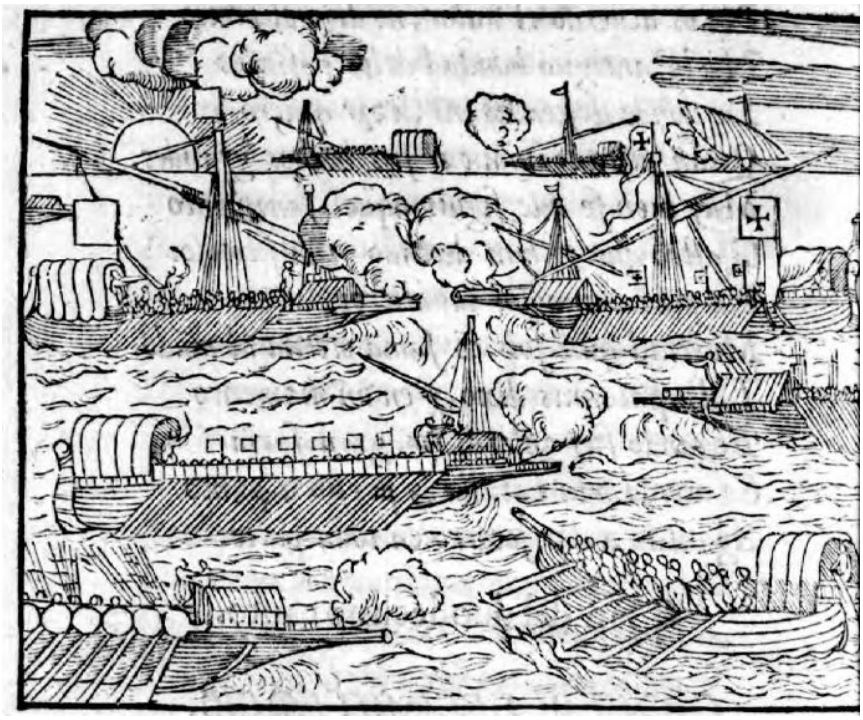


Figura 13. *Felicissima victoria*, ilustración del canto XIII.

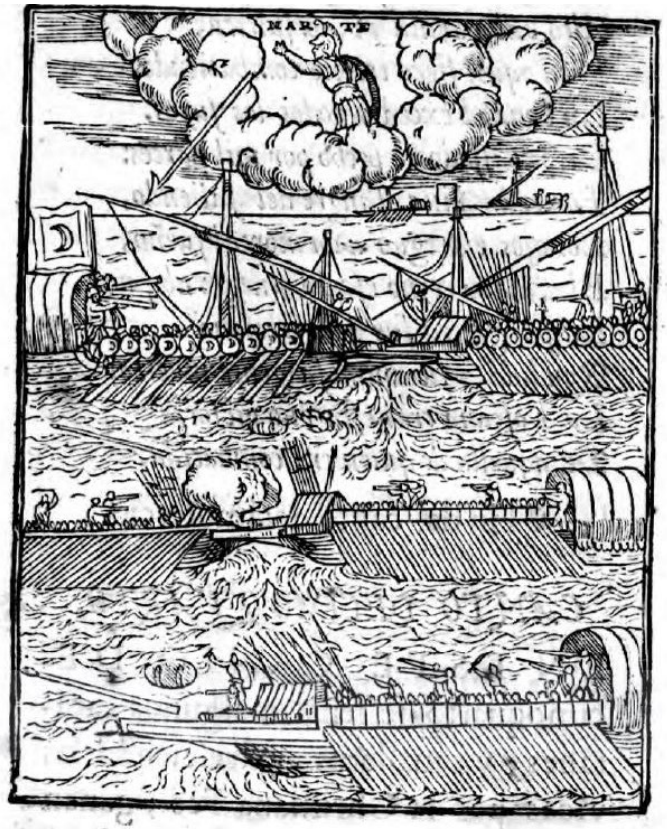


Figura 14. *Felicissima victoria*, ilustración del canto XIV.

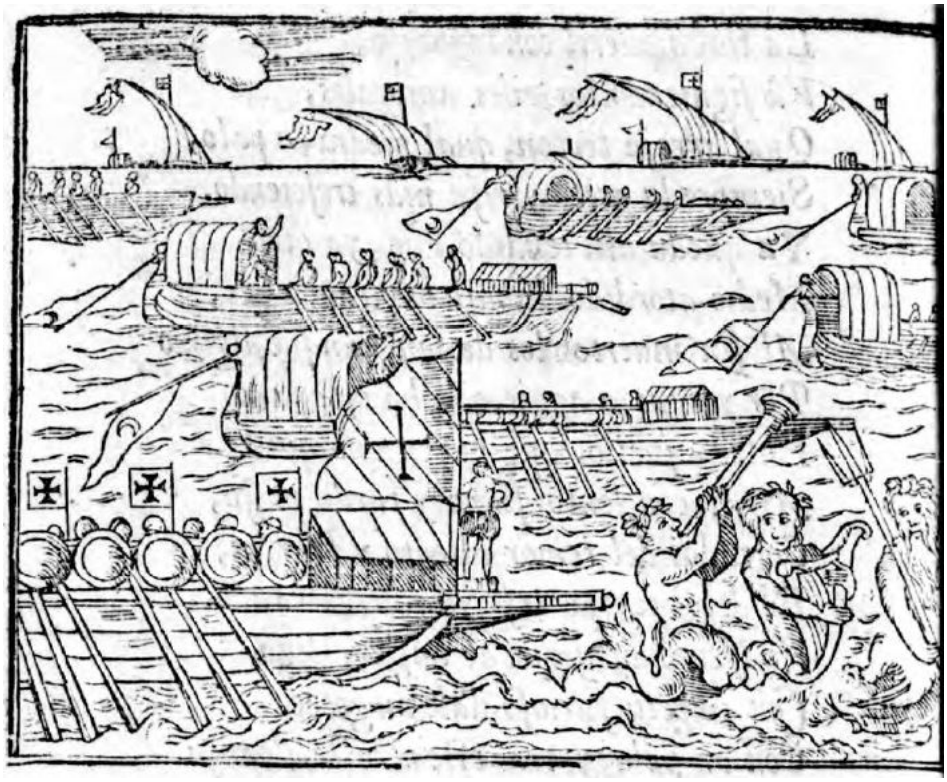


Figura 15. *Felicissima victoria*, ilustración del canto XV

BIBLIOGRAFÍA

ACADEMIA GENERAL MILITAR, *Prontuario Militar,* Zaragoza, AGM, 2015.

AGUSTÍN DE HIPONA, *La ciudad de Dios,* ed. Santos Santamarta del Río, Madrid, Editorail Católica (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid, 2019.

—, *Las Confesiones*, ed. Ángel Custodio Vega, Madrid, Editorial Católica (Biblioteca de Autores Cristianos), 1979.

ÁLAVA Y VIAMONT, Diego de, *El perfecto Capitán instruido en la Disciplina Militar y nueva ciencia de la Artillería*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1994.

ALBAREDA, Anselm, *El llibre a Montserrat,* Montserrat, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1985.

ALCALÁ, Jaime de, *Cavallería christiana*, Alcalá, Juan de Villanueva, 1570.

ALEGRE PEYRÓN, José M. ª, «El ejército, gran protagonista de la política exterior de los Austrias españoles», en *La espada y la pluma: Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 11- 34.

ALEGRÍA, Fernando, *La poesía chilena: orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, Berkeley, University of California Press, 1954.

ALEMANY, Rafael, «Dimensión humanística de una obra menor de Alfonso de Palencia: el *Tratado de la perfección del triunfo militar* (1459)», *Anales de Literatura Española*, 1 (1982), pp. 7- 20.

ALFONSO X, *Las Siete Partidas (El Libro del Fuero de las Leyes)*, ed. José Sánchez-Arcilla Bernal, Madrid, Reus, 2004.

ALIGHIERI, DANTE, *Monarquía*, ed. Laureano Robles Carcedo y Luis Frayle Delgado, Madrid, Tecnos, 1992.

—, *Convivio*, ed. Fernando Molina Castillo, Madrid, Cátedra, 2005.

—, *Divina Comedia*, Madrid, ed. Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo, Madrid, Cátedra, 2017.

ALMIRANTE, José, *Diccionario militar*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002, 2 vols.

ALONSO PALOMAR, Pilar, *De un universo encantado a un universo reencantado (Magia y literatura en los Siglos de Oro)*, Valladolid, Grammalea, 1994.

ALVAR, Carlos, «El ideal caballeresco de Cervantes y su reflejo en *El Quijote*», *Letras*, 50-51 (2004- 2005), pp. 24- 38.

ANGLIM, Sonia; Jestice PHYLLIS; Rob RICE *et al*., *Técnicas bélicas del mundo antiguo: 3000 a.C.- 500 d.C.*, Madrid, Libsa, 2007.

AMATE BLANCO, Juan José, *El espíritu cervantino desde los tercios al tercio*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006.

ANDRADE, Alonso de, *El buen soldado católico y sus obligaciones*, Madrid, Francisco Maroto, 1642.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco, *Ejércitos y militares en la Europa moderna*, Madrid, Síntesis, 1999.

ANTONUCCI, Fausta, «La octava real entre épica y tragedia en las comedias de la *Primera parte* de Calderón», *Ibero*, 2012 (75-76), pp. 142- 159.

ANGUITA, José María y Elizabeth R. WRIGHT, «Sombras de la *onrosa praeda*: un *exemplo* virgiliano para un aula granadina», *Criticón*, 115 (2012), pp.105- 123.

AQUILA, August J., «Ercilla's Concept of the Ideal Soldier», *Hispania*, 60, 1 (1977), pp. 68-75.

ARGENSOLA, BARTOLOMÉ LEONARDO, *Conquista de las Islas Malucas*, Madrid, Miraguano, 2009.

ARIAS GUILLÉN, Fernando, «¿Hubo una revolución militar en Castilla en la primera mitad del siglo XIV?», *Revista de Historia Edad Media*, 15 (2014), pp. 195- 216.

ARIOSTO, Ludovico, *Orlando Furioso*, ed. Cesare Segre y M.ª de las Nieves Muñiz, Madrid, Cátedra, 2002.

ARISTÓTELES, *Arte poética*, Madrid, Espasa Calpe, 1948.

—, *Moral, A Nicómaco*, Madrid, Espasa Calpe, 1978.

Arte de bien morir y la contienda del cuerpo y alma, ed. Blanca López de Mariscal y Guadalupe Rodríguez Domínguez, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Veurvert, 2019.

ASCANIO Y TOGORES, Ramón, «Algunos rasgos de la personalidad militar de Hernán Cortés» en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las Primeras Jornadas de colaboración Fuerzas Armadas*, ed. Alberto Navarro González, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986, pp. 35-46.

AVALLE ARCE, Juan Bautista, *Tasso y la poesía épica española*. *Repercusión literaria y confrontación lingüística*, Barcelona, Planeta, 1973.

—, *Don Quijote como forma de vida*, Madrid, Castalia/Fundación Juan March, 1976.

—, *La épica colonial*, Pamplona, EUNSA, 2000.

AYLLÓN GUTIÉRREZ, Carlos, «Lectura de caballerías y usos familiares en el siglo XV», *Miscelánea Medieval Murciana*, XXIX- XXX (2005- 2006), pp. 39- 56.

BAÑOS DE VELASCO Y ACEVEDO, Juan, *Política Militar de Príncipes*, ed. Manuel- Reyes García Hurtado, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.

BAQUER, Miguel Alonso, «Ética personal y estamental de Hernán Cortés» en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las Primeras Jornadas de colaboración Fuerzas Armadas*, ed. Alberto Navarro González, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986, pp. 27-33.

BARAIBAR, Álvaro, "Chile como un *Flandes indiano* en las crónicas de los siglos XVI y XVII", *Revista Chilena de Literatura*, 85 (2013), pp. 157-177.

BARROSO, Bernardino, *Teórica, práctica y exemplos*, ed. Antonio Espino López, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.

BATAILLON, Marcel, *Erasmo y España,* México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

BATISTA GONZÁLEZ, Juan, «El juego de la estrategia en la conquista de Méjico» en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las Primeras Jornadas de colaboración Fuerzas Armadas*, ed. Alberto Navarro González, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986, pp. 67-87.

BAUTISTA GIL, Iuan, *Católico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados a la sacratísima virgen Maria reyna de los angeles, Señora Nuestra*, Madrid, Julian de Paredes, 1650.

BENNET, Matthew; Jim BRADBURY, Kelly DE VRIES, et al., *Técnicas bélicas del mundo medieval 500 a.C.-1500 d. C.: equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Madrid, Libsa, 2007.

BERMÚDEZ PLATA, Cristóbal, *Catálogo de pasajeros a Indias (1509-1544)*, vol.1, Sevilla, 1940.

—, *Catálogo de pasajeros a Indias (1535-1538)*, vol. 2, Sevilla, 1942.

—, *Catálogo de pasajeros a Indias (1539-1559)*, vol. 3, Sevilla, 1946.

BIBLIOTECA DIGITAL DEL SIGLO DE ORO (BIDISO), accesible en https://www.bidiso.es/IBSO/BusquedaGeneral.do, [consultado el 13 de junio de 2020].

BLACK, Jeremy, *Historia de la estrategia militar*, Madrid, Rialp, 2020.

BLANCO, Mercedes, «La épica áurea como poesía» en *Los géneros poéticos del Siglo de Oro: centros y periferias*, Woodbridge/Suffolk/Rochester, Boydell and Brewer, 2003, pp.13- 30.

—, *Góngora heroico.* Las Soledades *y la tradición épica*, Madrid, CEEH, 2012.

—, «La batalla de Lepanto y la cuestión del poema heroico», *Calíope*, XIX, 1 (2014), pp. 23-53.

—, «Del poeta épico al maestro del arte de prudencia: Juan Rufo o la fábrica de una fama en vida y muerte», *Creneida*, 6 (2018), pp. 76-117.

BLANCO NÚÑEZ, José María, "El combate naval: táctica, buques, mando y organización» en *Historia militar y de España. Edad Moderna: I. Ultramar y la marina*, dir. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012, pp. 315-3364.

BERRIO, Antonio García, *Formación de la Teoría Literaria moderna (2). Teoría poética del Siglo de Oro*, Murcia, Universidad de Murcia, 1980.

BOWRA, Cecil Maurice, *Heroic poetry*, London/Melbourne/Toronto, MacMillan, 1966.

—, *De Virgilio a Milton*, trad. Martín Zulaica, Pamplona, Eunsa, 2020.

—, *Introducción a la literatura griega* [1966: trad. 2008], Madrid, Gredos, 2008.

BRAGUE, Rémi, *La ley de Dios: historia filosófica de una alianza,* Madrid, Ediciones Encuentro, 2011.

BRANDI, KARL, *Carlos V: Vidas y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial* [1943], trad. Manuel Balleteros-Gaibrois, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

BRAUDEL, Fernando, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1980, 2 vols.

CAMACHO, César (ed.), *Constitución de 1917: Fuentes históricas*, México, Porrúa / Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias, Cámara de Diputados, 2016, 4 vols.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Filipe Segundo, Rey de España,* Madrid, Aribau, 1876-1877, 4 vols.

CACHEDA BARREIRO, Rosa Margarita, «Las naves de Lepanto. *Las Glorias* de Jerónimo Corte Real», *Quintana*, 11 (2012), pp. 125-138.

CACHO CASAL, Rodrigo, «Introducción» en *Los géneros poéticos del Siglo de Oro: centros y periferias*, Woodbridge/Suffolk/Rochester, Boydell and Brewer, 2003, pp. 1-9.

—, «Luis Zapata y el poema heroico: historia, entretenimiento y parodia», *Criticón*, 115 (2012a), pp. 67-83.

—, «Volver a un género olvidado: la poesía épica del Siglo de Oro», *Critición*, 115 (2012b), pp. 5- 10.

CALVO, Thomas, *Espadas y plumas en la Monarquía hispana: Alonso de Contreras y otras vidas de solados (1600-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2019.

CALVO ALBERO, José Luis, «De la desolación a la esperanza. El pensamiento militar en España, 1724-2008», *Revista de Historia Actual*, 3 (2016), pp. 440-454.

CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón. Guerra, Estado y ciencia en el Renacimiento*, Murcia, Universidad de Murcia Servicio de Publicaciones, 2008.

CARAVAGGI, Giovanni, *Studi sull'epica ispanica del Rinascimento*, Pisa, Università di Pisa, 1974.

«"Los arneses de Milán". Trasmissione di un'immagine topica» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp.111-130.

CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando, *Pervivencias medievales: Chrétien de Troyes, Boccaccio y Cervantes*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006.

CARRANZA, Jerónimo de, *Compendio de la filosofía y destreza de las armas*, Madrid, Luis Sánchez, 1612.

CARRERO BLANCO, Luis, «La batalla naval de Lepanto», *Reales Sitios*, 17 (1968), pp. 14-32.

CARTAGENA, Alonso de, *Doctrinal de los caballeros*, en *Tratados militares,* ed. Noel Fallows, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, pp. 52-444.

—, *Tratado de la guerra*, en *Tratados militares*, ed. Noel Fallows, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, pp. 445- 461.

CASAS, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ed. André Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 1982.

CASSOL, Alessandro, «Tra storia e letteratura: le autobiografie dei soldati spagnoli del Siglo de Oro» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp.407- 423.

CASCALES, Francisco, *Tablas poéticas*, ed. Benito Brancaforte, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.

CASTELLOT DE MIGUEL, Amalia María, «Ecos de la literatura militar en el *Quijote*», *eHumanista*, 34 (2016), pp. 515- 547.

CASTELLS, Ricardo, «La modernidad y el arte de la guerra en el discurso de las armas y las letras en *Don Quijote*», *Bulletin of the Cervantes Society of America*, 28, 2 (2008), pp. 41- 55.

CASTILLO CÁCERES, Fernando, «El providencialismo y el arte de la guerra en el Siglo de Oro: la "política española" de Fray Juan de Salazar», *Revista de Historia Militar*, 75 (1993), pp. 135- 156.

CASTIGLIONE, Baldassare, *El Cortesano*, ed. Mario Pozzi, Madrid, Cátedra, 2011.

CASTRO, Américo, «Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII», *Revista de Filología Española*, 3 (1961), pp. 1-50.

—, *El pensamiento de Cervantes*, ed. Julio Rodríguez Puértolas, Barcelona, Noguer, 1972.

—, *Aspectos del vivir hispánico. Espiritualismo, mesianismo, actitud personal en los siglos XIV al XVI*, Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1949 (reed. 1981).

CÁTEDRA, Pedro M., «De la caballería real de Alonso Quijano al sueño de la caballería de don Quijote», *Boletín de la Real Academia Española*, 85, 291-292 (2005), pp. 157-200.

—¸ *El sueño caballeresco*, Madrid, Abada Editores, 2007.

CEBRIÁN, José, «El género épico en España: de los poemas mayores al canto épico», *Philología hispánica*, 4 (1989), pp. 171- 184.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. coord. por Francisco Rico, Madrid/Barcelona, Real Academia de la Lengua Española/Espasa, 2015, 2 vols.

CHAVES, Alonso, *Espejo de navegantes: obra mui utilissima y compendiosa en toda la arte de marear y muy necesaria i de grand provecho en todo el curso de la navegación*, ed. Cesáreo Fernández Duro, Madrid, 1895.

CHEVALIER, Maxime, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Ediciones Turner, 1976.

—, *L'Arioste en Espagne (1530- 1650). Recherches sur l'influence du* "*Roland furieux*", Bordeaux, Institut d'études ibériques et ibéro-américaines de l'université de Bordeaux, 1966.

CHOI, Imogen, «'De gente que a ningún rey obedece': Republicanism and Empire dans Alonso de Ercilla's *La Araucana*», Bulletin of Hispanic Studies, 91 (2014), pp. 417-435.

—«'Adonde falta el rey, sobran agravios"' (IV.5)? The Siege of Saint Quentin and Two Worlds of War in Alonso de Ercilla's *La Araucana*» en Stepen Boyd y Terence O'Reilly (dir.), *Artifice and Invention in the Spanish Golden Age*, New York, Legenda, 2015, pp. 173-183.

CIROT, Georges, «Coup d'oeil sur la poésie épique du siècle d'or», *Bulletin Hispanique*, vol. 48, 4 (1946), pp. 294-329.

CIRLOT, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1992.CLARAVAL, San Bernardo, *Sermones sobre el Adviento y la Navidad*, Ivory Falls Books, 2017.

CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1999, 2 vols.

COROMINAS, Juan María, *Castiglione y "La Araucana": estudio de una influencia*, Madrid, Studia humanitatis, 1980.

CORTE REAL, Jerónimo, *Felicissima victoria concedida del cielo al señor don Juan de Austria en el golfo de Lepanto* [1578], ed. Lara Vilà, Vigo, Mirabel.CORTÉS, Hernán, *Segunda carta*, Nuremberg, Friedich Peypus, 1524.

—, *Cartas de Relación*, ed. Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia, 1993.

COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana*, ed. dir. por Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid [et alibi], Iberoamericana [et aliae] (Biblioteca Áurea Hispánica, 21), 2006.

CUARTERO LARREA, Miguel, «La situación militar y sus contrastes» en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las Primeras Jornadas de colaboración Fuerzas Armadas*, ed. Alberto Navarro González, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986, pp. 125-134.

CUESTA TORRE, M. ª Luzdivina, «La realidad en la ficción de los libros de caballerías» en *Libros de caballerías (De "Amadís" al "Quijote"): poética, lectura, representación e identidad*, eds. Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez, Salamanca, SEMYR, 2002, pp. 87-109.

DAVIS, Elizabeth B., «Escribir después de Ercilla: la codicia en *La Austríada* de Juan Rufo» en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de* 1995, coord. por Jules Whicker, Birmingham, vol. 2, 1998, pp. 162- 168.

—, *Myth and Identity in the Epic of Imperial Spain*, Columbia; London, University of Missouri Press, 2001.

—, «Épica y configuración del canon en la poesía española del Siglo de Oro», en *En torno al canon: aproximaciones y estrategias. VII Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidad de Sevilla, 20-22 de noviembre de 2003)*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 317-332.

DELGADO, Mariano, *El Siglo Español (1492-1659)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2021.DESFILIA, Sena, «El espejo roto. Las imágenes del caballero: del Tirant al Quijote» en *Del Tirant al Quijote: la imagen del caballero*, coord. Norberto Piqueras Sánchez, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, pp. 19-54.

DI CAMILLO, Ottavio, *El Humanismo castellano del siglo XV*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1976.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia de la conquista de Nueva España*, ed. Guillermo Serés, Madrid / Barcelona, Real Academia de la Lengua Española / Espasa, 2011.

DÍAZ JIMENO, Felipe, *Hado y fortuna en la España del siglo XVI*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1987.

DÍAZ ROSALES, Raúl, «El final del destierro. Estudios de épica culta del Siglo de Oro», *Analecta Malacitama*, 35 (2012), pp. 299- 317.

DICHY- MALHERME, Sarah, «El primer canto de *La Araucana*: una cartografía épica de Chile», *Criticón*, 115 (2012), pp. 85-104.

DÍEZ BORQUE, José María, «Bibliotecas de la nobleza» en *Bibliotecas y clase social en la España de Carlos V* (1516-1556), dir. por José María Díez Borque, ed. Isabel Díez Ménguez, Gijón, Ediciones Trea, 2016, pp. 75-90.

DINAMARCA, Salvador, *Estudio del "Arauco domado" de Pedro de Oña*, New York, Hispanic Institut, 1952.

EGUILUZ, Martín de, *Discurso y regla militar*, ed. Francisco Andújar del Castillo, Madrid, Ministerio de Defensa, 2000.

ELLIOTT, John H., *El viejo mundo y el nuevo 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1972.

—, *La España imperial (1469-1716)*, Madrid, Vicens Vives, 1980.

—, *Imperios del mundo Atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1942*, Madrid, Taurus, 2006.

—, *España y su mundo (1500-1800)*, Madrid, Taurus, 2007.

ESCALANTE, Bernardino de, *Diálogos del Arte Militar*, ed. Raquel Martín Polín, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.

ESCOBAR, Francisco Javier, «Los procesos de canonización en la preceptiva literaria renacentista», en *En torno al canon: aproximaciones y estrategias. VII Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidad de Sevilla, 20-22 de noviembre de 2003)*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 97- 139.

—, «"Matriam superabat opus": Cervantes, cautivo lector de Rufo (al trasluz de la modalidad épico-novelesca en *La Austríada* y los *Apotegmas*», *Creneida*, 6 (2018), pp. 146-198.

ESPINO LÓPEZ, Antonio, «Las Indias y la tratadística militar hispana de los siglos XVI y XVII», *Anuario de Estudios Americanos*, 57, 1 (2000b), pp. 295-320.

—, «La tratadística militar hispana en la época de Carlos V (1500- 1560)», *Revista de Historia militar*, 88 (2000a), pp. 75- 108.

—, *Guerra y cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001.

—, *Vencer o morir: una historia militar de la conquista de México*, Madrid, Desperta Ferro, 2021.

ERCILLA, Alonso de, en *Poemas épicos,* ed. Cayetano Rosell, Madrid, M. Rivadeneyra y B.A.E. nº, 1854, vol. 1.

—, *La Araucana*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Cátedra, 7.ª edición, 2017.

ESTRADA, Diego duque de, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, ed. Henry Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1982.

FERNÁNDEZ, Teodosio, «Épica culta y barroco hispanoamericano», *Edad de Oro,* 29 (2010), pp. 69-84.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (coord.), *La Sociedad Española en el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1983.

—, *Historia de España Menéndez Pidal: La España de Carlos V (1500-1558; 1517-1556): el hombre, la política española, la política europea*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996.

—, *Historia de España Menéndez Pidal: El siglo XVI: Economía. Sociedad. Instituciones*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996.

—, Historia *de España Menéndez Pidal: España en tiempo de Felipe II*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (ed.) *Testamento de Carlos V*, ed. Manuel Fernández Álvarez, Madrid, Editora Nacional, 1982.

—, *Testamento de Felipe II*, Madrid, Editora Nacional, 1982.

FERNÁNDEZ DE ESCALANTE, Manuel Francisco, *El Gran Capitán: el sustrato étnico español y el orden militar renacentista implantado por González Fernández de Córdoba*, Granada, Ediciones TAT, 1987.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, Jorge, «"Ulises Telamonio" en América: retórica y mitología clásica en el *Arauco domado* de Pedro de Oña (1596)», *Faventia*, 32-33 (2010-2011), pp. 257- 277.

FIRBAS, Paul, «El cuerpo mutilado y el género épico en la colonia» en *Libro de Homenaje a Luis Jaime Cisneros*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Católica de Perú, 2002, pp. 831-846.

—, «Introducción» en *Armas Antárticas*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006.

FLECKENSTEIN, Josef, *La caballería y el mundo caballeresco*, ed. Jesús Rodríguez Velasco, Madrid, Siglo XXI/Real Maestranza de Caballería de Ronda/ Fundación Cultural de la Nobleza Española, 2006.

FRANCISCO ANTONIO, *Avisos para soldados y gente de guerra*, L'Aguila, Roger Velpius, 1597.

FUCHS, Barbara, *Mimesis and Empire: The New World, Islam, and European identities*, Cambridge, University Press, 2003.

FUNES, Juan de, *Arte militar en qual se declara que sea el oficio de Sargento mayor: y que sea orden quadrada: y como se ha de caminar con una compañia de infanteria, o con un tercio o un exercito: donde ha de yr la artilleria, bagajes, y carruages, con toros avisos necessarios al dicho officio*, Pamplona, Thomas Porralis, 1582.

GALLO, Antonio, *Destierro de ignorancias de todo genero de soldados de infanteria*, Madrid, Francisco Martinez, 1639.

GÁRATE CÓRDOBA, José María, *Espíritu y milicia en la España medieval*, Madrid, Publicaciones españolas, 1967.

GARCÍA BERRIO, Antonio, *Formación de la Teoría Literaria Moderna. Teorías poéticas del Siglo de Oro*, Murcia, Universidad de Murcia, 1980.

GARCÍA GIBERT, Javier, *La* humanitas *hispana. Sobre el humanismo literario en los Siglos de Oro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010.

GARCÍA GUAL, Carlos, *La deriva de los héroes en la literatura griega*, Madrid, Siruela, 2020.

GARCÍA GALLO DE DIEGO, Alfonso, «El servicio militar en Indias», *Anuario de historia del derecho español*, 26 (1956), pp. 447-516.

GARCÍA HERNÁN, Enrique, «Don Sancho de Londoño. Perfil biográfico», *Revista de Historia Moderna*, 22 (2004), pp. 5- 72.

GARCÍA HERNÁN, David, «Consecuencias político-culturales de la batalla de Lepanto: la literatura española», *Mediterranea*, 23 (2011), pp. 467-500.

—, "Guerra y literatura en los Siglos de Oro" en *Historia military de España. Edad Moderna: I. Ultramar y la marina*, dir. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012, pp. 425-455.

GARCÍA DE PALACIO, Diego, *Instrucción Náutica para el buen uso y regimiento de las naos, su traça y gobierno conforme a la altura de México*, México, Pedro Ocharte, 1587.

—, *Diálogos Militares*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1944.

GARCÍA REIDY, Alejandro, «En torno a *La Dragontea*: Lope de Vega y su primer asalto a la poesía culta» en *Líneas actuales de investigación literaria: estudios de literatura hispánica*, Valencia, Universitat de València, 2004, pp. 231-240.

GARÍN, Eugenio, *Medioevo y Renacimiento*, Madrid, Taurus, 1981.

—, *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1984.

—, *El hombre del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1990.

GHEIJIN, Jacques, *Maniement d'armes, d'arquebuses, mousquetz, et piques...*, Amsterdam, Robert de Baudous, 1608.

GIANNINI, Massimo Carlo, «Pratica delle armi e istruzione militare: Cristóbal de Lechuga ufficiale e scrittore nella Milano d'inizio Seicento» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 483-515.

GIL FERNÁNDEZ, Luis, *Panorama social del humanismo español (1500- 1800)*, Madrid, Alhambra, 1981.

GIUFFRÈ, VICENZO, *La letteratura "de re militari". Appunti per una storia degli ordinamenti militari*, Nápoles, Jovene, 1974.

GÓMEZ CANSECO, Luis, «El retrato de Alonso de Ercilla en *La Araucana*: variantes y función», *Lemir*, 23 (2019), pp. 255-262.GONGORA, Mario, *Los grupos de los conquistadores en Tierra firme (1509-1530)*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria de la Universidad de Santiago de Chile, 1962.

GÓNGORA MARMOLEJO, Alonso de, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, ed. Miguel Donoso Rodríguez, Santiago de Chile, Editorial Universitaria de la Universidad de Chile, 2015.

GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo, *El Arte militar en la España del siglo XVI: Estudio histórico- bibliográfico*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2002.

GONZÁLEZ DE LEÓN, Fernando, «Doctors of the Military Discipline: technical expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period», *The Sixteenth Century Journal*, 27, 1 (1996), pp. 61- 85.

GONZÁLEZ DE NÁJERA, Alonso, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, ed. Miguel Donoso Rodríguez, Santiago de Chile, Editorial Universitaria de la Universidad de Santiago de Chile, 2017.

GUERRA, CUNNINGHAM, Lucía, «De la historia y otras barbaries: *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga en el imaginario nacional de Chile», *Anales de la Literatura chilena*, 14 (2010), pp. 13-31.

GUERRERO SALAZAR, Susana, «Los poetas soldados y el trasvase cultural en el Renacimiento», *Aldaba: revista del Centro Asociado a la UNED de Melilla*, 28 (1996), pp. 475- 498.

GUILLÉN BERRENDERO, José Antonio, «La tratadística nobiliaria como espejo de nobles. El ejemplo de Juan Benito Guardiola y su *Tratado de nobleza* de 1591», *BROCAR*, 26 (2002), pp. 81-106.

GUITTON, Jean, *Pensamiento y guerra*, Madrid, Encuentro, 2019.

GUTIÉRREZ DE LA VEGA, Luis, *Nuevo Tratado y Compendio de Re Militari*, ed. Mirian Galante Becerril, Madrid, Ministerio de Defensa, 2005.

HAINSWORTH, J. B. *The idea of epic*, Berkeley, Los Angeles, Oxford, University of California Press, 1991.

HATZFELD, Helmut, «¿Don Quijote asceta?», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2, 1 (1948), pp. 57-70.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, *Historia y literatura en Hispano-América (1492-1820). La versión intelectual de una experiencia,* Valencia, Fundación Juan March/Castalia, 1978.

HERRERA LARA, María de los Ángeles, "*El Peregrino Indiano" y la poesía épica del Siglo de Oro*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

HERRERA FERNANDO, *Relación de la guerra de Cipre, y sucesso de la batalla naval de Lepanto*, Madrid, Alonso Picardo, 1572.

HOMERO, *La Ilíada*, prol. Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 2014.

—, *La Odisea*, prol. Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 2014.

HORACIO, *Epístola a los pisones*, trad. Tomás de Iriarte, Madrid, Imprenta Real, 1805.

HURTADO DE MENDOZA, Diego, *Guerra de Granada*, ed. Bernardo Blanco-González, Madrid, Castalia, 1981.

ISABA, Marcos de, *Cuerpo Enfermo de la Milicia Española*, ed. Enrique Martín Martínez, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991.

ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, ed. José Oroz Reta, Madrid, BAC, 2018.

JIMÉNEZ DE URREA, Jerónimo, *Diálogo de la Verdadera Honra Militar*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992.

JOMINI, Henri Antoine de, *Compendio del Arte de la Guerra*, ed. Brigitte De Lacoste De Laval, Madrid, Ministerio de Defensa, 1991.

JÖRGENSEN, Christer; Michael PAVKOVIC; Rob RICE *et al*.; et al., *Técnicas bélicas del mundo medieval 1500 a.C.-1763 d. C.: equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Madrid, Libsa, 2007.

JUAN MANUEL, «Libro del cavallero et del escudero» en *Cinco Tratados*, ed. Reinaldo Ayerbe-Chaux, Madison, Hispanic Seminary for Medieval Studies, 1989, pp. 7-88.

JUDERÍAS, Julián, *La leyenda Negra: estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997.

KEEN, Maurice, *La caballería*, Madrid, Ariel, 1986.

KLUGE, Sofie, «Espejo del mito. Algunas consideraciones sobre el epilio barroco», *Criticón*, 115 (2012), pp. 159- 174.

KOHLER, Erich, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Barcelona, Sirmio, 1990.

KOHUT, Karl, «Teoría literaria y humanística y libros de caballerías» en *Libros de caballerías (De "Amadís" al "Quijote": poética, lectura, representación e*

identidad, (eds.) Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez, Salamanca, SEMYR, 2002, pp. 173-185.

—, «La teoría de la épica en el Renacimiento y el Barroco hispanos y la épica indiana», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LXII, 1 (2014), pp. 33-66.

LARA GARRIDO, José, *Los mejores plectros. Teoría y práctica de la épica culta en el Siglo de Oro*, Málaga, Analecta Malacitana, 1999.

—, «"Palma de Marte" y "lauro de Apolo": la poesía de "oficio militar" en Francisco de Aldana y Cristóbal de Virués» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 281- 346.

LASKARIS, Paola, «"Hoja, raíz, fruta, flor, yerba": remedios "a lo divino" en *Las Navas de Tolosa* de Cristóbal de Mesa, en *Le vie dell'epica ispanica*, ed. Paolo Pintacuda, Lecce/Rovato, Pensa Multimedia Editore, 2014, pp. 139- 179.

LASKARIS, Paola y Paolo PINTACUDA, *Intorno all'epica ispanica*, Pavía, Ibis/Como, 2016.

LASSO DE LA VEGA, Gabriel Lobo, *Mexicana*, en *Biblioteca De Autores Españoles*, vol. 232, ed. José Amor y Vázquez, Madrid, Atlas, 1970.

LAVENIA, Vicenzo, "El soldado cristiano y su capellán. Disciplina de la guerra y catequesis en la temprana Edad Moderna" en *Formas de control y disciplinamiento*, ed. Verónica Undurraga, Rafael Gaune, Lima, Uqbar Editories, 2014, pp. 328-352.

LEONARD, Irving A., *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

LEONARDO DE ARGENSOLA, Leonardo, *Conquista de las Islas Malucas*, Madrid, Miraguano/Polifemo, 2009.

LERNER, Isaías, (ed.) Alonso de Ercilla, *La Araucana*, Madrid, Cátedra, 1993.

LEWIS, Clive Staples, *Mero cristianismo*, Madrid, Rialp, 2018.

—, *La abolición del hombre*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2016.

Libro del orden de la caballería, ed. Javier Martín Lalanda, Madrid, Siruela, 2009.

LLULL, Ramón, *Libro de la Orden de Caballería*, ed. Javier Martín Lalanda, Madrid, Siruela, 2009.

LOBERA, Mariño de, "Crónica del reino de Chile" en *Crónicas del Reino de Chile*, Madrid, Atlas, 1960, pp. 225-575.

LONDOÑO, Sancho, *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003.

LÓPEZ CHÁVEZ, Celia, *Epics of Empire and Frontier: Alonso de Ercilla and Gaspar de Villagrá as Spanish Colonial Chroniclers*, Oklahoma, University of Oklahoma: Norman, 2016.

LÓPEZ BUENO, BEGOÑA, «Sobre el estatuto teórico de la poesía lírica en el Siglo de Oro» en *En torno al canon: aproximaciones y estrategias. VII Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidad de Sevilla, 20-22 de noviembre de 2003)*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp.69-96.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia de la conquista de Méjico*, Méjico, Biblioteca Ayacucho, 1979.

LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS, *Tratado del esfuerzo bellico heroyco*, Salamanca, Gaspar Rossiñolis, 1524.

—, ed. fray Francisco Morales, Madrid, Sancha, 1793.

LÓPEZ PINCIANO, Alonso, *Philosophía Antigua Poética*, Madrid, CSIC, 1973, 3 vols.

LUCANO, *Farsalia*, ed. Jesús Bartolomé Gómez, Madrid, Cátedra, 2003.

LUCENA, Juan de, *De vita felici*, ed. Olga Perotti, Pavía, Ibis/Como, 2004.

LUTZ, Heinrich, *Reforma y Contrarreforma*, Madrid, Alianza, 1994.

MAFFI, Davide, «Potere, carriere e onore nell'esercito di Lombardia: 1630-1660» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 247-280.

MAQUIAVELO, Nicolás, *El príncipe*, ed. Helena Puigdoménech, Madrid, Cátedra, 1985.

—, *El arte de la guerra*, ed. Juan Manuel Forte Monge, Madrid, Gredos, 2010.

MARAVALL, José Antonio, *El humanismo de las armas en don Quijote*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948.

—, *La cultura del Barroco*, Barcelona/Caracas, Ariel, 1975.

MARCOS MARÍN, Francisco, *Poesía narrativa árabe y épica hispánica*, Madrid, Gredos, 1971.

MARÍN PINA, M.ª del Carmen, «Aproximación al tema de la "virgo bellatrix" en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45 (1989), pp. 81-94.

MARÍAS MARTÍNEZ, Clara, «Letras sin sol: la visión de Flandes en dos poetas del Renacimiento español», *Lectura y signo*, 6 (2011), pp. 139- 169.

MARTÍN POLÍN, Raquel, «Introducción» en *Diálogos del Arte Militar*, Bernardino de Escalante, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.

MARRERO FENTE, Raúl, «Hacia una nueva lectura de la épica: la renovación teórica de los estudios coloniales» en *El humanismo indiano: Letras coloniales hispanoamericanas del Cono Sur. Actas de las Jornadas de Literatura Colonial del Cono Sur,* (ed.) Graciela Maturo, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 2005, pp. 57-68.

—, «De la crónica a la épica», *Iberoromania*, 58 (2003), pp.120-133.

Poesía épica colonial del siglo XVII. Historia, teoría y práctica, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2017.

—, «La profecía del buen pastor en *La Austríada* de Juan Rufo», *Creneida*, 6 (2018), pp. 235-259.

MARTÍN DE ARTIÑANO, Francisco Javier San, *La defensa militar de la carrera de las Indias. La infantería de armada y el tercio de galeones (1521-1717)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.

MARTÍNEZ, Miguel, «Género, imprenta y espacio social: una "poética de la pólvora" para la épica quinientista», *Hispanic Review*, 2 (2011), pp. 163- 187.

—, «La vida de los héroes: épica y autobiografía en el Mediterráneo Habsburgo», *Calíope*, XIX, 1 (2014), pp. 103- 128.

—, *Front Lines: Soldiers' Writing in the Early Modern Hispanic World*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2016.

MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos, *España bélica: el siglo XVI*, Madrid, Aguilar, 1966.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, «La aportación española a la revolución militar en los inicios de los tiempos modernos», *Cuadernos del CEMYR*, 2005, pp. 211-227.

—, *Historia militar de la Europa moderna*, Madrid, Síntesis, 2016.

MARTÍNEZ, Jaime, J., «La evolución del canon épico en *Mexicana* de Gabriel Lasso de la Vega», *Edad de Oro*, 39 (2010), pp. 169- 183.

MARTÍNEZ, José Luis, *Pasajeros de Indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI*, Madrid, Alianza, 1983.

MAS, Albert, *Les turcs dans la Littérature Espagnole du siècle d'Or : Recherches sur l'évolution d'un thème littéraire*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1965, 2 vols.

MAZZOTTI, José Antonio, *Lima fundida. Épica y nación criolla en el Perú*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2016.

MELO, Francisco Manuel de, *Política militar en avisos generales*, Madrid, Atlas, 1944.

MENDOZA, Bernardino de, *Teórica y práctica de guerra*, ed. Juan C. Saavedra Zapater y Juan Sánchez Belén, Madrid, Ministerio de Defensa, 1998.

—, *Comentarios de lo sucedido en las Guerras de los Países Bajos*, ed. Antonio Cortijo Ocaña y Ángel Gómez Moreno, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008.

MENÉNDEZ PIDAL, *Idea imperial de Carlos V*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.

—, Ramón, *La epopeya castellana a través de la literatura española*, Argentina, Espasa Calpe, 1945.

MERINO PERAL, Esther, *El arte militar en la época moderna: los tratados de "re militari" en el Renacimiento (1536- 1671). Aspectos de un arte español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.

MEXÍA, Fray Francisco, *Diálogo del soldado*, Valencia, Juan Navarro, 1555.

MILLER, Dean A., *The epic hero*, Batltimore/London, the John hopskins University Press, 2000.

MONCADA, Guillén Ramón, [Marqués de Aytona], *Discurso militar. Propónense algunos inconvenientes de la Milicia de estos tiempos, y su reparo*, ed. Eduardo de Mesa Gallego, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

MONTANER FRUTOS, Alberto, «La derrota compuesta del cautivo», *Anales Cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 45-106.

—, «La historia del capitán cautivo y la tradición épica de frontera», *Letras*, 52-53 (2006), pp. 73- 115.

—, «Historicidad medieval y protomoderna: lo auténtico sobre lo verídico», *e-Spania*, 2014, pp. 1-30.

—, «*Auri sacra fames*: un tópico épico en *La Austríada*», *Creneida*, 6 (2018), pp. 199-234.

MONTGOMERY, Bernard, mariscal, *Historia del Arte de la Guerra*, Madrid, Aguilar, 1969.

MONTES, Diego, *Instrución y regimiento de guerra*, ed. Hugo Vázquez Bravo, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013.

MORELLI, Gabriele, «Hernando de Acuña e Alfonso D'Avalos, governatore di Milano» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola*

cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 361- 368.

MORRIS, Tom y Matt MORRIS, *Los superhéroes y la filosofía*, Barcelona, Blackie Books, 2010.

MOTOLONIA, Fray Toribio de Benavente, *Historia de los Indios de la Nueva España*, ed. Georges Baudot, Madrid, Castalia, 1985.

MURILLO, Luis Andrés, «La espada de don Quijote (Cervantes y la poesía heroica)», en *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, EDI-6, 1981, pp. 667- 680.

MURRIN, Michael, *History and Warfare in Renaissance Epic*, Chicago / London, The University of Chicago Press, 1994.

NAVARRO ANTOLÍN, Fernando, «La Retórica del discurso: la Cohortatio. Tradición clásica y pervivencia», Cuadernos de Filología Clásica, 19 (2000), pp. 79-124).

NAVASCUÉS, Javier de, «Juan Rufo, Alonso de Ercilla y la épica virreinal desde una perspectiva transatlántica», *Creneida*, 6 (2018a), pp. 118-145.

—, «Finales épicos para un nuevo enemigo: la piratería en Oña, Miramontes, Luis Antonio de Oviedo», *Hipógrifo*, 6.1 (2018b), pp. 365-385.

NICOLOPULOS, James, *The poetics of empire in the Indies: Prophecy and Imitation in "La Araucana" and "Os Luisiadas"*, Penssylvania, Pennssylvania State University Press, 2000.

NÚÑEZ ALBA, Diego, *Diálogos de la vida del soldado*, ed. Ignacio M. ª Vicent López, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003.

NÚÑEZ DE VELASCO, Francisco, *Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, ed. Antonio Espino López, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008.

OCHOA, Eugenio de, «Introducción», en *Tesoro de los poemas españoles épicos, sagrados y burlescos*, Paris, Baudry, 1840, pp. I-XXV.

O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo (dir.), (dir.), *Historia militar y de España. Edad Moderna: I. Ultramar y la marina*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012a.

—, "La táctica y la Técnica españolas. El combate en sus diversos tipos", en *Historia militar y de España. Edad Moderna: II. Escenario Europeo*, dir. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012b, pp. 149-185.

—, *Historia militar y de España. Edad Moderna: II. Escenario Europeo*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013.

O'NEIL, Mary Anne, «Cervantes' prose epic», *Bulletin of the cervantes Society of America*, 12 (1992), pp. 59- 72.

OÑA, Pedro de, ed. Cayetano Rosell, Madrid, M. Rivadeneyra, 1854, B.A.E. vol. 2.

—, *Arauco domado* en *Poemas épicos II,* ed. Ornella Gianesin, Como/Pavía, Ibis, 2014.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín (ed.), «Ordenanzas militares y civiles mandadas pregonar por don Hernando Cortés en Tlaxcala, al tiempo de partirse para poner cerco a México. Diciembre 22, 1520» en *Colección de documentos para la Historia de* México, México, Editorial Porrua, 1980, accesible en línea http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/68048408217915506322202/index.htm [consultado el 13 de marzo de 2021].

ORIA DE RUEDA MOLINS, Marta Cristina, «Los valores de la nueva milicia en *La Austríada*», *Creneida*, 6 (2018), pp. 260-291.

—, «Monserrate de Cristóbal de Virués: la presencia de lo maravilloso en la épica hispánica» en *«Ars longa», Actas del VIII Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2018)*, ed. Carlos Mata Induráin y Sara Santa Aguilar, Pamplona, Universidad de Navarra, 2019, pp. 279-297.

—, «Cristianos contra turcos: la batalla de Lepanto en la épica hispánica áurea» en *«Melior auro», Actas del IX Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2019)*, eds. Carlos Mata Induráin y Miren Usunáriz Iribertegui, Pamplona, Universidad de Navarra, 2020, pp. 233-248. 5.

PALACIOS RUBIOS, *Tratado del esfuerzo bélico heroyco*, ed. Fray Francisco Morales, Madrid, Sancha, 1893.

PALENCIA, Alfonso de, *De perfectione militaris triumphi*, ed. Javier Durán Barceló, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996.

PAPELL, Antonio, «La poesía épica culta de los siglos XVI y XVII» en *Historia general de las literaturas hispánicas*, dir. Guillermo Díaz Plaja, Barcelona, Vergara, 1968, vol. II, pp. 755-783.

PARET, Peter, *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavelo a la Era Nuclear*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992.

PARKER, Geoffrey, *España y los Países Bajos (1559-1659)*, Madrid, Rialp, 1986.

—, *La revolución militar. Innovación militar y apogeo de occidente 1500-1800*, Madrid, Alianza, 2002.

PERELMUTER PÉREZ, Rosa, «El paisaje idealizado en *La Araucana*», *Hispanic Review*, 54, 2 (1986), pp. 129- 146.

PÉREZ, Joseph (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal, XVIII: La época de los descubrimientos y las conquistas (1400-1570)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998.

PÉREZ-MALLAÍNA, Pablo E., «Hueste conquistadora», en *Historia militar y de España. Edad Moderna: I. Ultramar y la marina*, dir. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012, pp. 49-80.

PICCOLOMINI, Enea Silvio, *Epístola al Gran Turco*, ed. Andrea Baldissera, Andrea Bredasola y Giuseppe Mazzochi, Pavía, Ibis/Como, 2008.

PICO DELLA MIRANDOLA, Giovanni, *Discurso de la dignidad del hombre en Manifiestos del humanismo*, trad. María Morrás, Barcelona, Península, 1999, pp. 97-133.

PINTO CEBRIÁN, Fernando, *Ejército e historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013.

PIERCE, Frank, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1968.

—, «Some aspects of the Spanish 'religious epic' of the Golden Age», *Hispanic Review*, XII (1946), pp. 95- 103.

—, «The Spanish 'religious epic' of the Counter-Reformation: A Survey», *Bulletin of Spanish Studies,* XVIII (1941), pp. 174- 182.

PIERSON, PETER, *Felipe II de España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

PINTACUDA, Paolo, «Sobre las dos versiones del "Sitio y toma de Amberes" de Miguel Giner» en *Le vie dell'epica ispanica*, ed. Paolo Pintacuda, Lecce/Rovato, Pensa Multimedia Editore, 2014, pp. 95- 122.

PIZARRO, Francisco, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva-Castilla*, n. º XXVI, Madrid, Atlas, B.A.E., 1947, pp. 319-462.

PLAGNARD, Aude, «Cautivas cristianas y enamorados turcos: el tratamiento épico de unos infortunios náuticos en la guerra de Chipre», *Criticón*, 115 (2012), pp. 125-145.

—, *Une épopée ibérique: Alonso de Ercilla et de Jerónimo Corte-Real (1569-1589)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2019.

PLATÓN, «Laques o del valor» en *Diálogos*, Madrid, Gredos, 1981, vol. 1, pp. 443-486.

—, «Fedón o del alma» en *Diálogos*, Madrid, Gredos, 1986, vol.3, pp. 7-141.

PONCE CÁRDENAS, Jesús, *Góngora y la poesía culta del siglo XVII*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2001.

PISSAVINO, Paolo, «Il capitano neoplatónico», en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp.131- 149.

POSSEVINO, Antonio, *Il soldato christiano*, Macerata, Sebastiano Martellini, 1583.

PRIETO, Antonio, «El saber humanista» en *Gramática y Humanismo*, (coord.) Pedro Ruiz Pérez, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, Ediciones Libertalia, 1993, pp. 87-108.

PUDDU, Raffaele, *El soldado gentilhombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

—, *Los tercios españoles (1567-1577)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

—, «Servire il re con la spada e la penna: il caso di Bernardo Vargas Machuca» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 35- 53.

QUATREFAGES, René, *La Revolución Militar Moderna*: *el crisol español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

QUINN, Mary, *The Moor and the Novel: Narrative Absence in Early Modern Spain*, New York, Palgrave Macmillan, 2013.

QUINT, David, *Epic and Empire: Politics and generic form from Virgil to Milton*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael, *Juan Rufo, jurado de Córdoba: estudio biográfico y crítico*, Madrid, Hijos de Reus Editores, 1972.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726-1739.

—, *Diccionario de la lengua española*, 23ª ed., versión online.

—, *Ortografía de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 2010.

REALE, Giovanni y Dario ANTISERI, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, vol.2, Barcelona, Herder, 1988.

RESTALL, Matthew, y Felipe FERNÁNDEZ-ARMETO, *Los conquistadores: una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2013.

RETORTILLO ATIENZA, Asunción, *Ambrosio Spínola, de Génova a Ostende (1569-1604)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2017.

REYNOLDS, WINSTON A., *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1978.

RICO, Francisco, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Alianza, 1997.

RÍOS, Fernando de los, *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

RÍO NOGUERAS, Alberto del, «Los libros de caballerías y la (R)evolución militar moderna (I): Soldados pláticos y buenos capitanes. Del *Amadís* al *Florisando* de Páez de Ribera» en *Il mondo caballeresco tra immagine e testo*, Trento, Università degli Studi di Trento, 2010a, pp. 173- 198.

—, «Los libros de caballerías y la (R)evolución militar moderna (II): arsenales y logística en el *Don Florindo* de Fernando Basurto. Con un apéndice sobre una compañía de *mujeres enamoradas*, algunos *escarmientos de juegos* y un broche sobre *riebtos y batallas*», *eHumanista*, 16 (2010b), pp. 57-76.

RIQUER, Martín de, *Caballeros andantes españoles*, Madrid, Gredos, 2008.

ROCA BAREA, María Elvira, *Tratado militar de Frontino. Humanismo y caballería en el cuatrocientos castellano traducción del siglo XV*, Madrid, CSIC, 2010.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José, "Los hombres y la guerra. El reclutamiento" en *Historia militar y de España. Edad Moderna: II. Escenario Europeo*, dir. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012, pp. 187-222.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Yolanda y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, *La Leyenda Negra en el crisol de la comedia: El teatro del Siglo de Oro frente a los estereotipos antihispánicos*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Veurvert, 2016.RODRÍGUEZ- VELASCO, Jesús, «La caballería cortés ante la caballería romana», en *Letteratura caballeresca tra Italia e Spagna (Da "Orlando" al "Quijote")* ed. Folke Gernet, dir. Javier Gómez-Montero y Bernard König, Salamanca, SEMYR, 2004, pp. 507- 524.

ROJAS, Cristóbal de, *Sumario de la milicia antigua y moderna*, ed. Beatriz Alonso Acero, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.

ROJO, Vicente, *Elementos del arte de la Guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1988.

ROSALES, Diego de, *Historia general del reino de Chile: Flandes Indiano*, ed. Benjamín Vicuña Mackenna, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877.

ROTTERDAM, Erasmo de, *Enquiridion: Manual de caballero cristiano*, ed. Rodríguez Santidrián, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995.

—, *Elogio de la locura*, ed. Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza, 1984.

RUFO, Juan, *La Austríada*, «La Austríada» en *Biblioteca de Autores Españoles. Poemas épicos,* ed. Cayetano Rosell, Madrid, M. Rivadeneyra, 1854, vol. 2.

—, ed. Ester Cicchetti, Como/Pavía, Ibis, 2011.

RUIZ DOMENEC, José Enrique, *La caballería o la imagen cortesana del mundo*, Genova, 1984.

RUIZ PÉREZ, Pedro, «Juan Rufo: retrato y carátula de autor», *Creneida*, 6 (2018), pp. 46-75.

RUPP, Stephen, *Heroic Forms. Cervantes and the Literature of War*, Toronto / Buffalo / London, University of Toronto Press, 2014.

SAAVEDRA GUZMÁN, Antonio, *El peregrino indiano*, ed. María José Rodilla León, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Veurvert, 2008.

SAAVEDRA VÁZQUEZ, María del Carmen, "La vida del soldado" en *Historia militar y de España. Edad Moderna: II. Escenario Europeo*, dir. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, Madrid, Ministerio de Defensa, 2012, pp. 373-400.

SABATINI, Gaetano, «Le sentinelle della corona. Capitani spagnoli ai confini settentrionali del regno di Napoli nel Cinquecento» en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 247- 279.

El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento, traducido al idioma castellano por Don Ignacio López de Ayala. Agréguese el texto latino corregido según la edición auténtica de Roma, publicada en 1564. Tercera edición. Madrid, MDCCCLXXXVII.

SÁENZ HERRERO, Jorge, «Humanismo militar en el siglo XVI: Sancho de Londoño y su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*», *Berceo*, 163 (2012), pp. 59-264.

SÁEZ, Andrián J., «Vidas imaginarias: formas y modelos de las relaciones de soldados del Siglo de Oro», *Studi ispanici*, XLIII, 2018, pp. 171- 182.

SAGREDO BAEZA, Rafael, *Historia mínima de Chile*, México, Colegio de México, 2014.

SALAZAR, Diego de, *Tratado de Re Militari*, ed. Eva Botella Ordinas, Madrid, Ministerio de Defensa, 2000.

SÁNCHEZ ALONSO, B., «La literatura histórica en el siglo XVI» en *Historia general de las literaturas hispánicas*, dir. por Guillermo Díaz Plaja, Barcelona, Vergara, 1968, vol. II, pp. 299- 321.

SAN MARTÍN DE ARTIÑANO, Francisco Javier, *La defensa militar de la Carrera de las Indias. La infantería de Armada y el Tercio de Galeones (1521-1717)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.

SAN MIGUEL, Evaristo, *Elementos del Arte de la Guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992.

SBARBI Y OSUNA, *Florilegio o Ramillete alfabético de refranes y modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana*, Madrid, Gómez Fuentenebro, 1873, accesible en línea en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/florilegio-o-ramillete-alfabetico-de-refranes-y-modismos-comparativos-y-ponderativos-de-la-lengua-castellana--0/html/ [consultado el 10 de junio de 2021].SCARIÓN DE PAVÍA, Bartolomé, *Doctrina militar. En la qual se trata de los principios y causas porque fue hallada en el mundo la Milicia, y como con razón y justa causa fue hallada de los hombres, y fue aprobada de Dios. Y despues se va de grado en grado descurriendo de las obligaciones y advertencias, que han de saber y tener todos los que siguen la soldadesca, començando del Capitan general hasta el menor soldado por muy visoño que sea*, Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1598.

SCHMELEZER, Félix K. E., *La retórica del saber: el prólogo de los tratados matemáticos en lengua española (1515-1600)*, New York, IDEA, 2016.

SENIOR, John, *La restauración de la cultura cristiana*, Madrid, Homo Legens, 2018.

SEPÚLVEDA, Jesús, «Diálogo y ciencia militar en la *Plática manual de artillería* de Luis Collado, en *La espada y la pluma. Il mondo militare nello Lombardia spagnola cinquecentesca. Atti del Convegno Internacionale di Pavia, 16-18 ottobre 1997*, Lucca, Mauro Borani, 2000, pp. 461- 481.

SHEPARD, Sanford, *El Pinciano y las teorías literarias del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1970.

SORIA MESA, Enrique, «Juan Rufo, judeoconverso. El origen judío del autor de *La Austríada*», *Creneida*, 6 (2018), pp. 8-45.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, «La gran política: África o Italia (1492-1504)» en *Historia de España Menéndez Pidal*, dir. José María Jover Zamora, vol. XVII.2, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, pp. 305-644.

TALHOFFER, Hans, *Fechtbuch von 1467*, Baviera, Biblioteca Estatal de Baviera.

TASSO, Torquato, *Discorsi dell'arte poetica e del poema eroico*, ed. Luigi Poma, Bari, G.Laterza, 1964.

TEIXIDÓ MARTÍNEZ, Antonio, *Enciclopedia del arte de la guerra*, Barcelona, Planeta, 2001.

THOMPSON, Irving A. Anthony, «Milicia, sociedad y estado en la España moderna» en *La guerra en la Historia*, ed. Ángel Vaca Lorenzo, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1999, pp. 115-133.TERESA DE JESÚS, «Libro de la Vida» en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2018,

THOMAS, HUGH, *La conquista de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, Madrid, ed. José Martorell Capó *et alii* BAC, 2001, 5 vols..TORO BUIZA, Luis, «Algunas noticias sobre el ejército español y de nuestra bibliografía en nuestro Siglo de Oro", Sevilla, Boletín de la Real Academia de Sevilla: Minervae Baeticar, 6 (1978), pp. 5-32.

VALBUENA BRIONES, Antonio, «Épica e historia», *Archivium: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 8 (1958), pp.83-110.

VALDÉS, Francisco de, *Espejo y disciplina militar*, Madrid, Atlas, 1944.

VALDÉS, Juan de, *Diálogo de doctrina cristiana*, Madrid, Editora Nacional, 1979.

VALLADARES Rafael, «El arte de la guerra y la imagen del rey, Siglos XVI-XVIII» en *La guerra en la Historia*, ed. Ángel Vaca Lorenzo, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1999, pp. 163-186.

VALLEJO, Irene, *El infinito en un junco*, Madrid, Siruela, 2019.

VARGAS MACHUCA, Bernardo de, *Milicia y descripción de las Indias*, Madrid, Pedro Madrigal, 1599.

VERRIER, FREDERIQUE, *Les armes de Minerve. L'Humanisme militaire dans l'Italie du XVIe siècle*, Paris, Presses de l'Unviersité de Paris-Sorbonne, 1997.

VEGA RAMOS, María José, «A(na)logon: maravilla e irracionalidad en la teoría de la épica del siglo XVI» en *Estudios sobre la tradición épica occidental (Edad Media y Renacimiento)*, Madrid/Bellaterra, Editorial Caronte, 2011, pp. 141- 161.

—, «Idea de la épica en la España del Quinientos» en *La teoría de la épica en el siglo XVI (Espala, Francia, Italia y Portugal)*, eds. María José Vega, Lara Vilá, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2010b, pp. 103- 136.

VEGA RAMOS, María José y VILÁ, Lara (eds.), *La teoría de la épica en el siglo XVI (Espala, Francia, Italia y Portugal)*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2010a.

VEGECIO RENATO, Flavio, *Instituciones militares*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1988.

VELÁZQUEZ ARANGO, Juan José, "Guerra, Estado y Revolución Militar en la América española durante los siglos XVI y XVII", *Historia y Memoria*, 16 (2018), pp. 23-52.

VICENTE MAROTO, María Isabel, «El arte de la navegación en el Siglo de Oro" en *Cátedra Jorge Juan: ciclo de conferencias Ferrol 2000-2001*, dir. Jesús Victoria Meizoso, 2003, Ferrol, pp. 187-230.VILÀ TOMÁS, Lara, *Épica e Imperio: Imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2001.

—, «La épica española del Renacimiento (1540-1605): propuestas para una revisión» *Boletín de la Real Academia Española*, col. 83, 287 (2003), pp. 137-150.

—, «"Historia verdadera» y propaganda política: la *Felicísima victoria* de Jerónimo Corte Real y el modelo épico de Virgilio», *Res Publica Litterarum*, 5 (2005), pp. 1-16.

—, «Épica, Historia y la construcción de los mitos nacionales. La problemática de la teoría y la praxis de la épica culta en el siglo XVI (en Italia y España)», *Historia e perspectivas, Uberlândia*, 34 (2006), pp. 83- 106.

—, «Los poemas de la "fundación" nacional. La épica del siglo XVII y la idea del imperio», *Conceptos. Revista de Investigación Graciana*, 4 (2007), pp. 53-67.

—, «Libros grandes, libros pequeños: una nota sobre las lecturas épicas de Alonso Quijano», *Studia Aurea*, 5 (2011a), pp. 1-21.

—, *Estudios sobre la tradición épica occidental (Edad Media y Renacimiento)*, Madrid/Bellaterra, Editorial Caronte, 2011b.

—, «La poesía de la guerra en el Mediterráneo: la defensa de Malta en la épica del quinientos», *Calíope*, vol. 19, 1(2014), pp. 129-158.

VILANOU, Conrad, «Dios, hombre y fantasía (La imagen del caballero medieval como *miles Christi*), *Espíritu*, 49 (2000), pp. 255-266.

VILLAMARTÍN, Francisco, *Nociones del Arte Militar*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1989.

VIRGILIO, *Eneida*, ed. José Carlos Fernández Corte, Madrid, Cátedra, 13ª ed., 2016.

VITORIA, Francisco de, *Relectio de iure belli o paz dinámica*, ed. L. Pereña, V., Abril C. Baciero, A. García, F. Maseda, Madrid, CSIC, 1981.

VIVAR, Jerónimo, *Crónica de los reinos de Chile*, ed. Ángel Barral Gómez, Madrid, Historia 16, 1988.

WAYNE POWELL, Philip, *Soldiers, Indians and Silver. The Nortward advance of New Spain, 1550-1600*, Berkley/Los Ángeles, University of California, 1952.

YUN, Bartolomé, *Marte contra Minerva: El precio del imperio español, 1450-1600*, Barcelona, Crítica, 2004.

ZAGANELLI, Gioia, «"Ne tut mençunge, ne tut veir". Appunti su epica e romanzo», en *Medioevo romanzo e orientale. Temi e motivi epico-cavallereschi fra Oriente e Occidente. Atti del VII Colloquio Internazionale, Ragusa, 8-10 maggio 2008*, Catania, Rubbettino, 2010, pp. 291-300.

ZAMORA, Rodrigo, *Compendio del arte de navegar*, Sevilla, Ioan de León 1588.

ZATTI, Sergio, *L'ombra del Tasso. Epica e romanzo nel Cinquecento*, Milan, Mondadori, 1996.

ZULAICA LÓPEZ, Martín, «Ecdótica del impreso aurisecular. A propósito de *La Austríada* de Juan Rufo, *Creneida*, 6 (2018), pp. 292-322.